UNA JOVEN DEVOTA. UN DIOS TRAICIONERO.
UN CAMINO PLAGADO DE TENTACIONES.



EL VIENTO DEL OESTE

ALEXANDRIA WARWICK

ALEXANDRIA WARWICK

EL VIENTO DEL OESTE

Traducido del inglés por Jesús Jiménez Cañada

FAERIS

Para los temerosos y los intrépidos


LAS TIERRAS ALTAS
CARTERHAUGH
VERANESS
LA GRISURA
RIO TWEE
THORNBROOK
POZO DEL PASADO
ARANGLEN
KILKARE
RIO MUR
AMMARA
N
W
E
S

PARTE 1



DEVOTA

1

Un hombre yace bocabajo en el suelo a mis pies y, si no me equivoco, está muerto.

O está muerto o poco le falta para estarlo. Su espalda, inmóvil, ni asciende ni desciende. No se mueve aire alguno dentro de sus pulmones. Una maraña de cabello mugriento con vetas doradas se le pega a la curva del cráneo; los insectos se deslizan por sus profusos rizos. Dejo el canasto que acabo de llenar de flor de perla silvestre y me acerco.

Una ráfaga sopla por el antiguo bosque en el que se alza solitaria la montaña. Carterhaugh, pues así se llama esta expansión boscosa de musgo y helechos, es tan denso que, en cuanto el viento muere, el mundo queda en silencio. Aquí, el sonido no viaja lejos. No hay cantos de pájaros. Ni gritos.

Le doy una patadita a la pierna del hombre con la puntera de la bota. No hay respuesta. Debió de apartarse del camino, y ese fue su último error. Si está muerto, hay que informar a la abadía. Al menos así recibirá un entierro digno.

Me arrodillo. La tierra, húmeda y esponjosa a causa de las frecuentes lluvias, se hunde, blanda, bajo mi peso. Me apresuro a ponerme mis finos guantes de cuero y solo entonces alargo la mano para tocarle la cara.

La noto cálida. A pesar del cuero que separa nuestras pieles, noto el calor que desprende la suya.

Con un gran tirón, lo pongo bocarriba. Se me escapa un grito ahogado, porque el hombre se estremece una única vez y luego queda laxo. Me he equivocado: este hombre no está muerto. Tiene los ojos ennegrecidos, hinchados grotescamente sobre una nariz

horriblemente rota. Por entre sus labios agrietados se atisban unos dientes blancos. Su piel es morena, pero apenas se ve bien bajo tantos moratones. Tiene toda la línea del cabello cubierta de grumos sanguinolentos.

Frunzo el ceño, apoyada en los talones. El hedor a humo se impregna en mi vestido y me recuerda a las hojas que esperan en la forja a que las temple.

Su atuendo, no muy distinto a su rostro desastrado, claramente ha visto mejores días. Lleva una pesada capa verde bajo la casaca manchada de barro. Unos pantalones rajados a la altura de la rodilla cubren un par de fuertes piernas rematadas por botas altas y gastadas.

—Se ha de juzgar lo que se conoce —murmuro para mí—, no lo que se percibe.

Desconozco la historia de este hombre. Podría ser un viajero. Quizá la oscuridad de Carterhaugh lo haya desorientado y se haya perdido en el camino de Thornbrook. Kilkare está a apenas trece kilómetros al sudoeste de aquí…, medio día de camino en carreta. Sin embargo, sus heridas sugieren que alguien ha tirado en este lugar su cuerpo y lo ha dado por muerto. ¿De dónde viene este hombre? Y, lo que es más importante, ¿quién lo ha herido y por qué?

En el aire reverbera un sonido dorado. Son campanas que resuenan desde el pico de la montaña. Siete tañidos que marcan la hora sagrada. Llego tarde, porque me he alejado demasiado para recoger la hierba medicinal.

Lanzo otra mirada de soslayo a la silueta inmóvil del hombre. Aprieto los puños mientras los ecos de las campanas se atenúan hasta desaparecer. Quién sabe si este hombre no se habrá encontrado con el pueblo albo. Suele pasar que algún mortal se vea arrastrado bajo tierra y que lo retengan aquellos que viven en el reino de Infra. De hecho, la abadesa de Thornbrook también fue prisionera en el mundo bajo la superficie, o al menos eso cuentan. Sea como sea, aunque yo quisiese ayudar a este hombre, no podría.

Por mucho que la madre Mabel insista en que las puertas de Thornbrook están abiertas para quienes lo necesiten, en realidad solo las mujeres pueden entrar en la abadía.

Me pongo de pie y siento frío en el estómago al comprender que mi partida dejará a este hombre solo y vulnerable. Pero he de irme. Agarro el canasto y atravieso a toda prisa la tierra empinada. Recorro el sendero serpenteante que va hacia el norte. Un hueco entre los árboles da paso al impresionante capitel de la iglesia que se alza entre los muros cubiertos de musgo de la abadía, que rodean todos sus terrenos.

Thornbrook es un portento de piedra pálida. Según el Texto, las acólitas más devotas del Padre construyeron ellas mismas esta estructura. Arrastraron montaña arriba enormes bloques de piedra y los apilaron hasta formar tres plantas. En la base se acumulan los helechos, que se infiltran por las grietas del edificio.

Existen dos formas de entrar: una amplia arcada para carros y caballos, y una estrecha puerta para quienes viajan a pie. Ambas están bloqueadas como precaución contra el pueblo albo. Le hago una seña a la portera, que abre al instante el portón de hierro.

El claustro aparece ante mi vista. Atravieso a la carrera el patio cubierto de hierba hacia los dormitorios y subo las escaleras hasta el tercer piso. Una vez que llego a mi dormitorio, me quito el vestido gris de diario y me pongo el hábito blanco que hemos de llevar durante la misa, así como el cíngulo, que me rodea la gruesa cintura y se cierra con un único nudo. Quienes han tomado los votos atan este delgado cordón blanco con tres nudos. Sin embargo, a mí no me ha llegado aún la hora.

Para cuando llego a la iglesia, el sudor me cubre la piel. Las Hijas de Thornbrook ya se han reunido allí. Un mar de blancura interrumpido por las estolas rojas de las acólitas.

Antes de entrar en el lugar de oración, me lavo las manos en la pila cerca de la puerta. Una vez purificada, me introduzco por la parte trasera de la iglesia y me deslizo hasta una bancada cerca de otra novicia. No se percata de mi presencia. Su atención está fija en

el altar, en el mármol blanco cubierto con tela escarlata sobre el que arden tres velas eternas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Al frente de la estancia, la madre Mabel sube los escalones hasta el altar, donde se encuentra el coro. Se dirige al presbiterio y se gira hacia nosotras, con las manos alzadas y las palmas hacia arriba. Directamente tras el altar, una vidriera verde derrama luz sobre las cortinas que cubren el mármol y sus sujeciones.

Como una sola persona, todas inclinamos la cabeza.

—Padre Eterno, nuestros corazones se abren ante ti. Guíanos en los próximos meses en los que se acerca el diezmo.

Me llevo las manos con las palmas juntas a la frente, como el resto de la congregación. La plegaria de la madre Mabel se convierte en un arrullo. Mi mente empieza a divagar.

Tiene sentido que hayan atacado a ese hombre. De hecho, el pueblo albo tiene sus razones. Atrapados en esos túneles angostos y esas cuevas sin luz, expulsados de cualquier lugar mortal, se les prohíbe gobernar o tener autonomía, a pesar de haberse instalado en Carterhaugh siglos antes de que los mortales los obligasen a retirarse bajo tierra. Pero el bosque, con su manto de sombras y su naturaleza oculta, aún atrae a la superficie a muchos miembros del pueblo albo.

En cuanto a ese hombre…, no debería pensar en él. Esta es la casa del Padre, sus muros y puertas son un santuario poco común. ¿Qué pensaría Él si supiese que reservo espacio para otro hombre en mi cabeza? Con cierto esfuerzo, consigo apartar de mí estos pensamientos traicioneros. Alzo la cara hacia las celestiales Tierras Eternas. Nuestro Padre ha creado dos reinos. Carterhaugh: idílico, abundante, inmaculado. Infra: una semilla podrida bajo la tierra.

—Recitemos los Siete Decretos —dice la madre Mabel con voz reverberante.

Obedientes, repetimos lo que ella va diciendo:

—No matarás. No robarás. No codiciarás bienes ajenos, ni faltarás al respeto a tu madre y a tu padre. No darás la espalda a Dios. Recordarás el Día Sagrado. —Y el último—: No mentirás.

—Que al entretejer estos Decretos en el tejido mismo de nuestras vidas mantengamos así nuestros votos —prosigue la madre Mabel—. Que actuemos siempre con honor y rectitud.

Yo aprieto las manos sudorosas. Honor. ¿Qué honor hay en abandonar a un hombre en el bosque, a merced de cualquier criatura insidiosa que por allí pase?

—Que obedezcamos la fe con devoción. Que no tengamos secretos para el Padre.

Abro de golpe los ojos. La congregación se agita.

—Y —entona la madre Mabel, mirándome directamente a los ojos— que jamás sintamos lujuria hacia un hombre.

2

Alzo el brazo y golpeo el metal al rojo con el martillo. El tintineo reverbera y luego muere, aplastado por el calor abrasador de la forja.

Otro golpe. Mi espalda y mis hombros se tensan del esfuerzo creciente, pero esa también es una sensación familiar. Hierro derretido, maleado y enfriado. La daga, una vez completada, se añadirá al resto que espera a que las lleven a Infra. Aunque faltan meses para el diezmo, los preparativos ya han empezado.

El martillo cae de nuevo. Nunca se acaba el trabajo. El sudor me pega mechones largos y rojos a la frente. Tengo las mejillas arreboladas, de color escarlata, un desafortunado efecto colateral de tener la piel blanca como la leche.

Mientras trabajo, pienso en Carterhaugh. Pienso en el pueblo albo y en su inclinación por la violencia. Ha pasado un día entero desde que me topé con ese hombre en la arboleda. Me había dicho a mí misma que lo olvidaría, pero mis pensamientos vuelven a su rostro magullado. Las preguntas me acosan.

Cuando la hoja pierde color, la acerco al gran bloque de piedra donde arde el fuego y la introduzco entre los carbones humeantes. Acciono con seguridad los fuelles. El artilugio se contrae y el aire sale de un soplido. Los carbones llamean como respuesta.

Martillear, recalentar, martillear, recalentar. El patrón se repetirá hasta que la daga esté perfilada adecuadamente. Agarro el extremo con las gruesas tenazas y golpeo el metal contra el yunque. Una esquirla sale despedida del filo de la hoja y aterriza en mi delantal de pellejo de vaca. Tras una hora de martilleo, hundo la daga en un cubo de agua. Un siseo atraviesa el aire mientras el hierro se

endurece y su estructura se estabiliza. Examino la hoja desde todos los ángulos. Su brillo de plata resplandece como una estrella. Me invade una cálida satisfacción.

Mientras la hoja se enfría sobre la mesa, vuelvo a centrarme en lo que me rodea.

Ya ha caído la noche al otro lado de la entrada pequeña y oscurecida. Me empiezan a sudar las manos, aunque este sudor no tiene nada que ver con el calor de la forja. La misa de la tarde acabó hace una hora, pero a veces vuelvo a la forja después para trabajar con una temperatura más favorable, siempre con el permiso de la madre Mabel. El miedo que me inspira la oscuridad es una tontería. Mi farol me proporciona luz de sobra. Me digo a mí misma que con eso basta.

Después de desatarme el delantal, lo cuelgo en un gancho cerca de la puerta y tiro el cinturón de cuero para las herramientas sobre la mesa con un repiqueteo. Por último, apago el fuego. Muevo las ascuas y contemplo cómo el aire frío las empieza a ennegrecer. En pocos minutos, el fuego se ha apagado.

En el exterior, coloco el farol en el suelo y afianzo los pies. En la sombra de la forja, saco mi daga y empiezo a practicar una breve ronda de ejercicios. Apuñalo, esquivo, ataco por arriba, por abajo. Aunque mi antiguo mentor me enseñó lo básico, es la madre Mabel quien exige que mantenga siempre a punto mi habilidad con el cuchillo. No muchos saben que la madre superiora es una espadachina experta.

Empapada de sudor, con la sangre hirviendo de ansia, envaino la daga y vuelvo al complejo principal, caminando a toda prisa hacia su lejano resplandor. Los baños están vacíos a esta hora, así que tengo la escasa oportunidad de bañarme en paz, sin comentarios maliciosos que insinúen que ocupo mucho espacio.

Me remojo bien en la bañera, me quito todo el hollín y la mugre del cuerpo. Luego regreso a los dormitorios, con el pelo húmedo recogido en trenzas. El fresco algodón me roza la piel. Suenan nueve campanadas: toque de queda.

En cuanto entro en mi habitación, enciendo la vela de la mesita de noche. Una luz ambarina calienta el yeso de las paredes. Mi dormitorio es pequeño, como todos los de Thornbrook. Tengo pocas pertenencias personales. El Texto descansa abierto sobre mi escritorio, junto con mi diario.

Todas las novicias han de compartir las habitaciones dobles, pero, dado que soy la herrera y entro y salgo a horas desacostumbradas, me dejan dormir sola en la torre oriental, al final del pasillo. Mi ventana me proporciona una vista de las tierras altas del norte y del estrecho —una línea oscura a treinta kilómetros de distancia lamida por olas blancas— que separa Carterhaugh de un reino conocido como la Grisura.

Con el Texto y el diario en mano me meto en la cama. Abro el diario por la entrada más reciente, toda una página llena de reflexiones de la noche anterior.

No sé de dónde ha venido este hombre. Me pregunto de dónde será.

Paso el pulgar por la esquina de la página, pensativa, y luego cierro la encuadernación de cuero. No tengo más que añadir. Ese hombre es un misterio.

Dejo a un lado el diario, entono mis plegarias nocturnas y termino murmurando:

—Amén.

Me queda solo el Texto. Siete secciones abarcan toda la liturgia. El Libro del Destino, el Libro de la Noche, el Libro de la Pesadumbre, el Libro de la Verdad, el Libro del Origen, el Libro del Cambio y el Libro del Poder. Esos capítulos son tanto una lección de historia como una brújula moral. Los escribieron las primeras seguidoras del Padre: la piedra angular sobre la que se construye toda nuestra fe.

Abro el Texto por el Libro del Destino y retomo la lectura por donde la dejé ayer. Bien podría haber sido escrito ahora mismo, la tinta aún fresca, porque la letra se emborrona ante mi vista. Cierro los ojos y pienso en el hombre que yacía en medio del bosque, tan

quieto. Su rostro horriblemente desfigurado está sellado en mi mente.

No soy en absoluto de naturaleza impulsiva. No soy la corriente del río, que abre caminos bajo tierra. Soy la roca dentro del caudal. Ese hombre debe de haber muerto ya; se lo habrán llevado a rastras las bestias de Infra, donde solo habita el mal absoluto, y aun así…

Abro de golpe los ojos. La oscuridad traza sombras en el techo.

Me giro de lado y contemplo el temblor de la llama de la vela. Aquí está la seguridad. Un pequeño brillo. Y así y todo, el sudor me cubre la cara interior de los brazos, como si mi cuerpo ya hubiese captado las intenciones de mi mente. La noche cubre Carterhaugh. Los bosques no son seguros. Pero supongo que, si me llevo el farol, su luz bastará para guiarme.

Maldigo este tierno corazón mío, aparto las mantas y me pongo la capa, con el farol bien agarrado en la mano. Si vuelvo antes del alba, la madre Mabel no se enterará.

Me muevo con premura, manteniéndome en las sombras, por el claustro ribeteado de columnas. De puro milagro consigo cruzar los pasillos sin que me vean. Me deslizo como un espectro hasta el exterior.

La oscuridad cubre el patio adoquinado y su círculo de árboles. El herbario descansa al otro lado de un portón abierto a mi izquierda. Aloja en su interior una pequeña cabaña tras cuyas puertas hay cubos, herramientas de jardinería y una carretilla con la que transportar cargas pesadas. Para amortiguar el chirrido de las ruedas, aceito los ejes de la carretilla. Luego la cubro con una manta. Por suerte, llego hasta la entrada sin mayor incidente.

Como Thornbrook carece de fondos con los que costear a nadie que vigile de noche, levanto la reja con lentitud agónica. La manivela chirría tan fuerte que estoy segura de que los aldeanos de Kilkare la habrán oído. Miro por encima del hombro al tiempo que siento una oleada de frío en la piel.

Nada. Ni un movimiento, ni un sonido. Me apresuro por miedo a que me descubran. En cuanto la apertura es lo suficientemente

amplia, paso la carretilla de un empujón y vuelvo a bajar la reja tras cruzarla. Esta barricada de hierro es lo único que separa Thornbrook del pueblo albo.

Es una travesía lenta a través de la oscuridad. La luz de la luna ilumina de plata los resaltos de la tierra, por lo que doy gracias. La carretilla salta y repiquetea, sus cuatro ruedas avanzan torpemente en este terreno irregular.

Avanzo con cuidado, pues temo al pueblo albo y sus planes nocturnos. No queda mucho. Alzo el farol para que su luz anaranjada ilumine el área que me rodea. Si no me falla la memoria, fue aquí donde me aparté del camino para recolectar la flor de perla…

Y ahí está el hombre.

Exactamente donde lo dejé, despatarrado en el suelo. Resulta extraño: parece mezclarse con la tierra. Los helechos se encorvan sobre su torso con una desconcertante impresión de afecto. Veo que su pecho asciende y desciende y me invade el alivio.

Dejo el farol, me pongo los guantes y le coloco los brazos a los costados. Mi cintura es tres veces la suya, mis brazos son anchos, musculosos. Así pues, me cuesta poco subirlo a la carretilla. Lo cubro con la manta para darle calor.

El viaje de regreso dura una eternidad. Con una rueda desalineada, la carretilla vira y se escora en el suelo. Del esfuerzo, siento como si me clavasen garfios ardientes en los muslos. Aun así, subo montaña arriba, sin parar. El terreno se aplana y luego vuelve a subir. Cada vez hay más claridad en el este. Pronto el color se derramará por las grietas del mundo.

Cuando llego a los muros desmigajados de la abadía, el sudor se acumula bajo mis brazos. El alba es inminente, así que sería una necedad meter la carretilla en los terrenos. La dejo al lado de la entrada, junto con el farol. Cargo con el hombre en peso y cruzo la entrada de Thornbrook.

Un sendero gastado lleva hasta la parte trasera de la forja, donde aún se capta humo en el aire. Tras unos pasos, me detengo para

reajustar el peso del hombre. A pesar de la mugre que lo cubre por completo, de su piel mana un dulce aroma, como a musgo y a sol. No puedo esconderlo aquí, pues la madre Mabel a veces se presenta sin avisar. No tengo muchas más alternativas: la enfermería o mi dormitorio. Lo mejor sería llevarlo a la enfermería, pero los hombres tienen prohibida la entrada a la abadía, y temo que la médica lo expulse y lo deje a la intemperie a pesar de sus heridas. Y no puedo abandonarlo, de eso no tengo dudas. El único lugar seguro será mi habitación.

Me esfuerzo por oír algo mientras paso junto al herbario, más allá de los lechos de verduras y hierbas medicinales. Luego entro en el claustro. Se oyen voces amortiguadas entre las columnas de piedra. ¿Quién estará despierta a esta hora? Hace mucho que se anunció el toque de queda.

Aminoro la marcha al girar un recodo. Un pasadizo oscuro y silencioso, iluminado por islas de luz titilante. Instantes después, una silueta alta y rígida se materializa en el extremo del corredor.

Se me hiela la sangre.

No me atrevo a moverme, aunque mis músculos se tensan bajo el peso del hombre. Es la madre Mabel, pero está demasiado lejos como para saber si está mirando en mi dirección. Sin embargo, algo ha llamado su atención. La punzada que siento en la espalda se vuelve insoportable y se me escapa un gemido que rompe el silencio de la cálida noche.

La cabeza de la madre Mabel se gira en mi dirección. Las sombras envuelven su silueta, excepto el brillo de los ojos y el resplandor de su collar serpentino de color dorado.

—Madre Mabel —dice alguien.

Ella se sobresalta y se gira hacia Fiona, una de las novicias, de ojos oscuros.

—Querida, ¿qué haces despierta a estas horas?

Juntas se marchan en dirección contraria y desaparecen por las puertas que dan a la iglesia. Silenciosa como los muertos, subo las estrechas escaleras que llevan a los dormitorios. Para cuando llego al

mío, estoy jadeando. La puerta se abre sin emitir sonido alguno, luego vuelve a cerrarse con un chasquido amortiguado cuando echo la llave.

Al instante, mis rodillas ceden y el hombre cae de bruces en mi catre. Segundos después, me deslizo hasta el suelo. Eso ha estado cerca, cerquísima.

Tocar la piel de un hombre es un pecado grave. Dar cobijo a un hombre en el dormitorio y sin carabina… Solo de pensar en las consecuencias me falta la respiración. Todas hemos oído los rumores: mujeres que se han entregado a la fe y que de repente rompen sus votos y son expulsadas a la intemperie.

Sin casa. Sin calor. Sin propósito. Sin dios.

Pero… es que este hombre…

Me obligo a ponerme de pie y me giro para inspeccionar a mi huésped bajo el brillo del farol aún encendido. El rasgón que tiene en la casaca revela un pecho suave y musculoso cubierto con escaso vello castaño. Aparto la tela y veo más heridas. ¿Le han dado una paliza? De ser así, no ha sido el pueblo albo. Los habitantes de Infra disfrutan de su violencia. Para ellos es un juego. El objetivo nunca es terminar, sino prolongar. ¿Por qué romper cuando se puede doblar, rasgar y triturar?

Le estiro las piernas, tan largas que cuelgan del borde de mi catre. Luego rebusco en el arcón a los pies de mi cama entre mis pocas posesiones terrenales, pues antes de estar aquí, tuve otra vida.

Un pequeño cesto de tela contiene gran cantidad de brebajes y bálsamos; obra de mi madre. Desenrosco el tapón de una botella de cristal y vierto algo de linimento en mi mano enguantada hasta que el cuero se cubre de una capa brillante.

Empiezo con las peores magulladuras, las que tiene en la parte inferior de la mandíbula. La hinchazón en la cara del hombre empieza a bajar; le arranco ramitas y hojas del pelo y le aparto los rizos de la cara. Tiene unas pestañas larguísimas que casi rozan sus

pómulos levemente pecosos. El color de sus ojos sigue siendo un misterio.

Entonces, inevitablemente, llega el tañido de la campana que anuncia el alba.

Y llaman a mi puerta.

3

El pomo de la puerta se sacude.

—¡Brielle! —Una orden en forma de ladrido. Se me dispara el pulso y atravieso de un salto la habitación antes de recordar que la llave está echada—. La madre Mabel quiere hablar contigo. —Otra sacudida. El marco suelta un crujido de protesta—. ¿Por qué está cerrada la puerta?

Miro la puerta, la cama, la ventana. La sangre me palpita en los oídos. Un frío paralizante se extiende por mis extremidades. Dos, tres, cuatro latidos después, sigo clavada en el sitio.

Todas las Hijas de Thornbrook reciben las llaves de sus dormitorios cuando son admitidas como novicias, aunque rara vez las utilizan. Yo he usado las mías dos veces en diez años. Esta es la segunda vez.

—Me estoy cambiando —grazno. Se oyen pasos por los corredores; todas se dirigen a la iglesia.

Tras la puerta se oye un resoplido.

—Sí, supongo que para eso es mejor echar la llave. Qué amable por tu parte pensar en cómo se sentirán las demás al verte.

El insulto no es más que una molestia lejana. ¿Qué se supone que tengo que hacer con el hombre que yace en mi cama? ¿Y por qué me han mandado llamar antes de la misa? ¿Será que la madre Mabel me vio anoche en el claustro?

Con manos temblorosas, me quito el camisón de algodón sudado y me pongo un vestido limpio. Toqueteo los botones de la parte delantera hasta abrocharlos todos. A través de la ventana, el mundo dormido ha adoptado un cálido color violeta, con trazos dorados que asoman sobre la curvatura de la tierra.

—No tengo todo el día, Brielle.

Me encojo a pesar de la barrera que nos separa. Pero no puede hacerme daño si no ve el efecto que causa en mí. En cuanto a mi huésped inesperado, le echo una manta encima; es lo más que puedo hacer por él ahora mismo. Sea lo que sea lo que vaya a suceder a continuación, lo dejo en manos del Padre.

Giro la llave y abro la puerta. Al otro lado hay una mujer menuda con el mismo vestido gris de mangas largas que llevan todas las Hijas de Thornbrook. También porta un hábito limpio sobre un brazo. Se llama Harper y tiene tres temperamentos: enojado, iracundo e infernal. Los dos primeros se los reserva para su amiga íntima, Isobel. El tercero lo usa solo conmigo.

Harper curva los labios.

—Pareces una vaca.

—Bueno, mejor tener aspecto de vaca que cerebro de vaca.

Harper parpadea ante esa réplica inesperada.

—¿Disculpa? —Se pone de puntillas, aunque apenas me llega a la altura de la nariz.

Antes de que Harper pueda asomarse a mi habitación, agarro el manto que cuelga del gancho, cierro la puerta y echo la llave. Dos ojos del color del agua del lago me miran, entrecerrados.

—¿Tienes algo que ocultar? —murmura, y me bloquea el paso.

—Lo que tengo es derecho a disfrutar de intimidad —murmuro—. Discúlpame, por favor.

Ella no se mueve. Necesito un esfuerzo heroico para no ceder. Miro por el corredor. Las novicias se han marchado, estamos solas.

—¿Me ha mandado llamar la madre Mabel o no? Si de verdad me espera, debería ponerme en marcha. Llegar tarde es motivo de castigo.

La boca de Harper se curva en una media sonrisa. Lleva el cabello largo, negro y resplandeciente recogido en una trenza que le cae por la espalda.

—Esto no es típico de ti, Brielle. Tú no eres más que un perrillo estúpido. —Niega con la cabeza con siniestra diversión—. No te

preocupes, la madre Mabel no te espera. No le importas lo suficiente como para mandarte llamar.

La vergüenza sonroja mi pálida piel. Cuando no soy una vaca, soy un perro, o bien una cerda, o una rata o alguna otra criatura inútil. Harper ha venido a molestarme, nada más. Pero no es ninguna sorpresa. Me quedo allí plantada, furiosa, hasta que Harper decide echar a andar pasillo abajo. Ahora que se ha ido, mi corazón aminora la marcha. Tres tañidos de campana: uno por el Padre, otro por el Hijo, otro por el Espíritu Santo. Oficialmente, ya llego tarde a misa.



Thornbrook es un enorme complejo anclado a un claustro. Cada pasadizo abierto se extiende hacia uno de los cuatro puntos cardinales. La iglesia, el edificio más grande, descansa al norte del claustro: es el corazón de la vida devota. En el borde oriental del claustro están los dormitorios, con los lavabos y la casa de baños pegados al final del edificio oblongo. Al sur del claustro se ubica el refectorio, donde las Hijas de Thornbrook se reúnen para las comidas.

Después de la misa, nos dirigimos a desayunar. La fría oscuridad del refectorio me da la bienvenida al entrar junto a mis compañeras. Sencillas mesas de madera y largas bancadas rodean el salón de piedra. Aquí cabe cómodamente un centenar de comensales. Hay ventanas abiertas que dan a la muralla oriental, por la que sopla una brisa pesada con aroma a tierra.

El salón está tan en silencio que no se oye nada aparte del ruido de pies. Agarro un cuenco y me echo una cucharada de gachas de la olla. Siento un calambre desagradable en el estómago. La mayoría de las mañanas no tengo hambre, pero me obligo a comer, porque sé que la siguiente comida no será hasta mediodía y me espera una mañana entera de trabajo duro.

Las comidas aquí son sencillas. Siempre hay pan, siempre hay vino, siempre hay verdura y fruta. Rara vez hay carne, solo te la dan si te pones enferma. Sé que no se debe beber agua, porque quién sabe si el pueblo albo ha adulterado el pozo, así que me sirvo una copa de vino del barril. Luego me voy a una mesa vacía en la parte de atrás. Momentos después, las puertas se abren. Yo me pongo en posición de firmes, al igual que el resto de mis iguales.

La madre Mabel llega envuelta en un amplio ropaje blanco. Una estola dorada le calienta los hombros y le cae simétrica a ambos lados del pecho, con los dos extremos anudados. Las acólitas llevan la estola roja diaconal que representa su cargo. La estola dorada, sin embargo, representa la autoridad de la fe.

La abadesa de Thornbrook es una mujer mayor, aunque parece de mediana edad. No tiene ni una arruga en la cara. No le cuelga la papada. Está derecha como el más alto de todos los pinos, y se dirige a su mesa sobre el pedestal. Sube a la plataforma y pasea la vista por la habitación. Lleva el pelo rubio platino recogido en un moño. Tiene unos vivos ojos negros con pestañas pálidas y afiladas. Muchas dicen que antes sus ojos eran azules.

Según algunas de sus acólitas de mayor edad, la madre Mabel fue secuestrada y llevada a Infra hace décadas. Se sacrificó para salvar a tres novicias raptadas por el señor de Infra. Sin embargo, se las arregló para escapar. Nadie sabe lo que ocurrió durante el tiempo que pasó allí. Volvió a Carterhaugh con apariencia de inmortal: la marca de la vida eterna.

—Todas en pie para la plegaria matutina.

Las mujeres se levantan con un ruido de bancos arrastrados. Con las cabezas inclinadas y las manos unidas al frente, todas hablamos a la vez:

—Padre Eterno, bendice esta comida que nutrirá nuestros cuerpos y fortalece los vínculos que nos unen a ti.

Yo alzo la cabeza. La mirada de la madre Mabel se cruza con la mía y su intensidad me atraviesa directamente.

—Amén —susurro con suavidad, y me dejo caer en el banco, con las rodillas débiles.

¿Sabe de mi desobediencia? ¿Del hombre que hay en mi cama? Es demasiado pronto para saberlo. Tras las oraciones, todas desayunamos en silencio y aprovechamos la oportunidad para reflexionar sobre nuestra relación con el Padre. Yo me centro en comer. La cuchara raspa el fondo de mi cuenco de arcilla. Al cabo, la atención de la abadesa se centra en otra parte y yo puedo respirar libremente.

En la mesa situada en diagonal a la mía está Harper, con su cabello color cuervo, sentada junto a la locuaz Isobel, de barbilla altanera, como una reina ante sus súbditos. Cuando cierro los ojos, recuerdo todo lo que he soportado: insultos hirientes, palabras afiladas que se clavaban con fuerza en mí. Todo tipo de crueldades. Y por supuesto, ningún reino estaría completo sin un grupo de seguidores esclavizados. Hoy, tres novicias se han unido a Harper e Isobel, emocionadas por haber sido incluidas por fin en su círculo. Me duele recordar que en su día yo también quería sentarme a su lado.

El desayuno termina tal y como comienza: en silencio. Todas llevamos los cubiertos y platos a la cocina y luego nos marchamos a completar las tareas del día. La abadía abarca catorce acres dentro de sus murallas fortificadas. Además del complejo principal, hay un herbario, establos, algunos almacenes, vinería, campos de diversos cultivos y la forja. Los terrenos que quedan contienen muchos bancos y árboles a cuya sombra sentarse a orar o meditar. Como todas las abadías, Thornbrook es autosuficiente. Siempre hay algo que hacer.

Las que tenemos la tarea de recolectar cebada nos reunimos en el cobertizo del jardín. La víspera del diezmo, en el que acabará otro ciclo de siete años, colocaremos leche y cebada en los alféizares de nuestras ventanas abiertas, en los umbrales de nuestras puertas. Un escudo contra el pueblo albo de la noche, cuando el velo entre reinos se estrecha.

Una mujer coge el cordel de bramante. Otra echa mano de la hoz y se dirige a toda prisa a los campos que se ven en la lejanía. Dos mujeres más agarran los cubos. Solo queda la carretilla.

Supongo que es un trabajo para el que estoy hecha yo.

Las ruedas de la carretilla repiquetean sobre el sendero. Qué alivio haber tenido la vista de devolverla a su lugar anoche. Un viento con aroma dulce mece los tallos como si fuesen olas.

Corto cebada hasta que el sudor me empapa la ropa, con la espalda encorvada y el cuello achicharrado bajo el sol. Mis pensamientos vuelan una y otra vez hacia mi visitante inconsciente. Y cada vez me vuelvo a obligar a centrarme. A mediodía hacemos una pausa para almorzar y para que cada una rece individualmente. Luego volvemos a la cosecha; atamos la cebada en fardos para secarlos. Seguimos así hasta que la campana anuncia la tercera hora.

Tenemos lecciones dos horas al día, excepto en Días Sagrados. Lectura, escritura, astronomía, aritmética, geometría. Me da tiempo a asearme en la intimidad de la casa de baños para luego dirigirme a la biblioteca. Después de clase, tenemos cena en el refectorio, seguida por una hora de misa. Mientras sigo a las mujeres, que suben con esfuerzo las escaleras que llevan a los dormitorios, las antorchas de las paredes tiemblan, aunque los pasadizos de la abadía no tienen ventanas por las que pueda soplar brisa alguna. He recorrido la mitad del pasillo cuando, de pronto, veo a Harper en su umbral. Me mira con suspicacia.

Siento un pellizco incómodo en la boca del estómago. Tras esos ojos frígidos casi puedo ver cómo le bullen las ideas, cómo se organizan como una trampa. Harper es muy astuta. Entiende las sutilezas del comportamiento humano.

Bajo la mirada y me dirijo a mi dormitorio. Ella me sigue con la mirada hasta que entro en mi habitación y cierro por dentro.

La luz de la luna se desliza sobre la silueta cubierta por una manta que yace en el catre. El hombre no se ha movido desde esta mañana. Eso me preocupa. ¿Será posible que sus heridas sean más

graves de lo que supuse en un primer momento? Sea como sea, no puedo arriesgarme a llevarlo a que lo atienda la médica de Thornbrook. Así pues, la pregunta sigue siendo la misma: ¿qué hago con un hombre que no se despierta? Me pongo los guantes y me coloco a su lado. Aparto la manta y toco con los dedos su cráneo, bajo esa mata de rizos de punta dorada.

No veo hinchazón aparente. Eso es bueno. Al menos su respiración ha adoptado una cadencia lenta y pacífica.

—¿Quién eres? —susurro—. ¿De dónde vienes?

El hombre no responde.

4

Kilkare se encuentra a quince kilómetros al sudoeste de Thornbrook. Es un grupo de casas de adobe encajadas en un valle sombrío en el que convergen el río Mur y el río Twee. Al igual que sucede con todos los pueblos de Carterhaugh, Kilkare está rodeado de una muralla de piedra con púas de hierro. El pueblo sigue las viejas creencias que indican cómo luchar contra el pueblo albo, de modo que han añadido una gruesa capa de sal a la muralla como capa extra de protección.

Nos dan el alto en los portones antes de entrar en el pueblo. La yegua color avellana que lleva nuestro carromato piafa sobre el barro mientras el guardián inspecciona nuestro cargamento, las cajas de mercancías. Diez novicias, contándome a mí, esperamos junto a la madre Mabel.

El guardián alza la mano.

—Todo despejado.

Fiona azuza a la yegua de un golpe de riendas y el carromato avanza. Nosotras lo seguimos en fila de a una por el suelo mugriento. Han talado todos los árboles; cada hoja de hierba está aplastada por el trasiego de gente. Kilkare es una cicatriz negra en el centro del verdor de Carterhaugh.

El aire huele a metal fundido, y el sol se eleva desde la cima de las montañas e inunda el valle con su luz de media mañana. Es día de mercado, el primer día del mes. Aunque Thornbrook es autosuficiente, vendemos buena parte de lo que producimos —hierbas, vino, pan recién horneado— para complementar los recursos que la abadía suministra a la comunidad circundante. La vía principal del pueblo es un auténtico barullo. Las ruedas de los

carromatos se hunden en el barro. Niños a medio vestir, una amalgama de rodillas y codos, corretean por debajo de los caballos, con los pies desnudos cubiertos de mugre. Toda la vía está ribeteada de mesas, puestos y escaparates; los mercaderes anuncian sus mercancías, los artesanos sueltan precios en voz tan alta que parece que estén a punto de ir a la quiebra. La forja en la que un día fui aprendiz vomita humo a una calle de distancia. En la lejanía, la columna blanca de una catedral interrumpe los tonos terrosos del paisaje de Kilkare.

—Queridas, ya sabéis lo que hay que hacer. —La madre Mabel señala con un gesto hacia el hueco vacío que hay entre dos escaparates. Allí desenganchamos el carromato—. Volveré pronto con dulces. ¿Queréis algo más?

Harper se adelanta.

—Si le parece bien, madre, galletas de azúcar.

Repasa al grupo con la mirada, expectante, como si esperase que alguien la desafiase. Algunas de las novicias bajan la vista al suelo.

La madre Mabel asiente, algo distraída. En cuanto aparta la vista, Harper pone cara de decepción.

—Veré si hay —dice la abadesa—. ¿Alguien quiere algo más? ¿Brielle?

Aunque me gustan las tartaletas de frambuesa, me limito a decir:

—No, gracias.

No tengo la menor gana de despertar la ira de Harper, y, de todos modos, mis preferencias me parecen demasiado triviales como para expresarlas en voz alta.

—Muy bien. Fiona, ¿me acompañas? —Hace un gesto hacia la joven de piel clara, y ambas se dirigen a la pastelería.

Harper contempla la espalda de Fiona con ojos entrecerrados. La repugnancia que le retuerce la expresión me provoca una punzada en la columna vertebral, porque ya he visto esa expresión antes… dirigida a mí.

Las novicias charlan. Algunas afirman que Fiona será la siguiente en tomar los votos. Yo espero que no de todo corazón. Llevo diez

años estudiando y rezando para poder aceptar algún día mi puesto de acólita, de pastora del Padre. Debido al entrenamiento exhaustivo que se necesita para formar nuevas acólitas, solo es posible que una única novicia tome los votos cada año. Y sin embargo, me preocupa que la abadesa no me vea con buenos ojos. ¿Acaso no se da cuenta de lo mucho que deseo servir al Padre? Tengo que ser yo quien reciba los votos. Debo serlo.

Siento una punzada de dolor en la espalda al cargar con la caja llena de cuchillos y trasladarla del carromato a mi mesa. Abro la tapa, aparto la tela blanca que los cubre y empiezo a desliarla.

—Dame eso.

Alzo la vista. Isobel se cierne sobre mi mesa, con la mano extendida. Aprieto la tela de algodón en la mano y frunzo el ceño.

—Necesito este paño para los cuchillos.

—Y nosotras lo necesitamos para el vino. —Harper aparece junto a Isobel. Ambas llevan sus colgantes trinitarios anudados, una prenda que jamás hemos de quitarnos. El mío descansa bajo el cuello de mi vestido.

—Vosotras ya tenéis un paño —digo. Dos, de hecho.

Isobel esboza una sonrisa rapaz. Sus dientes destellan como hileras de perlas en contraste con su piel oscura.

—Pero queremos este.

Da un paso al frente y me arrebata el paño de la mano. Gira tan rápido que el algodón me acaricia las piernas, y sus numerosas trenzas rizadas casi me azotan la mejilla. Harper y ella despliegan el paño sobre la mesa en la que venden jarras de vino.

Siento una presión en el pecho, una sensación que conozco bien. Qué fácil les resulta alterarme. Pero hoy, sobre todo, necesito claridad. Sin tener la mente clara, no podré salir del atolladero en el que me he metido, el que tiene que ver con ese misterioso desconocido que está en mi habitación.

La clientela se mantiene constante a lo largo de la mañana. El sol asciende y me empieza a sudar la piel a causa del calor. Vendo cuatro dagas y dos cuchillos de cocina antes del mediodía. Horas

después, cuando la multitud empieza a menguar, una figura encapuchada se nos acerca, atravesando el caos que aún reina en el mercado como un río que atraviesa un caudal de caliza.

Mi mirada capta sus movimientos gráciles. Bajo la capucha atisbo dos ojos oscuros que dominan el rostro ceniciento de una mujer. Son opacos como rocas; es casi como si alguien le hubiese arrancado los ojos y le hubiese introducido piedras negras y lisas en las cuencas oculares. Me envaro y llevo una mano a la daga de hierro que cuelga de mi cinturón. Es una miembro del pueblo albo. ¿Cómo habrá podido cruzar los portones de hierro?

La mujer se detiene ante mi mesa. Fiona echa a correr, espero que para buscar a la abadesa, o al menos para avisar a las autoridades. Me da miedo lo que podría suceder si hago un movimiento demasiado brusco.

—No veo ningún sello ni emblema identificativo —dice con voz grave y rasposa, y señala una de las dagas sobre la mesa. Esos ojos pétreos se alzan hacia los míos—. ¿Las has forjado tú?

—Se forjaron en Thornbrook —susurro.

La mujer es pequeña; su cuerpo no está muy desarrollado, tiene aspecto huesudo bajo esa larga capa de piel de oveja. Esboza con esos labios finos como el papel una sonrisa que deja entrever unas encías supurantes. Al contemplar a esta criatura tan desagradable, cuesta creer que en su día el pueblo albo llegase a compartir Carterhaugh con nosotros, los mortales.

—Pero ¿las forjó tu mano?

Miro en derredor y veo que el mercado se ha vaciado casi por completo; la gente se ha percatado de la presencia de esta visitante no deseada. Pero tiene razón: fui yo quien dio vida al fuego y quien enarboló el martillo, aunque la hoja no tiene emblema alguno que identifique a quien la creó. Jamás he tenido el coraje de crear un emblema propio.

Ella aprieta los labios. Bajo la capucha se arremolinan las sombras, incluso bajo la luz brillante del sol.

—He venido a este mercado en busca de una hoja. No se puede subestimar el diezmo. Estoy segura de que lo entiendes.

Se me humedecen las manos. La empuñadura envuelta en cuero se me pega a la piel. ¿Esta mujer se atreve a mencionar el diezmo? ¿Aquí?

—¿Me permites?

Alarga la mano hacia una de las hojas, enfundada en una vaina protectora. Yo asiento. Desenvaina el arma y la sopesa en la mano.

—¡Ah! —suelta un ladrido de dolor. La daga se le escapa de entre esos dedos grotescamente alargados y cae sobre la mesa con un repiqueteo.

Yo retrocedo ante el sonido. La mujer gime y se lleva la mano al pecho, con los dientes apretados. Me recorre el miedo como un frío de muerte.

—Lo siento mucho. —Miro en derredor, presa del pánico. Harper está agazapada detrás de Isobel, quien a su vez se aferra a otra novicia junto al grupo entero, escondido tras el carromato—. Puedo buscarte un sanador…

—No ha sido culpa tuya. —Abre la mano, en la que ya se aprecian grandes bultos blancos que le salpican la piel veteada de gris—. Sabía que una hoja forjada por una mortal podría contener hierro. —Cierra la mano herida y, con una sonrisa tensa, se la mete en el bolsillo—. Debería habérmelo pensado mejor.

—No deberías estar aquí —dice la madre Mabel con voz suave. Se sitúa frente a la mujer, con la barbilla bien alta y los ojos negros llameantes con la furia de un millar de soles. Avanza y obliga a la visitante a retroceder hasta el centro del camino—. Te voy a dar la oportunidad de marcharte libremente de Kilkare. De lo contrario, llamaré al alguacil, que no tendrá tanta piedad. Piénsatelo bien.

La mujer me mira. Yo me encojo, pero me mantengo en el sitio. ¿Eso que veo en su expresión es miedo, o serán imaginaciones mías? Se arrebuja más bajo la capa y se apresura a marcharse. Antes de internarse por un callejón, echa una última mirada por encima del hombro.

La madre Mabel se gira hacia mí, con la boca apretada en un gesto de rabia contenida.

—No te ha hecho daño, ¿verdad?

—No, madre Mabel. —Me tiembla la voz. Debe de ser por la conmoción, porque siento un frío que me entumece los brazos.

El alivio le suaviza la cara y despeja esas arrugas de preocupación.

—Bien. —Recorre la zona con la vista—. No sé cómo habrá podido entrar en Kilkare esa criatura, pero si una de ellas ha conseguido pasar por los portones, puede que haya más. Será mejor que regresemos de inmediato a Thornbrook.



En cuanto acabamos de descargar el carromato, me dirijo a toda prisa a mi dormitorio. Subo los escalones de dos en dos. Tengo diez minutos antes de que suene la campana que anuncia la cena.

Mis botas resbalan sobre los adoquines helados. Las llamas de las antorchas en las paredes bailotean ante el aire en movimiento que serpentea por el pasillo vacío. Casi he llegado a mi dormitorio cuando, de pronto, capto una sombra por el rabillo del ojo. Siento que flaqueo.

Harper me contempla desde un hueco envuelto en sombras.

La oleada de miedo que me recorre es tan potente que se me corta momentáneamente la respiración. ¿Cómo ha podido llegar antes que yo? Cuando me he marchado del patio, Isobel y ella se encontraban enfrascadas en una profunda conversación, como si planeasen el mejor modo de humillarme lo antes posible. Para ellas no soy más que la mascota de la madre Mabel. Mi mera existencia es una amenaza contra sus ambiciones, pues ellas también desean conseguir la estola roja de acólita.

—¿Me estás siguiendo? —pregunto, alzando la barbilla a pesar de lo intensamente que me retumba el corazón.

Harper avanza sinuosa hacia la luz, no muy distinta de un zorro entre matorrales.

—¿Qué escondes, Brielle? ¿Qué es lo que quieres ocultar de otros ojos fisgones?

Sospecha algo, pero no tiene ninguna certeza. Da igual. Mi puerta está cerrada con llave. Una llave que solo tiene la madre Mabel.

—Voy a cambiarme antes de cenar —afirmo con una calma impresionante.

Ella se me coloca delante y me bloquea el paso.

—¿Te crees que estoy ciega? Las demás no se dan cuenta, desde luego. La perfecta Brielle, que nunca se equivoca. Pero yo veo tras tu fachada. —Da un paso al frente y quedamos pegadas cara a cara. Es delgadísima en comparación conmigo—. Yo veo la verdad.

Me estremezco. De furia y de miedo.

—Yo no respondo ante ti.

—No, eso es cierto. —Mira por encima de mi hombro y canturrea—: Buenas noches, madre Mabel.

—Buenas noches, Harper.

Se me encoge el corazón. La sonrisa de Harper revela unos dientes blancos como el hueso. Despacio, me giro hacia la madre Mabel. Con las manos unidas, la abadesa avanza hacia nosotras. Sus botas arañan el suelo. El pesado collar de oro le cuelga como un yugo del cuello.

—Dijiste que se trataba de un tema urgente —dice con irritación apenas velada—. ¿Y bien? ¿Qué es tan urgente como para que deba retrasar la cena?

La boca de Harper se tuerce con evidente desagrado.

—Me temo que una de las nuestras ha cometido un error gravísimo. —Me señala con un gesto—. Estoy convencida de que Brielle ha traído a un desconocido a la abadía.

No puedo ni hablar. Si abro la boca, me temo que vomitaré.

La cara de la madre Mabel se desencaja de puro disgusto.

—Es una acusación muy severa. ¿Tienes alguna prueba que la respalde?

—La tengo —responde ella, la viva imagen de la humildad y la piedad—. Había albergado la esperanza de que fuese mentira, pero ayer oí algo. La voz de un hombre. —Traga saliva—. Que gemía.

Hay una pausa. Todo está inmóvil.

—¿Un hombre, dices?

—Sí, madre Mabel.

Por más que intento no sonrojarme, un rubor furioso se apodera de mis mejillas. ¿Se habrá despertado al fin ese hombre?

—Brielle —dice la madre Mabel, y me clava la mirada—, ¿es cierto?

Pienso en los Siete Decretos, el cimiento de nuestra fe. En el séptimo, el más inviolable.

No mentirás.

Pero hace días que tomé una decisión. Decidí salvarle la vida a ese hombre a costa de la seguridad de Thornbrook. No había pensado en los peligros que podría traer a la abadía. Solo había pensado en todas las preguntas sin respuesta que había y, sobre todo, en ayudar a una persona que lo necesitaba.

—¿Y bien, querida? —La abadesa me contempla, a la espera.

Mis piernas, plomizas, avanzan a trompicones hacia la puerta. Abro la cerradura y me aparto. La madre Mabel cruza el umbral. Yo me agarro a puñados la tela del vestido, con las palmas sudorosas. Es muy posible que me destierren de Thornbrook. Es una decisión con la que habré de vivir, y sin embargo, un pánico abrumador me aplasta los pulmones. He puesto en peligro todo aquello que atesoro por salvar a este hombre que no significa nada para mí.

—Harper, ¿podrías ayudarme?

Ella avanza decidida.

—Sí, madre Mabel.

—¿Te importaría señalar dónde está ese visitante misterioso?

Hay una pausa.

—¡Aquí había un hombre! Estoy segura.

—¿Y dónde está ese hombre ahora?

Siento un atisbo de esperanza al entrar tras ellas. Las antorchas del corredor iluminan la cama en la que yacía el hombre esta mañana. Ahora el catre está vacío. Las mantas revueltas están estiradas. Ni rastro de las manchas de sangre del suelo, las han fregado. He de hacer un esfuerzo para no quedarme pasmada.

Entonces centro mi atención en la ventana. Los postigos están cerrados; el pestillo, echado. Y la puerta estaba cerrada con llave. ¿Cómo habrá conseguido escapar ese hombre sin que nadie se dé cuenta?

—Oí a alguien, madre Mabel, lo juro. —La mirada azul de Harper recorre la habitación—. Brielle se estaba comportando de forma rara. Yo sabía que había algo que no encajaba.

La madre Mabel se gira y se endereza hasta alcanzar toda su impresionante estatura.

—La próxima vez que quieras hacerme perder el tiempo con jueguecitos, comprobarás lo que duelen unos azotes. ¿Te ha quedado claro? —El silencio atontado de Harper debe de ser lo más hermoso que he experimentado jamás—. Tienes asignado turno de letrinas durante una semana. Para que te pienses bien tus actos y te preguntes si tus valores encajan con los de Thornbrook.

Dicho esto, la madre Mabel se marcha con un repiqueteo de tacones por el corredor. El silencio nos envuelve. La quietud de Harper me inquieta, pero yo también me mantengo inmóvil, como una cierva a campo abierto.

Despacio, empiezo a retroceder hacia el pasillo.

Harper me agarra del brazo y me clava las uñas en la piel tan profundamente que me sorprende que no me haga sangre.

—No sé lo que escondes —gruñe—, pero lo voy a averiguar.

Antes de que pueda sacudírmela de encima, Harper se aleja en tromba tras cerrar la puerta de mi habitación de un portazo. Yo enciendo la lámpara con manos temblorosas antes de dejarme caer al borde del colchón. El somier cruje bajo mi peso. No lo comprendo. Los hombres no son capaces de atravesar las paredes. Ni tampoco pueden cerrar el pestillo de una ventana desde fuera. Aunque las

manchas de sangre han desaparecido, en mi almohada sigue la huella de su cabeza, y un olor a primavera satura la habitación.

—Vaya escenita.

Me giro en redondo, desenvaino la daga y apunto con ella al esternón del hombre. Está agazapado junto a la ventana, que ahora está abierta, con un hombro apoyado contra la pared, del todo impertérrito. Un par de ojos del color del trébol me contemplan.

Nos miramos el uno a la otra, sin movernos. Un pánico rojizo va retrocediendo poco a poco de mi vista, e incluso mis pulsaciones se tranquilizan. Es el hombre de los bosques. Resulta extraño, sí, pero ya no es un extraño.

De algún modo se ha buscado ropas limpias. Una camisola verde que le llega hasta la mitad de los muslos, un par de pantalones ajustados y unas botas de cuero negro y flexible. Tiene los hombros anchos, aunque su físico en general es más bien esbelto. No lleva capa. Mis dedos tiemblan sobre el mango de la daga.

—¿No te lo ha parecido? —pregunta el hombre, y ladea la cabeza. Un rizo díscolo le cae por la frente.

—¿Disculpa?

—Que ha sido toda una escenita.

Quizá, si ese semblante no me distrajese tanto, podría centrarme en la conversación, no en su apariencia. Aunque ya no tiene la cara tan hinchada como antes, aún presenta una estampa lamentable. Sus facciones no tienen una estructura natural. Parece tener la nariz rota, doblada horriblemente hasta quedar deforme. La piel, que muestra parches irregulares, se tensa sobre una mandíbula demasiado ancha y afilada para ser natural. Lo único que impresiona son sus ojos, algo traslúcidos. Una cierta curiosidad le oscurece la mirada, que me recorre de la cabeza a los pies.

—¿He de darte las gracias a ti por mi rápida recuperación? —pregunta en tono grave y musical. El timbre liviano de su voz parece encantado de flotar indefinidamente en el aire, demasiado hermoso para su apariencia.

—Pues sí —contesto.

—Pues gracias te doy. —Inclina la cabeza y me mira con una franqueza que me provoca calor en el rostro—. Un favor que habré de compensarte.

Después de pensarlo un poco, aparto la daga de su pecho. No percibo malas intenciones por su parte.

—No hace falta que me compenses nada, pero yo me lo pensaría dos veces en el futuro antes de sorprender a una mujer en su dormitorio. Podría haberte malherido.

—Es poco probable que me hubieses malherido —dice él, con diversión chispeante en los ojos—, pero te agradezco la advertencia.

Mi boca se crispa de irritación, y retrocedo hasta mi catre para poner algo más de espacio entre los dos. Si los postigos estaban cerrados, ¿cómo ha conseguido entrar por la ventana? Por no mencionar que nos encontramos en el tercer piso.

—Parece que estoy en deuda contigo.

—Te lo acabo de decir: no necesito compensación. Estabas herido, cualquiera te habría ayudado.

—Eso afirmas tú. —No consigo interpretar qué quiere decir con esa respuesta—. Aun así, las deudas están para pagarlas.

La intensidad de su concentración me obliga a apartar la mía brevemente hacia la ventana. Una densa oscuridad cubre Carterhaugh. Los motivos del embrollo en que esté metido no son asunto mío.

—Percibo tu curiosidad. —Alza una mano y la contempla, girándola, para luego metérsela en el bolsillo—. ¿Qué es lo que quieres saber?

Bajo la vista. Inspiro una vez y luego otra, por si acaso.

—¿Qué tipo de criatura te ha provocado esas heridas?

Lo contemplo con las pestañas entrecerradas y capto una emoción que le crispa los músculos faciales, demasiado breve como para interpretarla. Quizá sea duda, o quizá dolor.

—Ese tipo de criatura vendría a ser mi hermano, por desgracia. —Un encogimiento de hombros—. Pero lo hecho hecho está. Insisto en compensar tu amabilidad.

—No ha sido nada.

—Una vida no es nada. ¿Acaso no es eso lo que predican vuestras enseñanzas? —Señala con un gesto hacia mi escritorio, al pesado tomo que contiene el Texto.

—¿Eres seguidor de la fe? —La intriga impregna mi pregunta.

Él se aparta de la pared y yo me quedo pasmada por segunda vez en pocos minutos. Ostentosos: es el único modo de describir sus andares. Un constante flujo de extremidades, pleamar y bajamar en un cuerpo.

—Se podría decir que en su día fui un devoto creyente. Ahora solo soy un descreído.

La campana de la torre toca seis veces, anunciando la cena. Al ver que el hombre se aproxima, me retiro aún más y alzo la daga en señal de advertencia. ¿He sido una ingenua al pensar que es inofensivo? Él estudia mi arma, pero no se acerca lo suficiente como para poder apuñalarlo. Quizá haya comprendido que no pienso vacilar a la hora de usar la daga, si es necesario.

—Qué buen cuchillo —dice—. ¿De dónde lo has sacado?

—Soy herrera, señor. Lo ha fabricado mi propia mano.

Él se limita a parpadear.

—Bueno, desde luego no es algo que se vea todos los días.

¿Es un insulto o un cumplido? No alcanzo a discernir qué ha querido decir.

—¿Es tu tipo de arma favorito? —pregunto, incapaz de contenerme.

Él se ríe y a mí se me encoge el corazón.

—No, yo prefiero el arco. Para mí, los cuchillos son bastante fastidiosos. Te obligan a entrar en el espacio del enemigo, cosa que me parece una desventaja.

Así pues, le parece que la daga es un arma inferior.

—Quizá hace falta práctica. A lo mejor así no sentirías que te falta preparación para usarla.

Él inclina la cabeza y me contempla con esos ojos brillantes, brillantísimos. O mucho me equivoco, o acepta el desafío con un

ansia que casi bordea el deseo.

—Quizá.

Unos pasos lejanos me informan de que las demás ya están bajando las escaleras rumbo al comedor. No se puede empezar a comer hasta que no hemos llegado todas. Alguien se dará cuenta de mi ausencia. Se preguntarán por mi tardanza.

—Me gustaría saber el nombre de la mujer que me ha cuidado —dice él—. Imagino que no me lo negarás, ¿no?

Miro hacia la puerta. Debería irme, pero mis pies siguen clavados al suelo.

—Eres miembro del pueblo albo.

Aunque no parece uno de los suyos, su insistencia en pagarme la deuda tiene todo el sentido. El pueblo albo es capaz de hacer lo que sea por ganar ventaja sobre los demás.

—No —dice en tono duro y repentinamente agrio—. No pertenezco al pueblo albo, pero buena parte de mi tiempo transcurre en Infra. ¿Y ahora me vas a decir tu nombre o insistes en que siga siendo un misterio?

Contemplo a este hombre y pienso en la información que me ha dado. Los miembros del pueblo albo no pueden mentir. Con eso me basta.

—Brielle —digo.

No es más que un nombre, pero ¿por qué me parece que le estoy concediendo a este hombre mucho más de lo que ha pedido?

—Brielle. —Mi nombre se despliega en sus labios en una ola solitaria de cálida curiosidad—. Un nombre encantador para una mujer encantadora. Te doy las gracias, Brielle. —Se lleva la mano al pecho—. Yo soy Céfiro.

¿Encantadora? Apenas me conoce. Pero eso no lo digo. Este hombre, Céfiro, se desliza hasta mi escritorio y escruta los diferentes manuscritos litúrgicos. Abre el Texto y aparta varios documentos como si tuviese todo el derecho a hacerlo. Mis dedos se tensan en torno a la empuñadura de la daga. «No toques eso.» Sin embargo, las palabras no me salen.

—¿Qué puesto ocupas en la abadía? —Me lanza una mirada por encima del hombro, con intensidad en esos ojos verdes.

—Novicia.

He dedicado todo mi tiempo a la vida consagrada: he profundizado en mi relación con el Padre, he examinado la fe, he expandido mi conciencia, he entendido la importancia de la comunidad. No ha sido tarea fácil.

Céfiro se apoya de espaldas en el escritorio y cruza los brazos, con un tobillo colocado indolentemente sobre el otro. La luz de la vela tiñe de oro las puntas de sus rizos.

—¿Cuántos años tienes?

A esto también me cuesta responder, aunque debería dar igual.

—Veintiuno.

Enarca las cejas en tono de sorpresa.

—¿Cuánto hace que entraste en la abadía?

—Entré a los once años.

—¿Hace diez años que eres novicia? ¿No deberías haber tomado ya los votos?

—Ya los he tomado. Al menos, los primeros.

Tomaré los últimos votos cuando me nombren acólita. Entonces mi compromiso con la fe quedará grabado en piedra. Generalmente, las novicias estudian durante cinco años, aunque siempre hay excepciones a la regla. Tras la fase de noviciado, una Hija de Thornbrook es nombrada acólita, un puesto que mantendrá el resto de su vida mientras sus votos finales se mantengan intactos. Es posible subir en el escalafón, tal y como ha hecho la madre Mabel, solidificando su liderazgo religioso en la región, pero el puesto más alto al que puede acceder una mujer es el de abadesa.

—¿Y por qué no has tomado aún tus votos finales?

—No me corresponde a mí decidir cuándo los tomo —digo con una voz más brusca de lo que querría—. La madre Mabel decide quién está lista para graduarse. Teniendo en cuenta que solo hay un puesto disponible cada año, se entiende que la decisión sea difícil. Ya me llegará la hora de convertirme en acólita.

Se hace el silencio. Cuanto más nos miramos desde ambos extremos de la habitación, más extraños me parecen los ojos de este hombre. No puede ser humano. Ese tono verde es demasiado llameante, demasiado intenso.

—¿Estás segura?

—Llevo mucho tiempo trabajando para conseguirlo —afirmo—. La madre Mabel reconoce mis esfuerzos. Elegirá a quien sea más adecuada para el puesto.

—¿Y si esa persona no eres tú?

Enderezo la columna, recta, como si fuera de acero. ¿A qué viene tanta antipatía? ¿Qué quiere demostrar? ¿Quiere que me ruborice?

He pensado en la posibilidad de que no sea yo. Ha sucedido demasiadas veces ya. Aun así, mantengo la esperanza.

—¿Y la mujer de pelo negro? Ella también se muere de ganas de conseguir el puesto. —Un comentario afilado e indolente. La comisura de su boca se curva—. ¿Qué harás si la eligen antes que a ti?

—Tu antagonismo no es necesario.

—Ah, ¿no? —canturrea, y se acerca—. No hago más que decir la verdad.

Su aroma me golpea: musgo y lluvia. Se me abre la garganta y se me acelera el corazón. Esta reacción de mi cuerpo me ciega tanto que no consigo dar ninguna réplica adecuada. En cambio, lo que hago es clavarle la vista. Céfiro se encoge y se lleva la mano a la sien, como si le doliese la cabeza.

—Ahora he de dejarte —murmura—. Pero antes quería pedirte un favor.

—No.

Céfiro se limita a arquear una ceja.

—¿No? —Mi respuesta parece intrigarle, incluso divertirle, aunque no entiendo por qué. «No» es una frase en sí misma, bastante clara—. Pero si ni siquiera has oído qué favor es.

Algo en su presencia aumenta mi alarma creciente. Su propio hermano ha querido matarlo. ¿Por qué será?

—Llevas demasiado tiempo aquí —consigo decir—. He de pedirte que te vayas de inmediato.

En el pasillo resuenan los ecos de otra tanda de novicias que bajan a cenar. Mis ojos vuelan hacia la puerta. Céfiro se interpone frente a mi mirada y bloquea la vista de la salida.

—Me has salvado la vida. Lo único que te pido es que oigas mi petición y te decidas.

—Sea lo que sea, no me interesa.

—Ah, pues yo creo que querrás oír mi oferta. —Se gira hacia la ventana. Me siento tentada de apartarlo de un empujón. Cualquiera que mire hacia arriba podría verlo—. ¿No te has preguntado por qué la abadesa no deja de pasar por alto tus logros? ¿No te has preguntado qué podría garantizar tu ascenso? —Lenta, sedosamente, Céfiro murmura—: Ven conmigo. Descubre lo que quieres saber, y mi deuda contigo quedará saldada.

Fuera lo que fuese lo que yo iba a decir: «no», «márchate», «quítate de mi vista», no me sale. Porque conozco esta sensación. El deseo impío de alargar la mano y aferrarme a algo. Llevo una década estudiando. ¿Cuántas estaciones pasarán hasta que me elijan para tomar mis votos finales, si es que llegan a elegirme?

—¿Cómo lo haríamos? —susurro—. ¿Qué he hacer para descubrirlo?

—Le haremos una visita a Willow —dice con creciente gozo—. Y tú conseguirás tus respuestas.

Bajo levemente la daga. Willow. Jamás he oído hablar de esa persona.

—¿Y por qué quieres ayudarme? ¿Por qué no puedes aceptar que no quiero ninguna compensación y dejarlo estar?

Él frunce levemente el ceño.

—No existe la bondad de corazón. Siempre hay gato encerrado. —Por mi parte, no—. ¿Hay algún sitio donde podamos encontrarnos mañana por la noche?

—Mañana es Día Sagrado, nuestro día de descanso.

—Pues pasado mañana.

Seguramente me voy a arrepentir, pero cualquier ventaja superará los riesgos. Lo único que he deseado en mi vida es servir al Padre. Que me reconozcan, me acepten, me reverencien… Todo eso me lo concederá tomar los votos finales. Y lo que es más, quiero demostrar que soy digna de esos privilegios.

—Hay una forja al sur del complejo principal. Por las noches está vacía.

—Excelente. —Céfiro coloca una mano en el alféizar de madera—. Enciende un candil en tu ventana dentro de dos noches. Cuando atisbes un brillo de respuesta, dirígete a la forja. Te veré allí.

Y, dicho esto, salta por la ventana y se pierde en la noche.

5

Llego a la forja cuando ya es noche cerrada. La abadía duerme y he de regresar antes del alba. Entro en el taller aún caliente y recogido, pero lo encuentro vacío. ¿Habré entendido mal lo que me dijo Céfiro? El candil está encendido en mi ventana, un suave brillo seguramente visible desde el otro lado del estrecho, al este. Un pequeño sol en lo alto de una torre que atrae hasta su hogar a quienes se encuentran en alta mar.

Paseo por la forja; el aroma a humo me inunda aún las narices. Tironeo del cordón que me rodea la cintura. Céfiro dijo que estaría aquí. Pero estoy sola.

Mientras me pienso mis opciones, veo una nota clavada en la puerta principal.

Brielle, nos vemos en el lugar donde se divide el río Twee. Te espero allí.

Me corroe la irritación. Por supuesto que me informa del sitio donde reunirnos en el momento más inoportuno, y por supuesto que es el lugar más inoportuno. Me pienso si no debería regresar a mi habitación y olvidarme de este trato de locos. Sin embargo, me ha prometido algo: Willow. Sea quien sea esta persona, tiene la respuesta a mis oraciones.

Con la daga en la cintura, salgo a los terrenos exteriores y llego a la entrada. Desde ahí emprendo el traicionero camino montaña abajo. Me retumba el pulso mientras recorro la senda rocosa con temblor en las piernas. La luna no brilla tanto como habría esperado. Se esconde de mí, me obliga a avanzar en la oscuridad. «No os

apartéis del camino.» La madre Mabel nos ha metido esa advertencia en el cuerpo una y otra vez.

El año pasado, la tragedia se abatió sobre Thornbrook. Madeline, una novicia bastante curiosa que cursaba su segundo año, desapareció tras irse a deambular por Carterhaugh después del ocaso. Siete días más tarde la encontramos cerca de una cañada, caminando en círculos alrededor de un anillo de setas que despuntaban de la tierra húmeda. La chica no dejaba de parlotear sobre un hombre extraño que olía a rosas pero cuyo rostro no conseguía recordar.

El embarazo avanzó a una velocidad inhumana. En el espacio de pocas semanas, Madeline ya no podía ocultar la enorme hinchazón de su vientre. Aquella falta tuvo como consecuencia que la expulsasen de Thornbrook. Jamás volvimos a oír hablar de ella.

—Supongo que en esa abadía tuya no os enseñan a caminar sin armar escándalo —dice una voz musical y melosa desde la oscuridad.

Estoy jadeando, empapada en sudor, y no me encuentro de humor para comentarios afilados. Lo que es más, no soy capaz de determinar si eso ha sido un insulto solapado sobre mi peso.

—He venido, ¿no?

Algo más adelante, el río destella entre los árboles.

—Pues sí. —Céfiro se materializa entre dos robles gigantescos. Lleva una pesada capa verde sobre los hombros. La luz de la luna tiñe de plata la punta de sus pestañas y suaviza las extrañas planicies de su rostro—. La mayoría de la gente no se atreve a cruzar el bosque en la oscuridad.

Al parecer soy más necia que la mayoría de la gente. Desde luego, estoy desesperada, pues solo la desesperación ha podido lanzarme a la más absoluta oscuridad sin siquiera un candil con el que iluminar mi camino.

—He de regresar antes del alba —afirmo.

Céfiro me hace un gesto para que crucemos una parte menos profunda del río. Lo sigo.

—Y regresarás. —Va saltando de una piedra plana a otra—. No deberíamos tardar mucho.

Con otro salto sin el menor esfuerzo llega a la orilla contraria.

—¿No me abandonarás?

Sus ojos atrapan la luz, y sus pupilas pequeñas y negras se contraen. Me estudia durante un tiempo. Si no me equivoco, hay algún tipo de entendimiento en su mirada, aunque también podría ser un truco de la luz.

—Siempre que sigas mis instrucciones —me asegura—, no tienes nada de lo que preocuparte.

Nos internamos aún más en las entrañas de Carterhaugh y ascendemos por entre los huecos parecidos a venas que traza el camino entre los longevos árboles. La maraña de hojas sobre nuestras cabezas oculta las estrellas, aunque Céfiro se desliza sobre cada loma y cada hondonada como si la luz del sol iluminase nuestro camino. Mis pasos no son tan livianos ni tan rápidos como los suyos. Este hombre niega ser miembro del pueblo albo, pero ¿cómo, si no, va a ser capaz de abrirse camino tan bien en la oscuridad?

Llegamos a un claro tan perfectamente redondo como una ciruela madura y lista para que la arranquen. Un manantial interrumpe la extensión de hierba suave, un profundo estanque de claridad helada. Sin girarse siquiera, Céfiro susurra:

—Hemos llegado.

—¿Adónde? —bajo la voz, pues los sonidos de la noche han callado.

Y el viento también.

Céfiro se acerca al borde del agua, teñido de blanca luz de luna.

—A Infra.

La punta de mi pie se engancha en una raíz y doy un tropezón.

—¿Qué? —Cuando consigo recuperar el equilibrio, contemplo la espalda de Céfiro, la robusta línea de sus hombros bajo la pesada capa—. Has dicho que no perteneces al pueblo albo —consigo enunciar con voz desmayada. ¿Tan ingenua soy que he aceptado sin más su palabra?

Él me lanza una mirada por encima del hombro, con expresión fría.

—Y es verdad. El pueblo albo y yo tenemos un acuerdo. Se me permite entrar y salir de su reino como me plazca.

Las Hijas de Thornbrook solo pueden internarse en Infra durante el diezmo, cuando el velo entre los reinos se vuelve fino, y solo acompañadas por la madre Mabel. Sin la guía de la madre, cualquiera podría perderse.

Todas comprendemos la importancia del diezmo. El contrato entre Thornbrook e Infra está claro. La tierra sobre la que fue construida la abadía pertenece a Infra. A la abadía se le permite el usufructo de esa tierra si participamos del diezmo. No podemos arriesgarnos a que cierren Thornbrook, hay demasiadas aldeas que dependen de él, sobre todo Kilkare y Aranglen. Incluso Veraness, mi pueblo natal.

—No me dijiste que Willow viviese en Infra —digo, vacilando al borde mismo del estanque. También es verdad que no se lo había preguntado—. Tengo prohibido entrar.

Céfiro emite un sonido con la garganta como única respuesta.

—Pues vaya aprieto.

Durante un momento, se hace el silencio.

—Bueno —añade en tono despreocupado—, tal y como yo lo veo, hay una solución sencilla —me clava en el sitio con esa mirada verdosa—: entrar a pesar de la prohibición.

No está bromeando. Eso me preocupa.

—Comprenderás que hay reglas que debo obedecer. No soy libre de ir donde quiera.

—Eso parece. —Se ríe, y el sonido es casi demasiado agradable para resultar desdeñoso, a pesar de la tensión que deja traslucir—. Eres libre de elegir tu propio camino pero decides vivir tu vida dentro de los límites que te ha puesto Thornbrook. Aunque puedes corregirme si me equivoco.

Me siento tentada de tirarlo al manantial de un empujón por desdeñar mi fe, pero no quiero decepcionar al Padre con mis actos.

Céfiro suspira y se balancea sobre los talones.

—Permíteme que te lo explique —extiende el brazo hacia el este, hacia el reino de la Grisura—: más allá de los muros de tu abadía existe todo un mundo que jamás has tocado siquiera. Si de verdad estás comprometida con tu fe, piénsate lo siguiente: en cuanto tomes tus votos finales, quedarás para siempre atada a la iglesia. ¿Por qué no aprovechas la oportunidad de explorar mientras aún puedes? Tal vez sea lo último que hagas por ti misma.

Ojalá no le resultase tan fácil convencerme. La obediencia es el primero de mis votos. ¿Valdrá la pena romperlo a cambio de la seguridad de que me nombrarán acólita?

—Sea como sea, sigo siendo mortal. El pueblo albo no nos tiene en mucha estima. —Me tironeo con ambas manos del extremo del cordón que llevo en la cintura y lo retuerzo una y otra vez.

—No temas. Como invitada mía, te será concedida una amnistía. —Ante mi vacilación, dice—: ¿Quieres ser acólita o no?

He trabajado demasiado duro y durante demasiado tiempo para dejar pasar esta oportunidad, para ver que alguien como Harper, precisamente Harper, recibe ese honor antes que yo. Bastante duro me resulta la mayoría de los días plantearme si debo seguir formando parte de Thornbrook. Abandonada, sin madre y sin padre, pero entregada a mi dios. Quizá es que estoy cansada de que me pisoteen. ¿Tendré margen de cambio?

Hago la inspiración más profunda que puedo y, al soltar el aire, mi miedo mengua.

—No sé si seré capaz de llevar el viaje a buen término, pero lo intentaré. ¿Qué he de hacer?

Céfiro me ofrece una mano de largos dedos, que yo acepto. A través del cuero de mis guantes, el calor de su piel se transmite a la mía.

—¿Llevas guantes por algún motivo? —pregunta—. Me fijé en que los llevabas puestos también en tu dormitorio.

Me coloco a su lado, pegada al borde del manantial. La muralla de árboles que bordea el claro proyecta sombras.

—Tocar a un hombre va en contra de nuestra moral.

—¿Por qué?

—Porque sí —espeto—. ¿Por qué es azul el cielo? ¿Por qué corre el agua ladera abajo? Es así, y punto. Se sabe que es así. No hay más que entender.

—Ah, ¿no? —Qué punzante es esa mirada cuando descansa por completo sobre mí—. Dime, Brielle —prosigue con suavidad—, ¿te has preguntado alguna vez qué se siente al tocar a un hombre?

Un calor inesperado aletea en mi vientre. Esta conversación ha empezado a deslizarse hacia territorios inexplorados. No soy ninguna ignorante. El Texto explica lo que ocurre cuando una mujer yace con un hombre. La pureza es nuestro segundo voto. Para vivir una vida consagrada no se puede ser impura de cuerpo. El Padre lo sabría. Yo misma lo sabría.

—No, no me lo he preguntado —digo—. Solo una virgen puede convertirse en acólita.

A pesar de la perturbadora concentración de su mirada, mi tono no admite discusión. Céfiro habla con voz grave y gutural:

—¿Quién ha dicho nada de perder la virginidad?

Un escalofrío me pone la piel de gallina. Lo que insinúa…

No. Me niego a responder a un comentario tan ridículo.

Céfiro esboza una media sonrisa y mira al frente.

—En su día —dice, reprimiendo una sonrisa—, Infra tenía cuatro entradas, cada una correspondiente a los puntos cardinales. Todas se adentraban en el corazón de la montaña.

Tanto me alivia el cambio de tema que ni siquiera llego a apartarme cuando él se me acerca.

—En cierta ocasión, sin embargo, Infra cobró vida y dio forma a nuevas entradas. Hoy solo quedan dos de esas cuatro entradas originales.

—¿Y esta es una de ellas?

El conocimiento es una armadura con la que protegerme. Lo voy a necesitar.

—Lo es. Solo el pueblo albo y aquellos a quienes este ha permitido el paso pueden cruzarlas. Pero esas puertas no son el

único modo de entrar en Infra. Es posible internarse por un camino y acabar en Infra sin darse cuenta. Quizá alguna entrada decida algún día sellarse sola y no volver a abrirse jamás. No hay motivo alguno para ello. Árboles, manantiales, puertas, cavernas, agujeros en la tierra…, todo ello puede llevar hasta Infra si se dan las condiciones adecuadas.

—¿Y cuáles son las condiciones adecuadas?

Céfiro se encoge de hombros.

—Eso lo decide Infra. —Entonces se gira hacia mí. Un desconocido en medio de un lugar más desconocido aún—. ¿Sabes nadar?

—Sí. —Mi atención se dirige al agua. No veo el fondo.

Una sonrisa astuta cruza como un fantasma su boca. Unos dientes hermosos en un rostro que es todo lo contrario.

—Pues toma. —Me tiende una concha blanca y pequeña—. Colócatela entre los dientes y respira por la nariz. Así evitarás ahogarte. —Me atrae hacia sí mientras obedezco. Nuestros hombros se rozan, y ese breve contacto basta para que se me seque la boca. Tiene el mismo olor que la montaña—. No me sueltes la mano.

¿Qué nos espera bajo la superficie? La salvación, quizá. O la ruina de todo lo que me es querido.

—Confía en mí —murmura despacio, hipnótico.

Por supuesto que no confío en él.

Un repentino tirón me impulsa hacia delante y caemos en el manantial.

El agua helada me rodea. Y… me entra el pánico.

Una oleada de calor se expande por mis extremidades y empiezo a flaquear. Mi hombro choca contra el duro sustrato, una oleada de burbujas me ciega.

Voy a morir aquí. Moriré en esta tumba acuosa, sin un entierro decente. El alivio eterno tras las puertas divinas del Padre se me

negará. Se me crispan los pulmones y pataleo hacia lo que creo que es arriba, pero acabo golpeándome el rostro contra la dura piedra. Un borde afilado me abre un corte en la mejilla.

Alguien me agarra del brazo y detiene el frenesí que me invade. Céfiro. Está cerca, abrumadoramente cerca. De su cráneo flotan mechones cortos como hierba marrón de río. La claridad de sus ojos cristalinos en medio del agua turbia tiene un efecto extraño y sedante en mí.

Recuerdo sus instrucciones y respiro por la boca. La sal proveniente de la concha dura y en espiral que sujeto entre los dientes me quema la lengua. El agua me hace cosquillas en la nariz. Cuando abro la garganta, por ella penetra una bocanada de aire.

Por el Padre, tenía razón. ¿Qué hechicería es esta?

Ahí abajo no hay más que oscuridad, y una corriente subterránea que nos aparta más y más de la superficie. Se me crispan los dedos, se los clavo a Céfiro en la mano; es lo único cálido que hay en este lugar desprovisto de aire y de luz.

Nos desplazamos en la corriente y la oscuridad se vuelve más densa. El túnel que nos rodea se estrecha, como una garganta larga que nos tragase enteros. Nos hundimos en las profundidades oscurecidas. Lucho contra el creciente pánico que anida en mi pecho, contra el instinto de arrastrarme con uñas y dientes hacia la luz. Estoy respirando. Estoy viva. El agua no me va a matar.

Al llegar al fondo del manantial, siento una presión en los pies. Con ayuda de Céfiro, ambos flotamos hacia un túnel aparte. De nuestras bocas abiertas brotan burbujas.

Saco la cabeza a la superficie. Suelto la mano de Céfiro y nado, contemplando en derredor. Hemos llegado al corazón de una caverna portentosa, roca negra contra la que reverberan los chapoteos que emito al nadar. Me castañetean los dientes en torno a la concha, y me apresuro a escupirla. Nado hasta el borde del estanque y me aúpo para escapar de sus garras heladas. El agua me chorrea por el vestido y cae sobre el suelo suave y pétreo. La tela

empapada se pega a mis generosas curvas. Siento el cuerpo aún más desnudo que si no llevase nada en absoluto.

Céfiro, mientras tanto, sale del manantial con facilidad. Sus músculos esbeltos resaltan bajo el algodón de su ropa, que lleva pegada al cuerpo. Apenas me permito un único vistazo; ni más ni menos. Luego me pongo en pie y aparto la mirada. Ya he visto antes la forma que tiene un hombre, pero nunca de un modo tan pronunciado.

Aparto de mí esa idea, como si fuese una telaraña perdida, y me centro en la cámara en la que nos encontramos. De la cavidad principal surgen varios túneles. El peso del techo lo soportan múltiples arcos que despiden un leve resplandor rosado.

—¿Esto es Infra? —Había pensado que daría más miedo.

—No del todo, no. —Céfiro escurre el bajo de su camisola—. La montaña es una zona neutral entre Infra y Carterhaugh. ¿Ves esa arcada? Cuando la cruces, te encontrarás en Infra.

El camino al frente desaparece en la oscuridad. Dejo escapar un aliento tembloroso, lento. Ya he llegado hasta aquí. No puedo detenerme ahora.

—Hay tres reglas que has de saber si quieres salir con vida de Infra.

Trago saliva, nerviosa, pero asiento. A fin de cuentas, ya he oído todo tipo de cuentos sórdidos al respecto.

—Lo primero que has de recordar —dice, alzando un dedo— es que no debes comer ni beber nada que te ofrezcan. —Su expresión de solemnidad forzada tiene un encanto extraño—. El vino sabe más dulce, la fruta parece más brillante, la carne es inimaginablemente sabrosa. En cuanto empieces a comer, perderás el sentido de ti misma.

Hace décadas, una de las novicias no volvió después del diezmo, o eso se cuenta. La madre Mabel regresó a Infra y descubrió que la mujer había muerto. Había comido tanto que el estómago le había estallado por dentro.

—La segunda —dice él— es que no debes apartarte del camino.

—¿El camino?

—El camino —enfatiza Céfiro, y señala al suelo con un ademán.

Es cierto: una elevación de hierba brota del lecho de piedra algo más adelante y pasa bajo la arcada tallada. Del pasadizo emerge una ráfaga de viento frío que hiede a plantas en descomposición. El sabor que trae consigo me ahoga.

—El camino te mantendrá a salvo —dice Céfiro—. No te apartes de él.

Esto es Infra, una corriente desconocida, y Céfiro es mi ancla. Seguiré sus instrucciones sin queja alguna.

—¿Y la tercera?

—Si solo puedes recordar una regla, que sea esta: jamás digas tu nombre en voz alta. Jamás. Si algún miembro del pueblo albo se entera de tu nombre, tendrá poder sobre ti, más poder del que puedes siquiera imaginar. Atesóralo. No se lo confíes a nadie.

—¿Y qué pasa con tu nombre?

Él tuerce la boca en una mueca demasiado afilada para ser agradable.

—Mi nombre ya pertenece a otro. Puedes usarlo libremente, da igual.

—¿Cómo que tu nombre ya pertenece a otro?

Él echa a andar y yo lo sigo al mismo ritmo. Nos adentramos en la densa oscuridad del túnel. Silencioso como el vacío, como una tumba.

Nada. No veo nada.

—Cuando se revela tu nombre —dice Céfiro—, el sonido queda capturado y guardado en una botella de cristal. Puede venderse, se puede regatear con él, se puede regalar o se puede liberar, aunque el pueblo albo rara vez tiene la amabilidad de hacer esto último. Quien posea tu nombre puede dictaminar todos tus movimientos, el dónde, cuándo y cómo de tu vida.

¿Será por culpa de la oscuridad por lo que esa respuesta se me antoja reptante como una víbora capaz de escupir veneno? Me rodeo

con los brazos mientras seguimos avanzando. Bajo el frío aire corre una brisa más cálida y suave que me acaricia los tobillos.

—¿Y no hay nada que se pueda hacer?

—Cuando reclaman tu nombre, es imposible de ignorar. Solo la muerte puede romper el vínculo.

Pues más me vale espabilar.

En un cierto momento estamos avanzando en una oscuridad total, con un bajo latido que resuena en mis oídos, y al siguiente los muros desaparecen, el techo asciende y el espacio ante nosotros se tiñe por completo de rojo. Esta luz no es natural.

Nos encontramos en la orilla de un amplio lago subterráneo que se extiende tanto en la lejanía que no alcanzo a ver la orilla opuesta. A mis pies crece la hierba. Es seguro avanzar, aunque no sé si quiero hacerlo.

En el centro del lago flota una extensa plataforma de madera del tamaño de un campo de cebada. Sobre ella, una multitud apretujada de criaturas danzan y se retuercen ante el animado ritmo de unos tambores atronadores. Unos grandes orbes de cristal flotan en el agua como linternas y brillan de color rosado y, en ocasiones, de un escarlata más intenso. Resulta evidente que hemos irrumpido en una suerte de celebración.

Miro hacia arriba y doy un respingo de sorpresa. La luna brilla en las alturas, aunque no la reconozco. Esa forma globular me recuerda más bien a un tumor amarillento pegado a un techo, aunque no es un techo, sino el cielo. Unas cuantas estrellas titilan, amortiguadas, en ese dosel oscurecido.

—Los encantamientos de Infra reflejan lo que ocurre en la superficie, pero, como puedes ver, hay algunas diferencias. —Céfiro señala la enfermiza esfera que brilla en las alturas—. El sol y la luna de este reino no siempre ejecutan sus ciclos de forma fiable. A veces la luna se queda atascada en el cielo. Es un diseño rudimentario, pero la mayor parte del tiempo cumple su cometido.

—Ya veo. —Echo un último vistazo a las alturas antes de centrar mi atención de nuevo en el lago.

—No te alejes —murmura él.

Hay un entarimado que lleva desde la orilla cubierta de hierba hasta la plataforma. Lo empezamos a cruzar, aunque se mece levemente bajo la suma de nuestros pesos. Llegamos a la balsa y la multitud se abre hasta rodearnos y obstruir nuestra única vía de escape. Me acerco más a Céfiro e intento evitar tocar nada ni a nadie.

El pueblo albo no comparte rasgos específicos. No hay un único tono de piel ni una complexión general. Lo único común son los ojos, que parecen piedras negras, como los de la mujer del mercado. Algunos tienen cola. Otros tienen pico o astas. Su piel es un conjunto de tonos marrones, ocres, oliváceos, blancos y grises.

Hombros desnudos. Brazos desnudos.

Vientres desnudos. Piernas desnudas.

Cimbrean, se toquetean. Sus manos se deslizan y reptan por otros torsos, brazos, espaldas, columnas vertebrales.

Yo aparto la mirada, pero siempre me cruzo con algún otro miembro de esos danzantes de extremidades laxas, con sus caderas ondulantes. Llevan elaborados chalecos y camisones, chisteras y camisolas largas y andrajosas. Veo que un hombre mete la mano por la entrepierna de otro y bajo la mirada de golpe.

—El pueblo albo disfruta de sus celebraciones —dice con retintín Céfiro a mi lado. A él no le duelen prendas a la hora de estudiar a esas figuras medio desnudas, tanto masculinas como femeninas.

—Esto es impío —digo con tono envarado.

—Para ti, quizá.

Nos adentramos entre los festejos y me fijo en una mujer envuelta en sedas finas, con un brazo y un pecho desnudos. De su cráneo surge un par de astas. Luego pasamos junto a un trío de hombres cuya piel recuerda la corteza de un árbol. El más alto de los tres se lleva a la boca una copa llena de líquido pálido y resplandeciente. Saca una lengua bífida que se curva un poco para libar el fluido y, acto seguido, vuelve a meterla entre los dientes.

—Dríades —murmura Céfiro al seguir mi mirada pasmada—. Prefieren el sabor de la carne.

Aprieto el paso. Este lugar no se parece en nada a lo que había imaginado. No parece haber propósito alguno en esta reunión. Beben y ríen y bailan como si fuese una compulsión.

—Disculpadme —murmuro, tratando de abrirme paso entre dos chicas de ojos de lechuza mientras intento no tocar las mullidas alas que llevan plegadas a la espalda. Esquivo a una mujer despatarrada en la plataforma, con una cola escamosa liada en torno a una pierna. Aparto la vista. Céfiro cruza una mirada conmigo y esboza una media sonrisa.

—Has vivido una vida aislada —dice—. No hace falta que te avergüences.

Y sin embargo, no puede evitar un poco de desdén en su tono.

—Puede que haya visto menos mundo que tú —espeto—, pero tengo al Padre. No necesito nada más.

Un estridente graznido de depredador sobrevuela la multitud, seguido de una risa escandalosa.

—¿De veras? —dice Céfiro con una voz teñida de curiosidad—. Tu dios te da consuelo. Eso lo comprendo. De hecho, hubo un tiempo en que yo mismo fui un símbolo de buenas nuevas.

Ese último dato capta mi atención, pero Céfiro prosigue antes de que tenga oportunidad de preguntarle a qué se refiere.

—Tu mundo no es igual que el mío. Duermes, lees, comes, rezas. Cada hora de cada día transcurre en la seguridad que brindan los límites de tu fe. —Enseña los dientes, y por un instante juraría que acaban en punta—. Mi mundo, en cambio, es un lugar traicionero, poco adecuado para quienes son puros de corazón. —El peso cálido de su mano se apoya en la parte baja de mi espalda. Yo me sobresalto. Mis ojos vuelan a su rostro—. Pero a todos nos atrae aquello que queda fuera de nuestra experiencia vital —dice despacio—. Todos ansiamos algo más profundo.

No estoy de acuerdo. ¿Por qué iba a atraerme a mí algo como esto? ¿Cuál es el propósito de explorar algo tan depravado? Infra

carece de moral, carece de fe. Paredes sin cimientos, nada sobre lo que construir. Sus afirmaciones resultan ridículas. La abadía es mi hogar y mi corazón. Allí no anhelo nada más.

Cuanto más nos adentramos en este frenesí, más me percato de la atención no deseada que empiezo a atraer. Solo por eso, me mantengo cerca de Céfiro.

—Nos están mirando —susurro.

Él esboza una sonrisa escueta y contemplativa.

—Huelen la inocencia que hay en ti.

Unos pasos más adelante, alguien le pone un cáliz en la mano. Céfiro se lo lleva a la boca, pero le agarro el brazo.

—No hay que beber el vino aquí, ¿recuerdas?

Sus ojos bailan sobre el borde del cáliz.

—Mi querida novicia, quien no puede beber el vino aquí eres tú. Tú eres mortal. Yo no.

Dicho esto, apura el líquido rojo y se ríe. Una película brillante le mancha la boca.

Por fin llegamos al entarimado que conduce a la orilla opuesta. Pensé que aquí habría menos gente, pero la multitud no ha hecho sino multiplicarse. Algo me pellizca el trasero y me giro en redondo, sin aliento. Contemplo a estos miembros del pueblo albo con esos ojos oscuros y oleosos, tan salvajes y desastrados. ¿Qué me ha pasado para acompañar a un hombre del que no sé nada a un lugar que está dispuesto a comerme viva si se le concede la oportunidad? Al parecer, debe de haber sido un momento de debilidad.

—Quiero volver —le digo a Céfiro.

Sin embargo, la muchedumbre es tan densa que ni siquiera veo las paredes de la caverna. Él se detiene y me mira con la cabeza ladeada. Un único rizo le cae por la frente.

—No puedes volver.

—¿Por qué no? —Toqueteo el cordón en torno a mi cintura y lo aprieto hasta que me falta el aire.

—No es que no quiera llevarte de regreso, es que no puedo. El único modo de regresar es avanzar. Si intentas desandar tus pasos,

te encontrarás atrapada sin remedio en Infra.

—Eso no tiene el menor sentido.

—Ah, ¿no? —Me contempla durante un instante incómodamente largo. Siento calor en las mejillas. No creo que sean imaginaciones mías: sus ojos se regodean al recorrer mi vestido, la tela empapada que se me pega a las curvas—. Piensa lo siguiente: eres una mortal que ha entrado en Infra. El pueblo albo hará todo lo que pueda para impedirte escapar. ¿Por qué? Porque ellos están atados a las sombras mientras que los mortales disfrutan del don del sol.

Su afirmación suena autoritaria; no me atrevo a ponerla en duda. Me giro y contemplo la escena. El lago negro brilla como aceite bajo el resplandor rojo. Si no puedo volver, la única alternativa que me queda es confiar en que Céfiro me guíe hacia delante.

—Está bien —consigo decir, aunque siento una punzada en el pecho—. Continuaremos. Pero date prisa, por favor.

Dejamos atrás la multitud. El camino cubierto de hierba avanza. Giramos desde la orilla hasta una arboleda envuelta en titilantes luces azules que flotan hilvanadas entre largos hilos, ascienden con la brisa y vuelven a bajar. Resulta extraño, sí, pero mejor tener algo de luz que ninguna en absoluto.

Céfiro avanza, flexible y confiado. Yo no estoy muy segura de cuánto tiempo caminamos. ¿Una hora? ¿Una eternidad? Mis ropas están ya casi secas cuando alza una mano para indicar que aminoremos la marcha. Miro en derredor y se me descuelga la mandíbula. Estoy ante lo que sin duda es el árbol más hermoso que jamás haya visto. Se extiende en medio de un campo de oscuridad. Su tronco suave y retorcido es del color de la nieve recién caída, y sus innumerables ramas están cubiertas de esos hilos de luces azules.

—Es encantador —digo, aunque «encantador» parece una descripción poco adecuada para algo tan excepcional.

—Según el pueblo albo, Willow es el corazón de Infra. —Céfiro se agacha para pasar bajo las luces colgantes y dice—: Pide y se te concederá.

Así que Willow no es una persona, sino un árbol. Supongo que tiene sentido.

—O sea, que solo tengo que… ¿hablar?

Sigo a Céfiro y un pálido sonido ilumina el aire. Él se apoya contra el tronco, con una sonrisa traviesa en la cara.

—Puedes preguntarle a Willow lo que quieras, pero solo responderá las preguntas que crea que provienen de tu corazón.

Eso puedo hacerlo.

—¿Te importa dejarnos algo de intimidad?

Él alza las cejas.

—¿Segura? —Me limito a clavarle la mirada, así que dice—: Estaré por ahí si me necesitas.

Se aparta del árbol y se interna en la oscuridad más allá.

Ahora que Céfiro se ha marchado, siento que se me quita un peso de encima. Quiero que esté lejos cuando realice mi petición. Me da vergüenza la tendencia que tiene mi voz a temblar cuando me siento bajo presión, y lo fácilmente que se me quiebra ante el gran peso de lo desconocido.

—Mi cara está aquí, hija.

Esa frase gutural me impulsa a alzar la vista. Lo que había pensado que era una maraña de nudos en la corteza acaba de abrirse para revelar dos ojos tras sendos párpados y una boca.

—Ahí estás. —Los ojos descienden y la corteza cruje—. Ha pasado mucho tiempo —entona Willow— desde la última vez que una mujer mortal me concedió la gracia de su presencia. Pero dime, hija, ¿qué es lo que deseas?

Al menos esta respuesta es sencilla.

—Me gustaría saber lo que he de hacer para convertirme en la próxima acólita. —Y luego, en tono susurrante—: ¿Cómo puedo conseguir que me consideren digna?

La boca del árbol se aprieta hasta formar un remolino oscuro.

—Veo toda tu historia en tus ojos. Llevas diez largos años esforzándote. Te preguntas por qué tus esfuerzos no han servido

para concederte la oportunidad que esperas. Te preguntas por qué no han bastado.

Me quema muchísimo la garganta. Las lágrimas se agolpan en mis ojos, y las luces azules se convierten en estrellas brillantísimas.

—¿Qué he de hacer? —susurro.

¿Debería arrodillarme? ¿Debería cerrar los ojos y alzar las manos hacia las Tierras Eternas?

—Querida mía —suspira Willow—, tu camino no es sencillo. Es solitario y largo, y está marcado por deseos contradictorios. —El gran árbol hace una pausa y frunce la boca en lo que me parece que es compasión—. Preguntas si hay algo que puedas hacer para propiciar el cambio de estatus que tanto deseas. Por desgracia, no lo hay.

Aprieto las manos temblorosas al frente.

—Ya veo.

—No se pueden controlar los actos de los demás, pero no desesperes. Este camino solo te pertenece a ti, y llegará la hora en que consigas lo que desea tu corazón.

—¿Cuándo? ¿He de trabajar diligentemente durante otros cinco, diez, quince años antes de que se me conceda la oportunidad de convertirme en una de las pastoras más leales del Padre?

El deber de una novicia es construir unos cimientos sobre los que pueda descansar la fe, pero una acólita actúa como la mensajera misma del Padre, viajando hasta aldeas y comunidades lejanas para predicar Su palabra, el bien que hay en todo aquello que es sagrado. Es un privilegio que muchas jamás llegan a experimentar. La representación más genuina de pertenencia a la fe.

Una rama desciende con un crujido avejentado y me acaricia la espalda, como una madre que consolase a una niña decepcionada.

—No temas —me tranquiliza Willow—. Confía en que será lo que tenga que ser.

¿Qué había esperado yo en concreto? Quizá alivio. Consuelo en la calidez del Padre, alguna prueba de que la madre Mabel cree en mi

futuro. Pero lo único que siento es un vacío en el lugar donde antes latía mi corazón, un lugar que ahora está relleno de algodón.

—Muy bien. Gracias por el consejo. —Qué tontería haber creído que podría cambiar algo que escapa a mi control. Había albergado la esperanza…, demasiada esperanza, creo.

Una suave hierba amortigua mis pasos cuando me doy la vuelta para marcharme. Aparto los hilos de luces azules y entro en el claro. La oscuridad descansa sobre mi visión como un velo, todo un alivio después de ese punzante brillo. Céfiro, sin embargo, se ha marchado.

6

Me giro en redondo y entrecierro los ojos para contemplar el brillo cerúleo. Empieza a acelerárseme el pulso. Han pasado pocos minutos desde la última vez que sentí la sólida presencia de Céfiro a mi lado. Pero ahora no veo esa cabeza de rizos color roble, ni sus andares fluidos y esbeltos entre los árboles.

—¿Céfiro?

Los hilos azules se balancean, cuentas brillantes encerradas en vainas traslúcidas.

Noto la falta de viento.

Me pongo en movimiento antes siquiera de darme cuenta de que lo hago. Mis pasos se aceleran al ritmo de mi corazón al galope. Estoy corriendo a toda velocidad. Mis pies golpetean sobre la hierba a un ritmo furioso. Cuando regreso al lago, siento náuseas, y me veo una vez más atrapada bajo el brillo rojo que inunda la enorme caverna. El pueblo albo, con sus cuernos y garras y dientes, sigue celebrando lascivo sobre la plataforma flotante, tragando vino sin mesura.

Mi daga es lo único que me ancla a la realidad. ¿Qué posibilidades hay de que pueda salir de aquí con vida si la desenvaino? El pueblo albo es increíblemente rápido, insospechadamente fuerte. Puede que yo tenga experiencia enarbolando una daga, pero soy mortal. No puedo abrirme paso luchando, porque ni siquiera sé el camino.

Algo me roza la mejilla. Me giro, con la hoja extendida, y me encuentro con una criatura rechoncha con la piel de una textura parecida al pergamino.

—Rojo —dice la criatura en tono de arrullo. Es una chica. Las puntas de unas manos de uñas afiladas se enredan en mi cabello

cobrizo. Yo retrocedo e imagino el tajo que esas uñas me harían en la garganta; una línea escarlata que se hincha para luego vomitar sangre como un estallido.

La chica sonríe y lía uno de mis rizos en su huesudo dedo. Es diminuta, de rostro puntiagudo. Lleva un holgado vestido blanco bajo un chaleco deshilachado. Tiene el pelo, del mismo tono níveo que sus cejas, cortado a la altura de la barbilla.

Por suerte, la criaturilla se aparta y echa la cabeza hacia atrás para mirarme bien.

—¿Te doy miedo?

Parece una pregunta inocente. Los miembros del pueblo albo no pueden mentir, aunque he oído que son capaces de percibir las falsedades.

—Sí. —Un susurro ronco. Temo que Céfiro me haya abandonado en este lugar.

Ella esboza una sonrisa que revela una masa de encías podridas.

—Maravilloso —canturrea—. Absolutamente maravilloso.

Toma mi mano con la suya, mucho más pequeña, y me arrastra a tirones hacia la multitud. Rodeamos el borde de la orilla rocosa y nos abrimos paso a empujones entre un grupo de criaturas con cuellos rodeados de anillos espinosos. Su carne punzada rezuma sangre.

—¿Estás disfrutando de Infra, querida? —Los incesantes tambores y chillidos parecen no afectarla en absoluto.

—Es… inusual —digo.

Me da unas palmaditas de consuelo en el brazo.

—Y esto no es más que el principio. Pronto llegará el diezmo. Pero eso ya lo sabes, ¿no? Vienes de la abadía.

—¿Cómo sabes que vengo de la abadía?

—Por tu vestido. Es bastante mojigato… Sin ánimo de ofender. —Una pausa—. ¿Y esto qué es?

Alza el extremo del cordón blanco que me cuelga de la cintura.

—Se llama cíngulo —contesto en tono envarado. Debe de haber algo que yo pueda hacer para escapar de este sitio, alguna manera de salir—. No pretendo insultarte, pero ¿qué tipo de criatura eres tú?

—Soy lo que se llama una duende. —No parece haberse ofendido. Más bien que le gusta tanta atención, está contenta—. Mi madre fue una ninfa. Me formó en las artes curativas. Por desgracia, jamás conocí a mi padre. Me sacaron de un huevo en la orilla. —Restriega la coronilla contra mi hombro, como un gato—. ¿Y tus padres? ¿Qué tipo de criatura son?

No conozco a mi padre. En cuanto a mi madre, intento no pensar en ella. Lo consigo la mayoría de los días.

—Son humanos.

—Qué pintoresco. —Emite un sonidito al tiempo que una bebida aparece en su mano, aunque no he visto traerla a nadie. Sus dedos blancos se cierran alrededor de la copa, que contiene un líquido oscuro y viscoso.

Nos detenemos cerca del borde de la fiesta, en un lugar donde la orilla sube hasta un saliente natural que brota de la roca. Desde este punto elevado veo por fin la cueva sin obstáculos. Está hueca y es enorme, por ella resuenan ecos. El lago parece estar en calma a pesar de la actividad que balancea la plataforma, y las luces rojizas que se arremolinan dentro de las esferas parecen inquietas, como si intentasen escapar.

La duende se gira hacia mí.

—A lo mejor tienes sed. —Una sonrisa inofensiva que pretende tranquilizarme.

Acepto la copa que me tiende con un cabeceo de gratitud y hago como que doy un trago. Mis labios, sin embargo, permanecen cerrados firmemente. Bajo la bebida y busco a un hombre cubierto con capa verde, pero no hay rastro de Céfiro.

—¿Está bueno? —me pregunta la duende. Hago un vago asentimiento y dejo la copa en el saliente. Luego empiezo a acercarme poco a poco al entarimado. De cuando en cuando bajo la vista para asegurarme de que no me alejo del camino de hierba.

—Pareces melancólica, querida. —Aplasta la nariz contra mi hombro e inspira—. ¿Cómo te llamas?

La respuesta aparece en mi boca. Solo tengo que dejarla salir.

¿Qué fue lo que me dijo Céfiro? ¿Qué más da?

—¿Lissi? —Una enorme criatura con retorcidos cuernos de carnero en la frente se abre paso entre la muchedumbre. Tiene el pecho abultado como un barril y cubierto de sudor. Al verme, entrecierra los ojos—. ¿Esta quién es?

—Ni se te ocurra —espeta la duende—. Yo la he visto primero.

La bestia cornuda me recorre con una mirada suspicaz.

—Una mortal. Pero si aún faltan dos meses para el diezmo.

Su voz es tan grave y resonante que siento cómo me reverbera por el cuerpo hasta las plantas de los pies.

—Estoy buscando a Céfiro —digo.

—¿Céfiro? —La duende arruga la nariz—. Estás mejor sin él. En ese no se puede confiar.

En estos dos tampoco.

—¿Por qué no se puede confiar en él?

La duende, Lissi, da un delicado sorbo y luego se pone a mordisquear la copa con delectación. Contemplo entre horrorizada y fascinada la lengua negra parecida a un gusano que sale de su boca y lame la sangre de sus labios.

—¡Pero querida! ¿No te has preguntado cómo es que ninguno de los demás Anemoi ha acabado atado a Infra?

—¿Qué es un Anemoi?

No comprendo.

—Déjalo, Lissi —dice la criatura de cuernos de carnero, y le da un palmetazo en el hombro con una mano carnosa. Me sorprende que no le cedan las rodillas del golpe—. Esta chica es propiedad de la abadesa. No interfieras.

Qué frase tan extraña. Yo no soy propiedad de nadie.

Lissi frunce el ceño.

—Calla, Balfer. Un poco de información jamás le ha hecho daño a nadie. —Se inclina hacia mí—. Habrás oído las historias, ¿verdad?

La verdad es que no. No hay ninguna mención en el Texto a esa extraña palabra, «Anemoi».

—Los Anemoi —dice Lissi— son cuatro hermanos que fueron desterrados a este mundo hace milenios. Puede que hayas oído hablar de ellos como los Cuatro Vientos. A Céfiro se le conoce como el Viento del Oeste.

Los Cuatro Vientos. ¿De qué me suena?

—¿Y por qué desterraron a esos cuatro hombres?

—No son hombres, querida. Son dioses.

¿Cómo? ¿Céfiro es un dios? De todas las frases absurdas que he oído, esta se lleva la palma.

—Tiene que ser un error.

—De error, nada. Tú lo conoces como Céfiro. Nosotros lo conocemos como el Mensajero, o Aquel que Trae la Primavera.

—Basta ya, Lissi. Deja a la chica en paz. —La criatura de cuernos de carnero agarra el brazo escuálido de la duende—. Esto es asunto de su abadesa y nuestro rey. Es mejor que no nos mezclemos.

La duende vacila. Conozco bien la emoción del miedo, y lo siento en la tensa línea de su espalda. Sin embargo, acaba por asentir.

—Está bien. Que tengas suerte, querida. Intenta no alejarte mucho.

Dicho esto, la duende gira sobre sus talones y se aleja con su corpulento compañero. Yo me quedo con tantas preguntas que me empieza a palpitar la cabeza.

Céfiro es un dios. De otro reino.

Si no pertenece a Infra, ¿de dónde proviene? Lissi ha dicho que está atado a este mundo. ¿Será un castigo o una medida de precaución?

Tan perdida estoy en mis pensamientos que no presto atención a la dirección en la que camino. He regresado a los bosques. Los hilos de luces azules acarician mis hombros, y un sonido extraño resuena y me detiene. Un movimiento por el rabillo del ojo capta mi atención.

Bajo las espesas ramas hay una ornamentada cama con dosel cubierta con una amplia variedad de mantas. Sobre la cama yacen dos figuras entrelazadas.

La mujer está desnuda: piel oscura, cabello de plata, curvas voluptuosas. Está tumbada sobre las mantas blancas, con la respiración alterada y los pezones erectos. Tiene grandes areolas y las puntas rosadas. Gira su rostro hacia mí, aunque tiene los ojos cerrados con fuerza.

Un hombre igualmente desnudo se arrodilla entre sus muslos abiertos. Su espalda musculosa es del color del trigo. Bajo un vientre redondo y suave asoma una erección, una protuberancia enrojecida que sobresale de una mata áspera de pelo marrón. Dos astas cortas brotan de su cabeza repleta de rizos del color de la marta cibelina. Desde este ángulo veo que de su boca asoma una lengua de serpiente. En cuanto el extremo bífido roza la reluciente humedad de la carne de la mujer, esta alza las caderas y emite un grito ronco que resuena por el aire.

Un rubor caliente me baña la piel. Doy un pequeño paso adelante y aparto las ramas. Una vez más, el hombre inclina la cabeza, y su lengua aletea. La mujer gime, mueve la cabeza de un lado a otro, con los ojos aún cerrados. Siento un latido involuntario entre las piernas.

—No te muevas.

Un aliento caliente me roza un lado del cuello, es una orden envuelta en un tono almibarado. Acto seguido, la forma alta y esbelta de un cuerpo se pega, cálida, a mi columna vertebral.

Prácticamente vibro con el impulso de apartarme. No puedo quedarme aquí. No puedo mirar…

—Cerrar los ojos no cambiará nada —susurra Céfiro—. Ya lo has visto.

Es cierto. Odio que sea cierto, pero lo es.

En la oscuridad tras mis párpados ha quedado grabada la huella de esas dos personas que se aparean. El gemido del hombre me provoca un dardo de puro calor que me atraviesa por dentro. La cama cruje. Se oye un chapoteo de pieles que entrechocan, un sonido húmedo e inmediato.

—Dime lo que estás pensando, querida novicia.

Yo cierro los ojos con más fuerza.

—¿Por qué lo hacen aquí? —Me tiembla la voz—. Cualquiera podría cruzarse con ellos.

—Creo que lo hacen precisamente por eso.

La mujer suelta gemidos impúdicos. Yo me encojo. Siento algo pesado contra la cadera… ¿La mano de Céfiro? Se aparta enseguida.

—¿Y por qué le permite que le haga algo así?

—Porque le da placer —murmura Céfiro.

—La está tocando de manera inapropiada.

—Ah, ¿sí?

Los dos aceleran la respiración, que resuena por encima de los chirridos de la cama. El hombre emite gruñidos en tono grave, mientras que los jadeos de la mujer no dejan de volverse cada vez más agudos.

—¿Te has tocado alguna vez? —Vívida, gutural, su voz me hace pensar en todas las tentaciones—. Vuelve a mirar —dice.

Debo de estar bajo algún tipo de encantamiento. De otro modo, no se explica que obedezca. La pareja sigue en la cama, con lánguidos movimientos fluidos, las bocas abiertas. El hombre monta a la mujer desde atrás. Un calor incómodo se extiende por mi bajo vientre.

—¿Por qué me has dejado sola? —pregunto en voz baja—. Me has abandonado entre todas esas criaturas.

Céfiro se inclina más y el olor a lluvia me envuelve.

—Quería ver qué tipo de mujer eres. ¿Cierras los ojos o te enfrentas a las verdades incómodas del mundo?

—¿Para qué sirve esto excepto para que me sienta pequeña y tenga miedo? —murmuro. Me giro y paso a su lado—. Si eso era lo que querías, felicidades, lo has conseguido.

Céfiro me agarra por la manga del vestido.

—¿Quieres ver cómo acaba?

Se refiere a la pareja. Para mi vergüenza, me ha pillado mirando. Lo que es más, me turba la inexplicable fascinación que me produce

la escena. Pero ¿qué me importará a mí cómo termine? No tiene nada que ver conmigo.

—No. —Aparto la mano de un tirón—. Quiero volver a Thornbrook.

Céfiro se pone serio y da un paso atrás para concederme algo de espacio.

—Ya, en cuanto a eso… —Se aparta un rizo que le cae por los ojos—. He de hacer una cosa antes.

Estoy empezando a comprender rápidamente hasta dónde llega mi estupidez. He confiado en un hombre del que no sé nada. Me siento indefensa, pues Céfiro es mi único modo de escapar de Infra. Voy a tener que seguirlo quiera o no quiera.

Salimos de los bosques en silencio. Los árboles dan paso a un enorme salón ribeteado de columnas, ubicado en el extremo más alejado de la arboleda. El caos del lago queda amortiguado en la lejanía. Al cabo, la niebla impregna el aire y su toque frío me humedece el vestido. Las paredes se estrechan hasta convertirse en una pequeña cámara en la que cae una catarata formando espuma en un manantial. En las grietas de las paredes titilan lucecitas rosadas.

Se puede cruzar el manantial aprovechando varias rocas parcialmente sumergidas. Céfiro las va saltando con facilidad. Yo avanzo despacio y lo sigo hasta un túnel aún más estrecho detrás de la catarata.

—A partir de este punto —dice Céfiro—, tengo que ir solo.

Se me encoge el estómago.

—¿Me vas a abandonar otra vez?

Él me lanza una mirada de soslayo.

—No por mucho tiempo. La persona con la que me voy a encontrar podría interesarse por ti. Por tu propia seguridad, es mejor que permanezcas fuera de su vista.

Un detalle muy considerado por su parte, pero en realidad es bastante absurdo, teniendo en cuenta la cantidad de miembros del

pueblo albo que se han percatado de mi presencia durante los festejos. Por otro lado, ¿por qué correr un riesgo innecesario?

—Quédate aquí.

Echa a andar sin molestarse en esperar mi respuesta.

Qué arrogante es.

Me agacho y me aplasto contra la pared, agradecida por disfrutar de un poco de soledad. La oscuridad marca el espacio ante mis ojos. Me esfuerzo por reprimir el estremecimiento que me recorre. «Estoy a salvo», pienso, aunque… ¿de verdad lo estoy? Me imagino una vela, un fuego, un candil, el sol. Un aroma floral incita mis sentidos y me recuerda los pastos cuidados y verdeantes de Thornbrook.

—Céfiro —una desconocida voz masculina se arrastra por la oscuridad, grave y áspera—, no te esperaba tan pronto.

—Soy un siervo de lo más obediente —dice él, arrastrando las palabras—. Si me llamas, acudo. ¿Acaso no funciona así esta relación?

Hay una pausa.

—Céfiro —dice el hombre—, te llamé hace tres meses. No me gusta que me hagan esperar.

Entreabro la boca sin emitir sonido alguno. Debe de ser quien posee el nombre de Céfiro. Quien tiene poder sobre Aquel que Trae la Primavera.

—Aunque no sea asunto tuyo —dice en tono desenfadado—, te diré que estaba visitando a mi hermano.

Su interlocutor, sea quien sea, se echa a reír. Es un sonido hecho de fragmentos, arrojadizo.

—Me sorprende que tu hermano quisiera verte. ¿Cómo se encuentra Bóreas?

—Está bien. Su esposa y él se adaptan bien el uno al otro. —La vacilación es tan leve que por poco me la pierdo—. Hace mucho que no lo veo tan feliz.

—¿Detecto ciertos celos? —Percibo la sonrisa en su voz, con una cualidad oleosa que se me mete bajo la piel—. Tú ya tuviste tu oportunidad de ser feliz. No te mereces tener otra.

—¿No te cansas de este castigo? —espeta Céfiro—. Estoy aquí. Con eso basta.

Algo se restriega en la oscuridad, un cuerpo enorme se arrastra por la piedra.

—Jamás bastará. —El hielo cubre esa respuesta entrecortada—. Esperaba que ya lo hubieses comprendido.

Esta quietud es muy pesada. El mundo entero es un vacío.

Un golpetazo interrumpe el silencio, como si algo hubiese caído de golpe al suelo. Con tono despreocupado, el hombre añade:

—¿Quién es la mujer mortal que has traído a Infra? La verdad es que me gustaría conocerla.

El corazón me aletea en el pecho. Me aprieto aún más contra la grieta de la pared. ¿Cómo sabe que estoy aquí? No he emitido el menor sonido.

—Creo que la dama no estaría cómoda en tu presencia. Es su primera visita a Infra y ya se siente abrumada.

—¿Insinúas que yo la asustaría?

—No hace falta insinuarlo. Sé que sería así.

Otro cacareo ronco.

—Eres un buen entretenimiento, Céfiro. Tráeme a la chica. Quiero intercambiar un par de palabras con ella.

La pared escarpada se me clava con tanta fuerza en la columna que seguramente mañana tendré moratones en las vértebras. No puedo huir si no quiero acabar perdiéndome y quedar atrapada aquí para siempre. Ante mí, el camino cubierto de hierba se extiende hacia quienquiera que esté hablando en ese tono cáustico.

Un alarido estridente de dolor atraviesa el pasadizo. Me da un vuelco el corazón y me atraviesa una oleada de frío. Sonaba a la voz de Céfiro.

—No sigas poniéndome a prueba, Céfiro. Trae a la chica, y que sea pronto. Ya he esperado bastante.

Agazapada en el hueco de la pared, contemplo sin parpadear siquiera el pasadizo carente de luz, intentando que se materialice algo. No oigo pasos, pero no me sorprende que, momentos después,

Céfiro emerja de la boca oscura del túnel con una pequeña esfera rosa en la palma de la mano.

Algo ha cambiado en su rostro. Esos ángulos deformes han adquirido una nueva severidad. Entonces lo comprendo. En su boca ya no hay atisbo de risa.

—No quiero ir —susurro.

—Y haces bien en pensar así. —Se pasa una mano por la mandíbula y se recoloca el pelo. La esfera de cristal tiembla en su mano—. Ven. Será mejor que no se enfade.

Uno, dos, tres latidos después, sigo sin moverme.

—¿Me va a matar?

Céfiro da un paso al frente y la hierba sisea bajo sus botas. Está amedrentadoramente serio.

—No. Tiene curiosidad por saber por qué te he traído aquí. Seguramente está pensando cómo usarte en beneficio propio. Quiere utilizarte como arma para controlarme.

Yo trago saliva para espantar la sequedad de la boca. ¿Qué tipo de criatura me espera al otro lado de esta penumbra?

—¿Cómo se llama?

—Pierus. En su día fue el soberano de unas tierras lejanas. Ahora ha instalado aquí su reinado, bajo el nombre de Rey Orquídea.

Me tiemblan las piernas al ponerme de pie. Recoloco la tela seca y endurecida del vestido alrededor de mis piernas. Pero por más que me esfuerce, no consigo calmar mi respiración entrecortada.

—Padre que estás en los cielos —susurro—, guíame a través de estas aguas oscuras. Llévame hasta tu casa de adoración.

Céfiro me mira. Toda emoción ha desaparecido de sus facciones.

—Tu dios no puede ayudarte aquí.

La luz que sostiene se apaga. La tirantez que siento en el pecho se convierte en un diamante frío y duro, un dolor con puntas afiladas.

—¿Puedes volver a encender esa luz? —Me estoy mareando—. Por favor.

—Pierus ha bloqueado temporalmente su capacidad de brillar. Sabe que la tengo y prefiere que esté lo más incómodo posible. Tendremos que caminar en la oscuridad.

Me quedo muda. Mi lengua, floja de terror creciente, se niega a moverse. Una mano cálida se apoya en mi codo y Céfiro murmura en tono tan bajo que estoy segura de que el sonido no ha abandonado sus labios:

—No te asustes. La oscuridad no dura para siempre. —Con suavidad, me lleva hacia delante—. Pon la mano en la pared —dice—. Ve guiándote con ella.

La roca húmeda raspa contra mi guante. Si cierro los ojos, casi puedo convencerme de que esta oscuridad la he elegido yo.

—Antes he oído un grito —murmuro, extrañamente reconfortada por la presencia de Céfiro—. ¿Te ha hecho daño?

—A Pierus le gusta imponer castigos. —El pasadizo se estrecha y el aire se convierte en escarcha en mi boca—. Recuerda que no debes decir tu nombre. De todas las criaturas con las que te podrías vincular en Infra, Pierus es la peor.

No hace falta que se preocupe por eso. Mis labios están sellados.

—¿Cómo se hizo con tu nombre?

Un leve roce me guía hacia la izquierda. Céfiro camina con tanta suavidad que no puedo oír sus botas al entrar en contacto con la hierba.

—Pierus y yo nos conocemos desde hace mucho, desafortunadamente. Aunque posee mi nombre, no es eso lo que me ata a él.

Desde que entré en Infra, mis preguntas no han hecho sino multiplicarse. He aquí una más añadida a la colección: el misterio que rodea a Aquel que Trae la Primavera. Si no es su nombre lo que lo ata al Rey Orquídea, ¿qué es?

—Cuando lo veas, intenta no clavarle la mirada. Haz todo lo que puedas para mantener una conversación educada. Pierus sabrá apreciar el esfuerzo. —Su mano se crispa en mi brazo y aminoramos la marcha—. Puedes abrir los ojos.

Nos encontramos en una caverna resplandeciente iluminada por la luz de la luna. Las paredes están impregnadas de plata. Alfombran el suelo flores rosas de diminutos pétalos curvos, intercaladas con la hierba del camino. Rosas. Eso explica el aroma meloso. Sin embargo, lo que nos espera apoyado en la pared opuesta me entumece de frío.

La parte inferior del cuerpo de ese hombre parece haber sido consumida por una planta de belladona: enormes flores carnívoras de un vivo tono escarlata con forma de bocas abiertas. Raíces pálidas y grumosas como la leche cortada reptan bajo las hojas y enredaderas que cubren la parte inferior de su cuerpo. Su torso es humanoide, aunque de la piel desnuda de sus hombros musculosos han brotado algunas flores con los tallos repletos de espinas de punta roja roja roja.

—Hola, joven novicia. —Este hombre no pertenece al pueblo albo, pues sus ojos no parecen estar hechos de piedra. Son como los míos, como los de Aquel que Trae la Primavera, aunque los de este hombre son azules—. Hueles al incienso que queman en la iglesia.

Recuerdo el consejo de Céfiro y asiento, educada.

—Quemamos incienso cada Día Sagrado.

Él alza una garra. Una enredadera viscosa se desliza hacia mí por el suelo y aparta suavemente la hierba crecida. Yo retrocedo y choco contra el pecho de Céfiro. Pierus dice:

—Deja que te vea de cerca.

La enredadera se lía en torno a mi muñeca. Tironea de mí y me obliga a dar un paso al frente para no verme arrastrada. Y ahí se queda, como un brazalete pesado con finas espinas. Pierus me recorre con la mirada de arriba abajo. Tanta atención me provoca calor en las mejillas.

—¿Puedo preguntar cómo te llamas? —inquiere.

Pensaba estar preparada para esa pregunta, pero la verdad es que mi mente se ha quedado en blanco en el mismo momento en que la luz ha desaparecido del túnel.

—Puedes llamarme novicia.

Una sonrisita secreta asoma a los labios del hombre. Si su cuerpo no fuese tan repugnantemente antinatural, quizá podría verlo atractivo.

—Céfiro te ha enseñado bien. —Pierus se gira hacia Aquel que Trae la Primavera, que está apartado en un rincón—. Aunque me pregunto para qué te ha traído aquí. Los mortales tienen prohibido visitar Infra excepto en la víspera del diezmo.

Yo paseo la mirada entre Céfiro y el Rey Orquídea.

—Me dijo que se me concedería amnistía. No quiero ocasionar ningún problema.

—Tonterías. —Unas hebras de cabello plateado se deslizan por su pecho lampiño y suave, por ese abdomen esculpido—. El ritual no durará mucho. Aunque si careces de un estómago fuerte, te aconsejo que apartes la mirada.

Un leve zumbido empieza a vibrar en mis tímpanos. «Corre», susurra una voz, pero mis pies están enraizados al suelo.

—¿Qué ritual?

El Rey Orquídea alza las cejas para luego fruncir el ceño, formando un montículo de pura severidad.

—Así que no te lo ha dicho. No debería sorprenderme.

—No es necesario que vea esto —gruñe Céfiro; las primeras palabras que ha murmurado desde que entramos en la caverna—. Deja que espere en el túnel hasta que hayamos completado el ritual.

—Céfiro —la risa entre dientes de Pierus me recorre la piel, ya estremecida—, has sido tú quien la ha invitado a entrar en Infra. —El Rey Orquídea vuelve a mirarme—. No temas, joven novicia. Céfiro y yo tenemos un acuerdo.

—Te lo imploro una vez más —dice Céfiro—. Déjala en paz.

Una segunda enredadera se alza y se dobla bajo la barbilla del Rey Orquídea. Con los labios apretados, me contempla pensativo. Yo tiemblo ante esa mirada invasiva. Imagino esas garras curvas pinchando mi piel, sujetándola, posesivas.

—No. —Niega con la cabeza—. Hay que aprender la lección, y quiero que esta mujer sepa lo que sucede cuando se desobedecen

mis órdenes. Me has tenido esperando demasiado. Que comience el ritual.

Aquel que Trae la Primavera se queda inmóvil. La verdad es que yo no había llegado a comprender lo poco expresivo que puede llegar a ser cuando se extingue la luz de su rostro. Se mueve de forma deslavazada; hombros, brazos, muñecas, dedos. Se agarra el borde de la camisola, se la quita y luego la arroja a un lado. Mi atención se centra en su torso desnudo y después se desvía a otra parte.

—Esto no tardará mucho —me asegura el Rey Orquídea.

Una de las flores se abre y pega su boca espinosa contra el cuello de Céfiro.

Yo doy un paso atrás con un quejido horrorizado. Me caigo de culo. Una segunda flor se extiende desde una escuálida enredadera y se le pega a la mejilla. Una tercera, al brazo. Céfiro tiembla, con el rostro rígido de dolor, y cae de rodillas.

Me escabullo hacia atrás hasta chocar contra la pared. Estoy paralizada por la atrocidad que está teniendo lugar ante mis ojos. Cinco flores se le pegan en el torso a Céfiro, y luego siete, y luego diez. Otro temblor deja inútiles sus brazos, aunque él no emite sonido alguno. Una flor se le pega al pectoral justo sobre el corazón y él arquea la espalda. Su tenso abdomen se flexiona con rápidas pulsaciones. Abre la boca en un grito mudo.

El tono rosado de los pétalos se vuelve carmín. Las flores se hinchan, se inflan, beben demasiado como para contener lo que consumen. De esas bocas succionadoras empieza a rezumar un líquido rojo.

Por el Padre. Mi mirada va hasta el Rey Orquídea, que me contempla con ávida fascinación. Yo me encojo y me aplasto más contra la roca.

Infra es venenoso; eso yo ya lo sabía. Jamás debería haber accedido a esta maldita incursión.

Cuando las flores acaban por separarse con húmedos sonidos de succión, Céfiro cae hacia delante, jadeando entre dientes. Las

espinas le han perforado la piel con marcas en forma de media luna. Al parecer, tiene un tatuaje sobre el costillar: flores de color blanco, rosa y violeta. Qué extraño. Sin embargo, no llego a ver más, porque vuelve a ponerse la camisola y se levanta. No me mira. Por algún motivo, me gustaría que me mirase.

—Si vuelves a rechazar mi llamada —entona Pierus—, te drenaré hasta la última gota del cuerpo. No te lo volveré a advertir. —Hace un gesto con la garra—. Puedes marcharte.

Los ojos apagados y lejanos de Céfiro atraviesan a Pierus. No hay rastro del hombre carismático de antes. Da media vuelta y sale de la estancia.

El Rey Orquídea centra su atención en mí. A su espalda, una hemorragia recorre todo el campo de rosas. El tono rosado ha dado paso a un rojo intenso.

—Harías bien en seguir mi consejo, joven novicia: no confíes en Céfiro. Se aprovechará de ti. —Una de las flores que brota de su espalda se abre y luego se cierra como si de unas fauces se tratase—. Si necesitas ayuda, puedes venir a buscarme. A fin de cuentas, Infra es un lugar traicionero.

7

—¡Céfiro!

Él sigue avanzando, con tanta celeridad que me veo obligada a correr. Para cuando salimos detrás de la catarata, el sudor y la niebla me empapan la piel. Céfiro salta por las rocas resbaladizas y aterriza con suavidad en la orilla opuesta. Yo lo sigo a trompicones, pero debería saber que no voy a poder ir más rápido que el Viento del Oeste. Céfiro alarga sus zancadas y avanza sin pausa. No tardamos mucho en volver al lago subterráneo con sus tambores latentes y su bullicio. La hierba asoma en el suelo ante mí. Céfiro está a dos pasos de distancia.

—Espera. —Alargo la mano hacia él sin pensar. Céfiro se detiene, rígido, y aparta el rostro de mí—. El Rey Orquídea… —jadeo—. ¿Por qué ha…?

Mi mirada se detiene sobre el pecho de Céfiro, aunque su camisola cubre las consecuencias del horrendo ritual cuya imagen está grabada a fuego en mi mente. Una caverna oscura, un manto de flores rosadas, el aroma a miel en el aire.

—¿Por qué ha bebido mi sangre? —sugiere.

Asiento despacio. Bien podríamos estar solos en la caverna abovedada, porque los miembros del pueblo llano, de todas las formas y colores posibles, parecen menguar ante lo que acaba de suceder, velados bajo el brillo rojo que baña las paredes.

El Viento del Oeste suspira.

—Aquí hay en juego fuerzas que no comprendes. Sangre vieja. Deudas viejas. Por tu seguridad, es mejor que no lo entiendas.

Dice todo esto sin mirarme. Su voz, sin embargo, tiembla.

—Pero ¿a qué viene ese maltrato? —No, «maltrato» no es la palabra adecuada. Ha sido más bien una exhibición de poder. Totalmente repugnante—. Si Pierus…

—Por favor. —Céfiro alza una mano. Esos dedos esbeltos y largos se curvan levemente, como si intentasen aferrarse a algo—. No pronuncies su nombre.

Se apresura a escrutar a la multitud, que se ha dispersado un poco, aunque alcanzo a ver a unos cuantos duendes de menor tamaño, que reconozco gracias a esas siluetas rechonchas y esas extremidades como ramas. Céfiro añade:

—Es mejor que te refieras a él como el Rey Orquídea. Lo contrario es una falta de respeto, y aquí hay muchos miembros del pueblo albo que están a su servicio.

Inspiro unas cuantas veces, intentando procesar ese nuevo dato, encajarlo con todo lo demás que he descubierto esta noche. El esfuerzo me agota. Todo es demasiado complejo, demasiado abrumador.

—Lo que no entiendo es por qué has tenido que acceder a participar en ese… —se me revuelve el estómago al recordarlo— ritual.

Es ahora cuando Céfiro se gira hacia mí. Sus ojos son musgo oscurecido, apenas los ilumina luz alguna.

—Lo único que puedo decirte es que el pasado siempre está presente. Por lo tanto, esta es la vida que he de vivir.

—Pero te tiene cautivo —insisto—. ¿Por qué? ¿Cuánto tiempo llevas así?

Él apoya una mano en la pared. Bajo su contacto, la piedra se aparta, se convierte en una abertura tras la que hay un recodo familiar de agua que fluye entre rocas. No hay pérdida: al otro lado de este umbral está Carterhaugh.

—Aquí nos separamos —dice Céfiro.

Me da un suave empujón que me hace tropezar al internarme en el bosque silencioso. Me doy la vuelta, pero ya no hay rastro de la entrada, ni de Aquel que Trae la Primavera. Lo único que veo es la

superficie suave y plomiza de un peñasco. Parpadeo, algo aturdida. La luz del día se derrama por el dosel roto de ramas y hojas. No solo me he saltado la misa, sino también el desayuno y las tareas matutinas. Céfiro no ha cumplido su parte del trato. Sin duda, se han percatado de mi ausencia.

Me levanto el vestido y subo a toda prisa montaña arriba, intentando pensar en una excusa adecuada para justificar mi ausencia. Podría decir que he ido a buscar flor de perla, que solo florece a la luz de la luna y que escasea peligrosamente en la enfermería. Pronto el chapitel de la iglesia despunta en la línea boscosa de Carterhaugh. La portera me deja pasar y echo a correr hacia el claustro. Giro un recodo y me topo con Isobel y Fiona. Ambas iban a ir a recolectar cebada esta mañana.

Isobel suelta un chillido y retrocede hasta chocar con Fiona, cuyo rostro palidece tanto que hasta se tambalea.

—¿Brielle?

Les ofrezco mi mejor sonrisa de disculpas. Quizá no sea demasiado tarde para reparar el daño causado.

—Perdón por saltarme las tareas antes. Perdí la noción del tiempo y…

Y nada. La mentira es tan patética que ni siquiera vale la pena pronunciarla. Las dos me contemplan con mandíbulas desencajadas y ojos desorbitados. Es Isobel quien primero recupera la compostura:

—¿De qué hablas? —exclama, y la fuerza de su ira me obliga a retroceder un paso, hasta que mi hombro choca con una de las columnas—. La madre Mabel está muerta de preocupación por ti. ¿Qué es esto, una broma?

¿Broma? Contemplo a Fiona, confundida. La joven novicia se me acerca, lenta, cautelosa. Nunca me ha contemplado así, como si acabase de volver de la tumba.

—Brielle —dice en tono ronco—, ¿qué te ha pasado?

Me han pasado demasiadas cosas, estoy a punto de decir, pero he de mantener la boca cerrada.

—Queda poca flor de perla en la enfermería, así que fui a recolectar algunas a la orilla del río. Disculpadme, perdí la noción del tiempo.

Ya ha pasado algo así antes, así que no resulta totalmente descabellado.

Fiona adopta una expresión preocupada. Sabe tan bien como yo que para ir a pie desde Thornbrook hasta el río Twee apenas se tarda una hora.

—¿Te has perdido?

—No.

—¿Y qué ha pasado? —inquiere Isobel—. Te hemos buscado por todas partes. La madre Mabel ha mandado buscar al alguacil.

—¿Al alguacil? —Me sale casi un grito.

Tras unas puertas abiertas en el otro extremo del pasillo, un grupo de novicias se sobresalta por el ruido. Sus rostros se ensombrecen, pero una de ellas dice con una exclamación ahogada:

—¿Brielle?

No comprendo qué sucede. Nuestra abadesa solo ha llamado al alguacil en una ocasión: tras siete días buscando a Madeline, cuyo misterioso embarazo desembocó en su expulsión de la abadía.

—¿Por qué ha mandado llamar al alguacil? Solo he estado fuera una hora.

—¿Cómo que una hora? —dice Fiona, incrédula—. Llevas siete días desaparecida.

No consigo digerir las palabras en un primer momento.

—¿Qué?

—Que llevas una semana desaparecida.

—Basta. —Se me rompe la voz—. Basta de jueguecitos. He bajado al río, pero acabo de regresar.

¿Se habrán inventado esta farsa como castigo por mi tardanza? Si así es, no me hace gracia la inquietud que me provoca. Hago ademán de pasar entre ellas, pero Fiona me agarra del brazo con expresión lúgubre. Es más fuerte de lo que yo había pensado.

—No son jueguecitos. Llevamos muchos días buscándote. Pensábamos que estabas muerta.

La sangre me late con tanta fuerza que la piel me palpita a cada latido. En la puerta abierta del pasillo han empezado a aglomerarse las novicias. Sus suspiros perplejos se propagan por el aire. Cualquier intento de controlar mi expresión fracasa; mi mente se queda bloqueada.

No puede ser. Porque si lo que afirman es cierto, es que ha pasado toda una semana durante el transcurso de una única noche en Infra.

—¿De verdad que la madre Mabel ha mandado llamar al alguacil? —grazno. Fiona asiente. Isobel retrocede como si yo pudiese contagiarla de viruela—. Hablaré con ella. —Asiento para mí misma, pues es un buen plan. Hablaremos y explicaré mi misteriosa ausencia—. ¿Qué hora es?

—La campana del mediodía ha sonado hace poco. —Isobel y Fiona se plantan como un solo ser ante mí, con cautela en la mirada—. Está en la iglesia.

El peso de sus sospechas me lleva en volandas mientras me dirijo a la iglesia tan rápido como me permiten mis cansados pies. El vestido ya está completamente seco y ahora es un gurruño endurecido, y tengo los rizos tan enmarañados que voy a tardar una velada entera en desenredarlos. La madre Mabel sabrá que algo no va bien.

Las puertas de la iglesia están abiertas. Me parece una tontería lavarme las manos teniendo en cuenta lo mugriento que está el resto de mi ser, pero me detengo en el lavamanos a la entrada y veo cómo el agua se enturbia en la jofaina. El aire se vuelve frío al entrar en terreno sagrado: paredes de piedra gris, vidrieras ornamentadas. La alfombra que se extiende entre las hileras de bancadas amortigua mis pasos mientras me acerco al altar, sobre el que arden tres velas: Padre, Hijo, Espíritu Santo. Jamás han de apagarse.

La madre Mabel está arrodillada junto a la barandilla que rodea el sagrario, de espaldas a mí. Lleva la casulla ornamentada y sin

mangas que se pone durante la misa y demás acontecimientos ceremoniales, símbolo de su entrega a la fe. Por debajo asoman las mangas blancas y ondulantes de su alba, en torno a sus manos unidas.

Me detengo junto a ella en la barandilla, me arrodillo sobre un cojín y agacho la cabeza.

¿Hasta dónde me he apartado del camino?

He metido a un hombre en mi habitación.

He contemplado un acto sexual e íntimo, y no he cerrado los ojos ante ello.

He entrado en un lugar que me está prohibido.

La vergüenza aumenta hasta cerrarme la tráquea. Se endurece, se convierte en piedra. Perdóname, Padre, tú que sabes dónde he estado y con quién.

La madre Mabel se agita a mi lado. Suelta una larga exhalación por su nariz puntiaguda.

—Tengo varias preguntas para ti —murmura.

Abro los ojos y me giro para mirarla. Se me contrae el estómago. ¿Es desaprobación o decepción? No estoy segura de cuál de las dos es peor.

—Sí, madre Mabel.

—Ven.

Se pone de pie y me hace un gesto para que la siga. Del altar principal sale un corto pasillo que da a la sacristía. La diminuta habitación se encuentra tras una pesada puerta de roble, que se cierra de golpe cuando la cruzamos. La madera es lo bastante gruesa como para amortiguar todos los sonidos del interior. He estado incontables veces en esta sacristía durante la última década. Aquí es donde la abadesa se viste y se prepara para la misa. Aquí también están los receptáculos sagrados que usamos en misa: el mantel del altar, el cáliz, la patena y el Texto en sí.

En las paredes hay tapices que representan escenas particularmente violentas de nuestra literatura: la historia de Byron, del Libro del Destino, que fue decapitado tras admitir haber

mantenido relaciones incestuosas con su hija; la historia de Bram, el último rey verdadero de Carterhaugh antes de que los bárbaros del norte masacrasen a su clan, que se cuenta en el Libro de la Noche.

—Siéntate —dice la madre Mabel.

Obedezco. Será mejor, porque me han empezado a temblar las rodillas. Las facciones de la abadesa parecen más severas que nunca bajo las sombras que proyecta el aleteo de la luz de las velas. Pasa junto a mí con un runrún de zapatillas de seda.

—Llevas una semana desaparecida, Brielle. Cuando no apareciste en misa, tus compañeras novicias pensaron que te habías puesto enferma. —Se detiene, gira sobre sí misma y empieza a caminar despacio en dirección opuesta. El dulce olor del incienso la sigue—. Pero cuando Fiona fue a tu habitación, vio que estaba vacía, y tu cama, sin deshacer.

No hay nada que yo pueda decir para explicar mi ausencia. No se puede detener una piedra que rueda ladera abajo. A veces es más sencillo no decir nada.

—Como tampoco apareciste en el desayuno, empecé a preocuparme. No es típico de ti perderte las comidas. Por eso, al caer la noche, decidí que debía de haberte ocurrido algo terrible. Fue entonces cuando llamé al alguacil.

Se me pone de punta todo el vello corporal. Así que es cierto. Alguien debe de haber ido hasta Kilkare para avisar de mi desaparición.

—El alguacil te perdió el rastro en el río Twee. Nos temimos que te hubieras ahogado.

Al oír eso, mis ojos se desorbitan. Cuando una persona se ahoga, a su alma se le niega el paso a las Tierras Eternas. Se cree que el agua que toca la tierra y no los cielos alberga todos los pecados de aquellos que han vivido antes que nosotros.

—No, madre Mabel. —Mis manos sudorosas se adhieren al interior de los guantes al frotarme los muslos—. Como veis, estoy bien.

—Me alegro —replica ella, pero la sequedad de su respuesta indica que mi apariencia desastrada le desagrada—. Es un milagro que hayas regresado sana y salva. —Una pausa—. Me gustaría que me lo explicases.

Me pide algo que no puedo compartir. Al entrar en Infra antes del diezmo, he roto la regla más antigua de la abadía, una regla creada para garantizar nuestra seguridad en medio de las tierras salvajes de Carterhaugh.

—Lo siento —acierto a decir, y hago una inclinación—. Me marché porque quería buscar suministros para la médica, pero eso no es excusa.

—¿Y qué fue lo que te pidió Maria que buscases?

—Flor de perla —tartamudeo.

Ella emite un sonidito impreciso que no revela para nada lo que está pensando.

—Interesante, porque a raíz de tu ausencia le preguntamos a Maria, que afirma no haber hablado contigo en varios días.

Acabo de meter oficialmente la pata.

—¿Sabía alguien más adónde ibas? —pregunta la madre Mabel.

—Fiona. —Es el primer nombre que me viene a la cabeza—. Le dije que llegaría tarde a las tareas matutinas, pero me desorienté en la oscuridad. Debo de haberme salido del sendero y me he perdido.

Las cejas de la abadesa se elevan.

—¿Que tú te has perdido? Pero si llevas una década explorando todos esos senderos. —Transcurre un momento de silencio—. Mírame.

Se me encoge la garganta al tragar saliva con fuerza. Alzo la cabeza. Los músculos faciales de la madre Mabel se han congelado en una expresión de educado interés.

—¿Cuáles son los Siete Decretos? —pregunta.

No me veo obligada a recitar los Siete Decretos desde que era niña. Es la peor forma de humillación: la abadesa piensa que necesito que me recuerden cuáles son los Decretos, aunque los llevo en el corazón todos los días de la semana.

—Por favor, madre Mabel.

—Los Decretos, Brielle.

Hago una inspiración temblorosa. Siento un nudo en la garganta y rubor en la cara.

—No matarás. No robarás. No cometerás actos impuros. No faltarás al respeto a tu madre ni a tu padre. No darás la espalda a Dios. —Mi voz se va volviendo más ronca mientras recito sin pausa. Cada regla es un peso muerto que he de quitarme de encima. Trago saliva y acabo con—: Recordarás el Día Sagrado.

—Te has dejado uno.

Esperaba que no se diese cuenta. Una vez que los diga todos, la realidad me golpeará. Los últimos vestigios de este estado casi onírico me abandonarán. No estoy lista.

—¿Cuál es el Séptimo Decreto? —espeta ella.

—No mentirás.

La madre Mabel entrelaza los dedos y me estudia. El frío recorre mi vestido; empiezan a dolerme las rodillas de tanto apretar las piernas contra la dura piedra.

—Desapareciste durante una semana. ¿Dónde has estado? ¿Qué era tan importante como para considerar que tenías que marcharte sin decirle a nadie adónde ibas? Quiero la verdad.

El sudor me recorre la columna. Una vez salga a la luz la respuesta, puede que me expulsen de Thornbrook. Creo que no podré sobrevivir en el mundo fuera de aquí.

—Ya lo he dicho: estaba buscando flor de perla.

—¿Y por qué se dirigía tu rastro al noroeste en lugar de al sudeste, donde crece esa planta?

Las mentiras tienen las patitas muy cortas. Sean cuales sean las consecuencias, las aceptaré, por más que me duela. ¿Me mereceré el castigo, pues?

—Madre Mabel…

—Basta. Ya he oído suficiente.

Me da la espalda y se desprende de la impresionante casulla. Luego la cuelga de un gancho en la pared. Debajo lleva el alba, la

estola de oro y el cíngulo con su trío de nudos. Desata deliberadamente cada uno. Sus largas uñas enganchan el cordón y lo liberan. Tras dejar el cíngulo a un lado, se quita la estola y la cuelga junto a la casulla. Por último, el alba. Ahora solo lleva una ligera camisola blanca. Contemplo la piel pálida de sus pantorrillas desnudas.

La madre Mabel atraviesa la estancia y saca algo de una caja que descansa en un anaquel bajo. Un instante después, vuelve a mi lado.

—Conociendo los Decretos que nos guían, ¿hay algo que quieras añadir? ¿Lo que sea?

Me mira, muy consciente. Creo que la he decepcionado muchísimo. No hay nada que pueda decir para cambiar mi destino, así que hago lo que me han enseñado a hacer desde que me dejaron a los once años de edad en los escalones de entrada de la abadía, bajo la lluvia, contemplando una silueta oscura que se alejaba de mí montaña abajo.

Mantengo la boca cerrada.

La madre Mabel se dirige a la puerta y cierra con llave.

—Quítate el vestido, por favor.

Bajo la mirada y aprieto los puños, temblorosos. Una oleada de frío me recorre.

—No comprendo.

—No lo voy a repetir.

El filo de esa frase, que sabe a castigo, me espolea. Le doy la espalda y me quito el vestido. Solo tengo la camisa y la cinta que me sujeta los pechos. El aire frío me estremece.

—Arrodíllate.

Mis rodillas crujen contra las losas. Se oye un leve chasquido de cuero: el flagelo. Un sabor metálico me sube a la boca. La madre Mabel se sitúa a mi espalda. El incienso de la iglesia siempre me ha reconfortado, pero ahora me revuelve el estómago con un aroma dulzón a podredumbre.

—Siento tener que hacerte esto, Brielle. Espero que lo comprendas.

El aire mismo se carga, y un segundo después el dolor estalla en mi columna vertebral.

Grito y me inclino hacia delante. La herida de la espalda me abrasa con un dolor creciente. Araño el áspero suelo de piedra con las uñas. Dejo caer la cabeza y jadeo, conmocionada. La chica herida que llevo dentro gimotea.

—Un azote por cada día que has estado desaparecida —susurra la abadesa detrás de mí—. Un azote por cada mentira que mancille tu lengua.

Y me flagela de nuevo. El fuego me recorre la espalda. Siete azotes por siete días. Siete azotes por Siete Decretos. Siete azotes por la dura crueldad de un reino bajo tierra; y ríos, ríos, ríos de sangre.

8

—Brielle.

Ese tono irritado me despierta de golpe. Harper se encuentra delante de mí, con las manos en las caderas y la boca apretada como si acabase de chupar un limón. Yo me enderezo y me encojo ante la punzada que siento en la espalda. Me he quedado dormida a la mesa. En el refectorio repiquetea un bullicio de cubiertos y cuencos. Huele a verdura hervida y al dulzor burbujeante y caliente de las gachas recién hechas.

Harper sigue clavándome una mirada expectante.

—¿Qué? —resoplo. No se permite conversar en las comidas.

—¿Qué habrá visto en ti la madre Mabel? —Ladea la cabeza—. Después de la vergüenza que ha supuesto tu desaparición, debe de arrepentirse de haber confiado en alguien tan penoso.

Harper escupe tanto veneno que me sorprende que las plantas no se marchiten en su presencia. Y aquí estoy, sentada, encajando una lluvia de golpes.

La decepción y la vergüenza vuelven a arremeter contra mí. He trabajado sin descanso por esta oportunidad y, en menos de un día, todas mis esperanzas se han ido al traste. La madre Mabel no me elegirá como acólita este año. Quizá no me elija nunca. No soy digna. No se puede confiar en mí.

—¿Y bien? —Harper golpetea con el pie sobre el suelo con calma irritante—. ¿Me vas a responder o prefieres quedarte ahí como una mema?

Las comidas son un momento para reflexionar sobre nosotras mismas, para profundizar en nuestra fe, para reforzar nuestros principios. Pero Harper no cede. Quiere arrancarme todas las

emociones que desee. No piensa dejar de golpear hasta que me hunda.

—No tengo nada que decirte. —Mi voz suena con sorprendente fuerza—. El hecho de que insistas en menospreciarme cuando ya me han castigado indica lo débil de carácter que eres.

Pues sí, en todos los años que han pasado desde que conozco a Harper, no he visto ningún crecimiento en ella, solo estancamiento.

Sus ojos llamean. Cuando vuelve a tomar aliento, parece crecer diez centímetros.

—Débil de carácter. Qué irónico. Según Isobel, lo que te ha metido en este lío han sido tus mentiras. Tus engaños propiciarán que la madre Mabel me elija a mí como próxima acólita.

—Da igual a quién elija la madre Mabel, yo seguiré con mis estudios —insisto—. Sea o no acólita, continuaré profundizando en mi relación con el Padre.

Por suerte, la campana suena para señalar el final del desayuno. Todo el mundo se dirige hacia las puertas para dar comienzo a las tareas matutinas. Como me han asignado turno de limpieza, me quedo en el salón, donde aún flota el aroma a verduras hervidas. Una única novicia para limpiar lo que ha ensuciado un centenar. Normalmente es una tarea repartida entre cuatro. Pero no pienso quejarme, del mismo modo que no me quejé ayer. Hay tres grandes cubos repletos de cuencos cubiertos de comida. Uno tras otro, los llevo a la cocina, donde lleno una enorme bañera de agua del pozo y empiezo a restregar cada plato y utensilio hasta dejarlo todo limpio.

Me muevo despacio, pues últimamente no puedo hacerlo de otra manera. Han pasado tres puestas de sol y tres albas, pero la espalda me sigue doliendo terriblemente. Cualquier movimiento leve hace que el vestido me roce contra la piel magullada. Esperaba que el dolor menguase, pero no ha hecho sino empeorar en los últimos días.

Tardo dos horas en lavar los platos, limpiar las mesas y fregar el suelo. Una vez hecho, me dirijo escaleras arriba para quitarme las zapatillas y ponerme unas botas. Camino despacio para luchar

contra el mareo. Dispongo de una hora antes de que me llamen para trabajar en los campos.

Una vez dentro de mi habitación, me acerco al espejo. Me tiemblan las manos al desabotonarme el frontal del vestido. Luego me quito la camisa y dejo la espalda desnuda a merced del espejo. Unos profundos tajos color violeta me recorren la piel. El borde exterior de las magulladuras se ha enfriado hasta adoptar un tono gris harinoso, pero el centro sigue siendo de un vívido tono rojo, casi el mismo color que mi pelo. Me encojo al recordar el flagelo, los siete dolorosos azotes que recibí.

Con la respiración irregular, vuelvo a abotonarme la ropa y me ajusto el vestido. La madre Mabel me ha prohibido entrar en la enfermería. En el Libro de la Pesadumbre, Arran viaja por las tierras altas durante doce días soportando el dolor de una herida infectada en la espada y sobrevive. Según nuestra alta abadesa, yo también soportaré este sufrimiento.

No he contado nada de lo sucedido en la sacristía. Paso las noches en la forja, lejos de ojos curiosos, pero forjar me resulta difícil. Solo puedo moldear el metal un rato; al cabo, mi espalda empieza a sufrir espasmos y se me escapan las herramientas de las manos. Antes de caer en desgracia, la abadesa me entrenaba todas las semanas después de la misa nocturna, pero ayer no acudió a nuestra cita acostumbrada para practicar la lucha a cuchillo. ¿Será otro castigo?

Salgo de mi dormitorio y algo cruje tras de mí. Miro por encima del hombro. Los postigos de la ventana se abren. Al otro lado se atisban las feroces aguas del estrecho en la lejanía, una línea de terreno negro en el espacio entre los acantilados y la orilla rocosa de la Grisura. Una brisa aromática se cuela en el interior de la estancia: huele a primavera.

Empieza a acelerárseme el pulso. Capto algo por el rabillo del ojo. Me giro y me topo de cara con Céfiro. Es un milagro que pueda controlar la ira.

—Lárgate.

El Viento del Oeste arquea una ceja. Prácticamente reluce; está saludable, con los rizos brillantes y la piel de un tono rosáceo. Su rostro, sin embargo, mantiene ese extraño aspecto anguloso, aunque ya no esté hinchado ni ensangrentado.

—¿Así se da la bienvenida a los huéspedes?

—Aquí no eres bienvenido —espeto.

Sus labios se curvan. Esa boca es peligrosa: puede rugir y canturrear a partes iguales.

—Así que tienes fuego por dentro. Me preguntaba cuándo se manifestaría.

Que trate mi ira como si fuese un espectáculo no hace sino exacerbarla más. Se me salen hasta los rizos de la cofia que los sujeta. Me acerco a la puerta y echo la llave. No puedo arriesgarme a que lo descubran aquí. Luego vuelvo a girarme hacia él.

—No lo voy a repetir. No quiero volver a verte ni a hablar contigo jamás. Lárgate.

Él se desliza hacia mí, caminando con los andares tranquilos de un gato de campo. Camisola blanca, pantalones bastos, botas gastadas. Recuerdo cómo se le pegaba al cuerpo aquella ropa empapada del agua del manantial y me apresuro a cerrar la puerta a esos pensamientos.

—Admito que tu rabia me confunde —musita con una suavidad que casi roza la incertidumbre—. Pensaba que estarías contenta. A fin de cuentas, te di la oportunidad de descubrir la respuesta a la pregunta que albergabas en tu corazón.

—Pues te has equivocado.

Jamás debería haber accedido a acompañarlo, pero es que me permití soñar.

Él se detiene en mi escritorio y pasa una mano sobre mi ejemplar del Texto, abierto por el Libro de la Verdad: mi lectura de anoche. El Viento del Oeste, plantado en mi habitación, robándome el aire. Un dios. Es que no me lo creo.

—¿Qué es lo que ha cambiado?

Una pregunta calmada, aunque se percibe cierta tensión subyacente.

Nada. Y todo. He atisbado ciertas cosas…, cosas terribles, encantadoras, anhelantes… de un mundo que no está hecho para mí.

—Pues es sencillo —afirmo—: no voy a volver a Infra ni voy a tener más trato contigo a partir de ahora.

—No has respondido a la pregunta.

—No la he respondido porque no es asunto tuyo.

—Ah, ¿no? —Se mete las manos en los bolsillos. Ojalá pudiese interpretar mejor lo que tiene en mente—. Dime por qué.

Me lo pienso. Me pienso si debería decirle que no.

—Si la madre Mabel descubre nuestro viaje a Infra, podrían expulsarme de la abadía. Si se entera de que hemos tenido trato alguno, me expulsará sin duda. Thornbrook es mi hogar. No pienso poner eso en riesgo.

Extrañamente, esta última frase parece debilitar la barrera que existe entre nosotros. Disminuye la intensidad que tensa sus hombros, la rigidez de su postura. De inmediato, se calma.

—¿Sabías que el tiempo pasa de manera diferente en Infra? —pregunto.

Él se dirige a la ventana, coge un ramito de lavanda seca del alféizar y la gira entre los dedos. La luz del sol proyecta una pálida flor sobre su pómulo y suaviza esa cualidad moteada de su piel morena.

—Sí que lo sabía —señala—. Infra decide el tiempo que pasa ahí abajo. A veces es más lento y a veces más rápido que el de la superficie. No se me ocurrió decírtelo; es que estoy acostumbrado a trabajar solo.

Pero yo le dije lo importante que era regresar a Thornbrook antes del alba. ¿Dónde está la sinceridad, en sus palabras o en sus actos?

—Me prometiste que regresaría a tiempo.

Él suspira, como si esta conversación fuese un incordio, y vuelve a colocar la lavanda en el alféizar.

—Lo siento, perdí la noción del tiempo. Aunque, en realidad, ¿qué importan unas cuantas horas? —La pausa que sigue es decididamente más amarga—. Aunque hubiera querido marcharme, no habría podido hacerlo en aquel momento. Pierus me había llamado, y el poder que ejerce sobre mi nombre me obliga a obedecer. Si me pide que me sumerja desnudo bajo un río durante siete horas, no puedo negarme. Cuanto más cerca estoy de él, más fuerte es el impulso de hacer lo que dice. En todos los aspectos, soy su marioneta.

No puedo ocultar mi desagrado. Me suena a excusa.

—Quizá a ti no te importen unas horas, pero a mí sí. —Y luego, en tono más bajo, añado—: Para ser Aquel que Trae la Primavera, no cuidas nada a otras personas.

Se hace el silencio. Parece que quiera hablar, aunque se mantiene extrañamente callado, con una postura encorvada. Pues muy bien. No pienso malgastar más el aliento con alguien a quien le falta tanta humildad.

—Ya no me apetece que estés aquí —le digo, aunque en realidad nunca me ha apetecido—. He de pedirte que te marches.

—Hay algo que me gustaría decirte, Brielle. Esperaba que al menos me concedieses la oportunidad de hablar.

Basta de juegos. Si Céfiro no se marcha, me marcho yo. Casi he llegado a la puerta cuando él me agarra del hombro y, sin saberlo, me apoya la mano en una de las heridas. Retrocedo y se me escapa un chillido de dolor.

Céfiro, sobresaltado, aparta la mano.

Suelto un bufido con los dientes apretados. Un latido doloroso me sube por la columna y se me clava en el músculo y el hueso. Me echo a un lado para poner más distancia entre los dos. Su mirada desciende hasta el punto donde apoyo la mano en el hombro magullado para protegerlo de él.

—¿Estás herida?

Lo ha preguntado en un tono demasiado cauteloso. No respondo.

Él da un paso al frente.

Yo doy un paso atrás.

Los ojos de Céfiro se oscurecen, y un desconcertante repiqueteo de energía me atraviesa. Sonríe con facilidad y suelta unas mentiras hermosísimas, pero bajo esa fachada anida algo que no es tan suave como yo había pensado.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta.

—Eso es asunto mío —afirmo. No pienso decirle nada más. No le voy a dar esa satisfacción.

Se pasa una mano áspera por los rizos con paciencia contenida. Se aprieta el interior del carrillo con la lengua, con aspecto de quien contempla una situación desde diferentes puntos de vista, examinando y desechando respuestas hasta dar con la correcta.

—Sea como sea —prosigue con obstinación—, tengo una responsabilidad contigo. Una deuda.

No hay manera de satisfacer al Viento del Oeste. Es capaz de desgarrar la carne de quien sea hasta llegar al hueso.

—No tienes deuda alguna. Seré clara: te ayudé en un momento de necesidad y tú me compensaste. No tenemos nada más que ver.

Él me mira, dubitativo.

—¿Pero te lo he compensado de verdad? —Al ver mi confusión, se explica—: ¿Dices que has conseguido el conocimiento que esperabas encontrar? Si no recuerdo mal, no parecías muy entusiasmada tras tu encuentro con Willow. De hecho, no mencionaste nada en absoluto al respecto.

Odio esta sensación de empezar a ceder a pesar de mi resolución. Sabe mucho más que yo y quiere saber más que nadie.

—¿Quieres que te cuente lo que pasó? —consigo decir, con voz ronca de vergüenza—. Cuando regresé a la abadía, había transcurrido una semana entera. —Las lágrimas asoman a mis ojos y se me hace un nudo en la garganta—. ¡Todas pensaban que había muerto!

Su expresión se ha congelado en algo casi inhumano. Céfiro no es mortal, me recuerdo a mí misma. Es algo que va mucho más allá de mi comprensión.

—Te castigaron por no confesar dónde habías estado. ¿Eso es lo que ha pasado?

—Te dije que se me prohibía entrar en Infra. —Una lágrima solitaria se desliza por mi mejilla. Me la enjugo.

Una ráfaga de viento hace repiquetear los postigos y me provoca un sobresalto.

—¿Y cuál fue el castigo? —pregunta Céfiro.

—Eso da igual.

Fue un castigo merecido. Me aparté del camino. Confié en quien no debía, en alguien ciego a mi malestar. Empiezo a pensar que las palabras del Rey Orquídea sobre Céfiro eran ciertas.

—Brielle —y ahora habla con voz apaciguadora, que se estira lenta y lánguida como un gato—, no puedo ayudarte a menos que me digas qué ha sucedido.

Tensa la boca. Le brillan los ojos. Qué fácil sería caer en ellos.

Y sin embargo, yo retrocedo otro paso.

—Ni te he pedido ni quiero tu ayuda.

Él vacila, como si estuviese tomando una decisión. Luego hunde los hombros y, por fin, se marcha por la ventana abierta, aprovechando los helechos que trepan por la torre para descender. Se detiene en plena bajada y dice:

—Tienes razón. Debería haberme fijado en el paso del tiempo, pero tenía muchas otras cosas en mente. Si pudiera explicártelo…

—Me has enseñado una lección muy valiosa, Céfiro —me inclino hacia delante y me agarro al alféizar. Clavo las uñas en la madera combada—: jamás confíes en un hombre.

Y le cierro los postigos en la cara.

Esa noche, algo más tarde, estoy sentada en la cama, con el diario abierto en el regazo. Desde que se fue Céfiro, me he esforzado por apaciguar a la criatura que no deja de darme vueltas dentro del pecho. En lugar de escudarme en la forja, echo mano de la pluma y

el tintero y garabateo sobre un pergamino hasta que la tensión en mi interior se suaviza y mi mente se tranquiliza. Reflexiono sobre la inesperada llegada de Céfiro: la conmoción, la furia y la consternación que sentí. Repaso los momentos más vergonzosos. Hago una lista con todo lo que me gustaría haberle dicho y no le dije. Le hablo al papel como quien le habla a un amigo querido, aunque no tenga ninguno.

Escribo hasta que me dan calambres en la mano, hasta que me escuecen los ojos de cansancio y las palabras se emborronan, hasta que la tinta mancha el pergamino, hasta que mi columna cruje de estar tanto tiempo inclinada sobre el diario. Pero, por desgracia, no consigo entender cómo han sucedido todos estos acontecimientos, por qué he sufrido semejante desgracia. Inclinada sobre la página, mi pluma aguarda que le dé una orden.

Escribo: «¿Quién soy yo para cuestionar el plan del Padre?». Y lo dejo así.



Me despierta un sonido con un sobresalto. Es breve, demasiado breve como para saber qué es exactamente lo que me ha despertado. En la estancia no flota el acostumbrado brillo ambarino; la vela que suelo encender por la noche se ha agotado hasta el pabilo. La pared de enfrente solo refleja el brillo de la luz de la luna sobre el yeso blanco. Cuando me fui a la cama, los postigos estaban cerrados. Ahora mismo están abiertos de par en par y por la abertura se ven unas colinas boscosas y la oscuridad del sueño de Carterhaugh.

Sigo tumbada bocabajo, inmóvil, con las mantas liadas entre las piernas. Saco la daga de debajo de la almohada, inspiro entre dientes y me preparo para gritar.

—Yo no lo haría si fuera tú.

El grito sufre una muerte prematura. Pasa una eternidad hasta que recupero la fuerza para hablar:

—Te dije que no quería volver a ver tu cara por aquí.

—¿Te desagrada mi cara?

Con cuidado, consciente de mis heridas, me yergo hábilmente hasta quedar sentada.

—Esto no tiene nada que ver con tu apariencia —digo, escrutando la habitación velada—, sino con tu carácter.

—¿No pueden ser lo mismo?

Céfiro suena cerca, pero no puede ser. Lo habría visto moverse. Ahora mismo no veo nada en medio de la luz y las sombras moteadas. No hay ninguna silueta ni figura corpórea.

—Sé que no soy bienvenido —dice solemnemente—, pero he venido a saldar otra deuda.

Tan pasmada estoy que me pregunto si esto no será un sueño.

—¿Otra?

Mis dedos se crispan alrededor de la empuñadura de la daga. En medio de este aire frío me hormiguea la piel, bañada en sudor. Tengo los pezones en punta bajo mi fino camisón.

El Viento del Oeste carraspea. Un tablón cruje a mi derecha.

—Te castigaron a ti, pero la culpa es mía. Si me lo permites, puedo calmar tu dolor. Puedo compensar el daño que te he hecho.

Un aire frío me sopla en la cara. En la oscuridad, no hace falta tener miedo, pues estamos en terreno sagrado.

—La última vez que me propusiste compensar el daño que habías hecho, acabé recibiendo un castigo. ¿Por qué iba a pensar que esta vez será diferente?

La forma de una mano se pega a mi nuca, pero cuando intento agarrarla, no hay nada.

—¿Puedes creerme cuanto te digo que quiero curar las heridas de tu espalda?

Me quedo sin capacidad de responder. Estoy inmóvil, una escultura tallada en hueso.

—Estás inquieta —dice él— sin motivo.

Algo… algo se ha movido en el borde de mi visión. Capto una silueta sombría que se aparta de la pared cerca de mi cómoda. La

luna transforma sus ojos en pozos de luz.

—Túmbate, Brielle.

Una nueva profundidad impregna su tono de voz. Una cualidad extraña, asertiva, centrada hasta someterme a un trance. Siento el impulso de obedecer. Mis piernas se tensan, reticentes, porque lo que quieren es alejarse, poner distancia entre los dos; o bien descansar, aliviar el dolor. «Túmbate», ha ordenado el Viento del Oeste. Dejo la daga a un lado y me tumbo en el colchón con un suspiro agradecido.

Oigo que un frasco de cristal se descorcha. Instantes después, un aroma penetrante inunda mis fosas nasales.

—¿Qué es eso? —susurro en la oscuridad.

—Un bálsamo hecho de flor de perla. —Su voz fluye por mi piel con caricias sedantes—. Muy potente.

Se desliza por la habitación y se detiene a poca distancia de mí.

No me extraña que el olor me resulte familiar. Aferro la sábana con los puños.

—Mi camisón…

—Tendrás que quitártelo para que pueda untarte el bálsamo en la espalda.

Me quedo de piedra.

—¿Cómo que untármelo en la espalda?

—¿Llegas tú sola a las heridas?

Su mirada, brillante e intensa, se cruza con la mía. Resulta sencillo pasar por alto su desagradable semblante, esa nariz deformada y los rasgos extraños; sobre todo en presencia de esos ojos brillantes y cristalinos.

Y sin embargo, qué agallas tiene. Lo que me pide viola todo aquello que me han enseñado. Nuestro segundo voto es la pureza.

—Las heridas se curarán con el tiempo.

—Si no se les dispensa el tratamiento adecuado, te dejarán cicatrices.

—Pues viviré con ellas.

El Viento del Oeste se pasa el frasco de una mano a otra mientras mira por la ventana. La luz de las estrellas es tan intensa que casi parece que el Padre las haya derramado de una urna.

—Me asombra lo rápido que has aceptado este castigo. ¿Sabes lo que veo al mirarte? Falta de sueño. Agotamiento. —Me señala el rostro y recorre las líneas de cansancio en el aire con cierto desdén—. Aunque no me sorprende, en vista de lo aséptico que es este cuarto.

Mi cuarto no tiene nada de malo. Hay un catre, un escritorio, una silla, un arcón a los pies de la cama y una cómoda. ¿Por qué iba a poseer baratijas innecesarias y demás fruslerías, teniendo en cuenta que quien llena mi vida es el Padre?

—Me parece que no te entiendo —digo.

Se acerca a la cama, coloca una mano sobre el colchón y apoya todo el peso en él. Los listones de madera crujen bajo la presión.

—Tu colchón está lleno de paja vieja. No aguanta bien tu peso. Duermes mal porque estás incómoda.

—Estoy durmiendo poco —replico— porque has entrado en mi habitación sin invitación y sin anunciarte.

—Aquí no hay ningún toque personal —prosigue él, acercándose a las paredes de yeso—. No tienes ni un libro.

—Sí que tengo un libro.

El Texto descansa sobre mi escritorio.

—Me refiero a un libro que leer por placer o consuelo.

—El Texto me da consuelo. —Y es cierto. Es una ayuda constante.

—Pero aquí no hay nada más que te lo dé.

No necesito consuelos. Solo necesito al Padre. Pero no espero que Céfiro lo entienda.

—Se te niega el placer —dice.

Yo carraspeo y me pongo de lado, en una postura algo más cómoda.

—El placer es una tentación —susurro.

—Hum. —Un sonido grave impregnado de curiosidad. Ni de acuerdo ni en desacuerdo—. ¿De verdad crees eso, o te han dicho

que tienes que creerlo?

—No veo ninguna diferencia entre ambas opciones.

Durante un instante estoy convencida de que su mirada desciende hacia mi pecho, donde me he tapado la forma de los senos con un brazo, pero está demasiado oscuro como para tener la certeza.

—¿Cómo puedes juzgar el placer si no lo has experimentado por ti misma? ¿No sientes curiosidad?

Otra vez.

—No, no la siento.

Él aprieta los labios y acaba por ceder.

—Está bien. —Así de cerca, capto su olor a lluvia—. Si no curamos tus heridas, podrías tener que vivir con este dolor durante el resto de tus días.

Clavo los dedos en el colchón. Esta herida es una agonía, pero no quiero admitirlo.

—Pues dame el bálsamo. Me lo pondré yo misma.

—No llegas bien. Y no hay nadie que vaya a ayudarte. Deja que lo haga yo.

Se me acelera el pulso.

—De ninguna de las maneras.

—¿De verdad quieres castigarte así?

Esa pregunta me detiene un instante. Puede que la madre Mabel considere que mi sentencia es justa, y en cierto modo estoy de acuerdo, pero ella y yo llevamos armaduras diferentes en la vida. El Viento del Oeste me está ofreciendo alivio. Me pregunto si me lo merezco.

—No puedo —susurro.

—Sí que puedes —dice en tono amable—, solo tienes que decir que sí.

No consigo interpretar su expresión.

—No sé.

—Deja que te ayude.

Mi lengua ya no sirve para nada, no es más que un trozo extraño de carne entre los dientes.

—Ningún hombre ha de tocar a una Hija de Thornbrook.

—Tienes dolor —dice él—. Un dolor que he causado yo directamente.

Otro paso al frente, con botas silenciosas. Cuando yo camino por la habitación, los tablones se hunden y crujen, pero Céfiro… es como si no pesase nada.

—Deja que te cure. Deja que alivie tu carga.

Me queman los ojos, pero no caen lágrimas. Hace noches que no puedo dormir bien. El agotamiento me recorre la piel y tensa cada músculo, tendón y hueso. Si yo tuviese que aconsejar a alguien en esta misma situación, ¿qué le diría? Que aceptase la curación como lo que es: una bendición. Yo, sin embargo, soy incapaz de aceptar mi propio consejo.

—¿Qué he de hacer? —digo.

Céfiro se saca del bolsillo un par de guantes y se los pone. Yo parpadeo, sorprendida. No lo creía capaz de semejante cortesía. Una vez más, me descoloca.

—Desabróchate el camisón hasta la cintura y túmbate bocabajo.

Me arden tanto las mejillas que me da miedo que se derritan. Apartar la mirada de su rostro me supone una dificultad que no había previsto.

—Gírate para que pueda desvestirme.

Él me obedece sin queja alguna.

No soy más que un cuerpo en movimiento. Mi mente se separa de mis extremidades, desabrocho los botones del camisón y me tumbo en la cama. La tela se desprende de mi espalda y deja la piel herida expuesta al aire frío.

—Ya puedes mirar —susurro.

Un paso carente de sonido y Céfiro se encuentra junto a mi cama. Me hormiguea la piel ante esta proximidad.

—¿Tiene muy mala pinta? —pregunto.

Por el rabillo del ojo veo que Céfiro aprieta el puño junto a su muslo.

—Tienes la base de la columna infectada. —Suelta el aire por la nariz—. Mi hermano sufrió unas heridas parecidas… hace mucho tiempo.

—¿Le golpearon con una vara?

—No, lo azotaron con un látigo.

La mera palabra ya escuece: «látigo». Con una inspiración profunda, me obligo a reprimir esta sensación helada en el estómago. En la iglesia se espera disciplina; probablemente es el precepto que más me cuesta seguir.

—¿Cuántos hermanos tienes?

Es una prueba, a ver si lo que me dice coincide con lo que ya me contó Lissi.

—Tres. —Una respuesta brusca—. Mi hermano mayor aceptó en su día un castigo que debería haber recibido yo. Igual que has hecho tú.

Unos dedos recorren mi piel. Me encojo, con los músculos crispados. Céfiro lleva los guantes, me recuerdo. Su piel no toca la mía, aunque no puedo negar que me pregunto qué textura tiene, qué calor inesperado alberga.

—¿Y por qué tenías que recibir tú ese castigo?

Contemplo mi escritorio, el grueso volumen del Texto, mi diario envuelto en cuero.

—¿Qué más da? —dice—. Lo pasado pasado está.

Muevo las piernas y arranco un susurro a las sábanas. Aprieto un puño, la mano pegada a la mejilla.

—Suenas triste —susurro.

Creo que Céfiro lleva siempre consigo esa tristeza, del mismo modo que yo llevo siempre conmigo mi soledad. Comprendo ese peso: es una piedra colgada al cuello.

—Muchos me dirían que no me merezco el privilegio de sentir tristeza.

Una respuesta curiosamente vaga.

—En momentos delicados —digo—, recurro al Padre. A través de mi fe en él…

—A mí no me hables de fe.

Prácticamente ha escupido esas palabras. Noto que le tiembla la mano sobre mi hombro. Todo está tan silencioso que oigo la campana de Kilkare, que se encuentra a quince kilómetros de distancia.

—¿Crees en la fe? —pregunto con suavidad.

—No —dice Céfiro—. No creo.

De pronto siento frío. Un frío amedrentador. Me enderezo.

—Para.

El movimiento me provoca dolor en la piel inflamada. Se me escapa un quejido. Las sombras engullen la mitad del rostro de Céfiro.

—No puedo curarte la espalda si no me dejas tocarte —dice.

La criatura traviesa y astuta a la que salvé en los bosques ha desaparecido. Esta versión del Viento del Oeste está decididamente embrujada por algún pesar.

Me yergo del todo, echo mano del manto que cuelga de un gancho en la pared y envuelvo con él mi cuerpo. Debería haberle pedido que se marchase en cuanto entró en mi habitación. ¿En qué estaba pensando? ¿Es capaz este ser inmortal de controlar mi voluntad? ¿He permitido que su poder desvíe mi propia devoción? Pero no, acabo de tomar una decisión por mí misma, aunque sea una decisión equivocada.

—Ya no me apetece que estés aquí. Márchate, por favor.

Sin pronunciar palabra alguna, el Viento del Oeste deposita el bálsamo en mi escritorio y hace ademán de marcharse.

—Si puedes, póntelo en las heridas —murmura—. Mañana habrá acabado con el dolor.

Los postigos se cierran una vez que se ha marchado. Yo agarro el frasco de donde descansa, junto a mi diario. Me lo llevo a la nariz. Tiene un olor penetrante que me despeja la mente. Valiente chica estúpida y necia. No vuelvas jamás a confiar en un hombre. No

vuelvas jamás a depositar tu bienestar en manos de alguien tan despreocupado. Que este bálsamo te sirva de recordatorio. Con estas cicatrices, jamás habré de olvidarlo.

9

Pasa algo de tiempo, pero al final la vida acaba recuperando su ritmo anterior. Comidas, tareas, misas, la forja…, todo ello se mezcla en un borrón sin fin. Por desgracia, un abismo me separa de las demás novicias. Como no hay explicación alguna para mi desaparición, todas se entregan a los chismorreos. No me preguntan qué tal ha ido mi día. No me saludan por los pasillos. Se limitan a asumir que he mentido. Y tienen razón.

Lo que me dispensan es silencio.

Una noche garabateo estas palabras en mi diario, con las mejillas estragadas de lágrimas. Solo cuando me purgo del dolor, acaba por ralentizarse mi pulso, sumiéndome en un estado más calmado, aunque no lo suficiente como para sentirme del todo en paz.

Dejo el diario a un lado, me acerco a la ventana y miro abajo. Entre las sombras del enorme complejo, una mujer enarbola una hoja de sólido acero. Traza arcos plateados que reflejan la luz de las antorchas y repasa lentamente varios ejercicios con agónica resolución.

He visto a la madre Mabel entrenando en secreto muchas noches. ¿Cuántas sabrán lo habilidosa que es con el arma? ¿A quién se lo habrá contado aparte de a mí? Me sorprende su gracilidad, aunque esa emoción me provoca una vergüenza inevitable. No hemos retomado nuestras sesiones nocturnas de entrenamiento. Me pregunto si será así para siempre.

Vuelvo junto a mi cama, me arrodillo y uno las manos sobre el colchón. Inclino la cabeza a la baja luz de las velas.

—Padre Eterno, óyeme en esta hora de necesidad. No siempre tengo la respuesta para las preguntas que plantea la vida. No sé por

qué fui yo quien se cruzó con el Viento del Oeste, o por qué permití que me llevase hasta Infra.

Aprieto aún más los ojos y dejo escapar el aliento. Ojalá no me hubiese encontrado nunca con Céfiro. Desde mi regreso, me siento más sola que nunca. Vuelvo a centrarme e intento alcanzar las profundidades de mi corazón, sacar de ellas los últimos resquicios de esta confesión.

—A pesar de estos obstáculos, sé que tienes un plan para mí. Espero con ansia que me sea revelado. Te lo imploro, en Tu nombre, amén.



Semanas después de mis azotes, a primera hora de la mañana, la madre Mabel nos convoca en el refectorio tras la misa. Una luz acuosa recorre el claustro. Más allá del cuidado jardín se arremolinan nubes bajas que traen consigo el aroma de la lluvia.

Una tras otra atravesamos las puertas, solemnes, porque este cambio en la rutina es inusual. Un par de novicias cierra las puertas de roble con un golpe que reverbera entre las vigas y luego se apaga en la más silenciosa de las muertes.

—Tomad asiento, por favor.

La madre Mabel recorre el pasillo central hacia el pedestal donde suele comer.

Alguien ahoga un grito.

Basta con un latido. Este aroma que impregna el aire no está en mi cabeza. Es un olor terroso, largo tiempo enterrado y ahora de nuevo en la superficie. Las demás novicias se agolpan y a mí se me acelera el pulso. ¿Por qué están tan alteradas?

—Calmaos, hijas —las tranquiliza la madre Mabel—. No estáis en peligro. Por favor, tomad asiento y os lo explicaré todo.

Intento mirar por encima de la multitud, localizar el motivo de tanto alboroto. Alguien me da un codazo en la espalda.

—Ahora —espeta la abadesa.

Un instante antes de que la multitud obedezca, lo veo.

El Rey Orquídea descansa como un hierbajo crecido sobre el pedestal. Su pecho desnudo, indecente, atrae mi atención. Los discos redondos de los pezones tienen un saludable tono rosado. La parte inferior de su cuerpo da paso a un grueso tallo ribeteado de amplias hojas del que reptan enredaderas donde deberían estar las piernas. Lo recorren plantas de belladona cuyas flores rojas y pequeñas se abren como bocas y le cubren los hombros como si de serpientes dóciles se tratase.

Mi mirada recorre frenética la habitación. Con una tormenta en ciernes que envuelve Carterhaugh con un sudario pavoroso, las luces de las velas engendran sombras. Céfiro no aparece por ningún lado, aunque tampoco esperaba su presencia. Hace semanas que no lo veo.

Todas se pelean por tomar asiento en las mesas más alejadas del pedestal. Harper e Isobel corren hacia una esquina del fondo. Esta última alcanza antes que nadie el último banco que queda libre. Harper agarra el brazo de su amiga y la aparta de un tirón.

—Ni se te ocurra.

La otra mujer, más baja, esboza una mueca feroz.

—Yo he llegado antes. —Le clava las uñas en la muñeca a Harper hasta hacerle sangre—. Suéltame.

Los ojos azules de Harper destellan, pero cuando se da cuenta de que el Rey Orquídea les dedica su atención, su confianza flaquea y suelta a Isobel.

—Esto no se me va a olvidar —sisea.

—Claro que no.

—Hijas. —La madre Mabel les clava la vista desde el otro lado del salón—. Por favor.

Quedan tres mesas en la parte delantera. Yo avanzo junto a las demás, aunque giro hacia las cocinas y aprovecho la multitud como cobertura para resguardarme en un rincón a oscuras. Todas están demasiado alteradas como para fijarse en la maniobra. Por una vez, doy las gracias por haberme vuelto invisible para ellas.

La madre Mabel alza una mano y el ruido se interrumpe.

—Por favor, démosle la bienvenida al Rey Orquídea. —Hace un gesto hacia Pierus, cuyo peso en movimiento comba la plataforma bajo ese montículo de raíces lechosas e hinchadas. Debido a su masa, apenas hay espacio para los dos en el pedestal. Por eso, la madre Mabel está a su lado, a una distancia segura—. Como invitado mío, lo trataréis con la misma formalidad y respeto que mostraríais hacia cualquier otra visita oficial.

—Gracias por vuestra hospitalidad, madre Mabel. No os robaré mucho tiempo.

La madre Mabel le ofrece una sonrisa inexpresiva. Está erguida como una columna de piedra, con creciente majestuosidad. Su cabello rubio adopta un tono dorado a medida que la luz del refectorio va atenuándose y las velas titilan formando islas lejanas. Todas están centradas en el Rey Orquídea, así que nadie parece darse cuenta de que la abadesa tiene las manos unidas con fuerza, la piel tensa sobre los nudillos. Si esta visita la incomoda, ¿por qué ha invitado a Pierus?

Con los brazos extendidos, el Rey Orquídea recorre a su público con la mirada.

—Hijas de Thornbrook, tenéis todo mi respeto. El diezmo se acerca. Quiero transmitiros mi mayor gratitud por lo que vais a entregar a mi pueblo. Sabed que vuestra contribución tendrá un peso específico.

Vuelve a recorrer la estancia con la mirada. Yo aplasto la espalda contra la fría piedra y doy gracias por haber reaccionado tan rápido. El brillo de mi pelo habría atraído sin duda su atención.

—Vuestra participación resulta vital para la supervivencia de Infra. Y por lo tanto, han de cumplirse todos los requisitos con la precisión más absoluta. —Se gira hacia la abadesa con una gran sonrisa—. Madre Mabel, ¿habéis decidido qué chicas participarán en el diezmo?

—Aún está por determinar —replica ella en tono envarado—. Y no son chicas, Pierus. Son mujeres.

La mirada de la madre Mabel vuela hacia una raíz díscola que se desliza por entre las patas de un banco y sobresalta al grupo de acólitas sentadas. Las mujeres se encogen, aunque las normas de educación exigen que se queden sentadas.

La madre Mabel frunce el ceño hacia sus discípulas.

—Mis disculpas. —Pierus se lleva la mano al pecho. Una garra agrietada y negruzca interrumpe los jirones plateados de sus largos cabellos desordenados—. Para los inmortales, todas las mujeres parecen chicas. Solo pretendía saber cuántas de ellas acudirán.

El diezmo requiere la sangre de veintiuna de las Hijas de Thornbrook. Jamás ha habido escasez de voluntarias. La mayoría de ellas sienten curiosidad por Infra, y no hay que pagar un alto precio por saciarla: una gota de sangre que se extrae de un dedo clavando la punta de una hoja de hierro. La madre Mabel afirma que la supervivencia de Infra depende de la fuerza de nuestra fe, expresada mediante la donación voluntaria de nuestra sangre. Después del diezmo, los miembros del pueblo albo ayudan a la madre Mabel a borrar los recuerdos de las participantes para protegerlas de los horrores que tienen lugar ahí abajo. Sin embargo, el proceso no es infalible. Se sabe que algunas mujeres recuerdan ciertas imágenes de lo vivido hasta años después.

—Tened por seguro que serán exactamente veintiuna. —La madre Mabel se adelanta y entra en una zona iluminada por la danzante luz de las velas. Creo que es un movimiento intencionado, porque la casulla, con hilos dorados, se ilumina. Hasta el Rey Orquídea le clava la mirada—. Nos reuniremos con vos en Miles Cross, como es tradición.

—Me parece bien —dice él—. Y os estoy agradecido por mantener esta alianza. Si tenéis cualquier duda o pregunta, no dudéis en formularla. Puedo quedarme un poco más, pero he de regresar antes del mediodía.

Tras estas palabras, nos dan venia a todas para marcharnos. Algunas de las acólitas más valientes se acercan a Pierus para hacerle preguntas. Yo me escabullo hacia las puertas con las demás,

aunque juraría que noto la mirada del Rey Orquídea en la nuca mientras camino.

Paso la mañana llevando cubos de ropa sucia a la lavandería. Los vestidos y albas pasan la noche metidos en lejía, y luego se remienda lo que haya que remendar. Voy de camino al refectorio para almorzar, con los dedos doloridos de tanto coser, cuando alguien pronuncia mi nombre.

Con el estómago encogido, me giro hacia la madre Mabel, que me contempla durante un lapso indeterminado de tiempo.

—Ven a mi despacho, por favor.

Lo sabe. Es lo único en lo que puedo pensar mientras camino tras ella.

La casa de la abadesa, cómodamente alojada en el extremo oeste del claustro, consta de un pequeño comedor, una capilla, un despacho y dormitorios adicionales para cuando viene de visita alguna autoridad de prestigio. De las paredes de yeso cuelgan tapices. En una mesa lateral descansan varios ejemplares del Texto con distintos tonos de cuero marrón.

La abadesa toma asiento en el escritorio de su despacho, una enorme mesa enmarcada por la ventana en arco que da a los terrenos del oeste. Su silla es angulosa. Tiene la columna erguida como un poste. La alta abadesa aún lleva la casulla. Quizá necesite el consuelo del Padre tras la visita del Rey Orquídea.

Hace un gesto hacia la silla vacía ante mí.

—Puedes sentarte. —No suena a petición. Me siento—. ¿Cómo van tus heridas? —pregunta con una compasión inesperada.

Yo parpadeo, aturdida, y me relajo en la silla. No me ha llamado para comentar mi incursión en Infra. Espero que mi ausencia en el refectorio no se haya notado.

—Van tirando.

—Bien.

La madre Mabel se acerca el Texto hacia sí. Durante un momento, contempla la cubierta. Yo retuerzo las manos y me pregunto si debería decir algo.

—He estado pensando últimamente —se pellizca el collar de oro y me mira. El metal lo forman dos serpientes cuyas bocas unidas se cierran a modo de broche— que aceptaste tu castigo sin quejarte y que has demostrado una verdadera devoción hacia Thornbrook durante estas últimas semanas. En vista de tu buena conducta, tienes permiso para ir a la enfermería a que comprueben el estado de tus heridas.

Me envaro ante la propuesta. El bálsamo de flor de perla de Céfiro ha acelerado mi curación, y no quiero que la médico sospeche ante la ausencia de cicatrices.

—Os doy las gracias por el ofrecimiento —digo con cautela, porque no quiero parecer desagradecida—, pero mi espalda se está curando bien.

—Me alegra oírlo. —Abre el Texto por una página marcada—. Todas tenemos cicatrices, todas aprendemos lecciones. Es vital para nuestro crecimiento. —El frágil pergamino susurra entre las puntas de sus dedos—. Aun así, me gustaría presentarte mis disculpas. No ha sido plato de buen gusto aplicarte ese castigo.

Recuerdo el restallido del flagelo un segundo antes de rajarme la piel. El sudor se acumula bajo mis axilas.

—No es necesario disculparse —susurro—. Comprendo por qué ha sido necesario.

Esa mirada atenta me recorre de la cabeza a los pies. Como siempre, temo que considere que no soy suficiente.

—¿Hay algo que quieras comentar conmigo, Brielle? Lo que sea.

La madre Mabel no es lo que se dice una persona cálida, pero a mí me proporcionó un hogar y un propósito cuando yo pensaba que mi vida se había acabado. Con once años, abandonada bajo la lluvia a su puerta, tres palabras le bastaron para ofrecerme una vida nueva: «Sé buena, Brielle».

—No, madre Mabel —respondo, con la cabeza inclinada—. Nada.

—Ya veo. —La decepción en su voz me llama la atención—. Siempre puedes acudir a mí cuando lo necesites. No hay nada que no podamos abordar juntas.

La culpabilidad es un sabueso que me pisa los talones. Los secretos no dejan de amontonarse: Infra, Céfiro… Mentira sobre mentira sobre mentira.

—De acuerdo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Tiene todo el derecho a preguntar lo que quiera. También tiene derecho a exigirme respuestas.

—Adelante.

—¿Qué es lo que deseas en la vida?

Me detengo un instante ante su pregunta. Nadie me ha preguntado algo así jamás, aunque pensaba que la respuesta era evidente.

—Quiero acercarme más al Padre —digo—. Quiero ser Su sierva de todos los modos posibles.

—¿Y no deseas algo distinto? Una familia, un hogar propio del que ocuparte… No hay vergüenza alguna en desearlo.

—Pero no lo deseo.

Mi respuesta se mantiene firme. Solo el Padre es dueño de mi corazón herido.

La madre Mabel cierra el Texto de golpe.

—Me pregunto si la abadía es suficiente para ti.

El pozo que ya siento en el estómago se abre, enorme, inabarcable. ¿Ya no soy bienvenida aquí? Y de ser así, ¿cuál es mi propósito? ¿A quién serviré si no sirvo al Padre? Pasa otro instante y luego consigo recomponerme.

—Lo es, os lo prometo. No quiero marcharme. —Se me quiebra la voz.

Ella suspira. Percibo un frufrú de telas cuando rodea el escritorio con pocos pasos, se detiene junto a mí y descansa su mano sobre una de mis mejillas.

—Yo tampoco quiero que te marches. Jamás había conocido a nadie tan centrada en sus estudios. Pero dado tu comportamiento reciente, he empezado a preguntarme si este es tu lugar.

La frialdad de su roce solo sirve para recordarme lo febril que me siento. Aparto la cabeza y me esfuerzo por regular mis emociones, cada vez más caóticas.

—Jamás he pretendido decepcionaros, madre Mabel. He trabajado duro para demostrar que este es mi hogar.

—Tienes dedicación —me asegura—. De eso no me cabe duda.

Las palabras de la madre Mabel deberían satisfacerme, pues rara vez regala cumplidos. Y sin embargo, esta conversación me despierta varias inseguridades muy afianzadas.

—Si soy digna —me atrevo a decir—, ¿cómo es que me dejáis siempre de lado? —Aprieto los puños—. Llevo una década en Thornbrook. ¿Por qué elegís a novicias menos resueltas y experimentadas que yo?

Ella aparta la mano y se aleja. No consigo descifrar su expresión.

—Admito que he sido injusta contigo. Cuando se alcanza el estatus de acólita, se le entrega todo al Padre. Los estudios se vuelven más intensivos, la vocación nos lleva a los extremos más alejados del reino. —Unas levísimas arrugas rodean su boca, la comisura sutilmente curvada—. Pero necesito que estés aquí, en la forja. Eres la única capaz de hacer lo que haces.

—O sea, que pretendéis mantenerme como novicia para siempre.

Ella niega con la cabeza.

—En realidad pensaba elegirte como candidata este año hasta que me enteré de lo sucedido.

Nos miramos la una a la otra, pero la madre Mabel siempre ha sido obstinada; no es de las que se intimidan. Soy yo quien acaba por bajar la mirada al suelo. Ella dice:

—Sé que has estado en Infra.

Con calma, alzo la vista. La tristeza y el dolor envejecen el rostro, lo que ahora es más evidente que nunca. En el espacio de dos parpadeos, las arrugas se apoderan de la suave piel de su semblante. La piel le cuelga de la barbilla, y sin embargo, un instante después la visión se desvanece. Vuelve a parecer atemporal.

—Madre Mabel —las palabras me salen en forma de silbido seco. Caigo de rodillas—, lo siento. Lo admito, he estado en Infra, pero solo una vez. —El temblor de mis piernas se intensifica, porque tengo miedo. Mucho miedo—. Cuando me preguntasteis si había algo que quisiera deciros, me entró miedo. Pensé que, si descubríais que he roto las reglas, me expulsaríais. Lo que ha pasado es que me encontré con un hombre herido en el bosque y me manipuló para que confiase en él. Fue él quien me llevó a Infra.

—¿Quién es? Dime su nombre.

—Céfiro. —Curiosamente, el aire cambia de forma alrededor de ese nombre, pero me da miedo presenciar la reacción de la abadesa, así que mantengo la atención fija en el suelo—. No sé cómo explicarlo, madre Mabel. Fue…

—¿Aterrador? —pregunta con suavidad.

Cierro los ojos para que la calidez de su compasión me cubra.

—Sí. —Ese lago negro, esos orbes de vidrio escarlata, ese campo de rosas que albergaba la caverna—. Hay muchos aspectos de ese reino que no comprendo.

La madre Mabel me rodea por el otro lado.

—Querida, todas hemos sufrido de un modo u otro la tentación de Infra. Sin embargo, como Hijas de Thornbrook, hemos de recordar nuestro propósito. Hemos de mantenernos en el buen camino.

—Lo sé. Lo siento —susurro—. Ha sido un breve tropiezo. Prometo que no volverá a suceder. Me esforzaré por recuperar vuestra confianza.

—No es mi confianza la que tienes que recuperar. Es la del Padre. —El comentario impacta con dolorosa precisión, tal y como ella pretendía. Me toca el hombro en señal de consuelo, pero es una calidez fugaz—. Ojalá hubieses acudido a mí. Yo habría podido guiarte en medio de todo este lío. Me duele saber lo mucho que has sufrido.

Tiene razón. He sufrido mucho. Pero ¿no me castigó justo por eso? ¿Qué más esperaba que hiciese?

—¿Sabes por qué te pido que forjes dagas de hierro para el diezmo?

—Suponía que era por la ceremonia, para proteger a las participantes, porque el hierro es letal para el pueblo albo.

—Estás en lo cierto, pero también hay otro propósito mayor. —Con las puntas de los dedos apoyadas en la boca, la madre Mabel recorre la habitación en medio de una nube de incienso. El aroma a mirra se ha adueñado del despacho—. Son un ancla que sirve para expulsar cualquier encantamiento que pueda afectarnos. Sin ellas sucumbiríamos a nuestras tentaciones.

—Comprendo.

—Prométeme que harás todo lo que puedas para resistir la llamada de Infra. —Se detiene y se gira hacia mí—. No soportaría tener que expulsarte por una nueva desobediencia.

Cada horror, cada tristeza, cada jirón de pesadumbre que he llevado conmigo durante estas últimas semanas se convierte en hielo dentro de mi pecho. Si no tengo la abadía, si no tengo a mi dios, no tengo nada. No soy nada.

—Lo prometo.

Con suavidad, me da unas palmaditas en el brazo.

—Eres una chica muy dulce, Brielle. Lo estás intentando con todas tus fuerzas. No puedo culparte por ello.

El problema es que no soy ninguna chica. Llevo veintiún años caminando por esta verde tierra. En cuerpo, mente y alma, soy toda una mujer.

La madre Mabel regresa al escritorio. Me sorprende ver que esboza una sonrisa genuina para mí. Un gesto que suaviza la dureza de sus facciones.

—Hace falta ser una mujer de gran carácter para admitir que se ha errado. Me gustaría ofrecerte la oportunidad de ascender, si te interesa.

Esa frase no me parece real, por más que me esfuerce en diseccionarla.

—¿En serio?

—Si empiezas el proceso de transición, tu corazón le pertenecerá al Padre. Una vez hayas pronunciado tus votos finales, Él será toda tu vida.

—Comprendo.

Por todo lo que es sagrado, ya casi me había convencido de que este día jamás llegaría. Se me hincha el pecho de euforia. El mundo entero irradia color.

—Bien. —Su sonrisa se suaviza—. Pero comprenderás que antes de que una novicia pueda ascender al puesto de acólita, debe demostrar su dedicación llevando a cabo una tarea que ponga a prueba su devoción. Normalmente esta tarea se le asigna a una única candidata, pero en este caso hay otra que también ansía tener la misma oportunidad.

Me desinflo con la misma rapidez. Había albergado la esperanza, había implorado, pero acaba de surgir otro obstáculo que tengo que superar.

—¿Quién?

10

Llevo el puño a la vieja y chirriante puerta y me preparo para lo que sucederá en el mismo momento en que mis dedos toquen la madera.

Puedo con esto.

Toc, toc, toc, se oye. Espero.

Poco tiempo después, la puerta se abre. Aparecen las desagradables facciones de Harper, fijas en un fruncimiento de ceño. Sus ojos azules se estrechan con una mirada hostil que me taladra desde las suelas de las botas hasta la coronilla.

—¿Qué quieres?

Como si eso le importase.

—¿No te ha comentado nada la madre Mabel sobre la reunión?

Esas cejas hermosamente acicaladas se fruncen aún más sobre la nariz.

—¿Y a ti qué te importa? ¿No basta con tener que interactuar contigo a diario? ¿También tienes que espiarme?

—Prefiero pasar el tiempo de muchas otras maneras en lugar de espiarte, Harper.

Remover estiércol, por ejemplo. Ella empieza a golpetear con el pie sobre el suelo, irritada. No es sorprendente. Siempre se mueve a base de estallidos, la impulsa la energía férreamente contenida que esconde bajo la piel.

—Entonces, ¿qué quieres? No me gusta que me hagan perder el tiempo.

—Si la madre Mabel ha hablado contigo, imagino que te habrá mencionado que no eres la única que opta al puesto de acólita.

Al oír eso, se envara. Constato con satisfacción que encaja las piezas: esta visita imprevista, el tema de la conversación, la desacostumbrada falta de miedo en mi mirada al cruzarse con la suya.

—Será una broma. —Suelta una risita desdeñosa que se convierte en un sonido de perplejidad—. Quién iba a pensar que sabías gastar bromas. Dime el motivo real por el que has venido a molestarme.

Me ha llevado toda la mañana reunir el valor para llamar a su puerta. Ahora reprimo el impulso de vomitar, de desmayarme o de ambas cosas. La presión en mi pecho es más severa cuando me veo obligada a enfrentarme a mi más antigua adversaria.

—Me han ofrecido la oportunidad de ganarme el puesto.

—¿Disculpa? —El chillido estridente que suelta pone los vellos de punta—. ¿Después del numerito que has montado? No lo dices en serio.

—Es la verdad.

Por una vez en su vida, Harper se queda sin palabras. Nada de insultos, nada de comentarios mordaces. Un bendito silencio.

Su atención se dispersa hacia el corredor vacío. El almuerzo acabó hace una hora, pero la madre Mabel me ha liberado de mis tareas para que me dé tiempo a preparar el petate. Supongo que a Harper le ha concedido la misma gracia.

—Entra. —Me mete de un tirón por el umbral y cierra de golpe—. Bastante embarazoso es que alguien pueda oírnos.

Yo libero el brazo con gesto brusco.

—¿Y qué resulta embarazoso, eh? ¿Que yo sea lo bastante digna como para que me ofrezcan el puesto o que tengas que competir conmigo para conseguirlo?

Una mueca feroz asoma a su boca de dientes apretados. Harper quiere convertirse en la próxima acólita, tiene las mismas ganas que yo, pero al final solo una podrá quedarse con el puesto. Juro que seré yo.

Sin apartar la vista de ella, me alejo un poco y estudio el atestado interior de esta celda que comparte con Isobel. Céfiro dijo que mi

dormitorio era austero. Supongo que, según esa vara de medir, el de Harper también lo es. El Texto descansa en la estantería, cubierto por meses de polvo.

—¿Qué te ha dicho la madre Mabel? —exige saber—. Cuéntame hasta el último detalle.

Está totalmente ultrajada, una sensación que suelta sobre mí a oleadas feroces capaces de derribarme si no me mantengo firme.

—Pues supongo que lo mismo que te ha dicho a ti —replico. Cruzo la habitación para poner más espacio entre las dos—. Ha mencionado una búsqueda.

Dado que no añado nada más, ella escupe:

—Nadie se cree la historia que rodea tu desaparición. Tú no serías tan irresponsable. Y sin embargo, aquí estás, comportándote como si te hubiésemos causado mucho daño al darte de lado. ¿Te crees que soy una necia?

Si digo que sí, Harper es muy capaz de arrancarme la cabeza. Así que no digo nada. A veces el silencio es la mejor respuesta.

—No puedo creer que te vaya a dar la oportunidad —murmura, y empieza a caminar en círculos—. Eres quien menos merece ser nombrada.

En los últimos diez años he descubierto un par de cositas sobre Harper. Siempre busca atención. Le importa mucho la imagen que da. Se preocupa mucho por la opinión de la madre Mabel, a pesar de que no sobresale en nada y no tiene una buena rutina de estudio. Sin embargo, siempre que haya algún oído en el que verter sus quejas, Harper no necesita nada más.

—Comprendes que va a ser un camino muy largo, ¿verdad? —prosigue, demasiado ensimismada como para darse cuenta de que no le hago mucho caso—. No voy a esperarte. Con tu peso, seguramente te quedarás atrás. Y cuando suceda, no se te ocurra echarme la culpa.

Siento calor en las mejillas. He pasado años resistiendo esos insultos atroces y todavía me cuesta fortificar mis defensas.

Es cierto que soy más grandota que la mayoría. Soy alta, ancha, musculosa. Tengo el pecho amplio y caderas suaves. La mayoría de los días, nada de esto me molesta. Bajo la túnica blanca no soy diferente de ninguna otra Hija de Thornbrook.

Harper se acerca al catre y se sienta al borde. Sus zapatillas de cuero asoman bajo el dobladillo del vestido gris.

—¿Te ha mencionado qué tarea hemos de hacer?

—Sí. —¿Estoy emocionada por esta misión? No del todo. Sin embargo, si la madre Mabel me pide que me llene los bolsillos de piedras y salte a un río, lo haré sin vacilar—. Hemos de encontrar una hoja llamada Meirlach.

Harper frunce el ceño.

—A mí me ha dicho lo mismo. —Durante un tiempo, se limita a mirar por la ventana, al otro lado del bosque lluvioso, inusualmente reflexiva—. Me suena el nombre —admite—. Pero no recuerdo dónde lo he oído antes.

Mi atención vaga hasta la estantería. Si se hubiese molestado en abrir el Texto, conocería el nombre. Harper sigue mi mirada y frunce el ceño. Se apoya en los codos y me mira como si yo fuese una criatura particularmente repugnante.

—Ahórrame tu falsa beatitud. ¿Me lo piensas decir o no?

La historia está recogida en el Libro del Cambio. Hay un puñado de frases que mencionan una espada notable. Solo puede enarbolarla quien sea digno. Me conozco de memoria las palabras, así que se las recito a Harper.

Incrustada en la roca del destino, una hoja forjada por los dioses aguardaba a su amo. Y al séptimo día, un rey oyó que la fabulosa espada susurraba su nombre, y sacó el resplandeciente acero.

Cuando acabo, Harper dice, arrastrando las palabras:

—A mí me suena a cualquier tipo de hoja normal y corriente.

Increíble.

—¿Es que no has oído la parte que dice que le susurra a quien la lleva?

Ella resopla ante la ridiculez de la idea. Yo no estoy de acuerdo. Hay que partir de la base de que el Texto siempre dice la verdad.

—¿Me dejas ver tu Texto, por favor?

Ella hace un gesto despectivo con la mano, como si mi petición fuese un incordio, pero yo tampoco querría que nadie toquetease sin permiso mi ejemplar personal. Lo saco de la estantería, hojeo hasta dar con el Libro del Cambio y repaso la historia de Meirlach, en busca de algún detalle adicional, mientras Harper me contempla desde la cama. Mece la pierna derecha adelante y atrás, cruzada sobre la izquierda.

—Según el Libro del Cambio —digo—, Meirlach puede cortar cualquier escudo, traspasar cualquier armadura y hasta atravesar paredes. Aquellos a quienes se señala con ella no pueden mentir. —Se me pone la piel de gallina mientras sigo leyendo—. Se dice que incluso puede controlar el viento.

Las cejas de Harper se alzan hasta casi el nacimiento del pelo.

—Seguro —dice.

Cierro el libro de golpe.

—¿Por qué pones en tela de juicio las palabras del Texto? Dudar del Texto es dudar del Padre y de Sus enseñanzas.

¿Estará al tanto la madre Mabel del escepticismo de Harper? Seguramente, no; de lo contrario, jamás le habría concedido a esta mujer la oportunidad de alcanzar un puesto superior. Ella me dedica una mirada hostil.

—¿Dices que crees que una espada puede atravesar la piedra? ¿Crees que una espada puede controlar el viento?

—Sí.

—¿Sin pruebas?

—Harper —se me escapa un resoplido de exasperación—, justo de eso va la fe, que solo existe en ausencia de pruebas.

Ella frunce el rostro en gesto contemplativo. Luego asiente, quizá cediendo a la idea de que puede existir una hoja semejante a pesar de la falta de pruebas.

—Está bien, finjamos que esta hoja es real. ¿Cómo la encontramos?

Dejo el Texto aparte y saco un trozo de pergamino cuadrado del bolsillo.

—Con este mapa.

Ella se yergue de inmediato.

—¿De dónde has sacado eso?

—Me lo ha dado la madre Mabel.

—¿Y por qué te lo ha dado a ti y no a mí?

Supongo que ha sido porque yo soy la más responsable de las dos. La madre Mabel ha marcado en el mapa una entrada a Infra. Es relativamente desconocida y requiere una ofrenda para pasar. Al parecer, es fácil sobornar al dríade que la custodia.

—Tenemos que encontrar a alguien llamado el Semental —digo, ignorando su pregunta y volviendo a guardarme el mapa en el bolsillo—. Si encontramos al Semental, encontraremos Meirlach.

—¿Quién es el Semental?

—No lo sé.

La madre Mabel no me dijo nada de quién o qué es el Semental. Solo me dio tres datos: un nombre, una orden y una advertencia: «Has de matar a la bestia, es el único modo de conseguir Meirlach. Y, pase lo que pase, no te subas a su lomo».

La orden me revuelve bastante el estómago. La madre Mabel siempre ha sido directa con nosotras. Esta falta de información resulta desconcertante.

—Lo único que sé es que vive en un lugar llamado la Gruta.

—Suena maravilloso —murmura Harper.

Me niego a alimentar su humor de perros.

—Movernos por Infra supondrá varios desafíos inigualables. Hemos de mantenernos alerta.

Harper se queda inmóvil. Sus manos, plantadas sobre el catre, se curvan sobre el colchón de paja.

—¿Me estás diciendo que tengo que viajar a Infra? ¿Contigo? ¿Y entrar en la guarida de alguna bestia horrible en busca de una

espada que quizá ni existe?

Parece que la madre Mabel le ha contado a Harper muy poco sobre esta misión. De nuevo, me pregunto por qué. Harper niega con la cabeza.

—No, esto es absolutamente ridículo. Enviar a dos mujeres mortales a Infra sin guía. —Le cuelgan mechones de cabello negro sobre la cara. Se los aparta con un gruñido.

A pesar de nuestras diferencias, Harper y yo compartimos una similitud: a las dos nos da miedo lo desconocido. Quizá nos sucede a todas las Hijas de Thornbrook. A mí tampoco me emociona particularmente esta misión, pero recuerdo la expresión de la madre Mabel cuando me la contó. Sus ojos eran apenas dos ranuras estrechas, una desacostumbrada señal de inquietud. Está claro que esta misión es necesaria, del mismo modo que es necesaria nuestra participación en el diezmo. No lo disfrutamos, pero ha de hacerse.

—No pienso ir —dice Harper con voz entrecortada—. No me puede obligar.

En ese caso, mi éxito está garantizado.

—Muy bien. Iré a informar a la madre Mabel de que te quedarás aquí.

Casi estoy a la altura de la puerta cuando Harper dice:

—Espera.

Me giro, despacio. Harper parece dividida, furiosa ante la idea de parecer una cobarde pero negándose a entregarme en mano la oportunidad de ascender. Era de esperar.

—Todo esto parece un esfuerzo muy grande por algo que bien podría ser un rumor. —Se levanta de la cama y llega a la puerta de cuatro zancadas. La niebla rodea las viñas en la lejanía, el aroma dulzón de la lluvia impregna el aire—. Hay grandes posibilidades de que no volvamos.

Soy muy consciente de ello.

—¿Por qué querrá la madre Mabel esa espada? —pregunta.

—No lo sé.

La abadesa tiene acceso a muchas hojas de hierro. Suficientes como para mantener a raya a la práctica totalidad de Infra, si fuera necesario. De ahí la pregunta de por qué es tan especial esta hoja en concreto. ¿Qué necesidad tiene la madre Mabel de sus poderes?

Harper me clava la mirada hasta que me siento incómoda.

—¿Qué?

—¿No te da miedo ir a Infra?

—No. —Sí—. ¿Y a ti?

Ella inspira delicadamente.

—En absoluto, pero eso da igual. —Pasa a mi lado—. No pienso viajar con alguien como tú.

Esto también era de esperar. Cree que soy un peón que puede colocar para sacar ventaja. Pero mi futuro en Thornbrook depende del resultado de esta misión. No pienso ceder sin pelear.

—¿Cómo esperas entrar en Infra sin mapa? ¿Acaso planeas dar vueltas por Carterhaugh hasta que te tropieces por casualidad con una entrada?

—Evidentemente no. —Extiende una mano—. Tú me darás el mapa.

Con demasiada facilidad, se me afloja el cuerpo ante una confrontación. Intento tragar, tengo la boca seca.

—No.

Harper se me queda mirando.

—¿No?

Me obligo a decir el resto:

—No pienso darte el mapa. Es cosa tuya realizar este viaje sola, pero al final te darás cuenta de lo poco preparada que estás para sobrevivir más allá de estos muros. ¿Cómo piensas protegerte del pueblo albo? ¿Cómo sabrás dónde resguardarte, qué fuentes de agua evitar, qué plantas son tóxicas? —Harper palidece, adopta un tono de nieve bajo el ébano de su cabello, y eso me alegra. Que comprenda que yo sé arreglármelas. Que sienta el peso de su propia ignorancia—. Si tuvieras dos dedos de frente, preferirías que viajásemos juntas.

—¿Y cómo me beneficia eso? —replica, con los ojos encendidos—. Si las dos deseamos encontrar la espada, ¿quién dice que no me vas a abandonar para que me las apañe yo sola?

Yo no haría algo así. Porque comprendo lo que es estar sola. Porque sé lo oscuras que son las noches sin una hoguera. Porque, a pesar del profundo desdén que siento por Harper, no puedo abandonarla en las tinieblas y mantener la conciencia tranquila. Ya he visto el rostro de la oscuridad.

Quizá por eso soy débil.

—Tú decides —repito—. Eres libre de ir sola, si así lo deseas. —Me vuelvo a acercar a la puerta y apoyo la mano en el pomo—. Yo estaré en los jardines mañana antes del alba. Esperaré hasta que el sol rompa por el horizonte. Luego me marcharé, contigo o sin ti.

Harper se queda envarada en un ángulo pronunciado, sumida en el pánico. Teme que yo esté en lo cierto. Teme lo que podría pasarle si intenta realizar el viaje ella sola y se da cuenta de que se equivocaba.

—Allí estaré.

—Entonces necesitarás esto. —Le ofrezco la otra daga que tengo, que he escondido en la parte baja de la espalda. Debería ajustarse bien a su mano.

A ella se le desorbitan los ojos.

—¿Para qué voy a usar algo así?

—Para protegerte.

Cuando llegué a la abadía, no había herrera, pero a los dieciséis años me topé con la forja; vieja, polvorienta y olvidada. Me asomé por entre las telarañas de abandono al cobertizo desastrado y le pregunté a la madre Mabel cuál era el propósito de aquel lugar.

La última herrera de Thornbrook había fallecido hacía décadas. Desde entonces, nadie había tomado el relevo… hasta que llegué yo. Fue la madre Mabel quien me sugirió que probase con el martillo. «Enciende la forja», me dijo.

¿Qué más recuerdo? El peso de aquel martillo, las horribles agujetas en todos los músculos a la mañana siguiente.

¿Qué más recuerdo? El humo. Mis horribles toses y resoplidos hasta que se me ocurrió abrir las puertas.

¿Qué más recuerdo? El primer golpe contra el metal al rojo, su claridad singular.

¿Qué más recuerdo? Una fuerza como no había experimentado jamás. Una fuerza parecida a la euforia, al alivio.

Alzo un poco más la daga y la estudio desde todos los ángulos. Harper frunce el ceño y me intenta quitar el arma, pero aparto la mano.

—Ten cuidado —susurro—. Está afilada.

11

Harper y yo partimos al alba, cargadas solo con nuestro ingenio y los suministros que nos caben en las mochilas. Llevamos nuestros vestidos de diario. Yo me he sujetado el pelo en la trenza más apretada que he conseguido hacerme, un reguero de pelo rojizo que me llega hasta la parte baja de la espalda, con mechones gruesos que probablemente no se escaparán a menos que nos encontremos en medio de una fuerte tempestad. Harper se ha hecho un moño elaborado, más apropiado para una ceremonia que para un largo viaje, pero prefiero contener la lengua. Al menos ha tenido la previsión de ponerse botas.

Al llegar al límite de los campos de cebada, miro una única vez atrás. La abadía, que es una pálida roca encajada entre helechos, asoma por huecos borrosos entre los árboles. Jamás me he alejado de Thornbrook durante mucho tiempo. Me pregunto si me echarán de menos.

Mi mirada vuela hacia Harper. Ella me contempla, con desconfianza en esos ojos azules bajo la frente despejada. En menos de dos meses acabará otro ciclo de siete años. Una de nosotras tendrá a Meirlach en la mano. Y la otra, por desgracia, no.

—¿Quieres dejar algo atrás? —Señalo con un gesto las cintas de la mochila, que se le clavan en los hombros—. Aún estamos a tiempo de aligerar la carga.

Harper retrocede. Como siempre, la he agraviado, insultado, ofendido.

—Si yo fuera tú —dice, bajando la voz—, me preocuparía por tu capacidad para mantener el ritmo. —Me mira de arriba abajo,

esboza una sonrisa afilada y pasa a mi lado—. Vamos, que no hay tiempo que perder.

Pues muy bien.

No conversamos en absoluto durante toda la mañana. Esta bendición inesperada me concede algo de espacio para reflexionar y planear. Según el mapa, la entrada que custodia el dríade está ubicada a dieciocho kilómetros al sur de Thornbrook. Deberíamos llegar al anochecer, si no nos retrasamos.

Nuestra ruta sigue un sendero abandonado que cruza el bosque, un sendero, además, que yo no he llegado a recorrer jamás. La temperatura empieza a subir a medida que asciende el sol, y el terreno se eleva en pequeños promontorios a los que trepan los árboles unos sobre otros, en busca de la luz del sol. Miro por encima del hombro y veo que Harper avanza con dificultad entre las numerosas raíces retorcidas.

—Ya te advertí de que dejases cosas atrás —digo. Me duele la espalda, pero estoy acostumbrada al esfuerzo.

Harper gruñe algo ininteligible y forcejea con la cinta de la cantimplora. El sudor le corre por la cara y el cuello. Su moño ha perdido la forma. Se deja caer contra el árbol más cercano y bebe ansiosa.

—Despacio —gruño, esperando que Harper haya tomado las precauciones necesarias. Siempre que bendigamos el agua antes de beberla, cualquier toxina quedará limpia, aunque el pueblo albo haya envenenado la fuente—. Aún nos quedan varios kilómetros.

Harper se quita la cantimplora de la boca y dice con voz ahogada:

—Me gustabas más cuando te guardabas tu opinión para ti misma.

Dicho esto, apura el resto.

Me arde la cara. ¿Por qué me molesto en darle consejos a alguien que se niega a escuchar?

—No estamos muy lejos —digo, y abro el mapa con manos temblorosas. Al menos, mi voz suena despreocupada—. Quedan apenas unos kilómetros más. ¿Quieres parar a almorzar?

—No tengo hambre.

Un comentario feroz, más adecuado para un público amplio al que los árboles no consiguen sustituir. No me lo creo, pero, desde luego, no pienso discutir.

—Está bien.

Vuelvo a plegar el mapa. El movimiento atrae su mirada.

—Dices que aún nos quedan kilómetros, pero me pregunto si no llegaríamos antes a nuestro destino si hubiese alguien más capaz al mando. —Dicho lo cual, se endereza, con la barbilla bien alta y un aura dorada en torno a su delgada figura—. A partir de aquí, me encargo yo.

Cuando el día haya acabado, el mundo esté oscuro y mi diario descanse abierto en mi regazo, serán momentos como este los que recuerde: mi corazón acelerado ante sus palabras afiladas, la sensación de caer de una gran altura a pesar de tener los pies en el suelo. Pero, sobre todo, recordaré esto: el susurro del pergamino contra las puntas de mis dedos al pasar de mi mano a la suya. El conflicto que intento evitar. Las palabras que no he dicho.

Harper sonríe cuando le cedo el mapa y se lo mete en el bolsillo.

—Muy amable.

Cuando llegamos a la entrada a Infra, el calor es asfixiante. Los helechos alfombran el camino serpenteante; cada una de sus largas y recortadas lenguas nos lame los tobillos. Harper jadea pesadamente mientras avanza por la espesura verdosa. Si se arrepiente de haber hecho el esfuerzo de abrir la marcha, es demasiado orgullosa para admitirlo.

Unos pasos al frente, varias setas rodean un enorme peñasco que descansa sobre una loma cubierta de hierba. Según el mapa, esta entrada nos llevará hasta Infra.

—¿Es esto? —pregunta Harper.

El dobladillo de su vestido está lleno de mugre. Y el mío también.

—Sí.

Miro de cerca y descubro un hueco circular recortado en la roca. ¿Una puerta? Avanzo y llamo.

—¿Tenéis cita? —Una voz etérea flota en algún lugar tras el peñasco. No, detrás no. Dentro.

Harper y yo intercambiamos una mirada. Ella hace un ademán que viene a decir: «Haz algo».

—Esto… ¿sí?

—Nombre, por favor.

—Brielle de Thornbrook.

Hay una pausa. Me muerdo el labio y jugueteo con la carne entre los dientes.

—No veo tu nombre en la lista —afirma la voz.

Harper me lanza una mirada, a punto de amotinarse, porque por supuesto que es culpa mía que mi nombre no esté en la lista. La madre Mabel no me dio más instrucciones que estas: llamar a la puerta y ofrecerle una rebanada de pan a quien respondiese.

—¿Estás seguro? —Mi pregunta no tiene ningún fundamento. ¿Desde cuándo me sale mentir con tanta facilidad?—. Debería estar ahí.

El hueco redondo se abre hacia fuera como una puerta. Yo contemplo el interior con ojos entrecerrados y luego retrocedo. Sale una criatura con cuatro patas larguiruchas, que se desplaza como una araña. Harper suelta un gañido y retrocede a toda prisa para ocultarse entre los helechos.

El dríade se alza sobre los cuartos traseros, con la espalda arqueada. Creo que es macho, pues se asemeja un poco a un ancianito. Tiene un cráneo redondo y calvo en el que apenas hay tres miserables pelos que brotan de una piel gris y arrugada. Se cubre con una prenda blanca que le llega a las rodillas. Sus ojos protuberantes se entrecierran.

—No tenéis cita.

—No —admito—, pero me dijeron que estarías dispuesto a aceptar una ofrenda a cambio de dejarnos entrar en Infra.

Le muestro mi sonrisa más sincera. Él parpadea despacio. ¿Tendrá sueño o será suspicacia lo que veo?

—¿Dejaros? ¿Cuántas sois?

Echo un vistazo al bosque a mi espalda y veo a Harper asomada detrás de un árbol, observando. Le hago un gesto para que se acerque. Ella vacila, pero pronto desanda el camino y cruza el anillo de setas, frunciendo el labio ante la apariencia arrugada del dríade. La fina tela que lo envuelve tiembla alrededor de sus piernas.

—Somos novicias de Thornbrook —le explico a la criatura, esforzándome por hablar con seguridad—. Buscamos la entrada a Infra. Si nos lo permites…

—Vosotras y todo el mundo —murmura—. Así que, ¿qué va a ser? ¿Qué ofrecéis?

Mira a Harper, que tiene sus gruesas cejas fruncidas y expresión tozuda.

—Pan —digo.

—¿Pan de qué?

—De centeno.

Resopla y se cruza de brazos.

—Está bien.

Harper se lleva la mano a la mochila, donde está el pan.

—Pero solo nos queda una rebanada.

—Aún tendremos la fruta y el queso —señalo yo.

—¿Y eso cuánto nos durará?

Contamos con comida para una semana. Aunque hemos de conservarla, tarde o temprano habrá que abastecerse de más. Una vez que lleguemos a Infra, no podremos consumir comida ni bebida alguna, solo la nuestra.

—Es el único modo —susurro.

Ella enseña los dientes.

—Hablas como una ferviente seguidora de la madre Mabel. —Se gira de repente y contempla a la nervuda criatura—. ¿Aceptarías otra ofrenda a cambio?

Su mirada pétrea recorre a Harper, después a mí y luego va a posarse en la daga que descansa en mi cintura.

—¿Qué me decís de ese puñal?

—Trato hecho —dice Harper.

—¡De eso nada! —espeto yo.

Ella resopla.

—¿De verdad crees que voy a desprenderme de comida para que tú puedas quedarte con tu estúpido cuchillo? Creo que no. ¿Por qué no ofreces tú algo?

El dríade pasea la vista entre las dos. Yo me muerdo el interior del carrillo hasta hacerme sangre.

—Porque… —Inspiro entre dientes, temblorosa, implorando tener paciencia—. Necesitamos armas. Necesitamos protección.

—¿Y qué tal si le damos esos bálsamos especiales que llevas? No lo niegues, los he visto.

Sí, claro, por supuesto que voy a entregar los bálsamos que hacía mi madre. Jamás me enseñó a prepararlos, a pesar de haber pedido ese honor a la boticaria principal de Veraness. Y cuando fui lo bastante mayor como para trabajar en la tienda, la apatía y la impetuosidad dominaban a partes iguales los días de mi madre. Sus emociones eran demasiado volátiles y no tenía la claridad necesaria para llevar un negocio. Una vez desparezcan estos bálsamos, ya no podrán reemplazarse.

—Tú estabas de acuerdo con seguir este plan —le digo—. Dale el pan.

—¿Por qué necesita una rebanada de pan? Parece a punto de estirar la pata.

Se echa el largo cabello por encima del hombro, desafiando al dríade a llevarle la contraria. Él la contempla con expresión de desagrado.

—Mujer mortal fastidiosa —canturrea—. No me gustan tus insultos. Sea lo que sea lo que buscas, no lo encontrarás aquí.

La puerta redonda se cierra de golpe. El polvo y los guijarros sueltos repiquetean tras el portazo.

La mirada de Harper se cruza con la mía, oscura de puro reproche.

—Pues vaya pérdida de tiempo. —Se recoloca el cabello.

Tengo un diminuto y duro trozo de carbón ardiente en el pecho, donde debería estar mi corazón. Bastante imposible es ya esta misión como para encontrar más obstáculos en nuestro camino.

—Si le hubieses ofrecido al dríade el pan, nos habría dejado pasar. Ahora tenemos que encontrar otro modo de entrar.

—Ni que fuera culpa solo mía. Tú has tenido la oportunidad de entregar tus bálsamos —contraataca, con las manos en las caderas—. También es culpa tuya.

¿De verdad está comparando levadura y harina con mis posesiones más preciadas?

—Esos bálsamos son de mi madre —replico—. Jamás me habría desprendido de ellos.

—Pues tu madre bien que se desprendió de ti.

Siento cómo se me contrae la cara, cómo se me encoge el estómago, cómo se me hace pedazos el corazón. Es la herida más profunda que tengo y Harper la acaba de abrir de par en par. Las lágrimas me corren por las mejillas, calientes sobre mi piel fresca. Harper, extrañamente callada, da media vuelta.

Me he preguntado siempre si mis compañeras conocían las circunstancias que rodearon mi llegada a la abadía. La madre Mabel jamás traicionaría mi intimidad. Harper debe de haberlo oído de alguien que me viese en la puerta aquella noche tormentosa.

—Deberíamos ponernos en marcha —murmuro. De algún modo, tendremos que encontrar una manera de entrar en Infra.



Muchas horas después hacemos un alto para acampar. Harper deja caer la mochila, agotada y empapada en sudor. Dos franjas de tela húmeda marcan la huella que han dejado las cintas de la mochila sobre sus hombros. ¿Qué lleva ahí dentro? Casi le dobla en tamaño.

Meto mis suministros entre las raíces de un árbol, saco la cantimplora y doy un buen trago. Harper apuró la suya hace horas, y desde entonces no hemos pasado cerca de ningún arroyo. El rubor

de su piel me llama la atención. Además, tiene los labios muy agrietados.

Me muerdo el interior del carrillo y alzo la mirada en busca de un atisbo violeta en el cielo, algo que presagie el frescor de la noche. Es el mismo cielo que hay sobre la fértil tierra de Thornbrook, pero ¿por qué me parece tan diferente?

—Toma. —Me agacho para mirar a Harper a los ojos y le tiendo la cantimplora.

Ella la contempla con cautela. Tiene un cadillo enganchado a una de las medias.

—No, gracias.

—Estás a punto de desmayarte. Bebe agua.

Lo último que necesito es una compañera de viaje inconsciente.

—Te he dicho que no me hace falta.

—Sí que te hace falta —replico con calma forzada.

Ella se aparta el pelo que tiene pegado al cuello con una mano sutilmente temblorosa.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —dice con tono irritado, impregnado de fatiga. Tengo que emplear toda mi fuerza de voluntad para no arrojarle la cantimplora a la cabeza. Desde luego, el golpe sería muy satisfactorio.

—Me haces una pregunta para la que no tengo respuesta contesto, igualmente malhumorada. Recuerdo cada mala palabra, cada risa rencorosa, cada insulto que he tenido que soportar. Diez años de malicia—. ¿Qué es lo que tanto desprecias, que te ayude yo o que te ayude cualquiera? —Nuestras miradas chocan y se entrelazan—. ¿Quieres el agua o no?

Harper se revuelve como si le hubiese pedido que se amputase un miembro. Así de intensa es su furia. Pero al final acepta y apura hasta la última gota.

—Voy a buscar agua —digo, y le quito la cantimplora de las manos—. Cuando regrese, deberíamos construir un refugio.

La noche caerá en menos de una hora, y con ella llegará el frío, más duro, de los picos montañosos. Por desgracia, hacer una

hoguera no va a ser posible, porque atraería al pueblo albo.

Con más energía tras ingerir el agua, Harper se endereza.

—Yo no creo haber accedido a construir un refugio. ¿O acaso he sufrido alguna pérdida de memoria durante la última hora?

Paciencia, Brielle. Cómo pone a prueba mi paciencia esta mujer.

—A menos que quieras pasar la noche temblando, tenemos que construir un refugio. Bastará un cobertizo, es fácil de construir.

Si trabajamos juntas, no deberíamos tardar más de unas pocas horas.

—Si tú quieres construir un cobertizo —responde—, no seré yo quien te lo impida. Pero no creo que viajar juntas implique que tengamos que trabajar juntas. Tú céntrate en tus necesidades y yo en las mías. ¿Entendido?

Si yo no fuera tan cobarde, podría decirle muchas cosas. Podría decirle que hemos de adoptar medidas defensivas. O quizá podría decirle: «No voy a cargar contigo durante todo este viaje». O incluso: «Tienes que responsabilizarte de tus acciones». Y sin embargo, no le digo nada.

Me alejo y le niego a Harper el placer de contemplar mi rostro enardecido. Tengo un grito atrapado en el costillar, pero me niego a dejarlo salir. La presencia de Harper no va a impedir que me haga con Meirlach. He de tener eso en mente.

Después de bendecir un arroyo cercano, lleno la cantimplora y empiezo a reunir ramitas para el techo y las paredes del refugio. La oscuridad aumenta a una velocidad alarmante. En un cierto punto, estoy segura de que veo algo que se mueve entre los arbustos, pero, cuando miro más de cerca, compruebo que toda la zona está desierta, no hay nada que perturbe los matorrales. El hormigueo que siento bajo la piel se intensifica. Lamento haber dejado el candil en Thornbrook para no traer más peso del necesario. Una luz sería ahora mismo una bendición. Estos árboles me resultan desconocidos. No se elevan, sino que más bien se ciernen sobre mí.

Seguramente son imaginaciones mías. El miedo a lo desconocido teje sombras donde no hay nada, aunque el viento arrastra un

aroma que sé que no estoy imaginando. Lo percibo en los huesos.

—¿Vas a seguir escondido como un cobarde o piensas salir a la luz, desconocido? —llamo.

Una ráfaga perdida de aire levanta el dobladillo de mi falda. Me lo bajo de un manotazo y paseo la vista por la zona oscurecida, los oídos alerta y los sentidos aguzados. El cielo también está velado. Dejo caer las ramas y saco la daga. Una ramita se rompe de pronto, con un sonido que recuerda a un hueso al fracturarse.

—¿Una mujer que deambula sola tras el ocaso? Qué necedad por tu parte.

Se materializa ante mí, ensombrecido por la noche creciente. Es el Viento del Oeste.

Flanqueado por dos árboles podridos, avanza con despreocupada seguridad; sus andares son un vals arrogante. La oscuridad engulle la camisa color esmeralda, la tiñe de gris ceniciento. Es extraño, pero juro que también hay algo distinto en su rostro oculto. Aunque no logro detectar qué es.

—Te encuentras muy lejos de todo para estar dando solo un paseo —afirmo con una calma que en realidad no siento—. ¿No te vendrá a buscar aquí el Rey Orquídea?

El Viento del Oeste me ha estado siguiendo. ¿Durante cuánto tiempo? No quiero encogerme como haría un ratón en presencia de un halcón.

—Soy de naturaleza curiosa, como bien sabes. Y no, Pierus no me está buscando. O al menos aún no. —Se inclina hacia delante—. ¿Adónde te diriges?

Yo retrocedo unos cuantos pasos.

—Eso es asunto mío —digo, y no añado nada más.

Bajo la curva de sus labios anida una astucia engañosa.

—Estás huyendo de mí, Brielle, aunque sigo en deuda contigo.

Aflojo la mano sobre la empuñadura de la daga de pura sorpresa.

—No hay deuda alguna.

—Ah, ¿no?

—El bálsamo que me proporcionaste la ha saldado.

—Ah, pero yo hablo de la primera deuda, no de la segunda. Te di la oportunidad de buscar respuestas para tus preguntas vitales. Una oportunidad de cambiar tu futuro. Sin embargo, si no ando muy errado, no te gustó la respuesta que recibiste, lo cual significa que no he saldado la deuda que contraje contigo cuando me salvaste la vida. Insisto en que me permitas hacerte un último favor.

¿De qué habla?

—Jamás te he pedido ningún favor. Me llevaste con Willow. Me acompañaste para saldar la deuda que tenías conmigo por haberte salvado la vida. —Esa lamentable y frustrante vida suya.

De nuevo, da un paso al frente y el verdor de sus ojos se oscurece en este lugar carente de luz.

—Ah, pero tú accediste. Y para un dios, la palabra que se da es vinculante.

Si yo fuese un hombre en lugar de una mujer, en medio de esta misma situación, ¿sentiría este mismo miedo? Aprieto más la daga con vigor renovado.

—¿Y si me niego a que saldes esta supuesta deuda conmigo?

¿Qué hará Céfiro, raptarme y llevarme a Infra? Antes de que llegue a tocarme, le rajaré la mano. Él ladea la cabeza.

—No temas, mi querida novicia. Tú déjame cumplir mi obligación contigo. Te interesa acceder. No aceptaré un no por respuesta.

Una oleada de miedo me ahoga.

—Eres…

La palabra se disuelve como polvo en mi boca. ¿Por qué está tan decidido a saldar su deuda conmigo? ¿Por qué no puede aceptar que le ayudé sin esperar recompensa alguna? Niego con la cabeza. Estoy harta de sus amenazas veladas.

—No. Esto es ridículo. —Hago un aspaviento con la mano—. No vuelvas a cruzarte conmigo.

—En ese caso tendrás que aceptar las consecuencias.

No va de farol. Las palabras no ocultan ningún resquicio cuidadosamente orquestado para hacer caer a quien se descuide. No

hay ningún recoveco escondido en ellas. Aun así, de una cosa estoy segura: lamento mucho haberlo salvado aquella noche.

El Rey Orquídea tenía razón: no puedo confiar en Céfiro.

—Hemos terminado —susurro, y me alejo del claro.

—Brielle…

El peso de su mano en mi brazo es como un estallido de energía. Me giro, con la daga desenvainada, y trazo un arco directo hacia su cara. Céfiro retrocede y se lleva una mano a la mejilla. La sangre se derrama entre sus dedos. Me contempla, incrédulo.

Le he abierto un tajo sangriento en la mejilla al Viento del Oeste, pero no siento la menor vergüenza.

—Te lo he dicho —gruño; mi voz es un remolino hecho de puro frío—. Te he dicho una y otra vez que no me toques. Esta es la última advertencia. La próxima vez te atravesaré el corazón.

Céfiro parpadea lentamente, conmocionado. A mí me golpetea el corazón contra el esternón. No tengo que ser amable, y menos con alguien que se ha comportado conmigo de forma tan desconsiderada.

—Quizá, si me hubieses visto como una persona y no como una herramienta —digo—, habrías reconocido antes dónde estaban los límites.

Y sin mirar atrás, me alejo, olvidadas las ramas.

Haberme encontrado con Céfiro solo ha servido para recordarme lo sola que estoy. El Viento del Oeste no es ningún aliado, y Harper no es mi amiga. Llevo todo el día cargando con mi peso y con el suyo. Por eso no me sorprende encontrármela sola en el campamento, despatarrada, con arrugas de agotamiento en el rostro.

No hay cena. No hay refugio. Y estoy tan cansada que no me importa.

Tras sacar mi saco de dormir en medio de la noche fría y húmeda, me meto dentro y me envuelvo en una manta. Una lechuza ulula mientras apoyo la cabeza en el hueco de mi brazo y cierro los ojos.

Pero no duermo.

12

Cielos grises, reino gris. Encorvada bajo el cobertizo improvisado que comparto con Harper, me echo la manta por los hombros, aunque no hay modo alguno de entrar en calor. Lleva lloviendo tres días sin cesar. Una llovizna fría me golpetea la cara como guijarros afilados y diminutos.

El río se ha desbordado; es demasiado peligroso cruzarlo ahora. Hemos de esperar hasta que el agua vuelva a retroceder. Hasta entonces, estamos atrapadas. Son días que malgastamos, pero, sea como sea, ni a Harper ni a mí se nos ocurre modo alguno de avanzar.

Suspiro y me obligo a ponerme en pie. Todo mi equipo está empapado, como también lo está la mochila: las ropas, la comida, el diario.

—Voy a ver si hay algún otro modo de cruzar el río.

Ella murmura algo ininteligible con un castañeteo de dientes, el rostro oculto entre las rodillas, abrazada a sus espinillas.

Mi manta roza el suelo con un chapoteo húmedo. Mis botas anegadas se hunden en el barro al acercarme al río Twee. Durante un rato voy siguiendo sus rápidos. No hay modo alguno de cruzar. Si la lluvia no cesa mañana, voy a proponerle a Harper que volvamos a la entrada a Infra que custodia el dríade. Puede que la criatura acepte otra ofrenda si nos mostramos adecuadamente arrepentidas. Ahora mismo es nuestra única opción si queremos regresar a tiempo a Thornbrook.

Al regresar al campamento, la lluvia empieza a amainar: un pequeño milagro. Sin embargo, cuando llego, veo que mi saco de dormir y mi manta no están: Harper me lo ha quitado todo y se lo

ha puesto encima de su propio saco para resguardarse aún más de la tierra empapada. Lo que me queda a mí para dormir es el barro.

Le clavo la mirada a Harper, quien a su vez me clava la suya. Alza una ceja como diciendo: «¿Acaso vas a hacer algo al respecto?». Luego se gira y me da la espalda.

El calor se propaga por mi piel. Un calor creciente: me aprieta la garganta, me quema en las mejillas. ¿Cómo se atreve a robar lo que es mío? Tengo un agujero en el pecho, y dentro de ese agujero anida una bestia que ha de ser tranquilizada a todas horas del día, a la que le niego el sustento para que no crezca más allá de los confines de su guarida, más allá de mí misma. Pero ya no pienso controlarla. Ahora es la bestia la que me controla a mí.

La bestia está inquieta, cansada y molesta. He pasado tres días en compañía de Harper. Ahora, en medio del chaparrón, me pienso si no debería volver a Thornbrook. Correré tan rápido como me lo permitan mis piernas, abandonaré a mi compañera a la intemperie de Carterhaugh. Quizá le suceda algo horrible. Como no habrá nadie más que me dispute el puesto, seré yo la siguiente acólita por defecto, con o sin Meirlach.

—Tengo frío —gimotea Harper.

—La madre Mabel dijo que no encendiésemos fuego por la noche —rezongo, aunque dudo que pudiésemos encender ni una chispa en este entorno húmedo.

Ella mira por encima de la manta con profunda satisfacción. Por encima de mi manta.

—Estás temblando —señala.

Gotas de lluvia me caen por la cara. Me agacho para entrar en el cobertizo y me acurruco en una esquina. Tengo toda la intención de arrancarle la manta de un tirón, pero no lo hago. Nada de fuego. Nada de manta. Nada de saco de dormir. Sí, la noche será difícil.

De pronto, Harper se pone de pie y sale en tromba del refugio.

Al cabo de un rato, capto olor a humo.

Me levanto y me dirijo al árbol retorcido y arrugado que protege a Harper del chaparrón. Agachada bajo sus ramas, Harper está

prendiendo una pequeña hoguera.

—¿Qué haces?

Me abalanzo sobre las llamas e intento apagarlas a pisotones, pero ella se interpone en mi camino y me da tal empujón que pierdo el equilibrio. Tropiezo con una raíz y caigo en el barro con un chapoteo.

Harper se cierne sobre mí, protegiendo las llamas.

—Si tocas el fuego, te hago pedazos.

Estoy demasiado aturdida para responder. Despacio, me pongo de pie y contemplo las llamas, una gran fuente lumínica.

—La luz atrae al pueblo albo en la oscuridad. Lo sabes bien.

—Me da igual.

—¡Pues no debería! —Una vez más, intento avanzar, pero Harper me obliga a retroceder de un empujón.

—No puedo dormir sin luz —gruñe.

—Y yo no puedo dormir con luz.

Me abalanzo sobre ella y la golpeo con el hombro. Harper chilla y cae de espaldas en una impresionante demostración de capacidades atléticas. Entonces se oye un gemido gutural entre los huecos de las ramas de los árboles en las alturas; un sonido espectral que me pone alerta. Capto una ráfaga de aire que huele a podrido.

Harper no percibe nada. Con un revoloteo de tela, vuelve a ponerse en pie. Empieza a despotricar a más volumen, haciendo aspavientos, con esas facciones bonitas contraídas en un berrinche de rabia descontrolada. Yo la agarro del brazo con la esperanza de calmarla. Ella grita y forcejea conmigo. Cuanto más me resisto, con más insistencia lucha ella, que se revuelve como un pez recién pescado. Si no me ando con cuidado, me dará un golpetazo en la nariz accidentalmente y me hará sangrar.

Sujeto los brazos de Harper con ambas manos y la obligo a callarse.

—Silencio —le suplico, sin aliento de puro pánico—. Escucha.

Un gemido tembloroso se oye entre los helechos. Las hojas tiemblan como respuesta. Harper se envara.

—¿Qué ha sido eso?

Echo tierra sobre el fuego de una patada. Las llamas se apagan y de las ascuas sale humo. Con la luz apagada, un pesado sudario cae sobre la zona. Los árboles parecen manchas de hollín bajo el cielo negro. No hay claridad, no brilla la luna.

Me enderezo, agotada. Me crujen los dedos al cerrarse sobre la daga y desenvainarla. Escruto el entorno tenuemente iluminado. Somos dos mujeres solas en la oscuridad. ¿Qué será lo que puebla estos bosques? ¿A qué hemos atraído con el fuego y la luz?

—¿Qué hacemos? —susurra Harper.

Alzo una mano para pedir silencio. Las vibraciones llegan a nosotras en tandas de cuatro. Hay una pausa momentánea y luego se reanudan, provocándome temblor en las piernas y agitando la tela de mi falda. En algún lugar de la lejanía, un árbol se hace pedazos. Harper se revuelve, gimoteando. Ese avance a cuatro patas aumenta de velocidad. Sea lo que sea, esa bestia es enorme.

—Correr.

Es la única opción. Harper retrocede, mirando en derredor en la oscuridad, escrutando la nada que se derrama por el terreno del bosque. Se oye un aullido escalofriante que se eleva y se extingue a los pocos segundos.

—Vamos al norte —murmuro, y me apresuro a recoger nuestros suministros. Le lanzo su mochila a Harper y me pongo la mía en los hombros—. ¿Recuerdas la bifurcación que tomamos antes? Ve a la izquierda. Podemos escondernos en las cavernas.

Se oye un berrido y Harper echa a correr por el bosque. Yo le piso los talones; avanzo entre la oscuridad que nos acecha. Los matorrales nos arañan los tobillos y las pantorrillas. Giramos en un árbol y nos juntamos unos pasos más adelante. Más allá está la bifurcación.

—¡A la izquierda! —grito, y me adelanto. Pero cuando vuelvo la vista atrás, Harper ha desaparecido.

13

Las ramas crujen como huesos y las enredaderas serpentean por el terreno musgoso. Salto sobre un árbol derribado y me interno aún más en las profundidades negras de Carterhaugh. Se me enganchan espinas en el vestido. Mi mente está doce pasos más adelante, intentando atisbar en todas direcciones, descubrir posibles opciones, mientras atravieso ciegamente la espesura. La bestia me persigue.

¿Hacia el sur, en dirección a Harper? ¿O al norte, hacia las tierras altas? Hacia el oeste, el cañón se extiende en pliegues de arcilla roja tostada, con pocos sitios donde esconderse. Eso me deja como opción la Grisura, al otro lado del estrecho al este.

Sigo avanzando. La mochila me rebota en la espalda. Me duelen las piernas; cuesta recorrer el terreno, que se quiebra en pequeños cráteres de roca. Trepo por otro árbol caído y la tierra cede a mi espalda con otra oleada de estruendos. Si consigo esconderme en alguna parte hasta que la criatura pase, podré desandar el camino hasta la bifurcación y dar con Harper. Una elevación, una zanja, lo que sea me servirá.

Un riachuelo traza una línea de plata que atraviesa la oscuridad algo más adelante. El agua helada me abrasa la piel, pero sigo la corriente durante casi un kilómetro riachuelo abajo. Luego salto al terreno seco y empiezo a rodearlo en sentido contrario. Pierdo la cuenta de las veces que ejecuto esta maniobra de zigzaguear en la oscuridad. Jadeando, empapada de sudor, me dejo caer contra un árbol. Y en ese momento, un estridente grito hiende la noche.

Harper.

Mis botas húmedas resbalan y se deslizan en plena carrera por el barro. Me dirijo al sur. El aire está impregnado de humedad. Una luz de alabastro se filtra por el dosel de hojas y ramas y salpica el suelo musgoso.

Al cabo, el terreno se vuelve más practicable. Exprimo al límite mi cuerpo agotado y corro a toda velocidad hacia una arboleda que atisbo en la lejanía. Mientras tanto, los gritos de Harper llegan hasta mí con frecuencia menguante. Me da miedo lo que eso pueda significar.

Lo primero que capto es el olor: carne podrida por encima de una peste a humo asfixiante y denso. Salto sobre troncos caídos y dejo atrás ramas rotas. Entonces la veo, con su piel blanca y luminosa en medio de la noche.

Está agazapada entre las raíces de un roble enorme y antiguo, intentando ocultarse en medio de los helechos. La bestia la ha arrinconado; tiene una alargada espina dentada llena de protuberancias a juego con un costillar enorme. Está cubierta de sombras pesadas y fluidas. Proviene de Infra. De las profundidades.

Otro par de ojos hundidos asoma de pronto entre los árboles derribados que rodean a Harper. Ella no se da cuenta. Está paralizada; el terror ha desprovisto de color sus facciones. Y yo no soy más que un cuerpo en movimiento que corre directo hacia ella.

Mi aparición distrae la atención de las bestias. Una de ellas ruge. Yo oriento las caderas para mantener a la segunda criatura a la vista y aprieto los dedos en torno a la daga. Una hoja, dos enemigos.

—¡Tu daga! —siseo—. ¡Dame tu daga!

—¡No la tengo! —se le quiebra la voz. Es un perrito apaleado que se encoge ante la mano que ha mordido—. Mi mochila…

Hace un gesto hacia la mochila, que yace entre las piernas de una de las bestias, que ya avanza hacia mí.

La criatura se mueve con facilidad. Echa los resplandecientes labios hacia atrás y revela una hilera de dientes aserrados de los que gotea saliva.

Todo mi mundo se estrecha. Ya no hay roca, vegetación, tierra. Soy una mujer sola.

—Escúchame —murmuro, centrándome en la bestia ante nosotras, cuya sombra, más pequeña, la sigue por detrás—. No hago esto por ti. Lo hago por mí.

Despacio, dejo la mochila en el suelo.

—¡No me importa por quién lo hagas! —El blanco de los ojos de Harper destella—. ¡Tú mata a estas malditas bestias!

—Quiero que me devuelvas el saco de dormir.

—¿Qué?

Una lengua gorda y brillante recorre los caninos superiores de la bestia de mayor tamaño. Las ramas crujen cuando su compañera avanza.

—Quiero que me devuelvas el saco de dormir —digo—. Di que me lo vas a devolver y me encargo de las dos bestias.

—Puedes quedarte con tu saco de dormir y con el mío, me da igual. Pero mata a estos dos bichos, por favor.

Es la mayor disculpa que voy a obtener de ella.

—Quédate quieta y calladita.

Harper traga saliva y asiente.

La criatura más grande viene directa hacia mí. Su compañera, de menor tamaño, se desplaza hacia su izquierda. Es más sombra que forma tangible. Padre Celestial, dame fuerzas. Me abalanzo sobre la mochila de Harper.

La criatura más voluminosa carga contra mí. Esos colmillos desgarradores pasan cerca de mi brazo, pero me agacho bajo su vientre y me introduzco entre sus piernas gracias al entrenamiento que he practicado tantas veces con la madre Mabel. El monstruo gira sobre sí mismo e intenta morderme el pecho. Yo le clavo la daga en el cuello. La criatura retrocede con un rugido. Recorro la distancia

que me separa de la mochila, la agarro con la punta de los dedos y es en ese momento cuando la segunda bestia se me tira encima.

Me aparto de un salto y vuelco todo el contenido de la mochila, que se desparrama por el suelo, incluyendo la daga de Harper. La bestia de mayor tamaño golpea a la pequeña en el costillar y la arroja contra un árbol cercano con un estruendo atronador y una fuerza que le arranca las raíces del suelo.

Yo me zambullo entre los árboles para alejar a esas monstruosidades de Harper. Una de las bestias me flanquea por la derecha, y la otra, por la izquierda. Algo más adelante hay un nudoso árbol rodeado de sombras. Llego hasta el tronco, salto y lo rodeo del otro lado. Luego viro y echo a correr hacia Harper aprovechando que las criaturas no me han visto. Cada jadeo que doy me quema en el pecho. Casi he llegado. La segunda daga está a pocos pasos de distancia.

—¡Detrás de ti! —exclama Harper.

Un chillido estridente resuena a mi espalda mientras me lanzo a por el arma. En cuanto toco la daga con la mano, giro en redondo, enarbolando ambos puñales. Trazo un arco a la desesperada con uno de ellos. El hierro corta el hombro de la criatura con un siseo. La bestia retrocede, aullando, lo cual pone a mi alcance sus patas traseras. De dos tajos le cerceno los tendones.

La criatura cae. Le hinco la daga en la base del cráneo. Un fluido negro borbotea y se derrama por su pelaje mugriento, y el ser muere con un resoplido que no llega a salir del todo de su cuerpo. La segunda criatura, en cambio, atraviesa la maleza directa hacia mí con una rabia feroz en los ojos. Pivoto sobre mí misma al tiempo que sus fauces intentan cerrarse sobre mí y adelanto la daga para asentar un tajo directo.

Piel, cartílago, hueso. La hoja de hierro rasga la carne y se hunde en la parte superior del hocico encrestado con un siseo humeante. La bestia grita y retrocede, pero mi mano aferra con fuerza la empuñadura y la mantiene firme, a pesar de la abrasión que siento en el pecho, donde me acaba de hundir los dientes. Empujo aún

más la hoja hasta clavársela en la parte frontal del cráneo, entre los ojos, cuya negrura pulida se vuelve opaca. Doy un salto hacia atrás justo cuando la bestia se derrumba hasta convertirse en una masa inmóvil.

Nada se mueve en el aire de la noche cerrada. Carterhaugh, por fin, queda en silencio, tranquilo. A diferencia de mis latidos. El corazón no deja de encogérseme. Estoy mareada. Apoyo las manos en las rodillas y resoplo con fuerza. Me caen los rizos por la cara. Los cadáveres de las bestias se desangran; son dos montones de carne rancia y humeante.

Siento que estoy a punto de desmayarme, pero temo que todo este jaleo atraiga a otras criaturas. Tenemos que ponernos en movimiento ya.

Recupero y limpio las hojas y luego me giro hacia Harper, que está en posición fetal justo donde la dejé, con los brazos sobre la cabeza y el rostro hundido contra el pecho.

—Harper. —En cuanto le toco el hombro se aparta con un espasmo y un grito. Intenta arañarme sin siquiera abrir los ojos—. ¡Que soy yo! —La zarandeo con fuerza para despejarle la mente embotada—. Las dos criaturas están muertas.

Harper tiene la piel de un tono pálido enfermizo. Sus ojos, que han perdido el foco por un instante, son anillos de un azul brillante que estrangulan dos pupilas negras y estrechas.

—¿Cómo lo has conseguido?

La adrenalina debe de haber ahogado mi sentido común, porque saco mi manta de la mochila y se la pongo sobre los hombros. Ella se acurruca en su calor sin quejarse.

—Pura suerte —digo. Podría haber salido mal de mil maneras distintas.

Harper está demasiado callada. La conmoción empieza a adueñarse de ella. Me inclino y la envuelvo aún más con la manta.

—Mírame. —Sujeto su rostro entre mis manos—. Estás viva. Estás a salvo. Las dos lo estamos.

—No quiero hacer esto —susurra—. Quiero irme a casa.

No podemos irnos a casa. Ya hemos perdido un tiempo precioso. Pero ¿cuánto nos costará avanzar?

—¿Por qué nos ha encomendado esta tarea la madre Mabel? Es una misión imposible. —El castañeteo de sus dientes me está poniendo de los nervios—. ¿No te has planteado lo sencillas que han sido las tareas de las demás aspirantes en comparación con la nuestra?

Sí que me lo he planteado, sí. Pero aún no estoy segura de qué pensar al respecto. Las tareas pasadas solo suponían trabajar en las cocinas, supervisar el sistema de catalogación de la biblioteca o ayudar a la médica de la abadía para contar con más recursos. A ninguna novicia se le ha pedido que se interne en Infra.

—Ya hemos llegado hasta aquí —digo—. ¿De verdad quieres rendirte tan pronto?

A sus ojos entrecerrados asoma la claridad.

—No es rendirse, es ser realista. ¿De verdad vale tanto la pena este puesto como para poner en riesgo nuestras vidas? —Otro estremecimiento sacude todo su cuerpo—. Yo creo que no.

Tiene toda la razón. Podrían habernos matado. Pero aun así…

—Yo me aseguraré de que regreses sana y salva a Thornbrook —digo—. Podemos marcharnos al alba.

—Pero ¿tú no vienes?

Niego con la cabeza.

—Yo voy a encontrar la espada Meirlach.

No me importa cuántos obstáculos me salgan al paso, voy a cumplir esta misión. Enarbolaré esa espada mítica.

Harper me contempla, de pronto insegura. Si no me equivoco, su mirada se ilumina de respeto, aunque seguramente sea error mío.

Por el rabillo del ojo capto un movimiento al otro extremo del claro. Cambio de postura y me sitúo delante de Harper, con la daga presta. Céfiro sale de entre los matorrales con las manos alzadas. Aplaude con deliberada lentitud. Cada palmada queda subrayada por un breve silencio. Yo le clavo la mirada. Tiene un aspecto más desastrado que nunca. Sus rizos parecen sacacorchos amontonados

entre un montón de hojas arrancadas. La mugre cubre el tono verdoso de su camisa y sus pantalones anodinos y estrechos.

—Una mujer mortal que acaba con esas dos bestias con un simple cuchillo —dice—. Estoy absolutamente impresionado.

La comprensión se abre paso en mi interior y se estrella contra el duro horror de lo que implica su frase:

—¿Has estado mirando todo este tiempo? —Me tiembla la voz de… ¿rabia?, ¿incredulidad? Quizá ambas.

El Viento del Oeste se encoge de hombros, con los labios apretados.

—He estado mirando lo bastante como para comprobar que lo tenías todo bajo control. —Les echa un vistazo a las dos bestias caídas, curioso—. Tu daga —dice—. ¿No habrá por casualidad sal en la hoja?

El cambio momentáneo de tema me confunde.

—Le echo sal al agua cuando templo las hojas, sí.

—Ah. —Un vago asentimiento—. Eso explica que hayas podido acabar con las dos bestias. —Al advertir mi confusión, se explica—: La sal las debilita mucho. Por suerte, has sido muy veloz y diestra con el arma. Quienquiera que haya sido tu maestro, te ha enseñado bien.

Maestro no. Maestra.

Me quedo boquiabierta un instante y luego cierro la boca de golpe. Esta sensación la puedo entender: la piel tensa, el cuerpo inquieto. Mis piernas quieren seguir en movimiento. No necesitan andar, sino correr, cubrir largas distancias, sacarme de aquí.

—¿Por qué no nos has ayudado? ¡Podríamos haber muerto!

—Te preguntaste si serías capaz de hacer este viaje. —Me escruta como si intentase determinar si algo ha cambiado desde la última vez que nos vimos—. Ahora ya sabes que sí.

Siento como si contemplase una ola lejana. Una ola que, cuanto más acerca su lomo de zafiro, más transforma su cresta en un collar perlado de espuma. Cuando esa ola estalla contra mí, me sacude por completo, atrapada en un remolino de sal y arena.

Así me siento. Así me han golpeado esas palabras. «Ahora sabes que sí.»

—¡Eres un pedazo de cabrón! —escupo.

El Viento del Oeste se mete las manos en los bolsillos.

—¿Acaso niegas que necesitases saberlo?

—Lo que necesitaba —gruño, y avanzo un paso— era tu ayuda. En cambio, te has dedicado a observar como un cobarde desde las sombras.

La escasez de luz le tersa las facciones, le confiere una cualidad burbujeante a su piel. Nunca antes ha parecido tanto un dios. Hay un poder que se transmite a través de su voz y que ilumina sus ojos de color esmeralda al hablar:

—Si hubiese creído que no podrías acabar con esas dos bestias, habría intervenido. Llevas toda la vida amparada en la protección de la abadía. Ha llegado la hora de que comprendas que puedes con todo lo que el mundo quiera verter sobre ti.

Pasa a mi lado y hace una reverencia ante mi compañera. Veo la sonrisa que asoma a su boca antes incluso de que esta se forme.

—Creo que no he tenido el placer de que nos presenten —dice—. Soy Céfiro, el Viento del Oeste, Aquel que Trae la Primavera.

—Sé quién eres. —Harper se pone en pie, los brazos en jarras—. Se han escrito historias sobre ti. —Enarca una ceja oscura con un movimiento frío y poco impresionado que contradice la histeria de hace unos instantes—. ¿Es el hombre que tenías en tu cuarto? —me pregunta. Yo le clavo la mirada—. Vamos, no me mires así. Se te da fatal mentir.

Lo que me gustaría decir es que el mundo sería un lugar mucho mejor si Harper cerrase el pico y no volviese a abrirlo. Sin embargo, ella me mira, ve y comprende.

Céfiro se aparta unos pasos para luego girarse y enfrentarse a Harper. Parece un palmo más alto, aunque ella ni se inmuta.

—¿Y qué pasa si he estado en la habitación de Brielle? ¿Qué piensas hacer al respecto, novicia?

A mí se me encoge el estómago. Siento como si cayese a un abismo sin fin. Ella esboza una sonrisa tan amplia que me sorprende que no se le agrieten las mejillas.

—Así que admites que los dos estáis liados.

—¡No! —exclamo, y avanzo un paso—. Estás entendiéndolo todo mal. Por supuesto que no estamos liados. ¡Si apenas lo conozco!

Esa sonrisa dura se marca aún más en sus facciones con un hambre que afila los elegantes huesos de su rostro.

—Me encontré con Céfiro en el bosque —tartamudeo—. Estaba herido. Lo llevé a la abadía para curarlo. Sí, es un hombre, pero no podía abandonarlo a su suerte para que muriese. Descansó en mi cuarto, nada más. En cuanto se recuperó, se marchó.

—Te olvidas de la parte más importante de la historia —canturrea el Viento del Oeste, y me dedica una mirada de pestañas entornadas—. No seas tímida. Cuéntale a tu amiga que viajamos juntos a Infra.

Harper ahoga una exclamación y se lleva una mano a la boca. Yo me giro hacia Céfiro.

—Ni una palabra más.

—¿Viajaste a Infra con él? —Se detiene y, de pronto, a sus ojos asoma la comprensión—. Por eso desapareciste hace un mes. Pero sabes quién es este, ¿no?

—Es el Viento del Oeste —afirmo.

—Ya. Y me imagino que ese título no significa nada para ti. ¿Es que no estás al tanto de su reputación?

Soy incapaz de disimular la confusión. ¿A qué reputación se refiere?

Harper se ríe.

—Oh, esto es maravilloso. Absolutamente maravilloso. Esto demuestra todo lo que siempre he pensado de ti, Brielle. Valiente necia estás hecha. Valiente estúpida.

Aprieto los dientes mientras una vergüenza caliente y familiar me recorre. Quizá tenga razón. Confío demasiado ciegamente. Pero, si

Harper no conocía en persona a Céfiro, ¿qué es lo que sabe de él? Está claro que se me escapa algo.

Harper chasquea la lengua.

—Imagínate lo que dirá la madre Mabel cuando sepa hasta qué punto has metido la pata. Imagínate lo que hará.

La madre Mabel podría expulsarme de Thornbrook. Eso lo sé. Bastante malo es viajar a Infra, pero llevar a un hombre al santuario del Padre podría interpretarse como un acto de deslealtad hacia Él y hacia mi fe.

—¿Te vas a chivar? —Tengo un nudo en la garganta.

Ella se limpia las uñas.

—Aún no lo he decidido. Supongo que ya da igual que consigas la espada antes que yo. Una vez que la madre Mabel se entere de tu engaño, jamás te concederán el honor de subir de rango.

Es cierto, y por eso he de ser yo quien encuentre primero la espada mítica. Si se la puedo llevar a la madre Mabel, quizá se apiade de mí por haberme apartado momentáneamente del camino.

—¿Estáis buscando la espada Meirlach? —pregunta Céfiro con curiosidad.

—Sí. —Harper lo recorre con una mirada de soslayo—. ¿Qué pasa?

Él esboza una sonrisa. Una sonrisa demasiado artera, como todo en él.

—Conozco al Semental, y sé dónde está su Gruta. —Repasa el cuerpo de Harper de arriba abajo, de las botas a la cintura y a esas facciones fruncidas. Cuando los dos se miran a los ojos, Harper enarca una ceja—. Puedo llevaros hasta allí —dice él.

Unas repentinas náuseas en el estómago me obligan a avanzar un paso.

—No necesitamos tu ayuda. Sabemos adónde dirigirnos.

—Ah, ¿sí? —Él se aparta de Harper—. Deja que lo adivine: habéis empleado algún tipo de mapa pero no habéis conseguido entrar en Infra.

La fría mirada de Harper se clava en mí, como si fuera culpa mía.

—Así es —le dice a Céfiro—. No ha funcionado.

Él reprime una risa que viene a decir: «Por supuesto que no ha funcionado». Le guiña un ojo a Harper; un gesto que no se me escapa.

—Podríamos entrar por uno de los Pozos.

Ella se lo queda mirando.

—¿Qué son los Pozos?

Ahora sí que estoy segura de que Harper no se ha leído ni una sola página del Texto en su vida.

—Los Pozos del Pasado, el Presente y el Futuro —le digo—. Se mencionan en el Libro del Origen, cuando el Padre intenta sanarse con sus aguas purificadoras.

El Viento del Oeste inclina la cabeza.

—Así es. Según el pueblo albo, fueron sus ancestros quienes construyeron esos Pozos con sus propias manos.

Yo me cruzo de brazos y luego los descruzo. En el Libro del Origen no hay mención alguna al pueblo albo. Seguramente lo que ha dicho Céfiro no sea verdad. Y no necesitamos su ayuda. Así se lo hago saber. Él se encoge de hombros.

—Sería una pena que hicierais todo el viaje y no se os permitiera entrar en Infra. Tú mejor que nadie sabes los peligros que aguardan a quien se interna en las profundidades sin un guía. Si os apartáis del camino de hierba, quién sabe qué amenazas encontraréis.

La mirada helada de Harper se centra en mí.

—¿Es eso cierto? —Se le quiebra la voz con tanta fuerza que yo me encojo.

—Sí —digo—, pero no podemos confiar en él.

Al oír esto, la sonrisa del Viento del Oeste se ensancha. ¿Le agrada mi inquietud? Este hombre es una criatura retorcida.

—¿De verdad no pensáis que la presencia de un hombre os ayudará en vuestros viajes? A fin de cuentas, el pueblo albo tiene debilidad por las damiselas.

Harper palidece.

—Va a venir con nosotras.

—No lo conoces en absoluto —resoplo.

—Sé de él más que tú, que no sabes nada de nada. —Se acerca contoneándose al Viento del Oeste—. Prefiero probar suerte con él antes que con esas criaturas. —Señala con un gesto de la mano a los dos cadáveres.

Acepto a regañadientes. Sin embargo, el peligro de Céfiro reside en todo lo que esconde, no en lo que salta a la vista. Harper no sabe lo que subyace bajo esa apariencia resplandeciente. Su compañía no nos traerá nada bueno.

—Soy una gran aportación a vuestro grupo —afirma él, y se aleja un par de pasos hasta apoyarse en un árbol, con un tobillo cruzado sobre el otro—. ¿Acaso sabéis cómo llegar a la Gruta?

La madre Mabel me indicó cómo llegar desde la entrada que custodia el dríade. Por desgracia, ahora esas instrucciones son inútiles.

Ante mi silencio enconado, Céfiro ensancha un poco más la sonrisa.

—Conozco las zonas más desagradables de Infra. Tengo contactos, he hecho favores que puedo pedir que me devuelvan si eso supone llegar más rápido. Estaríais bajo mi protección.

—¿Eso es lo que nos ofreces? ¿Palabras bonitas? —El desdén brota al punto de mis labios—. No resulta nada impresionante.

—Te aseguro que mis talentos van más allá de lo que sé hacer con la boca. —Sus ojos se ensombrecen y a mí me da un vuelco el corazón por algún motivo desconocido.

Alza una mano y flexiona los dedos unas cuantas veces. Una corriente de aire nos revuelve los vestidos y el cabello. Un bucle de viento arranca una hoja de la rama más alta de un roble y me la coloca tras la oreja. Satisfecho, Céfiro deja caer el brazo.

—Por algo me llaman Viento del Oeste.

Harper contempla el espectáculo, boquiabierta. Yo toco la hoja con una mano temblorosa y me cuestiono todo lo que ha sucedido hasta este momento. Céfiro jamás ha dado señales de tener grandes poderes, más allá de una capacidad infinita para irritarme. Me siento

como una auténtica idiota por no haberlo descubierto antes. Semejante poder nos sería útil en nuestro viaje. Y otro par de ojos tampoco nos vendría mal.

—¿Qué quieres a cambio de ayudarnos? —pregunto, porque la ayuda de Céfiro no será gratis.

Él parece pensarse la respuesta, aunque, teniendo en cuenta lo rápido que contesta, seguramente ya la tenía preparada.

—Esta es la compensación de la deuda que tenía contigo, Brielle. Sin embargo, si no es mucho pedir, cuando lleguemos a la Gruta, me gustaría entrar con vosotras.

Otra vez la ridícula deuda. Pero bueno…, está bien.

—¿Por qué no puedes entrar tú solo?

Si ya conoce la ubicación, ¿por qué quiere entrar con nosotras en la Gruta?

—Porque el Semental protege la Gruta, y solo permite que entren en su lugar de descanso mujeres jóvenes.

—Pero tú no eres precisamente una mujer mortal —señala Harper.

Él esboza una media sonrisa.

—No, querida, no lo soy. Pero el Semental es ciego. Puedo manipular el aire para que vuestro aroma enmascare mi presencia.

Harper y yo intercambiamos una mirada. El modo más rápido de entrar en Infra pasa por Céfiro, pero no me fío de sus motivos. ¿Qué es lo que pretende exactamente?

—¿Qué buscas? Y quiero una respuesta concreta.

Él me contempla un rato.

—Un tesoro que podría cambiar mi vida. Imagino que no se me podrá culpar por querer mejorar mi situación actual.

—Pues eso depende. ¿Qué tesoro es? ¿Es peligroso? ¿Irá en detrimento de nuestra salud?

—Me temo que no puedo compartir eso con vosotras.

Contemplo, pensativa, esos ojos brillantes y esas facciones desagradables. Qué adecuado para él que no pueda revelar sus intenciones. Pero no quiero llamar a una puerta que se niega a abrir.

Ya he aprendido la lección demasiadas veces. Quien mejor me lo enseñó fue mi madre, que se negaba a cambiar por más que yo se lo suplicase. Es en este momento cuando me doy cuenta de que llevo un largo rato mirándole la boca, pues la atención del Viento del Oeste se aviva, repentinamente intrigada. Me apresuro a apartar la vista.

—¿Cuánto durará el viaje? —exijo saber. En Infra, el tiempo fluye distinto. Temo que nos pasemos meses bajo tierra sin darnos cuenta—. Hemos de regresar a Thornbrook antes del diezmo.

—No puedo garantizar cómo pasará el tiempo, lo sabes bien. Sin embargo, cuanto más os atengáis a lo que os diga, menos tiempo malgastaremos.

Eso es un flaco consuelo, pero ¿qué otra alternativa tenemos?

Miro a Harper, que observa al Viento del Oeste con un hambre mal disimulada, como si fuese algo deseable. Una emoción que no reconozco me retuerce el estómago. Harper estaría dispuesta a seguir a este inmortal, ciega y sorda, hasta el peligro. Y, sin embargo, no ha sido capaz de darme las gracias por salvarle la vida.

—Harper —digo, intentando llamar su atención. Aunque frunce los labios en señal de desagrado, se gira hacia mí—, creo que deberíamos pensárnoslo mejor.

—La decisión ya está tomada, Brielle. Si prefieres no venir, tú misma.

—Quizá sea así —dice Céfiro, enarcando una ceja en dirección a mi compañera—, pero quiero tener en cuenta la opinión de Brielle.

Harper me lanza una mirada asesina. Si me opongo, es capaz de arrancarme los ojos de la cara. Sé que necesitamos la ayuda de Céfiro. Solo que no quiero aceptarla.

—Que haga lo que quiera —espeto, y me echo la mochila al hombro para luego pasar junto a ellos dos—. A mí me da igual.

14

La hoja resplandeciente hiende la niebla que flota por la densa arboleda. Giro sobre mí misma, con el brazo extendido, e imagino que la daga se hunde en la carne; cadera, tripas, pecho. Mi propio peso me lleva, propulsa el golpe en arco.

Soy una hoja.

Si fuese de naturaleza más dura, no me doblegaría, no me rompería. Atacaría, cortaría, rajaría, heriría. Quienes se encontrasen con la punta de mi hoja verían su sangre derramada.

Me desplazo por la cañada iluminada por la luz de la luna, atacando y esquivando a un oponente invisible. Me apoyo en la fuerza de mi cuerpo, el poder de mis brazos largos y musculosos. Me agacho, giro, desvío. Aferro con seguridad la empuñadura envuelta en cuero. La daga, liviana, parece débil, es fácil pasarla por alto. Quizá por eso me encanta.

El sudor me corre por las mejillas y el cuello, pero la niebla besa mi piel acalorada. El aire frío se agita cada vez que trazo un arco con el arma. Y bueno, si me imagino que mi objetivo es la cabeza de Céfiro, nadie tiene por qué enterarse.

El Viento del Oeste viaja ahora con nosotras. Es nuestro guardián, nuestro guía.

Creo que aceptar ha sido una falta de sentido común.

Para mi sorpresa, Harper se muestra amigable ante este acuerdo. Se dedica a charlar con él hasta la extenuación durante todo el día. La mayor parte de las historias que le cuenta son mentira. No, no fue ella quien inventó la rueda. No, no habla cuatro idiomas. Pero bueno, yo contengo la lengua.

Doy un salto por encima de un árbol caído y clavo la daga en el sólido tronco. La arranco de un tirón, jadeando pesadamente, y repito el ejercicio, a pesar de lo mucho que me tiemblan los muslos y la abrasión al rojo que siento en la espalda.

¿Y a mí qué me importa la amistad que se está forjando entre entre los dos? Céfiro es libre de conversar con quien quiera. Si decide hablar con Harper, no es asunto mío, como tampoco lo son las miradas de soslayo que le dedica. Es de esperar un comportamiento así por parte de alguien que no ve más allá de la superficie.

Lo que ocupa mis pensamientos es Meirlach. Al paso que vamos, deberíamos llegar a Infra en un día. Desde ahí tardaremos cuatro días más hasta la Gruta… o eso dice Céfiro. Quién sabe cuántos días habrán pasado en la superficie para cuando lleguemos a nuestro destino.

Por curiosidad, he estado hojeando el Texto en busca de más información sobre el Semental. El Libro del Poder contiene historias sobre extrañas criaturas bajo la superficie, en los pozos más profundos, donde anida el mal. Al parecer, el Semental custodia un enorme botín de objetos de valor: joyas, armas, sedas, armaduras y extraños venenos.

No me he olvidado de mi misión. He de matar a la bestia para obtener la hoja mítica. Me pregunto qué me espera. Casi estoy tentada de regresar a Thornbrook con las manos vacías. El verdadero peligro de esta búsqueda, creo, aún no ha aparecido. Así pues, concluyo el último ejercicio de mi entrenamiento, con el brazo extendido y la punta de la daga en la garganta de un enemigo imaginario.



Regreso al campamento cubierta de sudor. Harper y Céfiro están sentados bajo el cobertizo, hombro con hombro, como si hubiesen tenido años en lugar de días para acomodarse a la presencia del

otro. Le he advertido a Harper de que no confíe en él. No me ha hecho caso, pero claro, no es ninguna sorpresa.

Los ignoro y rebusco en mi mochila. El fuego crepita alegremente a plena luz del día, aunque el olor a carne estofada me revuelve el estómago. En Thornbrook llevamos una dieta vegetariana. La carne es para los ancianos y los enfermos. Teniendo en cuenta lo escaso de nuestras provisiones, debería comer la liebre que ha cazado y despellejado Céfiro, pero hoy tengo poco apetito.

Harper le murmura algo inaudible a su nuevo amigo, que suelta una cálida risa entre dientes que trae reminiscencias del verano. En algún momento, Harper debe de haberse desprendido del cíngulo, porque veo que el cordón blanco cuelga de una rama y sujeta su mochila para que no se moje con la tierra húmeda. Me muerdo el interior del carillo. Tanto valdría soltar un escupitajo encima del altar.

Saco el último vestido limpio que me queda, me pongo de pie y carraspeo.

—Voy a…

—Háblame más de tu hermano Euros —interrumpe Harper. Orienta el cuerpo hacia Céfiro, que ha usado su capa como manta improvisada, con los nudos del cuello sueltos y la tela hasta la garganta.

Yo me limpio la humedad del rostro, frustrada. Harper lleva días acaparando la atención de Céfiro. Apenas me dejan pronunciar palabra.

—¿Qué ibas a decir, Brielle?

La neblina enturbia las joyas que son sus ojos, aunque siguen pareciendo igual de directos. Yo trago saliva y él baja la mirada para seguir el movimiento de mi garganta.

—Está claro que se le ha olvidado —me chincha Harper, y se coloca la mano de Céfiro sobre la pierna con un movimiento que me atrapa. Veo los dedos de Céfiro, peligrosamente cerca del muslo de Harper. Está tocando voluntariamente a un hombre, pero aun así se atreve a condenar su presencia en mi cuarto.

—Calma, Harper. —Él se libra de su contacto—. Estaba hablando con Brielle.

Ella cierra la boca con un chasquido audible de dientes.

—Voy a asearme —anuncio, con mis ropas secas y limpias en la mano—. No tardaré mucho.

Harper me mira con las pestañas entornadas y rencor en el semblante. Se me encoge el corazón al verla, pero quizá solo me lo esté imaginando, esperando el golpe antes de recibirlo. Sin embargo, en cuanto me giro para marcharme, su voz atraviesa el claro con palabras horriblemente familiares.

—«A veces me cuestiono mi valía como novicia —lee en voz alta con patente burla—. Me cuestiono si se me necesita aquí, si significo algo o si solo estoy ocupando espacio.»

Mis propias palabras me azotan la espalda. El calor me abandona y el frío se cuela por mis entrañas hasta hacerme un nudo en la garganta. Un susurro de papel y Harper prosigue:

—«Hoy he experimentado un pánico terrible.»

No puedo moverme. Lo único que puedo hacer es encajar los golpes a medida que caen sobre mí.

—«Estaba ocupada recolectando col en el jardín cuando oí la voz de Isobel en la lejanía. No estaba sola. Jamás lo está. Alguien le daba fuerza a su voz; esta vez se trataba de Harper. —Hace una pausa para dar más efecto a sus palabras. Yo me giro en redondo y veo que tiene mi diario en las manos. Esboza una sonrisa dentuda mientras disfruta de mi desagrado creciente—. Intenté centrarme en mi trabajo —prosigue—, pero fue imposible. Me llamó, y recordé todas las veces que me ha humillado, que he sido objeto de la risa y el desdén de las demás. Idiota. Cerda. Patética. Me quedé sin aliento y el mundo entero se oscureció ante mí.»

Siento el cambio en mi piel, el ansia de encerrarme en mí misma, de esconderme en el mismo tuétano de mis huesos. Céfiro mira entre las dos. ¿Ha visto cómo me robaba el diario de la mochila? Quizá ha hecho la vista gorda ante semejante violación de mi intimidad.

—Devuélvemelo. —Me sale un gimoteo escuálido y raquítico.

Harper se limita a seguir leyendo.

—«Y ahora estoy aquí —susurra, sin dejar esa sonrisilla—. Siento opresión en el pecho. Me refugio en la cama. Tengo la llave echada por primera y única vez desde que llegué a la abadía.»

Recuerdo aquel día. Recuerdo haberme sentido tan abrumada que pensé que iba a vomitar. La oscuridad, la risa desalmada de Isobel al arrinconarme. No pude soportarlo y salí huyendo al dormitorio. Ojalá me hubiese comportado de otra manera. Ojalá le hubiese plantado cara a Isobel. Ojalá hubiese cruzado una línea imposible de cruzar. Pero cedí a la debilidad que hay en mí.

—Ya basta —grazno—. Dame el diario.

Avanzo a trompicones con la mano extendida.

—Si lo quieres —dice—, tendrás que quitármelo.

Céfiro alarga la mano y cubre las páginas, escudando temporalmente los garabatos de tinta.

—Deberías devolver lo que no es tuyo.

Aunque se dirige a mi compañera, su mirada descansa sobre mí. Harper tensa las aletas de la nariz.

—Si no quería que lo leyese, no debería haberlo dejado tirado por ahí.

—Estaba en mi mochila —espeto—. Has rebuscado entre mis cosas.

Céfiro cierra la tapa del diario, cosa que le agradezco. Se lo quito a Harper y lo aprieto contra mi pecho. ¿Cuánto más habrá leído? ¿Es la primera vez que lo hace o habrá hurgado entre mis pertenencias antes, mientras yo dormía? Siento una fiera punzada en el pecho. No puedo respirar. No puedo respirar.

Como si sintiese mi dolor, Céfiro empieza a ponerse en pie.

—Brielle…

Echo a correr.

El río Twee destella entre los árboles, una línea brillante bañada por la luz del sol de la tarde. Su rama oriental se ensancha hasta desembocar en diferentes estanques de aguas tranquilas ribeteados de suaves rocas. Malezas y peñascos bordean el manantial de mayor tamaño.

Coloco mis pertenencias entre dos rocas y me desprendo de mis ropas. La camisa se me pega momentáneamente al pecho. Reprimo un grito ante el tirón que siento en la piel al quitármela.

El reflejo del agua muestra mi rostro pálido y redondo, mi piel pecosa. Sobre la cinta que me sujeta el pecho hay un leve arañazo donde me hirió la bestia. Hace días era de color rosa. Ahora supura un líquido amarillento y verdoso. Con cuidado, me aprieto la herida con la punta de los dedos. Está algo caliente y se advierte la infección interior.

Aparto la mano. Jadeo, asaltada por el crudo dolor de la herida. ¿O será quizá la vergüenza de que el cruel jueguecito de Harper haya desnudado mis pensamientos?

Dejo a un lado mis ropas mugrientas y me meto en el agua fría con un gemido. No es muy profunda, hago pie. Mis dedos se aferran a los resbaladizos guijarros del fondo. Me hundo aún más hasta sumergir la cabeza bajo el agua. Que se alejen de mí estos pensamientos: Céfiro, Harper, la inquietante consciencia de su cercanía, el recuerdo de la mano de Céfiro en su muslo.

Perdóname, Padre.

La noche en que Céfiro se metió en mi cuarto, me desabroché el camisón y dejé la espalda desnuda a merced de sus manos. En ese momento, la idea de que un hombre me tocase no me disgustó. Saco la cabeza del agua y me restriego el rostro. Me echo hacia atrás los cabellos cobrizos.

El Viento del Oeste se encuentra al borde del estanque.

Suelto un grito y retrocedo hasta el extremo opuesto. Tengo el rostro más rojo que un tomate maduro.

—¡Que me estoy bañando! —Lo salpico de agua por si acaso.

Él sonríe y se agacha. El agua resplandece como rocío, y me preocupa que la palidez de mi piel sobre la roca oscura resalte mi figura, las curvas de mis senos, de mi vientre, de mis caderas. Me protejo el pecho con los brazos. ¿Habrá visto bien mi cuerpo?

—Te has olvidado del jabón. —Alza una pastilla de jabón de sebo.

—Puedes dejarlo en ese saliente —digo, y me hundo más, hasta la barbilla—. Gracias.

Él sigue recorriéndome con la mirada. Se me encoge el estómago de un modo muy particular.

—Que te marches —aclaro, para que no quede duda ni pueda malinterpretar mis deseos.

El Viento del Oeste juguetea perezosamente con el jabón. Sus dedos largos y desnudos tienen una destreza notable para ser alguien a quien jamás he visto enarbolar un arma.

—Céfiro…

—¿Qué hacías bajo el agua?

Un hormigueo me recorre sin avisar la piel.

—Estaba rezando. —Más o menos. Su resoplido maleducado me tensa la espalda—. ¿Qué pasa, te supone un problema? —espeto.

—Tu amiga te humilla leyendo tu diario y tú decides ponerte a rezar. Me parece que estás evitando un conflicto.

Qué poco sabe de mí, de mi situación, de mi mundo.

—Harper y yo no somos amigas.

—Le concedes demasiado poder —dice.

¿Se atreve a hablar de poder? Es él quien está tirando aquí de los hilos.

—No le concedo nada.

—Y entonces, ¿qué era eso de Harper e Isobel?

No tengo por qué responderle. Ni siquiera he de abordar su pregunta, pues es un tema privado, íntimo.

—No pienso discutir esto contigo.

Cruzo las piernas en un intento de esconder el lugar secreto donde se unen. Si tuviese más valor, le quitaría esa sonrisilla del

rostro de un guantazo. Sin embargo, cruzar hasta el lado del estanque donde está no es una opción.

Él se encoge de hombros.

—Está empleando tus celos contra ti.

Me quedo boquiabierta de asombro.

—¿Celos? —La palabra resuena demasiado alta, demasiado comprometedora—. ¿Celos?

Esto debe de ser una broma.

Aquel que Trae la Primavera, sin embargo, no se ríe. Espera con complacencia mi respuesta.

—¿Por qué iba yo a tener celos de nada de lo que posea Harper? —exijo saber.

—No te gusta la atención que le estoy prestando. Lo veo en tus ojos.

—Estás delirando. —Una voz que no reconozco fluye desatada por mi lengua—. Lo que siento, desde luego, no son celos.

—¿Y qué es lo que sientes por mí?

¿Por qué me parece una pregunta totalmente distinta a la que parecía que iba a hacer?

—Siento que me exasperas hasta el límite.

—Pues sí. —Un destello en sus ojos, y de pronto se me queda la mente en blanco: Céfiro se echa hacia delante e hinca las rodillas en el suelo—. Cuéntame más.

—Me enfureces. Te niegas a pensar en el bienestar de nadie aparte del tuyo. Tu sonido favorito en el mundo es el de tu propia voz. Eres…

Él se interna aún más en el agua y luego se detiene.

—Soy… ¿qué?

El brillo moteado de su cara contiene tanta luz como oscuridad. Qué adecuado. Por más cercano que lo sienta, no puedo apartar la vista de él.

—Nada. —Niego con la cabeza. El agua salpica mi boca.

—Vamos, Brielle. Somos amigos, ¿no?

La hermosa melodía de su voz parece mantener a raya a las sombras que se ciernen sobre nosotros.

—No.

—Te he dado mi bálsamo especial —señala—. Es el tipo de gesto que tienen los amigos.

—Sí. —Podría haberme dejado sufrir—. Aunque también fuiste la causa de mi sufrimiento.

No podemos olvidar ese detalle en concreto. Su sonrisa se desvanece. Al cabo de un instante, asiente.

—Sí que lo fui, y lo siento.

Qué poco me afecta su sinceridad.

—Márchate, por favor. Estoy segura de que Harper espera ansiosa que regreses.

Un estremecimiento me recorre la piel bajo el agua.

Aún con el jabón en la mano, Céfiro empieza a rodear el estanque hacia mí. Sus botas no emiten sonido alguno al pisar sobre las rocas húmedas.

—¿Qué haces? —Como no se detiene, yo me desplazo hacia el centro del estanque para que no me arrincone. Tengo el cuerpo sumergido hasta el cuello. El agua ondea ante mis movimientos, pero no oculta mi figura, estas curvas que no muestro a nadie más que a mí misma—. No te acerques.

—A pesar de lo que creas sentir por mí —continúa él, ignorando por completo la orden que le he dado con un tartamudeo—, estoy seguro de que la atención que le dedico a Harper te irrita. —La luz se refleja en sus rizos dorados y, durante un instante, juraría que sus facciones cambian—. Pero me pregunto por qué te importa tanto.

—Es que no me importa.

Céfiro es libre de flirtear con quien le dé la gana. Su afecto no me pertenece. Él se acerca con una zancada resuelta. A mí se me hace un nudo en la garganta. Me va a ver. Está prohibido que me vea, pero me va a ver.

—¿Por qué? —susurro—. ¿Por qué me atormentas así?

Tras quitarse las botas, Céfiro se sienta al borde del estanque e introduce las piernas en el agua.

—Porque me intrigas —dice—, y quiero saber por qué.

Se mete con ropa y todo en el estanque. Mi espalda se aplasta contra las rocas. La indecisión se apodera de mí y me asfixia hasta volverse dolorosa.

—¿Te atreverás a tocar a una mujer en contra de su voluntad?

Los ojos del Viento del Oeste se oscurecen.

—Contra su voluntad, jamás. Jamás sin permiso —dice—. Dime que me vaya y me iré.

—Ya te lo he dicho —suelto entre dientes.

—Creo que voy a necesitar que lo repitas. Mi memoria no funciona muy bien. —Me dedica una sonrisa de diablillo.

Yo contemplo el agua.

—Por favor…

—Mírame.

Soy incapaz de no obedecer. ¿Qué poder tiene sobre mí que ni siquiera soy capaz de controlar mi propia mente?

—No puedes estar aquí —susurro. Si Harper nos viera…

—Ah, ¿no? Abre la mente. Deja que descubra el amplio abanico de posibilidades.

Se aparta de la pared y se desliza por el agua. Otro paso más lo acerca a mí, estoy a su alcance. El agua se calienta entre los dos, como si Céfiro llevase la luz del sol entre las manos. Su camisola empapada se le pega al pecho, a la esbelta fuerza de sus brazos.

—Hoy tienes la mirada envalentonada.

Siento calor en el rostro. Aparto la vista, pero solo un instante.

—Disculpa —tartamudeo—. Perdona por mirarte así. No me había dado cuenta…

Él esboza una sonrisa. Sus labios son suaves pétalos de rosa que esconden esos dientes preciosos y blancos.

—No pidas perdón por aquello que deseas, Brielle.

Qué estampa: ese cuello musculoso, esos rizos húmedos, esa sombra de barba en el mentón, el tono aceitunado y encantador de

su piel.

—¿Me permites una sugerencia? —prácticamente ronronea.

—Si la sugerencia es dejarme darme un baño en paz… —susurro, y me lamo el agua que me moja los labios.

Él sigue mi lengua con la mirada.

—En realidad es justo lo contrario. —Esa mirada me inquieta. Necesito hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no apartar los ojos.

—¿Cuál es, pues?

—Que me des un beso.

Yo retrocedo, sin pensar en la afilada piedra a mi espalda. Un puñado de filos puntiagudos se me clava en la columna. Me encojo de dolor.

—Ningún hombre puede tocar a una Hija de Thornbrook.

—Pero eres novicia —dice, y se acerca—. No has tomado tus votos finales. ¿No quieres ser egoísta aunque sea por una única vez, Brielle? ¿No quieres algo que sea tuyo?

Me abrazo con más fuerza el torso, aunque tengo los pechos más sensibles. Céfiro y yo somos de altura similar, pero en este momento me siento pequeña. Es una sensación tan extraña que me quedo aturdida.

Sí, he pensado en todo esto. La vida de una novicia no es sencilla. Se nos da lo básico para sobrevivir, pero nada más. Recuerdo la época antes de la abadía. Mi madre y yo, acurrucadas en la cama, sus dedos delicados acariciando mis cabellos enmarañados. A veces me duele tanto ese recuerdo que no puedo ni respirar.

Pero entonces pienso en lo que vino después. En el modo en que se crispaban sus manos al arrastrarlas por mi cuero cabelludo. Recuerdo la estridencia de su voz cuando perdía el asidero con la realidad. Los subidones que precedían a los inevitables estallidos, los días tumbada en la cama. Una hija joven obligada a cuidar de su madre mentalmente inestable.

Otra brazada acerca aún más su boca a la mía. Sus pantalones rozan mis muslos bajo el agua, y su textura áspera provoca una ráfaga de calor en lo más profundo de mi ser.

—Tú en realidad no quieres besarme —susurro. Su olor, como lluvia, como tierra caliente, se alza para nublarme los sentidos.

—Ah, ¿no? —Unas pestañas curvas se entrecierran en sus ojos, los cubren ante mi vista—. Desde nuestro último encuentro no dejo de pensar en tu boca. Pienso en ella demasiado a menudo.

—Mientes. —Mi voz tiembla.

—No miento.

De pronto está mucho más cerca. Deja escapar un largo aliento que acaricia mi boca abierta.

—¿Por qué? —Odio la falta de seguridad que transmite cada una de mis palabras. Debería darme igual. Tengo mi hogar en Thornbrook. Tengo al Padre, tengo la forja, tengo el Texto. Siempre me ha bastado con eso.

—Porque eres un enigma —dice con ojos amables—. Porque eres muy generosa. Porque eres un descubrimiento que yace tras los muros de tu abadía, y me siento atraído por tu valentía.

—Yo no soy valiente —tartamudeo, buscando el engaño en su mirada. No lo encuentro.

—¿Eso crees?

Si fuese valiente, le daría la espalda a la gente que me lleva por caminos insatisfactorios. Habría luchado por mí misma hace años. Dejarme arrastrar por los caprichos de otros no es valentía. Es autocompasión.

Céfiro vacila y luego dice:

—Soy viejo, Brielle. Muy viejo. El mundo no tiene los mismos encantos para quienes no envejecemos.

Se aparta y sale del estanque. El agua gotea de sus ropas y salpica las piedras.

—He disfrutado mucho viendo cómo experimentas la vida —dice con las facciones ensombrecidas por un pesar inesperado—. No des por sentada la vida, porque acabará antes de lo que piensas.

15

Apenas pruebo la cena que Céfiro nos ha preparado y luego me echo a dormir. Dejo que la inconsciencia me arrastre antes siquiera de apoyar la cabeza. Mis sueños tienen garras. El sudor me resbala por los poros, un dolor sordo me palpita en los huesos. Y luego llega el alba.

Me yergo, temblando, y meto mis pertenencias en la mochila. Incluso a esta hora temprana, la luz es tan potente que tengo que entrecerrar los ojos.

El desayuno consta de queso y manzanas, pero no como nada por culpa del horrible sabor metálico que tengo en la boca. Céfiro y Harper avanzan primero y charlan afablemente, sin darse cuenta de que cada uno de mis pasos es más lento que el anterior.

Llega el mediodía y luego se va, sumido en el mismo letargo.

A medida que avanza lentamente la tarde, húmeda y flexible, la tierra empieza a oler a podredumbre. De pronto descubro que necesito apoyarme en las ramas más bajas debido a los traicioneros huecos del suelo. La negrura se cierne sobre mi vista. Me detengo y me tambaleo, mareada.

—Necesito parar un momento.

A pesar del tono bajo con el que he hablado, Céfiro me oye. Reconocería esas largas zancadas entre los andares de un centenar de hombres. Él vuelve sobre sus pasos y me ayuda a apoyarme en un tronco. La preocupación le arruga el rostro.

—Estás pálida.

Tengo la boca tan seca que ni siquiera puedo tragar saliva.

—Siempre estoy pálida.

—Más bien estás demacrada. —Se acerca aún más—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo?

El día de ayer regresa a mi memoria con un destello de color, sonido y luz.

—Anoche, en la cena.

—Ah, ¿sí? ¿Te refieres a ese único bocado que diste antes de caer redonda?

Lo miro con el ceño fruncido.

—Sí. —No sabía que me había estado prestando atención mientras comía.

Harper regresa hasta nosotros entre la maleza y me clava la mirada desde un charco de luz. Céfiro me agarra la barbilla y me mira a los ojos, pero yo no consigo centrar la mirada, así que me fijo en su nariz. Esa nariz imposiblemente torcida que le estropea las facciones. Extrañamente, verla me reconforta.

—Has perdido el apetito.

¿Y eso qué tendrá que ver con nada?

—Llevamos andando todo el día. Solo necesito descansar un poco.

Harper se acerca y me rodea. Lleva el pelo recién peinado a pesar de las largas y abrasadoras horas bajo la humedad de Carterhaugh.

—Te dije que si te retrasabas no te iba a esperar.

—Debe de ser un catarro —digo, y me restriego la cabeza, que me late dolorosamente—. Ya se pasará.

El Viento del Oeste sigue estudiándome. No parece percatarse de la proximidad de Harper, para frustración de ella.

—¿Estás herida?

Como siempre, cree saberlo todo.

—Las piernas y los brazos me funcionan a la perfección.

—¿Seguro que no te hirieron el otro día durante la persecución?

—¿Sugieres que no conozco mi propio cuerpo? —Estoy demasiado cansada como para hablar en tono airado, aunque me irrita igualmente.

—No. —Exuda una calma desacostumbrada en él—. Pero estaba oscuro, y a veces se nos escapan ciertas cosas a la vista. Y tu vista es propia de una mujer mortal. Podría habérsete escapado algún arañazo. No tiene por qué ser una herida mortal ni una extremidad cercenada.

Un fino corte en el algodón de mi vestido. Toqueteo el botón del cuello para desatarlo y lo consigo, mientras el bosque respira a bocanadas cálidas a nuestro alrededor. Harper se inclina con interés fingido. Hemos viajado tan rápido y he estado tan cansada que apenas he prestado atención al dolor que sentía en el esternón. Siento una punzada en el brazo al quitarme la manga por encima del hombro. La piel de mi pecho me tira dolorosamente. Cuando le muestro el corte que tengo encima de la tela que me sujeta los pechos, Céfiro aprieta con fuerza los labios.

Ayer mismo, el rasguño estaba intacto, apenas algo hinchado por el pus amarillento que contenía bajo la piel. Ahora se ha abierto y forma una herida rodeada de piel grisácea que emite un olor dulzón. Harper sufre una arcada.

Me tiemblan los dedos al recorrer las venas ennegrecidas que parten de la resplandeciente herida. El bálsamo que le puse encima se ha endurecido y quebrado, y solo queda un residuo blanco.

—Parece infectada —afirma Harper.

—No es infección —dice Céfiro—. Esas criaturas contra las que luchaste se llaman «umbrandantes». Te han envenenado, Brielle.

Esta noticia… es seria, pero aun así, no siento nada. Estoy desprovista de emociones. Ni siquiera el grito ahogado de Harper me afecta.

—Eso explica que el bálsamo no haya funcionado —murmuro, y vuelvo a abotonarme con cuidado el vestido. Prefiero no contemplar este espectáculo desagradable—. ¿Cómo se puede tratar la herida?

Una inquietud sacude el aire a pesar de la inmovilidad de Céfiro.

—No hay cura, Brielle —dice con tono apesadumbrado.

La mirada de Harper vuela hacia mí, pero yo no se la devuelvo. Me da miedo lo que podría ver. Satisfacción, quizá incluso placer,

ante mi infortunio.

—¿Cuánto me queda? —susurro.

—El veneno tarda unos cinco días en abrirse paso por el sistema.

Llevamos cuatro días viajando juntos.

La tristeza sobrevuela mi corazón como una nube, pues no puedo hacer retroceder el tiempo. Ya está. Y pronto yo no estaré.

—¿Qué son esos umbrandantes?

En realidad da igual. Mi destino está sellado, así que saber por saber no va a cambiar gran cosa. Pero me da cierta paz saber el qué, el cómo y el cuándo.

—Provienen de las Tierras Yermas, el reino de mi hermano mayor. Por expresarlo de forma sencilla, son las almas corrompidas de los muertos. —Le da una patada al suelo con la bota. Contemplo su rostro y percibo un dolor que quiere mantener oculto. ¿Qué es lo que lo tortura?—. Lo último que oí fue que los umbrandantes habían sido purgados del territorio de Bóreas. Al parecer, algunos consiguieron llegar a Carterhaugh.

Tierras Yermas. Umbrandantes. Jamás he oído hablar de ese lugar ni de esas criaturas.

—¿Provienen de las Tierras Yermas? ¿No de Infra?

—No, de Infra no. Las Tierras Yermas es el lugar donde los que fallecen esperan su Juicio. Allí encuentran el descanso final.

Qué absurdo. Todo el mundo sabe que los muertos ascienden a las Tierras Eternas… o, al menos, los que son dignos.

—¿Y qué me sucederá cuando el veneno se extienda por completo?

Vaya pregunta, y encima en tono tan neutro. Aun así, prefiero saberlo.

Céfiro se pinza el puente de la nariz.

—No será un espectáculo bonito —habla en tono apagado, reticente—. Te seguirá subiendo la fiebre. Tendrás sed por mucho que bebas. Tu piel se ennegrecerá y se pudrirá.

Harper retrocede, horrorizada.

—Por el Padre. —Camina hasta los helechos, abrazándose el torso.

Yo centro mi atención en Céfiro.

—Sigue.

—Brielle…

—No me ahorres detalles, Céfiro.

Me escuecen los ojos, pero me niego a derramar lágrimas. El Texto nos enseña a no temer a la muerte, aunque me da miedo dejar esta tierra sin haber cumplido la misión que me fue encomendada. Soy demasiado joven, apenas he hecho nada. Me pregunto qué me aguarda más allá de este día, pero no con miedo, sino con tímida curiosidad, con asombro incluso. Me tiemblan las manos, intento enderezarme. No. No pienso encogerme ante esta realidad. Me enfrentaré a ella de cara, como debería haberme enfrentado a todas mis pruebas hace días, semanas, meses.

Céfiro hunde la cabeza. Se pasa las manos por esos rizos castaños y suaves.

—El veneno llegará a tus órganos. Será… muy doloroso. Dicen que es preferible una muerte rápida. —Traga saliva—. ¿Notas sabor a metal?

Asiento.

—Pues las últimas fases de la transformación han empezado.

Así que esta es mi muerte. En las profundidades de Carterhaugh, en un lugar plagado de horrores inenarrables y sin siquiera una vela que me dé consuelo.

—Ojalá hubieses dicho algo —murmura el Viento del Oeste con más compasión de la que cabría esperar—. Podríamos haberlo evitado de haber tratado tu herida en las primeras cuarenta y ocho horas.

¿Y yo qué sabía? Supongo que soy doblemente idiota.

—¿Seguro que no hay nada que podamos hacer? —Odio el temblor de mi voz—. ¿No hay cura? ¿Nada?

Su expresión se tensa en lo que interpreto como pensamientos enfrentados o incluso dolor. Quizá mi muerte inminente le afecta. No

pensaba que le importase tanto a Céfiro. De hecho, creía que nadie le importaba.

—Ojalá hubiese algo que pudiéramos hacer. Los umbrandantes provienen de otro reino, así que el pueblo albo carece de los ingredientes necesarios para neutralizar el veneno de esas bestias. Me preguntas si hay cura —dice—. Por desgracia, la respuesta es no.

Al oírlo en voz alta, sin ningún matiz ni subterfugio alguno, me siento rota por dentro. Me restriego los ojos, aunque una lágrima consigue escapar y cae por mi mejilla enfebrecida. Céfiro frunce el ceño. Alarga la mano hacia mi cara. Me acaricia la mejilla con el pulgar y atrapa la lágrima. Yo lo miro a los ojos. Juntos, en este momento, permanecemos inmóviles.

Al cabo se echa hacia atrás, aunque sigue con el ceño fruncido.

—¿Hay alguien a quien te gustaría que avisase más adelante? —pregunta—. ¿Algún familiar?

—No. —Miro al suelo—. Soy hija única. No conocí a mi padre. Y en cuanto a mi madre… —No tengo nada que decir de mi madre. No sé si está viva o muerta. Niego con la cabeza—. No hay nadie. La abadesa ha sido mi mentora desde hace una década. Querrá saber de mi muerte.

Miro a Harper. Una vez que yo ya no esté, puede quedarse con Meirlach.

Céfiro sigue mi mirada y asiente.

—Me aseguraré de llevarle la noticia a la abadesa. Tienes mi palabra.

Es un flaco consuelo.

—Gracias. —Me lamo los labios, dolorosamente resecos. La piel se empieza a desprender dolorosamente—. ¿Seguiréis sin mí?

Él se agacha en el suelo junto a mí, con una pierna estirada y la otra apretada contra el pecho, y se rodea la espinilla con un brazo.

—No pienso abandonarte.

El alivio me recorre, aunque intento disimularlo. Que piense siquiera en mi comodidad es más de lo que esperaba de él.

—Además, me aterra la idea de quedarme solo con Harper —añade. Contra todo pronóstico, esbozo una sonrisa y resoplo. Harper, una sombra vaga en la periferia de mi visión, se aleja con la cabeza gacha mientras Céfiro suelta una risa entre dientes y sonríe.

—Su presencia no parece haberte molestado hasta ahora —señalo, con más dureza de la que pretendía.

Él se encoge de hombros.

—Cualquier conversación es preferible al silencio.

Al oír su tono, hago una pausa.

—¿Qué insinúas?

—Que si hubieses decidido hablar conmigo, quizá no habría sentido la necesidad de hablar con Harper.

Contemplo al Viento del Oeste y, de pronto, comprendo: quizá disfrutaba tanto como yo de nuestras conversaciones.

—No me había dado cuenta —digo. La decepción se abate sobre mí sin invitación, incómoda.

—¿Cómo que no? —Una sonrisilla triste sobrevuela su rostro y luego desaparece—. Y yo que pensaba que mi afecto era evidente.

Se me hace un nudo en la garganta con una sensación extraña de abandono. Aunque no creo que Céfiro mienta, no estoy segura. Será que tenemos interpretaciones distintas de la palabra «afecto».

Él me escruta el rostro.

—¿Puedo hacer algo para que te sientas más cómoda? ¿Necesitas algo?

Me muerdo el labio inferior. Descansar. Una bendita modorra me arrulla en los oídos, pero si voy a morir, descansar no tiene mucho sentido, sobre todo porque el abismo al que caeré no tiene fondo.

—¿Puedes quedarte conmigo y hablar? —Me ruborizo—. No tengo muchos amigos con los que hablar. —Pienso si debería dejar ahí esta afirmación—. En realidad, no tengo amigos ni amigas —admito. No tengo a nadie.

—¿No tienes amigas? —Frunce el ceño—. Cuesta creerlo.

—No me resulta fácil entablar amistad. —Nunca sé qué decir ni cómo conectar con mis iguales. Muchas de las acólitas de mayor

edad ni siquiera saben mi nombre—. Pero a ti… —El Viento del Oeste sabe atraer a la gente, consigue que se queden a su lado. Consigue que quieran quedarse—. A ti te resulta fácil. El modo en que te relacionas con los demás… es algo que yo no puedo hacer.

—¿Fácil? —Una risotada resuena en el aire—. Mi querida novicia, para mí nada es fácil. Nunca lo ha sido. Solo se me da bien guardar las apariencias.

Para mi frustración eterna, otra lágrima se me escapa y se desliza por mi cara. Exponer mi alma no entraba en mis planes, pero mis defensas han cedido, estoy demasiado agotada. Que así sea. Que Céfiro me vea llorar. Ya no me importa fingir que no lloro.

—¿Hay algo de lo que te arrepientas? —pregunto.

Deja escapar un suspiro cansado. En este momento parece hundido, como si una gran carga descansase sobre sus hombros.

—Es más sencillo preguntar si hay algo de lo que no me arrepienta. —Sus ojos se cruzan con los míos y, por un instante, me olvido de respirar—. ¿Y tú, Brielle? ¿Hay algo de lo que te arrepientas?

No debería decirlo. Incluso pensarlo es demasiado perverso. Mi boca, sin embargo, es de otro parecer, porque pronto se escapa de mi control:

—Pienso en la pareja con la que nos cruzamos tras ir a ver a Willow.

Esas extremidades entrelazadas, la insaciable hambre que sentían el uno por la otra.

Céfiro emite un grave rumor desde el pecho. No tanto un sonido como un estremecimiento que me recorre el estómago, y a pesar de estar tumbada sobre terreno sólido, experimento una sensación de caída, si bien breve.

—¿Te arrepientes de no haber experimentado el acto sexual?

—¡No! —Por el Padre, no debería estar teniendo esta conversación—. Pero los besos… —Tengo la boca tan seca que apenas puedo tragar saliva—. Supongo que una parte de mí se pregunta cómo sería besar a alguien.

Me arden las orejas.

—¿Eso es lo que quieres? —pregunta con una mirada indescifrable—. ¿Un beso?

Si no lo reconozco, quizá el deseo me abandonará. Pero no. Eso es lo que quiero. Estoy segura de ello.

—Si voy a morir, ¿qué más da que rompa mis votos? —Eso no es del todo cierto. Quizá el egoísmo esté hablando por mí—. Creo que me gustaría experimentarlo. Una vez.

Jamás había visto una tristeza como la que envuelve a Céfiro. De hecho, no pensaba que Céfiro pudiese sentir una pena tan profunda ante mi suplicio, pero la emoción que recorre sus facciones es inequívoca. Asiente y se inclina hacia delante.

—En ese caso, será un honor para mí concederte ese deseo. —Alza las manos y, lentamente, las apoya a cada lado de mi cabeza, sujetándome con toda precisión.

Mi garganta emite un sonidito de… ¿miedo? ¿Desesperación? ¿Humillación? Me castañetean los dientes y un frío creciente me lame el pecho. Líbranos de la tentación. Con el tacto de Céfiro jamás conoceré la paz.

Despacio, acerca su rostro al mío. Como siempre, huele a hierba calentada por el sol. Echaré de menos ese aroma cuando me haya ido.

—Brielle —canturrea el Viento del Oeste—, relájate.

Estoy demasiado débil hasta para abrir los ojos. La falta de visión aumenta los sonidos del bosque. El cauce poderoso del río, las hojas moviéndose suavemente como alas de polilla y el viento invisible e inodoro acariciándome los cabellos.

Algo roza mi boca. La cierro de golpe por puro reflejo.

Obediencia, pureza, devoción. Aquí, a las puertas de mi muerte, mis votos se hacen pedazos, un millar de añicos desconocidos. La vergüenza me da náuseas, pero quiero vivir, al máximo, todo lo que me quede.

—Ten confianza —susurra sobre mi boca—. Deja que te guíe el corazón.

Mis labios se entreabren por voluntad propia. Inspiro. Limón y hierbas. El pulso me galopa desbocado y siento un rubor que se apodera de mi piel ya acalorada. Su lengua se desliza sobre la mía, brevemente, y se aparta.

Me hormiguea la piel tras su contacto. Todo el mundo es oscuridad pura hasta que abro los ojos y veo que el Viento del Oeste me contempla.

—Se te ve en la mirada —susurra.

Todos mis pensamientos han huido. Soy una mujer hueca.

—¿Qué se ve?

Él se inclina hacia delante y me susurra en el oído:

—El hambre.

16

—Lástima que vayas a morir.

Harper está apoyada en una piedra grande y suave cerca de la hoguera, mirándome con esos ojos enormes que todo lo ven y que refulgen como esferas de prístina agua de manantial en su pequeño rostro.

Yo estoy tumbada dentro del saco de dormir, empapada en sudor, entre temblores. Cada brisa templada me abrasa como un viento helado. En un primer momento no consigo procesar lo que dice. Céfiro se ha ido hace horas en busca de alguna hierba para calmar el dolor que causa el veneno que avanza por mi sistema. Anoche mi estado de salud empeoró. Escribí un rato en mi diario para dejar anotados mis últimos pensamientos, mientras la fiebre se iba intensificando, con los labios agrietados y sangrantes. A pesar de la fatiga, seguí escribiendo. Solo me siento segura al volcar mi corazón en el diario. Me siento amada. Es una pulsión que no se puede parar.

Aquí, al final de mis días, aún me quedan ganas de luchar.

—Por una vez en tu vida —digo con voz áspera—, ¿podrías tener un poco de compasión?

Dejar espacio a la compasión no debería suponer una carga.

—Sabes que la gente no se traga tus tonterías, ¿verdad? La perfecta Brielle, que nunca se equivoca. No eres más que un chiste.

Siento una punzada afilada bajo el esternón.

—No me había dado cuenta de que eran tonterías —digo entre dientes, temblando por los espasmos—. ¿Por qué no debería tratar a los demás como quiero que me traten a mí? Son nuestros hermanos, nuestras madres, hermanas e hijos. Justo eso es lo que nos enseña el Texto.

Harper resopla, lo cual solo sirve para irritarme aún más.

—¿Has pensado en lo que significa convertirte en acólita? —le pregunto—. ¿Te has planteado cómo utilizarás tu cargo para mejorar Thornbrook y el mundo?

Si Thornbrook es una columna de fe y buena voluntad, las novicias somos sus cimientos. Somos responsables de las tareas diarias que se requieren para mantener abiertas las puertas de la abadía. Las acólitas, sin embargo, dan forma activamente a la comunidad circundante. Viajan a Kilkare, a Aranglen, a las aldeas más pequeñas del confín de Carterhaugh para predicar la palabra del Padre. «Venid —dicen—, este es el camino.»

—¿Y me tengo que creer que tú sí lo has pensado? —espeta ella—. No sabía que había espacio en tu cabeza para semejantes pensamientos teniendo en cuenta que hundes la nariz en el Texto cada vez que puedes.

Ahí está de nuevo ese desdén hacia mis estudios. No lo entiendo. La abadía, la comunidad… Somos más fuertes juntas; si nos separamos, somos débiles. Pero Harper, esta mujer que no ve más allá de su propio reflejo…, lo que ansía es el prestigio que le proporcionará la estola roja, nada más.

—No todas las acólitas tienen que romperse la espalda intentando propiciar cambios duraderos —dice, inclinándose hacia delante sobre la piedra.

—Pero ¿no crees que Él espera que te esfuerces al máximo?

—Que no haya pensado en ningún plan grandioso no significa que no vaya a hacer el bien.

Se cruza de brazos. Al menos se ha vuelto a poner el cíngulo correctamente, con el cordón atado al frente de su arrugado vestido de algodón.

Yo me llevo las manos a la boca y toso.

—Y eso lo dice alguien que ha pensado poco en la responsabilidad del cargo.

Me sorprende que no le salgan dos chorros de vapor por la nariz. Se acerca la mochila de un tirón y empieza a sacar la ropa sucia, a

doblarla y volver a desdoblarla, como si estuviera ocupando las manos para evitar darme un bofetón.

—Dado que tus ideas son mejores que las mías —dice—, ¿qué has pensado tú?

Me pongo de lado para paliar el dolor que me irradia de los huesos. El calor del verano pesa sobre mí. Es tan opresivo que me cuesta mantener la mente lúcida. Toqueteo los botones de mi vestido y consigo desprenderme de las mangas y de la camisa, dejando la espalda sudorosa al aire.

Me giro hacia Harper. Se le ha puesto la cara extrañamente pálida. Tiene desencajada la mandíbula. Entonces recuerdo los azotes de la madre Mabel, las marcas que recorren mis omoplatos y mi columna.

Con los dientes apretados, vuelvo a abrocharme el vestido. ¿Cómo he podido olvidarme de mi penitencia? Aunque, por otro lado, ¿qué más da? Dentro de pocas horas, Carterhaugh empezará a oscurecerse con el crepúsculo en ciernes. Me pregunto si llegaré a ver el día de mañana.

—Jamás he dicho que mis ideas sean mejores que las tuyas —replico—. Sobre todo porque, para eso, tú tendrías que tener alguna idea propia.

La tensión se adueña de su cuerpo. Creo que el calor que mana a oleadas de su piel no son imaginaciones mías.

—Bueno —murmura, con los ojos entrecerrados hasta formar dos arrogantes franjas estrechas—, desde luego, hoy estás intratable.

Ahora mismo ya no me queda nada que perder.

—¿Quieres saber mis ideas o no?

Ella hace un ademán, y es el único consentimiento que voy a recibir.

—Pensaba crear algo parecido a una formación —digo.

—Explícate.

—Thornbrook tiene una relación excelente con Kilkare —digo, demasiado débil para hacer nada que no sea yacer inmóvil—, pero ¿qué pasa con las aldeas más pequeñas al norte y al este? —Estoy

pensando en Veraness, en sus restos desperdigados—. Muchos de los niños de esas zonas pasan hambre y no están alfabetizados en condiciones. Podríamos enseñarles a cosechar, a leer y escribir, las operaciones matemáticas básicas, a remendar ropa, a forjar armas. A cambio de su trabajo, recibirían comida y refugio, así como los medios para buscarse una vida mejor tanto para ellos como para sus familias.

Cuando era más joven, visitaba Kilkare cada pocas semanas para aprender con el herrero local. Tres años después me gradué de mis estudios con todo un arsenal de habilidades y la capacidad de forjar cualquier tipo de hoja. Concederles a los niños de esas zonas la misma oportunidad beneficiaría en gran medida a toda la comunidad.

Harper parece estar reflexionando. Quizá le he dado algo en lo que pensar. Y sin embargo, me imagino lo que ocurrirá en cuanto mi corazón deje de latir: Harper llegará a Thornbrook con Meirlach colgada de la cintura. El pesar de la madre Mabel por mi muerte quedará ensombrecido por haber recuperado una espada tan notable. Y otra estola roja le será concedida a alguien que la merece menos que yo.

Voy a morir. ¿Para qué luchar si lo que me aguarda son las Tierras Eternas?

Sin embargo, en mi vida hay muchas cosas que aún no he hecho.

—Afirmas que la madre Mabel me favorece —digo en un susurro ronco—. ¿Qué crees que hará cuando regreses a la abadía y le digas que he muerto, lleves o no la espada?

Harper mete a puñados su ropa en la mochila. Luego toma asiento y me clava una mirada hostil. Entiende mi lógica y no la soporta. Por desagracia, esto no es nada nuevo.

—Odio ser yo quien te dé esta mala noticia —dice, aunque su tono indica todo lo contrario—, pero las novicias no son sino gotas en un cubo lleno de agua para la madre Mabel. Cada año pasan docenas por Thornbrook. No creas que eres irremplazable.

Harper se equivoca. Soy una integrante valiosa de la abadía. Soy la única que puede forjar las hojas que nos protegen del pueblo albo.

—Aunque seas tú la próxima acólita —contraataco—, mi muerte empañará para siempre tu nombramiento.

Ella resopla.

—Tú te ofreciste voluntaria para emprender este viaje. Conocías los riesgos. La madre Mabel no me culpará por tu fallecimiento.

—Ah, ¿no? —Avivo sus dudas poco a poco—. Imagino que siempre tendrá ciertas reservas.

Ella se sacude el vestido para desprenderse de la mugre.

—Te tienes en demasiada alta estima. No eres más que un par de manos, como todas las demás.

Necesito todo mi temple para aguantarle la mirada a quien me atormenta, pero me obligo a hacerlo. Ahora mismo ya no me quedan opciones.

—Creo —digo despacio— que subestimas el afecto que me profesa la madre Mabel.

—Estoy segura de que no. Si la abadesa de verdad te favoreciera, ¿por qué nombraría a otras menos capaces en lugar de a ti? Te dio la oportunidad de aspirar al puesto por lástima.

Harper sabe exactamente cómo buscarme las cosquillas para sacarme de quicio. Aun así, me niego a ceder.

—Puede que tengas razón. Puede que no sea más que otro par de manos, como tú misma dices. Pero ¿y si no?

—Lo eres. —Su voz tiembla. Yo me encojo de hombros.

Harper se pone en pie y se acerca a trompicones al árbol más cercano. Apoya una mano en la corteza e inclina la espalda, resoplando. Solo hacía falta plantar la semilla. Ya ve este sueño desplegándose ante sus ojos antes de que haya sucedido siquiera.

—¿Qué he de hacer? —susurra—. He trabajado demasiado para echar a perder esta oportunidad.

—Salvarme —le digo—. De lo contrario, te quedarás sin nada.

Y eso, he comprendido, Harper no lo puede soportar.

Nos sumimos en un silencio tenso y, de pronto, se desinfla del todo.

—Pero Céfiro ha dicho que no hay cura.

Le ofrezco mi mirada más aséptica.

—¿Y tú te lo crees?

Harper me mira a los ojos, el ceño fruncido. En este momento parece tan dubitativa como yo misma. Se lo piensa y luego se acerca al saco de dormir de Céfiro.

—¿Qué haces?

Harper desata el nudo de su saquito y empieza a hurgar entre sus pertenencias.

—Buscar algo de ventaja —afirma, como si fuese evidente. Saca un librito, frunce el ceño y vuelve a meterlo. Lo único que le gusta más que tener la razón es… bueno, no, en realidad tener la razón es lo que más le gusta. Al final está de acuerdo conmigo: Céfiro es demasiado traicionero, demasiado sagaz.

—Y yo que pensaba que estaba haciendo una buena obra… —dice el Viento del Oeste arrastrando las palabras.

Emerge de la espesura envuelto en sombras grises. Se detiene en un charco de luz que les devuelve el color a su capa verde y a los sencillos pantalones marrones. Se mueve con tanta rapidez que, apenas parpadeo, desaparece de nuevo.

Harper deja caer la mochila y se gira hacia él, con la hoja desenvainada. Es la mujer más terca que he conocido. ¿Cómo se le ocurre sacarle un cuchillo al Viento del Oeste? Céfiro se detiene justo delante de la mano extendida de Harper, en absoluto alarmado. Bien podría estar apuntándole al cuello con una pluma.

—¿Sabes siquiera cómo se usan estas cosas? —pregunta.

La risa grave y gutural de Harper se diluye en una cascada de sonidos.

—Sí, hay que clavar la parte puntiaguda en la carne. ¿Qué más hay que saber?

Él sonríe con la boca, pero no con los ojos.

—¿Has encontrado lo que estabas buscando?

—¿Y a ti qué te importa?

Céfiro examina a Harper como yo misma he hecho tantas veces, con la certeza de que alguien a quien admiras en realidad contiene muchas falsedades, de que se ha de buscar en cada grieta y fisura hasta encontrar la verdad.

—Te lo diré bien claro —dice Harper—: para esta misión necesitamos a Brielle. Si ella muere, también morirá la oportunidad de conseguir encontrar la espada Meirlach. Ella se asegurará de que no perdemos el tiempo.

Contemplo asombrada a mi hosca compañera de viaje. Jamás ha salido un cumplido con tanta facilidad de su boca, y desde luego ningún cumplido dirigido a mí. Como siempre, Harper habla con convicción. Hasta yo me lo creo.

Arroja la daga de nuevo hacia su mochila, como si acabase de decidir que no vale la pena. El arma cae en el suelo y yo me encojo. Habrá que limpiarla.

—La única opción que tenemos pasa por salvarle la vida.

La atención del Viento del Oeste se centra en el lugar donde yo yazco bocarriba. Otro estremecimiento me recorre las entrañas. Él frunce el ceño.

—Resulta que estoy de acuerdo.

—Oh. —Harper parpadea y se endereza—. Muy bien.

—Tenía una deuda que saldar —dice—, y así quedará saldada. —Alza un frasco de líquido pálido—. Esta es la respuesta a tus plegarias. Conozco a una bruja de los bosques en Carterhaugh. Una experta sanadora. Esto que tengo aquí es uno de sus remedios más potentes. Aunque he tenido que hacer un trato: el remedio a cambio de unas gotas de tu sangre. —Alza mi mano y compruebo que tengo una pequeña venda alrededor del pulgar—. Espero que no te importe.

—¿Eso me curará? —grazno.

—Así es.

Harper habla desde detrás de él.

—Si sabías que existía esta opción, ¿por qué no fuiste antes a ver a la bruja de los bosques?

Bien visto.

—No estaba seguro de poder hacerme con el remedio —dice Céfiro—. La bruja de los bosques recorre grandes distancias para buscar ingredientes, y no se la encuentra fácilmente.

Quiero creerle. Harper también parece suspicaz. Se mueve hasta que aparece en mi campo de visión. Me parece que no se cree nada.

—Qué adecuado que hayas conseguido encontrarla a última hora.

—Sí —responde él, mordaz—. Muy adecuado.

Todos los rasgos de este supuesto aliado despiertan mi cautela.

—Está bien. —Harper hace un gesto con la mano—. Cura a Brielle y acabemos con esto.

Céfiro se me acerca, con el frasco apretado en un puño. Se arrodilla. La luz del sol le envuelve los rizos. Una brisa cálida agita el dosel de ramas en las alturas.

—Abre la boca —dice.

Al tener toda su atención centrada en mí, me cuesta formar palabras. Es su voz, su aroma, el calor de su pierna bajo los pantalones. Es capaz de abrumar con facilidad, más incluso teniendo en cuenta mi estado de debilidad.

—Puedo aplicarme yo misma la cura —digo, y alargo una mano hacia el frasco.

Él hace un puchero que le suaviza los labios.

—¿Me negarías el honor de curarte? ¿O es que prefieres evitar que te toque? —Recorre la línea de mi manga y sube el dedo hacia mi clavícula—. ¿Por qué te comportas así? A fin de cuentas, ya nos hemos besado.

El aire parece un peso muerto sobre mi piel. No puedo ni moverme ni pensar. No quiero mirar a Harper. Tengo que mirar a Harper. Está de pie, envarada, con una rigidez que me hace pensar en un gran depredador. El brillo en sus ojos me provoca un nudo en el estómago. Está ansiosa, hambrienta. Con una extraña calma, pregunta:

—¿Os habéis besado?

—Lo puedo explicar.

Ella me ofrece una sonrisa azucarada.

—Por supuesto que lo puedes explicar.

Le quito el frasco a Céfiro de la mano, abro el tapón y me vierto el contenido en la boca. El resultado es instantáneo: la más pura forma de alivio. El peso que siento en el pecho se libera. Se me abren los pulmones, respiro libremente.

—Pensaba que iba a morir —le digo—. Solo me ha tocado para besarme.

—¿Le has pedido que te bese? —Con los brazos cruzados, me mira sin parpadear.

—Harper…

—¿Le has pedido que te bese o no?

Los ojos del Viento del Oeste descansan sobre mi cara. Ante esta verdad, mi corazón tiembla.

—Sí —digo con un susurro ronco.

Harper gira sobre sus talones y echa a correr entre los helechos. Yo no tengo voz para llamarla.

17

A la mañana siguiente, me sorprende la falta de insultos por parte de Harper. Ni siquiera quiere mirarme. No habla conmigo. Pero sus ojos, esos estanques de agua de lago… no se apartan de mí. Lo sabe. Y yo lo sé. Ese beso ha sido un error.

Pero esa no es la verdad, ¿no? He aquí la verdad: yo quería que nos besásemos. En lo más profundo, en una esquina abandonada de mi corazón, quería saber qué se siente, por una vez, al ser objeto de deseo.

A media tarde hacemos un alto para descansar. No podría llegar en mejor momento. Carterhaugh es particularmente denso y mantiene el aire caliente y estancado. Los muros de verdor amortiguan cualquier sonido lejano. Céfiro se aparta para hacer sus necesidades y nos deja a Harper y a mí solas.

Ella se sienta sobre un árbol caído. La ropa le cae, holgada, sobre su delgada complexión. Una vez más, se ha bebido toda su agua. Dado que no podemos permitirnos el retraso que supondría un posible desmayo, dejo aparte mi irritación y me acerco a ella, cantimplora en mano.

—Toma.

Para mi sorpresa, la acepta sin discutir y apura la mitad de un único trago.

—Despacio —espeto.

Suelta el aire al apartar la boca.

—No te creas que esto va a impedir que le cuente a la madre Mabel lo del beso en cuanto lleguemos a Thornbrook. —Da otro trago codicioso.

Durante un latido me veo atrapada, en caída libre. Está la excusa, está la mentira y está la verdad.

—Puedo explicarlo.

Un inquietante cacareo por su parte espanta a los pájaros de los árboles cercanos. Echan a volar con estridentes graznidos de inquietud.

—Pues explícalo, claro. Explícame cómo has consentido mantener contacto sexual con un hombre. Seguro que la abadesa lo entenderá.

Harper siempre me ha parecido desagradable, pero aquí, ahora, me doy cuenta de que es una persona verdaderamente horrible. Está lo bastante resentida como para arrastrarme a las aguas más negras y dejar que me ahogue en ellas. Y me ahogaré si no empiezo a luchar por mí misma.

—Pensaba que iba a morir —digo despacio—. Fue inofensivo.

—¿Crees que eso le importa a la madre Mabel? —Frunce la boca—. Estás mancillada, y yo me aseguraré de que se entere.

No puedo evitarlo: empiezan a escocerme los ojos. ¿Qué es peor, el veneno que escupe Harper o el hecho de que me lo estoy creyendo?

¿Me arrepiento de haber besado a Céfiro? No puedo responder a eso, pues de su boca he recibido la vida.

—Adelante, cuéntaselo a la madre Mabel —digo con voz estrangulada—. La única razón por la que quieres hacerlo es porque no soportas la idea de que Céfiro me encuentre deseable.

Mi furia cristaliza, afilada y ardiente, en mi interior.

—Él no te desea —bufa Harper—. ¿Eso es lo que creías? Qué simplona eres, Brielle. Lo siento mucho por ti, de verdad. Céfiro está jugando contigo, ¿no lo ves?

Arroja la cantimplora a mis pies, se echa la mochila a la espalda y se interna entre la espesura. Yo recojo mis pertenencias con manos temblorosas. Elegir el deseo es elegirse a una misma, y elegirse a una misma es transitar una senda que se aleja del Padre. Céfiro no

me ha puesto las manos encima, pero ¿qué más dará? Me ha besado. Yo quería que me besase. Y eso no puedo cambiarlo.



A media tarde, el sol es un grito de puro calor. Ni siquiera la sombra amortigua su opresivo peso. Por el dosel de ramas y hojas asoman parches blancos y azulados. Sopla una ráfaga de aire fresco que supone un alivio sobre mi piel enrojecida y cuarteada. Alzo la vista y veo que Céfiro baja la mano, con los dedos tintados de plata a causa de la brisa que ha conjurado.

Le ofrezco una sonrisa de gratitud.

—¿Cuánto nos queda?

Algo se suaviza en su expresión, si no me equivoco.

—Míralo tú misma.

Avanzamos por una abertura entre los árboles y mis pasos se detienen. Por el este asoma una borrasca que me arranca un grito ahogado. Sobre nosotros, el cielo está azul, y más allá hay una pared de roca de intenso color rojo.

Es un océano vacío. Un golfo que se despliega continuamente con una enormidad que parece expandirse en incontables di-recciones. La luz del sol cae a plomo sobre la roca estriada, aplastando vetas de cuarzo y oro, piedra rota bajo la presión de un millar de años. Una ráfaga de aire sibilante recorre el paisaje.

He oído hablar del estrecho infinito del mundo, pero jamás lo había imaginado así: es un cañón amplísimo y profundísimo, atestado de valles enormes y curvos de paredes gigantescas. Sus meandros y farallones son increíbles.

Harper llega a grandes zancadas hasta donde estoy y se detiene a contemplar el paisaje. Luego da media vuelta, completamente impertérrita. Saca el mapa de la mochila y abre el pergamino aceitado.

—No veo modo de cruzar.

—Lo hay —murmuro a regañadientes, aunque no aparece en el mapa.

Ella alza la cabeza para mirar hacia donde señalo. Un estrecho puente de cuerda cruza la fisura, chirriante bajo la húmeda brisa. Harper dobla el mapa y estudia el puente colgante. No parece ni asustada ni preocupada.

—¿Ese es el único modo de cruzar?

Detrás de ella, Céfiro dice:

—Así es.

Esa no puede ser nuestra única opción. Estudio el cañón, todas sus amplias y sinuosas curvas. Se adivina un bosquecillo sombrío al otro lado del abismo, una linde verde en la que acaba la abrasadora piedra roja.

Harper me tiende el mapa.

—Pues más vale que nos pongamos a ello.

Me guardo el mapa en el bolsillo.

—¿Te da miedo que se rompa el puente?

Ella alza esas cejas curvas y hermosas en señal de desafío. Ni siquiera el penoso viaje por Carterhaugh ha conseguido estropear su aspecto.

—¿Te lo da a ti?

Pues sí, porque parece que no han reparado ese puente ni una sola vez desde que lo construyeron, y quién sabe cuántos siglos han pasado desde entonces. Me empiezan a sudar las manos bajo los guantes.

—Si lo rodeamos y tomamos el camino más largo….

—No queda tiempo. Tenemos que regresar antes del diezmo. Ya vamos con retraso.

—Quizá no sería así —señalo— si te hubieses molestado en montar el campamento y desmontarlo los últimos tres días.

He sido yo quien ha buscado madera, levantado el refugio, preparado la cena y cavado una letrina, a pesar de mi lenta recuperación de esa experiencia cercana a la muerte.

Harper se ciñe la mochila a la espalda.

—No te las des de santurrona, Brielle. Yo también he hecho mi parte en este viaje. Tú no eres la única que contribuye.

No me molesto en mencionar que, sin mi ayuda, Harper probablemente habría caído redonda en los primeros kilómetros.

—Señoras —Céfiro interfiere entre las dos—, ¿podemos dejar las peleas para cuando lleguemos al otro lado?

Harper no le hace caso. Se dirige a mí:

—Si te da miedo cruzar, tendrás que regresar sola. Yo sigo adelante, contigo o sin ti.

Tiene razón. Si no puedo cruzar el puente, todo este viaje habrá sido en balde. Y esa no es una opción.

Pasa a mi lado y la agarro de la manga.

—No vas a cambiar de idea, ¿verdad?

Ella suspira.

—Ay, Brielle. ¿Cuándo aprenderás? Todo el mundo actúa por motivos egoístas, y yo no soy ninguna excepción. Tú tampoco. —Me obliga a soltarla de un tirón—. Me aseguraré de hablar bien en tu nombre con la madre Mabel… o quizá no.

Con una sonrisilla cruel, Harper planta un pie en el primer tablón del puente, que se hunde un poco bajo su peso y chirría como una puerta vieja batida por el viento. Yo lo contemplo todo sin respirar siquiera.

Tablón a tablón, Harper avanza por el abismo, agarrada a las barandillas de cuerda dispuestas a la altura de su cintura. El puente aguanta, pero Harper pesa la mitad que yo. Estoy segura de que las cuerdas se romperán si intento cruzar.

No puedo hacerlo. No puedo depositar toda mi confianza en esa construcción chapucera que está a un estornudo de derrumbarse. Qué impotencia…, una sensación que conozco bien.

—Cierra los ojos. —La orden reverbera en mi oído, bullendo con un poder invisible.

No puedo. Lo único que me separa de la caída es un puñado de tablones atados con cuerda deshilachada. Abajo me esperan esas

crueles rocas protuberantes. Una ráfaga de viento aúlla por el cañón.

—Brielle —noto calidez a mi espalda, seguida de la fresca caricia del viento—, deja que yo te guíe.

—No pienso cruzar el puente.

—Sí que vas a cruzar el puente —dice Céfiro—. Y yo voy a ayudarte.

—Acabo de decir…

—¿Y para qué has venido?

Eso me detiene. ¿Para qué he venido? Pensaba que lo sabía, pero eso era antes. Antes de los umbrandantes, de mi enfermedad, de ese agónico segundo que pasé en presencia de Harper, de la innecesaria batalla de egos.

—No debería haberme marchado de Thornbrook —murmuro—. Debería haberme quedado segura entre sus muros.

—Eso suena espantosamente aburrido. —Céfiro suspira—. ¿Es lo que quieres, Brielle?

Dejo escapar un aliento tembloroso. Harper casi ha llegado al otro lado.

—Lo que quiero es encontrar la espada Meirlach. Quiero demostrar mi valía ante la madre Mabel. Quiero consagrar mi vida al Padre.

—Entonces habrás de cruzar el puente. Si no puedes enfrentarte a este miedo, seguirás sintiéndote pequeña. ¿Es eso lo que deseas?

¿Qué sabrá el Viento del Oeste del miedo? Es un dios, inmortal, dominante. Podría formar el mundo a su imagen y semejanza si así lo desease.

—Cierra los ojos —repite.

Es más fácil hablar con sinceridad cuando no se ve nada, pero aun así…

—No puedo.

—¿Por qué no?

La respuesta abre una vieja herida que, me temo, no se ha curado tan bien como yo esperaba.

—La oscuridad —susurro—. Me da miedo la oscuridad.

Él guarda silencio, aunque el viento arrecia, convertido en una criatura enorme, aullante y emotiva. Yo no me doy cuenta de que he apoyado la espalda en Céfiro hasta que su aliento me acaricia la nuca. Entonces doy un paso al frente para poner algo de distancia entre los dos.

—Tranquila —murmura él, y me coloca una mano en la cadera—. La oscuridad en sí misma no es peligrosa.

Yo me paso la lengua por los labios y me obligo a decir:

—Lo sé.

Por el Padre, esto no va a ser sencillo.

—¿Y qué es lo te da miedo a ti?

Emite un sonidito con la garganta y el viento amaina hasta no ser más que un zumbido grave.

—Caer.

La mano sigue sobre mi cadera, su contacto amortiguado gracias a la tela de mi vestido. Apoyarme en él se me antoja extraño. Bueno, apoyarme en cualquiera, en realidad.

—Creo que todos tenemos miedo dentro —dice—. Nos preguntamos si dolerá. Nos preguntamos si podríamos haber hecho algo de manera diferente.

¿A qué se refiere? ¿Está hablando de aquí y ahora, de mí, de este puente, o de algo más, de algo completamente diferente? No creo que se refiera a una caída en sentido físico. Quizá una caída en desgracia. Ese también es uno de mis miedos.

—¿Qué es lo que te da miedo de caer?

—Lo que viene después.

—¿Y qué viene después?

Su mano se crispa sobre mi cadera.

—Comprender que lo que se ha roto ya no se arreglará jamás.

Todo lo que me rodea desaparece. Solo siento el cuerpo de este hombre contra el mío. Cierro los párpados.

—¿Conoces esa sensación por experiencia propia?

Los dedos en mi cadera la aprietan levemente. Me sobresalta el hormigueo de calor que siento en la barriga.

—¿A qué vienen estas preguntas? —Se aprieta contra mi espalda.

Yo avanzo para apartarme de su esbelta fuerza.

—Estás cambiando de tema.

Una risa suave e irónica.

—Creo que te he subestimado.

—Crees que soy una persona mansa.

—Lo creía, sí, pero estoy descubriendo que no.

Las rocas se escurren bajo mis pies. No comprendo cómo puede sonreír y reírse tan libremente teniendo en cuenta que por debajo subyace una oscuridad que no puedo ver pero que percibo en oleadas de tristeza, frustración, culpabilidad. Contra todo pronóstico, son esos lugares oscuros los que más me atraen.

Él me obliga a avanzar otro paso. El tablón bajo mis pies se estremece. De algún modo hemos llegado hasta el puente. Me quedo rígida, pero la mano sobre mi cadera me dirige hacia delante. El cuerpo del Viento del Oeste actúa como una barrera que me impide retirarme. La construcción se balancea salvajemente. Me tiemblan las piernas, a punto de doblarse.

—Quiero volver —grazno.

—No podemos volver. —Me sigue llevando hacia delante. Me martillea el corazón con tanta ferocidad que los latidos resuenan bajo mi piel sudorosa.

—Sí que podemos. Claro que podemos. —Digo en tono agudo—. ¡Céfiro!

—Calma tu mente, Brielle. —Un encantamiento apagado, destinado a calmarme—. Todo acabará pronto.

Me agarro a esa promesa, me aferro a ella con todas mis fuerzas. El lugar tranquilo que anida en mi corazón está repleto de rosas, un jardín apacible, un dulce perfume, un columpio en el que me siento y me balanceo bajo la sombra de un enorme árbol. Cuando el mundo es obstinado y frío, es aquí donde regreso, a una primavera eterna.

—Me has preguntado por mi experiencia propia. —Céfiro me lleva paso a paso a través del enorme cañón—. No hay mucho que contar, porque sucedió hace mucho tiempo. Fui un necio, inseguro y egoísta, y alguien pagó un precio terrible por ello.

¿A qué precio terrible se refiere? ¿Murió esa persona? ¿Acabó herida? ¿Perdida? Parece que fue importante para él.

—¿Cuánto nos queda? —Mi mano derecha se desliza por la cuerda. Los tablones combados tiemblan bajo mis pies. No puedo pensar; me da vueltas la cabeza.

—No te preocupes por la distancia. Tú piensa solo en dar un paso más.

—Eres el hombre menos útil que he conocido.

Él suelta una risa.

—Viniendo de ti, puede que sea un cumplido.

Mis pies se asientan en terreno sólido y el puente queda en silencio.

—Bien hecho —dice Céfiro, y me suelta.

Abro los ojos. Harper está apoyada contra un montón de peñascos, con los brazos cruzados, impertérrita ante nuestra llegada. En la lejanía hay varios árboles que ascienden hacia el cielo. Harper nos mira fijamente, pero no dice nada.

Céfiro rodea la enorme elevación de piedras y nos hace un gesto para que lo sigamos. Esas zancadas largas y flexibles nos conducen sin detenernos hasta un área cubierta de hierba que dibuja un círculo perfecto, en cuyo centro hay un pozo. Rodea la hierba: más piedra roja desnuda y el aire tembloroso de un lugar en el que apenas crece nada.

—Esto —dice Céfiro, apoyando una mano en el tosco borde de la estructura— es el Pozo del Pasado. Cada uno de los Pozos requiere una ofrenda a los Dioses Antiguos para poder entrar.

—Te refieres al Padre —aclaro.

—No —replica él—. Me refiero a las deidades a las que ha adorado el pueblo albo desde hace siglos.

Me muerdo el interior del carrillo para contener la lengua.

—En el Texto no se hace mención alguna a esto.

Harper emite un sonidito de mofa. Yo la ignoro y me centro en el Viento del Oeste, que me estudia con frustración.

—Los dioses a los que adora el pueblo albo no tienen nada que ver con vuestra liturgia. Puede que no sean vuestros dioses —dice, y en este momento su mirada parece vieja y triste—, pero sí que son los dioses de alguien. El pueblo albo también tiene creencias.

No lo ha dicho como un insulto, pero yo lo recibo así.

—¿Cómo puede ser que el pueblo albo tenga algo tan avanzado como una religión organizada? —pregunto—. Son criaturas viles, deformes…

—¿Diferentes? —replica Céfiro.

Guardo silencio. La idea de hacer ofrendas a un dios que no sea el Padre me abrasa en la piel. Harper me echa a un lado.

—Haremos lo que haya que hacer. Acéptalo o no lo aceptes, como tú quieras. —Se gira hacia Céfiro, con los dedos bajo las cinchas de la mochila que lleva al hombro—. ¿Qué pasará después de entregar la ofrenda?

Como respuesta, él saca el cubo de madera del interior del pozo. La polea de metal chirria con cada rotación.

—Entonces os bajaré.

Al Viento del Oeste le gusta hacer bromas, pero creo que ahora no bromea.

—Han arreglado hace poco la cuerda. —Le da un golpecito al cordel de bramante entrelazado—. Hace menos de cien años, diría yo.

Harper palidece. Un sudor frío me recorre el canalillo entre los pechos.

—Cuanto más nos retrasamos aquí, más tiempo perdemos. —Da una palmada para animarnos—. Empecemos. Todos hemos de hacer una ofrenda: algo que hayamos tenido pegado a la piel.

No será nada. La ofrenda no es más que un objeto. Carece de importancia, de simbolismo. He de recordar todo eso.

Seguimos las indicaciones de Céfiro y rodeamos el pozo. Luego, cada uno arroja dentro un objeto. Yo tiro un botón de mi vestido. Harper ofrece una moneda. Céfiro se arranca un jirón de la capa. La tela verde revolotea al caer dentro de la cavidad.

Como respuesta, el terreno se estremece y luego guarda silencio.

—Y por último, dado que estamos ante el Pozo del Pasado, todos hemos de ofrecer una historia de nuestra vida. —Céfiro le dedica a mi compañera una sonrisa cálida—. ¿Harper?

—Brielle primero —contesta ella, y me señala con el mentón.

Estoy demasiado nerviosa por el descenso inminente como para llevarle la contraria.

—A los siete años acompañé una mañana a mi madre al mercado. Vivíamos en una aldea pequeña y solo había higos de temporada durante unas pocas semanas, en otoño.

Este recuerdo no tiene un final feliz. Acaba con lágrimas, con gritos roncos y conflictivos. Me pregunto por qué habré decidido sacarlo a la luz. ¿Cuánto tardará Harper en usarlo en mi contra?

—Esa noche —prosigo— mi madre me acusó de haberme comido todos los higos que había comprado. Se olvidó de que los había cambiado por una pastilla de jabón. Intenté explicárselo y se enfadó.

Me llevo una mano a la mejilla derecha. Las pupilas del Viento del Oeste se convierten en agujas sombrías.

—¿Te golpeó?

Hasta aquel momento, mi madre nunca me había puesto la mano encima. En retrospectiva, creo que ahí comprendí que algo iba mal. La rabia. Las palabras rápidas e incoherentes. El cansancio, la niebla mental. Últimamente los negocios iban mal, aunque no creo que fuera esa la causa de su mal comportamiento. El origen de su enfermedad parecía venir de dentro, del lento deterioro de su propia mente.

—Se disculpó unos cuantos días después —murmuro.

Una ráfaga de aire caliente resopla con un lamento por el cañón a nuestra espalda. Céfiro está tan concentrado en mí que tengo que dar media vuelta. Pensaba haber enterrado ese recuerdo hace

eones, pero aquí sigue. Ojalá le hubiese preguntado a mi madre por qué me pegó. «Soy tu hija», le habría dicho. Pero ya es tarde.

—Harper, te toca. —Es la orden callada de Céfiro.

Ella inspira por la nariz y se asoma al pozo.

—No hay mucho que contar. Crecí en una casa en la que no me faltaba de nada. Mi padre era mercader de sedas, y mi madre, florista. Mis hermanas y yo asistimos a la academia para señoritas más prestigiosa que había. Ellas se formaron para ser grandes modistas. Yo decidí hacerme sanadora.

Frunzo el ceño al oír ese nuevo dato. ¿Por qué entregó Harper su vida a la fe? Lo normal es que una mujer recurra a la iglesia en períodos de carestía. La infancia de Harper parece bastante idílica.

—De niña siempre quise un perro, pero mis padres no lo permitían. Encontré una perrita abandonada en un viejo molino en el verano en que cumplí veinte años. La llamé Lirio, por su pelaje blanco. —Cruza las manos al frente, con voz casi inaudible—. Adoraba a aquella perra. Pasé meses cuidándola en secreto hasta que recuperó la salud. Pero un día encontré la puerta del molino abierta, y Lirio había desaparecido.

Harper baja la vista. Para mi sorpresa, tiene lágrimas en los ojos.

—Busqué durante días, pero no la encontré. Sin embargo, cierta mañana pasé junto a la iglesia y una de las acólitas se ofreció para ayudarme a buscarla. Peinamos los bosques por todas partes y, al cabo, la encontramos. Había caído en una trampa para osos.

Yo ahogo una exclamación, con el cíngulo apretado entre las manos. Harper me lanza una mirada y prosigue:

—Estaba malherida. No se podía hacer nada por ella. Pero la acólita me trató bien. Le dio a Lirio un brebaje para ayudarla a acabar con el dolor. Yo jamás había presenciado semejante compasión hacia un desconocido. Pensé que era una señal de que debía entregarle mi vida al Padre. Al mes siguiente entré en Thornbrook como novicia. Desde entonces no he vuelto la vista atrás.

Sorbe por la nariz y se restriega las manos. La tristeza que ha expresado hace unos instantes se extingue junto con sus lágrimas. Yo me giro hacia Céfiro, expectante.

Él alza una ceja con un gesto taimado.

—¿Sí?

—Dices que el Pozo del Pasado requiere una historia… de cada uno de los presentes. —Como él no dice nada, hago un ademán con la mano—. ¿Es que eso no se aplica a ti?

Otra ráfaga de aire caliente recorre chillando la roca abrasada. Para mi vergüenza, descubro que no puedo apartar la vista de la boca de Céfiro, de ese atisbo de sonrisa. Como si notase mi mirada, él acentúa aún más la sonrisa, con un despliegue de dientes blancos y perfectamente alineados.

—Mi historia es de hermandad, supongo. —Céfiro cambia el peso de un pie a otro, como si le incomodase ser el centro de atención—. Sucedió en la víspera de una gran batalla, de un golpe de Estado que propiciaría un cambio en mi tierra natal. Recuerdo estar junto a mis hermanos bajo un cielo estrellado. Bóreas era nuestro líder. Notos, callado y reservado. Y, por último, Euros, sediento de sangre. Nos miramos unos a otros y prometimos luchar siempre codo con codo. —Hace una pausa—. Fue la última vez que mis hermanos y yo estuvimos juntos como familia.

—¿Cuándo ocurrió? —pregunto. Aunque yo no tengo hermanos, reconozco el anhelo en su expresión.

Con tono melancólico, Céfiro dice:

—Hace ya muchos siglos.

Se impone el silencio en lo que dura un latido y entonces lo oigo: un zumbido bajo en el centro del pozo.

Céfiro asiente.

—Podemos entrar. Yo iré primero. Luego, Brielle. Harper, tú en la retaguardia.

—No pienso ir la última. —Da un paso al frente y lo mira con expresión ardiente. Él le devuelve la mirada abiertamente—. Iré en medio.

Yo reprimo una réplica. ¿Vale la pena perder la cordura discutiendo? Probablemente no. ¿Qué más me da a mí cómo se miren el uno a la otra? Me da igual.

Céfiro consigue meter los pies en el cubo con facilidad y se agacha al tiempo que agarra la cuerda y va descendiendo poco a poco. Sus rizos desaparecen de la vista. Pasan unos minutos y luego el cubo vuelve a subir.

Harper agarra la cuerda y yo alargo la mano para sujetarla del brazo.

—Espera.

Me espero un contraataque, pero en la cara angulosa de mi compañera aparece un atisbo de cautela, una duda momentánea.

—¿Qué?

—Hay ciertas reglas que debes saber antes de entrar en Infra.

Ella se libra de mi mano, pero me dedica toda su atención, algo sin precedentes.

—Primero y principal —bajo la voz para que no llegue al fondo—, no puedes decirle tu nombre en voz alta a nadie, ni el mío tampoco. Si cualquier miembro del pueblo albo los oye, tendrán para siempre poder sobre ti y sobre mí. ¿Entendido?

—Si esto es tan importante —espeta ella—, ¿por qué no lo ha dicho Céfiro?

Es una pregunta candente. ¿He de interpretarlo como una señal de que Aquel que Trae la Primavera se preocupa más por mi seguridad que por la de Harper?

—No tengo ni idea.

—Está bien. ¿Algo más?

—En segundo lugar, no debes comer ni beber nada que te ofrezcan.

—De acuerdo. —Sus ojos se estrechan por el retraso—. ¿Qué más?

—No puedes confiar en Céfiro.

Harper inclina la barbilla, con los dedos aferrados a la cuerda. No se me escapa el modo en que sus ojos vuelan hacia la boca del

pozo.

—Eso ya me lo habías dicho.

—Céfiro va detrás de algo —digo—. Y no nos ha dicho qué es. Está atado a Infra y quiere escapar.

—¿Y eso a mí qué más me da? —pregunta Harper.

Y luego dice que yo soy una ingenua.

—Para él eres una herramienta. Las dos lo somos. En algún momento manipulará la situación para sacar ventaja.

Ella pone los ojos en blanco.

—Si te hubieses preocupado de leer algo aparte del Texto, ya conocerías su reputación, las historias de todas las mujeres a las que ha atraído hasta Infra. Su comportamiento depravado no me sorprende.

Harper se sube al cubo sin más comentario y desciende. A mí me da vueltas la cabeza. Otra vez la reputación de Céfiro. No quiero creer que haya atraído a otras mujeres a Infra, pero es algo que he vivido en mis carnes.

El cubo vacío regresa arriba. Espero un momento más, pero, al final, yo también me meto dentro. Mis caderas son demasiado anchas para encajar por completo, así que me siento en el borde y apoyo las botas en el fondo. El contenedor baja con un chirrido.

La luz del exterior se atenúa. Respiro. Inspiro por la nariz, espiro por la boca. Cuelgo suspendida durante una eternidad. Aprieto tanto la cuerda que siento calambres. El frío de las profundidades se cuela por mi ropa. Cuando el cubo llega al suelo, suelto todo el aire y salgo con las piernas temblorosas. Mis botas se apoyan en el mullido suelo del camino cubierto de hierba.

Está oscuro como boca de lobo, como el mundo antes del Padre. Diversos tonos de carbón manchan las paredes de piedra, el suelo, el techo de la caverna. El camino de hierba lleva hasta una franja más oscura, que resplandece ligeramente y que solo puede ser el río subterráneo. El agua salpica las paredes. Este lugar parece un útero.

Céfiro se encuentra junto a la orilla, empujando con la bota una barca picuda con forma de flecha.

—Llegaremos a la Gruta por el río Mur. —Alza un remo largo y fino que descansa en uno de los asientos de la barca—. Sentaos en la parte de atrás, cerca de la popa.

—El río Mur está a muchos kilómetros de aquí —señalo, incapaz de disimular los temblores de mi voz—. Debes de estar equivocado.

—Ah, ¿sí? —Él señala adelante con un ademán—. Esto también es el río Mur. Bajo tierra fluye en dirección contraria a la superficie, pero las aguas son las mismas.

Decido que esas palabras son oficialmente demasiado confusas como para entenderlas.

Harper y yo nos subimos a la barca. Es estrecha, así que nos vemos obligadas a estar pegadas la una a la otra. Sin embargo, de momento acepto la solidez de su espalda contra la mía, su calor es un consuelo extraño y poco deseable. Nos introducimos en la hambrienta oscuridad.

18

Unas alas puntiagudas asoman de la oscuridad al frente. En un primer momento, las facciones de la bestia no se distinguen bien. Sin embargo, cuanto más nos acercamos por el túnel de techo bajo, más grande parece. Descansa sobre la pesada puerta de hierro que nos sale al paso. Tiene pinchos afilados que asoman como huesos rotos, y un plumaje ahusado que cae como una lustrosa cascada negra de vetas lilas. Nunca he visto una criatura con una envergadura de alas tan enorme. Parecen montañas oscuras que coronasen la pesada puerta en la que se posa.

Una luz roja incide sobre los barrotes a los que nos acercamos. El agua fluye como aceite ante nosotros. Una brillante cerradura de plata nos bloquea el paso.

Céfiro alinea el remo con la popa y arrastra el extremo por el lecho del río para aminorar la marcha. Harper y yo permanecemos inmóviles, apretadas la una contra la otra, estremeciéndonos en medio del aire húmedo que recorre el largo túnel.

He perdido la cuenta de las horas que hemos pasado bajo tierra. Me he quedado dormida dos veces, con un sueño poco profundo e incómodo. Céfiro asegura que llevamos viajando tres días, pero a mí me parece más tiempo, porque las horas se deshilachan, y con ellas, mis nervios. Pronto llegaremos a un lugar abierto, luminoso. He de creer que así será.

Al cabo nos detenemos del todo. Harper se remueve a mi lado, su respiración errática.

—Así que es Aquel que Trae la Primavera. Saludos.

Una voz se desliza por entre el sudario de oscuridad que nos rodea. Es una voz antigua: mares viejos, tierra hendida, de un

tiempo anterior al Texto, cuando todo el mundo era un vacío. Suena como el final. No sabría decir el final de qué, pero así es como suena.

Céfiro inclina la cabeza.

—Tuya es mi voluntad.

Un latido en la penumbra me recorre la piel.

—Así que te acuerdas. —La voz se suaviza—. Ha pasado mucho tiempo.

—Un dios nunca olvida.

El aire susurra como si esta luz tenue se hubiese vuelto tangible.

—Los dioses no, pero aquellos que nos adoran… El mundo brilla más para los mortales. Cada día les trae algo nuevo. Es de esperar que nos olviden. Pero ¿qué es lo que trae al Mensajero tan lejos de su amo?

Incluso de lejos siento la tensión creciente de Céfiro.

—Necesitamos que nos permitas pasar sanos y salvos.

—Es lo que pensaba. Qué osado por tu parte. —Algo repiquetea levemente contra la piedra—. Y qué necio.

Intento controlar la respiración, pero me temo que la criatura oye mis jadeos crecientes. No puede ser el Semental, ¿verdad?

—Se acerca el diezmo, Céfiro. Sea lo que sea lo que planeas, te ruego que te lo pienses mejor. —El repiqueteo aumenta cada vez más. Me recuerda a un millar de patas de insecto que recorriesen la roca—. No subestimes la ira de Pierus.

—De eso me preocuparé yo, ¿te parece? —espeta Céfiro.

Algo chapotea en la lejanía.

—Muy bien. —Oigo la sonrisa en su voz—. Por supuesto, eres consciente del pago.

Una daga aparece en la mano de Céfiro. Estoy segura de que hace un instante no estaba ahí. Él se la clava en la palma y la retuerce. La sangre mana, negra. Céfiro gira la mano y deja caer tres gotas en el agua.

El brillo color rubí que tiñe las paredes se suaviza hasta adoptar un tono más parecido al rosa intenso. Un suspiro de alivio llena la

cueva y, un momento después, las puertas se abren con un chirrido.

Céfiro avanza la barca con una pétrea resolución en el rostro. Casi hemos pasado la abertura cuando algo se retuerce en las alturas. Miro hacia atrás, a lo alto del túnel. Un ala se cierra con un susurro de plumas exangües. Sea lo que sea esa criatura, desde luego no está muerta.

Miro de golpe hacia delante. Harper no ha captado el movimiento; tiene la mirada gacha. Recuerdo la primera vez que vine a Infra, el modo en que su naturaleza perversa se introdujo en mi mente. Willow. Los dos miembros del pueblo albo bajo el árbol. Esos días, la voz de Céfiro dominaba mis pensamientos. «Cerrar los ojos no servirá de nada. Ya lo has visto.»

Una brisa fría recorre el espacio. Me restriego los brazos en un intento de recuperar el calor, pero no lo consigo. Un olor dulzón a plantas podridas llega en oleadas de la caverna algo más adelante.

—Pensé que decías que solo las mujeres mortales pueden entrar en la Gruta —le susurro a Céfiro.

Él impulsa la barca con el remo contra la corriente y la posiciona para poder girar en un recodo.

—Esto no es la Gruta —replica—. Estamos entrando en las tierras salvajes de Infra, donde no llega la influencia de Pierus. En esta zona moran sobre todo criaturas acuáticas que viven con sus propias reglas.

—¿Y eso no le importa al Rey Orquídea?

Cualquiera diría que un hombre henchido de poder no desearía que hubiese un solo rincón de sus tierras que no estuviese bajo su influencia. Una vez más me pregunto por el origen y los términos de la relación que tiene Céfiro con él, por los acontecimientos que han llevado a Aquel que Trae la Primavera a participar en el horrendo ritual que presencié.

—A veces, la mejor manera de controlar a alguien es dejar que piense que es libre.

—Ya veo.

Centro la atención en el río Mur, negro sobre negro, una sucesión de recodos sin fin.

—No toquéis el agua —murmura Céfiro— o será probablemente lo último que hagáis.

Inspiro hondo y me acomodo durante lo que queda de viaje. La oscuridad se ha espesado desde que cruzamos las puertas. No se parece a nada que haya experimentado antes. Podríamos estar desplazándonos en cualquier dirección. El río podría convertirse de repente en cascada y yo no me enteraría hasta la caída.

—¿Por qué te da miedo la oscuridad? —La voz de Céfiro surge de las sombras.

Yo me contemplo las manos enguantadas. Está tan oscuro que no distingo la silueta.

—Antes no me daba miedo. —Lo cierto es que me encantaba deambular por el bosque en el umbral de la noche—, pero eso fue antes de la tormenta.

Antes de muchas de las cosas que sucedieron, en realidad.

—¿Qué tormenta?

—La tormenta es la razón por la que perdí a mi madre. La primavera del año en que cumplí once años, el clima fue especialmente duro. A veces granizaba. Había sequías muy largas que acababan con los cultivos.

Cierro los ojos mientras esos recuerdos punzantes y cansinos se liberan.

—La tormenta llegó de repente. Cielos claros y los vientos más fuertes imaginables. Hizo añicos los árboles, redujo a escombros varios edificios. Destruyó nuestra casa. Mi madre y yo tuvimos que huir a las profundidades de Carterhaugh. —Pasan unos cuantos latidos hasta que puedo continuar—: Me llevó a la base de la montaña. Había un viejo árbol podrido; me dijo que me escondiese dentro del tronco, que allí estaría a salvo mientras ella iba a buscar ayuda.

Flotamos pausadamente por la eternidad. Yo finjo que me encuentro en otra parte; a campo abierto, libre del peso aplastante

de la tierra.

—Durante tres días aguardé a que regresase mi madre. Estaba oscuro. Llovía. Yo oía las campanas de la iglesia, que señalaban las horas, pero no sabía que todo había cambiado.

Tampoco sabía que sería la última vez que la vería.

Céfiro ha dejado de impulsar el bote. Por el Padre, juré que jamás volvería a pensar en esto. El comportamiento de mi madre se había deteriorado, se había vuelto errático, disparatado, imprudente. Toda su motivación había sucumbido a la paranoia. Me sacó a toda prisa del árbol y me llevó a tirones hacia las campanas que resonaban en la lejanía, a los blancos capiteles de Thornbrook.

—Lo que me da miedo de la oscuridad no es la falta de luz —le digo a Céfiro—. Lo que me da miedo es lo que significa: soledad.

Nunca había hablado tanto con nadie de esta debilidad mía. Con nadie.

Las puntas de los dedos de Céfiro me acarician el antebrazo.

—Dame la mano.

Abro los dedos y él me deposita algo en la palma. Un objeto redondo, ligero, delicado, como un pétalo. Lo aprieto con curiosidad. Está duro.

—¿Qué es esto?

—Toca el centro.

Se oye un tintineo leve y yo parpadeo ante una repentina luz rosada.

—Oh.

Qué bonito. Y qué familiar. Estoy segura de que Céfiro me enseñó este objeto antes de entrar en la guarida del Rey Orquídea.

—Se llama rosaluz. —Su rostro se suaviza bajo el resplandor del disco. Yo frunzo el ceño y lo miro con más atención. Durante un instante, juraría que sus facciones han cambiado—. Cuando las rosas de Infra maduran, se recolectan sus pétalos y con ellos se crea una sustancia de luz eterna.

—Es hermosa.

Alzo más el objeto y dejo que su brillo devore el gris de las paredes, que se ensanchan. El río Mur desemboca en un enorme lago subterráneo. Con este latido en la mano, la oscuridad retrocede y yo me calmo. Esta rosaluz es otro misterio sin resolver que rodea a nuestro guía inmortal. Hay muchos aspectos del Viento del Oeste que ignoro.

—Me dijiste que prefieres el arco —digo—. Pero jamás te he visto llevar ninguno.

—Ah. —Baja el remo, lo apoya en longitudinal sobre la barca y se agacha junto a mí, con Harper a su espalda—. Por desgracia, perdí el arco hace tiempo. Se lo regalé a la esposa de mi hermano mayor.

Esta afirmación está formada por fragmentos que examino mentalmente uno tras otro. Si está convencido de que la gente es inherentemente egoísta y que la buena voluntad no es más que humo, ¿por qué lo hizo? Creo que esto encierra una historia que aún no he descubierto.

—Wren es una arquera muy dotada —prosigue—. Sé que cuidará bien del arma. Pero lamento el modo en que se lo regalé. A consecuencia de ello he sido expulsado para siempre del reino de Bóreas.

—¿Por qué?

Céfiro tamborilea con un dedo sobre su pierna. La tensión aumenta tanto que nubla sus ojos con lo que creo que es remordimiento o pesar. Quizá ambos.

—Porque he tomado malas decisiones. Porque fui egoísta. Porque no aprendí.

Eso no me dice nada. Quiero saber. Debo saber. Una vez más, pregunto:

—¿Por qué?

—Permíteme que te haga una pregunta: ¿alguna vez te has preguntado por qué razón alguna gente parece acaparar toda la suerte?

—Me lo pregunto constantemente —respondo con sinceridad.

—Da igual lo que hagan. El mundo se despliega ante ellos, se amolda hasta formar el camino más prístino. Otros pueden tratar de hacer lo correcto, pero sus intentos son malinterpretados, quedan contaminados. Cualquier progreso encuentra un nuevo obstáculo. —Hace una pausa—. Mi hermano es un buen hombre. Ha cometido errores, pero ¿acaso no los hemos cometido todos? —Traga saliva y se pasa una mano por la barbilla. Oigo el áspero susurro de la barba de pocos días en la oscuridad—. Ha seguido adelante, se ha construido una vida hermosa para sí. Se lo merece. Yo, en cambio, me pregunto si se podría llegar a amar a alguien con un pasado como el mío. A alguien como yo.

Quizá sea lo más triste que he oído en mi vida, pero aun así comprendo de un modo horrible lo que dice Céfiro; esa sensación de ser inadecuado.

—¿Frío? —murmura él.

A pesar de ser más bajo, sus manos cubren las mías. Se apoyan como oro trigueño sobre mis delgados guantes marrones, bañados por la rosaluz. Aunque no he respondido a su pregunta, él se lleva mis manos a la boca y me sopla en los dedos. Incluso a través de los guantes, su aliento cálido envuelve mi piel helada.

Nuestros ojos se cruzan en medio del velo de oscuridad que inunda el lago subterráneo. Se percibe en el aire una densidad que no estaba presente hace un instante. Otra exhalación cubre mis manos y el dolor del frío se convierte en un hormigueo agradable.

Céfiro me baja las manos.

—¿Mejor?

Mi voz me ha abandonado. Solo puedo asentir. Y, oficialmente, llevo demasiado tiempo clavándole la mirada. Cambio de postura para alejarme de él y me giro hacia Harper para ver cómo está.

Y me encuentro con que la barca está vacía.

Giro en redondo.

—Harp…

Céfiro me pone la mano en el hombro como advertencia.

—Cuidado, no pronuncies el nombre de tu amiga.

—¿Adónde ha ido?

Se impone el silencio durante un instante.

—No podemos alcanzarla.

—¿Qué?

Una grave expresión asoma a su rostro, arraigada en el peso de la mortalidad. Sin embargo, no es su propia mortalidad lo que teme, pues Céfiro, Aquel que Trae la Primavera, no puede morir.

—Se la han llevado.

—¿Quién se la ha llevado? —Esfuerzo la vista escrutando el agua abierta. ¿Qué tipo de criatura mora bajo la superficie?—. ¿Cómo ha sido?

Si la hubiesen secuestrado, lo habríamos visto, ¿verdad?

—Las náyades —susurra—. Ninfas que moran en el agua. Son criaturas arteras, capaces de manipular el aire y el agua para ocultar la vista y anular el sonido.

Algo se ha congelado en mi interior: mi corazón, mi estómago o mis pulmones. El aire ha cambiado. No me lo puedo ni imaginar. No he visto nada. No he oído nada, ni un chapoteo. Podría estar justo debajo de la superficie. Me inclino por el borde de la barca, buscando…

Un fuerte tirón me echa hacia atrás. Aterrizo de culo y la barca se mece. La rosaluz cae al suelo con un crujido y rueda bajo el banco.

—Las náyades paralizan a sus víctimas al tocarlas. Lo llaman «beso paralizador». En cuanto desaparezca la parálisis, se ahogará.

—¿Parálisis? —¿La habrán atrapado porque yo me he distraído? Si hubiese estado más atenta, si hubiese resistido el arrullo de Céfiro…—. ¿Cuánto dura esa parálisis?

Con una amabilidad que no suelo ver en él, el Viento del Oeste dice:

—No es una muerte dolorosa. No se dará ni cuenta.

Puede que no me caiga bien Harper, pero si muere en el agua, lejos del sol que da la vida, su alma quedará para siempre expulsada de las Tierras Eternas. Ese destino no se lo deseo a nadie.

Despacio, me pongo de rodillas y me reajusto la falda alrededor de las piernas. Luego alargo la mano hacia la rosaluz y agarro su forma lisa y fría. ¿Qué es lo que necesito? Necesito tiempo, cosa que no tengo.

—Mírame. —Céfiro me agarra del brazo, pero yo me libro de él—. Ya es demasiado tarde para ella.

—Nunca es demasiado tarde —digo, y me zambullo en el oleoso lago negro.

19

Me hundo más y más. El frío me deja sin respiración, me encoge los pulmones. Mis cabellos flotan en medio de la penumbra como mechones de hierba en llamas. Apretada en la mano llevo la rosaluz, que disuelve la oscuridad en fragmentos. Criaturas extrañas y etéreas se deslizan por el cenagoso fondo del lago. Poseen una anatomía inconfundiblemente femenina: curvas bajo jirones de ropa mojada, extremidades con forma de aleta. Las náyades me contemplan con ojos lechosos y enormes.

Harper flota en el lecho del lago. Su cabello, tan fino e insustancial como la niebla, cuelga como un velo alrededor de sus facciones. Dos náyades la acompañan en este estado de languidez. De sus labios brotan burbujas, y arrastra las botas por el cieno. Yo pataleo hacia arriba y saco la cabeza por la superficie del lago. Céfiro me grita desde el bote, pero vuelvo a zambullirme. Me impulso con fuertes patadas hacia delante. Cuanto más me hundo, más noto el peso aplastante del agua. Doy otro pataleo y avanzo más.

Le rozo el hombro a Harper y un zarcillo limoso y frío se enreda en torno a mi tobillo. Bajo la mirada. Una de las criaturas me agarra la pierna con apéndices membranosos. Suelto un grito y se escapan burbujas de entre mis labios. Doy una patada, otra más, hasta que la náyade me suelta. Una vez me veo libre, agarro a Harper de la cintura. Su peso se une al mío y empezamos a hundirnos.

Siento un estallido doloroso en las orejas. La presión me oprime las cuencas oculares. Llegamos al lecho del lago. Me impulso, con Harper agarrada, y nado con todas mis fuerzas. La turbia superficie parece encontrarse a una distancia imposible. Siento como si se me

fuese a abrir el cráneo en dos, pero casi hemos llegado. Casi saboreo el aire en la lengua.

Unos dedos largos y crispados me agarran de los cabellos. Veo por el rabillo del ojo algo que pasa a toda prisa. Me giro para enfrentarme con este nuevo enemigo mientras me tiran de los cabellos aún más. Echo mano de la daga que llevo a la cintura y doy un tajo. Le acierto a una de las criaturas en el hombro. La hoja se hunde en una carne gomosa y suave. La náyade retrocede con un grave lamento. Un líquido humeante enturbia el agua.

Otra criatura me ataca por la espalda. Me giro y lanzo otro tajo para mantenerla a raya, pero Harper se me escapa. Siento que se me contraen los pulmones. El dolor se ha convertido en una estrella que arde al rojo vivo.

Nado para alejarme del grupo que se cierne sobre mí e intento recomponerme. Me palpita la cabeza con un dolor implacable. Las náyades se retuercen, agitan el cieno, enturbian el agua. Una me ataca con unas uñas curvas. Un estallido de dolor en mi hombro. Trazo un amplio arco con la daga. La criatura retrocede y abre la boca para revelar dientes triangulares que ribetean unas encías podridas.

Otro golpe con la daga consigue dispersar a las criaturas. Me zambullo y agarro la espalda del vestido de Harper con una mano. Empiezo a tirar de ella hacia la luz lejana. Por el rabillo del ojo veo que Céfiro la ha agarrado del brazo para ayudarme. En medio del barullo, no me he percatado de que él también se ha metido en el lago.

Saco la cabeza a la superficie con un reguero de gotas de agua. Inhalo una bocanada de aire helado. La barca se ha alejado hasta chocar contra una pared lejana.

—Hay que llevarla hasta la orilla —consigue decir Céfiro.

Juntos arrastramos el cuerpo inerte de Harper hasta la orilla empinada y rocosa. Yo me arrodillo a su lado, con las rodillas apoyadas en las afiladas rocas. Agarro su rostro pálido y cerúleo con

las manos. La sacudo con fuerza. No hay respuesta. La abofeteo una vez, dos. Nada.

—No sirve de nada.

—Calla.

Su esternón, una placa de duro hueso, se comba bajo mi peso. Una vez vi que un médico resucitaba a un hombre presionándole el pecho. Aprieto dos veces con fuerza y la cabeza de Harper cimbrea con el movimiento. Parece diminuta con ese vestido y el cordón blanco anudado que le aprieta la cintura hasta reducirla a nada.

Las botas empapadas de Céfiro entran en mi campo de visión.

—Ha pasado demasiado tiempo bajo el agua.

Harper vivirá, aunque solo sea para que yo pueda echárselo en cara el resto de su vida. Empiezo a darle golpetazos en la espalda. Puede que así expulse el agua de los pulmones.

—No va a funcionar. La parálisis…

—Te voy a decir lo que le prometí a esta mujer el día en que nos conocimos —digo sin bajar el ritmo—. Yo estaba sola, aterrada y pesarosa. Ella vio lo sola que me encontraba y aprovechó la circunstancia para herirme: me puso la zancadilla en mitad del refectorio; la comida me manchó todo el vestido. Yo le dije que jamás olvidaría su crueldad. Y que jamás permitiría que ella la olvidase.

No va morir. Asegurarme de que viva es una tentación demasiado grande; presenciar su derrota cuando yo me haga con Meirlach. Aunque la madre Mabel se entere de que he roto mis votos, habré triunfado.

Se me escapa un grito directo del pecho:

—¡Te he dicho que respires…, pedazo… de… zorra!

Le doy un gran puñetazo en el corazón.

Harper abre los ojos de golpe. Se queda rígida, con la cabeza hacia un lado, echando agua por la boca. Sus dedos arañan la orilla rocosa.

Yo me echo hacia atrás y me siento, agotada hasta los huesos, temblando. Una vez que ha vaciado los pulmones, Harper se

derrumba en el suelo, con el pelo enmarañado en su propio vómito. Me mira con ojos entrecerrados y las facciones desencajadas con emociones contradictorias, como si comprendiese lo cerca que ha estado de la muerte pero no entendiese quién la ha salvado. Su salvadora chorrea agua, lleva la ropa pegada a la piel y tiene la cara desprovista de color. Pero está viva. Con eso basta.

—Tenemos que hacer una hoguera —digo, y alzo la mirada hacia Céfiro. Él me estudia, atolondrado—. ¿Hay algo con lo que podamos encenderla? —Dado que no responde de inmediato, insisto—: Céfiro.

Él tuerce la boca y el movimiento acentúa su palidez. Por algún motivo, los parches de su piel parecen haber desaparecido.

—Hay una aldea de ninfas marinas —dice—. No está lejos. Pero yo no esperaría que nos den una cálida bienvenida.

—Pensaba que esas criaturas del lago eran ninfas marinas.

—No, son náyades, ninfas de agua dulce. Las ninfas marinas son sus primas lejanas.

Me está costando retener en la mente toda la variedad de criaturas que componen el pueblo albo. Duendes, náyades, dríades, ninfas marinas. ¿Qué más habrá?

—¿Estaremos a salvo allí? —No siento los dedos, ni de las manos ni de los pies—. Necesitamos calentarnos.

Las extremidades de Harper tiemblan, erráticas. La agarro de la cara y escruto sus facciones. Tiene los labios azulados y la piel pálida. Me atraviesa con la mirada; el color de sus ojos se ha vuelto opaco. Y entonces me percato de otra cosa: el camino cubierto de hierba ha desaparecido.

—El sendero. —Miro a Céfiro—. ¿Qué ha pasado con el sendero?

Su mirada desciende al suelo.

—Infra ha debido de prever nuestra llegada hace kilómetros, en el caudal. Pero no esperaba que saltásemos de la barca. —Enarca una ceja ante mi expresión de alarma—. No te preocupes, mientras sigáis cerca la una de la otra, no os pasará nada.

—¿Y la aldea? ¿Es segura?

La vacilación del Viento del Oeste me preocupa, porque siempre ha actuado con una convicción imperturbable.

—Eso está sujeto a interpretación. Manteneos en guardia. Si algo me sucediese a mí, tendréis que encontrar otro modo de salir.

Es difícil encontrar guías de confianza, aunque tampoco es que me fíe de Céfiro.

—Por desgracia, no tenemos alternativa. —Me recompongo el vestido y me levanto—. Llévanos a la aldea.



Envuelta bajo el manto, me esfuerzo por amortiguar mi respiración mientras Céfiro nos impulsa por el río Mur. La penumbra sigue inalterable, no cambia ni el color ni la forma. Entre las manos llevo la rosaluz, que ofrece poco alivio ante esta oscuridad, y mucho menos calidez.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta Céfiro en tono quedo.

Arrebujada en el fondo de la barca, Harper yace en medio de una inmovilidad espectral. Sus músculos sufren pequeños espasmos de vez en cuando, en un intento de calentar sus extremidades empapadas. Su cuerpo está presente, no así su mente. Los ojos, desenfocados, con pupilas contraídas, evidencian que su mente se ha encerrado en sí misma.

—No hay cambios.

Espero en medio de un silencio expectante, pero Céfiro no dice nada. No me ha preguntado cómo me encuentro yo. Intento que no me moleste esta falta de preocupación, aunque la sensación pesada que tengo en las tripas viene a visitarme sin anunciarse.

—¿Se recuperará? —No lo he preguntado hasta ahora; me daba miedo la respuesta.

El agua salpica cuando el Viento del Oeste alza el remo para que la corriente nos arrastre hasta un rincón en forma de horquilla.

—Eso depende de cómo reaccionen las ninfas marinas a nuestra llegada. Su clan tiene herramientas para revivirla, pero quien decide

a fin de cuentas es la matriarca.

—¿Y piensas que quizá no quiera ayudarnos?

—Puede que quiera ayudaros a vosotras, pero a cambio de algo valioso. —Emite un sonido ronco y crudo. Una risa, comprendo—. A mí, no.

Me giro y le clavo la mirada.

—¿Qué es lo que le hiciste?

Él me mira a los ojos sin encogerse, casi como si hubiese esperado esta pregunta.

—Bastantes cosas. —Aprieta los labios bajo esa nariz grande y torcida—. Yo también tengo remordimientos.

Me he cansado ya de que sea tan esquivo. Donde las demás personas plantan los pies, Céfiro va mariposeando de aquí para allá con saltitos breves. Miro al frente y pregunto:

—¿Qué sucederá si no se puede ayudar a Harper?

—No morirá, pero ¿quién sabe si no quedará alterada de manera irreversible? Nadie sabe cuáles son los efectos a largo plazo.

¿Cambios irreversibles? Espero de verdad que se recupere. No puedo regresar a Thornbrook con una compañera que no esté en sus cabales, pero tampoco puedo regresar sin ella. Las dos tomamos la decisión de entrar en Infra, pero no puedo evitar sentirme responsable del infortunio de Harper. Hemos llegado aquí porque colaboré con Céfiro. Por otro lado, sin su ayuda no habríamos podido entrar en Infra.

Algo grazna en la lejanía, un chillido que penetra en el silencio de la cueva. Yo aferro con más fuerza la rosaluz, cuyo resplandor se filtra por los huecos entre mis dedos.

—Estamos cerca —murmura Céfiro.

Rezo para que haya una hoguera o, al menos, ropa seca y cálida.

—¿Participa en el diezmo el pueblo albo que vive en las zonas salvajes? —quiero saber.

Céfiro aminora la marcha por el agua. Cuando siento sus ojos clavados en mi espalda, me giro para mirarlo de frente.

—¿Has participado tú en el diezmo? —pregunta con curiosidad, aunque también capto algo más en su voz. ¿Vergüenza, quizá?

—No. La última vez estaba enferma.

Había esperado que la madre Mabel me eligiese como una de las veintiuna participantes, pero casi no tenía fuerza para caminar, mucho menos para realizar todo el viaje hasta las profundidades. Catorce años y mis sueños ya se habían hecho añicos.

Esto parece animarlo un poco.

—Los que moran estas zonas no suelen participar. Aquí no respetan el gobierno del Rey Orquídea. Se entiende que eso irrite a Pierus.

—No puede gobernar a quienes no puede controlar.

—Exacto.

Pienso en lo que ha dicho Céfiro y luego se me ocurre algo que en realidad no ha dicho.

—¿Qué cambiarías tú si te encontrases en el puesto del Rey Orquídea?

El túnel largo y retorcido por el que fluye el río guarda silencio. El mismo silencio elocuente de Céfiro, aunque…

—Todo —dice al fin—. Lo cambiaría todo.

La conversación languidece y doblamos un recodo. Entonces el túnel se ensancha y el caudal del río Mur crece. Por encima del río asoma una banquisa rocosa sobre la que descansa una aldea.

Estudio a los miembros del pueblo albo desde la seguridad de la barca a medida que nos vamos acercando poco a poco a la orilla. Esas criaturas son esbeltas, pero de vientres redondeados. Habitan en cabañas de hierba achaparradas con tejados elevados y romos. Los hombres llevan pantalones hasta los tobillos y van desnudos de cintura para arriba. Una piel pálida, como de pescado, y unos ojos lechosos les dan apariencia de salamandras de largas extremidades.

—¿Qué les pasa en los ojos?

—Las ninfas marinas son de los miembros más antiguos del pueblo albo. Han vivido en las grutas más profundas de Infra desde hace siglos, y rara vez salen a la luz. Se han adaptado con el tiempo

a vivir sin el sentido de la vista. Cuando viajan hacia el mar se refugian en cuevas y en aguas profundas. Aunque te advierto una cosa —murmura—: su sentido del olfato es más agudo que el de un sabueso.

El grupo de ninfas marinas está ocupado tejiendo redes para pescar. Una de ellas gira la cabeza hacia el río e inspira hondo con una nariz grande y rajada. El resto del grupo también nos mira. Dejan las redes al ver que nos acercamos y enderezan sus cuerpos, largos y esbeltos. Céfiro atraca tranquilamente y me hace un gesto para que permanezca sentada. Baja de la barca con un movimiento tan suave que esta ni siquiera se mece. Harper tiembla, mirando de una criatura a otra. Aunque acerco la mano a la daga que llevo a la cintura, no la desenvaino.

Una mujer —o lo que creo que es una mujer, a juzgar por su atuendo— da un paso al frente.

—Eres Aquel que Trae la Primavera. Hace tiempo que no te veíamos por aquí.

Su voz es aguda y fina, con palabras estranguladas, como si tuviese fluido en los pulmones. Un tinte azulado mancha sus ojos acuosos y medio ciegos.

Céfiro avanza por la banquisa, aunque percibo que prefiere mantener la distancia con el grupo.

—Hola, Annag.

La mujer que, supongo, es la matriarca del clan estira la mano con la palma hacia arriba. Lleva un vestido largo y mugriento con los bajos hechos jirones, pegado a un cuerpo más bien esquelético. De sus hombros brotan pequeñas protuberancias parecidas a coral roto.

Céfiro suspira y saca la daga. Se pincha el dedo y deja caer en la palma de la mujer una gota de sangre. La ninfa marina se lleva la palma a la nariz e inspira hondo.

—Cuánta fuerza —susurra, y luego se limpia la mano—. ¿Qué tal te ha ido desde la última vez que nos encontramos?

—Tirando. —Envaina la hoja tras limpiársela en los pantalones. El grupo escruta sus movimientos; sus orejas pequeñas y puntiagudas

se sacuden cuando el metal se introduce en la vaina—. He oído que tenemos un conocido común.

—El marinero. —Asiente—. Lleva diez años en Troya. Diez años desde que se hizo a la mar. Es más fuerte de lo que pensamos en un primer momento, y muy listo. ¿Cómo se llamaba?

—Odiseo.

—Odiseo, sí. —Ladea lentamente la cabeza—. Y esa bruja, Circe, le advirtió de nuestra presencia. Odiseo ordenó a los marineros que se metiesen cera de abeja en las orejas. Y a él lo ataron al mástil de la nave.

Algunas de las ninfas sueltan risas entre dientes como respuesta. Annag sonríe. Sus dientes me recuerdan a conchas rotas.

—Oh, cómo suplicaba. Le cantamos nuestra balada más bella. Habría sido todo un festín para nosotras. Pero, por desgracia, los planes no siempre salen como se espera. No se rindieron a nuestro canto.

—Ya me enteré. —Céfiro examina a la multitud y luego retrocede hasta el borde del saliente. Harper y yo seguimos mirando desde el bote.

—Admito que me sorprendió que ayudases a Odiseo. —Annag se hurga entre los dientes—. A no ser que me equivoque.

—Hice lo que pude para ayudar a Odiseo a regresar a Ítaca, pero los hombres mortales son unos necios, lo sabes bien. Sus marineros abrieron la bolsa de los vientos que le di y que los mandó a cientos de millas en alta mar. Ellos y nadie más que ellos son los responsables de su propio infortunio.

—Una lástima. —Los ojos de la ninfa marina giran levemente a la izquierda. No consigue ubicar exactamente a Céfiro—. Pero hablemos del presente. Has traído compañía. Por aquí no se ven mujeres mortales a diario.

Céfiro se inclina hacia nosotras, sombrías sus facciones, envueltas en secretismo.

—Una de las mujeres necesita una sanadora. Y a ambas les vendrían bien ropas secas.

—¿Y esperas que mi clan te proporcione todo eso? —Una sonrisa dulcifica su voz a pesar de que su boca no se mueve—. Mucho espera de nosotros Aquel que Trae la Primavera.

—Entiendo que no será gratis.

—Entiendes bien. —Una lengua larga, propia de un insecto, aparece entre sus labios y tiembla con suaves aleteos en el aire—. Una de las mujeres sabe a fuego. La otra, a sal.

—De camino hemos tenido un encuentro con náyades —explica él.

—Si lo que buscas es un intercambio, prefiero regatear con la mujer que sabe a fuego.

—No. —Jamás he oído una orden tan brusca de una lengua tan melosa—. Los negocios, conmigo.

Una sonrisa pequeña y serena aparece en la boca de la ninfa marina. Me temo que Céfiro ya ha revelado demasiado.

—Muy bien —dice ella, y la multitud a su espalda habla en un lenguaje gutural que no alcanzo a comprender—. Pues negociemos.

—¿Y qué pasa con mis compañeras?

—Permitiré que se refugien en nuestra casa de invitados hasta que lleguemos a un acuerdo. Allí entrarán en calor.

Céfiro me mira a los ojos. Yo asiento.

—Gracias, Annag. Muy amable por tu parte.

—Sí, muy amable por mi parte —dice ella en tono quedo.

La matriarca lo lleva a una de las cabañas, y dos ninfas marinas se acercan a la barca, cargando con cestos de tela en sus brazos escuálidos. Sus ojos largos y redondos nos atraviesan.

—Olemos la mugre que lleváis encima, humanas —dicen al unísono—. Venid. Os llevaremos a los baños.

Yo bajo del bote y doy gracias por pisar suelo firme. Harper, sin embargo, no se ha movido. Sacudo el bote para llamar su atención.

—Vamos.

Su expresión se nubla, descentrada, imprecisa.

—No —murmura entre dientes con la boca apretada—. ¿Has visto a esas cosas? Son repugnantes. ¿Cómo sabes que no nos llevarán a

algún rincón apartado y nos despellejarán?

—No lo sé. —Cuanto más nos internamos en este reino oscuro, menos sé y menos certezas tengo—. Pero tienes que reponerte, y ellas pueden ayudarnos.

—¿Confías en la palabra de Céfiro?

Se ha esforzado mucho para mantenernos a salvo. Quizá lo haya juzgado mal.

Harper rasca la madera del bote y de pronto se detiene, respirando con rapidez.

—Oigo una voz en mi cabeza… y creo que no es la del Padre.

Yo le apoyo una mano en la espalda.

—¿Oyes una voz?

Ella alza la cara. Una película le cubre el blanco de los ojos.

—¿Tú no?

—Harper —susurro para que nadie más oiga su nombre—, estoy aquí.

Ella se aferra a mi mano con fuerza. No piensa soltarme.

Una oleada de preocupación me recorre con sorprendente intensidad. Una Harper debilitada, insegura y asustada. Nada de eso me encaja.

—Ven.

La saco del bote y la guío hasta la banquisa rocosa. Las dos ninfas marinas nos llevan a cabañas separadas. Paredes de arcilla, pintadas de rojo por una única vela que arde en el centro de la estancia, rodean un interior circular. Dentro aguarda una bañera llena de agua humeante. Sobre una silla de aspecto robusto espera una muda completa de ropa. Cuando me quito las botas, la ninfa marina se marcha para procurarme algo de intimidad.

Me acerco renqueando a la bañera y me crujen las rodillas, pero no soy capaz de desabrocharme el vestido porque tengo los dedos helados y rígidos. Me meto con ropa y todo en la bañera y me hundo en el agua calentísima con un gimoteo indefenso. Una vez que recupero la capacidad de usar las extremidades, consigo despojarme de los guantes, desabotonarme el vestido y arrancármelo de la piel

mugrienta. Me han dado jabón, que uso para refregarme el cuerpo y librarme de todos los restos de ese lago de pesadilla. Me quito brevemente la ropa interior y también la lavo.

Con la piel enrojecida, salgo de la bañera y me pongo el largo vestido de lino que me han dejado, así como los guantes, el cíngulo y un manto de color burdeos. Luego voy a buscar a Harper. La encuentro encorvada junto a uno de los fogones, con el pelo húmedo del baño. En lugar de haberse puesto las ropas limpias que le han dado, ha preferido volver a ponerse el vestido mugriento que traía consigo. Se estremece, con los ojos azules fijos en las llamas danzantes. En este momento no parece tan segura de sí misma. Tiene la columna encorvada, y a sus ojos de pupilas oscuras asoma la cautela. Bueno, está bien. Ya somos dos.

Con un suspiro, me quito el manto de los hombros y lo dejo caer en el regazo de Harper. Ella lo contempla y luego me lo devuelve.

—Para ti —espeto—. Me ha costado demasiado salvarte para que ahora te mueras de frío.

Sus dedos se crispan sobre la tela, pero tras un instante se envuelve el cuerpo con ella. Yo me dejo caer sobre un tronco cercano y estudio junto a ella esas llamas rojizas y anaranjadas. El aire hiede a carbón y pescado.

—¿Has dejado que te curen?

—Me han dado un bebedizo —murmura—. La voz en mi cabeza ha dejado de sonar. Debería poder recuperarme sin más efectos adversos.

Qué alivio. Odio sentirme tan aliviada.

A los pies de Harper descansan nuestras mochilas. Alguien debe de haberlas traído desde el bote. Me acerco la mía y saco unas tiras de liebre seca. Le ofrezco una a Harper, pero ella niega con la cabeza.

—¿Por qué me has salvado? —susurra.

Yo guardo la comida en la mochila y aprovecho el momento para pensarme una respuesta adecuada.

—¿Cómo sabes que no ha sido Céfiro quien te ha salvado?

Harper resopla y se inclina aún más, mirando al suelo.

—¿Qué le importo yo al Viento del Oeste? No hago más que irritarle.

Eso no se lo pienso discutir.

En la orilla, un trío de ninfas marinas saca a rastras una red del agua. Está llena de peces alargados parecidos a anguilas que no dejan de retorcerse. El clan come lo que saca del río Mur.

—Para ser totalmente sincera, no sé por qué te he salvado. La verdad es que creo que salvar a una mujer que se ha pasado la última década haciendo todo lo posible para fastidiarme la vida no ha sido una decisión muy acertada.

Harper frunce el ceño, con las manos apretadas sobre el regazo.

—Eso no es…

—No digas que no es verdad —gruño—. No te atrevas a decir que no es verdad.

Ella guarda silencio.

¿Qué me ha impulsado a abandonar la seguridad del bote y zambullirme en esas profundidades oscuras y desconocidas? Nuestra fe defiende que las aguas son la entrada del Infierno, del sufrimiento eterno. Quienes se ahogan jamás conocerán la paz. Y sin embargo, me zambullí en ellas sin ningún remordimiento.

Se me forma un nudo en la tráquea que no me deja pronunciar sonido alguno.

—Quizá debería haber dejado que te ahogases —digo al fin—. Bien sabe el Padre que te lo mereces. Pero supongo que no podía quedarme de brazos cruzados viéndote morir, por cruel que seas.

Harper se niega a mirarme. Tampoco habla. No es que le falte corazón. He presenciado actos de amabilidad por su parte, aunque hayan sido escasos y retorcidos. Quizá es que le falta corazón conmigo.

—¿No tienes nada que decir? ¿Ni siquiera me vas a dar las gracias por salvarte la vida?

—Lo siento —susurra Harper.

Yo aferro con los puños la tela del vestido, con las manos sudorosas.

—Llevo diez años esperando esas palabras. —Un atisbo de remordimiento, una señal de que se arrepiente de verdad de sus actos. No quería nada más—. Pero no bastan.

Ella alza de golpe la cabeza. Bajo esta luz cambiante, sus mejillas parecen hundidas, deformes.

—Te disculpas para aliviar la culpabilidad que sientes —digo—. Pero no es una disculpa sincera. En realidad te da igual. Siempre te ha dado igual.

Quizá esa ha sido mi ruina. A mí, Brielle de Thornbrook, nada me da igual. Y como nada me da igual, me preocupo por otros antes que por mí misma. Soy una cobarde. Me veo reducida a las letras garabateadas con tinta en mi diario. Me olvido de las partes de mí misma que de verdad me gustan. Me olvido de mi dedicación. Me olvido de mi habilidad con el martillo y la hoja. Me olvido de mi gentileza. Me he fallado a mí misma, no solo una vez, sino constantemente. No tengo la convicción necesaria para poner límites, nunca he pensado que me lo merezca. Qué triste me siento ahora mismo por la chica que he sido.

—¿Por qué yo? ¿Por qué era yo el objeto de tu animadversión? ¿Te sentías amenazada por mí? ¿Era porque la madre Mabel me favorecía a mí y no a ti?

Con cada palabra que pronuncio, un peso desaparece de mi pecho. ¿Cuánto tiempo llevo cargando con este peso? Años. Pero hoy, ahora, lo arrojo lejos de mí.

—Quizá era por inseguridad. En tu interior sabes que careces de lo que hace falta para ser acólita. No estudias. Te desentiendes de tus deberes. Tratas a otras novicias como si fueran basura. Apenas respetas a las acólitas actuales.

Mi voz, y todo mi cuerpo, tiembla ante el silencio de Harper.

—Además, ¿quieres saber algo enfermizo de verdad? Durante mucho tiempo quise ser amiga tuya. Quería que me aceptases en tu círculo. —Parece una tontería desear algo que jamás iba a

suceder—. Pero me he sentido como una extraña en Thornbrook durante una década entera, y ha sido por culpa tuya.

A Harper le tiembla la boca, y la aprieta hasta formar una fina línea. Y sin embargo, sigue sin decir nada.

—Lo que pasa —susurro— es que veo en qué te has convertido y siento pena por ti. Puede que consigas encontrar la espada Meirlach antes que yo. Puede incluso que te conviertas en la siguiente acólita. Pero yo me dormiré por las noches sabiendo que hice lo correcto, aunque no tenía por qué hacerlo.

Me pongo de pie y me alejo. Dejo a Harper en compañía de sí misma. No puedo seguir así. No pienso volver a quedar expuesta para que me apuñalen. Esa era mi vida, pero ya no.

Ya no.

20

Llegan cientos de invitados. Dríades y duendes y todo tipo de criaturas que se acercan a la aldea de las ninfas marinas a lomos de navíos estrechos, propulsados por remos largos y finos. Hombres alados, mujeres con pezuñas y cuernos pequeños y curvos. Niños sin ojos, de piel suturada, ancianos del pueblo albo tan arrugados que parecen haber sido cocidos al sol durante un siglo.

Desde el banco donde estoy sentada, escribiendo en mi diario, me fijo en un hombre de piel nívea con rayas negras que avanza entre la multitud de recién llegados. Lleva un largo abrigo que repiquetea al caminar. Va repartiendo lo que parecen ser botellas vacías a cambio de monedas. Cuando se aleja, comprendo que seguramente lo que estaba haciendo era vender nombres de mortales.

Un trío de mujeres rodea una roca plana sobre la que descansan tres cálices. Dos de ellas, de pelo rubio, pertenecen sin duda al pueblo albo. La primera lleva un buitre disecado sobre la cabeza. La segunda tiene astas. La tercera, sin embargo, tiene un aspecto normal, incluso de mujer mortal. Se sienta, tímida y modesta, entre las otras dos criaturas de brillantes cabellos. Una larga trenza negra le cae por el hombro, las manos cruzadas sobre el regazo.

Hace horas que no veo a Céfiro. La noche avanza y los festejos continúan hasta convertirse en un auténtico frenesí. No estoy segura de que haya más propósito que el de festejar por festejar, una actividad que parece gustar sobremanera al pueblo albo.

No deberíamos quedarnos mucho más tiempo aquí. A fin de cuentas, Meirlach nos espera. Quién sabe cuántos días habrán pasado cuando Harper y yo regresemos a Thornbrook.

A mi pesar, vuelvo a centrar la atención en la mujer de la trenza de ébano. Da sorbitos del cáliz que le ha tendido la de las astas, que le limpia la boca con un pañuelo de tela como si fuera una niña pequeña.

—¿Deseas un ama o un amo?

Echo la cabeza hacia un lado y me sobresalto: una enorme silueta se cierne sobre mí. Es mitad hombre y mitad oso. Unas orejas pequeñas y curvas asoman de una densa pelambrera en su cráneo grueso. Lleva un par de pantalones holgados. Su pecho descubierto es tan ancho como el de dos hombres codo con codo.

Como no respondo, él se inclina más hacia mí.

—¿Y bien?

Si retrocedo más, acabaré cayéndome del asiento.

—No comprendo.

—Esa mujer mortal a la que estás mirando es una mascota. Esas dos banshees son sus amas.

Despacio, vuelvo a mirar al trío. Sé lo que son los banshees. Se supone que sus lamentos espectrales anuncian la muerte de quienes los oyen. Y la tercera mujer es mortal. ¿Cómo es posible? Además, ¿a qué se refiere esta criatura con «mascota»?

El enorme ser se acomoda a mi lado, y yo guardo el diario en la mochila. Acerco la mano al puñal y trago saliva, con la boca algo seca.

—¿Hay muchas mascotas en Infra?

—Oh, sí. Es más común de lo que piensas.

Me cubro la boca con la mano y toso. El aliento de la bestia huele a carne podrida.

—Así que el pueblo albo se aprovecha de estos humanos.

—No, lo has entendido mal. Esa mujer entró en Infra voluntariamente. Buscaba una nueva oportunidad, una vida diferente. —Le dedico una mirada hueca—. Los mortales siempre estáis huyendo de algo. Aquí abajo es sencillo. Le dais vuestro nombre a alguien y todos vuestros problemas y preocupaciones desaparecen.

Por primera vez en semanas, desearía que Céfiro estuviese cerca. Sabe cómo lidiar con temas de conversación peliagudos.

—Pero esa mujer ya no tiene control sobre su vida.

—Es el sacrificio que se hace. —Me mira de arriba abajo—. A las mascotas las cuidamos bien. Como si fueran esos dioses pequeños de orejas triangulares que tenéis ahí arriba.

Tardo un instante en comprender a qué se refiere.

—Hablas de gatos, ¿no?

—Gatos, sí. —Sonríe de oreja a oreja—. Son unas criaturillas muy altaneras, ¿verdad? Muy egocéntricos.

Pues sí que lo son, hasta los gatos de campo más salvajes.

—Si vas buscando un amo —prosigue la bestia—, yo me ofrezco. Cuidaría de ti en todos los sentidos.

Su gran garra de oso va a descansar sobre mi muslo. Se me revuelve el estómago y agarro la daga con mano temblorosa. No quiero usarla. No quiero llamar la atención. Si grito, ¿vendrá alguien en mi auxilio? Dudo que le importe a nadie.

Sin embargo, la criatura quita la mano y dice:

—Toma. —Me ofrece un cáliz de cristal lleno de un líquido claro—. Pareces sedienta. —Señala un perol bajo el que arde un fuego—. Recogemos agua del río. Una vez que hierve, se puede beber.

Céfiro mencionó que no bebiese nada, pero imagino que se puede hacer una excepción con el agua. Se trata del río Mur, el mismo río que fluye en las profundidades. Si bendigo el agua antes de beber, debería ser segura. Y me muero de sed. Con una sonrisa forzada, acepto el cáliz.

—¡No!

Alguien me quita la copa de la mano de un manotazo. El cáliz se hace añicos contra la roca y se propaga por el aire un olor a cerezas que enmascara otro más fuerte, a plantas podridas. Bajo la vista y veo que el líquido es rojo, no claro, como antes.

—Lárgate de aquí. —Una criatura diminuta le da un empujón a la bestia, de mucho mayor tamaño—. ¡Que te largues!

El grandullón se aleja a pesados trompicones, decepcionado. Mi salvadora se gira hacia mí. Yo parpadeo y contemplo un par de ojos lisos como el ébano, en contraste con una piel y unos cabellos níveos.

—Te recuerdo —susurro, y el nombre de la duendecilla acude a mi mente—. Eres Lissi.

Ella me enseña esas encías cubiertas de baba pegajosa de la que brotan dientes agrietados.

—Y tú eres la compañera de Céfiro —replica ella, y me pone una mano en la mejilla redondeada—. No pensaba volver a verte tan pronto en Infra, sobre todo antes del diezmo. ¿Qué quieres, que te maten?

Lissi se deja caer en la roca a mi lado. Su vestido largo y blanco asoma por debajo del abrigo gastado que lleva.

—No temas, querida. Cuando regreses a tu reino, no te acordarás de nada del diezmo. Lo que pasa en Infra se queda en Infra. Pero, dime, ¿vas a participar? Miles Cross no queda lejos de aquí.

—No sé. —La madre Mabel aún no ha elegido a las veintiuna mujeres que han de participar en la ceremonia. O al menos, cuando Harper y yo nos marchamos de Thornbrook, aún no las había elegido—. No está decidido aún.

—Pues avísame si vas a asistir. Quizá podamos sentarnos juntas. —Se me acerca un poco y enhebra un brazo delgado bajo el mío. Luego apoya la cabeza en mi hombro—. ¿Te gusta mi aldea?

—Ah. —No sabía que Lissi viviera aquí—. Es… pintoresca.

Ella me sonríe de oreja a oreja.

—¿Ves allí? Es mi casa. Es pequeña comparada con vuestros habitáculos mortales, pero yo no necesito gran cosa, apenas suficiente espacio para dormir y guardar mis brebajes. A la matriarca le agradan mis pociones. Me ofreció una casa a cambio de mis habilidades sanadoras. Pero, dime, ¿Céfiro es buen guía?

—En general, sí.

Al menos cuando es honesto. Cuando no actúa en su propio interés.

—¿Y tu compañera mortal? Lleva sentada sola toda la noche. —Lissi acompaña la frase con una sonrisa lasciva—. Rara vez se ve una cara tan encantadora aquí abajo.

Con esa piel pálida, ese pelo negro y esos ojos azules, la verdad es que Harper resulta muy atractiva. Por desgracia, eso implica que atrae mucho la atención del pueblo albo. Ahora mismo, un par de hombres con cuernos y desnudos de cintura para arriba rondan su hoguera.

—Que no te engañe su belleza —le digo a Lissi con voz oscura—. Su corazón está podrido hasta lo más hondo.

Ella se ríe.

—Mejor aún. Imagino que tiene un sabor delicioso.

—Siento decirte que mi compañera no se come.

—Vaya mierda. —La duendecilla balancea las piernas atrás y adelante—. Admito que tengo curiosidad: ¿por qué has regresado? Me parece un riesgo innecesario.

La información siempre ha sido la moneda de cambio preferida del pueblo albo. Pero a Lissi no pienso darle nada.

—Mis asuntos son míos —digo, y no añado nada más.

Mis reservas parecen agradar por completo a Lissi.

—Estás aprendiendo. Pero he de advertirte —dice con cierto soniquete afilado en la voz—: si el Rey Orquídea se entera de tu presencia, quizá tome cartas en el asunto. Y desde luego eso no te conviene. El acuerdo entre Infra y Thornbrook está bien claro. Solo se permite entrar a las mortales en la víspera del diezmo.

—Mi abadesa me concedió permiso. Eso cuenta como excepción. —Me esfuerzo por mantener la respiración constante y tranquila.

—Bueno, históricamente, el Rey Orquídea y tu abadesa no tienen la relación más amistosa del mundo. Pero si tú dices que te ha dado permiso, será que el Rey Orquídea ya está al tanto.

¿Y si no? No tengo ninguna certeza, y eso me asusta.

—¿Te importaría no contar que nos has visto por aquí?

Lissi me da un tironcito de un rizo. Luego lo suelta y observa cómo vuelve a plegarse.

—Lo que pides es un gran favor. —A su boca asoma una sonrisa conspiradora—. Eres demasiado pura para este mundo, y no quiero que el Rey Orquídea aplaste una flor en invierno. Sí, guardaré silencio, pero por mi propia seguridad, esta será la última vez que hable contigo. No quiero que me castiguen.

Recuerdo la advertencia inicial de Céfiro: no confíes en nadie. El pueblo albo, sin embargo, no puede mentir. Por lo tanto, Lissi dice la verdad.

—Comprendo —digo, y me pongo en pie. Será mejor que me vaya a algún lugar más tranquilo—. Te deseo lo mejor, Lissi.

Sus ojos pétreos me contemplan.

—Y yo a ti, querida.

Recorro la linde de la aldea y me interno más en la caverna. Para mi alivio, la roca da paso a un suelo cubierto de hierba, que al cabo lleva hasta una cañada entre enormes robles iluminados por el encanto amarillento de la luna. Con un suspiro, me desato las botas y me las quito. El aire fresco me acaricia los pies sudados; es una sensación maravillosa.

—He visto que tú y tu malhumorada compañera habéis tenido un rifirrafe antes. Es un poco duro hablarle así a una amiga, ¿no te parece?

Céfiro aparece en mi campo de visión, con las ropas desastradas, despeinado. La luz de la luna confiere a su piel un encantador tono soleado. Tiene las mejillas ruborizadas. Me giro hacia él y me percato de que sus facciones se han suavizado, como si se hubiesen curado. Bajo la vista y veo que lleva abierto el cuello de la camisa. El vello del pecho, algo más oscuro que los rizos de su cabeza, salpica unos pectorales tonificados.

—Harper y yo no somos amigas —espeto.

No soporto este calor que me abrasa la piel. Me recoloco la falda sobre las piernas con movimientos rígidos.

—Cuidado con lo que dices —murmura él.

Se me encoge el estómago. Es verdad. Frustrada como estoy, me he olvidado de que no debo pronunciar el nombre de Harper.

—Quizá se merezca que le roben el nombre —murmuro.

—Aquí abajo es tu única aliada. Yo no me apresuraría a dejarla de lado. —Con una copa en la mano, Céfiro se acerca. El borde de su capa esmeralda se mece alrededor de sus piernas—. ¿Me permites que te sugiera que tiendas puentes con ella?

—¿Para qué, para que me siga insultando?

No lo comprende. Al día le faltan horas para poner por escrito todos los insultos que me ha dedicado Harper. El Viento del Oeste reflexiona un momento antes de sentarse a mi lado.

—¿Por qué crees que te insulta tanto?

—¡No lo sé! —Un bufido de frustración me abrasa la lengua—. Si lo supiera, ¿crees que me encontraría en este aprieto?

—¿Nunca se lo has preguntado?

Ya, como si estuviera dispuesta a ofrecerle el cuello para que me degüelle.

—No sabes nada de mí ni de mi situación, Céfiro. Apenas conoces los detalles superficiales, y no te has molestado en profundizar en nada. —Lo miro con ojos entrecerrados, retándolo a llevarme la contraria—. No te debo ninguna explicación.

Él deja la copa a sus pies, pliega las rodillas contra el pecho y se rodea las pantorrillas con un brazo.

—No deja de machacarte, pero aun hoy sigues negándote a hacer lo mismo. ¿Por qué?

Me encojo de hombros. Es cierto lo que dicen: a la tristeza le gusta tener compañía.

—No soy de naturaleza cruel.

Mi madre me enseñó a anteponer la lealtad y la amabilidad a todo, pero ¿qué sabía ella? Las últimas palabras que me dijo fueron: «Sé buena, Brielle».

—Quizá es que soy débil —murmuro.

—Ser tierna no implica ser débil —replica él, con una tristeza atípica en la sonrisa—. ¿Tu fe dice que has de ser buena incluso en detrimento de tu propia autoestima?

—Somos Hijas de Thornbrook —explico—. Nuestra misión no es ascender en el escalafón. Nuestra misión es servir al Padre cueste lo que cueste.

—Y el coste es tu propia individualidad.

No tiene la menor idea de lo que está hablando.

—Es el Padre quien más acepta la individualidad personal. No hay nada que yo desee que Él no pueda proporcionarme.

En mis años más oscuros, el Padre estuvo a mi lado. No me abandonó cuando el mundo se tornó gris, cuando el suelo se volvió inestable, cuando mi infancia se convirtió en polvo.

Céfiro me estudia, con las pestañas entornadas. Esa mirada penetrante me recorre las piernas, repasa mis curvas y acaba por descansar en mi rostro sonrosado.

—¿Ni siquiera ese beso que compartimos? —Su voz se hace más profunda, la siento como dedos candentes sobre mi piel.

Trago saliva. Somos las únicas personas que están en esta cañada.

—Ese beso fue un error.

—¿Y fue un error porque lo disfrutaste?

—Lo has malinterpretado —tartamudeo.

El brillo de sus dientes espanta momentáneamente la oscuridad. Una brisa me acaricia los rizos.

—¿Seguro?

—Pensaba que iba a morir. De otro modo, no me habría prestado a ello.

—Ojalá te creyese.

Me quedo rígida, preparada para defenderme, y de pronto me fijo en la copa que tiene, en el cimbreo leve de su cuerpo sobre la hierba crecida, en la nube que vela esos ojos verdes. Aprieto la boca con desagrado.

—Estás borracho.

—Encantado —me corrige, y alza un dedo—. Estoy encantado.

—Pensaba que habías dicho que el vino no te afecta.

—Y no me afecta. Al menos no como te afecta a ti.

—¿Y por qué lo bebes?

—Esto no es vino. —Alza la copa y hace girar el líquido dorado de su interior. Se lo lleva a la boca—. Lo que ves aquí es un sorbo de mi tierra natal. Resulta que es de lo poco que queda de ella.

Sus palabras no bastan para hacerme reflexionar, pero sí que lo consigue el anhelo que percibo tras ellas.

—¿Es un licor?

Céfiro echa la cabeza hacia atrás y contempla el cielo extraño y oleoso, más allá del cual yacen la tierra y la hierba de Carterhaugh, tras una negrura sin fin.

—No, aunque sí altera el estado mental de quien lo bebe. —Se echa hacia atrás y se apoya en una mano. Me recorre con la mirada—. Pero ambos sabemos que no deseas ampliar tus horizontes con algo así.

Con una sonrisa satisfecha, da otro trago.

Ay, cómo le gusta incordiarme. ¿Quién define mi carácter? Yo. Nadie más que yo.

Céfiro da otro trago y yo le quito la copa de la mano. Él se echa hacia delante y parpadea varias veces. Al ver que tengo la copa, sus ojos destellan, como si estuviese encantado de que haya demostrado que se equivoca.

—Me parece que he hablado de más —murmura.

—¿Qué sucederá si bebo?

Él enarca una ceja.

—Quizá deberías comprobarlo por ti misma —dice.

—Quizá lo haga.

—Pues adelante. —Céfiro me hace un gesto para que proceda.

Doy un sorbo…, un sorbito… y frunzo el ceño.

—Sabe a…

—Remolacha —dice.

En absoluto sabe a remolacha.

—Sabe a pan recién horneado —le corrijo.

—Para ti, sí. Para mí, sabe a remolacha. —Al ver mi confusión, se explica—: En el lugar donde nací se llama néctar. Sabe a la comida

favorita de quien lo prueba. Por eso el sabor varía dependiendo de quien lo bebe.

Ya veo.

—¿Y tu comida favorita es la remolacha?

Céfiro parece ofendido.

—¿Qué pasa, tienes algo en contra de la remolacha?

—Sí, que sabe a tierra.

Despacio, cruza un tobillo sobre el otro con aire hastiado. Le sienta bien.

—Estoy de acuerdo. Me pregunto qué dice eso de mis gustos.

—Que dejan bastante que desear.

Céfiro sonríe y yo también. Es la primera sonrisa que compartimos.

—Yo no diría que mi gusto deja que desear. —Su sonrisa se ensancha aún más. Suaviza esos ángulos extraños de su cara, les da un aspecto más armonioso, casi agradable—. A fin de cuentas, te he besado y me gustó bastante.

A pesar de lo mucho que me arde el rostro, me obligo a mantener el contacto visual con él. Su mirada danzante se cruza con la mía y, poco a poco, se hace el silencio. En un cierto punto he conseguido relajarme en presencia del Viento del Oeste.

Bajo la copa y la apoyo en el regazo. Examino esa sustancia dorada, aunque sea para evitar que alguna certeza no deseada se concrete.

—¿Este es el último néctar que queda?

—El último que me queda a mí, sí.

Parece una lástima malgastar la bebida con alguien que no podrá saborearla bien.

—Toma. —Se la devuelvo.

Él se endereza, de pronto suspicaz.

—¿No quieres más?

—No.

Y menos ahora que sé que no se puede rellenar, que es el último recuerdo que tiene de su hogar. El Viento del Oeste se mueve con

cautela, como quien intenta no asustar a una liebre para que no salga huyendo de nuevo a su madriguera. Unos dedos hábiles y cálidos se cierran sobre los míos. Brevemente, ambos sostenemos juntos la copa.

Un intenso chillido proveniente del lugar de los festejos hace añicos mi parálisis. Suelto la bebida. Él la apura y yo veo cómo se mueve su garganta al deglutir. Luego deja la copa a un lado con un cuidado desacostumbrado. No hay rastro de la diversión previa.

—Respondiendo a tu pregunta de antes, bebo porque el néctar me ayuda a aplacar el dolor.

Esta versión de él me atrae, este grave inmortal que ha visto mi mundo. Puede manipular mi atención a voluntad, doblegarla.

—¿Qué dolor?

—El dolor de la vida, ¿cuál si no?

Hay una cierta ambigüedad en su respuesta, lo cual me tienta a hacerle más preguntas. Céfiro jamás me ha dedicado tantas palabras.

—La vida no es solo dolor —le digo con voz queda, aunque el dolor haya marcado buena parte de la mía propia.

—Qué joven eres. Qué poco sabes. —Antes de que pueda defenderme, añade—: Imagina lo siguiente: un dios al que todos aman y adoran. Un héroe, en cierto sentido. Y sin embargo, un solo error bastó para tirar por tierra el legado que había construido, para manchar su nombre eternamente. Cobarde, le llamaron. Asesino.

Mis ojos se desorbitan. ¿Asesino?

—Ese es mi dolor —murmura—. Ya no soy el Viento del Oeste. No soy más que Céfiro: desterrado, prisionero. —Baja la cabeza—. ¿Niegas que la vida sea dolor? Qué ingenuo por tu parte.

—No me estás escuchando —espeto—. Por supuesto que experimentamos dolor en la vida. Es la naturaleza del mundo. Pero si crees que en tu vida solo hay dolor, que solo hay sufrimiento, deberías plantearte qué tipo de vida estás viviendo. —Señalo su mano—. No dejas de darle tu sangre a este lugar. ¿Por qué? ¿Por

qué dejas que el Rey Orquídea te haga daño? ¿Vas a pasar la eternidad sufriendo por su voluntad?

—Debes entender que hay un precio que debo pagar.

—¿Por qué? —Esa es la pregunta sin responder, la pregunta que me asalta durante el sueño y la vigilia. Sobre la que no dejo de reflexionar sin encontrar explicación alguna—. ¿Por qué estás atado al Rey Orquídea?

«Asesino.»

—Es algo que sucedió hace mucho. Ya he aceptado que mi situación no va a cambiar. —Sus ojos se alzan hacia los míos y destellan de claridad. Todo rastro del encantamiento del néctar ha desaparecido—. No soy como tú. Mis creencias están raídas, agujereadas. Dejan pasar el agua.

Me duele ver a gente de poca fe…, poca fe en lo que sea, en realidad.

—Pero sí que crees en algo —insisto—, ¿no?

Una de sus manos se desliza sobre la mía y me la aprieta sobre la hierba. Contemplo el lugar donde nuestras pieles se tocan y se me encogen los dedos de los pies dentro de las botas. A pesar de que mis guantes hacen de barrera, su ancha mano imprime calor a mi piel.

—¿Me preguntas en qué creo? —Entorna las pestañas, ribeteadas de oro en esta luz menguante—. Creo que en ti hay más de lo que pensé en un primer momento. Creo que tienes muchas facetas, no solo una.

—Eso no es… —Dejo morir la voz, no muy segura de cómo sentirme ante lo que ha dicho. Me da miedo y me templa de alguna manera—. No me refería a eso. Me refería a que si crees en un poder superior. A que si tienes fe en las fuerzas del bien en el mundo.

—¿Por qué no puedo creer en aquello que me conmueve? ¿Acaso no eres tú una fuerza del bien en el mundo? ¿No propagas amabilidad y compasión allá donde vas?

No consigo evitar sonrojarme. No sabía que Céfiro me viera con tan buenos ojos.

—Tú —dice él— eres una mujer brillante y resuelta que comprende el sacrificio que requiere la verdadera dedicación. Hace falta fortaleza de carácter para mostrar compasión a tanta gente, incluso a quienes no la merecen.

«Brillante.» Una palabra que se aplica a todo lo que es luminoso: el conocimiento, las estrellas. Yo creía que Céfiro no veía más allá de lo superficial, que no oía nada más allá de su propia y alegre voz.

—Todos merecemos compasión —digo.

—Ah, ¿sí? —Y entonces aparece la desesperación, que toma forma y apaga su mirada—. En tu compañía me he cuestionado a mí mismo mucho más que en los últimos mil años.

—¿Y tan malo es eso?

Él frunce el ceño e inspira.

—Creo que hay pocas cosas buenas en este mundo —dice—, pero puede que la ternura de tu corazón sea lo mejor que he experimentado en una vida.

Se me hace un nudo en la garganta. No estoy segura de si debería llorar o arrojarme a sus brazos. Jamás me han hecho un cumplido tan considerado, tan generoso, sin esperar reciprocidad.

—Gracias —digo en tono ronco.

Su mirada desciende a la hierba con una desacostumbrada timidez.

—Eres una persona increíblemente especial. Quiero que lo sepas.

Ahora comprendo lo que es desear, cosa que no me había sucedido antes. Comprendo que el anhelo es una inundación. Pero en este momento no me parece tan terrible.

—Mi querida novicia —murmura Céfiro—, me encantaría besarte ahora mismo.

Una ráfaga de calor me acaricia la boca. La dulzura de su aliento me atrae más y más. Unos círculos verdosos rodean los pozos negros de sus pupilas.

—Ya me has besado —digo.

—Eso no fue un beso. —Adelanta una mano y la engancha a mi muñeca, donde se unen el guante y la manga—. Quiero besarte como besa un hombre a la mujer a la que desea.

No estoy pensando en mis votos. No estoy pensando en mi fe ni en la traición que supondría aceptar la boca del Viento del Oeste. Estoy pensando en todas las verdades sobre las que jamás he reflexionado: su beso es una oferta que no puedo rechazar.

Porque he sido una buena sirviente durante la última década, ¿verdad? Jamás, ni una sola vez, me he apartado del camino. Es cierto que ningún hombre ha de tocar a una Hija de Thornbrook, pero ¿qué pasa si este hombre es el primero que me ve como mujer, no como novicia? ¿Qué pasa si este hombre me anima a considerar lo que necesito, a separar mis necesidades de las del Padre?

En voz baja, susurro:

—¿Y qué pasa con Harper?

—Somos compañeros de viaje, nada más.

Aprieto los labios. La luz y la risa de las festividades se derraman por los prados cubiertos de hierba.

—Pues tienes una forma muy rara de demostrarlo.

—¿Qué puedo decir? Me gusta chincharte. —Sus ojos destellan con traviesa astucia. Una vez más, se me antoja que sus facciones se han suavizado, pero hay algo más—. Hace una eternidad que no me divertía tanto.

Le dedico una mirada burlona y él se ríe. Lleva mi mano hasta su muslo y la deposita ahí. Me hormiguea la piel del calor que irradia, del contacto con su músculo endurecido, y digo:

—Dime la verdad: cuando me estaba bañando en el río, ¿en serio querías besarme o solo estabas jugando conmigo? —Como hace con todo lo demás.

Durante un rato, se piensa la respuesta. Y luego:

—Permíteme que te haga una pregunta: ¿le negarías a un hombre sediento el agua que fluye de un fresco arroyo de montaña?

Qué agallas tiene este inmortal. Debería llevarle la contraria, pero me da vergüenza admitir que yo también ansiaba su boca, que

quería disfrutar de su gusto aunque fuese brevemente.

—No —confieso—. No se la negaría.

El verde de sus ojos se oscurece, como si una sombra acabase de caer sobre la luna. Acuna mi rostro entre las manos y me atrae hacia sí, nariz con nariz, aliento con aliento.

—¿Te parece bien? —murmura.

No es la primera vez que Céfiro toca mi piel desnuda. ¿Voy a arder en los pozos más profundos del infierno?

—¿S… sí?

—¿Eso es una pregunta o una respuesta?

—Hum. —Me muerdo el labio. Cada uno de sus dedos me marca a fuego la cara. ¿Cómo puede ser pecado algo que me hace sentir tan bien?—. Es una respuesta.

Se inclina y deja atrás mi boca, acariciándome con la punta de la nariz la barbilla y la línea de la mandíbula. Una caricia frágil, como el ala de una mariposa, que propaga calor por mi cuello. Me quedo inmóvil, temblando, a la espera de su contacto. Y cuando su boca roza la mía, me prendo fuego.

Una oleada de calor explota en mi lengua, me baja por la garganta y se aloja en mi bajo vientre. La atracción de esos labios henchidos. El arañazo de la barba incipiente en mi piel. Intento seguir el ritmo que marca Céfiro, pero no tengo la menor idea de lo que estoy haciendo. Mis dedos se clavan en la tierra…, un ancla. Y luego me veo transportada muy lejos, hundida bajo unas olas que no puedo salvar, bajo arcos de espuma blanca que chocan contra mí con sensaciones mareantes: visiones y sonidos y sabores y, por el Padre, su olor. Mi mente, todo mi ser, pierde el control.

Me aparto, temblando de la cabeza a los pies. Todo mi cuerpo sufre espasmos, la energía que se enrosca en mi interior estalla y causa oleadas que se propagan por mis extremidades.

—Perdona —susurro con un castañeteo de dientes—. Esto no se me da bien.

—¿Me ves quejarme? —pregunta con una ceja arqueada.

—No.

Sin embargo, la inseguridad se apodera de mí igualmente. Céfiro me acaricia la parte superior de los brazos, un contacto tranquilizador. Debo de pesar el doble que él, pero en este momento me siento pequeña.

—Podemos ir despacio. No hay prisa.

No veo adónde lleva esta senda. Pero comprendo que cruzar la puerta significa dejar atrás los votos que juré mantener. Tener relaciones íntimas con este hombre…, esto lo he decidido yo.

—Nunca he hecho nada parecido.

Sus ojos se suavizan.

—Dejar que alguien entre en tu espacio da mucho miedo. Avanzaremos solo si tú quieres, cuando tú quieras.

Su paciencia me ayuda a calmar los nervios destrozados. El Viento del Oeste puede ser increíblemente servicial cuando quiere.

—¿Hay un modo ideal de…? Ya sabes.

—¿Un modo ideal de…?

Céfiro me mira, expectante. Me va a obligar a decirlo, el muy malandro.

—Besarte.

Un tono juguetón ilumina su expresión.

—Haz todo lo que te haga sentir bien.

—¡Eso no ayuda!

—¿Y cómo lo vas a saber si no lo intentas? —Le sale como un ronroneo gutural—. ¿Te atreves a poner a prueba tus límites?

Un instante después, atrapa mi boca con la suya. Cuando mis labios se abren para dejar pasar su lengua, se me escapa un gemido.

Él también emite un sonido. Su sabor es ahora mucho más potente. Este beso lento y delicioso es casi una adoración: absorbe toda mi concentración de un modo que solo he experimentado cuando me sumerjo en las plegarias más profundas.

Él ladea la cabeza y empieza a encontrar el ritmo. Me sorprende lo bien que me siento al besarlo, la necesidad de seguir pegándome a él, de restregarme como una gata contra su cuerpo hasta que el

calor estalle en una llama. Me palpita la boca, cruda, exhausta. Él me besa con más fuerza.

—Dame tu lengua —murmura.

—¿Cómo? No sé cómo se hace.

Me revuelvo en el sitio, intentando relajar la tensión que se adueña de mi entrepierna.

El Viento del Oeste me planta un beso breve y casto en la barbilla.

—Relájate. —Una de sus manos me rodea la garganta como un cálido collar—. Abre los labios… así, justo así. Asoma la lengua entre los dientes. Buena chica.

Todo lo que hemos hecho hasta ahora, cada despliegue lento y deliberado, se convierte en una desbordante extravagancia. Juntos subimos y juntos caemos. Me rompo por segunda vez, mareada.

—Eres encantadora —dice Céfiro—. Perfecta, inmaculada. —La mano en mi garganta aprieta levemente. Trago saliva y mis músculos se tensan contra sus dedos—. Y sin embargo, tengo ganas de cometer todo tipo de actos sucios y depravados contigo.

El corazón me golpetea dentro del costillar con tanta fuerza que estoy segura de que cualquier par de oídos mortales podría captar su ritmo frenético.

—¿Como qué?

El calor acumulado en sus ojos revela los rincones impíos de su mente, sus anhelos más salvajes.

—Ya te lo enseñaré —murmura, mordisqueándome la mandíbula— llegado el momento. Por ahora, disfrutemos.

El Viento del Oeste me abre la boca con facilidad. La curva, la flexibilidad de su lengua. La lucha de lenguas que sigue, que lo arrastra todo, que arranca sonidos vergonzosos de mi garganta. Mi seno roza su pecho y vuelvo a gemir.

—Brielle.

Caigo en espiral, demasiado lejos como para que me preocupe que Céfiro haya pronunciado mi nombre en voz alta en un lugar que

podría robármelo a buen seguro. Céfiro afirma que carece de fe, pero mi nombre suena en sus labios como la plegaria más sagrada.

—Dime qué sientes —murmura, y sus labios me acarician la oreja—. Dime que te estoy haciendo pedazos.

Sus manos me suben la falda, me recorren los brazos, el vientre. Sus dedos me exploran el pecho, llegan hasta mi espalda, me aprietan los omoplatos. No puedo negarme, pues tiene razón: su contacto me está haciendo pedazos.

Mi cuerpo se doblega ante Céfiro. Él centra su atención en la curva de mi cuello, una presión de calor húmedo sobre mi piel, sin dejar de mover la boca. Sí. Más. En cuanto formulo la idea, esta se evapora. Mis muslos se aprietan contra el latido que siento justo en medio.

Céfiro me agarra de las caderas y el timbre de su voz se vuelve más grave:

—Siéntate en mi regazo.

Me aprieta la cintura, la parte de mi cuerpo que más inseguridades me crea. Ese contacto me paraliza.

—Peso demasiado —le digo.

—¿Y eso quién lo dice?

—Todo el mundo.

Él guarda silencio. Yo empiezo a retraerme. Mi peso jamás me ha importado, solo ha sido objeto de mofa para las demás.

—Tu cuerpo —murmura Céfiro con ojos resueltos— es hermoso. Siempre me lo ha parecido.

—¿No te importa que pese más que tú? ¿Qué pueda cargar contigo sin sudar siquiera?

—Por supuesto que no. —Pasa las manos por mis muñecas, las rodea como si sus dedos fueran brazaletes—. Me encanta tu figura. Me encantan tus curvas y los músculos de tus brazos. Me encanta tu fuerza física. La diferencia que existe entre nuestros cuerpos me resulta embriagadora.

Yo me lamo los labios, nerviosa, y los ojos de Céfiro siguen el movimiento de mi lengua. Se me encoge el estómago.

—Siéntate en mi regazo —vuelve a decir.

No me resisto más a la tentación. Ya me he perdido. Me monto a horcajadas sobre su cintura y acomodo mi peso sobre él. Céfiro me clava los dedos en las caderas. La tela del vestido es tan fina que casi ni existe.

—¿Confías en mí?

A lo largo de este viaje he llegado a entender mejor a Céfiro. Puede que no confíe en él con todo mi corazón, pero confío lo suficiente como para hacer esto: voy a permitir que haga realidad mi deseo por él.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a demostrarte que explorar el propio cuerpo no es egoísta. Voy a enseñarte que disfrutar no es pecado.

Como si advirtiese la incertidumbre en mi expresión, me deposita una lluvia de besos sobre la mandíbula. La sensación me provoca un calor insoportable en la piel. Me quedo inmóvil, en el filo de la navaja, con un profundo temblor en el vientre.

Cuando su boca se abalanza sobre la mía, estoy preparada. Ansiosa, respondo al beso, enganchada a estas sensaciones a las que no me atrevo a poner nombre. Echo la cabeza hacia atrás y Céfiro bebe ansioso de todo aquello que le ofrezco. Luego me gira hacia un lado y encaja una pierna entre las mías. Me sujeta firmemente y empieza a restregar el muslo contra mi entrepierna hasta que la sensación arraiga en mí, y comienzo a moverme.

Oh. Pongo los ojos en blanco y, de repente, mi cuerpo se destensa, se contonea contra su muslo duro y flexible. Luego percibo un brillo, algo que llamea en el centro de mi ser. Empiezo a flaquear.

—Deja que te lleve —susurra Céfiro.

Sea lo que sea esta sensación, no puedo controlarla. Muevo las caderas con más fuerza contra él; sus manos me sujetan. El placer se agudiza al llegar a su punto máximo, y aunque mi cuerpo intenta perseguirlo, siento un miedo feroz ante lo que me espera al final. De pronto, me quedo fría.

—Ya basta —jadeo.

Céfiro se detiene de inmediato.

Mis muslos siguen temblando, los músculos crispados. Él me estudia: soy una mujer de rostro enrojecido, ojos desorbitados, jadeante.

—¿Te he hecho daño?

—No. —Niego con la cabeza—. Es que… necesito espacio.

Con expresión grave, Céfiro asiente y retira las manos de mi cintura.

Me aparto de él. El suelo está frío. Por algún motivo, tengo ganas de llorar. ¿Cómo puedo echar de menos su contacto si he sido yo quien le ha pedido espacio?

—Perdona. —Jamás he ofrecido una disculpa tan lastimosa.

Céfiro me agarra la mano y da un apretón destinado a consolarme.

—No te disculpes. No has hecho nada malo.

¿Y por qué me siento tan incompetente?

—Pensé… —Se me escapa un sonido desamparado—. Pensé que quería… hacerlo. Pero…

A pesar del cambio brusco en el ambiente, la mirada de Céfiro se suaviza.

—No tienes nada que explicarme. —Alarga la mano y me sujeta con ella la mejilla, me la acaricia con el pulgar—. Descansa —dice—. Yo te cuido.

Me hago un ovillo sobre la hierba y apoyo la cabeza en el muslo de Céfiro. Él me acaricia el pelo con los dedos, me aparta los rizos de la cara. El prado, las estrellas, el Viento del Oeste…, un tipo insufrible que siempre se pasa de listo y, sin embargo, a veces, es inesperadamente dulce.

Cuando cierro los ojos, sueño con la primavera.

21

Abro los ojos y veo un cielo oscuro. Las estrellas han menguado y unas nubes bajas y sinuosas arrastran su vientre sobre el dosel de ramas del bosque.

—¿Céfiro?

Me pongo de pie y paseo la vista por la cañada. Junto a mí, una huella en la hierba indica que ha habido alguien tumbado a mi lado. Sin embargo, no hay rastro del Viento del Oeste.

Un escalofrío me recorre, aunque el aire mismo es agradable y cálido. En la lejanía, ya se han extinguido los fuegos. Los sonidos de la noche, susurrantes, amodorrados, cubren la aldea. Tan repentinamente como ha empezado, la fiesta se ha terminado.

Mi atención se centra en el lugar donde las sombras son más densas. No hay movimiento. El aire está en suspensión. Me encuentro sola. Y sin embargo, estoy segura de que alguien me vigila.

Me pongo de pie y me sacudo el vestido cubierto de hierba. Siento las piernas flojas y la boca hinchada. Me llevo los dedos embutidos en los guantes a los labios, que noto suaves al tacto. Recuerdo la lengua del Viento del Oeste, sus rasposas mejillas sin afeitar. Aún siento su sabor, esa dulzura de madreselva.

He tocado a un hombre. Lo he besado. He pasado los dedos por su torso musculoso. Ha sido un acto imprudente, causado más por la emoción que por la lógica, demasiado impulsivo para la vida de una novicia. Si llega a salir a la luz, lo perderé… todo.

«Brielle.»

Me giro en redondo. No hay señal alguna de quien haya pronunciado mi nombre.

—¿Hola?

«¿Dónde estás, Brielle?»

La llamada bulle por entre la maleza del bosque, cruda, dolida. Se me encoge el estómago. Parece la voz de Céfiro, pero él sabe que no debe pronunciar mi nombre en voz alta.

Me agarro el dobladillo de la falda y corro por el claro. Me interno en el bosque y los árboles se cierran a mi espalda. Tras avanzar unos pasos, el camino cubierto de hierba aparece, parduzco, antiguo. Cuando llego al final, me falta el aliento y me detengo ante la entrada de una cueva. De sus profundidades frías y negras surge mi nombre.

Una energía fruto de los nervios bulle bajo mi piel. Me dice: «No». Me recuerda que tengo mucho que perder. Pero, si Céfiro necesita ayuda, ¿quién se la prestará si no lo hago yo?

Me agacho para pasar por el túnel de techo bajo. Con una mano pegada a la piedra fría y húmeda, sigo el pasadizo que desciende a las entrañas de la tierra. Por suerte, la rosaluz de Céfiro mantiene a raya la penumbra.

El túnel desemboca en una cámara amplia iluminada por la luz de la luna, y mis pasos se detienen. Ya he estado aquí antes. Un campo de flores rosas, paredes pintadas de plata.

Paseo rápidamente la mirada por la estancia vacía.

—¿Céfiro?

—No está aquí, joven novicia.

Miro de golpe hacia arriba y retrocedo con un grito asustado. El Rey Orquídea cuelga del techo con esas raíces parecidas a larvas, y esos horribles capullos abiertos como bocas rezuman un líquido cristalino. La piel resplandeciente y blanca de su torso tiembla de pura fuerza; se gira y me estudia como si yo fuese un enigma particularmente interesante. Una desastrada trenza de plata le cae por un hombro musculoso.

—No tengas miedo —me dice en tono tranquilizador—. Aquí estás a salvo.

—¿No me vas a castigar? —Una de las flores carnívoras se abre en su hombro y vuelve a cerrar de golpe las fauces—. Se me prohíbe entrar en Infra excepto durante el diezmo.

Mi preocupación se le antoja divertida al Rey Orquídea. Sus ojos son afilados como esquirlas de hielo.

—No me interesa castigarte, querida. Mi relación con la madre Mabel tiene más peso. No quiero afectarla negativamente castigando a una de sus protegidas.

No confío en su palabra, aunque su razonamiento tiene sentido.

—¿Dónde está Céfiro? —digo una vez que se me ralentiza el pulso—. ¿Por qué me has atraído hasta aquí?

El Rey Orquídea ladea la cabeza, confundido.

—Dímelo tú. Has sido tú quien ha entrado en mi casa sin invitación. Algún motivo debe de haber.

—Me llamó una voz —digo con más calma de la que en realidad siento—. La seguí.

—¿Una voz? ¿De quién?

—De Céfiro.

Una enredadera cae al suelo con un golpe perezoso, seguida de una segunda, una tercera y una cuarta. Con un gruñido, el Rey Orquídea desciende del techo, extendiendo las raíces de pared a pared. Yo retrocedo para poner distancia de por medio.

—Qué curioso —replica Pierus. La punta de una uña curva y ennegrecida le acaricia la barbilla—. ¿Has pensado si esa voz era tu voz interior, que te atraía en esta dirección?

—¿Por qué iba a traerme mi mente hasta aquí?

Después de presenciar la tortura que fue el ritual de Céfiro, juré que no regresaría jamás, pero la entrada con la que me he topado no me resultaba nada familiar. Esta vez no había cascada por la que internarse.

El Rey Orquídea desplaza toda su masa por el campo de hierba en flor y se aposenta en lo alto de un montículo de mugre contra la pared del fondo.

—Cualquiera sabe. El mundo está lleno de misterios.

Se asienta y sus raíces blancas se hunden en el suelo como gusanos hambrientos. Con placidez en esos ojos azules, se deja caer con un suspiro.

—Si Céfiro no está aquí, ¿dónde está? —pregunto.

—Esa pregunta no la puedo responder, querida mía. ¿Te ha abandonado al fin?

Pasa un largo instante hasta que consigo volver a hablar.

—Céfiro dio su palabra de ayudarme a encontrar la espada Meirlach. No rompería su promesa.

—Meirlach. —Se pasa una garra perezosamente por la mejilla, con expresión reflexiva—. ¿Es por eso por lo que has regresado a Infra?

Me doy cuenta enseguida de mi error.

El Rey Orquídea está sentado como una avispa en su nido, sonrojado tras haberse alimentado hace poco.

—Tú no buscas esa espada para ti. ¿Quién te ha enviado? ¿La madre Mabel?

Recuerdo la visita de Pierus a Thornbrook, el modo en que mis compañeras se encogían en presencia de esta criatura peculiar que no es ni planta ni hombre, sino algo entre ambos mundos. Pero, sobre todo, recuerdo cómo unía las manos al frente la madre Mabel, y la evidente repugnancia que sentía por él.

—No temas, querida. No tienes que responder. Comprendo que necesites proteger a tus seres queridos. Pero me preocupa tu seguridad. Verás, no creo que el Semental te vaya a dar la bienvenida, sobre todo después de su última visitante. Fue hace mucho, pero más dura la memoria de un kelpie.

¿Está dejando caer que no voy a poder entrar en la Gruta? Si esto es un intento de desequilibrarme, diría que le está saliendo bien.

—Pero —prosigue— quizá esta vez sea diferente. A fin de cuentas, eres una novicia. Una humilde sirviente de la iglesia. Quizá el Semental te perdone la vida si se lo pides con educación.

—No tengo la costumbre de pedir con o sin educación aquello que ya es mío por derecho —digo con una resolución

impresionante—. Solo sé que el Semental protege la espada Meirlach y que he de recuperarla.

El Rey Orquídea suspira y se pinza el puente de la nariz con dos dedos.

—Ya me imaginaba que Céfiro no te contaría algo tan importante. Al fin y al cabo, quiere asegurarse de que llegas a la Gruta. Sin ti no tiene la menor oportunidad.

Esto no tiene sentido. Si visitar al Semental pone mi vida en peligro, ¿no estaría también en peligro Céfiro? Aunque ahora comprendo la orden de la madre Mabel de matar a la bestia. Mejor que muera el Semental a que muera yo.

Expongo estos pensamientos en voz alta ante Pierus.

—Céfiro es un dios, querida. Es inmortal. No puede morir.

—Aun así, eso no explica por qué no me iba a advertir de los pasos que tendría que dar para llegar sana y salva a la Gruta. Guardarse información nos pone en peligro tanto a mí como sus planes. Voy a encontrar la espada Meirlach. Eso Céfiro lo sabe.

—¿Y cómo esperas hacerte con Meirlach? —Me mira a los ojos. Como no respondo de inmediato, él asiente, como si mi falta de comprensión fuese algo esperable—. Imagino que el Semental no te permitirá llevarte algo de su posesión a menos que le proporciones un sustituto decente, aunque dudo que a ti te vaya a parecer un negocio justo. —Me mira con esos penetrantes ojos azules—. Pero Meirlach es una espada para los dioses, forjada por los dioses. El Semental no se va a desprender de un tesoro tan único. Estás perdiendo el tiempo.

—Basta —gruño, y doy un paso al frente—. Intentas confundirme, y no te va a salir bien.

Pierus echa la cabeza hacia atrás y estudia brevemente el techo, la viva imagen de un hombre que intenta reunir paciencia.

—Entiendo que no nos conocemos desde hace mucho. Soy consciente de que no confías en mí, y me parece que te he confundido. Pero ¿has tenido en cuenta los riesgos que supone que Céfiro te acompañe en este viaje?

—Soy consciente de los riesgos. —En lo más profundo de mi ser, vuelvo a temblar, primero levemente y luego con grandes sacudidas—. Céfiro tiene sus motivos para acompañarnos.

—¿Y cuáles son esos motivos?

—No los mencionó. Solo dijo que busca algo que le cambiará la vida.

Al oír esto, Pierus sonríe.

—¿Has pensado que tal vez Céfiro quiera la espada para sí mismo?

La idea penetra de golpe en mi mente, vence mis defensas y se aloja dentro. Una sospecha que me había negado antes. ¿Por qué iba Céfiro a querer quedarse con Meirlach? Ya me he hecho esta pregunta antes.

Pierus ladea la cabeza y me observa: mis rizos pelirrojos, este vestido prestado que tan mal me queda.

—Dime lo que sabes de los poderes de la espada.

Atravieso la estancia porque necesito poner más espacio entre el Rey Orquídea y yo misma. Los dientes pequeños y voraces de esos capullos abiertos aumentan mi inquietud.

—Se dice que es capaz de atravesar cualquier armadura. Puede hendir paredes y escudos. Controla los vientos. —Dado que Céfiro ya tiene ese poder, parece inútil que quiera más de lo mismo—. Cuando se apoya en la garganta de alguien, lo obliga a decir la verdad.

Empiezo a dar vueltas arriba y abajo mientras hablo. No puedo correr, porque quedan muchas preguntas sin responder. No, he de descubrir el final de todo esto.

—¿Y no sabes nada más? —pregunta Pierus. Yo niego con la cabeza—. Pues deja que te informe: si Céfiro se hace con Meirlach, podrá romper nuestro contrato matándome. Solo un arma forjada por los dioses puede matar a un dios.

—Entiendo.

—¿Seguro? Querida, deja que te lo explique: en cuanto Céfiro le ponga una mano encima a Meirlach, tú habrás dejado de serle útil.

Un escalofrío me recorre la piel.

—Céfiro no me traicionaría. Tenemos un trato.

El Rey Orquídea niega con la cabeza con cierta compasión.

—No conoces al Viento del Oeste tan bien como yo. A cambio de una oportunidad de librarse de este cautiverio, no se detendrá ante nada.

Céfiro sabe lo mucho que significa para mí convertirme en la próxima acólita. Sean cuales sean mis reservas, las he dejado atrás. Le he entregado partes íntimas de mí misma. ¿Ha sido un error?

—Le dije que podría acompañarnos a la Gruta, pero podría dejarlo atrás, ¿no? No podría seguirnos.

Dado que no es ni mortal ni mujer, tendría prohibida la entrada a la guarida del Semental. Yo podría asegurarme de que Harper y yo llegamos antes que él a la espada Meirlach.

—Eso depende. ¿Tiene acceso a tu sangre? Entrar en la Gruta requiere una ofrenda de sangre mortal al río Mur.

—Claro que no tiene acceso a mi sangre.

Pierus inclina la barbilla, como si hubiese esperado esa réplica.

—¿Estás segura?

Aminoro el paso. Algo me remuerde por dentro, tan profundo que me obligo a asomarme a mi interior, a lo más hondo de mi ser. Al deterioro que sufrí tras el veneno. Céfiro mencionó que necesitaba mi sangre para curarme después del ataque de los umbrandantes. No le di más importancia.

—No comprendo. ¿Por qué hace falta sangre?

Pierus une las puntas de las garras y forma un puente delante de su boca.

—La sangre de un mortal —dice— contiene propiedades muy potentes. Es por vuestras creencias. Son tan fuertes que pueden arrebatar una vida, y del mismo modo pueden salvarla. Si el Semental se siente generoso, tu sangre podría aplacarlo, aunque sea por poco tiempo.

Apoyo una mano en la pared. En este momento me siento vieja, noto sobre los hombros el peso de los años de una era pasada. No estoy segura de si quiero llorar o gritar, si negarlo o arrepentirme.

¿Cómo no me he dado cuenta de que este era el plan de Céfiro? Si no puedo confiar en el Rey Orquídea, pero tampoco en Céfiro ni en Harper, ¿en quién puedo confiar?

Pierus debe de saber lo mucho que he llegado a depender de Céfiro. Tiene razones para plantar esta semilla de incertidumbre en mí. ¿Qué es lo que busca? Control. Hará lo que sea necesario para mantener esos dedos arácnidos alrededor del cuello del Viento del Oeste.

—No. —Me aparto de la pared—. Estás intentando manipularme.

Alzo la barbilla y me cruzo de brazos. Vaya, en este momento casi me imagino que soy como Harper.

El Rey Orquídea desprende las raíces del suelo y repta hacia mí. Se alza sobre ellas para ganar más altura.

—No intento engañarte, joven novicia. Céfiro es un dios, y los dioses no cambian.

El silencio es el lugar donde arraigan las dudas.

Estar aquí sola con Pierus da miedo, pero más miedo da la certeza de que el Viento del Oeste, la persona a la que he llegado a conocer durante las últimas semanas, solo me ha revelado una parte de su verdadero yo. ¿Qué parte ha sido real? ¿Qué falsedades ha construido la imagen de Céfiro en mi cabeza? Sin prueba alguna que la sustente, la imagen que me había formado de él empieza a desmoronarse.

El Rey Orquídea repta hacia un anaquel hecho de roca húmeda y resplandeciente. Echa mano de un libro pequeño y dice:

—Según tengo entendido, sufriste una gran pérdida siendo niña. Es terrible caminar sin madre por esta tierra.

No creía que fuese posible encogerse aún más.

—¿Cómo te has enterado?

—Hace años que conozco a la madre Mabel. En ciertas ocasiones me ha revelado algún que otro dato. Me ha hablado de su leal herrera pelirroja. Habla de ti con mucho cariño. Tu abadesa se preocupa por tu bienestar.

No estoy segura de cómo sentirme al saber que la madre Mabel le ha hablado al Rey Orquídea de mi doloroso pasado. Él me tiende el libro, que resulta ser un diario.

—He señalado la página. Léela. Que la historia dictamine tu decisión.

Agarro el suave cuero y me lo meto en el bolsillo del vestido.

—Céfiro tiene un lado bueno —digo, más para mí misma que para Pierus—. Lo he visto.

Dicho esto, me dirijo hacia la salida.

—Has visto lo que él quiere que veas —dice el Rey Orquídea mientras yo me sigo alejando—. Tanto tú como yo sabemos que tu confianza en Aquel que Trae la Primavera es, en el mejor de los casos, débil. ¿Qué te ha ofrecido aparte de mentiras?

Algo se hace añicos en mi pecho, una gran grieta en mi interior. El mundo es enorme y hay mucho que desconozco. Se acerca el diezmo. Harper y yo hemos de regresar a Thornbrook con Meirlach. No puedo presuponer que Céfiro esté diciendo la verdad. Si me equivoco, todo aquello por lo que he luchado se perderá.

Me giro hacia Pierus. La luz de la luna ilumina su rostro largo y anguloso.

—¿Cuál es el modo más rápido de llegar a la Gruta?

Mi pregunta parece complacerle. Esos capullos escarlata brotan de su piel de alabastro como heridas abiertas.

—Tendrás que ir río arriba con la barca. Cuando el río Mur se bifurque, intérnate por el ramal de la derecha. Llegarás a una puerta tras la que aguarda una isla de arena. Allí desembarcarás. Ese es el límite de la Gruta. —Se detiene un instante más—. ¿Quieres un consejo? Ofrécele tu sangre al río. Al menos así el Semental te escuchará antes de pensarse si matarte.

22

Corro directa desde la cueva hacia el bote que está atracado al borde de la aldea, sin detenerme. La cuerda cae con un golpe sordo sobre el suelo del casco y zarpo. Con el remo dirijo la barca por el agua, empujando tan rápido como me atrevo. Cuando Harper se despierte, se percatará de mi ausencia, pero pienso regresar. No voy a abandonarla entre el pueblo albo. En cuanto a Céfiro, sabrá que me he marchado, quizá antes de lo que me gustaría.

Llego a la bifurcación del río Mur y dirijo la barca hacia la entrada de un túnel oscuro. Luego me siento en el banco, con la rosaluz apretada con fuerza en la mano. Saco el libro del bolsillo y dejo que la corriente me arrastre hacia la Gruta.

Entre las páginas hay un trocito de tela. Abro el libro por donde está marcado y contemplo lo que pone. Palabras escritas con tinta que relucen bajo el leve resplandor de la rosaluz.

Día once, segundo mes de primavera.

Pues sí, es un diario. Y si no me equivoco, se trata de la elegante letra de la madre Mabel. ¿Cómo ha llegado a manos del Rey Orquídea?

Me inclino sobre la página y empiezo a leer.

La tragedia ha golpeado a Carterhaugh.

Ha llegado un mensaje de Veraness. Al parecer, toda la población ha sido erradicada de la noche a la mañana. Ha caído presa de la mayor tormenta que jamás se ha visto. Hace días vi que la tempestad se acercaba a Thornbrook: unas nubes bajas y arremolinadas, cargadas de truenos y del estruendo brillante de los relámpagos.

Mis novicias estaban asustadas. Les dije que rezasen, que el Padre se encargaría de lo demás. Pero a veces Su clemencia tiene un precio, pues aunque la tormenta no nos tocó, el pueblo de Veraness no tuvo la misma suerte.

Mis ojos se centran en una única palabra: «Veraness». El pueblo que en su día fue mi hogar.

Cuando pasó la tormenta, fui con mis novicias a Veraness, o más bien a lo que quedaba de él. Buscamos supervivientes. Había algunos, pocos. Le mandé un mensaje a Pierus y le pedí que buscase el origen de la tormenta. Al parecer, el Viento del Oeste ha intentado cortar su vínculo. Al ser uno de Los Cuatro Vientos, su poder es inconmensurable. Aunque no lo consiguió, el daño que ocasionó a Carterhaugh en el intento fue descomunal.

Un mal augurio me embarga. Los Cuatro Vientos. Ya me pareció que me sonaba el nombre la primera vez que lo mencionó Lissi. He leído sobre esta tormenta, no en el Texto, sino en los libros de historia que descansan en la biblioteca de la abadía.

Me tiembla la mano. Retrocedo una página y me fijo en una nota manuscrita en la esquina superior derecha: es de tres días antes de la desaparición de mi madre. Según el relato personal de los acontecimientos que hizo la madre Mabel, Céfiro es responsable de la destrucción de mi hogar, del evento que desencadenó todo lo demás: el horrendo viaje en medio de la noche azotada por la tormenta, la espera en el árbol hueco y mi abandono en los escalones de entrada de la abadía.

Me guardo el diario en el bolsillo, casi sin aliento. Maldito sea Céfiro. Maldito sea el Rey Orquídea. Maldito sea este lugar maligno, maldito su corazón podrido. Y maldita sea mi propia ingenuidad frustrante. ¿Fue eso lo que vio en mí Céfiro cuando nos conocimos? ¿Por eso decidió aprovecharse de mi buena voluntad?

—Padre Eterno —esta plegaria me sale espontáneamente—, guíame hasta tus aguas tranquilas.

Me pongo de pie, vuelvo a agarrar el remo y giro un recodo hacia donde me arrastra la corriente. El túnel se curva algo más adelante y atisbo el brillo titilante de varias rosaluces. Mi barca rebasa la puerta que mencionó el Rey Orquídea. El aire huele a plantas viejas y podridas.

—Protégeme, Padre. Dame fuerza en tu protección.

Doblo el último recodo y la corriente se ralentiza. Es entonces cuando atisbo los bajíos de una playa. En cuanto la barca choca contra la orilla arenosa, bajo a tierra firme.

La corriente del río ha abierto enormes nichos y creado columnas deformes en las paredes del túnel. El techo es un hueco cóncavo. Más adelante está la Gruta, parcialmente sumergida en el agua negra de una marea alta. Consta de una impresionante arcada ribeteada de rubíes cuyo tono se oscurece bajo esta frágil luz hasta parecer más bien herrumbre. No veo lo que hay en el interior. La Gruta empieza y termina en oscuridad.

—Que tu luz sea mi guía —susurro—. Acompáñame en mi camino por las tinieblas. Te lo imploro en tu nombre, amén.

El agua acaricia la punta de mis botas. Voy a tener que entrar nadando, no me queda alternativa. He venido en busca de mi destino, sea cual sea la forma que este adopte.

Pero primero, una ofrenda.

La punta de mi daga me arranca una gota de sangre del dedo. Dejo que la gota roja caiga al agua. Breves ondulaciones perturban su tranquilidad cristalina.

Meto los pies, los tobillos, las pantorrillas, los muslos… El agua helada tira de mi vestido. En el fondo hay guijarros afilados como dientes y pequeños huesos. Mis botas rozan el fondo. El agua me llega a la cintura, y en ese momento la rosaluz que llevo en el bolsillo se apaga.

He cruzado la mitad del canal cuando surge una gran ola que se dirige hacia mí. Se me encoge el corazón y avanzo, ayudándome de los brazos para romper la columna de agua que choca contra las paredes de la cámara. Un hocico redondeado emerge a la superficie.

Dos enormes fosas nasales emiten vapor. Reprimo un grito y avanzo ciegamente por el río agitado. Mis botas ganan tracción, y me impulso para evitar el tirón del agua. Me fallan las rodillas. Al cabo me dejo caer en la otra orilla, estremeciéndome, jadeando. A mi espalda, el río Mur se apacigua.

«Una mujer mortal. Hace tiempo que no venía por aquí ninguna de vosotras.»

Se me eriza la piel ante el aire rancio. La voz ha resonado en mi mente.

Me pongo de pie y contemplo la enorme caverna del interior, el suelo liso y repleto de oro. Montañas de monedas, altas columnas coronadas de collares repletos de gemas y diademas deslustradas. Todo ello brilla bajo el resplandor rosado de las rosaluces repartidas por la cámara principal. Unos hermosísimos tapices adornan las paredes, su color intacto. Una parte contiene unos grandes anaqueles llenos de manuscritos encuadernados, pergaminos sueltos y rollos atados con lazos de terciopelo, así como pilas irregulares de tomos polvorientos. De un perchero cuelgan varias prendas de seda en un rincón. Y hay más, mucho más. Montones de cálices y copas. Hilos de oro. El tesoro de un millar de vidas.

Aparto los ojos del tesoro y busco a quienquiera que haya hablado. El peso de mi daga me recuerda que no estoy indefensa.

—¿Eres tú aquel a quien llaman el Semental?

«Lo soy.» Un hilo de intriga rodea la voz; creo que es masculina. «Admito que no sé quién eres. ¿Por qué has venido, mujer mortal? Esto está muy lejos de tu abadía.»

Detecto un movimiento esquivo a mi derecha. Estoy segura de que he visto moverse algo, pero al mirar más de cerca, no veo nada que resalte. Hay un espejo ornamentado apoyado contra un montón de esmeraldas purísimas. Lo que se ve en él es casi como asomarse a una ventana: las altas columnas de una ciudad en la cima de una montaña y una sombra que cubre el valle a sus pies.

—¿Cómo sabes que vengo de la abadía? —pregunto, y sigo escrutando la zona, con todos los sentidos aguzados. No veo rastro

alguno de una espada.

El Semental emite un ligero zumbido.

«Hueles al incienso que queman en los Días Sagrados.»

—Lo quemamos —explico— para limpiar el aire de impurezas.

«Eso he oído.»

Su voz disminuye y se apaga con la misma brusquedad con la que aparece. El agua me gotea de las ropas empapadas y espanta el silencio.

—¿Por qué no te muestras ante mí? —pregunto—. He hecho un largo viaje para encontrarme contigo.

«Al igual que muchos que creen que pueden vencerme. Envían a los más fuertes, los más rápidos, los más inteligentes. Ninguno me vence. Tú, por desgracia, no pareces ni fuerte ni rápida.»

Me obligo a erguirme todo lo larga que soy.

—Es verdad, no soy la más rápida ni la más fuerte ni la más inteligente —afirmo, y retrocedo hacia una pared—, pero he llegado hasta aquí. Imagino que esto demuestra mi fuerza de voluntad.

«Tu voluntad no significa nada para mí. Tú, Hija de Thornbrook, no eres bienvenida aquí. Rézale a tu dios, chica, pues tu muerte no será ni rápida ni indolora.»

Así que el Rey Orquídea tenía razón. No soy bienvenida aquí. Y parece que mi sangre no ha aplacado al Semental.

—¿Por qué deseas matarme? —Escruto de nuevo el agua. Estoy segura de que algo acecha bajo la superficie—. ¿Acaso te ofende mi fe?

«No es tu fe lo que me ofende. Es la interpretación que haces de ella. Una fe que permite robar a los demás… No quiero tener nada que ver con ella.»

—Nosotras no robamos —espeto. Sea o no sea una criatura formidable, pienso defender al Padre como sea necesario—. Predicamos el bien y la amabilidad mediante Sus enseñanzas.

«¿Y por qué he de defender mis pertenencias de otra hija de tu fe una vez más?»

Alzo la mirada hacia los rincones más lejanos de la cámara.

—No comprendo.

«Otra mortal entró en su día en mi Gruta y escapó con vida, y con un tesoro robado en las manos.»

No me extraña que el Semental no confíe en mí.

—No he venido a robarte. He venido a negociar.

«No me interesa nada que ofrezcas. Eres joven, chica. Inexperta. Demasiado inocente para este mundo. Te concederé clemencia: márchate ahora si en algo valoras tu vida.»

—No pienso irme. —Sin Meirlach, no.

El río se descompone en un millar de olas. Yo retrocedo caverna adentro. El Semental va surgiendo poco a poco. Un largo hocico, cabeza ahusada, unos cuartos traseros gigantescos de los que chorrea agua, una impenetrable piel de alquitrán reluciente. De su crin y su cola oscuras cuelgan hierbas de río.

El enorme corcel debe de medir cinco metros, quizá incluso más. Sus ojos legañosos están cubiertos de una película blanca, sin pupila ni iris. Céfiro estaba en lo cierto: es ciego.

El Semental se me acerca. Sus músculos se tensan bajo esa piel de carbón. Yo retrocedo aún más, daga en mano.

—¿Ni siquiera quieres oír lo que puedo ofrecerte? —tartamudeo, con los ojos pegados a su piel lisa y oleosa—. Pensaba que a los kelpies les gustaba hacer buenos tratos.

«¿Quieres negociar? Súbete a mi lomo —dice la voz del Semental dentro de mi cabeza— y te daré un tesoro de mi colección.»

El problema es que he oído hablar de los caballos de agua que asaltan a mujeres mortales. Cuando me monte encima de él, el Semental se zambullirá en el río y me arrastrará consigo.

—Quiero luchar contigo a cambio de uno de tus tesoros —digo—. Un duelo. Eso sí es justo. —Y al final mi daga acabará clavada hasta el mango en su corazón—. ¿O piensas huir?

«¿Huir?» El caballo niega con la cabeza y salpica agua que me cae sobre la mejilla. «¿De qué habría de huir? Vamos, chica. Súbete a mi lomo. Sellemos el trato.»

Retrocedo hasta que mi columna choca contra la pared.

—No.

El agua gotea sobre los tranquilos charcos entre nosotros. «Está bien. ¿Pides un duelo? Pues luchemos.»

El aire reverbera en torno a la criatura, y cuando se detiene, yo parpadeo sorprendida. El Semental no es ni un hombre ni una bestia terrible. Es un chico en plena adolescencia. Lleva pantalones marrones y una fina camisola blanca. Tiene una postura relajada, las manos a los costados. Un flequillo pálido le cae sobre el ceño. Es huesudo, aunque al ver esos ojos blancos comprendo que es mucho más viejo que yo. Esos ojos son antiguos. Han visto mucho.

El kelpie avanza con pies desnudos.

—¿Tienes miedo? —Su atención descansa levemente en un lado de mi cara. Me corre un reguero de sudor por el cuello.

—Sí.

El chico sonríe.

—Bien. —Tiene los dientes pequeños y cuadrados—. Y con razón.

Puedo matar a un kelpie, pero a un chico no. No me importa si es solo una piel humana que se haya puesto el Semental. Tendré que encontrar el modo de obtener la espada Meirlach sin matar a la bestia.

Me aparto de la pared y me enfrento al Semental. Él une las manos a la espalda y empieza a caminar en círculos a mi alrededor.

—Antes de que empecemos, aclaremos los pormenores del duelo. ¿Qué tesoro buscas?

—La espada Meirlach.

Él niega con la cabeza y sigue rodeándome. Yo me giro, reflejando sus movimientos. No quiero darle la espalda. A pesar de su falta de vista, me da la sensación de que este chico puede atacar con gran precisión.

—Me temo que Meirlach no está disponible, pero eres libre de elegir cualquier otra cosa. —Hace un aleteo con la mano en dirección a toda la ecléctica colección de tesoros.

Yo afianzo la daga en la mano. La correa de cuero se pega a mi guante empapado.

—He venido a por Meirlach —afirmo—. Y no pienso marcharme sin ella.

—Entonces no te marcharás —exclama el Semental, con la expresión contraída de irritación.

«Calma», pienso. Aunque me galopa el corazón al ver que la situación no se está desarrollando como yo había imaginado.

—Has dicho que podía optar por cualquier objeto de tu colección.

Él sigue rodeándome sin cesar.

—Cualquier objeto —replica— menos Meirlach.

—¿Por qué?

—Porque Meirlach es mía, y con eso basta.

Trago saliva. Entrecierro los ojos en medio de la penumbra en un intento de localizar el reluciente pomo de una espada. Montañas de tesoros se apilan contra las paredes de la Gruta. Algunas torres en precario equilibrio se alzan hacia las estalactitas del techo.

—¿Temes que te venza en un duelo? —me atrevo a preguntar.

El silencio se alarga y se amolda a esta pregunta, como si el Semental estuviese considerándola desde todos los enfoques posibles. Se detiene, con los brazos cruzados y la expresión terca.

—Ha pasado mucho tiempo desde mi última batalla.

Si algo he aprendido del Texto, es que todos nacemos con el mismo potencial. Yo no soy sino un haz de ramas que está aún por arder.

—¿No te cansas de tu soledad? —insisto—. ¿No te gustaría conectar con otra persona, aunque sea brevemente?

El Semental suelta una risa parecida al graznido de un cuervo.

—He vivido un millar de vidas, niña. Lo que me ofreces no es nada que no haya experimentado ya.

—Pareces estar muy seguro, pero te pregunto lo siguiente: ¿qué sabes de mí aparte de mi mortalidad y mi fe? Quizá te sorprenda.

Hay una pausa.

—No sabría decir si eres valiente o simplemente una necia. —Niega con la cabeza—. Al menos resultas entretenida. Está bien. Te daré la oportunidad de conseguir la espada Meirlach, Hija de

Thornbrook. —Una espada aparece en su mano infantil. La hoja larga y elegante late con una luz etérea—. Preciosa, ¿verdad?

Es una espada que merece que se hagan canciones en su honor. La empuñadura está hecha de oro. En el disco que remata el pomo brilla un rubí, y la guarda es un conjunto de tiras en espiral que forman una esfera protectora alrededor de la mano del Semental.

—Si eres la primera en derramar sangre, la hoja es tuya. —El Semental gira a Meirlach en las manos—. Sin embargo, si soy yo quien derrama la primera sangre, subirás a mi lomo y morarás en mi Gruta para siempre.

Jamás he deseado nada tanto como deseo tener a Meirlach en este momento, sobre todo tras la reciente traición de Céfiro aún revolviéndome el estómago. Tengo la voluntad necesaria para conseguirlo, estoy segura de ello. Pero si el Semental derrama antes mi sangre, puedo darme por muerta.

Lentamente, alzo la hoja. Él me mira con ese rostro adolescente, esos ojos prístinos. En su mente, soy una niña. Cuando mi cuerpo no sea más que polvo, él seguirá aquí, custodiando su tesoro.

Ahora no hay gran cosa que pueda hacer. Estoy entregada al momento. En cuanto dejé atrás los muros de Thornbrook, juré regresar con la espada o morir en el intento. Me he entrenado para esto. Vencer al Semental es el último obstáculo de este viaje.

Apoyo los pies y evalúo a mi oponente. Su espada le proporciona un gran alcance. Una daga, sin embargo, es el arma más versátil que existe, un enemigo de muchas caras. Lo que me falta en velocidad lo compenso con fuerza. Es mejor que piense que soy inexperta.

Ni siquiera lo veo moverse.

Siento una ráfaga de aire a mi derecha. Me giro para interponer mi hoja a la suya. El tañido resuena. El Semental desvía mi arma y me ataca por el flanco izquierdo. Nuestras hojas se besan; él gira sobre sí mismo con un revuelo de oscuridad. Vuelve a por mí y me lanza un tajo al cuello con precisión imponente. Con un complejo patrón de contraataques, consigo mantenerlo a distancia, pero esta

criatura es muy antigua. No es ningún adolescente. No debo olvidarlo.

Su siguiente ataque se abate sobre mi hoja con fuerza suficiente como para romperme la columna en dos. El impacto me sacude el brazo y hasta los dientes. Una vez más, el Semental gira sobre sí mismo y se oculta en las sombras. Yo escruto la cueva, con el arma alzada. El latido de mi corazón marca el paso del tiempo. Ha desaparecido.

Una gota de sudor cae con lentitud agónica por mi columna vertebral. Gemas desperdigadas, lingotes de oro y plata resplandeciente se mezclan en oleadas de color bajo las rosaluces.

Soy una hoja.

Una forma oscura se abalanza sobre mí desde un turbio rincón. Giro sobre mí misma y ataco, pero resbalo sobre un puñado de joyas desparramadas y caigo en un montículo de oro. Las monedas tintinean por el suelo. El Semental cae sobre mí. Yo giro para apartarme. Miro por encima del hombro y veo que ha hundido la espada hasta la empuñadura en el oro. Para cuando consigue liberarla, yo ya he cruzado hasta el otro extremo de la estancia.

Él se recompone y se aparta un rizo de sus ojos ciegos. Sus demás sentidos deben de estar muy aguzados para poder ubicarme con tanta precisión. Al siguiente ataque, doy un salto lateral e intento apuñalarle el muslo. Él se libra de mí con una risa tintineante y aguda.

—Tendrás que hacerlo mejor si quieres salir con vida de este lugar —dice.

Y una vez más, desaparece. Mi atención salta de un montículo a otro, con la hoja presta. Cuando percibo un movimiento, su espada ya se está abatiendo con brutalidad sobre mi cuello desprotegido.

Resuena un estrépito de metal. La conmoción me deja clavada donde estoy: Céfiro, con una espada hecha del mismísimo aire, se ha interpuesto entre el kelpie y yo. Los dos empiezan a intercambiar golpes, pero yo miro más allá de ambos. Harper se encuentra en la

arcada de la entrada, con los ojos desorbitados y cubierta con un manto. Le doy la espalda.

Céfiro le lanza un tajo al chico, que traza un barrido y le hace un corte en el muslo a su oponente.

—Esta lucha es mía —gruño, y doy un paso al frente.

Céfiro intenta sacarle ventaja a pesar de su escasa habilidad con la espada. Su estrategia consiste en esquivarlo continuamente, sin llegar jamás a atacar. Apesta a cobardía.

—¡Estás luchando contra mí! —le grito al Semental.

Céfiro se gira hacia la arcada y yo le doy un empujón por la espalda. Se estrella de cara contra una pared y su espada repiquetea en el suelo. Se lleva una mano a la cara; le sangra la nariz.

Posicionado entre dos pilas de oro, el Semental avanza, tensando las fosas nasales, inspirando el aroma cobrizo. Yo le salgo al paso con la misma intensidad. La presencia del Viento del Oeste lo cambia todo. Ataco con más brío, bloqueo con más celeridad. Hoja con hoja, luchamos por subyugar a nuestro oponente. Meirlach será mía. A fin de cuentas, es un símbolo. Y los símbolos tienen poder.

El Semental se agacha y la parte plana de mi daga le roza la piel caliente. Giro la hoja hacia arriba, hacia su rostro, y le abro un tajo que lo obliga a retroceder. Su espalda choca contra la pared. Le pongo la daga en la garganta. El chico jadea entre dientes. El sudor le cubre la piel, brillante y febril en medio de la tenue luz. Sin embargo, no es a él a quien me gustaría clavarle la hoja.

Debe de ver mis intenciones.

—¿No piensas matarme? —susurra el chico. Ya no parece tan viejo. La mugre le mancha los pantalones rasgados, y tiene un corte enrojecido en la mejilla.

La rabia me hierve en el estómago, pero el Semental no es mi enemigo. No es más que el chivo expiatorio de mi furia.

—A ojos del Padre, una vida es una vida. —Doy un paso atrás y bajo la daga—. No voy a matarte.

Algo parecido al respeto asoma a sus facciones.

—Está claro que no eres una mortal indefensa. —Vacila un instante y luego extiende la mano de la espada—. Meirlach es tuya.

En cuanto la empuñadura toca mi piel, una corriente cálida me recorre los dedos y asciende por mi brazo. La espada es mucho más ligera de lo que parece. Su pomo es un contrapeso perfecto a la hoja de acero.

Alzo los ojos hacia el Semental. Sus labios exangües se curvan.

—Ándate con ojo con esa espada. Después de todo, el poder es una tentación muy peligrosa.

Soy muy consciente de ello.

—Adiós, Hija de Thornbrook.

Vuelve a adoptar su forma equina. A Harper se le escapa un grito ahogado. Con un parpadeo de esos ojos ciegos, el Semental vuelve a introducirse en el río.

Una brisa terrosa arrastra unos pasos hasta mí. Me giro, espada en mano, y estudio a Céfiro, que se detiene cerca de mí.

—¿Te encuentras bien? —Parece muy preocupado, tiene sangre y sudor en los rizos. Qué necio. Suerte tiene de poder protegerse tras su inmortalidad como si de una armadura se tratase.

—Estoy bien.

Paso a su lado y lo aparto. Harper y yo tenemos que volver lo antes posible a Carterhaugh. Espero que no hayamos perdido demasiado tiempo en Infra; meses o, no quiero ni pensarlo, años.

—Espera —dice Céfiro.

Antes estaba la Brielle de antaño, la novicia de mente cerrada de Thornbrook, tan ingenua. Pero la Brielle de hoy es una criatura mucho más sabia. Comprende la diferencia entre elección y obligación.

Despacio, me giro hacia Aquel que Trae la Primavera. Sus facciones se han alterado de un modo que en nada recuerda ya al hombre que rescaté en Carterhaugh. La piel está más tersa, la estructura ósea, más pronunciada, con una agradable simetría que antes no se apreciaba.

—Si lo que quieres es pelear —digo con voz entrecortada, intentando disimular mi propia sorpresa—, búscate a otra. Me he ganado justamente la espada Meirlach.

—Así es —concede. No se me escapa que tiene la atención fija en el arma—. Has luchado bien.

Eso ya lo sé. Hace diez años, la madre Mabel me puso una hoja en la mano. No he malgastado el tiempo transcurrido.

—¿Qué quieres, Céfiro? Sé sincero por una vez.

Se advierte el temblor de un músculo en su mandíbula. ¿Es rabia? En realidad, no. Desde luego es algo mucho más letal.

—¿Por qué te has ido sola a buscar al Semental? —Me estudia el rostro—. No sueles ser tan impetuosa.

Me parece que voy a tener que deletreárselo:

—Pregúntame qué he descubierto, Céfiro. Vamos.

Sus pupilas se dilatan en medio de los anillos musgosos que las rodean. Pienso en una liebre bajo la mirada de una serpiente.

—¿Qué has descubierto?

Había pensado que era capaz de tener una conversación civilizada. En mi mente había imaginado que se lo explicaría todo, todos y cada uno de los duros hechos. Él absorbería cada dato, lo analizaría, lo colocaría donde corresponde, hasta que todo tuviera sentido.

Pero no puedo. En el espacio de dos latidos, las lágrimas asoman a mis ojos y me quedo sin aliento.

—El Rey Orquídea me contó tu plan: nos querías llevar a la Gruta, ibas a usar mi sangre para hacerte tú con Meirlach. Pensabas matar con ella a Pierus y romper así la maldición que te ata a él.

Me ibas a traicionar.

—¿Has ido a ver al Rey Orquídea? —Céfiro parece tener miedo… creo que por mí—. Pierus es peligroso.

—¿Cómo va a ser peligroso si dice la verdad? —Las palabras me salen quebradizas, roncas—. ¿Acaso lo niegas?

Él da un paso al frente, con las palmas alzadas en gesto de arrepentimiento.

—Te lo puedo explicar.

—Me mentiste. —La acusación me sale densa y amarga, tanto que podría ahogarme—. Me has mentido una y otra y otra vez. Y yo que confiaba en ti…

Y esa es la verdad, a fin de cuentas. Advertí a Harper de los motivos ocultos de Céfiro. Me recordé a mí misma que debía mantener la distancia. Día tras día me decía: «No confíes en él». Y sin embargo, podría jurar que lo había visto cambiar. Creí, de verdad creí que Céfiro correspondía a mis sentimientos. Si no puedo confiar en mi propio corazón, ¿en qué puedo confiar?

—Todo este tiempo he pensado que habías venido a ayudarnos con nuestra búsqueda para saldar tu deuda, para tener tu propia recompensa. Pero no es así, ¿verdad? —Estoy llorando abiertamente—. Lo que querías era la espada Meirlach. Te daba igual que yo también la quisiera. Que la necesitase. Lo has hecho todo en beneficio propio de nuevo.

Por primera vez veo con claridad al Viento del Oeste. Las promesas que ha roto, los juramentos que lo atan.

—Te he dado innumerables oportunidades de mostrar quién eres de verdad —susurro—. ¿Por qué…? —Se me hace un nudo en la garganta al mirarlo a los ojos—. ¿Qué tipo de persona manipula a quien se ha portado bien con ella?

Se le desencaja el semblante. ¿Es dolor por algo que nunca sucederá? Da igual. Meirlach seguirá en mi poder hasta que se la presente a la madre Mabel. Céfiro tendrá que arrancármela de mis dedos muertos; de lo contrario, jamás permitiré que la toque.

—¿No tienes nada que decir? —pregunto—. Quiero la verdad. Dime que el único motivo por el que accediste a ayudarnos era para quedarte con Meirlach.

—Eso no es…

—¡Que lo digas!

Tiene un aspecto verdaderamente enfermizo al decir:

—En un principio, sí, era mi intención. Cuando me enteré de que buscabais la espada Meirlach, planeé acompañaros por si la

oportunidad se presentaba. Pero a medida que pasaba el tiempo, al conocerte mejor, empecé a preguntarme si estaba haciendo lo correcto.

Qué historia tan bonita.

—Sin embargo, eso no te detuvo.

—Tienes que entender mi dilema. Llevo siglos cautivo. Habría hecho cualquier cosa por liberarme.

—¿Y de quién es la culpa de tu cautiverio? —replico. Aunque no sé los motivos, estoy segura de que está justificado—. Tuya y de nadie más.

—Lo sé. —Jamás ha hablado con una voz tan apagada—. Pero Meirlach era mi última esperanza. Solo un arma tocada por los dioses puede acabar con un dios.

—¿Dices que no tienes acceso a otra arma tocada por los dioses? ¿Y qué pasa con tu daga?

—La forjaron manos humanas. En su día tuve un arco, te lo he dicho. Pero se lo regalé a la esposa de mi hermano.

Contemplo a este hombre durante un buen rato. La libertad: la esperanza más grande y más esquiva del cautivo.

—No tendría que haber sido así —tiembla mi voz, y las lágrimas me humedecen las mejillas—. De habérmelo pedido, habría accedido a dejarte la espada.

Al menos durante un rato.

Él me mira.

—No te habrías desprendido de Meirlach.

—¡Tú eso no lo sabes! —exclamo, y hago un aspaviento—. Presupones todo tipo de cosas de mí. Me has encajado en un molde y tu mente se niega a cambiarlo. En lugar de ser honesto conmigo desde el principio, has preferido engañarme. No te he importado nada.

Pero no he acabado aún con él. Al contrario, si tuviera tiempo, le diría mucho más. Pero prefiero atacarlo donde más le duele. Quiero tumbarlo de un único golpe.

—En su día te preguntaste si se puede amar a alguien como tú —susurro—. Yo habría podido si me hubieses dado la oportunidad. Pero eres un pajarillo tan encantado por su propia canción que se mantiene sordo al canto de los demás. Por eso estás solo, y por eso seguirás solo durante el resto de tu larga y lamentable existencia.

El dolor fractura su expresión.

—Lo siento.

—Sientes que te haya descubierto —escupo—. Sientes tener que volver con el Rey Orquídea con las manos vacías. Sientes no estar más cerca de la libertad.

—Brielle, por favor.

Avanza un paso, pero yo alzo la espada Meirlach. Su hoja brilla a pesar de la oscuridad de la Gruta. No debería pronunciar mi nombre tan imprudentemente. Debe de estar desesperado por tener un poco de atención.

—Si das un paso más, te rajo la garganta, seas o no inmortal. —Me tiembla la voz de rabia contenida—. Es la última advertencia: si vuelves a dejarte ver por Thornbrook, te mataré. No me importa lo que me cueste ni lo complicado que sea. Encontraré el modo de acabar con tu vida.

Sus ojos se desorbitan, pero no dice nada.

Después de este día, regresaré a Thornbrook y no volveré a pensar nunca jamás en el Viento del Oeste. Con Meirlach en mi poder, puedo seguir adelante con mi vida. Dudo que a Céfiro vuelvan a soltarle la correa pronto, si es que se la sueltan jamás. Un castigo justo, desde luego.

Su atención se centra en la hoja. Quizá se pregunta si cumpliré mi promesa.

—Me necesitas para regresar a Carterhaugh. No es seguro.

—Yo no te necesito, Céfiro. —Es una lección que he aprendido demasiado tarde y que me ha costado la confianza que tenía en él—. Jamás te he necesitado.

Giro en redondo y espero hasta que sus pasos retroceden. Cuando el silencio cubre todos los huecos oscurecidos de la gruta,

me rompo. Caigo de rodillas al suelo. La daga y la espada se me escapan de las manos e impactan en el suelo con un duro repiqueteo. Me cubro la cara con las manos y se me escapa un sonido desgarrado.

¿Por qué he de sufrir tanto? ¿No he sido una fiel creyente? Pienso en la niña de once años que fui, a las puertas de Thornbrook. Incluso ahora sigo siendo esa niña.

Algo cálido y pesado se apoya en mi espalda. Me sobresalto y miro por entre los dedos, confundida. Harper se cierne sobre mí. No la he oído acercarse.

—Estás temblando —dice antes de apartar la mirada, como si mi sufrimiento la incomodase.

Entonces me doy cuenta de que solo lleva el vestido gris de algodón. El manto que tenía puesto antes descansa sobre mi cuerpo; es el mismo manto que le puse anoche a Harper cerca de la hoguera.

—Lo siento —susurra.

«Lo siento.» Ya estoy harta de esas palabras.

—¿Lo sabías? —Las lágrimas siguen cayendo por entre mis nudillos, por los huecos entre mis dedos—. ¿Sabías lo que planeaba hacer con la espada?

—Te juro que no lo sabía. De verdad pensaba que le importabas.

Yo resoplo.

—Claro. Estoy segura de que eso te lo dijo el propio Céfiro, teniendo en cuenta que sois muy amiguitos.

Una pausa prolongada.

—Sé que no te he dado motivo alguno para confiar en mí —dice, y en su suave voz hay algo que parece remordimiento—, pero es la verdad.

Pues nos ha engañado a las dos.

—Toma, se te ha caído.

Miro el objeto que me tiende. La rosaluz late como una insignia pálida en el centro de la mano de Harper. Debe de habérseme caído del bolsillo durante la lucha.

De pronto me quedo fría. Se la arrebato de las manos y la lanzo tan lejos como puedo hacia la oscuridad. La esfera golpea la piedra, rebota y rueda hasta detenerse en medio de las tinieblas. Ojalá se hubiese hecho pedazos.

Harper me mira, preocupada.

—¿Qué pasa ahora?

He viajado más lejos de lo que habría soñado en mi vida, pero estoy cansada. Creo que, de tener la posibilidad, dormiría durante años.

—Ha llegado la hora de regresar a Thornbrook —susurro con voz seca—. Llevamos mucho tiempo fuera.

PARTE 2



INFIEL

23

Es por la mañana. Una mañana verde, dorada, cálida. Entro en el aire caliente y cerrado de la forja y siento que se alivia la tirantez de mi pecho. Aquí hay familiaridad y confort, la tranquilidad de la soledad. Mi mano ha tocado todas y cada una de las piezas de este taller. Es el único sitio de todo Carterhaugh donde puedo respirar libremente.

Apenas queda una semana para el diezmo. Cada instante cuenta. Todas comprendemos su importancia. La sangre de veintiuna Hijas de Thornbrook será entregada a Infra para renovar el acuerdo de la tierra durante otro ciclo de siete años. La madre Mabel ha pedido cinco dagas más para el acontecimiento, para un total de veintiséis. Ha explicado que son para el Rey Orquídea, como gesto de buena voluntad.

Ni que decir tiene que he contenido la lengua.

Me pongo el delantal y el cinturón de herramientas, alimento el fuego y doy forma al metal sin queja alguna. El tiempo pasa. Me duele la espalda al golpear con el martillo, cada impacto me sacude el brazo hasta la articulación del hombro. El delantal de cuero me roza la parte delantera de los muslos. El calor me cubre como algodón húmedo.

Unos pensamientos incómodos empiezan a asaltarme. Parecen destellos de luz y oscuridad: el brillo de una espada metálica, la curva de unos dientes blancos y derechos. El corazón me retumba, enfermizo. Me apresuro a bloquear todos estos pensamientos.

Empiezo a dar forma a los biseles de la hoja cuando de pronto una sombra se proyecta sobre mi mesa de trabajo. Doy un respingo tan fuerte que se me cae el martillo encima de la bota.

Harper, con ese cabello color carbón recogido en un moño elaborado, se encuentra en la puerta, iluminada su espalda por el sol. Un halo cálido de luz cremosa le suaviza el contorno de los hombros.

—No sé cómo soportas trabajar en estas condiciones —señala, y entra tan campante, como si tuviese todo el derecho a estar aquí. Arruga la nariz—. Ya noto que me empiezo a derretir.

Como siempre, el comentario de Harper no viene a cuento.

—¿Puedo hacer algo por ti? —Mi atención regresa a la punta candente de la hoja. Los alicates la sujetan con firmeza sobre el yunque.

—¿No se me permite venir a visitarte? Esta forja no es tuya, ¿sabes? Tú solo trabajas aquí.

Frunzo el ceño en su dirección.

—Si vienes a empezar una pelea, te saco de aquí a la fuerza. —Le doy la vuelta al metal y acabo de darle forma a la punta—. Y, para que quede claro: esta sí que es mi forja.

Inclino la cabeza sobre el yunque y sigo martilleando, dando por terminada la conversación a todos los efectos. Quizá así Harper me deje por fin en paz.

Dar forma a la cruz no requiere un martilleo demasiado fuerte; se trata más bien de ir empujando el metal, no de moldearlo. Esto garantiza que el ángulo del borde no se doble por el centro, lo cual afinaría la hoja y, por lo tanto, debilitaría la estructura.

Harper me contempla trabajar un rato, una sombra oscura en la periferia.

—¿Te importa si husmeo por aquí? —pregunta.

Alzo la daga a la luz y examino el borde. Está casi perfecto, pero no del todo.

—La madre Mabel necesita estas hojas al final de la semana. No puedo permitirme distracciones.

Otra vez al yunque. El martillo impacta en los bordes con golpecitos breves y contundentes.

—No te voy a distraer. —Le lanzo una mirada de soslayo con evidente suspicacia. Harper suspira—. Quiero ver cómo trabajas, nada más.

¿Y de verdad no le parece atípico por su parte?

—No te lo recomendaría. —Una vez más, inspecciono el borde. Mucho mejor. La cruceta central está bien definida y los ángulos no se cruzan—. Te vas a manchar el alba.

Harper se alisa la prístina tela blanca con una mano. Lleva la estola roja encima, en diagonal sobre el pecho, para representar el servicio al Padre, como en cada momento desde hace quince días. Después de su iniciación, se requiere que las acólitas lleven las estolas durante veintiún días. El cíngulo, atado con tres nudos, le cuelga de la cintura.

—Sobreviviré —dice.

¿Quién soy yo para negarle nada de lo que quiere?

—Está bien, pero mantén la distancia.

Con la cruz en su sitio, empiezo a martillear los biseles para que la forma mantenga su uniformidad. Caliento la hoja por partes, de la punta a la base. Al siguiente golpe, otra visión destella ante mí: una mano morena que sujeta una copa de líquido dorado. Se me revuelve el estómago.

—¿De verdad has hecho todo esto?

Me detengo y miro por encima del hombro. Harper estudia la línea de dagas y cuchillos que cuelgan de la pared.

—Pues sí. —Cualquiera habría dicho que era evidente.

Ella alarga la mano. Con apenas una caricia del dedo en la hoja, recorre el centro elevado hasta donde se juntan los biseles, por entre la mezcla de plata y hiero oscuro. Aparta la mano y se gira hacia mí.

—No sabía que tus habilidades llegaban a tanto.

—Nunca te ha interesado saber hasta dónde llegaban.

Se abre paso entre las diferentes mesas de trabajo.

—Tienes razón. —Creo que el remordimiento que suaviza esa frase no es producto de mi imaginación.

Con un pesado suspiro, dejo aparte la daga sin acabar y me cuelgo el martillo del cinturón de herramientas. Es imposible concentrarse con Harper aquí presente. Es mejor abordar el motivo de su visita. Ya trabajaré en la daga cuando se vaya.

Agarro un trapo viejo y me limpio el sudor de la cara. Lo tiro en un cubo cercano lleno de telas sucias.

—¿A qué has venido en realidad, Harper?

Ella deposita un pequeño contenedor en la mesa que nos separa.

—Ha sonado la campana que anuncia el almuerzo. No te he visto en el refectorio, así que te he traído algo de comer.

Su benevolencia inesperada me sorprende. Me llevo la mano al pecho y me restriego el lugar donde he sentido una punzada. Desde que regresé a Thornbrook, he tenido poco apetito.

—Gracias.

De todas estas rarezas recientes, ninguna es tan extraña como la amabilidad de Harper. No somos exactamente amigas, pero tampoco somos enemigas.

—Bueno, si eso es todo…

—En realidad quería pedir tu opinión sobre un tema.

Se mueve como si fuese a sentarse en una de las desvencijadas sillas, pero luego se retira. Probablemente se ha dado cuenta de que está cubierta de polvo.

—Muy bien. —Cuanto antes me pregunte, antes podremos acabar.

Una vez más, Harper mira la silla vacía, frunce el ceño y se sienta. Verla me agrada.

—He estado hablando con la madre Mabel sobre el futuro de Thornbrook. Le he comentado los cambios que querías implementar. Vamos a empezar a planearlos tras el diezmo.

Me dejo caer en la silla de enfrente y estudio a la mujer que en su día fue mi rival más aborrecible pero que recientemente se ha convertido en alguien a quien, algún día, podría llegar a respetar. Una líder de la fe. Ella se remueve bajo mi mirada. Cruza los brazos y los vuelve a descruzar.

—¿Y bien? ¿Quieres que lo repita?

Esta sí que es la Harper que conozco.

—¿La madre Mabel te ha pedido que lo hagas?

Una vez al año, la abadesa se reúne con las acólitas para desarrollar propuestas sobre cómo emplear los fondos: renovaciones, presencia comunitaria y proyectos diversos. Las novicias no tenemos voto en estas decisiones finales, pero a veces se nos pide nuestra opinión a la hora de idear la manera de implementar mejoras.

—No —dice Harper—. He sido yo quien se lo ha propuesto.

—Te has acordado de la conversación que tuvimos en Infra. —Cuando hablamos de deber, responsabilidad y dejadez. Parece que fue hace una vida.

—Así es. —Se endereza y se coloca con gracilidad una mano en el regazo, como si fuera una encantadora figurita de porcelana—. ¿Te molesta?

—Creo que resulta admirable que quieras implementar algún cambio. —Inconscientemente, mi rostro se suaviza. La fe no implica estancamiento. Y Harper, al parecer, no está estancada—. ¿Has hablado con las demás novicias?

—Sí. Me han hecho muchas sugerencias en las que pensar.

Conociendo a Harper, no se va a marchar hasta que acceda a sus deseos.

—Mencioné la idea de un programa de formación. Creo que un programa así podría beneficiar no solo a Thornbrook, sino a toda la comunidad. Si puedes comentárselo a la madre Mabel, te lo agradecería.

—Hecho.

Desde el ascenso de Harper, no la he visto mucho. Su nuevo puesto requiere largos días de viaje de un pueblo a otro, predicando la palabra del Padre. Al parecer, fue una ceremonia muy bonita. Toda la iglesia guardó silencio mientras la madre Mabel colocaba la estola roja sobre el alba blanca de Harper.

No puedo negar la envidia que siento. Podría haber sido yo. Fui yo quien encontró la espada Meirlach. Pero no fui yo quien se la dio a la madre Mabel como prueba de mi valía.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Harper de repente.

Una gota de sudor me corre por la sien. Me la enjugo.

—Voy tirando. —Aunque lo cierto es que no he abierto el Texto desde que regresé. Descansa sobre mi escritorio, cogiendo polvo—. ¿Y tú? Espero que Isobel no esté muy triste desde que te fuiste del cuarto que compartíais, ahora que eres acólita.

La próxima persona que ingrese en Thornbrook tendrá el placer de vivir con Isobel.

—De hecho —dice—, Isobel y yo ya no somos amigas.

—¿En serio?

Ahora que lo menciona, sí que he notado que ya no comen juntas. Tampoco entran juntas en misa. No me extraña que ahora los pasillos estén más silenciosos.

Ella se encoge de hombros.

—Nuestros valores ya no coinciden tanto como antes.

Harper ha pasado años fingiendo confianza. Y ahora que los muros se han derrumbado, su vulnerabilidad se ve sin más artificios. Se ha transformado de un modo que yo no creía posible.

—¿La echas de menos?

—No echo de menos a Isobel, o no exactamente. Echo de menos la seguridad de su presencia.

—Te sientes sola.

Harper traga saliva y asiente. La animadversión que sintiese en su día hacia ella ha desaparecido. Solo siento compasión, la leve molestia del dolor reprimido.

—No lamento haberme distanciado de Isobel —susurra—. Servir al Padre como acólita me ha acercado a Él. Me siento más segura de mi lugar.

—Me alegro. —Lo único que puedo ofrecerle es una sonrisa tensa—. Es lo que siempre has querido.

—Sí, pero no me lo gané yo.

Me mantiene la mirada hasta que yo aparto la mía. Ya hemos tenido esta conversación antes.

—Sí que te lo has ganado —digo en tono quedo—. Las dos entramos en Infra. Las dos nos enfrentamos a peligros terribles.

—Pero fuiste tú quien venció al Semental —dice.

—Por pura y simple suerte.

Suena a verdad. Sabe a mentira.

—No, por suerte no. —Habla con amabilidad, con una compasión recién acuñada. Otro cambio positivo desde su nombramiento—. Sabías lo que hacías al enarbolar la daga, del mismo modo que sabías lo que hacías cuando me ordenaste que cogiese la espada, se la llevase a la madre Mabel y le dijese que la había encontrado yo.

Mi atención se desvía hacia la puerta abierta. Desde que regresé de Infra, la madre Mabel no ha venido a verme a la forja. Tampoco se ha acercado a mí en los pasillos. Me ha dado espacio, como si sospechase que necesito algo de soledad.

—Eres acólita. —Vuelvo a mirar a Harper—. Pensaba que eso era lo que querías.

—También es lo que querías tú —señala ella.

«Quería», sí; una palabra firmemente anclada en el pasado. La verdad es esta: ya no sé qué es lo que quiero, qué es lo que me impulsa. Infra me rompió por dentro, y me temo que el daño es irreparable.

—No parecía apropiado seguir porque me estaba cuestionando mi lugar aquí.

Pues sí, me cuestioné muchos aspectos de mi vida cuando salí de Infra hace semanas, inimaginablemente magullada y baqueteada, con el corazón destrozado. Le había entregado mi vida al Padre. ¿Cómo había sido capaz de permitir que me alejase del camino? ¿Cómo me había permitido confiar ciegamente en Céfiro para que este pudiese darme una puñalada por la espalda? ¿Acaso no había sido una fiel devota? ¿O quizá me estaba castigando por haber tenido relaciones con un hombre?

—¿Acaso no necesitamos más aún al Padre en tiempos de incertidumbre? —replica Harper.

—Creo que me gustabas más cuando eras insoportable, ¿sabes?

Ella se echa a reír. Sorprendentemente, yo también. No es una risa a mandíbula batiente, pero algo es algo. Cuando se me pasa, digo:

—Cuando acabe el diezmo, me plantearé si quiero seguir aquí. Hasta entonces, prefiero no pensar en la misión.

—Ya, hablando de eso… —Aprieta los labios hasta formar una fina línea—. Hay algo que creo que deberías ver.

Saca un objeto del bolsillo y se lo pone en la palma de la mano: es una esfera de vidrio en la que brilla la luz de la mañana.

Siento un fuerte latido entre las costillas. La última vez que vi la rosaluz, la arrojé con todas mis fuerzas hacia el interior de la Gruta del Semental. Milagrosamente, sigue entera. Ni una grieta. Harper debió de recuperarla antes de que huyésemos de Infra.

—Lo ves, ¿no? —murmura.

Dentro de la esfera, el suave brillo rosa que yo esperaba se ha enturbiado, y ahora es más bien un gris turbio con trazas sanguinolentas. Una hemorragia.

Me echo hacia atrás en la silla; necesito poner distancia con la esfera. El color me preocupa. Algo va mal.

—¿Por qué te la llevaste? Pertenece a Infra, no nos va a traer nada bueno.

—Digamos que fue un impulso. —Harper golpetea el cristal con una uña, y el sonidito ilumina momentáneamente la nube que flota sobre mí—. Todo acabó mal entre Céfiro y tú, pero sospecho que no va a ser la última vez que os crucéis. Puede que vuelvas a necesitar esto.

Un pánico familiar se derrama por mi vientre.

—No era decisión tuya.

—Han pasado cuatro semanas, Brielle.

—¿Y qué más da? No voy a regresar jamás.

Y en lo que respecta a Aquel que Trae la Primavera, por mí que se pudra.

Harper se toma su tiempo antes de responder. Quizá recuerda nuestro viaje de regreso a Carterhaugh. Los extraños encantamientos de Infra nos permitieron salir sanas y salvas por el camino cubierto de hierba. Regresamos a Thornbrook ilesas. O al menos, Harper estaba ilesa.

—Te he estado observando —dice—. Estás apática, infeliz, falta de motivación. Duermes y trabajas en la forja. No haces nada más.

Se equivoca. Me paso horas en la cama, es cierto, pero estoy despierta. El corazón me va a mil a pesar de la apatía. Cuando rompe el alba sobre Carterhaugh, me quito las legañas de los ojos y doy comienzo mi jornada. Pienso solo en números: diez cuchillos, veinte, cuarenta cuchillos más. Los números no mienten, son absolutos.

—Creo que necesitas pasar página.

—Lo que necesito —gruño, con las manos apretadas sobre los reposabrazos de la silla— es que me dejen en paz.

—Pero ¿qué es lo que buscas? —me dice, desafiante—. ¿Paz o negación?

Me siento tentada de tirarle el martillo a la cabeza, aunque la tiene tan dura que dudo que llegase siquiera a abollársela. Con cierto esfuerzo, me calmo. No estoy enfadada con Harper. Estoy enfadada porque Harper está haciendo las preguntas correctas.

—O sea, que no quieres la rosaluz —me dice—. ¿No te preguntas por qué se ha atenuado su brillo? —Da otro golpecito contra el cristal. Como yo no respondo, a ella se le demuda el rostro—. Está bien, pues.

Se dirige a la puerta.

Me he levantado a medias antes siquiera de darme cuenta de que me he puesto en movimiento.

—¡Espera!

Me flaquean las rodillas ante su mirada compasiva. Vuelvo a derrumbarme sobre la silla. Ella se acerca y me tiende la rosaluz sin

el menor juicio en la expresión. En cuanto agarro la fría esfera, mi corazón empieza a palpitar presa del nerviosismo. El cristal emite latidos perezosos; un corazón que flaquea.

—¿Qué le ha sucedido?

—Ojalá lo supiese —dice ella—. Desde que regresamos, ha empeorado.

¿Por qué habrá cambiado de color la rosaluz del Viento del Oeste? Recuerdo el grito de dolor de Céfiro cuando el Rey Orquídea lo atacó. Pierus, cuyas extremidades se alimentan de sangre.

Le devuelvo la rosaluz a Harper. Me duele la palma de la mano en el punto en que ha entrado en contacto con ella.

—Esto ya no es asunto mío.

—¿Ni siquiera si esta rosaluz nos está indicando que Céfiro está en apuros? ¿Le darías la espalda en un momento de necesidad?

Pero ¿y qué pasa con mis necesidades? Al Viento del Oeste le dieron igual, solo le importaba lo que él quería. Y bien que se aseguró de hacer añicos mi confianza.

—Pues sí que se la daría. No se merece mi ayuda, ni la ayuda de nadie, de hecho. El Viento del Oeste solo actúa en su propio interés.

—Yo no estoy tan segura de eso.

Un músculo se crispa en mi mandíbula al apretar los dientes. Harper no tiene ni idea de lo que está diciendo.

—¿Recuerdas cuando llegamos a la aldea después de que me salvaseis en el lago? La matriarca quería algo a cambio de ayudarnos.

—¿Y qué?

—Oí lo que hablaba Céfiro con la matriarca. Quería sus ojos, Brielle. Los ojos de Céfiro.

La conmoción me sacude, aunque no doy muestras externas de preocupación.

—Pero no accedió, ¿verdad?

Ella me dedica una mirada con toda intención, pero yo la ignoro.

—No, pero sí que accedió a darles su sangre una vez al mes durante el resto de su vida.

Odio este alivio que me sacude.

—Muy bien, así que hizo un trato. Es lo que hace, Harper. Decide lo que quiere y hace todo lo necesario para conseguirlo.

—No es solo eso. Podría haberme dejado morir. Yo era desechable. Vamos, no me mires así. Sabes que tengo razón. Tú eras la candidata más fuerte. Habrías hecho todo lo posible por conseguir la espada Meirlach. Céfiro lo sabía, pero puso en riesgo su vida para asegurarse de que yo me recuperaba. Y no tenía por qué hacerlo.

Vuelvo a sentir la punzada en el pecho. Se parece incómodamente a la culpa.

—Da igual. Ya está hecho.

Harper niega con la cabeza.

—Te mientes hasta a ti misma.

—Basta.

—Sé que no quieres tener nada que ver con él…

—¡He dicho basta!

Parpadeo, y el mundo recupera su equilibrio. Estoy de pie, con los puños alzados, lista para empezar a repartir golpes.

Harper me contempla, muy firme.

—Tienes sentimientos hacia Céfiro.

Me tiemblan las rodillas, tanto que tengo que tomar asiento de nuevo. No tiene sentido fingir que no es así.

—Ojalá no sintiese nada por él. —Bajo la mirada al suelo, a los tablones rayados del suelo.

—Pero lo sientes. Ahora debes decidir qué quieres hacer al respecto.

Ya he decidido qué quiero hacer al respecto.

—Lo que voy a hacer es acabar estas dagas para la madre Mabel, y una vez haya terminado, no volveré a pensar en Infra nunca más.

Con el tiempo, espero volver a ser quien era antes. Algún día, la estola roja descansará sobre mi hombro, si tengo suerte.

—¿Aunque eso suponga negar lo que siente tu corazón?

Resulta que he aprendido que no se puede confiar en el corazón.

—Rompí mis votos, Harper.

«La perfecta Brielle, que nunca se equivoca.» Esas palabras calumniosas aún están impresas en mi piel.

—Pero eran tus votos iniciales —dice—, no los finales.

No debería suponer ninguna diferencia. Obediencia, pureza, devoción. Están hechos pedazos los tres. Lo único que me ha salvado es que Harper no le dijo a la madre Mabel lo que había sucedido durante el viaje. Por otro lado, Harper no sabe que casi le entregué mi cuerpo a Céfiro entre la hierba de aquella cañada iluminada por la luna.

—No hay nada más importante que nuestra fe. Lo dice la madre Mabel.

—¿Y si se equivoca?

Alzo de golpe la cabeza.

—No puedes decir esas cosas.

—¿Por qué no? —Enarca la ceja con gesto altivo, se cruza de brazos y me recorre con la mirada.

—Porque… —Ay, no tengo la menor idea de por qué—. Porque está escrito. Porque así se ha decidido. Porque es la verdad. ¿Acaso no ingresaste por eso en Thornbrook? Tú misma dijiste que te uniste a la congregación después de que una de las acólitas te ayudase a buscar a tu perra perdida. El Padre te habló en aquel momento. No hay otra explicación.

Una emoción incómoda cubre sus facciones tensas.

—Brielle —se pasa la mano por los ojos, con la boca apretada en gesto reticente—, esa historia me la inventé.

—¿Qué?

—Mentí. Jamás tuve ninguna perra. El Pozo necesitaba una historia de mi pasado y me daba vergüenza contar la verdad.

No sé qué decir. Me sorprende que el Pozo del Pasado no percibiese el engaño.

—Entonces, ¿por qué te hiciste novicia? ¿Por qué te entregaste al Padre?

Ella tensa los dedos sobre los muslos y luego los relaja.

—Mi casa era un lugar horrible. Sí, mis hermanas y yo íbamos a una academia prestigiosa, pero lo que no mencioné es que eran superiores en todo a mí. No conseguí terminar el primer año.

La contemplo, asombrada. No tenía ni idea.

—Mis padres no toleraban mi incapacidad para cumplir sus expectativas. Consideraban que yo era una mancha en su reputación y me castigaban cada vez que volvía a casa con un nuevo fracaso. Algunos días me azotaban con tanta fuerza que me desmayaba.

El frío se instala en sus ojos.

—Harper…

Alza una mano.

—Por favor. Tengo que contártelo. —Inspira hondo y continúa—. Mi hogar era veneno puro. La mayoría de las noches apenas dormía del pánico que sentía. Pero en los Días Sagrados, mi familia iba a la iglesia de la abadía. Vi lo amables que eran las Hijas de Thornbrook unas con otras. Me sentí segura allí. Y decidí que su vida debía de ser mejor que la que yo estaba viviendo. Unos días después, hice las maletas. No le dije a nadie adónde iba. Eso fue hace diez años. Mi familia debe de creer que he muerto.

Quienes abrazan la vida devota intentan obtener aquello que les falta. Yo buscaba aceptación. Harper buscó la sensación de pertenecer a un hogar. Después de todo, no somos tan diferentes la una de la otra.

—La madre Mabel es más madre para mí que la que me dio a luz —prosigue ella—. Ansío tener su aprobación. Quiero dejar mi huella, ¿entiendes? —Antes de que yo pueda responder, ella añade—: Siempre has sido una amenaza para mí. Por más que me esforzase, siempre estabas tú, la brillante y resplandeciente Brielle, que en nada se equivocaba. Me encontraba siempre bajo tu sombra.

Se hace un silencio incómodo. Todo este tiempo, Harper ha intentado no sentirse pequeña, al igual que yo.

—No sabía que te sentías así —murmuro.

—No podía competir contigo. Eras demasiado buena, demasiado laboriosa, demasiado pura.

Niego con la cabeza.

—Ignoraba que estábamos compitiendo.

Ella alza la mano y se toca el cuello en lo que interpreto como un gesto de autocompasión.

—Tienes razón. No debería haber sido una competición, pero yo lo veía así, incluso después de que me salvases. Primero de los umbrandantes y luego del lago. Y a veces, de mi propia estupidez. —Cierra los ojos—. Jamás te di las gracias en todo el viaje, ni una sola vez. —Abre esos ojos azules, tan azules—. Gracias —dice con una franqueza que jamás he presenciado—. Gracias por salvarme la vida.

Su sinceridad me recorre y envuelve mi dolor con una ternura nueva. No me esperaba esto, pero no puedo fingir que la chica herida y magullada que fui no albergaba la esperanza de que Harper la reconociese de algún modo.

—De nada —digo.

—Me demostraste que siempre hay margen de mejora. Desde mi nombramiento, he aprendido que la fe no tiene que ser necesariamente algo rígido. Puede cambiar. Se puede reinterpretar. Si nosotras cambiamos, ¿por qué no han de cambiar nuestras creencias?

La idea no me encaja bien en la cabeza. No es que esté en desacuerdo. Más bien es que yo misma me he hecho esa pregunta.

—Si de verdad eres una Hija de Thornbrook —dice Harper—, encontrarás el modo de regresar junto al Padre.

He puesto en duda muchos aspectos de mi vida, pero jamás al Padre. Jamás a mi dios. ¿Cómo podría existir el mundo, tan enorme y complejo, sin la intervención de una mano divina? Thornbrook me salvó la vida y me dio un propósito cuando yo no tenía nada. ¿Acaso no es eso en sí mismo un milagro?

—Gracias por tu sinceridad, Harper —murmuro—, pero ahora preferiría estar sola. —No sé cómo avanzar. Tengo miedo y estoy estancada. Necesito pensar—. Tengo mucho trabajo pendiente.

Harper inclina la barbilla, visiblemente triste.

—Está bien. —Se dirige a la puerta, pero se detiene en el umbral y mira hacia atrás—. Te había juzgado mal, y lo siento, de verdad que lo siento. Siento todo el dolor que te he causado. Ha habido momentos en los que te he tratado como a un perro. Pequé de poca vista, de egoísmo y de crueldad. Me avergüenza saber que podríamos haber sido amigas si no me hubiese portado de forma tan horrible.

La disculpa consigue abrirse paso hasta mi corazón. La albergo ahí, cálida, para que me sane, mientras los pasos de Harper se alejan en mitad de la claridad de la mañana.

24

La víspera del diezmo, doy el último martillazo, cuyo tañido vibra con claridad dentro de la forja caliente y atestada. El alba asoma por el umbral con franjas violetas y doradas. Bajo el martillo y lo deposito en el yunque, con el brazo tembloroso. Diecisiete horas para convertir un trozo informe de metal en una hoja afilada. Ya casi está lista. Agarro la empuñadura y hundo la daga en un cubo de agua salada a mis pies. Un siseo de vapor brota cuando el agua y el metal caliente chocan. Al aclararse, levanto la hoja y la inspecciono desde todos los ángulos mientras contemplo su brillo encantador y liso. Servirá.

La cuelgo en la pared para que se enfríe junto a las demás. Veintiséis dagas forjadas en hierro. Una tarea de seis meses que toca a su fin.

El sol sigue ascendiendo tras la montaña. Me asomo a disfrutar de la luz del nuevo día. No sopla viento alguno. Hace semanas que no sopla. Me he preguntado por qué será. Y me he preocupado.

Me acerco a la casa de la abadesa y llamo a la puerta.

—Adelante.

Abro y entro en el recibidor. Me interno en el breve pasillo que conduce al despacho de la madre Mabel. Está sentada tras el escritorio, escribiendo un mensaje. Junto a la ventana abierta a su espalda, Meirlach cuelga de una montura de pared, una columna de acero afilado rematado en oro.

Ante mi interrupción, la madre Mabel alza la cabeza y deja la pluma.

—Brielle, ¿qué puedo hacer por ti?

—He terminado la última de las dagas —digo tras acabar de abrir la puerta del despacho—. Están listas para transportarlas a Infra.

La abadesa esboza una breve sonrisa que desaparece en un instante, pero el afecto en sus ojos sigue presente cuando hace un gesto para que me siente frente a su escritorio.

—Excelentes noticias. ¿Están listas las veintiséis?

—Sí, madre Mabel. —Me aposento en el borde de la silla, con las manos en el regazo.

—Excelente. Tendré en cuenta tu duro trabajo. Esto beneficiará enormemente a Thornbrook. Pierus también sabrá apreciar tu contribución.

A mí no me importa beneficiar al Rey Orquídea. He forjado las dagas para que podamos seguir utilizando las tierras de Thornbrook siete años más.

—Es un placer servir a Thornbrook en la medida de mis posibilidades.

La piel alrededor de los ojos de la abadesa se suaviza.

—Sí. ¿Qué haríamos sin ti?

Yo también me he hecho esa pregunta. Con el tiempo suficiente, la abadesa formaría a otra novicia para reemplazarme. Alguien tiene que ocuparse de la forja. Me pongo de pie.

—Si eso es todo…

Ella alza una mano.

—Perdona, Brielle, pero he de hacerte una pregunta: ¿Te encuentras bien? —La preocupación ensombrece su mirada—. Parece que algo te atormenta.

Siento el cuerpo pesado, incómodo. Tengo mucho que decir, pero no estoy segura de contar con la fuerza necesaria para mantener esta conversación. Siento que caigo en espiral. Tengo el rostro caliente y las manos sudorosas.

—Cuando regresaste a Thornbrook, me quedó claro que los desafíos del viaje te habían cambiado. —Aunque la madre Mabel no es la mujer más amable del mundo, al menos habla con gentileza, quizá porque siente mi inquietud—. Habías crecido. Caminabas con

más seguridad. No te acobardaste ante la adversidad. Pero tu mirada revela una falta de vida que me preocupa.

«Falta de vida.» Sí, suena acertado.

La madre Mabel aparta la pluma y el pergamino y apoya las manos en el escritorio. Las largas y hermosas mangas de su alba susurran al acariciar la madera desnuda.

—¿Sabes por qué las novicias deben cumplir una última tarea antes de tomar sus votos finales?

—¿Para demostrar su valía?

—Hasta cierto punto. —Con los dedos entrelazados, la madre Mabel se inclina hacia delante. Le cuesta muy poco captar toda mi atención—. Es porque muchas mujeres ingresan en Thornbrook a una edad tan temprana que es injusto dar por sentado que querrán la misma vida cuando alcancen la edad adulta. La misión actúa como catalizador. Ayuda a una novicia a determinar qué futuro quiere vivir. ¿Una vida de servicio al Padre o una vida más allá de estos muros?

Lo cierto es que la misión sí que ha sido una prueba para mí. Me ha roto en pedazos y me ha obligado a preguntarme si esos mismos pedazos encajan igual de bien que antes. La madre Mabel no sabe la agonía que ha supuesto toda esta experiencia. Lo desubicada y confusa que me he sentido.

—Te he dado espacio —prosigue ella— porque estaba claro que necesitabas procesar lo ocurrido. Sin embargo, no ha cambiado apenas nada desde que regresaste. —Bajo esas cejas pálidas, sus ojos negros se centran en los míos, con recelo—. ¿Quieres decirme qué te atormenta?

Enfrentarse a la madre Mabel nunca resulta fácil. A la luz del alba parece imposible. Me ha dado consejos en mis horas más oscuras. Me hizo un hueco en Thornbrook a pesar de mis orígenes dudosos. Siento que le he fallado.

—Es cierto, madre Mabel. Tengo dudas.

Un breve asentimiento.

—No hay falta alguna en ello. ¿Has hablado con el Padre de todo esto?

—No. —Siento una vergüenza demasiado grande.

—Recuerda que el Padre te ama. Solo necesitamos pedirle perdón.

—Pero ¿y si…? —La vergüenza me bloquea la tráquea y se me pega a la lengua. ¿Cómo puede saber la madre Mabel lo que necesito si ni siquiera yo lo sé?—. ¿Y si no merezco ese perdón?

De improviso, la abadesa se pone de pie y rodea el escritorio envuelta en una nube de dulce incienso. Me apoya con delicadeza las manos en los hombros.

—Brielle.

El corazón me retumba bajo el intenso escrutinio de la abadesa.

—¿Has roto tus votos? No le habrás entregado tu cuerpo a un hombre, ¿verdad?

No soporto ese tono acusador y decepcionado. Lo sabe. Jamás he sido capaz de esconder lo que siento.

—¿Sigues siendo pura?

Vacilo. Técnicamente sigo siendo virgen, así que asiento.

—Lo soy.

La abadesa emite un suspiro muy conmovedor. Sorprendentemente, me sonríe.

—Por favor, no desesperes si has cometido un error. Todas cometemos errores. Que sigas queriendo ser pastora del Padre demuestra tu lealtad a pesar de los desafíos a los que te enfrentas. —Me acaricia la mejilla. Esta muestra de afecto es más de lo que yo habría esperado.

—Gracias —susurro.

—Tienes buen corazón, Brielle. No soporto verte sufrir. —Frunce el ceño y aparta la mano—. Prométeme que hablarás con el Padre esta noche.

—Así lo haré.

Satisfecha, la madre Mabel regresa a su escritorio.

—A propósito de la misión. —Tap, tap, tap, su dedo tamborilea sobre el escritorio—. ¿Puedo preguntar qué sucedió en la Gruta?

Admito que estaba segura de que serías tú quien encontraría la espada Meirlach.

Si revelo todas las verdades ocultas sobre lo ocurrido —que no estoy segura de merecer el puesto, que temo el cambio que se ha producido en mi mente—, tanto mi pasado como mi presente y mi futuro quedarán en entredicho. He de confesarle la verdad a la madre Mabel, pero apenas lo suficiente para que no haga más preguntas.

—Harper entró en la Gruta y yo también. Es tan digna del puesto como yo.

—¿Ella acabó con el Semental?

—El Semental no ha muerto.

La madre Mabel alza las cejas.

—¿Me estás diciendo que Harper y tú conseguisteis escapar de la Gruta sin quitarle la vida al Semental? —Antes de que yo pueda responder, niega con la cabeza y hace una mueca tan divertida como sarcástica—. Desde luego, tuvisteis suerte. Los kelpies son muy traicioneros, y la carne de una virgen representa una tentación innegable.

¿Fue por suerte? Le gané en un duelo justo, hoja contra hoja. Puso en tela de juicio mi voluntad y le demostré que no me doblego. Al pensarlo, algo me tironea por dentro.

—Madre Mabel, ¿puedo preguntar cómo es que sabéis tanto del Semental?

—Vosotras dos no sois las únicas que habéis entrado en su Gruta y habéis sobrevivido.

Me quedo petrificada ante un recuerdo repentino. ¿Qué fue lo que dijo el semental?

«Otra mortal entró en su día en mi Gruta y escapó con vida.»

¿Cómo supo la madre Mabel del modo de vencer al Semental? No sería raro que el pueblo albo tuviese el dato, pero una mujer de Carterhaugh, no. Por otro lado, la madre Mabel estuvo presa en Infra hace mucho. ¿Tuvo que ver esa visita al Semental con su huida?

—Pero —prosigue la abadesa, ajena a mis volteretas mentales— la pregunta sigue siendo la misma: ¿cómo es que fue Harper quien se hizo con Meirlach antes que tú? Ambas sabemos que no tiene la capacidad de vencer a una criatura tan astuta como el Semental. Apenas sabe diferenciar un cuchillo de un tenedor.

No me gusta la opinión que tiene la madre Mabel de Harper. Casi parece poco respetuosa.

—Puede que Harper tenga muchos defectos, pero también tiene fortalezas.

A pesar de sus quejas, se enfrentó a Infra con tenacidad y avanzó con fiera resolución. Resulta difícil no respetar a alguien que desafía las reglas con tanta facilidad.

—Yo había depositado mi fe en que regresarías victoriosa a Thornbrook —dice la madre Mabel—. Se suponía que el puesto iba a ser tuyo.

¿Acaso percibe mi falta de sinceridad? Sí, me hice con Meirlach, pero, llegado el momento, insistí en que Harper se quedase con la espada. De todos modos, si el puesto iba a ser mío, ¿por qué me enfrentó la madre Mabel a otra novicia?

—Bueno. —Suspira, cruzando las manos sobre el escritorio—. Siempre nos quedará el año que viene.

«El año que viene.» Qué frase tan hueca. ¿Tendré que completar otra misión que me romperá el alma para demostrar mi valía? Solo de pensarlo me entra cansancio.

Mi atención se centra en Meirlach. El pomo de rubíes incrustados destella como un ojo en llamas. La madre Mabel se percata de la dirección de mi mirada y sonríe. Parece más relajada en presencia del arma. Tranquila, incluso.

—Es hermosa, ¿verdad?

—Lo es.

Una obra maestra. Nunca había visto una ranura tan recta, con un surco que se extiende por toda la longitud de la hoja.

—Meirlach llevaba mucho tiempo en poder del Semental. Tanto, de hecho, que su existencia se ha convertido en leyenda. —La

madre Mabel abre un cajón y saca el Texto—. Cierto es que yo no supe de su existencia hasta mi cautiverio. Un giro de los acontecimientos tan desafortunado como fortuito.

Siento un hormigueo en la piel, de repente alerta. La madre Mabel rara vez habla de esa época. En todos mis años como novicia, solo la he oído mencionarla una vez.

—Siete años —susurra—. Con el Texto como única compañía. El Libro del Cambio fue mi salvación. En él descubrí la leyenda de Meirlach. Me recordó que no todo estaba perdido. Días después de enterarme de su existencia, conocí a otro prisionero, un hombre mortal que resultó ser un espadachín experto. Él me enseñó a blandir un arma. Me recordó que yo era fuerte. Juré continuar entrenando una vez que regresase a la superficie, y así lo he hecho.

Empiezo a juntar piezas del puzle de forma natural. Puede que pasaran siete años en Carterhaugh, pero ¿cuántas vidas experimentó la madre Mabel en Infra, atrapada bajo el extraño encantamiento del reino? En algún momento, la madre Mabel fue a la Gruta. Y también escapó con vida. Fuera lo que fuera lo que robó del Semental, no era Meirlach. Quizá no fue capaz de engañarlo. Le comento a la abadesa todas estas dudas.

—Brielle —lo que expresa su voz está a medio camino entre el cariño y la exasperación—, ¿estás insinuando que me faltó la astucia necesaria para robar la espada Meirlach? Si eso es lo que insinúas, te diré que no me gusta que me señalen mis fallos. Más te valdría pensarte bien lo que dices.

Tengo veintiún años, aunque ahora mismo me siento como una niña. Pensarme bien lo que digo. Ya he soportado antes este tipo de reprimendas.

—Mis disculpas, madre Mabel.

Ella suspira.

—No, tienes razón. No fui capaz de arrebatarle la espada Meirlach al Semental. Por eso era tan vital hacerse con ella. —Señala la hoja con un movimiento del brazo—. Esta hoja puede garantizar nuestra protección.

Cosa que no estaba garantizada cuando el Rey Orquídea raptó a esas tres novicias hace décadas. Nosotras, como mujeres que somos, hemos de esforzarnos mucho en protegernos. Debemos esforzarnos el doble que los hombres para obtener la mitad de las recompensas.

—¿Por eso buscasteis al Padre? —pregunto—. ¿Para que os protegiese?

Silencio. Yo aprieto las manos sobre el regazo. Me suda más y más la piel con cada latido. Me he pasado de la raya. La mirada crispada de la madre Mabel es prueba más que suficiente de ello.

—Disculpad…

—Hasta cierto punto, sí —dice con voz entrecortada—. Crecí en el seno de una familia pobre, Brielle. Muy pobre. Vivíamos en una cabaña con una sola habitación a las afueras de Aranglen. No conocí a mi padre; abandonó a mi madre pocos días después de nacer mi hermano.

»Como puedes imaginar, fue una vida difícil. Cuando cumplí catorce años, mi hermano enfermó durante una ola de frío inusual. Luego enfermó mi madre. —A pesar de que su rostro se tensa, la madre Mabel mantiene la compostura—. Murieron en apenas un mes, y yo quedé huérfana, sin perspectiva alguna de trabajo.

Yo no tenía ni idea de todo eso.

—Lo siento mucho.

Ella tensa las fosas nasales y alza una mano.

—No me compadezcas. Todos nos enfrentamos a retos en la vida. Estos fueron los míos.

Contemplo a la abadesa, una mujer mortal que no ha envejecido desde que escapó de Infra hace décadas. Sean cuales sean las palabras de consuelo que yo pudiera ofrecerle, no las quiere.

—Por suerte —prosigue—, una mujer se fijó en mí mientras yo deambulaba por el mercado una noche y me llevó a Clovenshire, la abadía de Aranglen. Dos años después tomé mis votos finales. Ocupé el puesto de acólita durante una década, que dediqué a profundizar en mi relación con el Padre. Después de mi decimotercer

año en la abadía, me nombraron abadesa de Thornbrook. Y aquí sigo desde entonces.

Tiene todo el sentido que la madre Mabel haya ascendido así en el escalafón. Aquellas de nosotras a las que el mundo ha abandonado hemos de trabajar duro para echar raíces.

—¿Y pensáis en algún momento regresar a vuestra antigua vida?

—Oh, no, por el Padre. ¿Con quién iría? ¿Dónde estaría mi hogar? Aquellos que no tienen Su voluntad en la vida… me dan pena. —Acaricia con reverencia el cuero que encuaderna el Texto con las puntas de los dedos—. Están perdidos. Como lo estaba yo. Como lo estabas tú.

Yo no estoy tan segura. Los habitantes de Kilkare no parecen perdidos. Son madres, pintores, carpinteros, panaderos, mercaderes, hermanos, creyentes. La mayoría de ellos acoge de buen grado al Padre en su vida, aunque no del mismo modo que las Hijas de Thornbrook. Pero a ellos les basta.

La madre Mabel se echa hacia atrás en la silla y me estudia.

—¿Eso es lo que deseas, Brielle, regresar al mundo y dejarnos?

—N… no —jadeo, horrorizada ante la mera idea—. Por supuesto que no. —Me retumba el corazón, aunque no sé de dónde proviene el miedo—. Era curiosidad, nada más.

Ella asiente, apaciguada.

—Tu lugar está en Thornbrook. Siempre ha sido así.

Mi lugar, pero no mi hogar. No se me escapa la diferencia.

Yo soy herrera, pero no fui yo quien me puso el martillo en las manos. Fue la madre Mabel. Yo no elegí venir a Thornbrook. Mi madre me abandonó. El Texto me dice cómo he de interpretar el mundo, qué es aceptable y qué no lo es, qué moral conforma a una mujer o a un hombre.

Amo al Padre, pero ¿puedo amarle sin ser novicia? No es que me muera de ganas de marcharme. No quiero irme. Pero me pregunto qué más me aguarda ahí fuera, qué tipo de vida tendría si eligiera algo distinto.

—¿Has pensado en mi propuesta?

Vuelvo a centrarme en la madre Mabel. La semana pasada me preguntó si me interesaba participar en el diezmo mañana por la noche. Sería una buena excusa para regresar a Infra y buscar a Céfiro. Por otro lado, también podría abandonar al Viento del Oeste igual que él me abandonó a mí. Podría quedarme aquí, en Carterhaugh. Podría olvidarlo todo.

—¿Me permites que te dé un consejo? —Habla con tono amable, pero, por el motivo que sea, se me hace un nudo en la garganta. Estoy a punto de llorar—. Ve esta noche a la iglesia. Habla con el Padre. Quizá Él pueda ayudarte en tu camino.

Miro por la ventana. Un cielo azul salpicado de nubes anhelantes, un día perfecto para dar un paseo matutino. Qué rápido vuela mi mente de nuevo a ese dios de ojos verdes.

—Tuya es la elección final —dice la madre Mabel—. Si decides participar, nos reuniremos en el patio interior mañana al ocaso. Tómate el día para pensártelo.

Inclino la cabeza y digo:

—Así lo haré.

Me pongo de pie y me dirijo a la puerta. Sin embargo, antes de marcharme, tengo una pregunta más que necesita respuesta:

—¿Por qué no os mataron los miembros del pueblo albo? ¿Por qué os permitieron vivir?

La madre Mabel me dedica una mirada fría.

—No me permitieron vivir. Estuve siete años atrapada en Infra. Soporté horrores indecibles sin la menor esperanza de escapar jamás. Hice lo que fue necesario para regresar a Carterhaugh, y no me arrepiento. —Una sonrisa fina y oscura le asoma, reptante, a la boca—. Resulta que Infra no puede quebrar por completo a una persona.

25

Más tarde, ya de noche, enciendo el candil. El pabilo prende, una estrella resguardada tras el cristal fino y curvo que talla delicadas sombras por mi habitación. El corazón me late al galope, pero mis manos se mantienen firmes cuando abro los postigos y cuelgo el candil en la ventana, como ya hice hace meses.

El tañido de la campana señala las ocho. Más allá de la ventana, el aire está inmóvil, cálido, tras una llovizna reciente. No soy tan ingenua como para pensar que Céfiro verá el candil. A fin de cuentas, hace semanas que no siento su presencia. Pero si no es él, quizá lo vea alguien en el estrecho que busque una luz en la oscuridad, igual que yo.

Tras coger ropa limpia, voy a los baños, con una manopla y jabón en mano. Aunque no hay toque de queda, mis compañeras han empezado a rezar sus oraciones en la intimidad de sus dormitorios. En cuanto a mí, he cerrado mis emociones bajo llave, aunque esta noche esté dispuesta a enfrentarme a ellas.

Llego a los baños y cruzo la entrada cubierta de azulejos. Todo está vacío, tal y como sospechaba. Una pileta grande y hundida ocupa el espacio. Tres escalones curvos descienden hasta ella.

Dejo caer el vestido y la ropa interior. Me sumerjo en el agua fría, en la que flotan nubes grasientas, restos de otros baños recientes de mis compañeras. Con un estremecimiento, me obligo a meter la cabeza bajo la superficie.

Obediencia.

En el agua hay paz. Fría y muda, quizá, pero una paz que no emite juicios. Cuando me duelen los pulmones, saco la cabeza a la

superficie. Me paso la manopla por la piel y me refriego cada manchita hasta que estoy rosada como un recién nacido.

Pureza.

Ya vestida con un alba limpia y seca, me dirijo a la iglesia. Las enormes puertas están abiertas. El vientre gigantesco de la nave principal está envuelto en sombras interrumpidas por charcos de luz: las velas del altar, siempre encendidas.

Devoción.

Pulcras hileras de bancadas aguardan los cuerpos cálidos que asistirán a misa mañana. Los brillantes colores de los vitrales se ven apagados. Una alfombra se extiende, como un helecho, por el hueco entre los bancos hasta la base del altar, mármol blanco cubierto de tela carmesí.

Me lavo las manos en la pila. Una vez que estoy purificada, me dirijo a la baja barandilla que separa el presbiterio del sagrario. Allí me arrodillo sobre un gran cojín bordado, con el corazón retumbando. La rosaluz late débilmente en mi bolsillo.

Inclino la cabeza y apoyo los dedos entrelazados en la barandilla de madera desde la que nos dan la comunión. He estado entre estos muros en incontables ocasiones. Busco la iglesia porque me siento a la deriva, y espero encontrar aquí una roca a la que agarrarme un rato.

—Hola, Padre —murmuro—. Hace cuatro semanas que no vengo a verte. —Una pesadumbre que he llevado conmigo cada día—. Primero he de decirte que no pretendía ignorarte, pero es que han pasado muchas cosas desde la última vez que estuve aquí. —Mi voz, impregnada de vergüenza, se vuelve ronca—. He tomado decisiones cuestionables. Traje a un hombre a la abadía, pero te confieso que esa es la menor de mis faltas.

Las velas del altar tiemblan a pesar de la falta de viento. Aprieto los puños sudorosos hasta que dejo de estremecerme. He de decirlo. Voy a compartir con Él todo lo que he estado reteniendo dentro, este miedo al cambio que se está operando lentamente en mí. Me voy a arrancar la confesión de la garganta hasta la última gota.

—He tenido relaciones sexuales con ese hombre, Padre. —Suena pasmoso al decirlo en voz alta—. Su nombre es Céfiro. Me besó, me tocó, y confieso que yo así lo deseaba. Está mal, sé que está mal. Una Hija de Thornbrook no debe ansiar la carne de un varón. Pero yo ansiaba la suya.

Me encojo en mi sitio y me tenso al notar un viento frío que sopla por mi coronilla y me agita los rizos húmedos y rojizos. Esto no le agrada al Padre. Era de esperar.

—Sé que no debería haber confiado en él. Me dije a mí misma que debía mantener la distancia. Y sin embargo, sentía que mi voluntad flaqueaba en su presencia. No es como tú, Padre. Es egoísta, interesado, manipulador, descuidado. —Y triste, desesperado, quizá vacío—. Y te confieso que tengo sentimientos hacia él a pesar de su traición.

Las esquirlas que hay dentro de mi pecho se me clavan dolorosamente. Lo he dado todo, y solo ha servido para entender que no sé nada de Aquel que Trae la Primavera.

—Padre, acudo a ti porque me temo que algo horrible le ha sucedido a Céfiro. —Se me hace un nudo en la garganta y me sale un gallo al soltar la confesión—. Es un adulto, mucho mayor y más experimentado que yo, pero algo me impulsa a ir con él. No sé qué hacer. —Susurro, y me inclino aún más sobre la barandilla, cerca del altar y de sus tres velas—. Dime qué he de hacer, por favor.

No estoy segura. No soy fuerte, ni obediente, ni pura, ni devota. Hubo una época en la que estaba entregada a todos estos conceptos morales. Eran mi ancla en todos los sentidos.

Obediencia: cumplir mis deberes como novicia. Pureza: el voto más sencillo y, sin embargo, el que más rápido rompí. Y por último, devoción. Planté esta semilla casi de inmediato. Una vida devota me proporcionaba un propósito. Enmascaraba mi soledad… al menos durante un tiempo.

Jamás fue mi intención romper mis votos. De verdad había creído que podría vivir en estos terrenos, pasar los días de rodillas ante el altar de la iglesia, con un propósito de singular importancia. Pero he

desenterrado nuevos aspectos del mundo y ahora me pregunto: ¿sigue siendo Thornbrook el lugar adecuado para mí?

—Si mi deber es predicar la buena voluntad, esto te pregunto, Padre: ¿cómo puedo darle la espalda a alguien que me necesita, aunque esa persona me haya traicionado? Aunque se trate de un hombre. De un dios.

Sería una imprudencia regresar a Infra. Estaría poniendo en riesgo más que mi vida. Pero he de saberlo. He de entender el motivo.

—¿Me guiarás?

La iglesia entera parece vaciarse. Me reverberan los oídos a causa del cambio de presión. No recibo respuesta, ni consuelo, ni perdón. He venido aquí en busca de claridad, pero solo me siento más confundida. Soy una mujer arrodillada en una habitación vacía. Todo el calor del mundo se ha evaporado.

Me cuesta un gran esfuerzo levantarme. Y más aún mirar al altar y comprender qué significa este silencio. Me he apartado del camino. A pesar de haberme arrepentido, tomé una decisión, y el Padre tomó la suya. Salgo de la iglesia sin respuesta alguna. La oscuridad engulle las velas del altar. Me temo que no volveré jamás.

No regreso a mi habitación. Mis pies me llevan por el claustro, ladera abajo, hacia el muro exterior, cubierto de maleza, a cuyos pies se encuentra la forja. Un aire fresco cubre el verdor, pero no traspasa la puerta de la forja.

Ahí están las dagas: veintiséis hojas, hilera tras hilera de brillantes dientes negros. Las ordeno, rígida, y las deposito en una carretilla que descansa junto a la puerta. El repiqueteo del metal hace añicos el silencio de la noche.

Mañana repartiré las armas al anochecer. Una vez que las Hijas de Thornbrook se reúnan, la madre Mabel me mirará y formulará una pregunta: ¿te quedas o te marchas? Aún no estoy segura. Estoy ordenando todo el espacio de la forja para mantenerme ocupada cuando una esquirla de metal en un rincón me llama la atención.

Aparto una pila de vigas viejas y podridas y alzo lo que sin duda es una espada rota. Otro trozo de espada asoma debajo de una pila de maderos. Lo saco. Alzo ambas piezas y compruebo que encajan.

Recuerdo esta hoja. En su día fue mi trabajo más ambicioso, pero martilleé mucho el metal y lo dejé demasiado fino. Aún recuerdo el sonido al romperse, limpio, claro y frío. Siento una punzada en el pecho al recordarlo. Lloré mucho, furiosa, arrodillada aquella noche ante mi catre mientras rezaba. Había querido ser grande. Conocida. Llevaba tres años de aprendiz, me había esforzado en aquella forja asfixiante hasta que se me acumularon los callos en las manos y las ampollas me estallaron. Era una herrera, pero no lo bastante buena. Aún no, no lo era.

Por el motivo que fuera, no llegué a tirar la espada. La dejé olvidada en un rincón, y a lo largo de los años fui apilando encima otras herramientas y materiales para enterrar la prueba de mi fracaso.

Me acerco a la mesa de trabajo y coloco los dos segmentos. El perfil de la hoja es bastante bueno. El error fue reducir el grosor de la hoja de la empuñadura a la punta. Lo ideal es un proceso gradual que reduzca el acero. Yo lo martilleé con demasiado entusiasmo.

Cierro la mano sobre la espiga del arma inacabada. No le puse mi sello. Por aquel entonces era demasiado joven, aún no era una maestra. Ahora, en cambio, detecto los errores con toda claridad. Entiendo los pasos que habría que dar para arreglar esta hoja. La espada está hecha pedazos, pero si los pedazos encajaron en su día, ¿no podrían volver a encajar?



Me pongo a trabajar.

Ya no siento cansancio ni peso alguno que hunda mis huesos. Empiezo a apilar haces de ramas en la boca pétrea de la fragua. Un humo denso y blanco asciende por las grietas. En cuanto las ramas prenden, las cubro con carbón para ahogar las llamas.

Esta noche la voy a pasar despierta. Tengo hambre. ¿Cómo puedo haberme olvidado? El aire cambia de forma a mi alrededor. Mis músculos se estiran y contraen en un ritmo que tiene tanto de pesadumbre como de euforia.

El calor aumenta al accionar los fuelles con toda la fuerza de la que soy capaz. El fuego me habla. Me pide más, aunque a veces quiere menos. Cuando ha gritado lo suficiente, entiendo que he de apartarme, dejar que se asiente, para luego volver a avivarlo mucho más que antes. Para que la hoja vuelva a estar entera, todo ha de ser derretido y moldeado de nuevo.

Tardo toda la noche. Caliento el metal hasta que adopta un candente tono naranja. Lo martilleo y luego dejo que se enfríe hasta que quede rígido. Una y otra vez sigo este proceso. El fuego aumenta y escupe bocanadas de calor abrasador.

Le doy forma a la punta y luego al perfil de la hoja. El grosor, los biseles. La meto en el fuego para que el calor se introduzca en el metal al rojo y luego la deposito sobre el yunque. El acero se enfría, pasa del blanco al naranja y a un intenso tono ocre. Alzo el martillo sobre la cabeza y golpeo. El impacto arranca chispas en la oscuridad para forjar algo que estuvo roto y convertirlo en algo nuevo, entero.

26

Veintiuna hijas de Thornbrook se reúnen cuando el cielo empieza a oscurecerse y las campanas dan su último tañido. Encapuchadas, cubiertas con mantos, devotas, cada una de ellas lleva una hoja de acero consigo. Son mis iguales, pero esta noche les enseño a todas a blandir la empuñadura, a desenvainarla con seguridad. Son mis pupilas. Sus ojos son solo rendijas en la oscuridad, vigilantes bajo las capas.

Carterhaugh se estremece y vibra al otro lado del mundo. Lo sienten, sienten el hambre. El diezmo exige sangre, y esta noche se pagará el precio.

En una esquina del patio cubierto de hierba, la madre Mabel se ata una vaina a la cintura. Hace unas horas me asomé a la ventana de mi dormitorio y la vi afilando a Meirlach. Un chirrido agudo atravesaba el aire mientras ella pasaba la piedra de afilar por el borde del arma.

—No te olvides de mí.

Me giro y contemplo a Harper, esa barbilla elevada con gesto altanero. Su larga trenza de ébano serpentea desde el interior de la capucha. Como no respondo de inmediato, ella misma se encarga de señalar mi error:

—Les has enseñado a todas a desenvainar la daga menos a mí. ¿Por qué?

Alzo una ceja.

—Creía que sabías lo que hay que hacer. —Ante su expresión vacía, explico—: ¿No decías que hay que clavar la parte puntiaguda en la carne?

Harper parpadea, sorprendida, y resopla.

—Admito que no fue mi mejor momento.

Pues no. Resulta cómico que en su día pensase que podía vencer a un dios con una hoja irrisoria.

—Dame la mano.

Al igual que con las demás, la guío paso a paso por los movimientos que debe hacer para desenvainar de forma segura la daga. De fondo, las mujeres se revuelven, nerviosas. Algunas deciden pasear por el claustro mientras esperamos.

—Si tienes que sacarla —digo, y me acerco más para que no se me oiga—, agárrala así. —Le coloco los dedos alrededor de la empuñadura, con el pulgar apoyado en el extremo del índice. Harper me mira a los ojos, desorbitados de incertidumbre—. Solo por si acaso.

—Brielle —la madre Mabel se aproxima, con las manos unidas al frente. El pomo de rubí de Meirlach desprende un claro tono escarlata—, imagino que ya has hablado con el Padre.

Harper se retira para darnos intimidad y yo me obligo a mirar a los ojos insondables de la abadesa.

—Sí, me ha ayudado a decidir cuál es el camino correcto. —Con cierto esfuerzo, consigo relajar la tensión de mi rostro. Esbozo una leve sonrisa—. Mi lugar está aquí.

Ella también sonríe. En todos estos años jamás la he visto sonreír con los ojos. Esta noche no es una excepción.

—Así ha de ser.

La madre Mabel se aparta y ordena que todas ocupemos nuestros puestos. Nos repartimos en dos columnas. Nuestras albas blancas asoman bajo el dobladillo de las pesadas capas de lana. Mi mochila descansa discretamente contra la parte inferior de mi espalda. Las novicias vamos de blanco, y las acólitas, de rojo. Llevamos nuestros collares trinitarios y los guantes. Harper y yo estamos en la retaguardia, hombro con hombro. Un viento frío recorre las hojas picudas de hierba. El frío desciende de la montaña. He hecho todo lo que he podido para proteger lo que es mío. He colocado leche y

cebada en el alféizar y también en el umbral de mi puerta. Voy armada con hierro.

—Todas sabéis por qué estáis aquí. —La madre Mabel alza una mano para dirigirse al grupo. Ni siquiera la extrema palidez de su piel se atisba bajo las sombras de la capucha—. Esta noche, la barrera entre los reinos se estrecha. Se acerca el final de otro ciclo de siete años. Nuestros pasos nos llevarán hasta Miles Cross. Quiero que entendáis la importancia de vuestro compromiso. Participar en el diezmo nos permitirá mantener la posesión de Thornbrook y sus tierras circundantes otros siete años. Pero el precio se paga en sangre.

»Aquellas que no hayáis participado nunca escuchad con atención. No habléis. No toquéis nada aparte de vuestras dagas. Si alguien os ofrece una bebida, rechazadla. —Va avanzando por toda la fila, mirando a cada mujer a los ojos—. No os apartéis del camino de hierba. Cuando llegue el momento, ofreceréis una única gota de sangre, nada más. —Se detiene al final de la fila y su voz resuena contra las viejas columnas de piedra—. Y, por último, no os quitéis los collares. Mantenedlos a salvo.

Luego regresa al principio de las dos filas.

—Recordad: aunque tenemos protecciones, vamos a adentrarnos en un territorio desconocido. Nosotras no controlamos las reglas de Infra. —Pasea la mirada por el grupo—. ¿Preguntas?

«Nuestros nombres», pienso. ¿Por qué no ha dicho lo de no pronunciar nuestros nombres?

—Ya les he advertido a todas de que no deben pronunciar su nombre en voz alta —murmura Harper, dedicándome una mirada de soslayo, aunque ella también parece confundida por el olvido de la madre Mabel.

Me sorprende tanto la consideración de Harper que solo puedo hacer un mudo asentimiento. La abadesa hace un ademán y todas la seguimos. Cruzamos la arcada de la puerta, cuyas puntas negras cortan la oscuridad, afiladas como cuchillos.

Nos dirigimos hacia la entrada. Infra retumba bajo nuestras botas, hambrienta de carne mortal. Un apagado rugido anuncia que estamos cerca del río Twee. Todas nos apelotonamos en la orilla y contemplamos la corriente desbocada que fluye caudal abajo. Harper se inclina hacia mí, temblando. No sé si se ha percatado del movimiento.

—Aguas profundas —susurro.

Ella gira de golpe la cabeza hacia mí, con las pupilas dilatadas.

—¿Tienes miedo?

—Sí —susurro, pero no por el motivo que ella piensa. El Viento del Oeste me atrae hacia la linde de su reino. He de saber qué ha sido de él. He de aceptar que he cambiado. A Harper le digo—: No pasa nada, estaré bien.

No muy lejos de donde nos reunimos, el agua se divide. A medio metro de los rápidos, unos finos remolinos de agua ascienden y se mezclan hasta formar una ornamentada arcada bajo la cual descansa un par de puertas traslúcidas compuestas por el agua que cae. Como paneles de cristal trémulo, emiten reflejos de luz tenue.

Las que están cerca del río se apelotonan con más fuerza entre sí.

—Por el Padre —susurra alguien. Ninguna de nosotras ha presenciado jamás un encantamiento igual.

Dos pomos bañados en oro se materializan, y a mí me empieza a retumbar el corazón cada vez con más intensidad. La corriente disminuye y el río retrocede para revelar un puñado de adoquines que conduce a la extraña puerta.

—Entraremos de dos en dos —nos informa la madre Mabel.

Algo me roza la mano. Bajo la vista y veo que Harper ha entrelazado sus dedos a los míos. Alzo la cabeza y la miro a los ojos desorbitados. Las puertas se abren y un dulzón olor a podredumbre se abate sobre nosotras. ¿Cómo he podido olvidar este aroma? Raíces atrapadas bajo la tierra.

El rostro pálido y sudoroso de Harper aparece bajo la capucha. Se acuerda de lo que se siente al entrar en el vientre de la bestia. Y se

acuerda, al igual que yo, de la certeza escalofriante de haberse convertido en presa.

Mis dedos se cierran en torno a los de ella. Puede que no entrásemos en Infra como equipo hace meses, pero hasta la rosa más espinosa acaba por florecer. Esta noche estamos juntas.

La madre Mabel entra la primera, junto a una de las acólitas. La arcada trémula las devora. En su ausencia, las mujeres se revuelven, incómodas, reticentes a enfrentarse al encantamiento.

—Os toca. —Isobel empuja a una pareja para que entren.

Las dos avanzan a trompicones, pero se mantienen a distancia del extraño y etéreo fenómeno de esa agua que cae de ninguna parte y forma una puerta. La mayor de las dos estira la mano, que pasa por la puerta sin salpicar siquiera.

—¡Está seca!

Las dos vacilan, indecisas, pero acaban por avanzar. Pareja tras pareja, las Hijas de Thornbrook entran en Infra. Luego nos toca a nosotras dos.

Soy una hoja.

Harper y yo traspasamos la arcada y entramos en una profusa arboleda alfombrada de helechos cuyos bordes escarpados están a punto de abrirse del todo. El camino de hierba gira a la derecha, una pálida franja que atraviesa la densa maleza del bosque. La madre Mabel cuenta las cabezas y, una vez que ha comprobado que estamos todas, nos hace un gesto para que la sigamos. Su manto va rozando por encima de los matorrales.

El cielo traza una franja de luz titilante mientras avanzamos por entre cañadas y ríos amplísimos y profundos. De vez en cuando, algo recorre la espesura y las novicias gritan y desenvainan las dagas sin la menor elegancia.

—Necias. —Harper le da un manotazo en la muñeca a una chica—. Guarda eso —gruñe, y la novicia está tan aterrada que vuelve a envainar la daga sin decir nada—. No puedo creer que hayamos vuelto otra vez a este maldito sitio —murmura Harper.

Yo aparto una rama baja y la dejo pasar primero. Luego pregunto:

—¿Por qué te has ofrecido voluntaria?

—No quería —sorbe por la nariz mientras se quita pequeños cúmulos de polen de su manto escarlata—, pero la madre Mabel me dijo que quizá participarías tú y me pareció importante estar aquí contigo.

Por increíble que parezca, suena como una rendición.

—¿Dices que has venido a darme apoyo moral?

—Y si es así, ¿qué pasa? —Con los brazos cruzados, echa a andar camino adelante, azuzando a las jóvenes novicias con más vehemencia de la necesaria—. Alguien tiene que cuidar de ti.

Yo me muerdo la parte interior del carrillo, aunque apenas puedo contener una sonrisa.

—¿Acaso te olvidas de quién derrotó a los umbrandantes?

—¿Acaso te olvidas tú de quién convenció a Céfiro para que te salvase la vida después de que te envenenasen?

Los nervios me contraen el pecho al oír su nombre. Harper se percata de que se me agria el carácter y se queda muy seria.

—Lo siento. Sé que regresar aquí no te está resultando fácil.

Debo de tener algún problema, porque la mujer más irritante que conozco me está ablandando el corazón.

—Pronto habrá acabado todo —digo. Espero que así sea.

Cuando llegamos a una amplia explanada, el fango ya me ha manchado las botas y el borde del manto. En la lejanía, un puente cruza por encima de un canal amplio y cristalino. Supongo que se trata del río Mur.

—Casi hemos llegado —dice la madre Mabel por encima del hombro.

Nos apresuramos, andando en fila de a una. Cruzamos el puente y llegamos a una enorme red de túneles subterráneos cuyos muros emiten una tenue luz escarlata. Cuanto más nos adentramos en esta madriguera, más lento avanzamos. Las mujeres arrastran los pies; el

olor a podredumbre y descomposición se intensifica. Alguien sufre una arcada. A mí se me pone la piel de los brazos de gallina.

Y entonces, luz. La presión en mi pecho se afloja al entrar en una alta cámara de piedra en cuyo corazón hay un estanque rodeado de hierba y flores silvestres. Sobre la superficie cristalina flotan nenúfares, y hay tortugas reunidas en la orilla. La luz de la luna se derrama sobre una abertura justo delante.

Miles Cross.

Es hermoso. Una imagen pintoresca, típica de un cuadro pintado con suaves tonos pastel. Y sin embargo, toda luz ha de extinguirse. Más allá del círculo iluminado aguardan los miembros del pueblo albo, envueltos en sombras. Atisbo una mano de dedos largos, la curva de un cuerno de carnero. Una risotada brota de algún lugar que no vemos. Todo el grupo se estremece.

La madre Mabel agarra la empuñadura de Meirlach y escruta la zona. Parece ver algo que se agazapa en la oscuridad.

Una raíz larga y lechosa repta desde las profundidades de la negrura.

Mis compañeras se apretujan unas contra otras al tiempo que el Rey Orquídea avanza con toda su enorme masa. El sudor le cubre el torso pálido, cada músculo cincelado perfectamente. Recordamos su visita a Thornbrook. No la hemos olvidado.

—Madre Mabel. —Pierus alarga los brazos y desvela unos dientes blancos y rectos—. Bienvenida.

La negrura retrocede momentáneamente y revela un gran anfiteatro de tres niveles que rodea todo el campo. Parece que todo Infra está presente para la ocasión; entre el público, todo tipo de criaturas y bestias.

—Pierus.

Nuestra abadesa avanza con regia autoridad. Se echa la capucha hacia atrás para revelar sus pálidos mechones de pelo. La madre Mabel y el Rey Orquídea hablan en tono bajo durante un rato. Yo miro por encima del hombro, al túnel por el que hemos venido. Cuando empiece el diezmo, no podré marcharme. Ha de ser ahora.

Atrapadas por la belleza de Miles Cross, mis compañeras apenas se percatan de que me desplazo hasta la retaguardia del grupo. Desde ahí estoy a tiro de piedra del túnel. La oscuridad me oculta de la vista.

Camino con rapidez. No corro, pues el sonido atraería la atención.

Espalda recta, barbilla alta. Casi he llegado.

—Brielle.

Mi mano se crispa sobre la daga. La imagen mental de lo que me espera más allá de la cueva me golpea. Me preparo para una conversación difícil. Dentro de mi bolsillo, la rosaluz emite un latido errático. A regañadientes, me giro. Harper da un paso al frente, con la capucha bajada. Sus ojos azules buscan los míos.

—¿Qué hemos dicho de no pronunciar ningún nombre en voz alta? —susurro.

Ella se detiene, claramente pasmada ante mi reprimenda. Pero luego entorna los ojos. Mira a izquierda, a derecha, adelante, atrás. Despacio, como si quisiera demostrar que tiene razón: el túnel está desierto. Estamos solas.

—Aquí no nos oye nadie —dice.

—Nadie que veamos.

La atención de Harper se centra en mi daga.

—¿Qué haces?

Lo sabe. Y yo lo sé. No tiene sentido decirlo en voz alta.

—No queda mucho tiempo —murmuro—. De hecho, temo que ya sea tarde.

—Vas a buscar a Céfiro.

Trago saliva y reprimo el impulso de poner una excusa. Asiento. No estoy segura de cuánto tardaré. Una vez que abandone la seguridad de Miles Cross, habré perdido la protección de la madre Mabel.

De una cosa estoy segura: no puedo seguir viviendo una mentira. He dedicado diez años de mi vida a Thornbrook, pero últimamente mi corazón ansía otra cosa. Albergo sentimientos hacia un hombre.

Me ha mentido, engañado y traicionado, y sin embargo algo me empuja a buscarlo.

Harper mira por encima del hombro y se acerca a mí.

—Comprendo que quieras ayudarlo, pero si te marchas, no tendremos suficientes mujeres para completar el diezmo. ¿Vas a permitir que quedemos tan expuestas?

Me crispo por completo ante las implicaciones, pero contengo la lengua. Si estuviese en su lugar, yo diría lo mismo.

—El Rey Orquídea dijo veintiuna Hijas de Thornbrook, ¿verdad? —Ella asiente. Harper está en lo cierto: sin mi presencia, el número total de voluntarias para entregar su sangre queda en veinte. Y sin embargo—: La madre Mabel también es Hija de Thornbrook.

Cierto es que ha conseguido el puesto más alto posible, pero sigue siendo Hija de Thornbrook. Harper reflexiona sobre este detalle con los labios apretados. Luego se frota la frente con tanta fuerza que se va a dejar una señal.

—Se dará cuenta de que te has ido. Es demasiado observadora.

—Pero no se dará cuenta enseguida.

La abadesa tiene que estar pendiente de Pierus; estoy segura de que seguirá todos sus movimientos con su mirada de halcón. En cuanto a mi desaparición, no se percatará porque no se la espera.

—¿Y qué pasa con el camino de hierba? —Harper hace un gesto hacia el suelo, hacia la roca desnuda y oscurecida—. ¿Cómo vas a regresar? ¿Cómo sabrás adónde debes ir?

—No lo sé. —Una risa ronca se me escapa. No tiene gracia. De hecho, esta situación es todo menos graciosa—. Tenías razón. ¿Es eso lo que quieres oír? Céfiro es un desalmado y un manipulador. No se puede confiar en él.

—Pero te importa. Puede que algo más.

No pienso reflexionar sobre el alcance de mis sentimientos. Bastante me he cuestionado ya todo.

—Sé que no está bien —susurro—, pero hay algo en él que me atrae. —Ha llegado la hora de aceptarlo—. Estoy cansada de resistirme.

De pronto, su expresión se suaviza. Qué joven parece en este momento, qué cómoda en su propia piel.

—¿Qué es lo que queremos todos en la vida? Amor, seguridad, aceptación. No hay vergüenza alguna en desear todo eso.

Excepto que Céfiro no me ofrece nada de eso. Me ofrece solo la promesa de lo inesperado, de un corazón roto. Debo de haber perdido por completo la cabeza para querer ayudarlo.

Harper se cruza de brazos y me mira de arriba abajo.

—Dame tu capa.

Obedezco y le tiendo la gran tela blanca. Ella me pasa la roja. La capa, cálida del cuerpo de Harper, se ajusta a mis hombros. Me pongo la capucha y ella hace lo mismo. Harper es mucho más baja que yo, pero la madre Mabel está tan concentrada en el diezmo que dudo que llegue a notar la diferencia.

—Gracias —digo.

—Debería haber hecho esto hace mucho. —Toquetea los tres nudos de su cintura—. Me refiero a hacerme amiga tuya.

Somos humanas, y como tales, cometemos errores. He visto un cambio en Harper, y sé que el cambio es genuino. Estoy lista para dejar el pasado atrás. Estoy lista para curar esta herida.

—Te perdono —le digo—. Por todo el dolor que me has causado, te perdono.

Un brillo encantador le cubre los ojos.

—¿Vas a volver?

Me muerdo el labio para impedir que siga temblando. No es tarea fácil dejar atrás la comodidad de todo lo que conoces.

—No lo sé. —Tengo intención de regresar, pero quién puede decir qué desafíos me pondrá Infra a partir de ahora—. El tiempo lo dirá.

—En ese caso, buena suerte —murmura Harper—. Y saluda a Céfiro de mi parte.

27

Cielo negro, bosques más negros. Las espesuras más profundas y carentes de luz cimbrean ominosamente mientras yo corro por el serpenteante camino de hierba, siguiendo el río más allá del puente. La rosaluz, en mi mano, late débilmente. Es un brillo frágil, sin duda, pero lo bastante presente como para que no me tope con ninguna criatura acechante. Dependiendo de en qué dirección apunte, la luz aumenta o disminuye. La rosaluz está conectada a Céfiro; espero que me guíe hasta su ubicación.

Al cabo atisbo una cueva. Me duelen las piernas de fatiga, pero acelero el paso y me introduzco ciegamente por la entrada de la caverna. El Rey Orquídea está ocupado en Miles Cross; aún tengo tiempo.

El túnel da paso a una caverna iluminada por la luz de la luna. Es la guarida de Pierus. El montículo de tierra donde suele aposentarse está ahora vacío. Por el motivo que sea, el campo de flores rosas tiene ahora un aspecto marchito y gris, como si lo cubriese una capa de ceniza.

Al otro lado de la caverna, llama mi atención una masa inmóvil. ¿Es Céfiro? Mi boca dibuja su nombre, pero no emite ningún sonido. La escena que presencio me ha arrebatado total y completamente la capacidad de hablar.

Está pálido. Muy muy pálido. Esa resplandeciente piel morena ha sido drenada de color. Tiene los ojos cerrados, las pestañas caídas sobre los pómulos y los rizos pegados a la piel. Una corta barba le oscurece la mandíbula. Está tan desnudo como el día en que vino al mundo.

Avanzo a trompicones, aturdida. Flores carnívoras pegan sus pequeñas y ansiosas bocas al cuerpo de Céfiro: en los brazos, en el vientre, incluso en el interior de los muslos. Dan tragos largos que hacen ondular cada enredadera de la que surgen. La piel donde sus pequeñas espinas se han enganchado está inflamada, rojiza e irritada. El pecho de Céfiro aún se mueve, pero de forma sutil. Pero si está respirando, me vale.

Mis manos se acercan a su cuerpo, pero no me atrevo a tocarlo. Si presto atención, oigo el sonido que hacen las plantas al drenar sus fluidos. Tiene la boca tan apretada que un círculo blanco la rodea. Veo con repulsión cómo un montón de pétalos de color óxido se aparta de sus costillas con un gorjeo. Debajo hay un pequeño tatuaje que ya vi hace meses: tres flores de jacinto.

Mi preocupación por estas enredaderas se acentúa. Vuelvo a preguntarme por qué está Céfiro sujeto a esta horrible agonía. Me temo que haya estado aquí todo este tiempo, horas, días, semanas. Voy a tener que arrancarle toda esta flora parasitaria sin hacerle daño. Las flores, sin embargo, están incrustadas profundamente en su carne. Cuando intento quitar uno de los capullos, las agujas se le clavan aún más en la piel y succionan con ansia.

Venas blancas se tensan en su piel como pergamino.

Se oyen ecos en el túnel, el susurro de algo que podrían ser zapatos… Alguien se acerca.

Salto hacia un hueco en el extremo opuesto. Entonces, una mujer espigada aparece en la cámara iluminada por la luna. Lleva un holgado vestido blanco y un morral al hombro. No es mortal. Bajo su piel morena se percibe un brillo luminiscente.

Cinco criaturas encapuchadas siguen a la mujer. Las capuchas brillan con los tonos de las joyas más puras: rubí, cuarzo, esmeralda, zafiro y amatista. Tienen unos ojos opacos y pétreos, piel cobriza muy arrugada y enormes anillos ornamentales en las narices. Su rostro tiene una espectral semejanza con el de una cabra.

La mujer de piel morena se agacha junto a Céfiro antes de extraer algo del morral. Dado que se encuentra de espaldas a mí, no

sé de qué objeto se trata. Los individuos encapuchados la contemplan desde lejos.

Me siento tentada de arrojarle la daga a la espalda, pero se marcha de la caverna tan rápidamente como ha llegado, junto con sus coloridos acompañantes. Cuando sus pasos se desvanecen, regreso con Céfiro. Nada parece haber cambiado.

Con cuidado, tironeo de la enredadera que tiene pegada al hombro derecho. El Viento del Oeste se estremece y luego queda inmóvil.

Esta planta es un organismo vivo. Aunque yo cercenase las enredaderas, seguramente las bocas de los capullos seguirían pegadas a su cuerpo. Si libero a Céfiro, ¿lo percibirá Pierus? A fin de cuentas, el Rey Orquídea está conectado a esta horrible planta. Pero supongo que eso da igual.

Me quito la mochila, hurgo entre mis suministros, dejo a un lado el diario y la comida y saco la yesca y el pedernal, así como un trozo de tela y un frasquito de aceite. Con todo ello hago una antorcha en miniatura y la enciendo.

Una luz anaranjada inunda el espacio. Acerco la antorcha a una de las enredaderas. Las llamas la envuelven, hambrientas, y la piel cerosa empieza a chamuscarse.

Un grito resuena estridente por toda la caverna. Me pongo de pie al momento al oír el espeluznante tono. Las raíces se abalanzan sobre mí. Hago una finta lateral para esquivarlas y asesto una puñalada con la daga. El hierro afilado corta la carne de la enredadera. Del tajo brota sangre…, la sangre de Céfiro. La raíz retrocede con un chillido desesperado.

Los gritos se multiplican mientras las llamas saltan de una enredadera a otra. Un humo denso y revuelto me empieza a picar en la garganta. En pocos instantes, la planta entera se desintegra. Lo que queda es un dios medio muerto con marcas de mordiscos en la piel.

Me desprendo del manto y se lo pongo por los brazos a Céfiro para ocultar su desnudez. Luego me agacho y me echo el cuerpo del

Viento del Oeste sobre el hombro. Ser herrera tiene sus ventajas. Esta noche podré cargar con el peso de los dos, el suyo y el mío.

Llegamos a la entrada de la cueva sin más incidentes. Las luces de la aldea resplandecen en la lejanía, pero yo sigo avanzando por el impermeable bosque, presa de un terror ciego. No hay ningún camino cubierto de hierba que me guíe hacia un lugar seguro. Al cabo, el terreno empieza a agrietarse y los árboles dan paso a los depósitos de arcilla que culminan en un precipicio erosionado. Cuando por fin encuentro un refugio adecuado, tengo un dolor abrasador en la espalda, y las axilas, empapadas de sudor.

Con cuidado, deposito a Céfiro bajo un saliente. Debería estar a salvo aquí hasta mi regreso. Le lanzo una última mirada a su cara y regreso por donde he venido, con la vista clavada en la lejana aldea.



Suenan unos golpecitos en la puerta, nudillos contra madera. Tres latidos después, la puerta se abre un poco. Un ojo negro y redondo asoma por la rendija. La pálida piel de Lissi palidece aún más.

—¿Qué haces tú aquí?

—Necesito tu ayuda.

—No. —La palabra está teñida de miedo—. Tienes que marcharte.

La puerta se cierra de golpe.

—Por favor. —Apoyo la mano enguantada en la madera, entre sus ásperas muescas. El corazón me galopa por la carrera ardua y prolongada. Lissi es mi última esperanza.

—El diezmo ha comenzado. —La puerta amortigua su voz, pero no el tono afilado—. Las reglas son claras. No podemos interferir.

—No habría acudido a ti si no lo necesitase.

—Eres mortal, querida. No pienso jugarme el cuello por ti.

Un viento fresco sopla por mi espalda, instándome a marcharme. La aldea está sumida en una neblina desierta; las ventanas están cerradas, y el río no es más que un estanque oleoso en la lejanía.

—Y ahora te estoy poniendo en peligro al haber vuelto —digo con voz abatida. Aprieto el pomo con fuerza—. Pero te juro que es la única vez que te voy a pedir ayuda.

No debe saber lo que implica que esté aquí, intentando confiar en el pueblo albo.

—Por desgracia, la respuesta es no.

El gemido hueco de un instrumento de viento llega desde la distancia. Una oleada de frío me recorre y me pone la piel de gallina. Suena como un miserere.

—¿Y si te propongo un trato? —digo con un graznido.

El silencio se hace entre las dos.

—¿Un trato? —La voz infantil de Lissi se ilumina de emoción.

Abro la mochila y saco las páginas viejas y gastadas del Texto.

—Mi posesión más preciada —digo—. Si me ayudas, es tuya.

La puerta se abre. Los ojos de Lissi vuelan por encima de mi hombro, de un lado a otro. Ahora no lleva su acostumbrado chaleco, sino una bufanda color cereza y un irregular gorro de lana.

—Pasa. —Me agarra del frontal del alba y me mete de un tirón.

Se me escapa un quejido de dolor: mi cabeza choca contra el techo de la única habitación que compone toda la estructura. Hay un montón de mantas que identifico como la cama de Lissi. Huele a hierbas, un aroma vívido y limpio.

Lissi, impaciente, me tira del brazo.

—Enséñame qué es.

Le tiendo el Texto, y comprendo que es la última vez que lo voy a ver. Pero no me queda hueco en el corazón para más pesadumbre. He tomado una decisión. El Texto ha sido un consuelo constante que ahora pasa a manos de otra.

Lissi contempla el pesado manuscrito encuadernado, poco impresionada.

—¿Tu posesión más preciada es un libro?

Intento no ofenderme.

—¿No te gusta leer?

—¿Leer? —Suelta una risita—. Qué aburrido. Prefiero actividades más emocionantes, no sé si me entiendes. —Me guiña el ojo con expresión traviesa, y yo no puedo evitar sonreír como respuesta.

—Supongo que este libro no es emocionante —admito, aunque el Libro de la Noche tiene un par de historias bastante espeluznantes.

—¿Y qué me dices de eso? —Me señala el pecho.

¿Mi collar? Agarro el colgante con dos dedos y aprieto el nudo trinitario. La madre Mabel dijo que no nos los quitásemos nunca.

—Me temo que esto no te lo puedo dar.

Ella hace un mohín, pero pasea la vista entre el collar y el Texto.

—Yo no quiero ese libro, querida. Quédatelo. —Para mi sorpresa, me devuelve el Texto—. Veamos, ¿qué necesitas de mí?

El alivio más profundo me deja desarmada.

—Céfiro está herido —digo mientras vuelvo a guardar el tomo en la mochila—. ¿Puedes curarlo? Dijiste que tienes habilidades de sanación.

Ella sonríe, y su boca se estrecha sobre esas encías opacas y cubiertas de babas.

—Eres buena chica, querida. ¿Por qué arriesgas la vida por el Viento del Oeste? Ya te he advertido de que no se puede confiar en él.

—No he venido a que pongas en tela de juicio mis decisiones —digo secamente—. ¿Me vas a ayudar o no?

Lissi entorna los ojos y me dedica una mirada analítica. Puede que la duendecilla sea diminuta, pero no es ninguna incauta. Lo deja claro el fuego en su mirada.

—Está bien. Deja que coja mis suministros. —Se limpia las manos y agarra un bolso anodino que descansa junto a la puerta. Aparta una cortina pesada y se asoma por la ventana—. ¿Está muy lejos?

—A unos cuantos kilómetros.

—Pues más vale que nos demos prisa.

Lissi no pierde el tiempo guiándome por el bosque. La conduzco hasta el saliente bajo el que yace, inconsciente, el Viento del Oeste. Se detiene y se lleva una mano pequeña, como de niña, a la boca.

—Oh, vaya.

El manto rojo está abierto a la altura del pecho de Céfiro. Se ven las violáceas marcas de dientes donde las flores lo han succionado. Tiene los rizos mugrientos. No se ha movido desde que me marché.

La duende se arrodilla junto a Céfiro, mientras que yo me mantengo atrás. Pasa una mano por una de las heridas y recorre una vena negra que asciende por el interior de su brazo.

—Esto se lo ha hecho una planta de belladona. —Alza hacia mí una mirada cautelosa e interrogativa.

Yo vacilo, no muy segura de qué debería contarle. No quiero poner más en peligro a Céfiro, pero me temo que vaya a ser peor que me guarde algún dato, así que asiento.

—Lo he liberado de la guarida del Rey Orquídea.

Ella suelta todo el aire de los pulmones y aparta la mano del cuerpo de Céfiro.

—Una necedad por tu parte, pero ahora ya no hay nada que podamos hacer al respecto. ¿Sabes cuánto tiempo ha tenido incrustadas las flores?

Aunque la culpabilidad en mi interior había menguado, acaba por aumentar inevitablemente. De haber sabido antes el tormento que estaba sufriendo, ¿habría acudido a buscarlo?

—Me temo que durante varias semanas.

Le explico el cambio de color de la rosaluz y que creo que evidencia el peligro que corre la vida de Céfiro. Lissi agarra la esfera de cristal con una mano, la expresión grave.

—Una observación muy perspicaz, cariño. Puede que tengas razón.

—Pero no puede morir, ¿verdad? Es inmortal.

Después de devolverme la luz, Lissi empieza a sacar sus suministros.

—Te olvidas de que Céfiro no es de este reino. Su cuerpo reacciona de forma diferente a la influencia de Infra. No morirá, pero puede acabar herido, quizá permanentemente. —De los muchos bolsillos de cuero de su bolso sale una variedad de herramientas,

frascos y vendas. Elige un frasco pequeño y quita la tapa. Dentro hay una sustancia viscosa—. ¿Cómo se separaron las flores de Céfiro? ¿Se completó el ritual?

¿Ritual? Una ráfaga de puros nervios se abre paso entre mi confusión.

—No estoy segura de a qué te refieres.

Lissi frunce el ceño y aprieta los labios bajo la abrumadora enormidad de sus grandes ojos pétreos.

—¿No sabes la situación en la que se encuentra Céfiro? ¿No sabes por qué es necesario el diezmo para Infra?

Niego con la cabeza. Sé que se requiere nuestra participación para garantizar que podamos seguir usando los terrenos de Thornbrook, pero nada más.

—Para que Infra prospere —explica la duende—, un manantial de energía debe alimentar todo el reino. Mucho antes de que se obligase al pueblo albo a retirarse a las profundidades, la tierra producía su propia energía. Nosotros vivíamos de ella. Esa energía cargaba los encantamientos de Infra, sus patrones climáticos, su ciclo solar y lunar. Pero desde la llegada del Rey Orquídea, el poder de Infra se ha debilitado. Ha absorbido ese poder para sí, y queda poco para el reino. Por eso necesitamos un donante.

Su mirada se cruza con la mía y un mal augurio se adueña de mí.

—Céfiro —susurro.

—Sí. Su sangre proporciona el poder necesario para la existencia del reino. Sin embargo, la sangre mortal también es poderosa en cierto modo, especialmente la de los mortales con fe. Solo la sangre de quienes tienen verdadera devoción puede catalizar el poder de un dios, sobre todo de un dios caído en desgracia. A fin de cuentas, ¿qué son los dioses sin sus discípulos? Por eso el Rey Orquídea ha manipulado a la abadesa para que contribuya con el diezmo.

La abadesa está al tanto del sufrimiento de Céfiro. Todos lo saben y todos han decidido ignorarlo. Prefieren aprovecharse de su dolor.

—¿Y no hacéis nada para impedirlo? —digo entre dientes, incapaz de disimular mi desagrado.

Ella se encoge de hombros y dice:

—¿Qué podríamos hacer? El Rey Orquídea es temible. Nadie se atrevería a desafiarle. Y en cuanto a nuestras preocupaciones más inmediatas: sí, la salud menguante del Viento del Oeste explica seguramente por qué está disminuyendo la rosaluz. El Rey Orquídea es voraz. Sabe que el diezmo agotará todo el poder de Céfiro a medio plazo, así que drena tanto como puede para sí mismo durante los días previos a la ceremonia.

Así que Céfiro es, básicamente, un sacrificio. De ese modo está pagando la deuda que ha contraído con el Rey Orquídea: su poder se usa para perpetuar el reino. Siglos de esclavitud siendo poco más que alimento para gusanos.

Yo no tenía la menor idea.

—¿Y qué pasa durante el diezmo si Céfiro está demasiado débil como para utilizar su poder? ¿Qué sucede entonces?

—No lo sé —dice Lissi. Empapa la tela con el bálsamo y empieza a restregarla sobre las heridas. Hace un gesto hacia las huellas faltas de color con forma de hoz que tiene en el cuello y en el pecho—. A juzgar por estas marcas, parece que el ritual ha terminado prematuramente.

Sus ojos vuelan hacia los míos con desconcertante gravedad. Estoy segura de algo: sea lo que sea lo que he hecho, me voy a arrepentir de ello.

—¿Qué sucede? —susurro—. Cuéntamelo. Podré soportarlo.

—Es que no estoy segura, cariño. —Saca otro frasco de sus suministros—. Durante el ritual de limpieza se inyecta una pequeña dosis de veneno al sujeto mediante las espinas de las flores. De ese modo, el sujeto se mantiene inconsciente, lo que mitiga cualquier dolor. Sin embargo, si se retiran las flores antes de completar el ritual, la planta de belladona inyecta una dosis mayor de veneno a la corriente sanguínea…, una dosis letal.

—¡Pero si has dicho que no puede morir!

—No morirá —repite—. Pero, para algunos, la muerte es un alivio. Una vez que el veneno llegue a su corazón, quedará paralizado

indefinidamente.

Esto no puede estar pasando. ¿Cómo podía saber yo las consecuencias de mis actos? No podía permitir que el Viento del Oeste siguiese en ese horripilante estado ni un instante más.

—¿Cuánto falta para que la parálisis sea total?

Lissi abre el tapón del segundo frasquito y lo deja a un lado.

—Es difícil decirlo. Tengo un brebaje que lo dejará en un estado semiconsciente, pero tarde o temprano sucumbirá al veneno. —Coloca en el suelo una tercera botella llena de un líquido verde. Tintinea el cristal sobre la piedra—. Diría que, en el mejor de los casos, disponemos de unos días.

¿A cuánto ascienden exactamente unos días? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Hablamos del tiempo de la superficie o del de aquí abajo? Todo es una incógnita. No lo soporto.

—¿Y no hay nada que puedas hacer? —la exhorto—. ¿No hay cura?

—Que yo sepa, no. El veneno solo puede salir de Céfiro si regresa con el Rey Orquídea. Solo la belladona puede revertir sus propios efectos.

—No puede regresar.

Eso no es vida. Ni siquiera es existencia.

Lissi me mira como si fuese una niña particularmente malhumorada.

—¿Estás dispuesta a arriesgar tu vida, tu sustento, por un dios caído en desgracia? —Como no respondo, prosigue—: En cuanto el Rey Orquídea se dé cuenta de que Céfiro ha desaparecido, hará todo lo que esté en su mano por encontrarlo. Sin el Viento del Oeste no se cumple el diezmo.

Hum. ¿Es una decisión difícil de tomar? Para nada. ¿Es una locura? Por supuesto.

Sin embargo, no pienso cambiar de opinión.

Lissi echa mano del segundo frasco y vierte lo que parece ser un linimento sobre las heridas de Céfiro. Y son muchas. La piel inflamada empieza a cubrirse de una costra de sangre seca. A

continuación, la duende le vierte el líquido verde por la garganta y le cierra la mandíbula para que se vea obligado a tragar.

—Debería despertar dentro de unas cuantas horas —me asegura mientras guarda los frascos vacíos en su bolso—. Yo no puedo quedarme.

Ya me lo imaginaba. Pero lamento que Lissi se marche.

—Gracias —digo—. Has hecho más de lo que tenía derecho a pedirte. No lo olvidaré. —Ella se pone de pie y yo la agarro de la mano. Espero hasta que me mira a los ojos, curiosa y divertida—. Si te ves en necesidad, siempre tendrás una amiga en mí.

El fantasma de una sonrisa sobrevuela su boca amplia y sin labios.

—¿Una mortal y una duende, amigas? —El sonido de su risa me estremece. Hace ademán de marcharse—. Qué tiempos tan extraños.

28

Céfiro despierta mientras yo me ocupo de avivar el fuego. Una ráfaga de aire caliente sopla a mi espalda. Se me acelera el corazón, y el peso que sentía hasta ahora desaparece. «Respira, Brielle.» Mi mano aprieta imperceptiblemente la rama con la que he estado atizando el fuego. Preferiría enarbolar una daga. Me giro y compruebo que sus ojos me miran. Tiene el ceño fruncido sobre la nariz, una nariz que yo juraría que parece más pequeña, menos torcida, aunque quizá se deba a la luz danzante de las llamas.

No estoy lista. Eso queda patente de inmediato. Había pensado que tendría más tiempo para decidir qué iba a decirle exactamente a Céfiro cuando recuperase la consciencia. Habría organizado mis pensamientos, los habría dejado consignados en las páginas del diario y los habría recopilado uno a uno: rabia lacerante, las magulladuras de la traición, los jirones de un corazón roto. Pensaba soltarle cada falta, cada fechoría, y luego lo habría hecho pedazos. Así el Viento del Oeste se enteraría de que el juego ha cambiado. Yo, Brielle de Thornbrook, ya no soy ningún corderito.

La furia me abrasa la garganta con violenta rapidez. «Ahora», pienso. Ahora es el momento de atacar; ahora que está indefenso. Céfiro no se merece menos. Pero entonces le miro la cara y veo el cansancio de un hombre que ha construido ciudades para ver cómo se derrumban luego.

El fuego en mi corazón se hace ascuas. Él y yo estamos solos en Infra, sin amigos ni aliados. Solo nos tenemos el uno al otro en este maldito lugar. Por desgracia, avanzar por el vientre de este reino requiere que confíe en el Viento del Oeste… y en mí misma.

—¿Cómo te sientes? —pregunto en tono quedo.

Céfiro se levanta con un encogimiento y apoya la espalda en el saliente. Sigue llevando el manto de Harper abierto a la altura del pecho, donde se aprecian muchas heridas violáceas sobre su piel pálida.

—Cansado.

¿Cómo es posible que haya echado de menos su voz?

Él mira más allá del fuego y escruta la ladera sombría que está a mi espalda, la oscuridad del aislamiento. Aprieta el puño y yo siento un estallido de aire en las orejas.

—He creado una barrera de sonido alrededor del campamento —me explica. Después de esta demostración de su poder, parece aún más fatigado—. Podemos hablar libremente. —Me clava la mirada—. ¿Qué ha sucedido?

Supongo que se lo imagina, teniendo en cuenta que va desnudo, pero le explico a grandes rasgos la situación. Al cabo, esos grandes ojos verdes vuelven a mirarme.

—¿Y qué pasa con Pierus? —pregunta.

Yo atizo el fuego para mantener las manos ocupadas.

—Ya se encontraba en Miles Cross. Cuando te encontré en su caverna, había una mujer con un vestido blanco. Tenía el pelo negro y la piel oscura. La acompañaban cinco individuos que llevaban mantos de colores que asemejaban joyas.

Él hace una mueca infeliz.

—Se llama Oly. Ayuda a Pierus cada vez que este se encuentra en algún otro lugar. Los demás constituyen algo así como el consejo de Pierus, aunque en realidad son más bien sus lacayos.

—¿Qué fue lo que te hizo? —pregunto.

—¿A qué te refieres?

—Creo que te vertió algo en la boca, pero no vi lo que era. Quizá un brebaje.

—Ah. —Asiente al comprender—. Suelen administrarme algo para aplacar el dolor. O la mayor parte del dolor, mejor dicho. —Aprieta el borde del manto con el puño, como si de un ancla se tratase—. Habría preferido que no me vieras así.

Cree que soy una mojigata.

—Ya he visto antes a gente desnuda. —Es verdad que solo a las Hijas de Thornbrook en los baños, jamás a un hombre, pero no hace falta que Céfiro lo sepa.

—Me refería a las heridas. —Se toquetea bajo una muñeca. Una sustancia clara mana del corte—. No sé cómo puedo estar despierto. Debería estar inconsciente.

—¿Te han sometido antes a un castigo así?

El Viento del Oeste mira al fuego y se tironea de la barba con aspecto preocupado. Claramente, hace semanas que no se afeita.

—Dos veces —dice—. En dos ocasiones he intentado escapar del ritual de limpieza antes de completarlo. No llegué lejos, acabé por desmayarme. —Frunce el ceño y me mira—. Así que las preguntas son varias: cómo he llegado aquí, cómo es que estoy consciente y por qué estoy tan lejos, si no me equivoco, de la guarida de Pierus.

—Me ayudó una amiga.

Será mejor mantener en secreto la identidad de Lissi. Cuanto menos sepa Céfiro, menos podrá usar contra mí Pierus. Y estoy en deuda con Lissi. Incluso me sorprendió hace horas dejándome ropa limpia para Céfiro, así como un par de botas de su talla. Luego se marchó, para siempre, según ella misma dijo.

Céfiro aprieta la mano sobre el muslo. Reconozco en el movimiento el deseo de agarrar un arma.

—Había pensado que eras más lista, Brielle.

—¿Disculpa?

Un grave gruñido de frustración oscurece su respuesta:

—Tienes todo lo que podrías desear: un hogar, un propósito, un sitio en el mundo. Conseguiste la espada Meirlach —dice—. Eres acólita.

—No soy acólita —murmuro.

Él me clava la mirada, con los ojos vacíos, bajo la mata de rizos.

—Claro que lo eres. —Hace un gesto hacia el manto rojo que tapa su desnudez.

—No es mío —suavizo aún más la voz—. Es de Harper.

Despacio, Céfiro niega con la cabeza.

—No te sigo. Fuiste tú quien venció al Semental. Fuiste tú quien consiguió Meirlach. El puesto era tuyo.

—Fue Harper quien le llevó la espada Meirlach a la madre Mabel, no yo.

Hay palabras y espacios entre palabras…, todo aquello que no se ha dicho. La única explicación de que Harper le haya llevado la espada Meirlach a la abadesa es que yo se la haya entregado a ella. Céfiro lo comprende.

—¿Por qué?

—Tengo mis motivos. —Meto la rama entre los troncos. La punta prende y la hundo en el suelo. La arcilla fresca y húmeda apaga la llama con un remolino de humo.

—Hace diez años que te esfuerzas por obtener ese puesto, pero cuando se te presenta el momento de reclamarlo para ti, le das la oportunidad a otra persona. ¿Me explicas por qué?

Aprieto los puños y el cuero de mis guantes cruje. Rencorosa, despechada, desalmada…, mi ira posee muchas facetas, no solo una.

—Hice lo que pensé que era lo correcto en ese momento. Preferí cederle el puesto a Harper, que no tenía dudas, en lugar de reclamarlo yo, que había empezado a cuestionarme mi fe. —Por más que obrar así me destrozase.

Un músculo late en su mandíbula, un pequeño tic que refleja el ritmo alterado de mi corazón.

—Eras libre, Brielle. Libre. Pero has regresado a Infra y te has puesto en un peligro innecesario. Y todo para salvar a un dios caído en desgracia. —Esas palabras se me clavan como un cuchillo en la columna—. Qué necedad.

De todas las estupideces que podría haber dicho, elige esta.

—¿Salvar tu vida ha sido una necedad? Quizá sería mejor darme las gracias.

Él contrae la expresión, frío.

—Estás perdiendo el tiempo.

—Eres un pedazo de cabrón. —Meto el palo entre el fuego y centellean las brasas como estrellas moribundas bajo el saliente—. ¿Sabes todo lo que he tenido que soportar para llegar hasta aquí esta noche? ¿Sabes acaso el caos emocional que he experimentado? —Si no tuviese ya un aspecto tan patético, ahí tirado, me encantaría saltar por encima de la hoguera para aplastarle la cabeza contra la roca—. Quizá tienes razón y todo esto no ha sido más que una completa pérdida de tiempo. Debería haberte dejado en las crueles manos de Pierus. Quizá, si no me hubieses engañado, no te encontrarías en esta situación. Y además… —Se me hace un nudo en la garganta—. Pensé que yo te importaba —susurro. He sido fuerte en mis convicciones, pero no lo bastante.

—Brielle —deja escapar un aliento largo y cansado—, sí que me importas. Te prometo que me importas.

—No lo bastante como para poner las necesidades de nadie por encima de las tuyas.

Él aprieta la mandíbula y se esfuerza por mantener la expresión neutra.

—Está bien —dice—. Puede que me lo merezca.

—Es lo mínimo que te mereces. —Mi voz se vuelve más brusca por la intensa emoción que siento, el deseo frenético de echar la cabeza hacia atrás y aullar hasta despellejarme la garganta—. Eres… —He de decirlo—. Eres el causante de todos mis infortunios.

Él deja caer la mano.

—¿Que yo soy el causante de tus infortunios?

—¿Recuerdas la primavera de hace diez años? —Con qué facilidad se aprietan mis puños sobre los muslos y se me clavan las uñas en la carne—. Piensa, Céfiro. Recuerda la historia que te conté. Recuerda la tormenta que destruyó Veraness, mi hogar. Recuerda que mi madre no regresará jamás.

El fuego, que es caos y luz, es lo único que nos separa.

—Veraness. —Frunce el ceño, mirándose las manos, apretadas sobre el regazo—. Hacía mucho tiempo que no oía ese nombre. —Luego alza la mirada—. ¿Era tu hogar?

Estoy temblando. Si el Rey Orquídea no me hubiese dado el diario de la madre Mabel, jamás habría sabido el papel que había desempeñado Céfiro en mi abandono. Y sin embargo, aquí estoy. He sacrificado mucho por salvarlo a él. Temo mis propias motivaciones a pesar del daño que llevo en el corazón.

—¿Niegas tu responsabilidad en su muerte?

Él parece aturdido.

—Ese día intenté cortar el vínculo que me ata a Pierus. —El recuerdo sale de él con prolongada reflexión—. Empleé todas mis fuerzas. Hubo… mucha destrucción.

Su intento de liberarse dejó tras de sí miles de muertos. Mi hogar quedó irrecuperable. Tres días después, mi madre desapareció. Fue en aquella época cuando entendí que todo amor es temporal.

—¿Tu madre murió? —susurra, buscando mi mirada.

Aparto la vista para que el vacío de las alturas empape mis ojos de negrura.

—No ha muerto —murmuro—. O al menos, en aquel entonces no murió. Ahora no sé dónde está.

—Lo siento.

—Tú no tienes ni idea de qué significa sentir nada. Para ti decir «lo siento» es un medio para evitar que te responsabilicen de tus actos. No me extraña que estés solo.

Él hunde los hombros, pero yo juro no mostrar ni una pizca de compasión. Puede que esta noche sea un perro apaleado, pero hace semanas era él quien sostenía la correa. «La culpa es tuya», casi le grito. Ese sería el mazazo que le asestaría con una fuerza estremecedora.

Pero es que no es verdad.

Intento tragar saliva a pesar de tener la boca seca como una cuerda vieja. El Viento del Oeste es el perfecto chivo expiatorio. Si lo culpo a él de mi triste historia, entonces no tendré que aceptar lo que he temido todo este tiempo: que yo no le importaba tanto a mi madre como para quedarse.

—Mi madre llevaba mucho tiempo enferma —empiezo—. Su mente no tenía la lucidez necesaria para tomar decisiones sabias.

Cuando Veraness quedó asolado, quién sabe cómo se vio afectada su frágil mente.

Céfiro se pasa el pulgar por el labio inferior y me estudia, tal como hizo la primera vez que nos vimos, cuando aún no había decidido quién era yo ni quién podía llegar a ser.

—Esa historia que contaste en el Pozo del Pasado… ¿Estaba mentalmente estable en aquel momento?

—Creo que su mente empezaba a degradarse, pero en aquel momento yo no era consciente.

No era más que una niña que carecía de respuestas a los problemas de la vida. Por aquel entonces, mi madre no murmuraba estupideces sobre el fin del mundo, ni tampoco acumulaba bálsamos por estar convencida de que tendría una muerte prematura.

—Te pegaba.

—Así es. —No voy a excusar el comportamiento de mi madre, pero estaba perturbada. Si no podía hacer nada por sí misma, menos podía hacer yo.

—Y te abandonó. —Me mira a los ojos y veo cómo prende otra certeza en él, como una vela que se enciende—. Por eso llevas tanto tiempo en Thornbrook.

Me muerdo el interior del carrillo. Un temblor se manifiesta en mi interior y me recorre. Las lágrimas se agolpan en mis ojos antes de que me dé cuenta. Regueros salados se deslizan por mi rostro.

—Mi madre estaba enferma —digo con voz estrangulada—. Estuvo mucho tiempo enferma y yo no pude ayudarla. Lo único que pude hacer fue ver cómo se deterioraba y cambiaba.

—Brielle —el tono del Viento del Oeste es amable—, eras una niña. No era responsabilidad tuya cuidar de tu madre.

La presa se ha roto; la inundación no cesa.

—No quería buscar ayuda. Yo intenté buscársela. Lo intenté todos los días. Pero a lo largo de los años empeoró. Decía que no había tenido ninguna hija. Decía que yo era una mentirosa, que solo fingía

amarla para robarle dinero, aunque no tenía dinero alguno. El negocio iba de mal en peor y, al final, se vio obligada a cerrar la tienda.

Sin empleo, sin modo de sacar adelante a una familia. Y cuando estalló la tormenta, sin casa. Mi madre ya no diferenciaba entre realidad e ilusión. Su mente estaba completamente ida.

Siento que se me encoge el pecho. Entierro la cabeza entre las manos. Recuerdo las verjas, con sus resplandecientes puntas de hierro, los enormes portones principales de Thornbrook, el tañido dulce de la campana de la iglesia. Y, por último, el modo en que retrocedía mi madre mientras yo me quedaba en aquella pendiente cubierta de lluvia. Una niña de once años.

—Intento no pensar en ese día —sollozo entre las manos—, pero ¿cómo puede tratar una madre con tanta crueldad a su hija? ¿Cómo pudo dejarme?

Yo no era suficiente. Algo me faltaba para que mi propia madre no eligiese el amor por encima del miedo. Y una década después, sigo arrastrando el mismo pesar.

Céfiro se pone de pie, rodea la hoguera y se agacha a mi lado. Me coloca una mano en la espalda. El gesto me abre aún más la herida y me hace pedazos el corazón.

—Yo la quería, pero había días en que me repugnaba. La odiaba. —El rencor me lame la piel en busca de una salida. Hundo los hombros e intento reprimir esa odiosa sensación—. Sin embargo, por más que yo la amase, ella a mí no.

—Yo creo que sí.

Se equivoca, tengo esa certeza en el alma. Aun así, no puedo evitar preguntar:

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque… —me agarra de la barbilla y me levanta el rostro para que lo mire a los ojos— si hay alguien que merece amor, ese alguien eres tú, Brielle.

Merecer amor. ¿Qué significa eso?

—¿Cómo puedo sentirme así hacia la persona que me parió? —El pecho me sube y me baja—. Me dio la vida. ¿Acaso no es el mayor de los regalos?

Céfiro coloca mi mano en la suya. Nuestros dedos se entrelazan con naturalidad.

—Por desgracia, ninguno de nosotros tiene el privilegio de elegir a nuestros padres. La paternidad y la maternidad no se le dan bien a todo el mundo. Por eso, a veces hemos de llevar este dolor en nuestras vidas.

Se me anega la vista y su rostro se emborrona. Hay momentos en los que el Viento del Oeste es insoportable. Ahora no, ahora se muestra sensato, consciente.

—Comprendo por qué te aferras con tanta fuerza a la fe —dice—. En tus horas más oscuras, tu dios no te abandonó. Te ofreció luz cuando carecías de ella.

Sí. Es exactamente así. Lo es todo.

—También comprendo que mis actos te han hecho daño. Te he tratado mal. Entiendo que no confíes en mí.

Se me hace un nudo en la garganta y digo con voz estrangulada:

—Confiaba en ti. No quería, pero así era.

—Lo sé —susurra él—. Y lo siento. —Deja escapar el aliento lentamente—. Soy un egoísta, es un defecto que tengo y que reconozco desde hace mucho tiempo. Me resulta difícil cultivar relaciones sinceras.

¿Difícil o imposible?

—¿Por qué estás atado al Rey Orquídea? Me gustaría que me dijeras la verdad.

Si tiene que ser sincero, que lo sea ahora.

Céfiro me mira a los ojos. Para mi satisfacción, es él quien aparta primero la mirada.

—Decir la verdad nunca me ha resultado fácil.

—Da la impresión de que llevas una vida de cobarde.

Él resopla, un sonido carente de humor.

—Supongo que tienes razón.

Se aparta, regresa al otro lado de la hoguera y se reajusta el manto. Las llamas se han amortiguado. Contemplo todo su rostro, cada elevación y cada hueso curvo. Los ángulos parecen más armoniosos que antes.

—¿Me puedes decir por qué te escapas siempre? —le pregunto al Viento del Oeste.

La emoción le tensa las facciones, lo reconozco al instante. Soy dolorosamente consciente de la reticencia a extraer de sí algo que está arraigado tan profundamente.

—Está bien. Comenzaré por el principio.

Apoya la espalda en la piedra, contempla el fuego y empieza:

—Nací en un reino lejos de aquí llamado la Ciudad de los Dioses. Mis hermanos y yo dominábamos el cambio de las estaciones. Bóreas, el mayor, es el Viento del Norte y controla el crudo frío septentrional. Notos, el Viento del Sur, reina sobre los vientos calientes del verano. Y por último está Euros, el Viento del Este. A Euros lo adoran las tormentas.

Bóreas, Céfiro, Notos, Euros. Los Anemoi.

—No tengo gran queja sobre mi infancia. El vino fluía y nuestra gran ciudad florecía. Todos me amaban. —Su postura se suaviza y, por un momento, me imagino al hombre que fue antes de su destierro—. Entonces conocí a Jacinto.

Me quedo pasmada ante la punzada de celos que me asalta. En todo el tiempo que he pasado en compañía de Céfiro, jamás he oído ese tono de voz. Es como si hablase de algo muy preciado que debe ser atesorado, a resguardo de los duros vientos del mundo.

—Era el príncipe de un reino vecino. Fue a visitar la ciudad para negociar con el Concilio de los Dioses. Esos primeros meses pasamos cada segundo que pudimos en compañía mutua. El olor de su piel, el sonido de su risa… era abrumador.

Se me retuerce incómodamente el estómago ante el manifiesto anhelo que revela su mirada. Un anhelo hacia otra persona.

—Yo lo amaba —dice Céfiro—. Por desgracia, yo no era el único al que hipnotizó aquel joven. —La tensión adopta forma de arrugas en

las comisuras de sus ojos, en esa boca voluble—. Se llamaba Apolo. Era el dios de la música, la verdad, la luz. Una tarde descubrí a Apolo y a Jacinto practicando lanzamiento de disco en el parque. —Baja la mirada, inspira hondo y reúne fuerza para concluir el relato—: Al verlos interactuar, lo puse todo en duda. El modo en que Jacinto lo miraba… me dolía —dice—. Me dolió pensar que teníamos algo que en realidad él podía encontrar con facilidad en otro. Me dolió darme cuenta de que me dejaría por Apolo, por el brillante y resplandeciente Apolo. Y que, en última instancia, yo no era suficiente para él.

Siento la tristeza que hay en él; una tristeza que me atrae, como pétalos que se abren. Un corazón desnudo, expuesto. Si ha habido un momento en que he sentido conexión con Céfiro, es ahora, que se han derrumbado todos los muros.

—Fue mi mayor error —murmura—. El momento que me gustaría cambiar, aunque ni siquiera los dioses son todopoderosos. —Permanece en silencio durante un instante y yo espero—. Apolo lanzó el disco y yo envié un fuerte viento por el parque. Apuntaba a Apolo, pero el viento atrapó el disco y perdí el control. Se estrelló contra el cráneo de Jacinto.

No me muevo. No puedo. La respiración de Céfiro, húmeda y quebrada, aumenta de ritmo en su pecho.

—Jacinto cayó —susurra— y ya no se levantó.

—Lo mataste.

Céfiro traga saliva y sus ojos se llenan de lágrimas.

—No pretendía hacerlo.

—¿Y qué pretendías hacer? Afirmas que amabas a ese hombre, pero poner a alguien en peligro no es amar. Amar es entregar todo lo que eres, optar por la vida de la otra persona antes que por la tuya.

—Tienes razón —dice él en tono apagado. Las sombras reptan por nuestro menguante círculo de luz, pero yo ya no tengo nada con lo que alimentar las llamas—. Eso no era amor. Era posesión.

En contra de lo que dicta mi propio sentido común, la indignación se suaviza en mi interior. No sirve de nada apalear a un hombre que ya está en el suelo. Al menos es consciente de lo que hizo.

—¿No se pudo hacer nada por él? ¿Ni siquiera en la Ciudad de los Dioses?

—No. Su muerte fue más rápida de lo que yo había pensado. Si había alguien que pudiese haber cambiado lo sucedido, prefirió no ayudarme. —Entreabre la parte superior del manto y se señala el tatuaje entre las costillas—. Cuando la sangre de Jacinto cayó sobre la tierra, brotaron flores. Me hice este tatuaje para recordarlo.

Contemplo el tatuaje, su trío de flores. Por debajo está su piel, que es oro en polvo y músculo flexible. Aparto la mirada, aunque me cuesta.

—¿Y Apolo?

—No había manera de consolar a Apolo. No pensé en lo intensos que eran sus sentimientos por Jacinto.

Voy encajando todas las piezas en su sitio adecuado y empiezo a entenderlo todo. ¿Qué fue lo que dijo Pierus en su día? «Jamás bastará. Esperaba que ya lo hubieses comprendido.»

—¿Tenía Pierus alguna relación con Jacinto?

Céfiro invoca una suave corriente con los dedos para avivar el fuego, que llamea, dolorosamente brillante, y luego se vuelve a apagar. Ya no queda nada que pueda arder.

—Jacinto era el hijo de Pierus.

Por fin veo toda esta maraña al completo. El motivo de la esclavitud de Céfiro. La venganza eterna de un padre.

—¿Qué sucedió después?

Me da la sensación de que aún no hemos llegado al final de esta trágica historia. La muerte de Jacinto es el alba, pero el día es largo. Céfiro contempla las brasas ardientes.

—En un primer momento, nada. Esperaba que Pierus exigiese un juicio, pero pasaron los meses y el Consejo de los Dioses no me mandó llamar. Con el tiempo, la muerte de Jacinto debilitó mi

resolución. Dejé de dormir. No comía en condiciones. El dolor era demasiado vívido.

Se muerde el labio inferior, perdido en sus pensamientos. Luego dice:

—Para mantener la mente ocupada, me uní al intento de Bóreas de dar un golpe de Estado con mis hermanos. Queríamos derrocar a nuestros padres, que reinaban sobre nuestra gran ciudad, pero fracasamos. Una vez que todo hubo pasado, nos expulsaron de nuestro reino y nos enviaron a las cuatro esquinas del mundo para no regresar jamás a nuestro resplandeciente hogar.

—¿Cuánto hace de eso?

Él se encoge de hombros.

—¿Siglos? ¿Milenios? El tiempo pasa de forma extraña en Infra, como bien sabes. —Se interrumpe un instante y luego prosigue—: Aunque me exiliaron a Carterhaugh, a Pierus mi castigo no le pareció justo. Apeló al Concilio de los Dioses, que le dio permiso para acceder a este reino y supervisar mi sentencia. Le dieron mi nombre y le concedieron así poder sobre mí. En pocas palabras, Pierus le arrebató Infra al pueblo albo y se autoproclamó rey.

Son tantos datos que a mi mente le cuesta procesarlo todo. ¿Estará la madre Mabel al tanto de todo esto? ¿Existía el diezmo antes de la llegada de Pierus o lo implantó por voluntad propia?

—Por matar a su hijo —grazna Céfiro—, estaré siempre bajo el control de Pierus. El poder de mi sangre alimenta Infra para que el reino siga existiendo. Al final de cada ciclo de siete años, se me sacrifica. No muero, al menos no en el sentido en que lo hacen los mortales, pero me quedo vacío. Me convierto en una cáscara, un dios hueco de poder, hasta el alba del nuevo ciclo, en la que revivo.

—¿Y no hay nada que puedas hacer? ¿No hay modo de cortar los lazos que te atan?

Céfiro se inclina hacia delante y se acerca al regazo el montón de ropa que le ha dejado Lissi.

—No hay ningún método que valga la pena intentar. Una vez completado el diezmo, seguiré atado otros siete años.

No puedo aceptarlo. Si está atado, ¿por qué se hace en ciclos de siete años? ¿Qué más he de averiguar para llegar al fondo de todo este embrollo? Hurgo en el bolsillo en busca de la rosaluz y la saco.

—Mira. —Su débil resplandor no es más que un fantasma de color en el cristal—. ¿Ves lo que te está haciendo Pierus? ¿Ves lo que perpetúa este horrible ritual? Tiene que haber otro modo.

El Viento del Oeste contempla la rosaluz como si fuese el alba tras la noche más larga y oscura.

—La tiraste —dice en tono quedo— hace semanas.

He llevado conmigo la rosaluz desde que Harper pasó por la forja, aunque también me he planteado si no debería arrojarla a un pozo. En dos ocasiones estuve a punto, pero mis dedos se negaron a soltarla.

—Fue Harper quien la recuperó —digo, y no añado nada más.

Aun así, él me mira con expresión cautelosa.

—¿Por qué has venido a buscarme?

No puedo darle una única respuesta, porque ahora mismo está desarmado, indefenso. Porque es más que la suma de sus defectos. Porque, bajo esa resplandeciente piel inmortal, Céfiro no es más que un hombre. A pesar de todo lo que ha hecho, yo creo, al igual que el Padre, que la gente puede cambiar. Que se puede volver a empezar.

—Todo el mundo me abandona —murmura él—. Pero tú…

Mi corazón se encoge como respuesta.

—Yo he vuelto.

Él traga saliva y veo cómo se relaja la tensión, cómo se torna en una profunda paz.

—Tú has vuelto.

29

—Dime todo lo que sepas —le pido mientras intento reavivar el fuego—. No te dejes ni un detalle.

El Viento del Oeste, vestido con ropas limpias y secas, contempla las llamas, que devoran la madera seca. Mientras él descansaba, yo he ido a por madera para la hoguera y a explorar la zona. No he visto señales de que nadie haya entrado en este lugar, pero tampoco me entretuve mucho. Regresé a nuestro refugio con miedo a que algo captase mi olor. Un trozo de queso de mi mochila me ha calmado el hambre.

Céfiro echa una rama al fuego y dice:

—Sin mi sangre, el diezmo quedará incompleto. Estoy seguro de que Pierus ya ha descubierto que no estoy, y por qué. No quiere quedar como un idiota, así que no actuará de inmediato.

Ya han pasado horas. La madre Mabel debe de saber que algo va mal.

—¿Y no te llamará?

Que yo sepa, Céfiro no puede evitar durante mucho tiempo el impulso de acudir a su llamada.

—Podría hacerlo, pero no me ha llamado. No basta con que vuelva. Querrá castigar a quienes me han ayudado a escapar del ritual. —Se cruza de brazos y se deja caer contra el saliente—. Eso significa que debe de haber mandado traer a los sabuesos.

—¿Los sabuesos?

—Por desgracia, el Rey Orquídea te acaba de marcar.

Un escalofrío me recorre la piel bajo el peso de la lana del manto de Harper, que Céfiro me ha devuelto.

—¿Y eso qué significa?

Él se pinza el puente de la nariz en una desacostumbrada señal de angustia.

—Pierus hará todo lo que esté en su mano para cazarte. Tu única esperanza es marcharte de Infra y no regresar jamás.

—No pienso dejarte.

—No me estás escuchando. No puedes escapar de los sabuesos. Nadie puede. Se los cría con un único objetivo: cazar a su presa. Da igual que escapes a los picos más altos, a los ríos más anchos, a los abismos más profundos… Te encontrarán. —Aprieta los puños, esos dedos largos encerrados en las palmas fuertes y encallecidas—. No pienso permitir que te haga pedazos la oscuridad.

Empieza de manera sutil: un picor en la garganta, una sensación de humedad bajo los brazos. Los nervios empiezan a alterarse y de pronto me cuesta respirar.

—No me matarán. La madre Mabel no permitirá…

—Brielle. —Mi nombre flota como niebla y el fuego se alza formando hilos de luz y de color. El suelo me empieza a dar vueltas—. Mírame.

Me giro y me topo con el Viento del Oeste. El calor de su aliento derrite el frío que me tensa las mejillas. Me agarra la trenza con una mano y libera los mechones. Me mete los dedos por entre el cabello suelto y me acuna la cabeza con su mano.

Siento una dolorosa punzada en el pecho.

—Mi corazón…

—Late con firmeza —dice él, y apoya la palma en mi pecho alterado—. Estás bien.

Entrelazo mis dedos a los suyos y le aprieto con más fuerza la mano contra mi esternón, como si pudiese atravesar la carne y el hueso y ocupar el lugar de este órgano que ya no me funciona bien. Bajo su mirada, mi pulso se ralentiza. Luego, la oscuridad retrocede y da paso al fuego y la luz.

Cauteloso y preocupado, Céfiro me recoloca un rizo de color rojo tras la oreja.

—Mi querida novicia, ¿te importaría sentarte conmigo?

El tono afectuoso me provoca un aleteo entre las costillas.

—Ya estoy sentada contigo.

—Me temo que he de mostrarme en desacuerdo —dice con ese carisma de siempre, que empieza a recuperar—. Estás sentada a mi lado, pero lo que quiero es que te sientes conmigo.

Ahora comprendo. La diferencia reside en tomar yo la decisión. Asiento, y él me aprieta contra su costado. En tono quedo, pregunta:

—¿Quieres hablar de ello?

No se me escapan las reacciones de mi cuerpo, por desinformadas que anden. ¿Quiero hablar de ello? Pues la verdad es que no mucho.

—No recuerdo ninguna época en la que no me haya sentido abrumada. —Me restriego los ojos con el dorso de la mano. No me sorprende cuando lo aparto y compruebo que está húmedo—. Es difícil de describir.

—Escribes mucho en tu diario. —Una mirada aguda, exenta de todo juicio, solo con curiosidad; el sencillo deseo de saber.

—Sí. —Recuerdo la humillación que sentí cuando Harper leyó mis reflexiones privadas. Seguramente Céfiro también se acuerda—. Poner mis pensamientos en papel me ayuda cuando siento que caigo en espiral.

—¿Y te pasa mucho?

Depende de qué se entienda por mucho. Si por mucho entendemos todas las semanas, entonces sí, me pasa mucho. Pero ya estoy acostumbrada. En este momento de mi vida, estos sentimientos están entretejidos con el telar de mi ser. Sin ellos no soy Brielle de Thornbrook.

—Empecé a experimentar estos episodios cuando la salud mental de mi madre comenzó a deteriorarse. Gradualmente acabó por afectar a otros aspectos de mi vida. —Confrontaciones, decisiones inminentes, acontecimientos grandes y complejos que se escapaban de mi control.

Céfiro adopta una expresión reservada durante un momento.

—Eso tiene mucho sentido. A mí también se me hace cuesta arriba esta falta de control en mi vida.

Esto no va de mí. Sobreviviré, como siempre he hecho. Si el Rey Orquídea envía a sus sabuesos a por mí, me enfrentaré a ellos. Pero me preocupan mis seres queridos.

—¿Y qué pasa con la madre Mabel, con las Hijas de Thornbrook? ¿Están en peligro?

—Lo dudo. Pierus no se arriesgaría a deteriorar su relación con tu abadesa. El poder de mi sangre es vital para la supervivencia de Infra, pero la sangre de vírgenes mortales es igualmente necesaria. Vuestra fe, de la que el pueblo albo carece, refuerza este reino.

Es todo un consuelo. Su seguridad me importa más que la mía propia.

—En ese caso tenemos ventaja. Contamos con tiempo para planear la huida.

Espero que muestre su aprobación con entusiasmo, pero me encuentro con una respuesta tibia.

—Quizá deberíamos pensárnoslo mejor.

—¿Qué? —Por el Padre, habla en serio—. ¿Por qué dices eso? —Sobre todo, después de lo que ha pasado.

Él aparta la mirada, con expresión anhelante. Los árboles ocultan el terreno en la lejanía.

—Aunque tus amigas estén a salvo en compañía de la madre Mabel, no puedo asegurar lo mismo en tu caso. Pierus podría matarte y afirmar que ha sido un desafortunado incidente. Creo que sería capaz. Si volvemos a Miles Cross, probablemente te deje marchar, siempre que te vayas en compañía de la abadesa.

—¿Y qué pasará contigo?

—A diferencia de ti, yo no puedo irme tan fácilmente. —Su sonrisa es lúgubre—. Me enfrentaré a las consecuencias de mis actos.

—Seguirás atado a Pierus —digo—. Eso no es vida.

—Soy consciente de lo que me espera. —Las palabras hierven de rabia y al mismo tiempo son frías. Me quedo rígida a su lado—. Si no

regreso y completo el ritual, me marchitaré hasta desaparecer. Sin un cuerpo que la obedezca, una mente no es nada. Prefiero no someterme a semejante tormento.

—Eres un dios —afirmo—. ¿Me estás diciendo que no hay una sola persona que pueda ayudarte a curar esta parálisis?

Céfiro alza una mano. Juntos vemos las pequeñas ráfagas de aire que bailan en torno a sus dedos, hilos de plata en la oscuridad.

—Se me ocurren dos personas, pero no he visto a ninguna de las dos en siglos.

Dos posibilidades. Es un comienzo.

—¿Y cómo las encontramos?

Con un suspiro, Céfiro baja la mano.

—El primero es Notos, mi hermano. Por desgracia, creo que sucumbiré al veneno antes de que podamos llegar a su reino.

Unos cuantos días, con suerte. Y ya hemos malgastado una noche.

—¿A qué distancia está?

—Es difícil de precisar. Tendríamos que internarnos bajo una de las montañas del sur, donde se ubica una de las cuatro entradas primigenias a Infra. Desde ahí podemos llegar hasta Notos.

—¿Acaso lleva cada una de esas cuatro entradas primigenias a los reinos de tus hermanos?

—En su día, sí. Pero, que yo sepa, mis hermanos no saben de su existencia.

Asiento.

—¿Y la otra persona que podría ayudar?

—Se llama Yakim. Comercia con venenos y vive en las tierras salvajes de Infra. Es posible que tenga un antídoto, algo que pueda ralentizar el veneno hasta que hayamos llegado al reino de mi hermano.

Las puntas de sus dedos suben por mi costado, una caricia suave y complaciente que me provoca calor en las mejillas.

—¿Y cómo damos con Yakim? —pregunto, levemente sin aliento.

—Ah, sé bien dónde está. El problema es más bien si querrá verme.

Espero hasta que la mirada de Céfiro se cruza con la mía. Su atención resulta embriagadora de un modo que jamás he experimentado en mi vida. No aparto la vista. Permito que me toque.

—Déjame adivinar —digo con un suspiro de exasperación—: le has hecho algún tipo de agravio.

—Sí, tuvimos un desencuentro hace mucho tiempo. No sé si se acordará. —Entonces ladea la cabeza y reflexiona sobre sus palabras—. No, de hecho, estoy bastante seguro de que se acordará.

No voy a poner en duda sus motivos ni sus actos. Los obstáculos jamás han detenido al Viento del Oeste. En todo caso, confío en su capacidad para manipular la situación y mover fichas del modo más beneficioso.

—Si Yakim es el único modo de llegar al reino de tu hermano a tiempo —digo—, creo que deberíamos intentarlo. No tenemos nada que perder.

—Tú sí —dice él—. Todo.

Aquí se acentúa la tensión entre el deseo de cerrar la boca, de mantenerme invulnerable, y el impulso de contárselo todo.

—Céfiro —digo con toda la compasión que tengo—, en mi vida he sufrido más pérdidas de las que puedo tolerar. No te pienso perder a ti también.

Entonces se gira hacia mí y me acaricia la mejilla con la mano. No habla, pero ¿qué necesidad hay de hablar si todo está claro en sus ojos? Le importo, y eso significa algo. Significa más de lo que quiere admitir, o eso creo. Aunque Céfiro no revele lo que alberga su corazón, sé que esto es verdad: él ve todo de mí y, quizá, si admito siquiera la posibilidad, me ama.

Atrapo su mano con la mía y la deslizo hasta mi regazo.

—¿Dónde podemos encontrar a Yakim?

Él vacila.

—No es seguro para una mortal, Brielle. Será mejor que vaya solo.

—Voy a ir contigo. —En el mismo momento en que volví a forjar la espada rota, la decisión ya estaba tomada—. Sea lo que sea lo que nos aguarda, nos enfrentaremos a ello juntos.

Del mismo modo que el Padre me sigue en la vida, yo habré de seguir al Viento del Oeste en esta senda.



La desastrada casa de dos plantas descansa sobre una enorme ciénaga. Sus cimientos se hunden en el agua turbia. Un amplio porche rodea el frontal de la estructura. La puerta principal cuelga de los goznes como una pierna rota.

—¿Yakim vive aquí? —Me sale la voz como una exclamación medio ahogada, pues el hedor de este lugar me obliga a respirar por la boca.

Céfiro, a mi lado en el camino entablonado y torcido que conecta la casa con un puñado de islotes, dice:

—Esa finca es una encrucijada. Para algunos es un antro en el que celebrar timbas. Para otros es una taberna, un lugar donde disfrutar de una comida caliente y relajarse. Para una minoría selecta, la casa ofrece ciertos rincones a los que solo se puede acceder desde los círculos más exclusivos. Yakim pertenece a esa minoría de clientes privilegiados.

Hemos tardado buena parte de la noche en llegar a la ciénaga. Kilómetros y kilómetros de terreno irregular con árboles arremolinados como espectros sombríos y encorvados de vejez y podredumbre. Céfiro le envió un mensaje a Notos mediante una ráfaga de aire; al parecer, es un método efectivo de comunicación entre los Anemoi. Contra todo pronóstico, hemos llegado. Faltan horas para el alba.

Alguien aparta la cortina de una ventana en la segunda planta. Se intuyen las curvas del cuerpo de una mujer.

—Justo a tiempo —murmura Céfiro.

—¿Esa quién es? —pregunto, más suspicaz de lo que pretendía sonar.

Él alza una mano a modo de saludo y sonríe. La mujer abre la ventana y grita:

—¡Nunca te ha gustado llamar a la puerta, viejo amigo!

—¿Cómo sabías que venía? —grita él como respuesta.

—Por el olor a rosas. Aquí no hay nada que huela tan bien.

Céfiro se ríe. Yo me llevo una mano al estómago y lo miro por el rabillo del ojo, cada vez de peor humor. ¿Quién es esta mujer y cómo es capaz de provocarle una risotada sincera al Viento del Oeste?

—Espero no molestar —dice él.

La mujer sonríe, una media luna creciente en su rostro sombrío.

—En absoluto. Sube, y que venga tu amiga también.

Dicho esto, cierra la ventana de golpe. Céfiro se sigue riendo entre dientes cuando le pregunto:

—¿Me vas a responder?

Teniendo en cuenta que le he salvado el pellejo, qué menos que hacerme caso, ¿no?

Él enarca las cejas en señal de sorpresa ante mi tono irritado.

—Si quieres que te responda, tendrás que hacerme una pregunta.

No pretende que sea un golpe, pero yo lo recibo como tal.

—Te la he hecho —digo con voz estrangulada—. ¿O es que estabas dormido cuando he dicho: «Esa quién es»?

Sus ojos se iluminan. Me mira durante un lapso de tiempo.

—Estás celosa.

—No estoy celosa.

—Estás celosa. —Se me acerca, con los ojos juguetones.

Yo mantengo la posición.

—Si quieres contemplar a una mujer desnuda, tú mismo, pero después de todo lo que hemos pasado esta noche, yo habría esperado que te preocupase más tu estado de salud.

Lo he arriesgado todo para estar aquí. Había esperado que Céfiro lo comprendiese. Paso a su lado y lo aparto. Recorro en tromba el entarimado y esquivo los tablones medio hundidos. Céfiro me agarra de la mano y me obliga a girarme hacia él con un suave tirón. Me atrae hacia sí y me coloca la palma de la mano sobre el corazón. El pecho se me agita con ritmo ansioso.

—Estoy preocupado —dice en tono grave. Me acaricia el dorso de la mano con el pulgar con movimientos apaciguadores—. Se llama Ailith. Entre nosotros no ha habido más que una amistad, aunque tendrás que fiarte de mi palabra. De todos modos, su esposa me castraría si me portase inapropiadamente con ella.

Se me pone la cara rojísima.

—Había supuesto que vosotros…

—Jamás. Le gustan las mujeres, siempre ha sido así. Pero no voy a ser yo quien la culpe por ello. —Me guiña un ojo y, en contra de mi sentido común, me siento halagada—. Para ser sincero, a mí me van más las pelirrojas.

—Basta —bajo la voz y me lamo los labios—. Estás intentando distraerme.

Su pulgar me acaricia la palma de la mano y aprieta la piel callosa bajo el guante.

—¿Me está funcionando?

—No.

Él sonríe.

—Mentirosa.

Es verdad que me está costando menos mentir. No estoy segura de cómo sentirme al respecto.

—¿Vamos? —El Viento del Oeste me ofrece su brazo, que acepto. Dejo que me guíe por el entarimado.

La mujer, Ailith, nos espera en el porche frontal. No está desnuda, como he pensado en un primer momento, aunque tanto da: se cubre el pecho y la espalda con un velo color zafiro que revela partes de su piel olivácea. En el vientre se aprecia una cicatriz brutal, y del cráneo le brotan dos pequeños cuernos blancos que

atraviesan sus trenzas negras. Subimos los escalones del porche y ella frunce el ceño.

—Reconozco ese pelo rebelde y tus contoneos al andar —dice, examinando a Céfiro con cierta confusión—, pero ¿qué le ha pasado a tu cara?

—No es permanente. —Se frota la punta de la nariz torcida con una mueca sonriente—. Al menos eso espero.

—Ya veo. —Ella frunce más el ceño—. ¿No deberías estar participando en el diezmo?

Él sonríe. Su despreocupación me impresiona.

—No hay nada de lo que preocuparse, querida mía.

—Ya. Tendré que aceptar tu palabra.

Aunque habla con el Viento del Oeste, me dedica a mí una mirada de ojos oscuros y altivos. Yo estoy tan concentrada en su presencia que no consigo captar toda la conversación que están manteniendo Céfiro y ella.

—Has traído compañía —menciona—. ¿Una mujer mortal? Me gusta.

—Calma, Ailith. —Las palabras resuenan con diversión apenas reprimida, pero también con tono de advertencia—. No venimos buscando tus servicios.

—Te traes a una mascota al sitio donde llevo a cabo mis negocios, me la pones delante como una fruta madura y dices que no vienes buscando mis servicios. —Su mirada recorre mi pecho generoso, hambrienta—. Qué desperdicio, con lo bella que es.

—No es mi mascota. —Su amabilidad se congela en una expresión bastante más peligrosa.

De la puerta nos llegan conversaciones en tono bajo. Alguien aparta una cortina, se asoma por una ventana en voladizo y desaparece.

—Ya veo. —Ailith da un paso atrás con un repiqueteo amortiguado—. Si no es tu mascota, ¿qué es? —Me pasa dos dedos por el brazo hasta el hombro y luego los aparta de mí como si fueran

dos pájaros al vuelo—. Porque, por lo que veo, es demasiado buena para alguien como tú.

—Y tienes razón. Es una Hija de Thornbrook —responde él.

La mujer esboza una sonrisa en la que se aprecia un gran hueco entre las dos paletas.

—¿Es devota? Aún mejor.

Céfiro resopla, aunque se mantiene cerca de mí, con una mano en la parte baja de mi espalda.

—¿Tendrás un minuto para un par de viajeros cansados?

Ailith guiña un ojo.

—¿Para ti, querido? Tengo hasta siete.

El porche frontal, compuesto de tablones medio hundidos, cruje cuando atravesamos el umbral, cuya puerta está descascarillada y amarillenta. Al entrar se oye una campanita.

A pesar de la fachada desastrada, el interior de la mansión está bien conservado y decorado con gusto. Cortinas de satén blanco cubren los altos ventanales, y por todo el lugar hay velas que arropan el espacio con su luz. Un aroma cítrico alivia un poco el hedor pútrido del exterior. A diferencia del suelo del porche delantero, el del interior resplandece, recién pulido, bajo las alfombras. En una esquina hay una impresionante y reluciente barra.

Algunos miembros del pueblo albo se reúnen entre varias mesas bajas. Fuman, apuestan, beben y conversan. Un fuego que arde en la chimenea central ha congregado a un grupo de duendes que se relajan en sillones tapizados y se pasan cartas entre sí.

—Enseguida vuelvo —dice Ailith—. Poneos cómodos. Si queréis, pedid lo que sea en la barra, invito yo.

Me acerco más a Céfiro y él me baja más la mano por la espalda hasta la curva de mi trasero. Se me corta momentáneamente la respiración.

—¿Has sentido ya la llamada de Pierus? —murmuro.

—No. —Estudia la zona, a los clientes que nos observan con abierta curiosidad. En cuanto ven al Viento del Oeste, se produce un

cambio en ellos. Enderezan la espalda, su comida se queda fría—. Y creo que sé por qué.

Cruza la habitación y yo lo sigo. Centro mi atención en el dibujo a carboncillo que cuelga de la pared y que Céfiro arranca en este momento: es un retrato con un parecido alarmante con su cara.

Le han puesto precio a su cabeza.

¿Qué dijo Céfiro sobre este lugar? Que no era seguro.

—¿Deberíamos marcharnos?

—No. —Algunos clientes vuelven a centrarse en sus apuestas—. No es más que una maniobra para asustarnos. Mi mayor preocupación son los sabuesos.

—¿Cuánto tardarán en encontrarnos?

—Horas. —A juzgar por su voz, no parece muy entusiasmado—. Cuanto antes nos reunamos con Yakim, antes podremos marcharnos.

Se gira y mira a los ojos a quienes aún nos contemplan. Esboza una sonrisa encantadora y echa a andar hacia el pasillo por el que ha desaparecido Ailith.

Yo lo sigo pisándole los talones.

—Pensaba que Ailith había dicho que esperásemos aquí.

Subimos unas escaleras de caracol que dominan toda la sala central. El aire se vuelve más cálido a medida que ascendemos.

—Ailith dice muchas cosas.

Cuando llegamos a la segunda planta, giramos por un pasillo recubierto de papel de seda amarillo.

—¿Has visto a Yakim?

—Aún no. —Céfiro me conduce con un empujoncito en la parte baja de la espalda hacia una puerta con una aldaba de latón—. Hace cien años que frecuenta la compañía de Ailith. Sería toda una decepción que hubiese cambiado de costumbres.

Alza la mano y llama a la puerta, que se abre completamente. Al otro lado está Ailith, de espaldas y con los brazos en jarras. Un muslo le asoma por el corte vertical del vestido. Parpadeo,

conmocionada. Los esbeltos tobillos de la mujer no acaban en pies, sino en pezuñas.

—¿Cómo es posible que seas incapaz de obedecer una orden? —Su sonrisa se endurece—. Es una pregunta retórica. —Sea como sea, nos indica que pasemos con un gesto—. Esta es la Habitación Azul.

El espacio se ajusta bien al nombre. Parece de terciopelo color zafiro. Un suelo lleno de alfombras de varios tonos azules. Una gran ventana que da al humeante pantano. Y un conjunto de sillones turquesa dispuestos en forma de media luna alrededor de la chimenea.

—Tomad asiento, por favor —dice Ailith, y cierra la puerta tras nosotros.

Céfiro y yo nos sentamos en dos sillones adyacentes. Tras apartar lo que parecen ser documentos financieros desplegados sobre una mesa baja, Ailith se deja caer en el sofá frente a nosotros. Sus suaves muslos ocupan todo el espacio, como agua en una copa. Nos contempla hasta que yo empiezo a sentir que me corre el sudor por el nacimiento del pelo. En las tierras salvajes de Infra, soy mortal y, por lo tanto, débil.

—¿Qué puedo hacer por ti, Céfiro? —ronronea la mujer pechugona.

Él se echa hacia atrás y cruza una pierna sobre la otra.

—¿Sigue llevando Yakim sus negocios por aquí?

—Así es. —El repiqueteo de su uña larga y curva contra la madera del sofá evita que se haga del todo el silencio—. Pensaba que habíais dado por concluida vuestra amistad hace años.

Su mirada vuela hacia mí y luego regresa a Céfiro.

—Así fue, pero necesito sus servicios de nuevo.

—¿Por qué? —El repiqueteo se detiene.

Céfiro le muestra su sonrisa más seductora.

—Ailith, sabes lo importante que es la confidencialidad.

—No os separasteis de buenas maneras. ¿Quién dice que no buscará algún tipo de venganza?

—Dos siglos es mucho tiempo para guardar rencor. —Se encoge de hombros—. Seguro que todo irá bien.

—Céfiro —dice con un tono apagado y lleno de compasión—, el pueblo albo nunca olvida.

Yo me mantengo sentada en mi sitio, incómoda. Ailith cruza las piernas y mi atención se centra en sus pezuñas.

—Soy una fauno, querida. —Me guiña un ojo—. No temas.

Aparto la vista, avergonzada, y mi mirada se topa con Céfiro.

—Bueno, ¿qué es lo que le hiciste a Yakim?

Mi pregunta atrae la atención tanto de Ailith como de Céfiro. En otro momento, el Viento del Oeste habría evitado entrar en el tema, se habría negado a revelar toda la información, pero me gustaría pensar que desde entonces nos hemos convertido en versiones mejores de nosotros mismos. Céfiro alza una mano y aprieta los labios con despreocupada indiferencia.

—Puede que lo haya desplumado una o dos veces.

Ailith y yo intercambiamos una mirada de muda exasperación.

Desde abajo llegan fragmentos errantes de una conversación que se derraman sobre nosotros entre las grietas de los tablones del suelo. De vez en cuando se oye un tintineo de vasos que rompe la monotonía del zumbido amortiguado.

—Me pedís que coopere con vosotros —dice Ailith—, pero no me dais información alguna. ¿Cómo puedo saber qué tipo de peligro habéis traído hasta mi casa? La gente depende de mí para que la proteja.

—Tienes mi palabra —promete Céfiro con desacostumbrada solemnidad—. Valga lo que valga esta. No voy a poner en peligro a aquellos a quienes das refugio. Solo quiero reunirme con Yakim en un lugar seguro.

—¿Seguro? Querido, eres un fugitivo —dice una voz fría desde la puerta abierta. Veo a una mujer igualmente pechugona e impresionante, vestida con pantalones blancos y una blusa rosa con volantes. Su rostro con forma de corazón está plagado de puntitos rojos que distorsionan el conjunto.

Céfiro le dedica a la recién llegada un cabeceo rígido.

—Soria.

La mujer se acerca a la parte de atrás del sofá y rodea con sus largos brazos el cuello de Ailith. Apoya la barbilla en la cabeza de la fauno. Supongo que es la esposa de Ailith.

—Todo Infra sabe que has escapado del Rey Orquídea —dice Soria—. Pierus ya ha puesto precio a tu cabeza, y hay muchos que no se lo pensarían dos veces antes de entregarte. Vayas adonde vayas, el peligro te acecha.

—Aunque así sea —replica Céfiro—, sería una estupidez que Yakim intentase capturarme aquí. Sería una estupidez que lo intentase cualquiera. —Se reclina sobre los mullidos cojines azules y esboza una sonrisa perezosa, como un gato al sol—. Nadie querrá arriesgarse a que le prohíban la entrada de por vida en vuestra mansión. Todos saben que vuestro alcohol es el mejor de todo Infra.

Ailith recibe el cumplido con halago. Su esposa, por otro lado, no está impresionada.

—Siempre haces lo mismo —espeta Soria—. Te dejas caer por aquí como si todo esto fuese tuyo, sueltas alguna petición y esperas que cooperemos. —Su tono de voz desciende, áspero—. Te recuerdo que, aunque tú seas Aquel que Trae la Primavera, esto es Infra. Tu privilegio divino no vale nada aquí.

Con los ojos entrecerrados, Céfiro estudia a Soria y luego a Ailith. Como no encuentra apoyo en ninguna de las dos, se vuelve hacia mí. Yo le dedico una mirada calmada.

—No se equivoca —murmuro. El Viento del Oeste se cree siempre más importante de lo que en realidad es.

—Intentemos un enfoque distinto. —Soria se acerca a la ventana y luego regresa—. ¿Qué tal si nos pides ayuda como amigas tuyas que somos en lugar de utilizarnos como un medio para alcanzar un fin? Sé que te resulta difícil, pero el hecho es que no te quedan muchas opciones. ¿Por qué tratas mal a las personas que pueden ayudarte?

Ailith mira a su esposa, con orgullo en los ojos. Céfiro, sin embargo, inclina la cabeza.

—Tienes razón. Os considero amigas a las dos, y como tales debería haberos tratado. Mis disculpas. —Un rizo errante le cae sobre los ojos, y él se lo aparta con mano temblorosa—. Por favor, si podéis ayudarme, os estaría muy agradecido. Si no, os dejaré en paz.

Una vez más, Ailith repiquetea sobre el respaldo del sofá con las uñas y lo contempla, pensativa.

—Voy a hacer una excepción solo esta vez. Pero si alguien sufre algún daño bajo mi techo, tú pagarás las consecuencias. Me gustas, Céfiro, y odiaría perder un amigo, pero esas son mis condiciones.

Céfiro cierra los ojos con alivio aparente.

—Gracias a las dos. No lo olvidaré.

—Es bastante probable que sí.

Ailith le pone una mano en el brazo a su esposa.

—Resulta que estábamos esperando a Yakim, que va a venir pronto. Normalmente lo colocamos en la Habitación Roja, pero le diremos que hay que limpiarla. Hasta que esté lista, esperará en la sala común. Ahí deberías tener oportunidad de acercarte a él.

—Excelente.

—¿Y qué pasa con tu acompañante? —pregunta Soria.

La mirada afilada de Ailith me recorre. Pues no, no ha pasado por alto mi presencia, lo que ocurre es que me ha dado de lado hasta que le he hecho falta.

—Es cierto que Yakim no puede resistirse a la carne mortal. Si quieres arriesgarte a que la vea, podrías sacar beneficio de ello. Tu mascota tendría que participar.

Los ojos del Viento del Oeste se oscurecen. Se gira hacia la fauno.

—Ya he dicho que no es ninguna mascota —advierte.

Ailith le dedica una sonrisa conspiradora.

—Pero ¿hace falta que lo sepa Yakim?

30

—¿Seguro que esto es necesario? —susurro.

Ailith me mira a los ojos en el espejo. Me sujeta los rizos con las manos; ya me ha recogido algunos sobre el cráneo. Divide mi pelo en secciones y lo recoge en trenzas rojizas que me enmarcan el rostro.

—Por supuesto. Cuando acabe de acicalarte, Yakim no podrá apartar la vista de ti.

Palidezco mientras ella me va peinando las puntas de los rizos. ¿Me arrepiento de haberme prestado a este plan descabellado? Pues quizá un poco. Me he tirado al agua sin comprobar lo profunda que es.

Esta noche voy a interpretar el papel de mascota de Céfiro.

Una vez que Ailith me ha recogido en condiciones los cabellos, se acerca a una mesita llena de cosméticos. El tocador es tan grande que el espejo me proporciona una vista completa del dormitorio de Ailith y Soria. Paredes de yeso en tono rosa pálido. Aparte de la enorme cama con dosel, hay un pequeño rincón con sillas pegado a una estantería alta.

Mi habitación de Thornbrook carece de toques personales. Nunca he querido que fuera así. Este dormitorio, sin embargo, refleja la personalidad de la pareja. Creo que debe de ser bonito crearte tu propio espacio.

—Estás muy callada —afirma Ailith mientras echa mano de una crema de labios de la mesa, la examina y la vuelve a dejar entre la impresionante colección tras negar con la cabeza—. ¿Acaso no quieres que el Viento del Oeste te preste atención?

—¿Cómo que me preste atención? —Las palabras me salen de pronto. Demasiado tarde para atemperarlas—. ¿Y yo por qué iba a querer algo así?

Su mirada se dirige a mi mano izquierda, a los dedos que clavo en el reposabrazos de la silla. Aflojo la presión y me vuelvo a hundir entre cojines con una exhalación carente de sonido.

—Eso digo yo, ¿por qué? —canturrea ella.

No quiero la atención de Céfiro ni, ya que estamos, la de ningún otro hombre. Céfiro es una distracción, siempre lo ha sido. Si resulta que me aviva ciertos anhelos… bueno, ya me preocuparé de eso más adelante. Digo:

—¿Por qué le preguntaste a Céfiro qué le había sucedido en la cara?

Con los cosméticos en mano, Ailith cruza la estancia con un contoneo de sus generosas caderas. Tubos, cuencos, pinceles…, todo repiquetea sobre la mesa.

—No siempre ha tenido un aspecto tan… poco vistoso —responde. Abre un tubo y me aplica una crema pálida en las mejillas—. No estoy segura de en qué lío se habrá metido. Conociéndolo, seguramente se lo merece.

—¿Qué aspecto tenía antes?

La verdad es que a mí Céfiro me parece guapo a pesar de sus facciones algo estrambóticas. Aun así, estoy convencida de que tiene la nariz más recta que cuando nos conocimos, y la piel más luminosa.

Ailith dedica una cantidad absurda de tiempo a alargarme las pestañas. Cuando está satisfecha con su longitud y su curva, responde a mi pregunta:

—Demasiado bonito para ser real.

Yo me asomo al espejo. Unos ojos marrón oscuro perfilados de kohl me miran con calma. Ante mí hay una mujer que parece arrogantemente ajena a todo. Lleva el pelo bien peinado, la piel rociada con perfume, pendientes de perla en las orejas. Un vestido esmeralda con un corte escandalosamente bajo que acentúa la

longitud de su cuello y suaviza la forma de sus fuertes hombros y brazos.

Se llama Brielle.

—¿No te parece un poco excesivo? —le pregunto a Ailith, que me aplica una sombra dorada en las comisuras de los párpados.

—Querida mía —dice con una risa—, podría hacerte muchísimo más. Con ese pelo, esa piel y esas curvas… —Deja morir la voz y tuerce la boca—. Esos guantes, sin embargo, no pegan con el conjunto.

Yo aprieto las manos en el regazo. El cuero marrón no va muy bien con el verde, es cierto.

—Debo tenerlos puestos. Me lo exige mi fe.

Me responde una mirada de puro escepticismo. Ailith no es la primera que reacciona así, ni tampoco será la última. No espero que otras personas lo entiendan, y ya he aceptado esa falta de comprensión hace mucho.

—Bueno —continúa, y sustituye una sombra de ojos por otra—, si a ti te hace feliz, adelante.

La verdad es que sí que me hace feliz. O me hacía feliz antes, mejor dicho.

—Entonces, ¿no hay nada entre Céfiro y tú? —insiste ella.

Mis ojos vuelan hacia los suyos. Se me sonroja hasta el cuello, y luego las mejillas.

—Somos amigos —grazno.

—Amigos. Qué pintoresco. —Sonríe mientras me pinta de rojo los labios—. Teniendo en cuenta el modo en que Céfiro te mira, no estoy yo tan segura de que vuestra relación sea tan casta como tú piensas.

Juro no hacer más preguntas, pero la verdad es que hemos recorrido un camino largo y tortuoso. Hoy soy débil.

—¿Y cómo me mira?

Me limpia una manchita perdida de la comisura de la boca y se echa hacia atrás para estudiar su obra, pícaramente divertida.

—Pronto lo descubrirás.



De lo alto de las escaleras, la sala común se extiende entre sombras grises y pequeñas islas de luz que proporcionan las velas. Incontables clientes han llegado mientras Ailith se dedicaba a «ponerme guapa», como ella misma ha dicho. Los clientes se apretujan entre las mesas, dan sorbos a sus estofados o beben vino de copas con dedos marcados. La puerta principal se abre y se cierra cada vez con más frecuencia.

Soy una hoja.

No veo a Céfiro. Me ha dejado en las hábiles manos de Ailith y ha dicho que, mientras ella se ocupaba de mí, iría a beber algo. Me obligo a descender las escaleras, con una mano en la barandilla y la otra sujetando el pesado faldón del vestido. Las escaleras crujen al bajarlas. Mi atención vaga entre rincones oscurecidos y huecos sombríos. Hay cortinas que dividen el espacio más grande en pequeñas zonas. Huelo a Céfiro: néctar y luz solar. El perfume de su piel.

Bajo los escalones y me acerco al propósito de esta velada.

Y allí, al pie de las escaleras, todo mi mundo se queda inmóvil.

En el otro extremo de la estancia, el Viento del Oeste está repantingado en un sillón cerca de la chimenea, con el cuerpo colocado en una pose estudiada. Se lleva a la boca una jarra de líquido ambarino y me contempla perezosamente por encima del borde. En el tiempo que no hemos estado juntos, se ha afeitado esa barba desaliñada. Su mirada de ojos verdes atrapa la luz de las velas y se oscurece sutilmente a cada instante. Esboza una leve sonrisa. La arrogancia de esa sonrisa me provoca sensaciones a pesar de mis intentos de defenderme contra ella. El Viento del Oeste: engañoso, astuto, inmortal. Un dios.

Echa la cabeza hacia atrás y apura su bebida. Una oleada de calor me tensa la piel. Él se levanta del asiento. Rodea mesas, atraviesa el espacio con maestría absoluta, sin evidenciar que el veneno le está

entumeciendo las piernas. Por otro lado, no soy yo la única que esta noche tiene que interpretar un papel.

Una gota de sudor se desliza por mi columna. Céfiro se detiene al pie de las escaleras y me recorre con la mirada.

—Eres… —murmura— una maravilla.

—Ha sido Ailith —tartamudeo—. Es ella quien lo ha hecho todo.

El Viento del Oeste se inclina hacia delante y de pronto se me olvida respirar.

—Querida —me susurra al oído—, siempre he pensado que eras hermosa. Para mí no era ningún secreto.

Se me endurecen los pezones bajo el corsé, doloridos y aplastados. Me apresuro a cruzarme de brazos para disimularlo.

—Es que nunca lo habías mencionado —consigo decir con nervios y sin aliento—. Ni una sola vez.

—Ah, ¿no? —Alza las cejas, y destellan los círculos de musgo que rodean sus pupilas—. Piénsalo bien. ¿Qué es lo que recuerdas?

Está demasiado cerca, pero no necesito espacio, ni siquiera cuando su aliento me acaricia la boca.

—Me chinchabas —murmuro—. Jugabas con mis emociones, siempre soltabas alguna broma que me tenía a mí como víctima.

Con la cabeza ladeada, su atención se desliza hacia mi cintura, sube a mi pecho, donde se queda fija para luego ascender hasta mi cara un instante después.

—En todas esas ocasiones estaba diciendo la verdad. Fuiste tú quien decidió que mis palabras eran falsas. No te creías digna de la atención de un hombre.

—¿Cómo puedo creerte si, de cada dos palabras que pronuncias, una la dices en tono jocoso?

Él se sume en una intranquilidad reflexiva. A su espalda, una de las clientas, una anciana encorvada, regresa a la barra con una copa vacía. Céfiro se acerca un paso más y su esternón se aplasta contra la parte superior de mi brazo.

—Te pido perdón si te he hecho sentir poco deseable. Nada más lejos de la verdad.

Trago saliva con tanta fuerza que creo que Céfiro oye el sonido que emite mi garganta. Está clarísimo que voy a ir al infierno por esto, pero he de saberlo:

—¿Y cuál es la verdad?

Sus ojos brillan como si los acabasen de barnizar. Si no estuviese mirando tan fijamente su rostro, me habría perdido la llamarada de calor que anida en ellos.

—¿Recuerdas la primera vez que fuiste a Infra? —Con una sensación hipnótica, las puntas de sus dedos acarician la seda ondulante de mi falda—. ¿Recuerdas a aquella pareja bajo las ramas de Willow?

Aquellas extremidades entrelazadas, aquella piel cubierta de sudor. La lengua bífida de aquel hombre. Se me encogen las entrañas ante el recuerdo. Me muerdo el interior del carrillo y asiento a duras penas.

—¿Recuerdas lo que te dije?

—Me dijiste que daba igual que cerrase los ojos —susurro al tiempo que sus dedos se hunden más en los pliegues de la tela—. Que ya lo había visto.

—Así es. Y ahora te digo que cuando sepas la verdad, ya la sabrás para siempre. ¿Seguro que eso es lo que quieres?

Yo solía pensar que la verdad era una carga. Prefería la ceguera. Aceptaba lo que siempre me habían dicho, lo que había leído, lo que había oído. Nos atrae todo lo que queda fuera de nuestra experiencia. Anhelamos algo más profundo.

—Dímela —exijo.

Sus dedos aterrizan sobre mi muslo. Yo me sobresalto, pero él empieza a trazar círculos vacilantes sobre la tela. Con una voz que resuena como la más grave de las campanas de una iglesia, me dice:

—¿Quieres que te hable de las noches en las que el campamento estaba en silencio y yo te contemplaba dormida en tu saco?

Sube la mano hasta el hueso de mi cadera y la deja ahí, una permanencia abrasadora.

Me tiemblan las manos. Las uno con fuerza al frente. Su atracción se abate sobre mí con vertiginoso cálculo. Aquel que Trae la Primavera.

—Las horas que pasé en tu compañía cada día, viendo cómo se contoneaba tu cuerpo mientras caminábamos. —Sus labios me rozan el lateral del cuello—. Qué tentación eras.

El calor se propaga por mi caudal sanguíneo. Lucho por tener algo de aire, algo de cordura, ambos. Soy Brielle. No me he olvidado. ¿Qué tipo de encantamiento me domina?

—Era la tortura más deliciosa —prosigue él, y me agarra del muslo con mano firme—. Por las noches me retiraba a algún rincón tranquilo para aliviar mis necesidades. Me tocaba despacio, pero lo que quería era que la mano que me agarraba la polla fuera la tuya.

Se me hace un agujero en el estómago.

Céfiro gira la cabeza y su aliento me recorre la clavícula. Me hormiguea la piel de tanto calor.

—Lo que veía en mi mente era tu rostro.

—Eres… —Se me quiebra la voz. Todo lo que podría haber dicho se convierte en polvo.

Él alza las manos por mi abdomen y rodea el suave montículo del pecho. Durante un instante me domina el impulso de girar el cuerpo para colocarle un seno en la mano abierta. Me pregunto qué haría entonces. Quizá me pellizcaría el pezón, o bien me lo acariciaría hasta que me muriese de deseo.

—Te van a ver —susurro.

—Nadie nos presta atención.

Me arden las mejillas, pero paseo la vista por la sala con las pestañas entornadas. Tiene razón. Todo el mundo está demasiado ocupado apostando o bebiendo como para fijarse en nosotros.

—¿Quieres que siga? —pregunta Céfiro con un brillo conspirador en los ojos.

Debe de notar mi deseo. Debe de olerlo en mi piel, saborearlo en mi aliento. Debe de sentir las oleadas de anhelo que me estremecen todo el cuerpo, hasta la boca del estómago y las plantas de los pies.

—¿Quieres que te describa lo que es imaginar la expresión de tu cara, los sonidos que emitirías, lo suave al tacto que debes de ser…?

Le tapo la boca con una mano, con la respiración desbocada. Nuestros ojos se entrecruzan, y no apartamos la mirada. Verdes y marrones, divinos y mortales, cautivos y libres.

No sé qué decir. ¿Cómo se responde en condiciones a semejantes indecencias mentales? Me da miedo admitir mis propios anhelos, descubrir todo aquello de lo que está hablando.

Despacio, Céfiro alza la mano, cierra los dedos en torno a mi muñeca y me aparta la mano de su boca.

—Me has preguntado por qué huyo —dice—, pero quizá, querida, la cuestión es más bien por qué huyes tú de algo que no puede negarse. ¿Acaso no lo sientes? —Me pone la mano sobre el corazón, que retumba—. ¿Acaso no quieres saber adónde nos llevará si seguimos?

Abro la boca y luego la cierro de golpe. Sí que quiero, y no quiero. ¿Cómo explicar estas complicadas emociones?

De pronto los ojos de Céfiro se desorbitan. Antes de darme siquiera cuenta, me pongo en movimiento y lo agarro por la cintura en el mismo momento en que sus piernas ceden. Tenso las mías para soportar el peso de su cuerpo, que se desploma sobre el mío.

Jadeando, Céfiro contempla la harapienta alfombra. La conmoción ha congelado sus facciones.

—¿Es el veneno? —pregunto.

Él asiente una sola vez y dice con voz ahogada:

—Llévame hasta una silla.

Me echo su brazo sobre el hombro y los dos nos acercamos al sillón del que se ha levantado hace un momento. La chimenea ruge tras la rejilla de metal.

Lo deposito sobre los cojines. Él emite un juramento en voz baja y se pasa las manos por las piernas, masajeando los músculos rígidos. Yo me apoyo en la silla adyacente y empiezo a pensar en cómo podríamos solucionar este revés.

—¿Estás muy mal?

—Ya se me está pasando. —Alza la cabeza y consigue esbozar una pequeña sonrisa. Es un intento digno, hay que reconocerlo, pero la desolación proyecta sombras en su semblante.

Durante nuestro viaje a la mansión sucedió lo mismo varias veces. Cada pocas horas se le entumecían las piernas y acababa por los suelos. Me dijo que esos ataques serían cada vez más frecuentes a medida que avanzase el tiempo. Al final, el entumecimiento será permanente, una parálisis constante.

—No pensemos en ello —dice—. Yakim debería llegar en cualquier momento. Hasta entonces, mejor disfrutar.

Me muestro de acuerdo con un cabeceo. Me echo hacia atrás, suponiendo que Céfiro hará lo mismo. En cambio, él se apoya en el reposabrazos de mi silla e inclina el cuerpo hacia mí.

—¿No prefieres sentarte en tu sillón? —sugiero con una sonrisa tensa—. Probablemente sería más cómodo.

Él esboza una sonrisa traviesa.

—¿Te pongo nerviosa?

Las sombras de hace un momento se han desvanecido, como si él las hubiese expulsado a fuerza de voluntad. No voy a darle la satisfacción de responder.

—¿Esto no es un poco inapropiado?

—Quizá para ti. Entre el pueblo albo, esto es decididamente casto. —Mete la mano bajo mis cabellos y la apoya en mi nuca. Su roce me conmociona—. Imagina que acabamos de conocernos.

Su rodilla choca contra mi muslo y yo me sobresalto. Intento recomponerme a duras penas. «Imagina.» Qué palabra tan traicionera. Me está pidiendo que experimente, quién sabe durante cuánto tiempo, una vida que no es mía pero que quizá ansíe en algún rincón oscuro de mi corazón.

—He venido a hacer negocios y me he encontrado con una mujer a la que no conozco. —Su pulgar me acaricia la nuca, recorriendo el sensible tendón de esa zona—. Me pregunto quién es y de dónde viene. Me pregunto por qué está aquí.

Hace una pausa deliberada para darme tiempo a responder.

—He venido a ver a mi hermana —digo en tono quedo, aunque no tengo hermana alguna.

Él asiente para animarme.

—Sigue.

Trago saliva con dificultad. Lo único que conozco es Thornbrook. Es todo lo que he querido conocer, pero el Viento del Oeste es una fuerza que me arrastra sin que yo pueda hacer nada.

—Mientras la espero, decido cenar. Cuando estoy comiendo, me fijo en un hombre que me mira desde el otro extremo de la sala. Nos miramos a los ojos y me siento…

Lo que sentí entonces es lo que siento ahora. Me siento desbordada.

—Dímelo —me pide en un tono persuasivo que conozco bien. Es un tono antiguo, arraigado. Que me obliga a escucharle.

—Me siento vista —cedo—. Siento que alguien me ha visto de verdad.

Él me agarra de la barbilla y me alza la cabeza para que lo mire a los ojos, que iluminan esta penumbra con su calidez esmeralda. Aunque no es más que un cuento, se parece demasiado a la realidad como para tener que fingir.

—Te he visto —susurra— de verdad.

Me humedezco los labios con la lengua y Céfiro avanza una fracción.

Suena una campanita, y él baja la mano. Se gira hacia la puerta delantera.

—Justo a tiempo.

Sigo su mirada y veo a un tipo alto y desgarbado que viste un chaleco color granate metido por la cintura de los pantalones. En una mano lleva un maletín de cuero. En la otra, una bufanda, a pesar del calor.

—Que no te engañe su apariencia cuidada —susurra Céfiro—. Yakim es despiadado, recuérdalo.

Es cierto que esperaba a alguien un poco más sanguinario. Yakim tiene una melena profusa recogida en una cola de caballo, algo más

oscura que su piel cubierta de granos. Podría tener cuarenta años, pero también setenta. Es difícil de decir. Atraviesa la estancia, y me llama la atención la larga y delgada cola que le desciende hasta los talones. Una vez que Yakim llega a la barra, se acomoda en uno de los tres taburetes vacíos.

—Yakim es un demonio —me susurra Céfiro al oído—. Necesita sangre para sobrevivir. —Contempla al recién llegado con atención, al igual que todos los clientes en la sala—. Normalmente se nutre de una mascota, pero cuando no consigue ninguna, tiene que comprársela.

Yakim no pide ninguna bebida; la bebida se limita a aparecer ante él. Coge la jarra y se la lleva a la boca mientras Céfiro dice:

—Tiene que beber cada cuatro horas para mantener la locura a raya.

Yakim deposita la jarra con un golpe sordo. Al cabo, los clientes retoman sus conversaciones, su cena, sus apuestas, aunque la tensión impera en la estancia.

—¿A qué te refieres con locura?

La mirada de Yakim pasa por encima de Céfiro, pero luego vuelve atrás, lo ve y frunce el ceño.

—Cámbiate de sitio conmigo —me susurra el Viento del Oeste.

—¿Qué?

Él ya me está levantando.

—Ven, siéntate en mi regazo.

Sin darme siquiera cuenta de cómo ha pasado, de pronto estoy de pie. Céfiro me coloca en su regazo, a horcajadas sobre sus muslos. La tela esmeralda de la camisola cae como agua, y su rostro está preocupantemente cerca de mí. Yo lo aparto de un empujoncito en el pecho para poner algo de espacio entre los dos justo cuando Yakim se aparta de la barra, con los ojos clavados en el Viento del Oeste.

—Ya viene —siseo.

—Calma, querida. —Me da un apretón en la cadera para tranquilizarme, aunque sigue mirando al demonio que se nos

acerca—. Tú mírame a mí.

Lo intento, de verdad, pero mi inquietud se convierte en un miedo desagradable y bien enraizado. ¿Por qué me habré prestado a esto? ¿Por qué me marché de Miles Cross? ¿Por qué abandoné a mis iguales? ¿Por qué sacrifiqué la certeza en favor de la incertidumbre?

Me coloco en una postura más cómoda y Céfiro deja escapar un gemido tenso. Muslos firmes, el hueco de las caderas de un hombre, un pecho duro a mi espalda y esto: un bulto largo y duro que se aprieta contra mí.

Cierro de golpe los muslos. Puede que sea virgen, pero sé bien lo que pasa cuando una mujer yace con un hombre.

—Dame un momento —dice.

—¿M… me muevo?

—No. —Su mano se crispa sobre mi cadera—. Eso empeoraría la situación.

—Ya. —Me sale un graznido.

Él suelta todo el aire de los pulmones y luego se echa a reír. Apoya la frente entre mis omoplatos.

—Esto no va según el plan.

¿Teníamos un plan? Estoy demasiado tensa como para acordarme.

—No sé si puedo hacerlo —susurro. Quienes se cruzan en el camino del demonio se escabullen como pueden—. ¿Y si digo algo indebido? ¿Y si te mata?

Él apoya el pulgar bajo mi mandíbula y me gira la cabeza hacia sí. Se me acelera la respiración. Todo el entorno se desvanece, y yo imagino que un velo rodea nuestro rincón privado, que anula la vista y el sonido, todo excepto al Viento del Oeste, una visión de brillante claridad. Los huesos de su cara parecen más definidos, afilados por la sombra y la luz.

—Pase lo que pase, recuerda esto: nada de lo que vamos a hacer es real. ¿Entendido? —Desliza los dedos bajo el cuello de mi vestido con preocupante facilidad—. Solo vamos a interpretar dos papeles hasta que cerremos el trato.

Ya lo habíamos hablado Céfiro, Ailith y yo. El Viento del Oeste es mi amo, yo soy su mascota. Él me estudia un instante más.

—Intenta no salirte del personaje. Si te sientes abrumada, relájate y yo tomaré la voz cantante, ¿de acuerdo?

Me coloca un rizo tras la oreja. Una oleada de puro anhelo me recorre tan fieramente que ni siquiera pienso en las veces que me ha tocado libremente durante la última hora. Me siento de lado sobre su regazo y miro al demonio, que salva la distancia que le queda hasta nosotros. Lleva la punta de la cola enrollada alrededor de la pierna izquierda. La mano de Céfiro se desliza hasta mi muslo y ahí se queda. Se me seca la boca.

Yakim se detiene a pocos pasos de distancia y le echa un vistazo despectivo al Viento del Oeste. En sus ojos negros resplandecen motas de plata.

—Céfiro. —La aspereza de su voz me hace pensar en rocas aplastadas.

El interpelado inclina la cabeza como respuesta.

—Yakim.

La mirada del demonio vuela hasta mí y me recorre a placer desde los tobillos desnudos hasta el pecho. «Una mascota es señal de estatus social —me dijo Ailith—. Es un objeto que representa posesión y poder. Tener una mascota —añadió con ojos encendidos— es la forma definitiva de posesión.»

Yakim alza la mirada hasta mi cara y una sonrisita satisfecha aparece en su boca.

—¿Esta es tu mascota? Es encantadora.

—Lo es. —Céfiro me aprieta otra vez el muslo y sube la tela con la mano, como para mostrar su adquisición más reciente—. Cuando la encontré, una horda de ninfas la estaba traumatizando a la pobre. No estoy seguro de cómo se metió en semejante lío. —Sonríe y sus dientes se vuelven puntiagudos ante mis ojos—. Qué suerte tuve.

—Pues sí. —Yakim ocupa un sillón vacío y coloca el maletín a sus pies—. ¿Has tomado posesión de ella?

—Así es. —Si no me equivoco, sus colmillos se alargan aún más—. Casi te diría que fue fácil.

—Siempre te han gustado las caras bonitas. —Pasa sus dedos esqueléticos por la superficie pulida de la mesa lateral—. Ha pasado mucho tiempo. Casi no te he reconocido desde el otro lado de la sala. Este aspecto te pega mucho. —Hace un gesto hacia la nariz de Céfiro, aunque ahora es más pequeña que hace semanas—. Desde luego, refleja tu personalidad.

Céfiro inclina la cabeza.

—Te lo agradezco.

Le hace un gesto al camarero, que trae una copa de vino y otra de sangre para Yakim. El demonio bebe con fruición y apoya la bebida en la mesa.

Con las manos en el regazo, yo me esfuerzo por no interferir, aunque de vez en cuando alzo la mano hasta el pecho del Viento del Oeste para dar la impresión de que estoy enamorada de mi captor. Su erección sigue clavada en mi trasero. No consigo apartar el pensamiento mucho rato.

Céfiro hace girar el vino en la copa y da un sorbo para luego depositarla sobre la mesa.

—Gracias por no matarme en cuanto me has visto.

—Bueno. —El demonio esboza una breve sonrisa. Para mi sorpresa, tiene los dientes blancos, como pequeñas perlas deslumbrantes engarzadas en encías rosadas—. Me gusta pensar que me he ablandado un tanto en el último siglo, más o menos. Lo pasado pasado está. A fin de cuentas —añade con un ápice de malicia que le endurece la voz—, son solo negocios, ¿verdad?

Despacio, Céfiro me acerca más hacia sí. Su pecho me calienta la espalda, casi como un escudo contra la evidente amenaza que constituye Yakim.

—Espero que no haya mala sangre entre nosotros —ronronea—. Tú mejor que nadie comprendes lo que implica una apuesta.

—No fue ninguna apuesta —gruñe Yakim. La sangre resalta sus brillantes dientes blancos—. Me la jugaste.

—¿Acaso no planeabas tú hacer lo mismo? —Céfiro resopla—. Admítelo: lo que te pasa es que te molesta que te la jugase yo primero.

Antes de que Yakim pueda responder, el Viento del Oeste coloca ambas manos en mis piernas y me las abre del todo de un tirón. Tengo el impulso de envararme y librarme de él, pero me ablando ante su contacto y apoyo la cabeza en su hombro. La atención de Yakim se centra en mi entrepierna, en la tela que la cubre.

—Por mucho que me guste la cháchara intrascendente y tediosa —dice el demonio, arrastrando las palabras, tras centrar de nuevo su atención en Céfiro—, sé que no es ninguna coincidencia que estés aquí. No finjamos que este encuentro no ha sido premeditado.

—Ahora que lo mencionas —dice Céfiro—, he venido a hacer un trato.

Vuelve a cerrarme las piernas con suavidad. La postura, por lo visto, ha cumplido su cometido.

El demonio se ríe y la conversación en la mesa adyacente se interrumpe, pues es un sonido escalofriante, agudo y cruel.

—Qué poco sorprendente eres. —Une los dedos como si con ellos dominase la conversación—. Está bien, dado que te has tomado tantas molestias, escucharé lo que quieres decirme.

—Vengo buscando un antídoto potente que pueda revertir los efectos de la belladona. —Yakim enarca sus cejas oscuras—. ¿Tienes algo así en tu poder?

—Un antídoto contra la belladona —habla con deliberada lentitud. Con una uña escarpada rasca el reposabrazos del sillón—. Interesante.

—Sí, sí, todo muy interesante. —Céfiro hace un ademán con la mano—. ¿Cuánto me costaría un antídoto? Suponiendo que tengas alguno en tu poder.

—Para empezar, veinte mil monedas de oro. Diez mil por el antídoto en sí y otras diez mil por las molestias de una reunión imprevista.

El corazón me empieza a retumbar, porque jamás he visto a Céfiro con una sola moneda encima. La moneda de cambio del Viento del Oeste son las deudas y las promesas sin cumplir.

—Veinte mil parece un precio bastante alto.

—El antídoto contiene polvillo de una piedra bezoar extraído de una cabra nacida la hora séptima del séptimo día del séptimo mes —dice Yakim—. No encontrarás nada más potente, nada que te garantice neutralizar el veneno. Y además, solo se puede tomar al alba.

Mi atención se centra en la ventana al tiempo que los dedos que me cubren la cadera se flexionan. Aún está oscuro, pero no queda mucho para que el sol encantado de Infra salga. Eso si decide salir hoy.

—Entiendo —murmura Céfiro.

Yakim esboza una sonrisa fría de labios finos bajo esa afilada nariz suya.

—Si no puedes pagar, bueno, es una pena.

El demonio no debe de saber lo cerca de la parálisis que está Céfiro. Ahora mismo, otra oleada de entumecimiento se desvanece bajo su piel; lo único que lo señala es un leve temblor.

—Ahora mismo solo cuento con doce mil —le dice a Yakim—. ¿Aceptarías un intercambio?

Yakim se echa hacia atrás en el sillón, cruelmente satisfecho.

—Si añades tu mascota al precio, tenemos un trato.

Eso me despierta de golpe.

—¿Perdón?

«A las mascotas se las puede comprar —me dijo Ailith—. Y se las puede vender. Se puede negociar con ellas y también liberarlas. Su amo tiene el poder de decidir qué hacer.»

Yakim me mira de arriba abajo.

—Ah, así que tienes voz. He de decir que es tan encantadora como el resto de ti.

Necesito dos intentos antes de conseguir hablar sin vomitar.

—Céfiro te pagará la cantidad que haga falta por el antídoto, pero yo no soy parte del trato.

—Claro que lo eres, querida. —Con cuánta calma responde Yakim—. Lo he decidido yo.

Entonces me doy cuenta de que Céfiro ya no me está tocando para tranquilizarme.

—Tiene que haber otro modo.

—Aunque me gustan mucho las mujeres que dicen lo que piensan —la cadencia grave y sedosa del demonio me provoca una contracción de pavor en el estómago—, no es decisión tuya. —Hace una pausa—. Tendremos que quitarte esa costumbre de hablar sin permiso.

El pánico me inunda sin control, cierra mi boca, con los dientes fuertemente apretados.

—¿Hasta qué punto estás desesperado por conseguir el antídoto —murmura Yakim—, viejo amigo?

Céfiro no me va a entregar. No comerciaría tan despreocupadamente con mi vida.

—¿Ese será el precio, pues? —pregunta Céfiro. Yo intento agarrarle la mano, pero él aparta la mía.

—Así es. —El demonio nos mira fijamente—. Lo único que queda por saber es si estarás dispuesto a pagarlo.

¿Este era el plan? ¿Utilizarme, comerciar conmigo y librarse de mí cuando ya no sirviese a sus propósitos? Y pensar que he abandonado a mis compañeras en Miles Cross por él…, por esto.

—¿Y si estoy dispuesto a pagarlo? —Céfiro le mantiene la mirada al demonio.

Yakim agarra el maletín, se lo coloca en el regazo y lo abre orientado hacia sí, de manera que no veamos su contenido. Saca un frasquito con tapón de corcho y lo sostiene en el aire. En el fondo del frasco se aprecian unas pequeñas partículas.

Yo le clavo las uñas en el brazo a Céfiro.

—Así, no —susurro.

Él no me mira a los ojos.

—Es la única manera.

—No lo es. —Tiene que haber otra solución que aún no se nos ha ocurrido.

Yakim tiende el frasquito entre sus largos dedos.

—Puede ser tuyo —murmura—. Lo único que necesito es el nombre de tu mascota.

—Dame el antídoto y lo sabrás.

El demonio cierra la mano y el frasquito desaparece.

—Eres la última persona en la que confiaría. ¿Quién me asegura que no huirás en cuanto el antídoto esté en tu poder? —Chasquea la lengua, decepcionado—. O hacemos el intercambio a mi manera o no habrá intercambio alguno.

—A mi manera —replica Céfiro— o te puedes ir olvidando de mi mascota.

Yakim suelta ese frío cacareo en forma de risa.

—La verdad es que no tengo necesidad de ninguna compañera humana. La tuya es encantadora, pero hay otras con las que puedo hacerme de manera más fácil.

No se atreverá. No puede hacerlo. Pero he olvidado quién es Céfiro: un dios que en su día fue querido. Está acostumbrado a salirse con la suya, a hacer lo que sea necesario para obtener lo que más desea. Me pone de pie y me da un empujoncito hacia el demonio. Aparta la mano de mi espalda y a mí me inunda el pánico.

La trampa, comprendo por fin, no era para Yakim. Era para mí.

—Brielle —proclama el Viento del Oeste—. Su nombre es Brielle.

31

—Brielle —canturrea el demonio, y sonríe con esos dientes blancos como huesos—. Me gusta cómo suena.

Estoy inmóvil, atrapada en un eco perpetuo. Brielle. El secreto mejor guardado ha sido entregado como mercancía, poco más significativo que una moneda abollada. El trato se ha cerrado, el antídoto pasa a manos del Viento del Oeste, mientras que Yakim recibe doce mil monedas de oro que aparecen del aire. Céfiro también se saca un frasco de cristal del bolsillo, parecido a los que vi en la fiesta de las ninfas marinas, y se lo tiende al demonio. Con pavor, comprendo qué es lo que contiene: mi nombre. Pero ¿cómo lo ha conseguido? ¿Lo ha tenido consigo todo este tiempo? No comprendo el proceso del todo. La gran sala se desenfoca ante mi vista, un borrón de melancolía pura teñida de humo dulzón.

Yakim cierra el maletín, apura el resto de su bebida y se gira hacia mí.

—Entiendo que Céfiro te quisiera para sí. —Me mira, un tanto despectivo. Tiene una mancha de sangre en la comisura de la boca—. Tu antiguo amo no ha sabido reconocer que eres todo un tesoro, pero ¿qué se podría esperar de un dios arrogante y ensimismado? —Vuelve a esbozar su sonrisa afilada—. Él se lo pierde.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos. El miedo me pisa los talones desde hace diez años, pero he aprendido a vivir con él. Sobreviviré a esto. Cuando la madre Mabel se entere de que he desaparecido, vendrá a por mí.

—No temas, querida. —La mirada del demonio, en la que brilla la codicia, salta hacia Céfiro—. Yo sí me preocupo por lo que es mío.

Me acaricia el brazo desnudo con una mano fina y alargada. Detrás de él, Ailith sale de un pasillo cercano y le hace una señal.

—Yakim, ¿podemos hablar, por favor?

Su expresión se tensa con evidente irritación, pero se gira y esboza una bonita sonrisa hacia la fauno.

—Ahora mismo estoy algo ocupado.

Ella ladea el cuerpo.

—No me importa hablar de dinero delante de otros clientes, si así lo prefieres.

Yakim gruñe. Ailith esboza una sonrisa de lenta satisfacción.

—Te espero en la Habitación Roja —dice, y echa a andar por el pasillo.

Yakim da un paso atrás, con el maletín aún en la mano.

—Espera un momento, Brielle. No te puedes ir sin mi permiso, aunque no llegarías lejos. Ahora estás atada a mí.

Rodea una mesa cercana y desaparece pasillo abajo. Algunos clientes lo ven marchar y se relajan visiblemente cuando ya se ha ido.

—Brielle —el Viento del Oeste me agarra de la mano—, mírame.

Me libro de su contacto de un tirón y me dejo caer en la silla de enfrente. La falda de seda ondula formando nubes verdes y me cae por las piernas temblorosas.

—¿Cómo has podido? —Se me encoge el estómago ante el horror de lo que me ha hecho. Debería haberlo sabido. ¿Por qué no aprendo?

—Necesito que me mires.

Su voz se mezcla con el zumbido de fondo: el repiqueteo de los platos, el golpeteo de las botas en el suelo, el rugido del fuego en la chimenea. En este momento no estoy segura de cómo seguir adelante. ¿Cómo sabrá la madre Mabel dónde encontrarme? ¿Arriesgaría su vida y la de mis compañeras para devolverme sana y salva a Thornbrook?

Despacio, alzo la cabeza.

—¿Por qué?

Pensaba que Céfiro había cambiado. ¿Cómo puedo ser tan ingenua?

—Vámonos. —Mira por encima del hombro—. No tenemos mucho tiempo.

—¿Es que no has oído lo que ha dicho? —escupo—. No puedo marcharme. ¡Le has dado mi nombre!

«Jamás digas tu nombre en voz alta. Jamás. Si algún miembro del pueblo albo se entera de tu nombre, tendrá poder sobre ti, más poder del que puedes siquiera imaginar. Atesóralo.»

Clavo los dedos en el reposabrazos del sillón. Si tuviera garras, le arrancaría esos ojos verdes sin pensármelo.

—Confiaba en ti.

El Viento del Oeste me mira, totalmente ajeno a mi dolor.

—¿Puedes mover las piernas?

—¿Y eso qué más dará?

Estoy cayendo en espiral hacia un pozo sin luz. ¿Adónde me llevará el demonio? ¿Qué me obligará a hacer ahora que tiene control sobre mí? Tengo miedo. Pero también me domina una rabia enfermiza.

Céfiro se pasa los dedos por los rizos y mira hacia el pasillo por el que se ha internado Yakim.

—¿Quieres intentarlo, por favor?

Algunos clientes nos miran. No me he olvidado de que han puesto precio a la cabeza de Céfiro. Ellos tampoco.

—¿Hay algo que no me hayas dicho? —pregunto.

—Ve hacia la puerta.

—Pero…

—Por favor. —Otra mirada furtiva hacia el pasillo.

Yo me quedo donde estoy.

—Dime por qué he de hacerlo.

Estoy cansada de sus secretos.

Céfiro se gira, con la mirada pétrea, y se acerca a mi silla. Se inclina sobre mí y me acerca un dedo al cuello, con el que me quita el collar trinitario.

—El Padre te protege.

El collar de oro resplandece en su mano bronceada. Yo alzo los ojos y contemplo la mirada salpicada de oro del Viento del Oeste.

«Nada de lo que vamos a hacer es real.»

—¿No he estado en peligro en ningún momento? —susurro.

—Si hubieses perdido el collar, o si alguien te lo hubiese quitado, habrías sido vulnerable. Pero si lo llevas, puedo decir tu nombre en voz alta tanto como me plazca. No te lo he dicho porque era mejor proceder con precaución, temía que Yakim notase que era todo una treta. No es fácil engañarlo.

Supongo que tiene sentido. El pueblo albo no puede decir mentiras, pero sí que las percibe cuando otros las cuentan. Aun así, no me gustan los métodos engañosos de Céfiro.

—¿Y qué pasa con el frasco de cristal que le has dado? ¿Qué había dentro?

—Pues… quiero pensar que mis poderes son lo bastante potentes como para crear un poco de aire rutilante.

—Oh —digo en tono callado e incierto.

Él dice, sombrío:

—Yo no te traicionaría. Nunca más. —Me mira un instante y luego se aparta—. Hemos de irnos. Sujétame esto. Protégelo.

Me pone el antídoto en las manos. Yo me lo meto en el bolsillo, pero vacilo, con los dedos cerrados sobre la pesada tela de mi vestido.

—No puedo correr con esta ropa.

Él me levanta de un tirón y se echa al hombro mi mochila, que había dejado junto a la chimenea.

—No tienes alternativa.

Corremos. Atravesamos la gran sala, salimos por la puerta, bajamos los escalones y avanzamos por el entarimado irregular y húmedo que recorre el pantano humeante. Subimos hasta una franja de terreno elevado que lleva a un camino de tierra que atraviesa todo el marjal.

Llevamos recorrido medio camino cuando un chillido de rabia estalla a nuestra espalda.

Céfiro tira de mí para que siga. Nos impulsa una débil ráfaga de aire que ha invocado en nuestros talones. Yo intento mantener el ritmo, pero sus piernas, más largas, lo llevan más rápido y más lejos. Unos pasos después, el viento se calma y él empieza a jadear. Le corre el sudor por la cara. Gira a la derecha, se aparta del camino y se interna en el pantano. Nos metemos hasta las rodillas en el agua pútrida. Se me hunden las botas en el cieno mientras intento avanzar. El vestido se me engancha en lo que quiera que anide en este lugar muerto e inundado bajo ese cielo vago y ensombrecido.

Un restallido a nuestra espalda llama la atención de Céfiro.

—¡Dame la mano! —jadea.

En cuanto aferro su mano, un viento fortísimo se arremolina a nuestro alrededor y nos eleva por los aires hacia las ramas cimbreantes de un árbol cercano. Allí nos afianzamos y aguardamos.

Una bestia tres veces más grande que un caballo entra en el claro. Cuatro extremidades, fauces goteantes y una columna tan protuberante que juraría que veo el hueso.

—¿Eso es Yakim? —susurro.

Céfiro asiente y se lleva un dedo a los labios. «Mira», dibuja su boca.

El demonio, ahí abajo, merodea entre los árboles y husmea en busca de nuestro rastro. La bruma que cae sobre el pantano debe de ayudar a disimular nuestro aroma, porque poco después el monstruo se aleja.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto.

—A mi juicio, solo tenemos una opción. —Agachado entre las ramas, Céfiro se restriega las manos contra los pantalones. Tiene las mejillas pálidas a pesar de haber corrido tanto—. Tenemos que matar a Yakim.

Yo vacilo, algo incómoda ante las implicaciones, pero si la muerte de Yakim es necesaria para que Céfiro viva, estoy segura de que el Padre hará una excepción.

Saco la daga que llevo a la espalda.

—¿Cómo lo matamos?

—No. —La palabra resuena con autoridad. Céfiro me agarra de la muñeca y me obliga a bajar el arma hasta depositarla entre los pliegues de tela verde que cubren la rama en la que estoy sentada—. Voy yo solo. Así será más seguro.

—¿Y qué pasa con el veneno y el entumecimiento? —Veo en sus ojos la inquietud ante la idea de que lo asalte otra oleada mientras es vulnerable. Hasta que el sol salga, Céfiro no puede arriesgarse a tomarse el antídoto—. Deberíamos mantenernos juntos.

Él baja la vista y guarda silencio.

—¿Qué pasa? —Me acerco más a él y me agarro a una rama más grande para mantener el equilibrio.

—Pensabas que te había entregado a Yakim. Pensabas que había traicionado tu confianza. —Bajo la camisola empapada, su pecho asciende y desciende con movimientos erráticos, la respiración atropellada—. Te he dado todo tipo de motivos para dudar de mi palabra, y sin embargo, aquí estás. Quizá por eso me da miedo cargarte con la responsabilidad de salvarme la vida. No quiero creer que te importo, me da miedo que no sea así.

—Céfiro —tomo su mano en la mía—, claro que me importas. ¿Por qué crees que estoy aquí si no?

—Pero ¿quién dice que no me vas a abandonar?

Qué equivocado está. Ahora mismo parece un niño pequeño.

—Mírame. —A regañadientes, Céfiro alza los ojos. Me duele el corazón al pensar en el hombre que fue una vez, el hombre que aún lleva dentro a pesar del paso de los siglos—. Si crees que te voy a abandonar a manos de un demonio —murmuro—, es que no me conoces en absoluto.

Él se deja caer contra el tronco del árbol, con las ropas manchadas de barro, totalmente descompuesto.

—No es menos de lo que merezco. —Se quita mi mochila de los hombros, la encaja entre las ramas y hace ademán de bajar de un elegante salto—. Ahora vuelvo.

Lo veo marchar y comprendo entonces que la vida está compuesta de decisiones y que ahora tengo que decidir qué hacer. Entre estas ramas estoy segura. Y sin embargo, Céfiro se ha ido sin arma. Su poder flaquea. Puede que mi hoja de hierro sea lo único capaz de derrotar a este demonio.

Comprendo que solo yo puedo decidir qué camino seguiré en la vida. Yo tengo el poder. Siempre lo he tenido.

Me sujeto el pelo en una cola, agarro la mochila y bajo del árbol. Sigo la dirección en la que se ha ido Céfiro, el camino alfombrado de ramas rotas y enormes huellas de zarpas. Avanzo con esfuerzo, pero el vestido pesa tanto y el corsé está tan apretado que me resulta imposible recuperar el aliento.

Un poco más adelante, algo enorme y amenazador se mueve entre los árboles. La bestia se acerca a Céfiro, con las orejas aplastadas contra el cráneo. Agazapada en el borde del claro, acerco la mano a la daga, con el pulgar apretado contra el cuero de la empuñadura. Céfiro está solo y desarmado.

El demonio se abalanza sobre él con un rugido y yo corro, daga en mano, hacia la espalda del Viento del Oeste. No tengo miedo. El Padre me guía por la hierba aplastada y el fango empapado. Aparto a Céfiro de un empujón, doy un salto y le entierro la daga en el pecho a la bestia, que se desploma de espaldas con un chirrido estridente. Yo caigo hacia delante del propio impulso, con la hoja bien incrustada. La giro y la extraigo. Retrocedo en cuanto el demonio se alza de nuevo. Le hierve la piel, que se derrite al contacto letal del hierro.

—¡Brielle!

Esas fauces de dientes afilados se ciernen sobre mí pero se aplastan contra una barrera sólida, como si Céfiro hubiese invocado una pared de aire para separarnos. Con una nueva embestida, el monstruo rompe la barrera. Yo lo esquivo, a pesar del peso del vestido empapado, y le lanzo un tajo a la garganta con la daga. La bestia recula y choca contra un viejo ciprés. Luego se levanta y carga contra mí. Le salen chorros de vapor de las fosas nasales. Una

espiral de aire se enrosca en su pata trasera y la sujeta. El demonio intenta librarse entre forcejeos y dentelladas.

Paso a toda velocidad por detrás de Céfiro y le hundo la daga al monstruo en el torso una segunda vez. Acto seguido, le abro un tajo en la garganta. La sangre chorrea y el demonio se derrumba. Toda la ciénaga se estremece.

Mi pecho se agita y me tiembla la mano, pero me niego a apartar la vista de la bestia. Puede que no esté muerta. Podría alzarse otra vez.

—Brielle.

—¿Y si se cura solo? —pregunto—. No podemos arriesgarnos.

—Yakim está muerto.

Me giro en redondo y veo a Céfiro. Apenas tiene un rasguño en la piel inmaculada de la mejilla. Es guapo. Hermoso, incluso. ¿Qué brujería es esta?

—Tu cara. —No dejo de clavarle la mirada. Es casi perfecta, de un esplendor indescriptible, con ángulos tan agudos que podrían cortar—. ¿Cómo es posible?

Él suelta una exclamación y se derrumba. En el mismo momento en que su cabeza se hunde bajo la superficie de la ciénaga, yo me lanzo sobre él, lo agarro por el cuello y lo subo de un tirón. Cargo con todo su peso, que sus piernas debilitadas ya no pueden soportar. Por el Padre, cómo me gustaría que el sol saliese.

—El árbol —dice entre dientes—. Llévame a ese árbol.

Lo arrastro hasta el tramo de tierra desde el que un viejo ciprés domina toda la extensión del marjal. Él se agarra a una rama baja y me mira como un gatito iracundo.

—Eso ha sido lo más estúpido que has hecho en tu vida —gruñe.

—Te iba a matar. Estabas ahí plantado…

—Iba a acabar con él con mi poder —replica—. Tenía que hacerlo en el último segundo; un golpe al corazón.

—¿Y yo qué sabía?

—Te dije que no interfirieras.

Hasta mi sangre emite un zumbido peligroso. Crispo los dedos sobre la daga, un movimiento que atrae su mirada. Ya hemos estado en una situación parecida. Me pregunto si no preferirá que lo maten.

—Te he salvado la vida —bufo—. Estaría bien que me dieras las gracias.

—¿Darte las gracias?

Se echa a reír, aunque el sonido se quiebra y se convierte en algo distinto. Su rostro entero se desencaja. Una lágrima le corre por la mejilla. Me quedo conmocionada hasta lo más hondo de mi ser. Doy un paso al frente, de pronto no muy segura de qué hacer.

—No quiero ver morir otra vez a alguien que me importa —dice con voz ronca. Franjas plateadas sobrevuelan su mirada verde—. Creo que no podría soportarlo.

Esa confesión me ablanda y me entristece. Céfiro ha pasado por muchas penurias en su vida inmortal, pero ¿acaso no las pasamos todos? La diferencia es que yo he contado con apoyo: Thornbrook, mis compañeras, la madre Mabel. Céfiro, por su parte, está solo.

Acerco una mano a su rostro y digo:

—Saldremos de esta. Tengo fe en ello. —Le enjugo una lágrima con el pulgar, una gota que tiembla como rocío en su mejilla.

—Yo perdí la fe hace mucho —dice.

—No te preocupes. Tengo fe para los dos.

Céfiro suelta de repente la rama. Contrae y dilata las fosas nasales. El entumecimiento debe de haber pasado, pues se pone de pie sin ayuda. En este momento se oye un lamento grave y espectral entre los árboles cubiertos de musgo.

—Los sabuesos —murmura.

Un escalofrío me recorre por entero: el cuerpo, la mente y el corazón.

El Viento del Oeste me agarra de la muñeca y echa a correr. Nos internamos aún más en la ciénaga brumosa. Un árbol aparece entre la bruma a menos de un metro. Lo esquivo con un paso lateral y rodeo el tronco, mientras Céfiro me sigue llevando a tirones del

brazo. Me duele la articulación del hombro, tanto que casi me quema. Tengo que curvar la espalda para ahuyentar el dolor.

—¡Céfiro!

—¡Brielle, corre si no quieres morir!

Me veo arrastrada hacia delante; el viento me propulsa momentáneamente. Mis pies aterrizan sobre el barro con un chapoteo y tropiezo. Mis botas se enredan en una de las muchas raíces retorcidas.

—Más rápido —jadea Céfiro.

La mochila rebota contra mis lumbares. Tengo calambres en las pantorrillas del esfuerzo, y estas ropas empapadas pesan tanto que temo caer redonda en la tierra mugrienta. Un enorme crujido reverbera por la ciénaga.

Entonces resbalo, caigo, me hundo en el agua. Estoy mareada, débil, pero cuando me levanto, avanzo otros siete, ocho, diez pasos. Mi cuerpo, sin embargo, pesa demasiado como para seguir.

—Céfiro. —Se me doblan las rodillas y vuelvo a caer en el barro, reprimiendo las lágrimas—. No puedo más.

Los sabuesos sueltan aullidos cada vez más frenéticos. Deben de haber percibido que su presa flaquea. Céfiro se inclina hacia mí y me agarra del brazo, jadeando.

—No puedes rendirte. La ciénaga se acaba un poco más adelante.

Intenta ponerme en pie de un tirón, pero mis piernas se niegan a cooperar.

—No me estás escuchando —alzo la voz, que se rompe ante mi severo agotamiento—. No es que no quiera. Es que no puedo. Soy físicamente incapaz de dejar atrás a esos sabuesos.

Las lágrimas abren senderos calientes en el barro cada vez más frío que me cubre el rostro.

Céfiro, con una calma grave, se arrodilla junto a mí. En ese momento, sus ojos parecen muy viejos. Han visto mucho más de lo que seguramente llegaré a ver yo: la vida, la muerte, la descorazonadora realidad de un mundo que cambia mientras él se mantiene.

—No quiero que mueras en este lugar —dice, y me pone las manos en los hombros.

—Yo tampoco. —Me restriego las mejillas para enjugarme las lágrimas, pero solo consigo embadurnar de más mugre mi piel pecosa.

Céfiro mira en derredor. Hay algunos islotes embarrados que asoman entre la extensión de agua gris. El aroma a podredumbre se aproxima cada vez más, constante. Un perro ladra muy cerca, aunque no consigo ubicar dónde. Sigo la mirada de Céfiro, que contempla una de las islas.

—Ese sitio podría servir. Hay una madriguera, ¿la ves? Nos esconderemos ahí hasta que los sabuesos hayan pasado de largo.

¿No acabaremos como dos conejos en una trampa?

—Te has olvidado de que tienen un gran sentido del olfato.

Él me dedica una sonrisa burlona.

—Te aseguro que no me he olvidado.

Empieza a recoger barro a puñados, se lo restriega por la cara, por los muslos, bajo la camisola, hasta cubrirse la piel entera. Luego me mira a los ojos.

—Te toca.

Yo estoy demasiado agotada, no puedo ni levantar los brazos. Es Céfiro quien me cubre de barro cada curva y cada hueco de la cabeza a los pies: el cuello, los pechos, los muslos. La mugre helada me atrapa con su apestoso hedor.

Céfiro me lleva de la mano hasta el islote y yo consigo meterme con esfuerzo en el agujero. Ya no veo la ciénaga. El túnel conduce a una cámara algo más grande y medio inundada, con varios centímetros de agua. El Viento del Oeste se agazapa a mi lado. Del techo cuelgan raíces espectralmente parecidas a mechones de pelo.

—¿Estás bien? —Me mira preocupado.

—Sí.

Me apoyo contra las paredes pastosas del hueco y me derrumbo hasta quedar reducida a un guiñapo sin aliento, con los brazos y las piernas torcidos y todos mis suministros aplastados bajo el cuerpo.

Me tiembla la piel del miedo ardiente que me recorre la sangre. Se me va acostumbrando la vista a la oscuridad de la madriguera, y Céfiro se acomoda a mi lado. Su hombro roza el mío.

Acurrucados juntos, esperamos. Pequeñas vibraciones en el suelo anuncian que los sabuesos ya han llegado.

Husmean, resoplan y gruñen sobre nuestras cabezas. Se oyen los chapoteos que provocan sus patas al recorrer el agua estancada. Yo cierro los ojos con fuerza y me retiro al plácido jardín en flor que hay dentro de mi corazón. «Por favor, Padre. Ayúdanos.» Si nos cazan aquí, mi alma nunca conocerá la paz.

Pasado un rato, los sabuesos se alejan entre gañidos y aullidos de frustración. Cuando el sonido acaba por extinguirse del todo, dejo escapar un aliento tembloroso.

—Y ahora ¿qué?

—Si no vuelven en los próximos diez minutos, seguramente podremos continuar sanos y salvos. Estamos cerca de la linde de la ciénaga. Huelo el verdor en la lejanía.

Yo muevo torpemente la cabeza, un gesto que no llega a ser de asentimiento pero que revela tanto alivio como dolor contenido. Infra no da garantía alguna de seguridad. Quizá jamás lleguemos al borde de la ciénaga.

—Quiero darte las gracias, Brielle. —Céfiro se lleva las rodillas al pecho, como haría un niño que necesita que lo consuelen—. De no ser por ti, habría tenido que enfrentarme solo a otro diezmo.

Jamás he oído palabras más amargas.

—Después de lo que pasó con Jacinto, jamás has vuelto a amar a nadie, ¿no?

Él gira la cabeza. En esta posición, nuestras narices están alineadas; apenas un breve espacio de aire oscurecido separa nuestras bocas.

—Llevo mucho tiempo solo. Es más seguro para mí y para todo el mundo.

—¿No deseas compañía?

—El problema de vivir eternamente —responde en tono quedo— es que la gente que llega a importarte acaba por abandonarte. Los cuerpos mortales envejecen. Los huesos se vuelven quebradizos y los órganos fallan. Sí, deseo compañía, pero soy muy consciente de lo que implica.

Yo no había pensado en el punto de vista de alguien que vivirá eternamente. Qué tristeza.

—Lo siento.

—No sientas pena por mí. Acepté mi destino hace mucho. —Su atención vuelve a centrarse en mí—. ¿Eso es lo que deseas tú, caminar por la vida con alguien que te acompañe?

Me parece una sandez considerar siquiera la posibilidad. Soy una Hija de Thornbrook. Una vez que tome mis votos finales, no puede haber ningún hombre en mi vida salvo el Padre.

Pero me lo he pensado, si bien brevemente. Una idea fugaz que nunca se hará realidad.

—Sí que lo deseo —admito—, a veces.

Él suelta todo el aire de los pulmones en un aliento que huele a tierra. Sus ojos, muy oscuros, me recuerdan que estos bosques no son seguros.

—¿Has pensado en las cualidades que debería poseer quien te acompañase? —pregunta, con una atisbo de su antiguo yo juguetón.

Me da vergüenza hasta imaginar la posibilidad, pero aquí, escondidos en esta madriguera, lejos de la civilización…, nadie de Thornbrook tiene por qué enterarse.

—Pues sería un hombre tierno —murmuro, porque ¿qué es el amor sin ternura?—. Sería desprendido. Trataría a quienes lo rodean con compasión y respeto. Siempre intentaría mejorar y entregaría su vida al Padre. Siempre estaría dispuesto a enfrentarse a los conflictos y siempre hablaría con sinceridad. Sus intenciones jamás serían otra cosa que puras.

Este hombre es un ideal. Por desgracia, no existe. Cuando pienso en la persona cuya presencia me encoge el corazón, lo único que veo es un par de vívidos ojos verdes.

Lo que acabo de decir entristece aparentemente a Céfiro.

—No te mereces menos.

Me muerdo el labio inferior, tímida. Sus palabras me han emocionado.

—¿Y tú?

—Yo soy un hombre sencillo, Brielle. Lo único que quiero es que alguien sepa que mi corazón es suyo. Nada más.

Reflexiono sobre lo que acaba de decir cuando, de pronto, Céfiro se aparta.

—Es hora de irnos —dice. Yo me obligo a asentir. Estemos o no listos, hemos de actuar—. Nos dividiremos; yo los atraeré. Los sabuesos nunca pierden un rastro dos veces.

Sale al exterior y mete el brazo por la abertura. A mí me recorre una oleada de náuseas, pero le agarro la mano y dejo que me saque de un tirón de nuestro refugio. Recuerdo lo que se siente al convertirse en presa de un depredador.

—Los atraeré hacia el norte —dice Céfiro—. Tú dirígete al sur. Una vez que la ciénaga acabe, busca el primer refugio que puedas. Volveré a por ti.

En cuanto se aparta de mí, sopla una bocanada de aire desconcertantemente frío. Él me mira a los ojos y me mantiene la mirada.

—Ten cuidado —susurro.

Él centra su atención en mi boca, deja vagar su mirada sobre ella.

—Tú también, Brielle de Thornbrook.

Y, sin más, el Viento del Oeste se desvanece entre la bruma baja.

Es como si el viento me empujase hacia delante cada vez con más insistencia. Atravieso el marjal entre chapoteos. Las nubes de insectos descienden sobre mí y se desperdigan al pasar. Los gañidos de los sabuesos me pisan los talones, pero mis piernas avanzan con entereza constante. Me muevo como Aquel que Trae la Primavera, un dios cuyos movimientos impulsan el viento.

Un claro entre los árboles revela un camino forestal muy desdibujado por el uso que traza una curva. Lo sigo mientras el

terreno asciende, hasta que me doy cuenta de lo cerca que están los gañidos. Suenan más y más fuerte a cada minuto que pasa.

Lo que los sabuesos han captado no es el rastro de Céfiro. Es el mío.

32

En el vientre entenebrecido de la ciénaga, corro. Salto sobre vegetación derrumbada, me abro paso entre la mugre, me esfuerzo tanto como puedo para evitar las aguas más profundas, las áreas de marjal en las que no hay terreno elevado. Siento calambres en el estómago y un nudo anquilosado en la cadera. Va más allá del dolor, más allá de la agonía más atroz. «Descansa», me pide mi cuerpo. Pero no puedo.

Me he esforzado hasta el límite mismo de mi resistencia, pero mis piernas, pesadas, se siguen moviendo. Paso por manantiales estancados y escombros podridos. El vestido está hecho jirones. El aire roza mi piel, muerto.

Algo más adelante… hay un claro entre los árboles. La luz se filtra entre cada hueco y cada agujero y baña una gran planicie de corta hierba de color amarillo que se eleva sobre la tumba acuática del pantano. El terreno se eleva algo más y yo miro por encima del hombro. Entre la maleza hay numerosas siluetas, demasiadas para contarlas.

Suelto un sollozo ahogado y avanzo. La muerte aguarda. No estoy lista.

No puedo morir aquí, tan lejos del sol.

En mitad del claro tropiezo con un hueco en el terreno. Me doy un golpetazo contra el suelo y ruedo dos veces hasta acabar de espaldas.

Saco la daga en el espacio que media entre dos alientos. Me pongo de pie y me enfrento a la manada, con la hoja de hierro lista a pesar de lo que me cuesta respirar. La empuñadura se me clava en la palma y el dolor me centra. No estoy muerta. Aún no, al menos.

Los sabuesos se me acercan, bestias nacidas en la insidiosa oscuridad de este reino. Donde debería estar el hocico tienen pequeñas cavidades. Los costillares brillan con un fulgor blanco, desprovistos de músculo o piel, y tras ellos se ven los huecos vaciados de sus estómagos. Miro entre ellos presa del pánico, pues el círculo se cierra sobre mí y me corta cualquier vía de escape.

El primer sabueso se abalanza sobre mí con un rugido. Yo giro sobre mí misma y le lanzó un tajo a los ojos. El animal suelta un gañido y cae de espaldas. Toda la manada empieza a proferir aullidos y a intentar morderme las piernas. Doy una patada y acierto a uno de ellos en el morro. Luego hundo la hoja en el lomo de otro. Me rodea una treintena de ellos. Se adelantan, intentan morderme y retroceden por turnos. Me domina un terror negro que no deja espacio para la lucidez ni el pensamiento. Lo único que importa es la hoja. Otro sabueso se lanza a mi pierna. Giro para librarme del ataque y doy otra patada. Al impactar contra su costillar, los dientes de la bestia se hunden en mi muslo. Suelto un grito y le clavo la hoja en el cráneo. La criatura se desploma entre estertores.

Giro en redondo y acierto a otro en pleno salto. Choca contra mi pecho y caigo al suelo. El golpe me arranca la daga de la mano.

Un viento huracanado atraviesa el claro y la manada se desperdiga. Algo se desliza bajo mis brazos.

—Soy yo —susurra Céfiro—. Aguanta.

Nos elevamos; el viento nos arrastra hacia los árboles. Estoy demasiado cansada para resistirme. Dejo que Céfiro me suba los pies a una rama alta y me apoye la espalda contra el tronco amplio y robusto. Tiene muy mal aspecto. Sus pantalones están cubiertos de barro y la camisola le cuelga holgada y sucia del torso. De un tajo en la barbilla, recién abierto, mana sangre.

—Gracias —susurro.

En la base del árbol, los sabuesos apoyan las garras en el tronco y sueltan gañidos de protesta. Agazapado a mi lado, el Viento del Oeste me ayuda a quitarme la mochila y la deja a un lado. Luego me recoloca la tela del vestido para que me cubra las piernas desnudas.

—Parece que no soy el único al que atrae tu aroma —susurra.

—Estoy cansada, Céfiro. —Me cuesta hablar. Podría dormir mil años si me lo permitiesen.

—Lo sé. —Me coloca un rizo húmedo detrás de la oreja. Las puntas de sus dedos acarician mi piel acalorada—. Yo me encargo de todo.

Agarro su mano con la mía.

—Hay demasiados.

Tiene el rostro demacrado y tenso. A cada hora que pasa, el Viento del Oeste se desvanece más y más.

—Te preocupas demasiado, querida. —Me muestra una sonrisa bastante forzada—. ¿Acaso no soy el Viento del Oeste? ¿No soy Aquel que Trae la Primavera en todas sus formas?

Y sin embargo, esos ojos color musgo están apagados. Con voz sentida y callada, susurro:

—No quiero que mueras.

—Brielle —igualmente callado y afligido—, ahora mismo le daría la bienvenida a la muerte.

Un instante después, se deja caer árbol abajo y aterriza sobre la hierba. Expulsa cuatro esferas de aire con rapidez, una detrás de otra. Tres de ellas dan en el blanco. La cuarta deja atrás a una de las bestias mientras Céfiro da un paso lateral.

Jamás he visto nada igual. Céfiro es música encarnada. El viento es su forja, y la martillea sin esfuerzo. Estrangula a otras dos bestias y decapita a una tercera con una espada formada de aire puro. Sin embargo, por inmortal que sea, el Viento del Oeste no se encuentra bien. No puedo permitir que se enfrente solo a todo esto.

Me dejo caer sobre el pasto. El aire, que ahora mismo tiene la forma de dos enormes hojas circulares, avanza y corta en pedazos la hierba. Los sabuesos se desperdigan entre regueros de sangre. Al cabo hay cuatro de ellos muertos, hechos pedazos. Sus huesos blancos se disuelven hasta volverse polvo.

Los aullidos resuenan más fuertes, con hambre renovada. La manada se reagrupa y Céfiro recula hasta que su espalda choca

contra un árbol. Dobla las piernas, medio agazapado, y alza las manos. El aire explota, pero luego se convierte en una simple brisa que apenas sopla más de lo que alcanza Céfiro con las manos. Sus ojos se desorbitan al tiempo que los perros se abalanzan sobre él. Desaparece de la vista.

Un terror desconocido se apodera de mí.

—¡Céfiro! —Agarro la daga del suelo y corro hacia él.

Infra emite un temblor en forma de advertencia. Consigo dar dos pasos más y luego siento un estallido de aire en los oídos. Se oye un rugido tan grande que caigo de rodillas. A continuación, un grito.

Un viento digno de una tempestad me sacude. Alzo la cabeza e intento resistirme a su fuerza. Hay árboles enteros arrancados de sus raíces y arrojados por los aires. Con ojos entrecerrados, veo cómo despliega sus poderes el Viento del Oeste. Las flores crecen a sus pies, un campo florecido que insufla color a toda la zona.

Céfiro emite un cántico espectral en clave menor. El viento le sacude el pelo y repta por sus brazos formando bandas protectoras. Sus ojos ya no son verdes, sino plata líquida. Se ha convertido en algo que no puedo comprender.

Céfiro extiende los brazos y lanza a los sabuesos por los aires. Luego da una palmada con un restallido estruendoso. Un enorme tallo brota del centro del claro. Yo retrocedo a trompicones y pierdo el equilibrio cuando otro temblor sacude el suelo. Unas espinas largas y crueles surgen del tallo y ensartan a los sabuesos en plena caída. La melodía se convierte en un conjunto de acordes embrujados, un suave ascenso y descenso de modulación. Al cambiar de tono, más espinas penetran en la piel sombría de las bestias, se clavan en la carne como gusanos que abriesen túneles en la tierra.

Con otro estruendo, lo que queda de los sabuesos se disipa.

—¡Céfiro!

No reconozco mi propia voz; es un chillido estridente. Me abalanzo sobre él. Tiene la ropa empapada de sangre oscura.

Tropieza, con el rostro tenso de dolor, y me contempla con esos extraños ojos plateados. Está extraño, y es un extraño.

—Soy yo —susurro—. Brielle.

La plata disminuye y da paso al verde ondulante de siempre.

—Brielle. —Me recorre con la mirada, la mugre y la sangre que me cubren el cuerpo, las costras de mis heridas—. ¿Te han herido?

—En el muslo.

Hago un gesto hacia las marcas de dientes. La sangre se acumula en los bordes de la herida. Él la mira durante un momento y dice:

—Habrá que limpiarla. Puede que mi hermano tenga algo que sirva. —Como si notase mi inquietud, añade—: Los sabuesos no son venenosos. Lo que más me preocupa es la infección.

Asiento y dejo caer el vestido, aunque aún me da vueltas todo. En verdad ha sido un pequeño milagro que los dos hayamos escapado con vida de los sabuesos.

—¿Y el antídoto? —pregunta Céfiro.

Yo alzo los ojos al cielo. En el este se dibuja una fina línea de oro.

—Toma. —Lo saco del bolsillo y se lo tiendo.

El Viento del Oeste estudia el líquido claro y gira el frasco hacia un lado y hacia otro.

—Este no es el antídoto que te di —dice con expresión grave. Grave y amedrentadora.

—Sí —respondo con cautela—. Claro que lo es.

Céfiro aprieta el frasco en la mano y se da la vuelta.

—En ese caso, hemos sido engañados.

—¿A qué te refieres? —Como no responde, lo agarro del hombro—. Céfiro.

Él tensa los músculos, rígidos e inflexibles bajo el contacto de mis dedos.

—¡Me refiero a que es falso! —ruge, y arroja el frasco hacia los matorrales. El cristal se hace pedazos en algún rincón del bosque.

—¿Estás seguro? —¿Cómo puede saberlo a ciencia cierta?—. Quizá haya alguna explicación.

Se aparta de mí con brusquedad.

—Estoy seguro, Brielle. Lo que necesitamos es bezoar en polvo. Esto es agua, nada más. No sé si ha cambiado de alguna manera el contenido o bien… —Lo siguiente es el grave y torturado sonido de las almas rotas e indefensas—. Estaba tan centrado en engañar a Yakim que no se me ocurrió que él pudiera hacer lo mismo. —Está temblando, con un puño apretado contra la frente—. ¡Maldito sea!

Empiezo a notar todo el cuerpo entumecido, pesado y frío. El viaje, el engaño, la farsa…, todo ha dado igual. Solo hemos conseguido estar más cerca de la parálisis total de Céfiro.

El Viento del Oeste se aleja renqueando un par de pasos hasta que se le dobla una rodilla y se ve obligado a apoyarse en un árbol. Segundos después, también cede su otra rodilla. Se derrumba con una exclamación de dolor.

Yo me acerco a toda prisa y le agarro la mano. Hemos pasado varios días juntos. En otra vida quizá habríamos tenido años. Pero el veneno se infiltra en su cuerpo cada vez más rápido. No sé cuánto tiempo le queda.

—¿Podemos hablarlo?

Céfiro se pinza el puente de la nariz.

—¿De qué hay que hablar? Toda la misión ha sido inútil.

Con ternura, llevo la mano de Céfiro hasta mi corazón. Su palma abierta absorbe mis latidos.

—No cedas a la desesperación —susurro, y pego mi mejilla a la de él—. Estás vivo. Los dos lo estamos. El día no ha concluido aún.

Lo oigo tragar saliva junto a mi oído.

—Agradezco tus intenciones, pero esto es el fin. No puedo escapar a este destino. —Suelta el aire, tembloroso, y se aparta de mí. Se restriega la humedad que le mancha las mejillas—. Más vale que espere hasta que la parálisis me domine. De todos modos, era lo que esperaba Pierus.

Le rodeo la cintura con los brazos y lo aprieto contra mí. Está más rígido que un tablón de madera, pero nuestra calidez se entremezcla y él acaba por dejarse caer sobre mí con un sonidito de alivio.

—Cada instante que pasas a mi lado pones más en riesgo tu vida —dice—. Olvídate de todo esto, Brielle. Regresemos a Carterhaugh mientras aún tengamos tiempo.

—No pienso rendirme. —¿Cómo iba yo a poder conciliar el sueño sabiendo que ha usado las fuerzas que le quedaban para protegerme, a riesgo de su propia vida? Si no puede moverse, seré yo quien cargue con ambos—. Aún disponemos de unos días antes de que la parálisis te haga efecto del todo.

—No son días —responde él en tono seco—. Son apenas horas, y tengo que descansar.

El pánico sigue llamando a mi puerta, pero no pienso dejarlo entrar.

—Entonces descansarás. —Por más que sea necesario seguir avanzando, dormir le vendrá muy bien, aunque sea una hora—. ¿Cuánto queda hasta el reino de Notos?

Una vez más, Céfiro se aparta de mí, pero no se aleja mucho.

—¿Veinticinco kilómetros? ¿Setenta y cinco? —Niega con la cabeza—. Sea cuanto sea, está demasiado lejos. Es pedirte demasiado.

—No lo es —lo tranquilizo.

—No me estás escuchando. Te digo que es peligroso. Te estoy dando la oportunidad de alejarte de aquí. ¿Por qué no la aprovechas?

Me recuerda a un pájaro enjaulado, con demasiado miedo para volar aunque la jaula esté abierta.

—¿Qué está pasando en realidad, Céfiro?

Sus ojos esmeralda se cruzan con los míos.

—¿Por qué no me dejas? —Un susurro grave y agónico. Yo vuelvo a agarrarle la mano y no la suelto.

—Porque sé lo que se siente cuando te abandona alguien que te importa. Prefiero ahorrarte ese dolor si me es posible. —Con nuestras manos entrelazadas, aprieto la mía un poco más—. Y porque estamos los dos juntos en esto.

Él vuelve a tragar saliva.

—¿Juntos?

Asiento. No me duele tanto como antes. Más bien es algo nuevo, como piel recién cicatrizada.

—Túmbate —digo, y le ayudo a colocarse sobre la hierba. Su cabeza descansa sobre mi muslo—. Voy a contarte una historia del Libro del Destino. —Le paso los dedos por el pelo y separo sus rizos húmedos. Céfiro suspira y se apoya completamente contra mí—. La historia comienza, como todas las historias, con un sueño.

33

Un estremecimiento sacude el enorme peñasco donde hemos acampado y me despierta. Lo sigue el lejano restallido de un trueno.

Está oscuro. Céfiro duerme, ajeno al polvillo pálido que cae del saliente y que le cubre las ropas de mugre. Los temblores se suceden y el bosque entero emite un gemido en su esfuerzo por mantenerse arraigado a la ladera de la montaña.

Hemos viajado kilómetros hasta llegar a la montaña que Céfiro afirma que nos llevará al reino de su hermano. A sus pies nos hemos detenido a descansar. Yo prometí hacer la primera guardia, pero debí de caer poco después de que Céfiro se durmiese, rendida por el agotamiento de escapar de los sabuesos del Rey Orquídea. No estoy segura de cuánto tiempo ha pasado, pero tenemos que seguir moviéndonos.

—Céfiro. —Lo sacudo para que se despierte. El suelo tiembla y me arroja a un lado. Se oye un estruendo en la enorme oscuridad que nos rodea.

Él se despierta y se alza, apoyado en un codo.

—¿Brielle?

Bajo la luz acuosa que arroja la luna menguante, su piel tiene un tinte cetrino y profundas ojeras rodean sus ojos.

Otro terremoto recorre Infra.

—¿Qué sucede? —susurro.

Una ráfaga de viento sale de la palma de la mano de Céfiro y sopla por el valle entre arbustos y árboles caídos. Menos de dos latidos después, el viento regresa y trae consigo un aroma fétido. Él contempla la oscuridad con el semblante entenebrecido.

—Infra exige sangre —responde—. Y hay que entregarla pronto para que este reino sobreviva otro ciclo.

Yo también escruto el paisaje. No reconozco esta parte del reino: ríos y montañas bajo tierra.

—¿Y qué pasa si no se entrega esa sangre?

—Si Infra no recibe mi sangre, el reino empezará a derrumbarse. Antes no era así, pero desde que Pierus se hizo con el control, Infra empezó a depender de mi poder. No se puede retrasar más el diezmo.

El siguiente terremoto abre grietas en la roca. Cuando los temblores se aplacan, lo oigo: aullidos. Aullidos que anuncian una caza.

La respiración de Céfiro se acelera, y a él se le contraen las pupilas, dos diminutas gotas gemelas de sangre. Su aroma de luz solar empieza a agriarse, como leche en un cuenco que se ha echado a perder.

—Pero si los mataste…

Dejo morir la voz. Céfiro acabó con esas bestias usando viento y nada más. Él se pasa una mano por la cara.

—Pierus tiene incontables sabuesos a su disposición. Podría decirse que es un ejército.

Me temo que el entumecimiento no deja de aumentar. Me pregunto cuándo concluirá este viaje.

—¿Están cerca?

—Los sabuesos se mueven con rapidez. Seguramente nos alcanzarán dentro de una hora.

No podemos dejarlos atrás, pero es justo lo que debemos hacer.

Céfiro se estremece, aunque el suelo se mantiene inmóvil. Se aprieta el puño sobre el muslo, con los dedos plegados en la palma de la mano.

—Pierus me está llamando.

—Pero ya ignoraste antes la llamada, ¿verdad? —le recuerdo—. Cuando visitaste a Bóreas.

«Te llamé hace tres meses», dijo el Rey Orquídea. Su voz había sido la única prueba del maligno ritual que aguardaba a Céfiro en aquel campo de rosas dentro de la cueva.

—Sí. —Céfiro asiente con vaga vacuidad—. La distancia disminuye el impulso de acudir. Si podemos llegar al reino de Notos, estaré a salvo.

Me pongo de pie, y empiezo a reunir suministros y meterlos en la mochila. Giro en redondo, con la rosaluz en alto, y paseo la vista por la entrada de la caverna, a tiro de piedra de nosotros, alta y estrecha. De las profundidades de la montaña emana un aire frío.

—Si mantenemos la marcha —digo, girándome hacia Céfiro—, deberíamos llegar al reino de tu hermano en pocas horas.

A fin de cuentas, eso es lo que me dijo ayer.

—No serán pocas horas, Brielle.

Entiendo las dificultades del viaje, pero estoy harta de su escepticismo y negatividad.

—Ya sé que el viaje ha sido difícil, pero…

—No puedo mover las piernas.

Es como si oyese esas palabras desde una gran distancia, como si no me alcanzaran.

—¿Estás seguro?

—Sí, Brielle, si no puedo mover las piernas, me doy cuenta —espeta Céfiro.

Me tiemblan las manos, pero me las meto bajo los brazos para darles más calor y así aplacar el pánico antes de que me supere. Derrumbarme ahora no servirá de nada.

—Bueno, sabíamos que iba a pasar —digo con la vista fija en el Viento del Oeste—. Aún tenemos tiempo.

Él sigue contemplando sus piernas inertes.

—¿Tiempo? —Se pasa una mano por el pelo—. Claro que no nos queda tiempo. No puedo andar, ¿cómo vamos a llegar hasta mi hermano?

—Cargaré contigo.

Él niega con la cabeza y esboza una sonrisa amarga, amarguísima.

—No puedes cargar conmigo, Brielle.

Normalmente no me ofendería, pero estoy cansada y hambrienta, y no me queda paciencia. Así que replico:

—¿Por qué no?

Un brillo momentáneo reaviva su mirada, casi tan astuta como recuerdo que era.

—Quizá en un día soleado, en terreno llano, habiendo descansado, con la barriga llena. Pero después de haber huido de los sabuesos del Rey Orquídea en la oscuridad… mientras Infra se hace pedazos… —Intenta ponerse en pie con brazos temblorosos, pero luego cae, con un juramento a media voz, incapaz de reunir toda la fuerza necesaria—. Todos estos obstáculos serían complicados para un dios —añade—, y mucho más para una mortal.

Céfiro no es lo más pesado con lo que he cargado, pero se ha instalado en un sentimiento de derrota prematuro. Solo ve lo altos que son los muros y prefiere quedarse confinado entre ellos hasta que la luz desaparece. Su mundo está compuesto de humedad y frío.

—Lo único que quiero es intentarlo. Nos lo debemos a nosotros mismos.

Él niega con la cabeza.

—No voy a pedirte que cargues conmigo.

—No hace falta que me lo pidas. —Es ahora cuando pongo una mano sobre la suya—. Te lo propongo yo a ti.

—Está demasiado lejos —dice entre dientes.

—¿Y eso quién lo dice?

Una ráfaga de aire sopla por el campamento.

—¿Qué piensas hacer, cargar conmigo los quince kilómetros que nos quedan? ¿Te vas a destrozar la columna para asegurarte de que llego hasta Notos antes de morir? —Un aliento tras otro, el aire empieza a chisporrotear a su alrededor—. No pienso someterte a esa carga.

—Tú no eres ninguna carga —replico—. Para mí, no.

Él se derrumba aún más en el suelo.

—Vuelve a Carterhaugh y olvídate de mí.

Lo miro con calma, con la esperanza de volver a captar su atención. Sin embargo, Céfiro, Aquel que Trae la Primavera, está derrotado. Es un dios y al mismo tiempo es un niño, amado y abandonado. Su dolor refleja el mío propio.

—¿Acaso te han confundido mis actos? —susurro, y cierro los dedos en torno a mi colgante trinitario.

—Tus actos solo han servido para demostrar tu amabilidad y tu compasión, pero ahora no se trata de mí —gruñe él con un sonido más animal que humano—. Se trata de ti, de la vida que has de vivir. Aún hay tiempo para arreglar este embrollo. Puedes regresar a Miles Cross y volver con tu gente. Vivirás una vida larga, feliz y sana. Una vida libre.

—Céfiro —a regañadientes, su mirada se cruza con la mía—, ¿crees que habría recorrido todo este camino, pasado por todos estos apuros, para regresar ahora?

Tuerzo la boca. La Brielle de antes jamás habría corrido este riesgo. Céfiro parece dubitativo, no muy seguro de su lugar.

—No te culparía si lo hicieras.

—Es elección mía. —Mi tono se mantiene firme, y yo también—. No me importa lo que creas que te mereces. Ya has expiado tus actos, y ahora ha llegado la hora de perdonarte a ti mismo. —Y luego añado, como si hablase con un niño—: Tú también puedes tener cosas buenas en la vida, ¿sabes?

—¿De qué sirve tener nada bueno si no lo sé cuidar? —susurra.

Él parpadea y me conmociona ver las lágrimas que le corren por las mejillas. Aquí, al final de sus días, el Viento del Oeste se desmorona. Me duele el corazón al verlo.

—Céfiro.

—Saboteo lo que tengo —prosigue—. No sé hacer otra cosa. Me lo llevo todo, lo expolio, hasta que no queda nada. Es una enfermedad que llevo dentro.

—Tú no eres tu pasado. —Y luego, con ternura—: Eres mucho más que todos tus errores.

La vergüenza tiñe su piel de un apagado tono rosa.

—Puede que tú seas lo único bueno que hay en mi vida, y no te he tratado mejor de lo que se trata a un perro. —Una rápida inspiración—. Lo siento —dice—. Lo siento por todo.

Yo sostengo su rostro entre mis manos y le paso la boca por la mejilla húmeda.

—No llores por mí, Céfiro —susurro—. Llora por la chica que aún no te había conocido, la que no sabía lo mucho que se había reducido su mundo.

Por más que Céfiro me la haya jugado, mi corazón sigue siendo una copa llena hasta los bordes. Dejo que purgue sus males. Puedo entenderlo.

—Te perdono —murmuro contra su mejilla—. Te perdono por todo lo que me has hecho.

Él gira la cabeza y escruta la abertura de la caverna. Los aullidos se acercan. Incluso saliendo con ventaja, me pregunto si podremos dejar atrás a los sabuesos.

—¿Seguro que puedes cargar conmigo? Soy un hombre adulto, no será fácil.

Me aparto y le echo un vistazo despectivo: musculatura esbelta, una total falta de grasa.

—Por favor —resoplo—. No me insultes.



Resulta que cargar con el Viento del Oeste es casi tan difícil como los largos días que he pasado transportando cebada en carretilla en los campos. Guiados por la rosaluz que late tenuemente en mi mano, ambos nos internamos por la red de túneles excavados bajo la montaña. Su luz mengua a medida que pasan las horas, pequeños grumos de lo que parece ser sangre flotan dentro del cristal.

Doblamos un recodo y nos internamos aún más en la oscuridad. El peso de Céfiro me provoca punzadas en la espalda, pero lo afianzo al costado y aprieto más el brazo contra su cintura. Otro paso sobre el suelo de tierra compacta. Al cabo, hasta la lóbrega luz empieza a apagarse.

Ahogo una exclamación y apuro el paso. La luz se vuelve malva, luego gris y después apenas un brillo diminuto me guía a pesar del agotamiento de mi cuerpo. Corro, arrastro a Céfiro, recorro un estrecho corredor hasta salir, sana y salva, al mundo de la superficie.

La luz es una inundación, tan intensa que retrocedo. La fría oscuridad se ve expulsada por una oleada de calor insoportable. En la lejanía hay montículos de arena que resplandecen como grandes montañas de monedas de oro. Sus picos refulgen con franjas violeta. La piedra a mis pies es roja, agrietada como el caparazón de una tortuga. Tras días bajo tierra, el sol, el sol de verdad, calienta mi alma cansada.

—Céfiro —jadeo—, tenías razón: el mundo es enorme. Qué lástima sería conocer solo un trozo.

Del este al oeste, y más allá, todo lo ocupa el cielo. Un cielo zafiro, cerúleo, cobalto, añil. A nuestra espalda, acantilados de arcilla lisa con pálidas estrías forman un alto muro que rodea este reino desértico y arroja su enorme sombra sobre el suelo agrietado. Me pican hasta los pulmones del calor.

No hay rastro alguno de las raíces retorcidas de Infra. Solo sal. Solo arena.

—¿Nos vendrá a buscar aquí tu hermano? —pregunto.

Una ráfaga de viento abrasador aúlla sobre las dunas. En el silencio que sigue, me doy cuenta de que hace un rato que no oigo hablar a mi compañero. Bajo la vista: Céfiro se apoya por completo en mí, laxo. Tiene el rostro demudado y los ojos cerrados.

—Céfiro.

Lo sacudo con fuerza. La cabeza le oscila. Lo deposito sobre la tierra abrasadora. Con manos temblorosas le busco el pulso. Lo noto, pero demasiado débil. Echo un vistazo en derredor, por el

paisaje de tono oro y rubí. ¿Dónde está el Viento del Sur, a quien tanto necesitamos? ¿Ha recibido el mensaje de su hermano? ¿Qué será de nosotros si no es así?

Aparto los rizos de la cabeza sudada de Céfiro. Entonces una sombra se cierne sobre mí. Me pongo en pie de un salto, giro en redondo y saco la daga en un único movimiento. Y me encuentro con un par de ojos negros y resplandecientes.

34

La punta de la hoja del hombre señala mi garganta. La mía, justo entre sus ojos. Un físico impresionante forma un enorme bulto bajo una túnica de color zafiro que le llega hasta las rodillas. Bajo ella asoman dos pantalones de color crema y zapatillas gastadas. Este hombre es ancho, denso, compacto. En comparación, Céfiro está prácticamente anémico.

Mi atención sigue clavada en la espada del hombre. Un metal curvo y fino se arquea en la punta… Desde luego, es un diseño inusual. Mi mentor tenía una espada parecida colgada en su forja. Creo que se llama «cimitarra».

—¿Eres el Viento del Sur? —No bajo la hoja. No me atrevo.

Él se limita a clavarme la mirada. Sus ojos negros de párpados entrecerrados me recuerdan a semillas pequeñas y destellantes.

Un viento abrasador remueve las arenas ocres. Hasta en los días de más calor en las mayores altitudes, Carterhaugh proporciona el alivio de alguna sombra. Aquí no hay árboles en kilómetros a la redonda. El calor me quema la piel.

—¿Entiendes lo que digo?

Con una mirada despectiva, pasa a mi lado y da una zancada hacia Céfiro. Yo me planto entre los dos, con la daga alzada y los ojos fríos.

—Ni un paso más.

La mirada del hombre se estrecha sobre el chal blanco que le oculta la parte inferior del rostro. Lleva envuelto el cráneo con otra tela pálida de igual tamaño.

—Recibí un mensaje de mi hermano. —Su voz retumba con la resonancia de unas campanas de iglesia hechas de latón.

—¿Eres el Viento del Sur?

No se parece en nada a Céfiro. Su piel es del tono marrón oscuro del pan horneado.

—Lo soy. —Tras un instante, baja el arma y yo lo imito—. ¿Está muerto?

Los días de viaje sin parar a descansar y mi propio agotamiento superan a cualquier miedo que pueda surgirme.

—Está paralizado, o casi. ¿Puedes ayudarlo?

Él contempla mi desagradable apariencia y el estado catastrófico en el que se encuentra Céfiro, pruebas de nuestro arduo viaje.

—Me niego a ayudarlo.

Gira sobre sus talones y se dirige a las dunas. Yo entreabro la boca, sorprendida.

—¡Espera! —Lo sigo a trompicones. Noto el calor que brota del suelo y se me mete por las suelas de las botas—. ¿Adónde vas?

—A casa.

Sigue caminando. Para ser un hombre de baja estatura, da unas zancadas impresionantes.

—Pero si se trata de tu hermano. —Alzo mis faldones esmeralda hechos jirones y sigo sus pasos, levantando las rodillas cuando el duro suelo da paso a la arena. Doy un resbalón, lo cual permite que el Viento del Sur ponga más distancia entre los dos—. ¿Acaso te da igual su vida?

Su vaina le golpetea el muslo.

—Está claro que no conoces a Céfiro.

—¿Te refieres a que es un cabrón manipulador y egoísta?

Sus pasos aminoran, una hilera de pequeñas huellas que llevan hasta el Viento del Oeste. Dentro de unas horas, esas huellas se alisarán; los vientos llenarán su vacío. ¿Cuántos pasan por este reino? ¿Cuántas huellas quedan erradicadas de un día para otro?

—Sea lo que sea lo que te hizo en su día —digo—, Céfiro ha cambiado. —Más o menos.

El Viento del Sur me lanza una mirada de soslayo y niega con la cabeza.

—Mi hermano es incapaz de cambiar.

Empieza a subir la duna más cercana y se dirige hacia lo que parece un pequeño navío algo más adelante. La distancia entre ambos hermanos crece, y con ella, mi propia desesperanza. Aunque siento que me encojo ante la idea de un conflicto, ya no soy el tipo de persona que los evita. Corro todo lo que puedo y me planto en su camino, con las manos alzadas para detener su avance.

Ni siquiera lo veo moverse. La punta de su espada se apoya en mi pómulo con una punzada ante la que me contraigo por completo.

—Apártate, chica.

—Por favor. —Caigo de rodillas, con las manos unidas. El orgullo no significa nada para mí. Estoy dispuesta a suplicar, a rogar, a explicarlo todo tantas veces como sea necesario—. Hemos recorrido un largo camino. No te creerías lo que hemos pasado, todo lo que Céfiro ha soportado.

Y lo que he soportado yo.

El hombre me lanza una mirada entre altiva y desapasionada.

—Eso no es asunto mío.

—¿Y por qué has respondido a su llamada de auxilio?

Mira por encima de mi hombro. Luego me da una respuesta muy pensada; cada palabra colocada deliberadamente en su lugar.

—No sabía si iba a ayudarlo o no hasta que lo he visto. Pero me ha bastado mirarlo para recordar sus agravios pasados. Sea o no mi hermano, no pienso malgastar mi tiempo con un hombre falto de honor.

El Viento del Sur no se despide de mí. Se limita a alejarse, una figura envuelta en tonos enjoyados que disminuye de tamaño bajo el ondulante calor. Desaparece tras una duna y yo regreso junto a Céfiro… porque me reconforta y porque voy a quedarme a su lado hasta el aciago final. Lo más probable es que la parálisis se lo lleve mañana. Yo habré de decidir qué hacer a continuación.

Me arrodillo con un crujido de rodillas contra la agrietada y dura arcilla del suelo. Este reino me resulta extraño y desconocido; seco,

arenoso y abrasador frente a la humedad, el suelo firme y los bosques frescos de Carterhaugh.

—Lo siento —susurro, reprimiendo las lágrimas. Me llevo su mano al pecho y hundo la cabeza—. Lo he intentado, pero no ha sido suficiente.

Si me hubiese quedado en Thornbrook, si hubiese permanecido en mi lugar seguro y familiar, quizá no se me habría roto el corazón. Había albergado la esperanza de tener un resultado algo más alentador, pero no estaba destinado a suceder. Si no podemos avanzar por aquí, habremos de regresar a Infra.

¿Qué sucederá cuando regresemos al reino de Pierus? ¿Podré volver a Thornbrook, feliz y resoluta, después de todo lo que he experimentado, sabiendo que el Viento del Oeste se encuentra encadenado bajo tierra?

—Céfiro te importa. ¿Por qué?

Alzo la cabeza de golpe. El Viento del Sur planta sus robustas piernas ante mí, con una mano en la empuñadura de la espada. Por segunda vez, no lo he oído acercarse. El sol desciende a su espalda. Qué paisaje tan glorioso.

—Porque está perdido —digo—. Porque ha cometido errores. Porque sufre mucho. Porque ha abrazado las partes más grises de sí mismo. —Y, quizá, yo también—. Porque se pasa de listo. Por su sonrisa contagiosa. Porque llevar una vida solitaria no es fácil. —Con gesto tierno aparto una salpicadura de mugre de la mandíbula de Céfiro—. Pones en duda la capacidad de cambiar de tu hermano, pero yo he visto el cambio, así que te lo vuelvo a preguntar: ¿puedes ayudarlo?

—Larga es la memoria de un dios —dice con ese tono grave y resonante—. No puedo olvidar todas las veces que mi hermano me la ha jugado.

Yo desenvaino la daga.

—Afirmas que Céfiro carece de honor —alzo la hoja para que refleje la luz—, pero ¿crees que yo también? —No responde, así que

insisto—. Te reto a un duelo. Déjame demostrarte mi honor en nombre de Céfiro.

El Viento del Sur examina el destello férreo de la daga, quizá más curioso de lo que quiere admitir.

—Hay un oasis no muy lejos de aquí —transige—. Sus aguas podrían curar a Céfiro, pero no hay garantía de que vaya a ser así.

No necesito garantías. La esperanza es suficiente para mantenerme.

Él da un paso atrás y recorre la forma desastrada del Viento del Oeste con sus ojos negros.

—Ayudaré a mi hermano, pero solo esta vez. Cuando se despierte, celebraremos nuestro duelo y te verá morir.

Yo mantengo una expresión neutral a pesar de que se me retuercen las tripas. Asiento. El Viento del Sur subestima mis habilidades. Eso me servirá de ventaja.

—Carga con Céfiro. Te espero en mi navío. —Hace un gesto hacia el artefacto en la lejanía—. No tardes.

El Viento del Sur se gira para marcharse. Yo levanto a Céfiro en brazos y me pongo en pie con dificultad. Sus extremidades cuelgan, laxas, como las de un cadáver.

Cuando consigo llegar al extraño aparato del Viento del Sur, estoy jadeando. Parece un velero, pero en lugar de un casco abombado, la parte inferior es plana, con forma de cuña. Cuenta con dos mástiles de velas sujetas a travesaños de madera. El Viento del Sur las despliega y dice por encima del hombro:

—Sentaos a proa. No toques nada.

Subo por el frontal ahusado del navío y deposito a Céfiro junto a un montón de cajas sujetas con cuerdas. Tomo asiento junto a él. Las velas se despliegan de golpe y el viento llena sus vientres vacíos al tiempo que el Viento del Sur echa mano de un timón de gran tamaño.

—Sujetaos.

La embarcación se pone bruscamente en movimiento y se eleva del suelo arenoso. Se me escapa un grito del pecho. Ascendemos a

la velocidad del rayo. Nos elevamos por los aires, raudos.

Al llegar al punto más alto de la duna, nos zambullimos. La proa se inclina por la pendiente y el estómago se me sube a la garganta. Echo un vistazo a popa; el Viento del Sur maneja el timón con los pies firmemente plantados en cubierta a pesar de la velocidad, con los ojos entornados sobre el chal que le cubre la cara. Si Céfiro es una brisa errante, su hermano Notos es la sustancia más estable que existe: tierra inflexible y rígida.

El viento me aúlla en los oídos y clavo los dedos en la estructura del navío para prepararme para el siguiente ascenso. Volvemos a elevarnos de la tierra entre parches calientes de tonos marrones, violetas y dorados. El cielo es infinito, un azul perpetuo bañado por la blancura de un intenso sol.

Pasado un rato, el terreno se aplana y da paso a arena suave y húmeda. Palmeras con hojas de punta de espada arrojan escuálidas sombras junto a una masa de agua flanqueada de peñascos y escaso verdor. El Viento del Sur modera la velocidad de sus vientos para que el navío se detenga cerca de la orilla. Baja de un salto y yo lo sigo, con Céfiro en brazos. El Viento del Sur no muestra la menor preocupación por su hermano; se limita a señalar el agua con un gesto.

—Sumérgelo hasta la barbilla —me indica.

El agua, que está sorprendentemente fría, empapa ansiosa la ropa mugrienta de Céfiro. Yo le subo las mangas y las perneras. Unas olas suaves bañan la orilla.

—El oasis contiene propiedades especiales —afirma el Viento del Sur, contemplando las venas oscuras que recorren los brazos de su hermano—, pero sus poderes no pueden curarlo todo. Si funciona, los efectos de lo que sea que lo aqueja deberían revertir de aquí al alba. —Luego mira al oeste. Una franja dorada se pega al horizonte. El sol casi ha desaparecido—. Encenderé una hoguera.

La noche es más fría que cualquier otra que haya experimentado yo hasta ahora, pero el fuego crepita de un modo agradable, un anillo rojo y dorado en medio de la oscuridad circundante. Céfiro yace en la orilla inclinada y lodosa del oasis, sumergido hasta el cuello en el agua. El Viento del Sur y yo estamos sentados ladera arriba. Aún tengo el cabello húmedo de haberme bañado antes. Si el oasis no consigue revertir la parálisis de la belladona, no estoy segura de qué haremos a continuación. Hemos hecho un largo viaje, pero he aprendido que la vida tiene su propio ritmo. Un ritmo que no siempre se puede predecir.

La luna ilumina las dunas oscurecidas y recorta la silueta del Viento del Sur entre sombras y luces definidas. Tras el ocaso, se ha despojado del chal que le tapaba la cara, aunque sigue llevando puesto el del cráneo. El tipo parece estar tallado en granito.

—Has mencionado antes que Céfiro te la ha jugado —digo con las rodillas pegadas al pecho. Bajo la tela costrosa de mi vestido esmeralda, la herida que me hicieron los sabuesos está recién vendada. Las aguas del oasis han limpiado la infección—. ¿Qué te hizo?

El Viento del Sur echa la cabeza hacia atrás y escruta el cuenco oscuro que es el cielo. Parece encontrarse a gusto bajo su extensión. Yo, en cambio, no estoy acostumbrada a semejante enormidad. Si alzo la mano, las puntas de mis dedos podrían remover las estrellas en sus nidos lejanos.

—Al principio de nuestro destierro —dice él—, Céfiro envió una llamada de auxilio. Nos pedía a mis hermanos y a mí que uniésemos fuerzas contra Pierus, que había entrado en Carterhaugh para supervisar su castigo. El plan era matarlo. Por desgracia, yo fui el único que respondió a la llamada. Suerte tuve de escapar con vida de Pierus.

—¿Céfiro no apareció? —murmuro.

—No.

Aunque tengo la tentación de defender su comportamiento, el Céfiro de antes no tenía el mismo sentido de la responsabilidad que

el de ahora.

—¿Le preguntaste a tu hermano por qué te había fallado?

—Jamás tuve oportunidad —dice él.

—¿No fuiste nunca a visitarlo?

El Viento del Sur acaba por cambiar de postura y apoya una mano en la arena, quizá recordando el calor que la ha ido abandonando a lo largo de las horas.

—La gente se acostumbra a su vida y el mundo se estrecha para acomodarse a los muros que se construyen. El desierto es mi reino, del mismo modo que Carterhaugh pertenece a Céfiro. En la separación reside el orden.

Espero a que continúe, pero parece satisfecho de dejar que el silencio se prolongue.

—No hablas mucho, ¿no?

—Mi hermano habla de sobra por los dos.

Yo sonrío, sobre todo porque estoy de acuerdo. El Viento del Oeste le tiene cariño a la expresión oral. Y supongo que yo le tengo cariño a él.

Me quedo de piedra ante la idea. ¿Cariño? ¿O quizá es una palabra demasiado imprecisa? ¿Lo habría arriesgado todo por una persona a la que simplemente le tengo cariño?

El Viento del Sur lanza una rama a la hoguera.

—Hace mucho que ya no somos niños. Ha pasado mucho tiempo desde que nos hicimos adultos. No sé en qué ha cambiado mi hermano.

—¿Sabías lo que pasó con Jacinto? —pregunto.

—Céfiro y yo jamás fuimos íntimos —responde—. En lo tocante a los asuntos del corazón, prefería mantener su intimidad. —Entonces se gira hacia mí—. Es digno de elogio que hayas ayudado a mi hermano. No muchos lo habrían hecho.

—Quizá solo necesitaba a alguien que le demostrase que le importa.

—Quizá.

Y, sin más, Notos se pone en pie. El dobladillo de su túnica color zafiro revolotea tras él. Su silueta se recorta contra la extensión del desierto. Espero que no se aleje mucho. Necesitamos su navío para regresar sanos y salvos a Infra.

Duermo unas cuantas horas, pero cuando despierto, me siento como si apenas acabase de cerrar los ojos. Tengo el cuerpo rígido y frío. El alba rompe al este. Dado que jamás he presenciado un amanecer en el desierto, contemplo cómo se tiñe de rojo el reino entero, cómo destellan las dunas con la luz creciente. Carterhaugh, con sus enredaderas trepadoras y sus raíces reptantes, casi nunca deja espacio para respirar.

Me sacudo la arena del vestido y voy a ver cómo está Céfiro. Le abro la camisola a la altura de la garganta y, presa del pánico, le examino el pecho, el vientre y los brazos. Las venas están más negras que nunca, y un tinte verdoso tiñe la piel que rodea las heridas.

Dejo escapar el aliento y aparto los rizos húmedos de la cara de Céfiro. Él se estremece ante mi contacto.

—Brielle. —Al menos está despierto. Al menos eso—. Estás triste —murmura con los ojos aún cerrados—. Lo percibo en tu voz.

Un nudo me oprime la garganta. Es una tristeza más profunda que llevo cosida al corazón.

—Hemos llegado al reino de tu hermano. Te trajo anoche a un oasis. Supuestamente tiene propiedades curativas.

—Deja que lo adivine —abre los ojos apenas una rendija. La fatiga nubla el tono esmeralda que rodea sus iris—: no ha funcionado.

Reflexiono acerca del mejor modo de formular la réplica, pero, a fin de cuentas, lo mejor es la verdad:

—No —digo—. No ha funcionado.

Hay muchas formas de dolor. El dolor de un corazón roto. El dolor de la pérdida. El dolor de los sueños que no se harán realidad. El dolor del remordimiento, del tiempo malgastado. Pero creo que este es el peor dolor de todos: el dolor de lo que podría haber sido.

—Entonces tengo que regresar con Pierus —dice.

¿Me lo esperaba? ¿Ha sido mi intento por salvarle la vida una insensatez? Una mujer que batallaba contra poderes demasiado fuertes y extraños como para comprenderlos. En cuanto el Viento del Oeste ponga un pie en Infra, los sabuesos se lanzarán sobre él. El Rey Orquídea lo llevará a rastras hasta esa caverna en las profundidades y la belladona consumirá su sangre. No quiero que Céfiro sufra. Me da miedo todo lo que estoy dispuesta a hacer para evitarlo.

—¿Puedes mover las extremidades?

Él alza los brazos, mueve las piernas. Aunque el oasis no haya anulado el veneno, parece haber revertido sus efectos temporalmente. No hay modo de saber cuánto durará este alivio temporal. En tono quedo, pregunto:

—¿Quieres regresar?

—Querer, no. —Alza la vista y suspira—. Pierus disfrutará infligiéndome sus castigos, pero pasados unos cuantos siglos se aburrirá y volverá a dejarme libre.

A pesar de las mentiras precarias sobre las que Céfiro ha construido su vida, esto último me lo creo.

—Te mereces algo más que una jaula.

Céfiro se yergue, y le chorrea agua por los hombros. Su camisola empapada se le pega al cuerpo como una segunda piel. No puedo evitar fijarme en la esbelta complexión de su torso.

—Hay muchas cosas que sí me merezco, Brielle. No te lo digo para despertar tu compasión. Lo digo porque puede que el mundo funcione de un modo misterioso, pero rara vez se olvidan completamente las deudas. —Una sonrisa fría asoma a su boca—. La gente como yo no se merece felicidad.

Me siento junto a él en la orilla.

—¿Y para qué sirve una vida inmortal si pasas la eternidad entre penurias?

—Qué fácil decirlo para una mortal. —Nuestros ojos se cruzan y reconozco su resolución: ha aceptado la mano que le ha dado el

destino—. Por mucho que anhele tener otra vida, regresaré a Infra y aceptaré el castigo de Pierus. Ese es mi destino.

Yo eso no puedo aceptarlo. No pienso hacerlo.

El sonido de pasos que se aproximan capta mi atención. El Viento del Sur ha regresado. Lleva otra vez el chal en la cara. Sopla un viento caliente y seco que torna mi boca en polvo.

El Viento del Oeste alza la mirada hacia su hermano, con expresión cautelosa. Desde esta posición, el Viento del Sur parece enorme, un gigante entre las arenas.

—Notos. —Céfiro se fija en la espada curva que lleva su hermano—. Espero que no hayas venido a usar eso conmigo. —Le ofrece su sonrisa más encantadora.

El Viento del Sur me arroja un pequeño hatillo con fruta fresca y un odre.

—Ha llegado la hora, mortal. —Hace un gesto hacia una zona de tierra cuarteada entre dos palmeras—. Te espero —dice, y se marcha.

Céfiro contempla a su hermano con evidente sospecha.

—¿A qué se refería?

Yo me llevo la mano a la daga que tengo a la espalda.

—La ayuda de tu hermano ha tenido un precio. —Admito. El Viento del Oeste entorna los ojos—. Un duelo.

Su rostro pierde todo el color hasta adoptar un tono fantasmal y blancuzco.

—Dime que es broma.

Por el rabillo del ojo veo el patrón de ejercicios que lleva a cabo el Viento del Sur. Su espada es un borrón en medio de la sombra parcheada de las palmeras. Para ser un hombre tan corpulento, se mueve con una elegancia sutil.

—De lo contrario, no habría aceptado ayudarte.

Paso el pulgar por la suave base de la hoja, que carece de sello a pesar de que ha sido mi propia mano la que ha calentado, enfriado y martilleado el metal. Se me antoja deshonesto no haber reclamado esta obra como propia con orgullo.

—El único motivo por el que Notos ha accedido a un duelo —dice Céfiro— ha sido para poder vengarse por haberlo dejado solo luchando contra Pierus hace siglos. —Aprieta la boca—. Te suplico que cambies de idea. Piensa en los riesgos. Piensa en todo lo que podrías perder.

Me pongo de pie, me sacudo la arena del vestido y doy un trago largo y satisfactorio del odre.

—Ya ponderé los riesgos hace días. Y, de todos modos, tú no decides.

—Tiene diez veces más fuerza que tú.

No, no creo que sea verdad. Soy más fuerte de lo que parece.

Céfiro cierra los ojos y murmura:

—No quiero ver cómo te hace daño.

Algo en mi interior se suaviza.

—Te olvidas de que yo también tengo entrenamiento.

—Pero él es un dios.

—¿Y? —Le mantengo la mirada hasta que la aparta—. Yo soy sierva del Padre.

Puede que no sea suficiente como para convencer a Céfiro, pero a mí me basta. El peso de mi daga me confirma que la decisión es la correcta. Hoja a hoja, me enfrentaré al Viento del Sur.

El Viento del Oeste intenta agarrarme la mano al pasar.

—Brielle, espera.

—Céfiro, se trata de mi vida. Es hora de empezar a vivirla.

35

El desierto arde con tonos dorados tras el alba. Nos reunimos en el duro y plano suelo del claro; la tierra está tan abrasada que parece haberse cristalizado. Más allá del oasis, las arenas se extienden hasta donde alcanza la vista. El sol aún no se ha despegado del horizonte y ya estoy sudando.

El Viento del Sur y yo estamos a pocos pasos de distancia. Él me escruta con calma. Mi hoja: irrisoria, frágil. Mi atuendo: inadecuado; probablemente, el vestido se me enredará entre las piernas. Físico: poco músculo, o eso parece; mis curvas son inconfundibles. Que piense lo que quiera.

Tiene ventaja. El desierto le pertenece a él del mismo modo que Thornbrook me pertenece a mí. Conozco cada pasadizo entenebrecido, cada crujido de cada escalera, cada ventana agrietada y cada adoquín suelto. Aquí soy una visitante, ignorante, desinformada.

Mi oponente adopta una posición defensiva; la curva de su cimitarra es tan fina que bien podría estar hecha del mismísimo aire. El frío negro de sus ojos hipnotiza a los míos. El Viento del Sur carece de edad, pero hasta los dioses tienen defectos.

—Tú dices cuándo empezamos, hermano —dice el Viento del Sur.

Céfiro me contempla, sentado, con la espalda apoyada en un árbol y la boca tensa de inquietud. Da igual lo que opine, comprendo que los actos tienen consecuencias. Le he dado mi palabra al Viento del Sur, así que aquí estoy.

—Ahora.

El Viento del Sur se pone en movimiento, rápido como un áspid. Yo alzo la daga para salirle al encuentro, pues su maniobra me

resulta familiar. Las hojas chocan con un tañido metálico. Menos de un latido después ya me encuentro fuera de su alcance.

No me sigue. Se limita a rodearme, a obligarme a moverme para protegerme la espalda. El primer ataque ha sido una prueba, un intento de medir mi fuerza, mis reflejos, mi agilidad. Con el siguiente golpe me castañetean los dientes. Me mantengo firme; nuestras hojas están enganchadas a la altura de las empuñaduras. Su cimitarra eclipsa mi daga, mucho más pequeña. Mis músculos se tensan, negándose a ceder terreno. Él flexiona los brazos bajo la túnica y se le marcan las venas del cuello.

Empuja con fuerza para aplicar presión sobre mis muñecas. Siento sendas punzadas de dolor. Aunque soy unos cuantos centímetros más alta que el Viento del Sur, este tiene unos hombros más anchos y poderosos. El sudor me corre por la mano y me pega el guante a la empuñadura de cuero. No puedo romperme.

Lo que no preveo es el sol, ni el ángulo calculado de su hoja. Un rayo incide en el resplandeciente metal de su cimitarra y el reflejo borra mi visión. Doy un salto atrás, pero el filo del arma me acierta en el brazo, una picadura dolorosa.

—¡Cuidado! —ruge Céfiro.

El aire se mueve a mi derecha. Giro, siguiendo el crujido de la mugre sobre la roca, con la piel empapada en sudor. Con los ojos entrecerrados, busco la silueta borrosa de mi oponente hasta que la ceguera me abandona.

Es entonces cuando Notos se abalanza sobre mí y los dos chocamos. La velocidad de su ataque me fuerza a centrarme en él. Bloquear, atacar, esquivar, desviar. Mi oponente siempre va un paso por delante de mí. Intento apuñalarlo en el abdomen y ya no está ahí. Me abre un corte en la parte superior del brazo. La raja del metal sobre la carne me arranca un resoplido.

—Basta. —Céfiro se pone de pie, con una mano apoyada en el tronco curvo—. Se acabó el duelo.

Yo lo ignoro. ¿Qué sería un duelo sin un poco de sangre? No pienso cometer el mismo error dos veces.

Al siguiente parpadeo, el Viento del Sur rompe mi guardia y su hoja se acerca a mí. Esquivo y aparto la espada de un golpe. Se acabó la defensa. ¿Qué hay aquí ahora mismo? Un dios y una mortal. Mi espada y la suya. El grito del metal, el tañido de su claridad.

Soy una hoja.

Repaso los ejercicios con fluidez; empleo todos los conocimientos de los que dispongo. El Viento del Sur abre un hueco y yo me abalanzo sobre él. Mi daga traza un arco bajo hacia un muslo muy fornido; corta la tela y la carne con la facilidad con la que un navío atraviesa el agua.

Él retrocede con clara irritación en los ojos. Lo atraigo con una abertura y lo obligo a retroceder con una serie de brutales puñaladas. Ahora que estoy más familiarizada con su estilo de lucha, me adapto a él. Sus ataques desembocan en retiradas, en reevaluación. Le gusta más apuñalar, así como desviar el arma de forma inesperada. Es demasiado rápido.

Yo doy lo mejor de mí; lo doy todo, pero ¿quién soy yo para pensar que puedo vencer a un dios? No estoy a la altura. Al siguiente latido, la cimitarra asciende y me roza la garganta.

El Viento del Sur me examina con frío desapego. El negro de sus ojos es más intenso tras el intercambio de golpes. Ni siquiera ha roto a sudar. ¿Le habrá supuesto un esfuerzo?

—En mi reino —murmura—, quien vence un duelo toma una vida.

—¿Disculpa? —Céfiro avanza—. ¿Desde cuándo acaban los duelos en derramamiento de sangre? ¿Acaso no has aprendido nada del modo en que nos educaron? El Concilio de los Dioses solo permite derramar sangre si se ha cometido una afrenta seria. Brielle no ha hecho nada, es inocente.

Yo trago saliva. Siento el roce de la punta metálica. He hecho una promesa y no pienso acobardarme. Si he de morir, que sea de pie mejor que de rodillas.

—Céfiro —dice Notos con absoluta inmovilidad—, hace milenios que no habitamos en la Ciudad de los Dioses. Este es mi reino. Las

reglas no son las mismas.

—Es mortal. —Las palabras le salen con un gruñido.

—Lo sé.

Sus ojos destellan con un fuego amedrentador.

—Si le tocas un solo pelo de la cabeza —escupe Céfiro—, será lo último que hagas.

El Viento del Sur contempla calmadamente a su hermano.

—¿Me vas a negar mi premio?

Céfiro se encoge.

—A ella, no —susurra—. Por favor.

—Ha de respetarse el trato.

—¿Qué he de hacer para que le perdones la vida? —dice Céfiro entre dientes.

Notos aparta la hoja apenas una fracción.

—¿Darías tu vida por la de ella?

—Sí —dice él sin dudarlo.

—No —espeto yo.

Valiente estúpido. ¿Para qué nos hemos tomado tantas molestias intentando neutralizar el veneno si ahora va a dar su vida? Si me matan, lo único que se pierde son unas pocas décadas de vida mortal y mundana. Céfiro, en cambio, tiene la eternidad por delante, y todo Infra depende de su sangre para existir.

—Sea. Acepto el trato.

—Brielle —Céfiro avanza a trompicones con una súplica—, no malgastes tu vida por alguien que no se lo merece.

El Viento del Sur contempla un instante a su hermano. Pasea la vista entre los dos y luego baja la espada. La confusión acentúa las arrugas de sus ojos.

—Bien luchado. —El tono brusco de su voz se ha templado con algo que, creo, es respeto—. Te he subestimado.

No comprendo.

—¿No me vas a matar?

—Hoy, no. Supongo que mi hermano tiene razón. Hay poco honor en matar a una mortal cuyo único error es querer a un dios caído en

desgracia.

Céfiro mira a Notos con los ojos desorbitados, pero el Viento del Sur no retira su oferta de clemencia. En cambio, lo que hace es dirigirse al oasis mientras Céfiro y yo nos acercamos a la sombra de los árboles circundantes. Echo de menos las nieblas bajas de Carterhaugh. No estoy hecha para este tipo de calor.

Tras envainar la daga, acepto el odre que me tiende Céfiro.

—Lo has hecho bien —murmura.

El agua me corre por la garganta, el más dulce alivio. Apuro el odre hasta la última gota.

—Para ser novicia —digo con una mirada aguda—. ¿Verdad?

—Para ser cualquiera. —Si no me equivoco, me mira con una admiración recién acuñada—. Luchar con umbrandantes, matar a Yakim, un duelo con mi hermano… Está claro que sabes enarbolar una hoja. ¿Quién te enseñó a luchar?

—El herrero del que aprendí me enseñó lo básico. Estudié con él durante tres años. A veces entrenaba con los chicos del pueblo. —Tener una hoja en la mano me hacía sentir libre. Aún me hace sentir así—. La madre Mabel empezó a entrenarme por su cuenta hace dos años.

Él ladea la cabeza con curiosidad, pero se limita a decir:

—Me impresiona que hayas aguantado tanto contra Notos. Es un espadachín de primera.

—Lo es. —El mejor contra el que he luchado. Dejo el odre vacío a un lado y giro la cabeza hacia el viento abrasador. Los esbeltos árboles cimbrean, pero no se rompen—. ¿Cuándo tendremos que regresar?

Céfiro apoya su mano en la mía y atrae mi atención. Sigo llevando los guantes.

—Nos iremos mañana.

Me parece demasiado pronto.

He rezado por un milagro. He hecho todo lo que estaba en mi mano para salvar al Viento del Oeste. Pero su maldición es anterior a

mi llegada y seguirá vigente cuando me haya ido. Será mejor regresar a Infra mientras le siga respondiendo el cuerpo.

—Ha sido toda una aventura, ¿verdad?

Bajo la fresca sombra, sus ojos verdes se iluminan como las joyas más puras.

El dolor que siento en el pecho se traslada a mi garganta. Él intenta quitarle hierro a la situación, pero me duele demasiado. Hemos luchado, caído y vuelto a alzarnos, pero Céfiro está tan lejos como antes de la libertad.

—No ha salido bien —digo.

—Yo no estoy tan seguro —murmura él, y me aprieta la mano con la suya—. Supongo que depende de la perspectiva de cada uno.

—Pero hemos fallado. —Se me tensa la voz—. Yo te he fallado.

—Mi querida novicia, tú no podrías fallarme jamás. —Ante mi mirada de escepticismo, dice—: Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me permití tener esperanza, pero tú me has hecho sentir como si todo fuese posible. Jamás podré devolverte el favor. Doy gracias por el tiempo que nos queda, sea cuanto sea.

¿Por qué me abandona siempre la gente que me importa?

—Desearía…

Mi deseo muere, pues la mera idea es demasiado leve, es una magulladura. Juntos contemplamos el oasis, el agua plácida pintada de azul por reflejo del cielo. El Viento del Sur ha desaparecido.

—En cierta ocasión me preguntaste si tenía fe en las fuerzas del bien —dice Céfiro—, pero no te di una respuesta directa. —Alza sus ojos solemnes hacia los míos—. Sin embargo, tras haber pasado tiempo en tu presencia, estoy convencido de que debe de haber algún fenómeno inexplicable que abarca todo el bien de este mundo. Tú me has ayudado a verlo.

Jamás se me han dado bien las palabras, así que me limito a sujetar la mejilla del Viento del Oeste en mi mano. Su barba de pocos días me araña el guante.

—¿Puedo preguntarte por qué no deja de alterarse tu rostro?

—Porque has empezado a ver la decencia en mi interior —dice—, no solo los rasgos repelentes.

—No comprendo.

—Mi hermano Bóreas me maldijo con ese rostro repugnante. La maldición estipulaba que solo cuando alguien reconociese un cambio en mí, mi aspecto podría cambiar.

Yo le acaricio la mandíbula. Él apoya la cara en mi mano y una expresión de callado dolor sobrevuela sus facciones.

—Te veo —susurro. He tardado meses, pero veo al Viento del Oeste como lo que es: un ser con muchos defectos, un hombre en plena transición.

Céfiro deja escapar un aliento tembloroso.

—Espera. —Aparta mi mano—. Pregúntame por qué me maldijo Bóreas. Pregúntame por qué entré en su reino sabiendo que me aguardaba la ira de Pierus cuando regresase.

Yo también me lo he preguntado. Y ahora se lo pregunto a él.

Sus facciones se contraen, y entonces:

—Había planeado matar a mi hermano.

No hay modo de malinterpretar esa confesión. No sé qué esperaba yo, por otro lado.

Desde luego, esto no.

No matarás.

En lo más profundo de mi ser, bajo la conmoción que me domina, me siento triste. No había comprendido lo inmoral que era Céfiro antes de conocernos. La familia no debe de significar mucho para él.

—Hace muchos meses —empieza a decir con voz pastosa, cubierta de remordimientos enterrados largo tiempo atrás—, el poder de Bóreas comenzó a expandirse más allá de las Tierras Yermas. Pierus no estaba nada contento con ello, y con razón. Lo que afecta a Carterhaugh afecta a Infra. Así pues, el reino empezó a marchitarse, el frío le drenaba las fuerzas. Y pensé, si puedo arreglarlo, si puedo conseguir que el poder de mi hermano no se filtre a Carterhaugh, puede que Pierus me recompense. Puede que acorte mi sentencia.

Recuerdo el extraño frío que se adueñó de Carterhaugh el invierno pasado.

—Y tu solución era matar a Bóreas —digo en tono seco.

Él baja la vista.

—En un primer momento, no. —Agarra un puñado de arena y suelta los granos hasta formar un montoncito—. Llegué a las Tierras Yermas, a su puerta, esperando poder razonar con él, pero no funcionó, así que se me ocurrió robar la lanza de Bóreas, matarlo con ella y acabar con la filtración de su poder. Podría haber usado mi arco, pero entonces ya se lo había regalado a Wren para ganarme su confianza.

Wren…, la esposa de Bóreas, si mal no recuerdo.

—¿Por qué no quiso Bóreas entrar en razón?

—Yo no era bienvenido en su hogar. —Sus ojos se desvían hasta el agua, a las dunas lejanas…, a cualquier parte antes que mirarme a mí—. Verás, no era la primera vez que yo visitaba las Tierras Yermas.

Me estremezco con una sensación aciaga. No sé qué viene a continuación. Un cambio, a buen seguro.

—Sigue.

—Yo ya fui a visitar a Bóreas hace siglos. Por aquel entonces estaba casado con otra mujer, con la que tenía un hijo. Le supliqué que luchase contra Pierus por mi libertad, tal y como se lo había suplicado a mis otros dos hermanos, pero Bóreas se negó. Era comprensible; tenía que proteger a su familia. Estaba satisfecho, no le interesaba entrar en conflictos.

Hay una pausa.

—El plan ya estaba en marcha. Notos había aceptado ayudarme y se preparaba para reunirse conmigo en Infra. No obtuve respuesta de nuestro hermano menor, Euros, pero ya me lo esperaba. Bóreas era la última pieza del puzle. Yo no podía aceptar un no por respuesta.

Aquel que Trae la Primavera: engañoso, egoísta… y sin embargo, ahora mismo, con expresión avergonzada, estragado por la

vergüenza. Mis recelos aumentan.

—Fue sencillo engatusar a su esposa —dice en voz demasiado baja—. La convencí de que serían más felices en Carterhaugh, tanto ella como su hijo, aunque en realidad no sentía nada por ella. Para mí no era más que una herramienta para alcanzar un fin.

—Basta. —Alzo la mano y me esfuerzo por respirar en medio del calor—. No quiero oír más.

La idea de que alguien se inmiscuya entre un hombre y su esposa, que enturbie voluntariamente su relación, me da náuseas. El Tercer Decreto: no cometerás actos impuros.

—Por favor, Brielle. Necesito contarlo todo.

Cada vez que empiezo a aceptar a Céfiro como es, se me muestra otra faceta afilada y me retiro para no cortarme con ella. Pienso en conceptos como la confianza, la vulnerabilidad, el terror de ser visto. Prometí que me quedaría. Céfiro confía en que no lo abandone. Quiera o no quiera, he de escucharlo hasta el final. Me obligo a asentir. Céfiro traga saliva y continúa.

—Le propuse a la esposa de Bóreas que viniese a visitar Carterhaugh y aceptó. Esperaba que Bóreas la acompañase. Una vez allí, pensaba poder convencerlo para que fuésemos a Infra y luchásemos contra Pierus por mi libertad. Sin embargo, jamás llegamos a Carterhaugh.

Clava la vista en el suelo con tanta intensidad que me sorprende que no se formen agujeros en la arena. No me gusta la dirección que está tomando esta historia.

—¿Por qué…?

—Unos bandidos nos atacaron en el camino y mataron a la esposa y al hijo de Bóreas.

Me aparto y cierro los ojos. La pérdida de un dios debe de ser infinita; cada día, una herida renovada. Céfiro, por su parte, habla rápido, un gran caudal de emoción:

—Cuando Bóreas se enteró de lo sucedido, se sumió en una espiral de rabia y pesar. Yo hui por temor a su ira. Tardé siglos en volver.

—Pero volviste —digo entre dientes.

Céfiro se encoge bajo el desdén de mi mirada.

—Sí que volví —susurra—. Pero no había aprendido nada. En los siglos posteriores a la muerte de su esposa y su hijo, Bóreas se había vuelto a casar. Yo me sentí ultrajado, me dominaron los celos, la culpa, el autodesprecio. No me enorgullece decir que convencí a su esposa, Wren, para que lo matase. Si yo no me merecía ser feliz, él tampoco. Pero subestimé su amor por Wren, y los sentimientos que ella empezaba a experimentar hacia Bóreas. Fracasé. Otra vez.

¿Qué le había dicho el Rey Orquídea a Céfiro?

«Me sorprende que tu hermano quisiera verte.»

—Suerte tengo de que no me matase, aunque me pregunto si no habría sido preferible. Bóreas es listo. Sabía que la maldición prolongaría mi sufrimiento.

No sé qué decir. Me siento enferma, atormentada, melancólica. Pero, sobre todo, me siento confusa. Me pregunto qué tipo de persona llega al extremo de hacerle daño a su propio hermano. Solo se me ocurre que es el tipo de persona convencida de que jamás podrá redimirse.

—¿Y de verdad lo piensas? —pregunto—. ¿Piensas que, si tú no te mereces ser feliz, nadie más se lo merece?

Percibo un destello en sus ojos. Parpadea varias veces para aclarárselos.

—No soy un buen hombre, Brielle. Me temo que mis faltas pasadas siempre serán una carga.

—¿Por qué?

—Porque soy el mismo de siempre.

—No me lo creo. —En el corto espacio de tiempo que ha pasado desde que conozco a Céfiro, he visto un cambio en él—. Ya no eres el que fuiste. Estoy segura de ello.

Él niega con la cabeza.

—Yo no estoy tan seguro como tú.

Reflexiono sobre su historia desde una perspectiva nueva. ¿Una trágica serie de errores? Quizá. No lo sabré hasta que haga la única

pregunta capaz de calmar mis dudas.

—¿Te arrepientes de lo que hiciste? ¿Lamentas haber tratado tan mal a tu hermano?

—Cada día —dice Céfiro—. Cada maldito día. Estoy podrido por dentro; no hay forma de cambiar eso, ni de purgarme. La podredumbre me acompaña siempre.

El horror de su pasado me ablanda y luego se desvanece. Todos estamos hechos de diferentes partes separadas. Puede que Céfiro siempre lleve consigo esa podredumbre, pero ¿quién puede asegurar que no sea posible acabar con ella en cierto grado, disminuirla? El Viento del Oeste es quien hace crecer el verdor. Es el alivio frente al frío. Yo elijo verlo como un conjunto de diferentes partes. Algunas de ellas son indeseables, pero otras se componen de curiosidad, maravilla, jovialidad.

—Puede que no seas la persona más adorable del mundo —admito, y Céfiro se ríe; un sonido tan tenso que parece a punto de romperse—, pero a mí me gustas bastante. Yo tampoco soy perfecta. Cometiste un error, como hacemos todos. Lo que importa es aprender de nuestros errores. Así se crece. —Le toco brevemente el brazo—. Dime qué has aprendido.

—He aprendido que el único responsable de mis infortunios soy yo. Mi naturaleza egoísta y ensimismada me sabotea. —Es muy duro consigo mismo—. Un inmortal que no vela por su propia vida, imagina.

Y sin embargo, su voz acaba por volverse más tierna. Las arrugas en su piel se suavizan, como si las templase una pizca de compasión.

—Pero he aprendido que la vida es frágil. Hasta la mía —prosigue—. Hay que cuidarla, alimentarla, abrazarla. He de pensar más en las emociones de los demás o de lo contrario volveré a acabar aislado. He de responder por mis actos, pues, de lo contrario, ¿cómo voy a entender el daño que hago a los demás? Y tú, Brielle… —Me mira con una franqueza que he ansiado contemplar desde nuestro primer encuentro—. Tú has sido mi maestra más sabia. Me

has enseñado lo que es la fe; me has enseñado a vivir una vida desprendida, de paciencia, empatía y humildad. —Con voz entrecortada, dice—: Eres demasiado buena para mí.

—Soy Brielle. Nada más y nada menos.

Él alza una mano. Sus dedos fuertes rodean mi muñeca.

—No nos queda mucho tiempo.

Cierto, el sol ha empezado a ponerse. Miro la mano de Céfiro y reflexiono sobre todo lo que me ha sucedido. Me pregunto qué traerá el día de mañana. Me pregunto qué remordimientos habrá. Pienso en lo que podría haber sido.

Aparto la muñeca y empiezo a quitarme los guantes. Céfiro contempla maravillado mis pálidas manos, pecosas y encallecidas. Luego me mira a los ojos y a mí me tiembla el estómago. Si salvase la distancia que nos separa, bien podría volver a experimentar el dulce placer de su boca, la húmeda suavidad de su lengua.

—En cierta ocasión quisiste saber si me preguntaba qué se sentía al tocar a un hombre —digo, y esos ojos penetrantes aletean—. En su día, no, no me lo preguntaba. Ahora, sí.

Él me contempla con con comprensiva gravedad. Me he quitado los guantes; he dejado a un lado esa barrera inviolable.

—Quiero saber lo que se siente al yacer con un hombre.

—Brielle —Céfiro se me acerca más, aunque no llega a tocarme—, no es necesario que lo hagamos. Me basta con estar contigo. No tienes que demostrarme nada, ni a mí ni a nadie más.

—Sé que no tengo que demostrar nada —afirmo—. Pero es que quiero saber qué se siente, aunque sea una sola vez.

—Solo una virgen puede llegar a ser acólita. Lo dijiste tú misma.

—Lo sé.

Se produce un cambio, tanto en él como en mí: dos contrarios que encuentran armonía el uno en la otra.

—¿Estás segura?

—Céfiro —aferro su rostro con las manos. Si hasta su piel emite una canción para mí—, estoy segura.

Me inclino hacia delante y deposito mi boca sobre la suya. Él entreabre los labios, curvos y suaves, y los ajusta brevemente a los míos. Yo siento calor en el pecho. Me separo de él y digo:

—Pero no sé qué hay que hacer.

Él me agarra las muñecas y me ancla al suelo con el delicioso calor de su piel.

—¿Confías en mí?

Lo que se había roto está por fin entero. Ahora entiendo su valía.

—¿Te sientes lo bastante fuerte?

La tensión en su rostro se afloja, al igual que sus manos, que ascienden por mis brazos, me acarician los hombros y me bajan por la espalda.

—El oasis me ha procurado un alivio temporal, pero no tendremos mucho tiempo. ¿Y si te quedas embarazada? O sea…, no estás tomando ninguna medida de protección, ¿verdad?

—Céfiro, hice un voto de celibato. No había nada de lo que protegerme.

Él asiente, comprensivo.

—Toma. —De su mano crecen unas cuantas hojas—. Si mascas estas hojas, no te quedarás embarazada. Puede que mañana tengas náuseas, pero el efecto se pasará en pocos días.

Las hojas tienen un sabor amargo, pero me las trago diligentemente, agradecida por la previsión de Céfiro. Su expresión se suaviza conforme me recorre con la mirada. Me arden las mejillas.

—Recuerdo nuestro beso en la cañada —susurra.

Me aletea el corazón, porque yo también recuerdo aquellos susurros en la oscuridad, lo lejana que me sentí en aquel momento, absolutamente apartada de la realidad. Una parte valiente de mí, una parte totalmente temeraria, me impulsa a preguntar:

—¿Qué es lo que recuerdas?

Él alarga la mano y me acaricia el labio inferior con el pulgar.

—Recuerdo tu olor. Recuerdo los soniditos ahogados que hacías. Recuerdo la forma de tu cuerpo en mis manos. —Baja la voz,

anhelante—. Pero, sobre todo, recuerdo que me dejaste con ganas de más. Y te deseo desde entonces.

Me agarra de la mandíbula y me obliga a abrir la boca. Entonces sus labios capturan los míos. Y juntos, nos hundimos. Hay paz en esta forma de ahogarse.

Su aliento es un elixir. El aire no es más que partículas entre los dos; nuestras caras están tan cerca que puedo contar los poros de su nariz, las estrías plateadas de sus iris verde oscuro. Nuestras narices se acarician, y yo cierro los párpados mientras el calor de su lengua se me introduce entre los dientes.

Ahogo una exclamación, lo agarro con fuerza de los hombros y me hundo entre sus rizos sedosos. Hay muchas texturas esperando a que las explore. El borde de su mandíbula, áspera de vello facial. La delicada cuenca de una oreja. La suave piel de su cuello. Lo toco todo con curiosidad, sin asomo de vergüenza.

—Me encantan tus pecas —murmura—. Son como pequeños granos de arena.

Entonces su boca regresa a la mía y me devora, hambrienta. Mis labios se mueven con idéntico fervor. Me alzo hasta apoyarme en las rodillas. El Viento del Oeste gruñe y me acerca hacia sí. La arena dorada bajo los árboles se desparrama como un millar de estrellas flamígeras. No rompemos el beso, no hacemos sino profundizar en él. Yo me despliego por completo. Me consumo. Mi cuerpo y mi mente se reorganizan, pues soy devota y deseada a la vez. Una novicia pero también una mujer. ¿Qué es lo que deseo? Meterme por debajo de su piel. Acurrucar mi corazón junto al suyo. Saber, de verdad, que alguien me ama; en cuerpo, alma y mente.

El sol empieza a ponerse. Los tonos cálidos dan paso a otros más fríos, pero nosotros seguimos besándonos, tocándonos, enredándonos hasta formar un único ser. Sus dedos se entrelazan en mis cabellos, aprietan y tironean. La punzada en el cuero cabelludo me arranca un gemido.

Tras dos intentos fallidos, consigo sentarme a horcajadas sobre él. Algo largo y duro me presiona la parte interior del muslo, y gimo.

Céfiro se aparta de mis labios, jadeando. Sus ojos revolotean. Las pupilas no son más que manantiales oscuros.

—Te adoro —susurra—. Así, abierta de piernas, con tu peso en mi regazo.

La grava de su voz me sonroja aún más.

—¿Te gusta?

Me agarra de la cintura y me restriega contra su erección. Se me altera la respiración, la presión empieza a hacer efecto en mí, cada vez más aguda.

—¿Lo sientes? —Se echa hacia delante y la deliciosa fricción me provoca una oleada caliente entre las piernas.

—Sí —tartamudeo. A Céfiro se le pegan mechones de pelo a la sien; tiene la piel caliente bajo el sol del crepúsculo—. ¿Puedo tocarte?

La pregunta me sale con toda la extrañeza de la inexperiencia. Quiero saber qué se siente al rodear a Céfiro con la mano. Sin embargo, es difícil atravesar un camino que jamás se ha recorrido.

Él baja las manos y me acaricia la parte superior de las caderas.

—Brielle —un calor intensísimo marca la curva de mi cuello: me ha dado un lametón con una lengua hambrienta—, nada me gustaría más que ver cómo exploras mi cuerpo.

—¿Y si hago algo mal?

—Querida —esa lenta sonrisa que esboza me va a matar—, si me tocas, no vas a hacer nada mal.

Sus manos suben por mi cintura hasta las pesadas curvas de mis pechos. El vestido está tan hecho jirones que el escote cuelga medio rasgado, mostrando una generosa porción de piel que se estremece cada vez que respiro entrecortadamente.

Con cierto esfuerzo consigo apartarme de él y apoyarme en la arena. Tiene un bulto en la entrepierna bajo los pantalones de algodón. Abre las piernas con ademán sugerente y a mí se me hace un nudo en la garganta. El deseo y la vergüenza batallan en mi interior. En este ocaso violeta me envalentono. Alargo la mano y la cierro alrededor del bulto bajo la tela. El Viento del Oeste suelta un

gemido profundo y entrecortado. Contempla mis evoluciones con los ojos entornados.

—¿Cómo te sientes?

Suelto una risa nerviosa.

—Me siento extraña.

No está ni dura ni blanda. Palpita mi pulgar, con el que acaricio el borde carnoso del glande bajo el algodón. Le doy un tímido apretón. Él suelta un juramento y yo aparto la mano, con las mejillas al rojo.

—¿Te he hecho daño?

—Al contrario, me ha gustado demasiado. —Aprieta los dientes, con una mano cerrada sobre la rodilla flexionada—. Ven. —Me agarra la mano y se la lleva de nuevo al bulto—. Inténtalo de nuevo.

Mis dedos lo rodean y él me guía con un ritmo constante. Su mano, más grande, envuelve la mía. Desde dentro de sus pantalones, toda su longitud palpita contra la palma de mi mano y luego se endurece. El glande mancha de humedad la tela.

Yo abro la boca de sorpresa.

—¿Ya has terminado?

El Viento del Oeste resopla.

—No, aunque admito que me queda poco.

Las caricias son más firmes, más largas, constantes, desde la raíz hasta la punta, una y otra vez. Él aprieta los labios y sube las caderas hacia mí, hacia mis caricias.

La madre Mabel jamás nos habló de sexo. Yo tuve que adquirir cualquier tipo de información pertinente mediante libros o chismorreos, así que mi conocimiento del tema es, en el mejor de los casos, rudimentario. El sexo es placentero. Duele. Mancha. Es breve. Es prolongado. Es tranquilo. Te cambia la vida. Me pregunto qué será verdad y qué no de todo lo anterior.

—Eso está bien —jadea él, y deja caer la cabeza hacia delante mientras contempla los movimientos de mi mano.

Yo, Brielle de Thornbrook, voy a conseguir que el Viento del Oeste llegue al clímax. Casi no parece del todo real. Mis dedos se mueven arriba y abajo, rodean el glande, aprietan con curiosidad. La mancha

se agranda bajo la tela. Yo sigo dándole placer a Céfiro hasta que este me aparta la mano.

—Túmbate —me dice.

Yo obedezco y me acomodo en la arena cada vez más fresca. Él se cierne sobre mí. Con una mano me tironea del vestido por el dobladillo. Su mirada ardiente se cruza con la mía.

—¿Puedo?

El oasis flota en la oscuridad del desierto. El Viento del Sur ha desaparecido, estamos solos. Confío en Céfiro. No tendré miedo.

—Sí.

Con cuidado, sus manos se meten bajo la tela, suben por mis gemelos, me acarician las rodillas, cruzan el interior pálido de mis muslos. Con un leve empujón me abre las piernas y se arrodilla entre ellas. El Viento del Oeste carece de fe, me recuerdo, pero puede que, esta noche, yo sea su altar. Puede que mi carne y mi sangre sean una ofrenda. Él inclina la cabeza como si orase.

Me sube más y más el vestido hasta doblarlo sobre mi cintura. Yo clavo los pies en la arena y miro entre las hojas de las palmeras que cimbrean en las alturas. Más allá de ellas se encuentran las Tierras Eternas. El calor crece en mi pelvis.

—En cierta ocasión te pregunté si alguna vez te habías tocado —murmura Céfiro. Unos dedos largos y hábiles juguetean en la cumbre de mis muslos—. Pero no me respondiste.

Era una idea demasiado embarazosa. Mi propia carne me está prohibida. Pero ahora tengo las piernas desnudas y abiertas, los pechos tan sensibles que me duele el roce del corsé y el corazón al galope y fuera de control. Este momento se me antoja inevitable, como si hubiese sido decidido hace muchos meses. Tras volver de Infra, empecé a sentir curiosidad. Mis intentos de expulsar esos pensamientos licenciosos fracasaron: me encerré en mi dormitorio y exploré mi propio cuerpo. Me toqué los pechos, entre las piernas. Cuando llegó la mañana, me arrodillé ante el altar, con la cabeza inclinada en señal de arrepentimiento.

—Sí, me he tocado —confieso, jadeante, en voz baja.

Su mirada vuela hasta la mía. Me contempla, aturdido. Luego esboza una sonrisa aún más amplia, decididamente hambrienta.

—¿Y cómo te sentiste?

Resulta demasiado humillante como para verbalizarlo, así que musito:

—Bien. —No digo nada más.

—Pues ya tienes cierta idea de lo que te gusta. Eso nos servirá.

Me traza leves círculos sobre los muslos. Las puntas de sus dedos acarician el borde de mi camisa, y yo me quedo rígida. Él se retira como si no hubiera pasado nada; vuelve a bajar por mis piernas hasta las rodillas, los gemelos, los tobillos. Al cabo sube de nuevo. Sobrevuela el hueso de mi pubis y a mí se me escapa un sonido quebrado. Mi entrepierna se encoge por puro reflejo.

Sin siquiera mirarme, Céfiro pregunta:

—¿Y cómo te tocaste?

La idea de que vea un acto tan increíblemente privado…, no sé si soy lo bastante valiente como para hacer algo así.

—Cierra los ojos —canturrea—. Finge que estás a solas en tu cuarto, en la abadía. —Me retira la falda de las piernas—. Quiero ver cómo te das placer. Quiero imaginar mis propias manos en tu piel, los sonidos sin aliento que vas a hacer.

Yo me acomodo más en la suave y susurrante arena y cierro los ojos. Introduzco una mano bajo mi camisa y acaricio con dos dedos la parte superior de mi hendidura, un roce vivo pero tierno. Recuerdo haberme metido la mano entre las piernas, con las cortinas echadas en las ventanas, las oquedades oscuras de Carterhaugh ocultas hasta la mañana. Me sentí enloquecida, envalentonada, libre.

Tal y como hice entonces, me paso los dedos entre los muslos y acaricio con suavidad el punto justo bajo la mata de pelo color caoba de mi entrepierna. La más dulce agonía me recorre. Me muerdo el interior del carrillo y alzo las caderas.

He aquí algo que nunca le he contado a Céfiro: la primera vez que me toqué imaginé que sus manos me agarraban los pechos, que

su torso musculoso se encajaba entre mis piernas. La humedad corre por entre mis pliegues; la atrapo y la aprovecho para suavizar la caricia de mis dedos por la piel. Despacio, trazo círculos alrededor de mi abertura. El placer empieza a acumularse.

Una mano me agarra de las muñecas. Abro los ojos de golpe. Céfiro se cierne de rodillas sobre mí. Sus ojos destellan como gemas cortadas.

—He de confesarte algo —dice. Cierro de golpe los muslos y asiento. Me lamo el sudor salado de los labios—. Pero los pensamientos que he tenido sobre ti no son para oídos mortales.

Tiene una belleza cruel. Me veo atrapada, arrastrada por este encantamiento que es el Viento del Oeste.

—Dime.

—Mi mente es muy retorcida —susurra—. Quiero verte mancillada, sucia. Quiero que te rompas debajo de mi peso. Quiero follarte como un animal, hacerte mía. —Me lleva la mano al pecho y su pulgar me acaricia el pezón, cada vez más duro, sobre el corsé—. Quiero todo lo que puedas darme. Lo quiero todo.

Su fervor me asusta y me reconforta a partes iguales. Saber que este deseo le llega al alma, que está aquí y aquí ha de quedarse…, eso también me asusta y me reconforta.

—Céfiro —digo—, te deseo más de lo que imaginas.

Él aparta mi mano y engancha los dedos al dobladillo de mi camisa, pero se detiene y me mira en busca de consentimiento. Yo asiento y alzo las caderas, para que pueda subirme las enaguas por encima del vientre.

Un estremecimiento de aire frío circula por entre las piernas desnudas. Me da miedo que Céfiro se fije en el grosor de mis muslos, en su desagradable palidez, en la falta de musculatura definida. Pero él entreabre los labios y sus ojos se oscurecen con un hambre inconfundible. Su mano ocupa el lugar de la mía en mi entrepierna y empieza a moverse, a acariciar la protuberancia que he estado acariciando yo. Una y otra vez, su caricia eleva mi placer a cotas más altas. La arena cruje bajo mis manos sudorosas, empiezo

a temblar más y más, y la punzada entre mis piernas palpita con tanta intensidad que temo estar a punto de desmayarme.

Céfiro se inclina hacia delante y se abalanza sobre mi boca.

—Que dé comienzo el placer.

Alza una de sus manos y me acuna la cabeza mientras la otra me acaricia de abajo arriba, candente. Dos dedos rozan la cúspide de mi sexo, en el punto donde se crispan, trémulas, mis terminaciones nerviosas. Más y más círculos, cada vez más rápido. Yo abro aún más las piernas y clavo los talones en la arena. Subo las caderas para prolongar el contacto. La sensación ardiente es intolerable. Céfiro regresa a mi botón palpitante, lo toca y el calor estalla.

Se me escapa un gemido ronco y quebrado. Mi cuerpo se hace pedazos y se recompone, una y otra vez. Alzo y bajo las caderas con un estremecimiento. Él me mete los dedos y el placer explota con una intensidad destellante. Grito, aprieto las piernas en torno a su brazo al tiempo que me asalta una segunda oleada de placer que me arrastra.

Y al momento, toda la tensión se drena de mi interior. Me derrumbo sobre la arena.

Céfiro me saca los dedos y yo le agarro el brazo. Lo miro a los ojos.

—¿Necesitas algo de espacio? —pregunta con cuidado.

—No. —Intento recuperar el aliento—. ¿Y tú? ¿Necesitas espacio?

Él se ríe, yo me río, el sonido más contagioso del mundo.

—No, Brielle. —Suelta una risa entre dientes—. Necesito justo lo contrario a tener más espacio, a decir verdad.

Mi sonrisa se ensancha, pues yo también deseo la cercanía de dos cuerpos encajados.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —me tienta—. Una vez lo hagamos, ya no se puede deshacer.

Yo lo agarro de la mano en busca de la conexión que se ha establecido, reforzado, roto y vuelto a forjar desde que nos conocimos.

—Estoy segura.

—Iremos despacio —me asegura—. ¿De acuerdo?

Bajo la vista hasta su entrepierna. Trago saliva, tengo la boca seca.

—Sí.

Con un par de hábiles movimientos, Céfiro se desprende de sus pantalones. Tiene el vello púbico de un tono más oscuro que el de los cabellos. Su sexo asoma, protuberante y venoso. Resulta… bueno. Insisto, ya he visto antes la desnudez, pero nunca la de un hombre en plena erección. Como si presintiese mi turbación, Céfiro me acaricia la mejilla con una mano. Una brisa perturba el oasis iluminado por la luz de la luna.

—Si te sientes incómoda en algún momento, dímelo y paro.

Y así lo hará. Si en algo confío, es en que respetará mis límites.

Me echo hacia atrás y me concentro en calmar la respiración. Cuando la punta de su glande acaricia mi abertura, me tenso, pero me obligo a soltar todo el aire de los pulmones. No siento recelo alguno, solo me da miedo el dolor. He oído que la primera vez duele. Él se me introduce dentro y siento una punzada.

Con las rodillas bien plantadas, Céfiro se echa hacia delante y me agarra de las caderas mientras se hunde más y más en mí. Yo me encojo y suelto un leve resoplido. Él se detiene, con la cabeza inclinada.

—No. —Niega con la cabeza y se sale—. Lo haremos de otro modo.

Yo me alzo, apoyada en los codos, confusa.

—Quiero que sigamos.

No noto que esté sangrando. Aún no, al menos.

—Pero así no. La primera vez deberías ser tratada con ternura.

La emoción me forma un nudo en la garganta. Agradezco la consideración, aunque admito que no estoy centrada. Su erección asoma, con el glande enrojecido. Mis dedos lo acarician, está templado al tacto. Se tensa ante mi caricia y una perla de líquido claro y pegajoso asoma por la abertura.

—Túmbate —me ordena Céfiro, y yo obedezco.

Me dedica una mirada cálida, iluminada de adoración. Me masajea la parte superior de los muslos, sus pulgares se hunden en mi suave piel. Mientras tanto, su boca asciende y sobrevuela lo alto de mi sexo. Se detiene sobre él e inspira, con los ojos cerrados. Tras abrirlos, el tono esmeralda vibra y destella.

—Quiero saborearte.

Yo lo miro y parpadeo.

—Te refieres a… —Me encojo ante la idea—. Pero es un acto impuro.

—Ah, ¿sí? —Él pega la nariz al montículo de mi pubis. Yo intento cerrar las piernas, pero sus hombros me las bloquean.

—Céfiro.

—¿Quieres que pare?

Me muerdo la parte interior del carrillo.

—Si estás seguro, hazlo. —No me imagino que vaya a saberle bien.

Él apoya todo el peso en mis caderas y me inmoviliza. Saca la lengua y me lame el terrón de carne que hay justo sobre mi abertura. Otro lametón lento, agónico, con la punta de la lengua doblada, que acaba subiendo por entre mi vello encrespado. Tras mis párpados destellan chispas. Una oleada de calor me recorre, y suelto un jadeo.

Céfiro me devora con progresivo entusiasmo. Cuando el calor de su boca se cierra sobre mí, su lengua revolotea y domina la tensión que recorre todo mi ser. Un lento gemido brota de mi pecho.

—Eso es —susurra—. Lo estás haciendo muy bien, Brielle. Me encanta el modo en que tu cuerpo se abre ante mi contacto.

El cumplido me enciende. Quiero agradarle. Quiero conocerlo como él me conoce a mí, que nuestros dos corazones choquen, que nuestros cuerpos se conecten en armonía. No pienso en quién era antes de este momento. No lamento haber seguido los dictados de mi corazón, por sucio que parezca el acto en sí.

Abro aún más las piernas y gimo. El primer dedo entra más fácilmente que el segundo en mi interior, pero una vez dentro, Céfiro

empieza a ensancharme y el dolor se mitiga. Mis músculos se relajan para acomodar la presencia intrusiva. Él curva los dedos y aprieta contra mis paredes interiores hasta que estas ceden. El placer asciende, cálido y lento, en medio de un calor empapado.

—Céfiro —se me escapa un gimoteo tembloroso.

—¿Te hago daño?

—No. —Al contrario. Jamás me había sentido tan relajada, tan en armonía con otro ser, tan desvergonzada con mi propia desnudez.

En ese momento, Céfiro se retira.

—Ponte a cuatro patas.

Obedezco. Él me alza el vestido y me lo sube por la espalda. Me hormiguea la piel bajo el aire frío de la noche. Pero no siento vergüenza. He roto todos mis votos, los he quebrado tan fácilmente como si fuesen ramitas. Pero el olor del Viento del Oeste me vuelve loca; es como sol que calienta la tierra húmeda. Y la deliciosa abrasión de su contacto. Mis sentidos se quiebran y se aguzan. Estoy despierta.

Una mano cae sobre la curva de mi trasero. Se oye una palmada y yo doy un respingo. Se me escapa un gimoteo al sentir el picor del palmetazo que me ha propinado en el glúteo desnudo. La mano de Céfiro vuelve a caer sobre mi piel irritada, pero esta vez la acaricia hasta que el dolor desaparece.

Los pezones se me endurecen dentro del corsé, doloridos y enhiestos.

—¿Demasiado fuerte? —pregunta él. Yo estoy jadeando como si hubiese corrido varios kilómetros, pero niego con la cabeza—. Brielle —murmura el Viento del Oeste—, eres una chica obediente, pero veo los deseos que anidan en tu corazón. —Se inclina hacia delante y me chupa el lóbulo de la oreja—. Son unos pensamientos pecaminosos que han de ser castigados.

Yo lanzo una mirada por encima del hombro. Céfiro me sigue acariciando el trasero, con una mirada de pura codicia.

—¿Lo vas a volver a hacer? —le pido, sorprendiéndome a mí misma.

—Como dice tu Texto: pedid y se os concederá.

Dejo caer la cabeza hacia delante. Mis rizos escarlatas me cubren la cara. Me muerdo el labio al tiempo que resuena un nuevo palmetazo.

De pronto, Céfiro me agarra del pelo y tira hacia atrás hasta que siento una punzada. Me hunde los dientes en el hombro, y a mí se me escapa un gemido. Todo mi cuerpo se tensa, mientras que el Viento del Oeste, encaramado a mi espalda, empieza a palmearme el trasero cada vez más fuerte. El viento cálido me irrita aún más la piel enrojecida.

No soy ni obediente ni devota ni pura. No soy más que Brielle, una mujer deseada. Céfiro me mete dos dedos y los aplasta contra mis músculos interiores. La tensión crece, se me escapan gemidos ahogados de mis labios entreabiertos. Y entonces la descarga me recorre con un rugido. Mi cuerpo se contrae con una oleada de calor. Pierdo el sentido durante tanto tiempo que no me doy ni cuenta de que Céfiro me ha sacado los dedos de dentro hasta que su glande se apoya contra mi abertura.

—Despacio —me tranquiliza, y se hunde en mí.

Mis músculos más relajados permiten que me penetre más profundamente que antes. Va entrando y expandiendo mi interior sin cesar, un estiramiento maravilloso, sin aliento. Cuando ha entrado completamente, murmura:

—¿Estás bien?

Me agarra de la nuca con una mano. Con la otra me sujeta la cadera. Yo hundo la cabeza.

—Sí.

No siento dolor, solo completitud.

Su embestida deliberadamente lenta me provoca un calor cada vez mayor en el bajo vientre. Engarfio los dedos entre la arena. Sus caderas chocan contra mi trasero y yo intento respirar, con los brazos temblorosos. Con la siguiente embestida se me nubla la vista.

Más rápido, más duro, endiabladamente dentro de mí, Céfiro encuentra el ritmo y el calor aumenta. ¿Qué soy yo? Un receptáculo

del placer del Viento del Oeste. Me aprieta los pechos, me muerde el hombro, engancha sus dedos a mi piel. Y yo lo recibo todo. Me desprendo de la vergüenza. Me convierto en huesos y piel, en corazón y aliento. Soy, simplemente.

—Qué bien sienta estar dentro de ti, Brielle. Qué bien. —Me roza en cierto punto que consigue que reverberen mis terminaciones nerviosas—. Me queda poco.

—Céfiro. —Empapada en el calor que da hacer el amor, no recuerdo más que su nombre.

Mi entrepierna se crispa en torno a su sexo en el momento en que una segunda oleada de placer me asalta inesperadamente. Gimo en medio del placer, y él también. Lo paladeo hasta que mis brazos ya no aguantan mi propio peso. Juntos nos derrumbamos sobre la arena. La realidad vuelve a nosotros en fragmentos de luz y de color.

Un sollozo involuntario se escapa de mi boca.

Céfiro se queda inmóvil y sus ojos vuelan hacia los míos.

—¿Te he hecho daño?

Lo agarro de la camisola.

—No, no es eso. —Una cosa es segura: he cambiado. He visto el mundo. He sentido el latido del corazón de otro al compás del mío. Y pensar que casi me pierdo la sensación de que el hombre que tanto me importa me estreche entre sus brazos—. Lo siento.

Él me acaricia lentamente la espalda para consolarme, con evidente preocupación.

—No hay nada de lo que disculparse. —Me da un beso en la mejilla—. No tienes que esconderte de mí.

Al cabo, mis emociones se aplacan y nuestros cuerpos se enfrían. Poco después, la respiración del Viento del Oeste se vuelve regular. A mí, en cambio, me esquiva el sueño. He llegado hasta aquí. He luchado, he vencido. He caído y vuelto a alzarme. Me he obligado a llegar al extremo de lo que pensaba que podría soportar. Y ahora, tumbada bajo las estrellas, me asalta una duda.

¿Y si he visto a mi dios en otro ser?

36

El tiempo no está de mi lado. Las estrellas se desplazan por las alturas durante las largas horas en las que, a pesar de la presencia de Céfiro, no consigo dormir.

Sé cómo acabará esta noche. Al final, la luna dará paso al sol. El cielo estrellado adquirirá un tono rosado y mi tiempo junto al Viento del Oeste empezará a tocar a su fin.

Sin embargo, aún falta una hora para el alba. Me muevo con cuidado y me retiro hasta la húmeda orilla del oasis. Allí me arrodillo, pertrechada con mi diario. El agua duerme.

La distancia entre quien fui y quien soy ahora es enorme. Soy Brielle, pero he cambiado. Soy Brielle, pero me he transformado. Las oraciones que entoné en su día ya no encajan bien en mi boca. Se amontonan como rocas afiladas y me cortan la lengua.

—Hola, Padre. Hace tiempo que no hablamos. Espero que perdones mi descuido.

Con los ojos cerrados y las palmas de las manos apoyadas en la arena húmeda, me retiro al interior de mi ser. Mi corazón está repleto de nudos diminutos y apretados. Me duele. Esto no te lo cuenta nadie. La fe no es un ente separado de tu vida; afecta a todas y cada una de sus facetas. Cuando empiezas a cuestionarte cómo encaja la fe, el tejido del que está meticulosamente hecha empieza a rasgarse y el tirón más leve amenaza con rasgarlo todo.

—Regresé a Infra, Padre, pero no por el motivo que quizá piensas. Mientras que las Hijas de Thornbrook aguardaban al diezmo en Miles Cross, yo me escabullí. Mi deber estaba junto a Céfiro. Pero temo haber llegado demasiado tarde.

Las lágrimas se prenden de mis pestañas. Alzo la vista al cielo, cuyo tono pálido me calma.

—Su cuerpo se adormece. Seguramente hoy quedará completamente paralizado. No tenemos más alternativa que regresar con el Rey Orquídea.

Si yo no hubiese seccionado la belladona…. Pero ¿cómo iba a prever las consecuencias de llevarme de allí a Céfiro antes de que se completase el ritual? Lo único que yo veía era a un hombre en apuros.

—Te he fallado, Padre. A ti, que jamás me has dado la espalda, ni siquiera en mis horas más oscuras. Verás, le he entregado mi corazón a otro.

La inmovilidad de la noche me reverbera en los oídos, pero continúo. Ya no se puede parar este caudal en movimiento.

—No pretendía que sucediese —murmuro, y contemplo el agua cristalina—, pero al abrir mi corazón, me he dado cuenta de que los muros de Thornbrook se me quedan pequeños. Esto te pregunto: ¿acaso no puedo mantener mi fe sin entregarme por completo a ella? ¿No puedo ser hija tuya y al mismo tiempo ser Brielle?

No soy ninguna entidad singular. He crecido más allá de mis límites. Pero no tengo miedo, pues requiere una gran fortaleza contemplar algo que en su día se valoró y decidir: ya no es para mí.

Una sutil brisa recorre el agua y arranca suaves olas a la superficie. Huele al incienso que se usa en misa. La brisa se posa sobre mis hombros como el manto más denso y cálido. No sé lo que sucederá este día, pero he aprendido la diferencia entre lo que alguien debería ser y lo que es. Siempre seré Brielle. Ya es hora de que lo acepte.

Concluyo mi oración con un murmullo a media voz:

—Amén.

Al este, un esbelto objeto atraviesa las dunas a toda velocidad. Las sombras se evaporan con celeridad ante el sol naciente. Con la pluma y el diario en mano, dejo por escrito mis impresiones sobre la noche pasada. El silencio no implica necesariamente paz. Con los

años he aprendido a distinguirlos. El silencio siempre está incompleto, la paz siempre es total.

No hay paz en el desierto.

Con pesadumbre en el corazón, regreso y veo a Céfiro sentado, con las rodillas pegadas al pecho, contemplando más allá del oasis, perdido en sus pensamientos.

—¿Cómo te encuentras? —susurro, y me arrodillo junto a él.

—Todo lo bien que puede encontrarse quien regresa a un cautiverio. —Me recorre con la mirada mientras meto el diario en la mochila. Su expresión se suaviza—. No me arrepiento del tiempo que he pasado contigo. —Su mano descansa sobre la mía; no hay guantes que nos separen. Le tiemblan los dedos—. Sea lo que sea lo que me aguarde en Infra, me enfrentaré a ello sin miedo. Y será gracias a ti.

No se enfrentará a nada solo si yo puedo evitarlo. Céfiro carraspea.

—¿Cómo te sientes después de lo de anoche?

El recuerdo de sus manos marcando mi piel me sonroja.

—Siento algo de náuseas por la hierba —admito, bajando la vista.

Aun así, no lamento lo que hemos compartido. ¿Cómo lamentarlo si mi corazón late al compás del corazón del Viento del Oeste, por fin en paz?

—¿Qué sucederá cuando regreses a Carterhaugh? —pregunta. Sus dedos se tensan sobre los míos—. ¿Adónde irás?

Yo contemplo nuestros dedos entrelazados, un patrón de trigo y crema.

—Cuando la madre Mabel descubra que ya no soy virgen —digo—, me echarán de la abadía y me despojarán de mi título. Puede que jamás vuelva a ejercer como Hija de Thornbrook.

—Brielle…

Mi sonrisa se tensa.

—No te preocupes, Céfiro. Estoy en paz con la elección que he tomado.

Cuando me imagino abandonando los pálidos muros de piedra de Thornbrook, no siento desesperación. Mi habilidad como herrera me permitirá volver a empezar en algún otro lugar. Quizá en Kilkare.

—¿Y qué pasa si yo no estoy en paz con tu elección?

Agradezco su disposición a escudarme de las consecuencias de mis actos, aunque sus esfuerzos no sirvan de nada.

—Lo pasado pasado está —digo—. No tiene sentido ahondar en ello.

—Pero…

Un siseo en la arena llama mi atención. Dos velas gemelas de lienzo se tensan con furia; el Viento del Sur se acerca a nosotros a toda velocidad. El navío con forma de cuña alcanza la cumbre de una duna y sobrevuela una enorme distancia para luego deslizarse por el terreno cuarteado. Notos baja del navío antes incluso de que acabe de frenar.

—Hemos de marcharnos —dice sin aliento, con los ojos oscuros brillantes sobre el chal blanco—. Me necesitan en el palacio.

—¿El palacio? —Céfiro escruta el rostro de su hermano, intrigado—. ¿Para qué?

El Viento del Sur pasea la vista entre Céfiro y yo. Me llevo la mano a la mejilla sonrojada. Probablemente acaba de deducir lo que sucedió anoche. Basta echar un vistazo a mis cabellos enredados.

Notos sube al navío sin responder a la pregunta de Céfiro. Puede que haya accedido a ayudar a su hermano, pero eso no implica que lo haya perdonado, ni que Céfiro le caiga bien.

—Bueno —suspira Céfiro—. Acabemos con esto, ¿de acuerdo?

Aunque quisiera moverme, no puedo. Parte de mí retrocede ante la idea de marcharse de este refugio en el desierto. No sé si podré soportar otra pérdida.

—Brielle —murmura él—, ha llegado el momento.

Sí, ha llegado. Le paso el brazo a la altura de las lumbares y lo ayudo a subir al navío. Una vez que se ha sentado, el viento hincha las velas y partimos.

El viaje de regreso transcurre muy rápido. Sentado en silencio a mi lado, Céfiro observa las dunas al pasar, con ojos lejanos. La madre Mabel siempre decía que la oración no contiene todas las respuestas del mundo. No puede convertir el agua en vino. No puede cambiar lo que se ha hecho. Resulta que tenía razón.

Navegamos hasta que la arena da paso a un terreno agrietado. Algo más adelante están los impresionantes acantilados bajo los cuales se encuentra la entrada a la caverna que hace las veces de frontera entre los reinos.

Desembarcamos con dificultad, pues la rodilla izquierda de Céfiro cede. Yo lo aprieto contra mi costado y absorbo el temblor que agita sus piernas. Él contempla un instante al Viento del Sur, con la cabeza agachada en un desacostumbrado gesto de humildad.

—Gracias por tu ayuda, Notos. No lo olvidaré. —Por débil y desastrado que esté, Céfiro intenta enderezarse, ponerse derecho a pesar de que le cuesta mucho.

El Viento del Sur inclina la cabeza.

—Cuídate, Céfiro.

Dicho esto, sube de un salto a su navío. Instantes después desaparece más allá de las ondulantes líneas que provoca el calor. Céfiro se gira hacia mí. La resignación agudiza su expresión sombría.

—Una vez que regresemos a Infra, los sabuesos no tardarán en captar mi aroma, si es que no me están esperando ya.

Yo deslizo mi mano en la suya, palma contra palma, carne contra carne.

—Pase lo que pase —susurro—, no olvides jamás que eres bueno.

No es suficiente, pero es todo lo que le puedo decir. Juntos entramos en Infra con el corazón apesadumbrado. La hierba brota bajo mis botas, y una luz teñida de escarlata pinta la penumbra bajo la superficie. A mi lado, el Viento del Oeste avanza a trompicones, jadeando, con los rizos despeinados. El aroma dulzón a flores podridas flota en el pasadizo, junto con un sonido que conozco bien.

Céfiro coloca una mano contra una pared en la que destella una rosaluz.

—Los sabuesos.

Los aullidos se aproximan. El aire se estremece con su atronadora cercanía. Entonces lo comprendo todo: todo lo que he ganado, todo lo que voy a perder.

—Céfiro —lo agarro de los hombros—, ¿estabas mintiendo cuando dijiste que había otro modo de romper la maldición? —Él no responde, así que lo zarandeo—. ¿Estabas mintiendo?

Me agarra de las muñecas y me baja las manos. Quizá es la última vez que nos toquemos.

—Da igual, porque ese otro modo no sucederá jamás.

Escruto sus ojos verdes. Cómo he llegado a adorar ese color.

—¿Por qué no?

Él esboza una sonrisa triste.

—Porque traicioné tu confianza con una falta imperdonable.

La traición ya se ha reparado. El corazón resiste, estoy segura.

—Te perdono, Céfiro. De verdad.

—Brielle —susurra—, es demasiado tarde.

Se me escapa una lágrima por el rabillo del ojo. Él la atrapa con el pulgar y limpia el rastro húmedo de mi mejilla como si nunca hubiera estado ahí.

Me agarro al frontal de su camisola y me lo acerco, las caderas niveladas, las piernas alineadas. Mi mente es un colador. Quiero decirle muchas cosas: te adoro. Te entiendo. Te veo. Te necesito. Amar a alguien no es ninguna prisión, tal y como yo creía antes. Es el fresco y reconfortante alivio del aire limpio en los pulmones. Es, en esencia, una elección.

Sin embargo, los aullidos crecen hasta convertirse en un estruendo y mi confianza flaquea. Me lo acerco y pego mi boca a la suya. Que todo lo que no pueda decirle yo se lo digan mis labios, mi lengua, mis dientes. Lo beso por todo lo que podría haber sido. Lo beso porque su sabor es el único que he conocido y no quiero olvidarlo.

Céfiro es el primero en apartarse.

—No queda mucho tiempo.

Aún no se ha ido y ya lo echo de menos.

—Te prometí que no te dejaría —digo con voz estrangulada—. Te lo prometí.

—Lo sé. —Bajo los aullidos de los sabuesos resuena de pronto un sonido de cascos. Son caballos, muchos caballos—. Pero prefiero que sobrevivas, Brielle. Quiero que seas feliz, que te libres de este miserable lugar.

—Céfiro —le acaricio la mejilla con la mano—, soy feliz. Soy libre.

Entonces me da un beso intenso y breve, apenas un roce del que se aparta enseguida.

—Olvídate de todo esto —dice—. Olvídate de mí, no vuelvas.

¿Acaso el sol no se pone por el oeste? ¿Acaso los ríos no fluyen ladera abajo? Todo eso es verdad, y he aquí una verdad más: no voy a olvidarme del Viento del Oeste. Siempre me acordaré de él.

Céfiro gira la cabeza en dirección a la oscuridad y me empuja hacia una abertura en la pared.

—Resguárdate aquí hasta que sea seguro salir —dice—. El camino de hierba te llevará hasta Thornbrook.

Cuando recupero el equilibrio, Céfiro ha desaparecido de mi vista.

Si espera que me quede aquí y vea cómo sucumbe al martirio, está muy equivocado. Con la daga en mano, me abalanzo por la abertura y…

Mi rostro golpea una superficie dura. Reculo con un grito repentino. Algo me gotea de la nariz. Me restriego con la mano, confundida. Sangre. Por el Padre… Toco con la palma de la mano la barrera invisible y lisa que ha aparecido en la entrada. Céfiro ha levantado un muro de aire, una barrera destinada a mantenerme fuera de la vista hasta que pase el peligro inminente.

Me agacho y busco una fisura, una grieta, algo que sirva para derribar la barrera si aplico suficiente presión. Nada. Doy vueltas por el hueco en el que me encuentro. Me pregunto si los sabuesos habrán llegado ya, si Céfiro habrá caído, si la madre Mabel me está buscando. Más pronto o más tarde, esta barrera habrá de caer.

El susurro de unas garras contra la piedra llega hasta mí, seguido de un sonido de dientes rechinantes. Céfiro aparece ante mi vista y cae al suelo con un golpe sordo. Los sabuesos lo rodean, de sus cuerpos macilentos ondean colgajos de piel avejentada. Un estremecimiento recorre todo el cuerpo de Céfiro, que suelta una maldición en cuanto la parálisis se apodera de él.

—Céfiro. —Empiezo a aporrear la barrera, con la voz muda—. ¡Céfiro!

O no puede oírme o ignora mi llamada. Vuelvo a dar vueltas arriba y abajo. La hoja de hierro pende de mis dedos inútiles. No puedo hacer nada. ¿De verdad tengo que ver cómo lo matan? Céfiro llegó a extremos indecibles para protegerme de los sabuesos, pero yo no puedo hacer lo mismo por él. Tengo que quedarme sentada aquí, dentro de esta jaula.

Un repentino silbido retiene a las bestias, que forman al unísono una pulcra hilera y esperan a lo que acecha entre las sombras. Un puñado de raíces asoma a la vista, tan pálidas que recuerdan a carne hinchada. Las raíces se arrastran por la piedra con un siseo horrible y traen consigo al Rey Orquídea, que aparece bajo el resplandor rojo. Bajo unas pestañas curvas y gruesas, dos ojos azules y carentes de piedad examinan a Céfiro en el lugar donde este se ha derrumbado con la cabeza gacha y el rostro demudado de agotamiento.

—Céfiro —el Rey Orquídea chasquea la lengua, decepcionado—, esperaba que ya hubieses comprendido que no se puede escapar de la justicia.

Apoyo la palma de la mano en la barrera.

—¡Pierus!

El Rey Orquídea no da señal alguna de haberme oído. Aunque yo puedo verlo y oírlo, es como si estuviese encerrada en un cajón sin aire.

—Para serte sincero, no me sorprende este intento temerario de huir, aunque no me gusta que se retrase el diezmo.

Céfiro le dedica una mirada vacua a su captor.

—Sabes bien cuál es el acuerdo. Solo se requiere que las Hijas de Thornbrook den su sangre con la promesa de que tú suministres la mayor parte del poder que requiere Infra. Si no cumples con tu sacrificio, el acuerdo entre Infra y Thornbrook queda anulado.

Yo no era consciente de semejante laguna en el acuerdo. Supongo que la madre Mabel tampoco, pues odia el diezmo.

—Debido a tu insolencia —Pierus esboza una fina sonrisa—, me he visto obligado a extender el acuerdo de Carterhaugh para aplacar a la madre Mabel. Quizá te preguntes por qué. Pues porque tú no estabas aquí, Céfiro. Y sin el Viento del Oeste, el diezmo no se ha cumplido. Pero pronto rectificaremos esa situación.

De la negrura que hay más allá emerge un puñado de caballos blancos a cuyos prístinos lomos cabalgan miembros del pueblo albo con rostros parecidos a chivos sobre elegantes sillas de montar. Cada uno de los recién llegados viste un manto de color mineral: esmeralda, rubí, zafiro, amatista, cuarzo. Reconozco al instante al consejo de Pierus. Los grandes y ornamentados aros que les cuelgan de los hocicos destellan bajo la tenue luz.

Pierus se acerca más a su cautivo. Su enorme masa eclipsa al Viento del Oeste, mucho más pequeño.

—Hueles a arena del desierto. Así que has ido a ver a Notos, ¿eh? —Céfiro no responde y Pierus frunce el ceño—. Ah, permíteme.

Las flores de sus hombros se despliegan para pegarse a la cara y el cuello del Viento del Oeste, cuyos ojos verdes se iluminan. Hasta su aliento entrecortado se apacigua. Al poco, las flores de belladona se despegan de él y regresan al torso musculoso de Pierus. Yo echo mano de la rosaluz que llevo en el bolsillo y compruebo que toda señal de hemorragia ha desaparecido. Vuelve a tener un tono claro y pálido.

—¿Mejor? —pregunta el Rey Orquídea—. Debe de haberte sentado bien.

Céfiro se pone de pie, callado, vencido.

—Por cierto, ¿cómo escapaste del ritual? —Ladea la cabeza como un pajarillo—. ¿Me permites que te pregunte dónde está tu dulce

amiga pelirroja?

Yo me encojo, me hago tan pequeña como puedo, aunque esté bien escudada. Céfiro no responde, y una sonrisa aparece en la boca del Rey Orquídea.

—Tu silencio es elocuente. Pero da igual. Ven —dice—. Infra te espera.

Cuando por fin se desvanece la barrera, hace ya un largo rato que Céfiro y el Rey Orquídea se han marchado.



El aire está estancado. No hay rastro del aroma de Céfiro, a tierra y rosas frescas. Ha quedado aplastado bajo la podredumbre de Infra. Sola, en medio del pasadizo oscurecido, sopeso mis opciones. El camino de hierba gira a mi derecha. Según Céfiro, me llevará sana y salva a Thornbrook. Pero no es ahí donde está mi corazón.

Yo no soy inmortal, pero me domina la desesperación que impulsa a las madres a prender fuego a edificios enteros para salvar a sus hijos. ¿Qué sería capaz de hacer para salvar a Céfiro de su destino?

Cualquier cosa.

Sigo el túnel a la carrera y de pronto sucede algo extrañísimo: bajo mis botas crece la hierba, que cubre el suelo frente a mí. Me guía en dirección contraria a Thornbrook. Infra debe de percibir mis intenciones, mi urgencia por llegar a Miles Cross a tiempo.

La cueva desemboca en una loma cubierta de hierba en medio de un amplio campo de verdor. Ahogo una exclamación y examino el entorno. Ya he estado aquí antes. Ahí está el puente que mis compañeras y yo cruzamos hace días. El río Mur fluye bajo él. Entre la espesura de la orilla opuesta está la cueva que lleva a Miles Cross.

Un movimiento atrae mi atención hacia la orilla lejana. Cinco corceles blancos avanzan como nieve que cae por la ladera de una montaña. El Rey Orquídea abre la marcha. Su horripilante masa de raíces debe de resultar muy pesada para el pobre animal al que han

obligado a cargar con él. Veo al Viento del Oeste en retaguardia, atado a un hombre que porta un manto con rubíes.

Llevo la mano a la daga y empiezo a correr ladera abajo. El único modo de salvar a Céfiro es cortarles el paso antes de que lleguen a Miles Cross.

Los caballos siguen a más de un kilómetro de distancia cuando cruzo el puente y llego a la espesura. Allí me agacho, a la espera de su llegada. Dado que Céfiro va a lomos del último caballo del grupo, debería ser capaz de descabalgarlo de un tirón sin que me pisoteen. Tengo la hoja y tengo determinación. En realidad, no se necesita más.

Sin embargo, he pasado por alto la curiosidad innata del Viento del Oeste. A pesar de su estado debilitado, no deja de pensar, no deja de preguntarse el porqué de todo. Incluso el movimiento más leve atrae su atención, porque cuando aparto los helechos y me preparo para saltar, sus ojos intensos encuentran los míos con facilidad alarmante y se desorbitan con un terror inconfundible.

Céfiro consigue dar un tirón a las riendas y apartar el caballo de mí, guiarlo hacia el río. No he podido sujetarlo; de lo contrario, me habrían pasado por encima. El encapuchado gruñe y vuelve a recuperar el control de su montura, y tras esto sujeta las manos de Céfiro. Para cuando me doy cuenta de lo que Céfiro ha hecho, el grupo se aleja al galope. Cinco corceles blancos desaparecen en la oscuridad de Miles Cross.

37

Han levantado un altar en el centro de Miles Cross. Una losa de mármol blanco cubierta de una vegetación exuberante.

Alrededor del escenario hay un anfiteatro de tres gradas atestado de miembros del pueblo albo, parcialmente escudados por sombras en ciertos rincones a los que no llega la luz de la luna que se derrama desde las alturas. La tercera grada está tan alta que aparece envuelta en remolinos de bruma.

Hay una entrada lateral que nadie vigila, repleta de enredaderas. Me agazapo junto a la arcada tras haber recorrido una red de túneles en una oscuridad casi completa. No veo a Céfiro ni a la madre Mabel. Solo veo el altar, la cañada y espirales de noche oscura.

Dos puertas enormes de madera se abren en el extremo opuesto de la caverna. Primero salen las raíces, blancas y cerosas, repletas de una pelambrera encrespada y pequeña. El Rey Orquídea desliza su enorme cuerpo por el umbral, salpicando tierra en derredor.

Está todo tan silencioso que casi se oye el crepitar de las llamas de las velas. Conteniendo el aliento, veo que Pierus repta hacia el altar. Su musculoso abdomen se flexiona con cada uno de sus movimientos sinuosos. Al llegar al altar, se gira hacia su público.

Se oye el tañido de una campana. Una vez más, las puertas se abren. Yo me muerdo el interior del carrillo con tanta fuerza que noto el sabor de la sangre en la lengua.

Los cinco miembros del consejo de Pierus arrastran a Céfiro hasta la caverna. Sus mantos de color mineral sisean al moverse. La cabeza de Céfiro cuelga. Unas cadenas oxidadas le sujetan las muñecas a la espalda. Un rugido de aprobación estremece las

paredes de la cueva. Siento una rabia dura y puntiaguda como una estrella en el pecho. Su atuendo le cuelga del cuerpo hecho jirones; está cubierto de mugre por completo. Lo arrojan a los pies del altar, un guiñapo con brazos y piernas. Acto seguido, el consejo de Pierus se marcha. Un instante después, Pierus se yergue aún más, apoyado en sus rodillas. Los ojos verdes y rabiosos de Céfiro lo contemplan por entre los rizos que le cubren el rostro. El nudo en mi garganta se afloja. No está derrotado. Aún no, al menos.

—Recuerdas este altar, ¿verdad? —El Rey Orquídea pasa una mano por la resplandeciente superficie de mármol—. Pronto volverás a familiarizarte con él.

El Viento del Oeste contempla la estructura con aire frío. Mientras tanto, la multitud está cada vez más enfervorizada.

—Alegra esa cara, Céfiro —dice el Rey Orquídea, arrastrando las palabras—. Tienes visita.

Una voz flota en la pesada bruma.

—Poneos en pie por la abadesa de Thornbrook.

Las puertas traseras de la cueva se abren con un quejido por tercera vez. Entra una pequeña comitiva: veinte acólitas y novicias encapuchadas. Por último, un rostro que conozco bien.

La madre Mabel avanza. Las mangas de su alba envuelven sus delicadas muñecas. Lleva las manos unidas al frente en gesto solemne. La casulla sin mangas de color oro envuelve su cuerpo.

Se hace el silencio en la caverna. Las Hijas de Thornbrook se colocan en la pared opuesta formando un semicírculo en torno a la madre Mabel. Veo a Harper al final de la hilera, encorvada bajo mi manto blanco. ¿Qué habrán hecho estos últimos días? ¿Habrán regresado a Thornbrook o habrán dormido en el vientre de la bestia? ¿Habrá notado alguien mi ausencia? ¿Le habrá importado a alguien?

Como si sintiesen el hierro, los miembros del pueblo albo se hunden aún más en las sombras. Cautela en sus ojos pétreos. Ver a mis compañeras no tiene ningún efecto en mí. La fe y la sangre hacen extraña pareja: todas estas mujeres, pastoras del Padre, llevan hojas envainadas cómodamente entre las manos.

Sin emitir ningún sonido al caminar, la madre Mabel se acerca a Céfiro, que sigue arrodillado con la cabeza gacha, la espalda doblada y las manos atadas. La abadesa alza una mano y el silencio se intensifica.

—Eres Aquel que Trae la Primavera. —Aquí, el sonido de su voz es peculiar. Le falta resonancia, suena tan brusco como una piedra arrojada al suelo—. Llevas siglos atado a Infra, el reino al que alimenta la fuerza de tu sangre. Esta noche celebramos otro diezmo y nos cobramos tu deuda.

Céfiro alza la cabeza y estudia a la abadesa.

—Solo los más perversos son capaces de retorcer la fe en beneficio propio.

Los miembros del pueblo albo se agitan como un nido de gusanos, de pronto interesados en esa malicia inesperada. Yo siento náuseas, pues conozco la expresión de la madre Mabel, el barniz que cubre la superficie de su franca mirada de ébano. No le ha hecho nada de gracia el comentario.

—Yo no me aprovecho del Padre —dice—. Si estoy viva hoy, frente a ti, es gracias a su misericordia.

Céfiro suelta un resoplido. Un reguero de sangre le mana del labio roto.

—¿Así que niegas que tu fe esté corrupta?

—Creo que no te entiendo. —Lo escruta como quien ve una mancha en una túnica inmaculada. Meirlach resplandece en su cintura, brillante como una estrella.

Él enseña los dientes en una mueca.

—¿Qué pasa con tus votos, con tus Siete Decretos? ¿O acaso solo los sigues cuando te conviene? —Algunas de mis compañeras ahogan una exclamación—. El hecho de que te prestes a participar en este violento ritual demuestra lo inmoral que eres en realidad.

La boca de la abadesa se convierte en una fina línea apretada. Empieza a caminar en círculos alrededor de él y dice:

—La supervivencia de Thornbrook depende de la salud de Infra. Por eso es necesaria tanto tu sangre como la sangre de mis

protegidas.

—Es un ritual cruel. —La mirada de Céfiro vuela hacia Pierus—. Yo ya no soy quien era hace siglos.

Una de las enredaderas del Rey Orquídea se adelanta y acaricia el pelo de Céfiro. Le tironea de un rizo rubicundo y luego lo suelta.

—Qué encantador resulta que te creas esas mentiras —dice arrastrando la voz.

La madre Mabel sigue escrutando al Viento del Oeste.

—Todos los dioses son eternos, invariables. Es un hecho del mundo que conoces bien.

—No estoy de acuerdo —dice Céfiro en tono quedo.

—Esto no tiene por qué ser difícil —dice ella—. Conoces la ley. Ha culminado otro ciclo y tu maldición no se ha roto. Un desafortunado incidente, pero, según el Rey Orquídea, no resulta sorprendente.

Así que hay un modo de romper la maldición. ¿Qué debe hacer Céfiro? ¿Es tan imposible como me dio a entender o solo es improbable?

—Ha llegado la hora —anuncia ella—. Arrodíllate y que tu poder se vierta dentro de Infra.

La boca del Viento del Oeste se curva en una sonrisa.

—No me inclinaré ante un dios falso.

La madre Mabel echa humo.

—Teniendo en cuenta la posición en la que te encuentras —espeta—, yo te sugeriría que controlases la lengua.

—Mírate. Mira a todas esas mujeres a tu espalda. Han ofrecido sus vidas a tu servicio, han depositado en ti su confianza, y tú las has traído a un nido de víboras.

—No hables de mis protegidas —advierte ella.

Desde el lugar donde me agazapo, veo que las demás intercambian miradas preocupadas.

Céfiro sigue insistiendo:

—¿Qué es lo que te molesta, madre Mabel? ¿Te molesta que diga la verdad o que no seas lo suficientemente fuerte para soportarla?

Ella deja de dar vueltas alrededor de Céfiro. Mis compañeras aferran los puñales de hierro, tras ella. De haber comprendido el propósito al que servirían esas hojas en el derramamiento de sangre, yo habría dejado el martillo hace mucho.

—No te lo voy a repetir.

—Castígame como prefieras. —Se encoge de hombros—. De todos modos, mi vida ya está perdida.

La madre Mabel enarca las cejas. Entonces, la abadesa esboza una sonrisa que le contrae la cara en ángulos crueles.

—¿Quieres recuperar tu vida? —Desenvaina la espada—. Pues lucha por ella.

El Rey Orquídea avanza, con el ceño fruncido.

—Eso no lo podéis decidir vos, madre Mabel. Céfiro es mío.

La madre Mabel sigue centrada en el hombre inclinado ante ella. Dice:

—Ya me habéis visto luchar. ¿Dudáis de mi capacidad de ganar una pelea contra él? —Dado que el Rey Orquídea no dice nada, ella señala al público en las alturas—. Vuestros súbditos han venido hasta aquí. ¿Qué tal si les damos un diezmo que no olvidarán?

Se oyen varios vítores. Las sombras en los rincones más alejados se remueven. El Rey Orquídea mira pensativo a la abadesa y luego a Viento del Oeste, con ojos cautelosos.

—Muy bien —accede—. Supongo que no puede pasar nada malo.

Mis dedos se engarfian entre la hierba y me mantienen firmemente anclada a ella para no intervenir. Aparte de nuestro entrenamiento semanal, durante mi aprendizaje he visto a la madre Mabel enzarzarse en duelos un puñado de veces. Es una espadachina admirable.

—¿Y bien? —Mira desdeñosa al Viento del Oeste.

Él se pone en pie. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Céfiro, Aquel que Trae la Primavera, ha huido durante siglos, pero hoy va a luchar.

—Tú tienes una hoja —dice en tono seco—. ¿Se me concederá la gracia de tener la mía propia?

La madre Mabel hace una finta con Meirlach para probar su respuesta a una nueva dueña tras siglos acumulando polvo. Verla me inquieta. Una hoja es una herramienta, un método de defensa, pero la madre Mabel, una mujer de alto rango en la fe, pretende derramar sangre como mero entretenimiento.

—Eres un dios —responde ella—. Tienes tus vientos y tu ingenio. Con eso basta. —Con la empuñadura bien sujeta, hace un gesto con la cabeza hacia el Rey Orquídea—. Romped sus ataduras.

Esta noche comprendo que el miedo es personal. Se manifiesta en forma de veinte dagas de hierro en manos de mujeres devotas, en el repiqueteo de unas cadenas al caer sobre hierba blanda, en un corazón que deja de latir. Meirlach es un arma tocada por los dioses. Si Céfiro es abatido por esa hoja, ya no se levantará.

Una vez libre, Céfiro gira las muñecas y se las masajea para eliminar la rigidez, con expresión desabrida. Una espada hecha de aire se materializa en su mano. Su curva de plata está rodeada de un halo de luz lechosa.

Las sombras se alargan y cubren a los miembros del pueblo albo, que se revuelven, inquietos, electrificados por la promesa de sangre. El altar, una erupción de piedra blanca, resplandece como fuego a la espalda de Céfiro. Y sin embargo, cuando la madre Mabel alza la espada, lejanos sus ojos remotos, se gira hacia el Rey Orquídea en lugar de hacia Céfiro.

Pierus se lo ha visto venir; queda bastante claro en el momento en que una espada aparece en su propia mano y le sale al encuentro a Meirlach. Las dos hojas chocan con estrépito. Mis compañeras retroceden y se apelotonan de espaldas a la pared. El pueblo albo aúlla, chilla y se deshace en gritos de puro deleite.

Entre las dos espadas cruzadas, Pierus le enseña a la madre Mabel una sonrisa de labios apretados.

—Llevo décadas preguntándome cuándo harías el primer intento. Me alegro de que por fin haya llegado la hora.

Mechones de pelo rubio caen por la cara enrojecida de la madre Mabel. He visto la decepción perturbar su fría serenidad, así como la

exasperación, e incluso en algún momento la furia, por desacostumbrado que sea. Sin embargo, jamás he visto un odio como el que veo ahora.

—Es cierto que he aguardado al momento justo. —A pesar del abrumador peso del Rey Orquídea, la postura de la madre Mabel se mantiene firme—. He resistido tu horrenda naturaleza y tu repulsiva tendencia a la violencia, tu derramamiento de sangre parasitario y tu falta de respeto hacia mis protegidas. Lo he soportado todo por este momento: el fin de una era.

Las cejas del Rey Orquídea se arquean.

—Pareces muy segura de ti misma.

—Me tuviste cautiva durante siete años. —La madre Mabel habla en el tono que requiere una conversación íntima, pero en el silencio reinante, cada palabra resuena con claridad—. Supliqué tu clemencia, te rogué, pero tú te negaste a escucharme.

—Tú sabías cuáles eran las consecuencias de romper un contrato. No acudiste al diezmo con las veintiuna donantes. Yo estaba en mi derecho de robar algunas de tus mujeres.

Enseñando los dientes, la madre Mabel se reafirma en su postura.

—Te abordé en múltiples ocasiones para hablar del diezmo. Quería un cambio. Tú te mostraste de acuerdo con que era un ritual bárbaro, no querías forzar a mis protegidas a entregar su sangre para tener más poder. Acordamos que Thornbrook no volvería a participar en el diezmo.

—Y tú decidiste soportar el castigo de tus protegidas —dice él—. No fui yo quien tomó la decisión por ti.

—No lamento haber ocupado el lugar de mis protegidas hace tantas décadas. No habrían sobrevivido a tus abusos. —Le empiezan a temblar los brazos, pero apoya todo el peso en él. El Rey Orquídea se ve obligado a retroceder—. Pero yo sí.

—Tú sí —concede el Rey Orquídea—. Eras demasiado fuerte para ser una mujer mortal. Dan igual las crueldades que soportases, tu fe no flaqueó. —Dos pálidas enredaderas se enroscan alrededor de los

tobillos de la madre Mabel, reptan hacia su estómago y le suben por los pechos—. Admiro tu convicción.

—No me toques —sisea la madre Mabel.

—Abadesa, ¿puedo recordarte que fuiste tú quien entró en mi reino? ¿Qué creías que ibas a conseguir revelándome tu intención?

Ella lo mira con desdén. Jamás he visto una repugnancia tan sincera.

—Cuando desaparezcas, mis protegidas y todo Thornbrook quedarán libres de ti. Tu muerte será menor carga que tu vida.

Desde mi posición en la entrada del túnel le echo un vistazo a Céfiro, que está apoyado en una pared, con los brazos cruzados, y se dedica a observar tranquilamente el fortuito giro de los acontecimientos. Me siento tentada de sacarlo de ahí a rastras, pero me mantengo en mi sitio. Por tonto que parezca, temo la idea de la madre Mabel. Esta noche nos jugamos mucho más que el diezmo. Esta noche se celebra un rito de limpieza, de venganza.

—¿Quieres acabar con mi reino? —Pierus la mira con una insultante falta de preocupación—. Acepto el desafío.

La madre Mabel se aparta de él con sorprendente agilidad. El Rey Orquídea bloquea un golpe, dos, tres, y luego le lanza un tajo al vientre. Ella gira de lado y traza un arco bajo que cercena una enredadera por la base, para luego ponerse fuera de su alcance.

Un chillido estridente brota del apéndice cercenado. Un fluido oscuro mana de las flores, que palidecen y luego se convierten en fino polvo.

El Rey Orquídea se estira y emplea sus raíces enmarañadas para alzarse aún más.

—Puede que lleves una hoja tocada por los dioses —dice—, pero yo también. —El acero en cuestión brota de una empuñadura de alambre y cuero—. Puede que el collar que le robaste al Semental prolongue tu vida indefinidamente, pero no podrá protegerte de una raja en las tripas.

Hasta este momento solo he recibido información en fragmentos. Sin embargo, juntos forman un todo: por fin, claridad. ¿Qué es lo

que he averiguado? Que el Rey Orquídea tuvo cautiva a la madre Mabel después de ocupar el lugar de tres novicias hace décadas. Durante siete largos años, todo un ciclo, fue prisionera, hasta el día en que consiguió escapar. Pero no regresó de inmediato a Thornbrook. Buscó al Semental y le robó el collar de serpiente que ahora descansa sobre su clavícula. No es solo una pieza hermosa de joyería, sino un artefacto que otorga el don de la vida eterna. La madre Mabel debió de regresar a Thornbrook con el trauma de su aprisionamiento y lo fue afilando despacio, muy despacio, hasta volverlo cortante. Durante años, ese trauma debe de haberla consumido por dentro, arrancando toda la alegría hasta pudrirla Si pensaba vengarse algún día del Rey Orquídea, tenía que vivir lo suficiente como para conseguirlo.

¿Y Meirlach? ¿Cómo había planeado hacerse con ella? ¿Me moldeó como si yo fuera una hoja para que algún día me enfrentase en duelo al Semental y ganase?

El Rey Orquídea se abalanza sobre ella y le abre un tajo en la casulla. La madre Mabel bloquea el siguiente golpe, desvía la hoja con destreza y vuelve a atacar. Algunas enredaderas azotan sus piernas, pero ella las esquiva con un paso lateral, mucho más ágil que el Rey Orquídea, cuyo nido de zarzas pesa demasiado. Luego, la madre Mabel se desliza frente a él, rápida como una avispa, y le coloca la hoja en la base de la garganta.

—Dime adónde irás cuando mueras —exige— para asegurarme de que nunca vuelvas.

Él aprieta la mandíbula y una vena late en su sien. Pierus preferiría tragarse su propia lengua antes que obedecer la orden de la abadesa, pero Meirlach exige la verdad, así que, al final, el impulso de hablar lo domina y las palabras le salen con un gruñido:

—Tu gente lo llama Infierno. En el lugar de donde vengo se llama Abismo.

Ella se encoge y le pincha el cuello con la punta de la espada. Una gota de sangre se desliza por su piel.

—La idea de tu muerte —dice— ha sido lo único que me ha ayudado a avanzar día tras día. Hoy empieza un nuevo…

Una enredadera la golpea por detrás de las rodillas. La espada se le escapa de las manos y cae al suelo.

No consigo ahogar un grito horrorizado al ver que ambos oponentes se lanzan a por Meirlach. Por suerte, la madre Mabel llega antes a la espada. En lo que dura un parpadeo, vuelve a ponerse en pie y empieza a cortar enredaderas y a cercenar las malignas flores. Pierus brama de dolor e intenta bloquear sus ataques mientras retrocede para ponerse fuera de su alcance. El siguiente golpe es un amplio arco que atraviesa una columna. El techo tiembla y amenaza con derrumbarse. Aunque he leído acerca del poder extraordinario del arma, sigue siendo extraño verla atravesar piedra sólida.

—Eres agotador, Pierus —dice con un jadeo ronco, y gira para evitar un tajo en el muslo—. Este es el destino de un hombre borracho de poder.

Un muro entero de enredaderas brota, toda una oleada de puntas letales. La abadesa cercena dos de ellas. Una tercera le atraviesa el hombro y la empuja contra el altar. Choca contra una esquina con un impacto desgarrador y cae de rodillas.

El terror me deja inmóvil El Rey Orquídea desciende. La madre Mabel no se mueve, tiene el rostro contraído y los ojos cerrados. Pierus está lo bastante cerca como para atacar, con los brazos alzados, y ella sigue inmóvil. Las mujeres ahogan un grito. Su espada cae trazando un arco preciso hacia el cuello de la madre Mabel.

Pero ella abre los ojos. Se levanta y atraviesa el corazón de Pierus con Meirlach. La larga hoja de acero brota de la espalda del Rey Orquídea. La sangre salpica la hierba con una suave lluvia. Con un giro de muñeca, la madre Mabel libera la espada. Pierus cae hacia delante con un gemido y se desploma a los pies del altar.

La conmoción recorre todo Miles Cross.

Yo miro a mis compañeras. Sus rostros pálidos brillan bajo las capuchas ensombrecidas. Alguien se desmaya al fondo y cae sobre

algunas de las demás, que acaban enmarañadas entre sí.

Los miembros del pueblo albo están extrañamente mudos; sus movimientos, rígidos de incertidumbre. ¿Lloran por el Rey Orquídea? ¿O ellos también se sienten libres? Sin embargo, en medio de esta impía quietud empieza a imponerse una certeza, una verdad hecha de aliento y de vida, una verdad aún no vivida. Mi corazón se aligera al experimentar el más profundo alivio, pues, con la muerte del Rey Orquídea, Aquel que Trae la Primavera está libre.

Sin la menor inquietud, la madre Mabel procede a limpiar inmediatamente la espada con el dobladillo de su alba. Luego se restriega el sudor de la cara y se gira hacia Céfiro, con una expresión más fría y severa que nunca.

—Si no me equivoco, la deuda entre tú y Pierus se ha acabado, ¿verdad?

El Viento del Oeste se aparta de la pared en la que estaba apoyado, aunque mantiene una distancia segura entre los dos. Brotan flores allá donde apoya los talones en la hierba. Sus ojos verdes poseen un brillo inmortal, lleno de poder contenido.

—Así es. —Contempla largo rato a Meirlach, aún en las manos de la abadesa—. Y te lo agradezco.

La madre Mabel lo estudia con helado desinterés. En algún momento del duelo, su moño debe de haberse deshecho, pues ahora le cuelgan los cabellos libremente. Es la primera vez que la veo con el pelo suelto.

—No lo he hecho por ti, Céfiro.

—Soy consciente de ello. —Se mete una mano en el bolsillo de los mugrientos pantalones—. Aun así, he salido ganando, igual que tú.

Ella contempla la mítica hoja. La atención de Céfiro se desvía también a la espada.

—Sin embargo, me encuentro en un curioso aprieto —dice la madre Mabel con voz entrecortada—. Mi deber está con Thornbrook y con mis protegidas. Siempre ha sido así.

—Lo comprendo.

—No estoy segura de que lo comprendas. —La abadesa lanza un par de mandobles vacilantes y Meirlach corta el aire con un agudo lamento—. Por desgracia, tu presencia complica la situación.

Él arquea una ceja. Aunque ante cualquier par de ojos parezca tranquilo, yo he pasado suficiente tiempo en su compañía como para reconocer las sutiles señales de una latente preocupación. Mis pies me ruegan que vaya con él, que me plante a su lado tal y como prometí, pero me resisto a mostrarme.

—Explícamelo, te lo ruego —dice Céfiro.

—Tu vida supone una amenaza para todo aquello que he construido. No puedo permitir que sigas tentando a las mujeres bajo mi protección. —Blande con firmeza el resplandeciente acero—. No es nada personal.

Yo me quedo inmóvil. No había previsto nada de esto.

Céfiro se gira hacia ella, pues la abadesa ha empezado a acercársele.

—No tengo necesidad alguna de tentar a nadie ahora que estoy libre.

—Ah, ¿no? Pues dime dónde está mi herrera. —Espera—. Brielle. ¿Dónde está?

—No te sigo. —Pero sus ojos destellan.

Otro paso al frente.

—Estaba entre las que llegamos —dice la madre Mabel con la voz grave y rabiosa—, pero ahora ha desaparecido. ¿Pretendes que crea que no tuviste nada que ver con su desaparición? ¿Tú, que la atrajiste hasta Infra?

Se detiene a tiro de piedra de Céfiro.

—Quizá —dice él con una mirada en dirección a Harper— deberías preguntarles a tus demás protegidas por su paradero.

—No les eches la culpa a estas mujeres. Son inocentes. Pero tú, Céfiro del Oeste…, tú eres un dios, y los dioses no cambian.

Da un salto adelante y lanza un tajo hacia su cuello con una ferocidad brutal. Céfiro se hace a un lado, impulsado por una ráfaga de viento bajo sus botas, hasta posarse en la otra orilla del

estanque. La hierba crece hasta sus muslos, largos tallos cuyos múltiples brotes, al desplegarse, se lanzan a por las piernas de la madre Mabel.

Ella los cercena todos, pero Céfiro gobierna todo aquello que crece; alza muros de raíces, hojas de hierba que se abalanzan como flechas sobre la piel expuesta de la abadesa. Pequeños cortes sangrantes laceran la cara y el cuello de la madre Mabel. Una nueva herida se abre en su mejilla, y yo me encojo.

Una esfera de aire brota de la punta de Meirlach y se dirige hacia el Viento del Oeste, que desvía su camino con una ráfaga de su propio viento. La esfera se estrella contra una pared. Llueven esquirlas de piedra.

Animado por el entretenimiento, el público cacarea y grita. Me había olvidado por completo de que Meirlach otorga la habilidad de controlar el viento. Eso proporciona a la madre Mabel una ventaja.

El duelo se intensifica ante mis ojos. Ambos se lanzan vientos cada vez más fuertes. No estoy segura de qué temo más: la muerte de Céfiro o la de la madre Mabel. En un cierto momento, los dos pasan muy cerca de las Hijas de Thornbrook. Harper se coloca delante de las chicas más jóvenes, con la daga en alto. Yo me obligo a mantenerme donde estoy mientras la lucha avanza en mi dirección.

Golpe a golpe, la caverna se va desmenuzando en polvo. Ráfagas desviadas chocan contra el techo y las paredes. El Viento del Oeste aplasta a la madre Mabel contra una columna, que se agrieta. La roca gime. Un enorme trozo de piedra cae de las alturas y no le acierta a la abadesa por menos de medio metro. Ella se esfuerza por ponerse en pie, iracunda. Le gotea el sudor por la cara. No importa cuánto se esfuerce, Céfiro siempre va un paso por delante de ella. Jamás lo alcanzará a pie. Es demasiado poderoso.

La madre Mabel alza a Meirlach y la hoja suelta una explosión de viento que envía a Céfiro volando hasta el otro extremo de la estancia. Instantes antes de que aterrice, la abadesa apunta, lista para arrojar el arma.

Visto con perspectiva, todo había sido planeado meticulosamente, pues comprendo que, ahora que la madre Mabel se ha puesto en movimiento, ya es tarde para él.

La muñeca de la madre Mabel gira hacia delante. En el momento en que la empuñadura de oro de la espada se separa de su mano, yo echo a correr desde el rincón donde estaba agazapada. Me lanzo en medio de la trayectoria entre la hoja y el dios.

La espada me alcanza en el pecho izquierdo y se hunde profundamente. De la herida mana sangre. Me tambaleo y luego caigo, con las manos agarradas a la empuñadura que asoma por mi pecho. Céfiro se abalanza sobre mí con un rugido.

Y así, quedo deshecha.

38

Mi cuerpo golpea el suelo con un topetazo lejano. De inmediato, mis sentidos se apagan, se oscurecen, como si observase el mundo a través de una película de agua turbia. La cara de la madre Mabel pierde el color. Ella también se tambalea.

—¿Brielle?

El Viento del Oeste cae de rodillas a mi lado. La todopoderosa Meirlach, cuyo acero puede vencer a cualquier enemigo, asoma por mi pecho izquierdo.

—No —susurra Céfiro—. No, no, no, no, no…

Es un mantra, el más sagrado de los cantos.

La madre Mabel contempla el creciente charco de sangre. Alza una mano temblorosa, se lleva dos dedos a la boca trémula y escruta a las novicias, arrebujadas todas con sus mantos blancos, Harper entre ellas. A esta última se le ha caído la capucha, revelando así el lustroso cabello de ébano y los ojos azules anegados de lágrimas.

Suavemente, Céfiro me alza y me coloca en su regazo.

—Quédate conmigo.

Acuna en la mano el lateral de mi mandíbula floja y se le quiebra la voz al contemplar mi rostro. Intento centrarme en él entre las sombras que se ciernen sobre nosotros, pero me faltan las palabras, me veo arrastrada aún más bajo la superficie del barro. Cuanto más me hundo, menos dolor experimento. No me resisto.

—Mírame. —Me sacude, desesperado. Me cuelga la cabeza—. ¡Mírame, maldita sea!

La madre Mabel llega a mi lado y un muro de aire la catapulta al otro extremo de la estancia. Se estrella contra una pared y se oye un

violento crujido. Hay gritos, terribles gritos. La madre Mabel cae de espaldas, aturdida. La sangre le empapa el pelo.

—¡Maldita sea, que alguien me traiga a un sanador! —ruge Céfiro. Pero todo es silencio. Todo es quietud—. Lo arreglaremos. —Manotea la empuñadura que me sale del pecho—. Podemos…

Sus manos empapadas de sangre resbalan sobre el enchapado de oro. Por más que tire, la espada no sale. Con un grito ronco, Céfiro suelta el arma. Se estremece y lucha por mantener el control. Y entonces, como si hubiese sucumbido, tira la toalla.

Me cuesta mover la mano. Es un peso insoportable. Pero mis dedos se estremecen y acarician el muslo de Céfiro con el poco consuelo que puedo ofrecerle.

Él alza de golpe la cabeza.

—Brielle. —Se inclina sobre mí y me mira a los ojos.

Yo trago saliva para contener la sangre que me inunda la boca y la garganta.

—Lo intenté.

—Chis. No digas eso. —Me aprieta contra su pecho sudoroso. El latido de su corazón contra mi oreja empieza a desvanecerse, como todo lo demás—. Ya vienen a ayudarte. Aguanta. Tienes que aguantar.

Me hundo más y más. Mis palabras, cuando emergen, apenas son un aliento:

—Ojalá… —Un estremecimiento me destroza el cuerpo. La negrura se extiende y lo oculta momentáneamente de la vista—. Ojalá te hubiera dicho…

—Ojalá me hubieras dicho ¿qué?

Ya no me acuerdo.

—Brielle. —La palabra es demasiado afilada—. ¿Qué querías decirme? —Me sacude de nuevo—. Brielle.

Mis dedos se quedan laxos, caen sobre el suelo. Me estoy disolviendo. Mis pensamientos se erosionan y empiezo a olvidar.

El Viento del Oeste pega su cabeza a la mía.

—No puedes dejarme —murmura—. Así, no.

No tengo palabras para decirle que ya me he ido. Me separo de mi cuerpo. Mi alma se eleva cada vez más en la caverna, más allá de los espectadores allí reunidos, del campo de hierba exuberante. Jamás he dedicado mucho tiempo a pensar en cómo iba a morir. Lo único que sé es lo que viene ahora: las Tierras Eternas. Ahí no me faltará de nada. Mi estómago estará lleno. Mi corazón, completo. Mi cuerpo, descansado, libre de dolores y pesares.

Pero… Céfiro. Mi querido y complicado Céfiro, que me aparta los rizos rojos enredados en la cara con sus manos cubiertas de mugre. Un sonido brusco y quebrado escapa sin querer de su boca.

—¿Por qué? —Alza la cabeza y esa mirada esmeralda atraviesa a la madre Mabel desde el otro lado del campo mientras dos acólitas la ayudan a levantarse—. ¿Por qué enviaste a Brielle en una misión imposible a Infra? ¿Por qué le pediste que consiguiera la espada? Pensé que te importaba.

A la abadesa de Thornbrook se la puede describir con muchos adjetivos. Austera. Rígida. Pero jamás hundida, como está ahora.

—Me importan todas mis protegidas. Brielle era… —Se le demuda la expresión—. Era especial. No había nadie más entregada, más dispuesta a agradar. ¿Cómo podría yo haber previsto que se apartaría del camino?

Él suelta un resoplido desdeñoso.

—Dices que Brielle te importa, pero está claro que apenas la conoces.

—¿Y tú sí? —Entorna los ojos—. Yo he cuidado de Brielle durante una década. Tú la conoces desde hace un puñado de meses.

—Hace falta más que tiempo para conocer el corazón de una persona. Es una mujer curiosa y voluntariosa. No acepta porque sí el mundo en el que vive.

—Te lo diré a las claras, Céfiro —la voz de la madre Mabel es temblorosa a pesar del tono acerado—: Brille ha muerto por tu culpa.

Un rugido sacude toda la caverna.

El Viento del Oeste se pone en pie de un salto, con la hoja de viento en la mano.

—Responsabilízate de tus actos, abadesa —escupe—. Fue tu mano la que arrojó la hoja. No lo niegues.

Los miembros del pueblo albo, atraídos por el olor a sangre derramada, se han acercado gradas abajo, pero basta una mirada de la madre Mabel para que regresen a la penumbra.

—No pongas en duda lo mucho que me importaba Brielle —prosigue—. La amaba como a una hija. Intenté guiarla del mejor modo posible, pero tú fuiste un egoísta. La querías solo para ti. Y ahora mírala: un cadáver.

Pues sí, mis pecas parecen costras rotas sobre mi piel descolorida. Mis ojos vacíos parecen estanques turbios.

—Si de verdad te hubiese preocupado su bienestar —resopla Céfiro, y alza la espada, con sangre en los dientes y pesar en el corazón—, la habrías criado bien. La habrías ayudado a crecer, le habrías infundido la confianza que necesitaba para enfrentarse al mundo. En cambio, Brielle prefirió guardar silencio, destrozada por las crueldades de sus compañeras. —Otra lágrima le corre por la mejilla—. La verdadera marca de los cobardes es preferir no hacer nada.

Lo miro desde las alturas. Mi alma se aferra al último frágil jirón que me ata a mi yo físico. La madre Mabel inclina la cabeza, avergonzada. Isobel parece igualmente arrepentida.

—Prefiero ser una cobarde —replica la madre Mabel con frío rencor— antes que un dios caído en desgracia. Mi trabajo no es ni criar ni proteger. De eso se encarga el Padre. Mi trabajo es instruir a mis protegidas en su fe. —Curva el labio superior—. Pero ¿qué sabrás tú de fe? Has evitado tus deberes durante toda tu vida. ¿Por qué ibas a aferrarte a algo que ni te pertenece ni jamás te pertenecerá?

Da un paso al frente y rodea el cadáver de Pierus, las raíces sangrantes. Su mirada se centra en mi forma ensangrentada y se aparta enseguida, con una expresión de dolor en la cara.

—Brielle ha de estar con su gente. La llevaremos a Thornbrook y allí será enterrada. No permitiré que se pudra en este lugar.

—¿Me la quieres arrebatar?

La madre Mabel mira con atención a Céfiro.

—Si de verdad te importaba —dice en tono quedo—, querrás que descanse en paz.

Jamás he visto su rostro tan angustiado.

—Le dije a Brielle que regresase a Thornbrook. No quería que Pierus le hiciese daño. Pero no me hizo caso.

—¿Es que no ves el patrón que siguen tus actos? —Unos pasos más acercan a la madre Mabel a mi lado—. La muerte de un amante y ahora la muerte de otra. ¿Cuándo tendrás bastante? ¿Cuándo aprenderás?

La devastación que golpea a Céfiro es total. Su expresión se descompone bajo el peso del vergonzoso recuerdo.

—Vive tu vida, Céfiro. Deja este sitio, si así lo deseas. Eres libre. —La madre Mabel alarga una mano con gesto suplicante—. Pero devuélvenos a Brielle.

Pues sí, la libertad es algo que desea Céfiro desde hace mucho. Qué decepción no poder compartir este momento gozoso con él. Pero Céfiro, doblado sobre mi cuerpo, desgrana un llanto sincero, con enormes sollozos que podrían romper en dos a un hombre más débil. Su tristeza es tan potente que tiñe el aire, que ribetea los bordes de mi alma menguante. Algo me tironea de las tripas y asciendo más y más. El Padre me llama. No estoy lista para irme.

—Me da igual mi libertad —dice Céfiro entre dientes—. Lo único que quiero es que la mujer que está en mis brazos viva. Que esté entera, que no esté rota. —Toca la comisura de mi boca, donde la sangre ha empezado ya a endurecerse—. ¿Qué he de hacer para traerla de nuevo?

—Es imposible. —El cuello de la madre Mabel es un pilar de mármol. Alza la barbilla—. He ahí la desafortunada realidad de una vida mortal.

—No pienso aceptarlo —gruñe él. Su rostro está estragado de lágrimas y mocos—. Infra contiene todo mi poder, y yo, querida abadesa, soy un dios recién liberado. Los dioses damos forma al mundo como se nos antoja. No hay nada más fuerte.

Ella no se amedrenta.

—Es la ley.

—Las leyes se pueden volver a escribir.

—Esta no —dice ella—. La muerte no.

Con el ceño fruncido, Céfiro contempla mi rostro pálido. Me acuna la mejilla tiernamente en la mano y veo al hombre que podría haber sido, sin pesares, libre para elegir. No es como sus hermanos. No es el lúgubre invierno ni el abrasador aire del sur. La primavera tiene el corazón tierno, es capaz de destrozar la piel helada y dura de la tierra.

—¿Crees en los milagros, madre Mabel?

Ella entrecierra los ojos negros. Unas arrugas finas en su rostro evidencian muchas noches sin dormir.

—Parece exactamente el tipo de pregunta que haría alguien que no sabe nada de nuestra fe —responde con un cansancio profundo—. Si te hubieses molestado en leer nuestro Texto, sabrías que en el Libro de la Pesadumbre…

—… Aiden el Bendito curó a una mujer ahogada que llevaba tres días muerta. —La madre Mabel se lo queda mirando—. O quizá te refieras al Libro del Destino, en el que Ian el Justo recuperó la vista tras una vida entera de ceguera. —Esboza una sonrisa dura—. Conozco bien vuestro Texto, abadesa. Pero no te he preguntado por lo que hay escrito en sus páginas. Te he preguntado si crees en los milagros.

La pregunta la incomoda claramente. Espera unos instantes y luego dice:

—Sí.

—Pues que me tomen a mí en su lugar. Mi vida a cambio de la de Brielle.

La madre Mabel parpadea, perpleja. El silencio domina la penumbra de Miles Cross.

—¿Tú, un dios, ofreces tu vida por una mujer mortal?

Él hunde la barbilla en un raro gesto de sumisión.

—Estoy arrodillado ante ti, dispuesto a hacer lo que haga falta para devolverle la vida a la mujer a la que amo. Aunque no creas en nada más, créete esto.

Ella frunce el ceño y cruza los brazos a la altura del estómago, un escudo destinado a proteger las partes suaves y vulnerables de su cuerpo.

—No sé si puede hacerse.

—¿Acaso no eres un vehículo para tu dios? —Ella asiente y Céfiro dice—: Pues esta noche serás mi vehículo. Usaremos el poder combinado de nuestra sangre para revertir la muerte de Brielle. La mía, la tuya y la de las Hijas de Thornbrook.

Ella contempla al Viento del Oeste como si de un enigma particularmente frustrante se tratase. Los miembros del pueblo albo están tan callados que se han mimetizado con el entorno.

—Amabas a Brielle, y creo que ella también te amaba a ti. ¿Por qué, si no, iba a sacrificar su vida por la tuya? Quizá lo que dices sea posible.

La madre Mabel baja la vista hacia mi cadáver. Qué alta parece, ahora que no la cubre la sombra de Pierus.

—Ha llegado el momento de que Brielle regrese a Thornbrook y acepte su manto de acólita. Una vez que su muerte quede revertida, me aseguraré de que no recuerde nada de esta noche, ni de nada de lo sucedido después de vuestro primer encuentro. No puedo arriesgarme a perderla por tu culpa de nuevo. Será como si jamás os hubierais conocido.

—Si ese es el precio que pagar por su vida —susurra él—, lo pagaré de buen grado.

Me deposita un beso en la mejilla fría y me deja a un lado, con cuidado de no tocar la espada que brota de mi pecho. Luego se planta ante el altar, daga en mano. Ni siquiera se encoge al pasarse

la hoja por el centro de la palma. La sangre gotea sobre la piedra blanca. Se gira y les hace un gesto a mis compañeras con el semblante endurecido de pesar.

—Todas darán su sangre. Tú serás la última, abadesa.

Las Hijas de Thornbrook se aproximan lentamente al altar. Todas se van pinchando el dedo de inmediato y aprietan hasta que sale la sangre, que cae sobre la losa nevada. Harper se abre un corte en la palma con un sollozo quedo. Las demás depositan su sangre en la mezcla sin quejarse, incluso la caprichosa Isobel.

La madre Mabel es la última en aproximarse. Parece pequeña y encogida en medio del enorme espacio.

—Padre celestial —dice—, abrimos nuestros corazones ante ti.

Su sangre se une al pequeño charco y, en ese momento, un viento recorre la caverna y convierte las sombras en polvo.

—Que así sea —entona el Viento del Oeste, y el mundo entero se deshace en una explosión de luz digna de una estrella recién nacida.

PARTE 3



BENDITA

39

—¿No debería haberse despertado ya?

—Calla. —Una orden afilada—. Se tarda tiempo en curarse.

Siento que me desprendo de un sueño denso y asciendo hacia la superficie, hacia el sol.

—¿Y a ti por qué te importa tanto? —pregunta la voz nasal de Isobel. La reconocería en cualquier parte.

—Brielle estuvo a punto de morir —responde Harper con un leve siseo—. Claro que me importa.

—¿Desde cuándo? Tú odias a Brielle.

Pero no suena muy convencida. El silencio, si bien breve, me golpea la piel con creciente tensión.

—No sé qué te ha pasado últimamente —dice Isobel con desdén—, pero yo, en tu lugar, me replantearía mis lealtades. Cuanto más asciendes, más dura es la caída. Es importante decidir de quién te haces amiga. Recuérdalo.

Unas botas resuenan por la habitación. Se abre una puerta, que se vuelve a cerrar de golpe.

Un dolor agudo me palpita en el pecho. Abro los ojos con un grito ahogado y me llevo la mano a la herida, pero otra mano la agarra. Una mano de dedos largos, suave como la porcelana. Mi mirada empañada se alza y encuentra a Harper.

—No te toques —dice—; de lo contrario, te volverás a abrir la herida.

Ese rostro de huesos delicados, el pelo color medianoche que le cae sobre los hombros, la piel de una pureza sorprendente,

embutida en un vestido de algodón gris. Parece que ha pasado una eternidad desde la última vez que la vi.

Estudio brevemente el entorno. La enfermería es una sala rectangular ribeteada de catres, limpias sábanas blancas estiradas, tensas, sobre los finos colchones. Bálsamos, brebajes y ungüentos se amontonan en los anaqueles de la pared opuesta. Las cortinas ocultan las ventanas. Somos las únicas que ocupan este espacio.

Aparto la mano.

—¿Qué haces? —Me duele la garganta y me sale la voz ronca y débil. ¿Por qué está sentada Harper a mi lado?—. ¿Dónde está la madre Mabel?

Con calma, Harper alarga la mano hacia el vaso de agua de la mesita de noche. Hay velas que iluminan la habitación con lagunas de luz trémula.

—¿Tienes sed?

Me pone el vaso en la mano. Yo lo contemplo. Agua corriente. ¿Estará envenenada? Puede. Doy un pequeño sorbo. El agua inunda mi lengua reseca. Un trago más largo y luego le devuelvo el vaso, que Harper deja sobre la mesita de noche con la naturaleza amable de un cachorrillo.

—Eso no responde a la pregunta. ¿Qué haces?

—Te estoy ayudando.

Ya lo veo, ya.

—¿Por qué?

Esos ojos color agua de lago se cruzan con los míos.

—¿Y por qué no?

Esta situación ya es demasiado extraña para describirla con palabras.

—Porque mi mera existencia te ofende.

En apenas un segundo, Harper se pone de pie. La confusión le contrae las facciones, pero responde:

—Estás cubierta de vendas, así que te sugeriría que te controlases un poco, no vaya a ser que te desangres y nos causes más problemas a las demás.

Gira en redondo y se dirige hacia la puerta.

Al ver cómo se aleja, me entra el pánico.

—Espera. —Intento enderezarme, pero suelto un grito cuando la piel me da un tirón bajo las vendas—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy herida?

En mi mente no hay más que oscuridad. Ella se da la vuelta y me dedica una mirada de ojos entornados sobre su perfecta nariz.

—¿No te acuerdas?

—Está claro que no.

Su confusión reaparece casi de inmediato. Estoy acostumbrada a la crueldad de Harper, pero rara vez a su incertidumbre.

—Fiona e Isobel te encontraron en los viñedos. Te… —Se detiene. Traga saliva—. La madre Mabel dice que te atacó un oso.

Se me desencaja la mandíbula.

—¿Un oso?

Se acerca a las ventanas tapadas y descorre una de las pesadas cortinas para revelar la cálida luz y la vista de la cima de la montaña. El río Twee es una lejana franja de plata encajada en la ladera de la colina.

—Al parecer, te encontraron justo a tiempo.

Aturdida, me llevo los dedos al pecho, donde más me duele. La herida me parece fresca, como si me la acabasen de suturar.

—¿Seguro que fue un oso? —Rara vez se los ve por la montaña. Lo más seguro es que eviten el poder que emana de su corazón—. ¿Y si fue el pueblo albo?

—Fue un oso. Isobel vio cómo escapaba. —Sorbe por la nariz y se apoya en el alféizar—. Tienes suerte de que te encontrasen a tiempo. Podrías mostrarte un poquito más agradecida.

¿El ataque de un oso? No suena plausible, aunque supongo que cosas más raras han pasado. De pronto, un pensamiento acude a mi mente.

—¿Qué día es?

—Es Día Sagrado. —Harper se toquetea el cíngulo y recorre los tres nudos que lleva a la cintura. Yo parpadeo, conmocionada.

¿Cuándo ha conseguido ser acólita?—. Te trajeron a mediados de semana.

O se ha equivocado o aún no he desterrado la bruma que me empaña los pensamientos.

—¿Y por qué iba a estar yo en los viñedos? —digo—. En primavera no trabajo en los viñedos.

En cuanto pasa el invierno, mi forja permanece encendida la mayor parte del día y hasta altas horas de la noche.

Harper se queda inmóvil.

—Brielle —dice—, estamos en la estación de la cosecha.

—¿Qué? —No puede ser. Estoy segura de que estamos en primavera, la época en que las laderas de las colinas explotan de color bajo la escarcha—. No me gusta que me engañen.

Bastante grave es haberme despertado en la enfermería sin ningún recuerdo de cómo he llegado aquí. Pero esto es cruel hasta para Harper, que ahora mismo suspira.

—¿Y por qué te iba a mentir?

Hubo una época en la que el menor desplante contra ella tenía como consecuencia un ataque de furia. Ahora la tranquilidad de Harper me pilla desprevenida. No reconozco a esta mujer serena.

—No sé. Porque es lo que haces: mientes y urdes planes siniestros.

Un dolor evidente oscurece su mirada.

—Fíjate bien.

Hace un gesto hacia la ventana abierta. Las hojas de Carterhaugh ya se han tornado rojas, y los bordes empiezan a ponerse marrones. El glorioso lustre del otoño. Mi corazón da un latido enfermizo. Cualquier intento de recordar me estrella contra un bloqueo mental que soy incapaz de romper.

—¿He sufrido alguna herida en la cabeza? —Eso explicaría la pérdida de memoria.

—Que yo sepa, no, pero has estado inconsciente unos cuantos días. La herida es en el pecho.

—No recuerdo nada. —Se me tensa la voz—. ¿Por qué no recuerdo nada?

Con los brazos cruzados sobre el estómago, Harper me estudia desde el lugar que ha ocupado junto a la ventana.

—Por desgracia, no tengo respuesta alguna para ti.

Pero alguien ha de tener respuestas. Si no es Harper, será la madre Mabel. Y si no es la madre Mabel, pues Isobel, o Fiona, o alguna de las mujeres que trabajaban ese mismo día en los viñedos.

—¿No te parece extraño que me atacasen? ¿O que no recuerde lo que pasó?

Harper coge un ramito de cebada del alféizar y gira el tallo entre las puntas de sus dedos para luego dejarlo volar al viento.

—Es extraño, lo admito. Pero seguro que hay una explicación. —No es capaz de mirarme a los ojos—. Espero que no sea permanente —añade—. La pérdida de memoria, digo.

Yo la contemplo hasta que el silencio se vuelve incómodo. Parece preocuparle mi bienestar, aunque ambas sabemos que eso no es posible. Y también está la extraña falta de ansiedad que siento ahora en su presencia. No comprendo nada.

Harper carraspea y se aparta del alféizar.

—Si no tienes nada más que decir, le diré a la madre Mabel que te has despertado.

Y, sin más, se marcha y cierra la puerta tras de sí.

Una vez me quedo sola, compruebo en qué estado me encuentro. Conservo todas mis extremidades, dedos de las manos y de los pies. Sin embargo, por más que me esfuerce, no consigo recordar nada. Solo hay oscuridad; un pozo enorme que lo succiona todo. Nada vive en su interior.

¿Quiénes somos sino nuestros recuerdos?

Me tiemblan las manos, pero no puedo evitarlo. El sueño restablecerá aquello que se ha perdido, cubrirá las lagunas, desenterrará las antiguas sendas. Cuando amanezca, el mundo volverá a estar bien, todo tendrá sentido.

Aparto la manta que me cubre el regazo y levanto con cuidado el suave camisón blanco que me han puesto. Tengo las piernas llenas de cardenales, rozaduras por toda la piel. Necesito ver hasta qué punto es grave la herida, lo cerca que he estado de darle la bienvenida a la muerte. Una venda de buen tamaño me cubre el vientre y el pecho.

A pesar del dolor, consigo despojarme de la venda. La aparto para revelar la herida, su pulcra sutura. Me quedo helada, me recorre el frío. Sí que es grave. Pero no es eso lo que me provoca tanta inquietud. Es que he visto antes una herida semejante.

Harper se equivoca. No me ha atacado ningún oso: alguien me ha atravesado con una espada.

40

La madre Mabel no viene a verme a la enfermería hasta el ocaso, cuando suena la campana que señala que la cena ha acabado. No llama a la puerta.

Como abadesa, Thornbrook es suyo. Puede formarlo y moldearlo a placer. Aunque esa idea jamás me ha preocupado, algo se crispa en mi interior al ver que entra por las buenas.

—Brielle, ¿cómo te encuentras?

El dobladillo de su alba susurra al rozar el suelo. Por el motivo que sea, no lleva puesta la estola dorada, solo el cíngulo blanco a la cintura. Me tiemblan los brazos de debilidad, pero enderezo el cuerpo apoyada en las almohadas.

—Cansada —susurro.

—Me lo imagino —dice ella en tono de consuelo—. Has pasado por un auténtico suplicio. Tardarás tiempo en recuperarte.

Se acerca a la ventana, en la que los últimos rayos de sol se desvanecen bajo la línea de copas de arce que rodean el perímetro de los muros. Agarra las pesadas cortinas y las cierra de un golpe. Un sudario lúgubre envuelve la sala.

—Maria me ha dicho que te estás curando excepcionalmente bien. A finales de semana deberías estar en condiciones de retomar tus tareas diarias. Pero nada de herrería. —Se acerca al borde de mi cama y ve el plato de comida intacta en la mesita de noche—. ¿No tenías hambre?

Debería estar muerta de hambre teniendo en cuenta que no recuerdo la última vez que comí algo, pero la verdad es que no siento ansia alguna.

—He tenido mucho en lo que pensar.

—Ah, ¿sí?

Su voz es amable. Recuerdo que fue ella quien me crio y quien colocó el manuscrito de gruesa encuadernación del Texto en mis manos. Obediencia, pureza, devoción. La madre Mabel me conoce mejor que nadie.

El agujero en mi estómago, que ha ido creciendo a lo largo del día, es ya profundo y ancho. Sí, la madre Mabel me conoce, o al menos conoce una versión de mí misma, pero ¿la conozco yo a ella? No estoy segura.

—Harper me ha dicho lo que ha pasado —digo, y agarro la manta con fuerza. Es suave y lo bastante pesada como para arroparme bien—. Tengo algunas preguntas.

La madre Mabel toma asiento al borde de mi cama, alisa la manta alrededor de mis piernas y me recoloca las almohadas a la espalda.

—¿Qué preguntas, Brielle?

—Según Harper, estamos ya en estación de cosecha. ¿Cómo puede ser? No recuerdo que haya pasado el tiempo. No recuerdo el ataque ni lo que ocurrió antes. No recuerdo nada.

Ella asiente, con ternura y comprensión en los ojos.

—Es una preocupación lógica. Después de traerte a la abadía, mandé llamar a un médico de inmediato. Tus heridas eran graves. En dos ocasiones estuvimos a punto de perderte. —Su mano derecha tiembla, y cierra los puños enguantados—. Debido a la naturaleza traumática del ataque que sufriste, Maria mencionó la posibilidad de que sufrieras una pérdida de memoria temporal. Es el modo que tiene tu mente de protegerte, para que no recuerdes la experiencia.

Supongo que tiene sentido.

—Entonces, ¿mis recuerdos regresarán tarde o temprano?

El colchón relleno de paja se arruga bajo el peso cambiante de la madre Mabel. No me mira, y me da pánico saber el motivo.

—Podría pasar algo de tiempo hasta que regresen —admite—. Y también cabe la posibilidad de que nunca llegues a recordar nada.

—Entiendo.

He perdido el verano. Una estación entera de mi vida. Esto no está bien. Mi último recuerdo no encaja, es como una hoja sobre un estanque cristalino, algo que podría coger fácilmente. No, he de sumergir la mano y remover el fondo embarrado hasta encontrarlo: una cabeza de rizos dorados, una boca propensa a la risa, ojos verdes. Jamás he visto una cara tan incitante.

La madre Mabel me palmea la mano y salgo de mi estupefacción.

—Intenta no preocuparte —dice—. Cuando llegue el momento, empezarás a sentirte como siempre. Estoy convencida.

—No es eso. —Me paso la mano por el esternón. Las vendas están cubiertas de una costra de sangre. Habrá que cambiarlas pronto—. Harper me ha contado que me atacó un oso, pero se trata de una herida de espada.

—¿Qué te hace pensar eso?

La sequedad con que formula la pregunta tampoco me gusta. Jamás ha dudado antes de mí. Deben de ser imaginaciones mías.

—Los puntos indican que es una línea recta. Un oso habría rasgado la piel, habría dejado múltiples rasgaduras.

Y probablemente me habría matado.

—Brielle —mi nombre en sus labios es una palabra impregnada de compasión. No puedo resistir su atracción—, sé que estás preocupada, pero Isobel vio al oso huir por los campos. —Escruta mi cara—. ¿Estás insinuando que miente?

—No —me apresuro a decir. Por el motivo que sea, la mera idea me deja sin aliento—. No es eso lo que quería decir.

Y sin embargo, la concesión solo sirve para aumentar mi alteración. Quiero creerla. La abadesa de Thornbrook es, por encima de todo, sincera. Pero lo que dice no encaja con lo que he visto.

—Madre Mabel…

—Mataron al oso, ¿sabes? —Su gélido anuncio paraliza mi lengua—. Kilkare mandó a un grupo de cazadores a peinar los bosques. Es muy poco común que se produzca un ataque, pero este oso estaba enfermo, tenía espuma en la boca. Quién sabe lo que habría pasado si no lo llegan a matar.

Tiene todo el sentido. Así pues, ¿a qué viene esta constante inquietud?

—Me… alegro. —Intento sonreír.

—Has experimentado un acontecimiento traumático. Seguramente estás intentando interpretarlo recurriendo a lo que te resulta familiar. Lo que mejor se te da es la herrería, y por eso has hecho la conexión con una hoja.

¿Es eso cierto? ¿Habrá manipulado mi mente la impresión que tengo de la experiencia para soportar el trauma de un ataque que ni siquiera recuerdo? Si de verdad estamos en la estación de cosecha, entonces el diezmo ya ha pasado. Me he perdido ya dos veces la oportunidad de participar. Recuerdo el cíngulo de Harper, los tres orgullosos nudos de su cintura.

—Madre Mabel, ¿puedo preguntaros cuándo fue elegida Harper acólita?

Me duele. Jamás pensé en la posibilidad de que alcanzase el puesto antes que yo. Debe de haber tomado los votos finales durante el verano. Su nombramiento está sumergido en el vago estanque que contiene mis recuerdos perdidos.

—Fue hace poco, apenas unos meses. —Frunce el ceño, de pronto preocupada—. ¿Te molesta? Sé que albergabas grandes esperanzas al respecto, pero has de ser paciente. Tu hora llegará.

La posibilidad no despierta alegría alguna en mi interior, lo cual solo consigue aumentar mi confusión. Llevo diez años esforzándome por alcanzar esta meta.

La madre Mabel suspira y se pone de pie.

—No te fuerces. Descansa unos días más. Estoy segura de que regresar a tu rutina te ayudará. —De camino a la puerta, pregunta—: ¿Quieres que te traiga el Texto para tus lecturas nocturnas?

Es ahora cuando me doy cuenta de lo mucho que estoy apretando las sábanas con los puños. Con cierto esfuerzo, abro los dedos y los aflojo sobre el regazo. La luz de las velas mengua, el

pabilo y su llama se ven ahogados por un charco de cera derretida. Se me hace extraña la idea de rezar, pero asiento de todos modos.

—Gracias.

La madre Mabel vuelve con el manuscrito encuadernado en cuero y lo deposita en mi mesita de noche. Tras una breve despedida, me veo de nuevo sola, bañada por la luz moribunda. Aunque el brillo del cuero aceitado me llama la atención, no entono mis plegarias en voz alta. Tampoco rezo al día siguiente. Ni al siguiente.

41

Cuatro semanas después de mi ataque, regreso a mi rutina diaria. Por las mañanas hay rezos, el desayuno, rocío frío sobre las hojas de hierba. Y luego, tareas: desbrozar los jardines, fregar ollas, arreglar carretillas, cortar verduras para el almuerzo. Cuando el aire tenebroso refresca, me retiro a la forja para disfrutar de un momento de paz entre la amalgama de herramientas y metal medio cocido. Quince días más, y podré volver a forjar. Órdenes de la médica.

La noche solo me depara un sueño fracturado en mi catre estrecho y delgado. Sueño con un vestido esmeralda, con unas manos que me agarran de la cintura. A veces enciendo un candil y lo cuelgo de mi ventana, aunque no sé por qué.

Ya sea dormida o despierta, no siento ni paz ni claridad. Thornbrook se ha apagado, sumido en una penumbra perpetua y deslucida. No he recuperado mis recuerdos. Le cuento mis preocupaciones a la madre Mabel, que se limita a decir:

—Espera un poco, Brielle. Aún te estás recuperando.

Una mañana, cuando suena la campana que anuncia el desayuno, sigo a mis compañeras, que recorren los pasillos a toda prisa, ansiosas como cachorrillos en pleno juego. Me giro hacia el claustro y se me eriza el vello en la nuca. Aminoro la marcha en contra de mi propia voluntad. No es la primera vez que siento la presencia de una persona más allá de la vista.

No, la primera vez fue dos días después de recibir el alta de la enfermería. De camino a la forja capté de reojo un movimiento. Me giré y vi una figura que saltaba por encima de un muro de piedra.

Más tarde, esa misma noche, me pregunté si no me la habría imaginado.

Tres días después volví a captar un movimiento: unas piernas largas y esbeltas y unos rizos castaños. Nadie parecía haber visto nada extraño, así que no le hablé a nadie de mis sospechas. Me temo que la locura no haga sino acentuarse.

Soy la última que llega al desayuno. Me fijo en que Harper ya no se sienta al lado de Isobel. Es la tercera semana que come sola. Sin Isobel a su lado, nadie soporta su compañía. Al menos, mi soledad la elijo yo.

El desayuno termina tan rápido como ha empezado. Según el horario, esta mañana me toca recolectar verduras. Tengo ganas de pasar tiempo fuera, de volver a acostumbrarme a la tierra. El día está cálido y soleado, hay esponjosas nubes blancas en el cielo azul. El aire me sopla levemente sobre el vestido de algodón.

Por desgracia, me han emparejado con Harper para las tareas del día. Ella me observa desde su asiento en un banco de madera bajo uno de los arces que rodean el herbario. Resulta extraño verla sentada en lugar de en pie, plantada con actitud decisiva y agresiva. Sus ojos se cruzan con los míos brevemente y luego se apartan.

Normalmente, mi ansiedad aumenta en presencia de Harper, pero ahora me palpita el corazón con un ritmo plácido e imperturbable. Quizá por eso decido reconocer su presencia.

—Buenos días.

Aún me pregunto qué hacía en la enfermería cuando me desperté. Fue la única que me visitó mientras me recuperaba.

—Buenos días —murmura ella.

Tras echar mano de un cesto, una pala y unos guantes, me agacho ante uno de los grandes parterres y empiezo a extraer zanahorias tirando de sus ralas matas verdes y a meterlas en el cesto. Por lo que sea, últimamente me olvido de los guantes. Sorprendentemente, no siento la necesidad de ponérmelos. Admito que disfruto de la variedad de texturas sobre mi piel. Me deleito con cada una.

Acabo una hilera y empiezo con la siguiente. La atención de Harper me abrasa más que el sol a mi espalda. Aun así, me centro en la tarea. Si quiere hablar conmigo, tendrá que dar el paso ella misma.

La tierra me ennegrece las uñas y me rocía los muslos. Una vez terminado el primer parterre, paso al siguiente. Quizá no recuerde mucho, pero esto sí: el modo en que la tierra cede ante mis dedos, la sensación de liberar las raíces de un tirón.

—¿Qué tal va la recuperación?

Doy un respingo y dejo caer un puñado de zanahorias. Harper recolecta en un parterre adyacente, con el pelo recogido en una coleta y el rostro empapado de sudor. Por una vez, su estado calamitoso no le importa.

Recojo las zanahorias que se me han caído.

—Tengo algo de dolor, pero aparte de eso, me encuentro bien. —Las dejo caer en el cesto.

—¿Te ha dicho la madre Mabel que mataron al oso?

—Sí.

Harper comparte mi alivio y asiente con demasiado entusiasmo.

—Me alegro de que nadie más haya resultado herido.

«No fue ningún oso», estoy a punto de decir, pero ¿y si me equivoco? Ahora que mi herida está curada, me pregunto: ¿ha sido de espada, como creo, o se habrá alterado mi percepción, como afirma la madre Mabel? Tengo tan pocas respuestas como hace semanas.

Imagino que hasta aquí llega nuestra conversación, pero Harper me sorprende al añadir:

—Si estás cansada, puedo acabar de recolectar yo. No hay problema.

No confío en sus intenciones. Un ratón no se adentra voluntariamente en el nido de una serpiente.

—¿Por qué finges que te preocupas por mí? —pregunto, incapaz de contener la frustración.

—No te estoy engañando. Te lo juro.

Miro a Harper. Primero lo de la enfermería y ahora esto.

—Eso dices tú, pero siempre me has tratado con desdén.

—Lo sé.

Al menos tiene la decencia de parecer arrepentida.

—Entonces, ¿por qué?

—Según el Texto…

—Venga ya. —Se está burlando de mí—. Ni que te importase a ti el Texto.

Vuelvo a arrancar zanahorias. La tierra salpica por todas partes.

Harper guarda silencio.

Una vez tengo el cesto repleto de verduras, voy al cobertizo a por otro. Harper se mantiene arrodillada en su sitio y se contempla las manos enguantadas. El vestido gris desdibuja su pequeña silueta. Si no me equivoco, ha perdido peso últimamente. Suspiro y echo otra zanahoria a la pila. Luego pregunto:

—¿Te he ofendido?

Ella frunce el ceño y se limpia la tierra oscura de las manos.

—Supongo que nunca me he dado cuenta de hasta qué punto desprecio a los demás.

¿Acaso espera una disculpa?

—La culpa es algo terrible. —La contemplo con paciencia limitada.

Sus mejillas sudadas se sonrojan levemente. Baja la vista al suelo.

—He tenido que enfrentarme… —inspira hondo— a ciertas verdades incómodas sobre mí misma. En concreto, a que mi comportamiento era dañino para la abadía y para nuestras compañeras.

—No me digas.

Ella entreabre la boca y luego vuelve a cerrarla.

—No recordaba que fueses tan sarcástica —dice con los ojos azules entrecerrados.

Yo me encojo de hombros. He malgastado buena parte de mi vida obsesionándome con la opinión que tuviese Harper de mí, pero sus insultos han dejado de dolerme. Me gusta pensar que he

evolucionado. Sin embargo, queda un misterio que me gustaría aclarar.

—¿Cómo es que ya no sois amigas Isobel y tú?

Desde que llegué a Thornbrook, parecían muy unidas. Es difícil ir por la vida sin amigos.

—A decir verdad, no estoy segura. Creo que hemos cambiado, ahora somos dos personas diferentes. —Frunce el ceño—. Le pregunté a Isobel qué había pasado entre las dos. Me dijo que yo había cambiado.

No recuerdo el cambio. Quizá sea por mi laguna mental.

—¿Y tú crees que has cambiado?

Harper muestra una innegable suavidad de la que antes carecía. Una vulnerabilidad nueva a la que doy la bienvenida.

Ella deja la pala en el cubo con un repiqueteo.

—Es difícil ver los cambios desde dentro, ¿verdad?

Palabras sabias de una mujer que yo estaba convencida de que carecía de la menor autoconciencia. Harper tamborilea sobre su pierna con un dedo, con evidente vacilación, y luego:

—¿Has recuperado la memoria?

—No.

Todos los días hurgo en mi mente en busca de alguna llamita de reconocimiento, un ancla que pueda usar para estabilizarme. Pero… nada. Harper asiente, como si fuese de esperar. Sin embargo, algo en su expresión me llama la atención y se niega a soltarla. Ella baja la voz para que no se propague hasta los muros atestados de musgo y dice:

—La verdad es que yo también tengo ciertas lagunas en mis recuerdos.

Con cuidado, dejo el cesto a un lado. Paseo la vista por el herbario; estamos solas en este jardín amurallado de pulcras hileras de parterres.

—¿Estás segura?

No le he contado a nadie mis sospechas sobre la herida de espada. No quiero que lleguen a oídos de la madre Mabel.

—Sí.

—¿Participaste en el diezmo?

Eso podría explicarlo… La memoria de quienes participan queda borrada.

—Creo que sí. —Harper se arrodilla a mi lado. Extiende la mano y señala la cicatriz que tiene en la palma y que evidencia que participó—. El problema es que no recuerdo nada del diezmo, ni de los meses anteriores. Ni siquiera recuerdo cuándo fui elegida acólita. —Se señala el cíngulo, con su trío de nudos—. ¿No debería recordar la ceremonia, o al menos la misión que me encomendaron para demostrar que era digna del puesto?

Tiene toda la razón.

—¿Qué más has olvidado?

—Mi amistad con Isobel. —Mientras habla, empieza a arrancar brócolis maduros de sus tallos—. Si echo la vista atrás, no recuerdo ningún momento concreto en que discutiésemos. Casi parece que un día me desperté y decidí que ya no quería ni disfrutaba de su compañía. A ver, hemos sido amigas durante años. ¿Por qué iba a cambiar tan repentinamente de idea sin motivo?

Otro dato muy válido.

—Pero, sobre todo, se trata de cómo me siento… aquí. —Se lleva una mano al corazón—. Contemplo Thornbrook y me siento cambiada. ¿Lo entiendes?

Lo entiendo mejor que nadie. Y ya que ha admitido sus recelos, me siento cómoda compartiendo con ella mi propia experiencia:

—Yo creo que alguien me vigila.

Harper se queda inmóvil, con un trozo de brócoli en el puño.

—¿En serio? ¿Quién?

Al menos no afirma que he perdido el juicio, aunque desde luego es una preocupación que yo misma he albergado.

—No lo sé. Creo que se trata de un hombre. —La anchura de hombros, la altura y las caderas estrechas—. No distingo sus facciones, jamás se acerca lo suficiente.

—¿Lo has visto dentro de la abadía?

—Dos veces, de camino a la forja.

Y esta mañana, yendo a desayunar, aunque en ese momento solo he sentido su presencia. Hay un hombre vigilándome. ¿Qué quiere? No le he hablado a la madre Mabel de mis preocupaciones. Ya no confío por completo en ella.

Harper parece tremendamente inquieta, porque no se permite la entrada a ningún hombre en la abadía.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

Me siento atrapada. Estancada. No estoy segura de qué camino seguir. Ella frunce el ceño y dice:

—Rezaré para que recuperes la memoria… y para que la recupere yo también.

Lo que necesito no son sus plegarias, sino esa verdad tan esquiva. Pero asiento, agarro el cesto y sigo recolectando zanahorias hasta que suena la campana del mediodía.

42

Kilkare se está desperezando cuando llegamos al mercado para montar el puesto. Pronto los aromas a caramelo y carne asada saturan el aire, y el color ilumina el camino. Los puestos están abarrotados.

En la primera hora vendo cuatro cuchillos. A mediodía, tres dagas más han desaparecido de mi colección. Lo que me sorprende es la cantidad de gente que pregunta por mí. Aunque no lo recuerdo, han pasado meses desde la última vez que vine al mercado. Me preguntan cómo he estado, si me encuentro bien. Se interesan por mis estudios y preguntan si algún día aceptaré encargos de particulares: cuchillos, hachas, espadas. Me lo he pensado, pero Thornbrook es lo primero.

—Lo entiendo —dice Gabe, el panadero de la aldea, con una sonrisa—. Pero si cambias de idea, puedes considerarme tu primer cliente.

Me tiende una pequeña cajita para pastas que contiene cuatro tartaletas de frambuesa como cuatro frutos maduros listos para ser arrancados de su árbol.

Unos cuantos puestos más adelante, Isobel clava la vista en mi regalo. Lleva las trenzas sujetas en una cola baja. Saco una tartaleta, cuyo glaseado blanco me mancha los dedos, y me la meto en la boca sin dejar de mirarla a los ojos. Ella me mira con desdén y luego sigue con sus tareas.

—¿Eres la herrera de la abadía?

Una figura baja y encapuchada se acerca a mi mesa. Miro a mi visitante, con el ceño fruncido.

—Así es.

La figura se quita la capucha. Yo ahogo una exclamación y me echo hacia atrás. Es una mujer baja y cimarrona, de piernas espigadas y dedos largos y huesudos. Lleva un chaleco desgastado por encima de un fino vestido blanco. Sus ojos, pétreos y opacos, se tragan la luz del día. Una mirada antigua, astuta, a pesar de su apariencia infantil.

Una integrante del pueblo albo. Yo pensaba que no podían atravesar las puertas de hierro de Kilkare, pero supongo que son capaces de llevar a cabo encantamientos que los protejan del hierro y hasta de la sal.

Vuelvo a fruncir el ceño y ella me sigue clavando la mirada. El peso de mi daga me recuerda que no estoy indefensa.

—¿Puedo ayudarte en algo?

No creo que vaya a atacarme a plena luz del día, aunque se sabe poco de los miembros del pueblo albo y de las razones que los mueven. La mujer diminuta hace un puchero con el labio inferior.

—¿No me recuerdas, cariño?

—Lo siento, pero debes de confundirme con otra persona.

Busco a la madre Mabel por el rabillo del ojo. No la he visto desde nuestra llegada hace horas.

—Así que lo que cuentan es cierto —susurra. Un mechón de cabello níveo le acaricia la barbilla—. Nos has olvidado.

Yo me envaro y le dedico una larga mirada a esta visitante indeseada que afirma conocerme. Pienso en los meses que he perdido, en el conocimiento que se ha desvanecido.

—¿A quiénes he olvidado?

—Al pueblo albo, por supuesto.

Unos puestos más adelante, una de las mercaderes textiles emite un graznido de puro gozo al cerrar una venta. Yo, por mi parte, no me muevo.

—¿Nos conocemos?

—Claro que sí. Fuiste un encanto. —Me repasa de arriba abajo con la mirada, que se detiene un poco más en mi cabello rojo—. ¿Estás comiendo bien? Pareces haber menguado. —Alarga la mano

por encima de la mesa y me toca la barbilla con un dedo huesudo—. ¿A quién he de matar? ¿De quién me vengo por tu falta de peso?

El corazón me retumba dentro del costillar. Se dirige a mí con demasiada familiaridad para que este sea un encuentro fortuito.

—No es necesario vengarse de nadie —grazno, y me pongo fuera de su alcance. Algunos clientes le lanzan una mirada abiertamente hostil a la criatura, pero la mayoría de la gente está demasiado centrada en sus propias compras como para fijarse en ella—. ¿Cuándo nos conocimos? —insisto—. Sufrí un accidente y no recuerdo gran cosa. ¿Éramos…, o sea, somos amigas?

—Amigas no, pero en los meses previos al diezmo tuvimos una relación cordial. —Sonríe y me enseña unas encías podridas—. Por aquel entonces eras muy inocente. Resultabas irresistiblemente atrayente.

Un escalofrío me recorre el cuerpo a pesar del calor. El pueblo albo no puede mentir. ¿Qué es lo que he olvidado? ¿Qué es lo que he perdido en realidad?

—¿Estuviste presente? —pregunto con voz baja y urgente—. ¿Presenciaste el diezmo?

La madre Mabel dice que yo no participé, pero me pregunto si es cierto.

Ella abre la boca para responder cuando, de pronto, la madre Mabel aparece y se lleva a un lado a la curiosa criatura.

—Si no vas a comprar nada —espeta—, sigue andando.

La mujer menuda —ni siquiera sé su nombre— le clava una mirada asesina a la abadesa. Sus dedos largos y engarfiados se toquetean la tela del vestido, y sus ojos negros están teñidos de sospecha.

—Pues, de hecho, estaba interesada en esta hoja. —Señala un diseño reciente que tardé semanas en completar.

—Esa daga es toda de hierro —afirma la madre Mabel—. ¿Cómo esperas enarbolarla? —Como la mujer diminuta no responde, la abadesa inclina la cabeza—. Ya me lo imaginaba. Sigue caminando.

Propina un empujoncito nada amable a la criatura y la desplaza hasta el camino. Cuando se gira hacia mí, me encuentra con el ceño fruncido.

—Brielle —su tono irritado se propaga por el camino atestado de gente—, debes andarte con cuidado con el pueblo albo. No quiero verte caer en alguna de sus tretas.

Mi atención se centra en el lugar donde la mujer diminuta se ha perdido entre la multitud.

—Esa chica…

—No puedes confiar en todos los viajeros con los que te cruzas. —Me agarra del brazo y me conduce por entre el ajetreo del mercado, esquivando carros con habilidad—. La gente es capaz de decir cualquier cosa para ganarse tu confianza. —Cuando llegamos a una zona algo menos atestada, se vuelve hacia mí—. Solo me preocupo por ti. El mundo no es un lugar seguro.

Me recorre una sensación extraña. No me lo creo. No confío en ella. Aparto el brazo que me tiene sujeto y digo:

—Gracias por vuestra preocupación. —Las palabras tienen un sabor desagradable. Amargo, incluso—. La próxima vez, estaré más atenta.

La piel alrededor de los labios de la madre Mabel se tensa.

—Muy bien. Regresaremos pronto, así que te sugiero que empieces a recoger las cosas. Nos vemos en las puertas de la aldea dentro de una hora. No tardes.

Y, mientras se aleja, me pregunto: «¿Cuándo he llegado yo tarde?».



La sensación de inquietud no ha disminuido cuando llegamos a Thornbrook. Pienso en la mujer menuda, una criatura de las profundidades de Infra. Ahora creo que la madre Mabel sabe que tengo alguna conexión con ella y que la despachó deliberadamente. La pregunta es por qué.

Me dirijo a mi habitación para cambiarme para la cena. Cojo ropas limpias para darme un baño y veo el diario, metido entre mis prendas. No he escrito nada desde… La verdad es que no lo recuerdo. Hubo una época en la que escribía todos los días. Este diario ha sido mi madre, mi padre, mi amigo. Deslío el cordel que sujeta la cubierta y lo abro por la última entrada.

Supongo que no hay mucho más que decir. He intentado reprimir este sentimiento, pero no puedo negar lo que hay en mi corazón. La verdad es esta: estoy enamorada de él. No sé qué hacer.

Es una entrada de hace cinco meses.

Me retumba el corazón con tanta fuerza que temo que se me rompa una costilla. Esto no puede ser cierto. ¿Yo, enamorada de un hombre? Puedo contar con los dedos de una mano la cantidad de interacciones que he compartido con algún hombre, y siempre ha sido en presencia de la madre Mabel. Le prometí mi corazón al Padre, aunque estas palabras dicen lo contrario.

Repaso los garabatos apresurados que recorren el áspero pergamino. De ser cierto, ¿dónde está ahora ese hombre? ¿Cómo se llama? ¿Qué cualidades poseía para conseguir que yo rechazase mis votos? Llevo semanas buscando respuestas y aquí hay una pista. Estoy lista para descubrir lo que pasó, aunque me pregunto cuál será el precio.

Me preparo para lo que va a suceder y retrocedo hasta la última entrada que recuerdo, a principios de primavera, y empiezo a leer.

No sé de dónde ha salido este hombre. No estoy segura de cómo proceder.

Frunzo el ceño, confusa. Poca información, demasiado poca. Quizá lo conocí durante una de nuestras visitas a Kilkare. Paso la página.

Tiene unos ojos inhumanamente verdes, como luz que atravesase un cristal tintado. A veces atisbo la oscuridad bajo su superficie. Me pregunto qué será lo que tanto le duele.

Y la siguiente página.

Tras ir a Infra, no puedo confiar en las intenciones del Viento del Oeste. Por desgracia, no me queda alternativa si quiero convertirme en la próxima acólita.

Una brisa agita las hierbas al otro lado de la ventana abierta. Mi corazón me da punzadas compuestas de miedo y de un inexplicable anhelo. El Viento del Oeste. ¿Puede ser este el hombre del que afirmo estar enamorada?

Me siento al borde del catre y sigo leyendo, con la respiración contenida.

Estoy muy enferma. No sé si sobreviviré a esta noche.

La letra evidencia que me temblaba la mano. Esa Brielle tenía miedo. Estaba desesperada. Vuelvo a la entrada anterior.

No me queda alternativa si quiero convertirme en la próxima acólita.

Leo el resto del diario y la información empieza a llenar las lagunas de este verano olvidado. Si lo entiendo correctamente, me eligieron como candidata para demostrar que era digna del título de acólita. Pero fue Harper quien se ganó el honor de serlo. Debió de viajar a Infra conmigo; la misión que nos fue encomendada nos obligó a entrar en el reino bajo Carterhaugh. Si Harper no recuerda haberse convertido en acólita, ¿qué fue lo que pasó realmente en Infra hace tantos meses?

Me tiemblan los dedos con una furia desacostumbrada. Cierro el diario y lo dejo en el escritorio. La madre Mabel ha tenido algo que ver en esto, seguro. Es ella quien decide qué misión debe cumplir una novicia para conseguir el rango de acólita, así que sabe algo que yo no sé. Y en cuanto a mí…, he sido demasiado confiada. Me he limitado a dejar pasar el tiempo, ociosa, amodorrada, a la espera de un cambio. Pero el cambio surge de dentro. No puedo esperar a que venga alguien a afilar mi hoja. Ya basta.

El crepúsculo suaviza las curvas de la larga arcada cuando salgo del dormitorio y giro a la derecha por el claustro. Entro en la casa de la abadesa… antes de que me abandone el valor.

Por debajo de la puerta de su despacho se atisba un resplandor de velas. No llamo. Me siento bien al abrir la puerta de par en par, al hacerme con el poder.

La madre Mabel alza sorprendida la vista del escritorio.

—Brielle. —Me repasa con una mirada crítica: las manos apretadas, la columna envarada, la mirada franca—. ¿Has olvidado algo en la aldea?

—No, madre Mabel, no he venido por nada de eso.

Cierro la puerta tras de mí y cruzo la estancia. Ignoro el asiento vacío que suelo ocupar para hablar con ella. Hoy me quedo de pie.

Con deliberada lentitud, la madre Mabel deja la pluma con la que estaba escribiendo y se endereza en su sillón de respaldo alto. Las cortinas a su espalda están corridas y ocultan el paisaje nocturno.

—Te escucho.

—Quería preguntaros por esa chica del mercado, la que echasteis.

Su expresión desabrida no se altera.

—Ya lo hemos hablado. No se puede confiar en el pueblo albo. Solo estoy cuidando de ti.

—No quiero oír más mentiras.

Ella se tensa.

—¿Disculpa?

Me asusta lo rápido que verbalizo mis exigencias. Soy Brielle, siempre obediente. Brielle, siempre agradable. Brielle, siempre retraída. Brielle, siempre modesta. La madre Mabel dio forma al molde en el que me vertieron, pero ya no tengo que mantener esta forma.

—¿Negáis que me habéis mentido? —Necesito todo mi valor para no acobardarme ante esta mujer que ha desempeñado muchos papeles en mi vida: mentora, madre, maestra, guía. Yo confiaba incondicionalmente en ella. Pensaba que no podía obrar mal.

—Tendrás que ser algo más específica —dice ella con voz entrecortada—. A fin de cuentas, no soy capaz de leer mentes.

Tiene razón.

—Quiero saber qué pasó durante el diezmo. Sé que he estado en Infra. Sé… —Esto también hay que decirlo—: Sé que tuve relaciones con un hombre y que le entregué mi virginidad.

Y según el diario, no me arrepentí.

Sus ojos oscuros llamean y mis dedos se crispan en dirección a la daga que llevo a la cintura. Tras el escritorio, en la pared, cuelga una hermosa espada. Su hoja atrae la calidez de la luz de las velas, casi parece absorberla. Jamás he visto esta espada antes. Apenas puedo apartar los ojos de ella.

Con una sonrisa tensa, la madre Mabel deja los documentos a un lado.

—Tienes que entenderlo. Todo lo que hago por vosotras, por Thornbrook, lo hago para asegurarme de que queda un refugio aquí para quienes lo necesiten. ¿Qué tipo de abadesa sería yo si no hiciese todo lo que está en mis manos para perpetuar su bondad, su ternura, para con todos?

Ya he oído esta cantinela. Es una trampa dentro de otra, una distracción, una evasión, diseñada para insuflar dudas en mis pensamientos.

—Ojalá las cosas hubiesen salido de otra manera, Brielle. De verdad que me gustaría…

—Basta. —Hago un aspaviento con la mano—. Estáis esquivando el tema. ¿Negáis que me habéis mentido?

Y la madre Mabel dice:

—No lo niego.

Se me encoge el corazón, como una piedra, y retrocedo un paso. La abadesa de Thornbrook predica la moralidad, pero no con el ejemplo. ¿Es que no puedo confiar en ninguna figura materna en mi vida?

—Quiero saber qué pasó durante los meses de verano —digo—. Me lo merezco.

Ella me mira un largo rato, pensativa. Me temo que se va a negar. Tiene todo el derecho a negarse.

—Está bien. —Apoya las manos sobre el escritorio, los dedos entrelazados—. Resumiendo, entraste en Infra sin mi permiso. La obediencia: el primer voto que rompiste.

Reprimo el impulso, la necesidad, de inclinarme, de doblar la columna ante su desaprobación. La mirada de la madre Mabel es implacable, pero no pienso doblegarme.

—Según las entradas de mi diario, fui seleccionada para competir por el puesto de acólita. Supongo que vuestra misión me llevó hasta Infra. ¿Cómo pude romper mis votos si entré en Infra siguiendo vuestras órdenes?

—Esa no fue la primera vez que entraste en Infra, Brielle.

Me quedo callada. Infra. Es un recuerdo que no puedo ver, oír ni paladear. Su identidad está obstruida bajo un velo de olvido.

—Infra te tentó. Lo vi en tus ojos. Estuviste a punto de morir durante el diezmo. En otras circunstancias, habrías muerto.

Así que es cierto que estuve presente en el diezmo, aunque no lo recuerde.

—¿Cómo sufrí la herida?

—Una espada. —Sus palabras tiemblan—. Tuviste suerte. Podría haber sido mucho peor.

Mi atención vuela a la hoja que cuelga de la pared, a su pomo incrustado de rubíes.

—¿Quién me atacó? —No sabía que tenía enemigos.

Un lento resoplido escapa de los finos labios de la madre Mabel. Tarda otro instante en responder.

—La misión que os encomendé a ti y a Harper era difícil. Os pedí que buscaseis la famosa espada Meirlach, que luego empleé para matar a Pierus, el Rey Orquídea.

La luz y la sombra toman forma alrededor de ese nombre: el Rey Orquídea.

Un fantasma en el ojo de mi mente.

—¿Esa es la espada? —Señalo el arma—. ¿Meirlach?

—Sí. Yo estaba batiéndome en duelo con el Viento del Oeste cuando tú interviniste. No te vi, y cuando me di cuenta de lo que había sucedido, ya era tarde. —Sus ojos oscuros se cruzan con los míos—. Fui yo —susurra—. Fui yo quien te atravesó.

Admite haberme atravesado con la espada, pero yo no siento nada. No me siento traicionada, no me duele el corazón. Toco la cicatriz de mi pecho.

—Debería estar muerta.

—Tal y como he dicho, estuvimos a punto de perderte.

La madre Mabel sigue reteniendo información, como siempre ha hecho, pero de momento lo dejo pasar. Tengo otros asuntos que discutir.

—¿Quién es el Viento del Oeste?

Una vez más, la he pillado con la guardia baja. Cambia de postura en la silla y mira por la ventana, pero se encuentra con las pesadas cortinas que bloquean el paisaje. Sus dedos tamborilean sobre el escritorio.

—Un hombre a quien pienso que amabas —dice, y se gira hacia mí—. Aunque ya da igual. Se ha ido.

¿Quiere decir que ha muerto? Mi mano descansa contra mi pecho, desde donde se propaga el dolor.

—¿Y qué pasa con Harper? —Porque si a ella le cuesta ubicar sus recuerdos, es que también se los arrebataron—. A ella también le fue encomendada la misión, pero no lo recuerda.

La boca de la abadesa se crispa con desagrado reprimido.

—Harper debe centrarse en sus deberes como acólita recién nombrada. Pensé que sería mejor que sus faltas del pasado no le cobraran un precio. Quienes participan en el diezmo no recuerdan nada después, como bien sabes. No quiero que mis protegidas recuerden los horrores que yo misma presencié durante siete largos años. Maria consiguió un tónico especial que limpia la mente, como ella misma afirma. Harper también se vio atrapada en las redes del Viento del Oeste. Al despojaros a las dos de vuestros recuerdos, esperaba poder hacer borrón y cuenta nueva.

—No teníais derecho —espeto.

—Lo siento, Brielle. De verdad que lo siento. —Se pasa las palmas de las manos por el frontal de la estola dorada. En un extremo se aprecia un largo remiendo, como si lo hubiesen rajado hace poco—. Tus experiencias te cambiaron y no quería que regresases convertida en una mujer confundida y angustiada.

—¿A qué os referís?

—Le diste la espalda al Padre.

El golpe acierta justo donde ella quería. Pero yo no me encojo. La madre Mabel se equivoca. No le he dado la espalda al Padre. Ha sido ella quien me ha dado la espalda a mí.

Con ademanes fríos y desapegados, la abadesa prosigue:

—Dices que has tenido relaciones con un hombre, pero para ser acólita es necesario hacer gala de pureza, tanto de mente como de cuerpo. Mi conciencia no me permitiría darte el puesto de acólita.

Así pues, esa puerta queda oficialmente cerrada.

Esperaba sentir una oleada de dolor desgarrador, pero mis pies siguen firmes en el suelo. La madre Mabel me ha quitado la oportunidad de tomar mis votos finales, pero lo cierto es que ya no quiero entregarme por completo al Padre. Quiero darle parte de mí, y de mi vida, sí. Pero más allá de los muros de Thornbrook espera un mundo entero, y me muero de ganas de explorarlo.

—Comprendo —replico con calma—. Por si sirve de algo, creo que hacéis lo que pensáis que es lo correcto, aunque estéis equivocada. Lamento informaros de que no asistiré a la misa de esta noche.

Ella se detiene, con una mano encima del Texto. Antes incluso de hablar, ya siento su desaprobación, como una ráfaga de podredumbre que recorriese la habitación.

—No te sigo. ¿Acaso te sientes mal?

—No, madre Mabel. —Resulta sencillo sentirse pequeña en su presencia, ante esta mujer que se sienta cerca de nuestro dios, pero yo ya no me doblego ante su voluntad, como antes—. Tengo que hacer las maletas. Me marcho de Thornbrook.

Ella abre la boca y luego la cierra tras un momento de indecisión.

—¿Hay algún motivo por el que sientas la necesidad de dejarnos? ¿Es que tu conexión con el Padre ya no es lo que fue en su día? —No me da la oportunidad de defenderme—. Aunque ya no seas Hija de Thornbrook, entiendo que esta es tu casa. Haré una excepción y te permitiré quedarte en la abadía siempre y cuando continúes con tus labores como herrera.

Ah, alguien necesita que le sigan forjando hojas, ¿verdad? La madre Mabel me ha mentido, pero esa no es la raíz del problema.

—A decir verdad, siento que la abadía se me ha quedado pequeña.

Su mano se curva sobre el tomo.

—¿Cómo que pequeña?

He herido su orgullo, tal como imaginaba.

—Madre Mabel…

—¿Te he ofendido de alguna manera, Brielle?

La inquietud que he intentado reprimir revive con fuerza. Sabía que no resultaría sencillo informar a la abadesa de mi decisión, pero había subestimado hasta qué punto ha sido una influencia poderosa en mi vida. Una pequeña parte de mí aún ansía su aprobación.

—No, madre Mabel. Es que me he dado cuenta de que el modo en que yo entiendo la fe ya no tiene nada que ver con Thornbrook.

Frunce el ceño, adoptando así una expresión de suma dureza.

—Entiendo. —Me recorre con la mirada en busca de alguna grieta, alguna debilidad, alguna duda—. ¿Cuándo has tomado la decisión?

No ha sido a la ligera. Desde mi recuperación, he puesto en duda mi lugar en Thornbrook. Me he hecho todas las preguntas difíciles: ¿Quién soy? ¿Qué quiero por encima de todo? Descubrir la traición de la abadesa solo ha servido para afianzar mi decisión.

—Eso da igual —digo—. No voy a cambiar de opinión.

—¿Y qué vas a hacer ahí fuera? ¿Adónde vas a ir? —La tensión es palpable en su voz. Aprieta tanto la boca que se le ponen blancas las comisuras—. El mundo no es un lugar agradable para las mujeres.

¿En tan baja estima nos tiene a mí y a mis logros?

—Tardaré algo de tiempo en orientarme —digo con palabras afiladas—, pero tengo un plan.

El viaje hasta Kilkare durará un día. Allí contactaré con mi antiguo mentor herrero. No tengo la menor duda de que me contratará. En uno o dos años, espero que mis ahorros me permitan abrir mi propia forja.

—Pero ¿tú te has oído? —dice ella—. No tienes dinero ni modo alguno de buscarte la vida. Una vez que salgas de Thornbrook, yo ya no podré protegerte.

Alzo la barbilla.

—¿Queréis protegerme o controlarme?

Ella tensa las fosas nasales y endereza la columna. Me vale como respuesta.

Suelto el aliento y abro los puños a los costados. Quizá he sido injusta. Estoy convencida de que la madre Mabel se preocupa por sus protegidas. A mí me dio un hogar y un propósito cuando no tenía ni una cosa ni otra.

—No os preocupéis por mí.

—Brielle…

—Gracias —digo— por ponerme una espada en la mano. Es algo que jamás podré compensaros.

—Puedes compensármelo —dice ella entre dientes— quedándote aquí, donde pueda mantenerte a salvo.

Mantenerme a salvo. Mantenerme pequeña, reducida. Desde mi punto de vista, no hay diferencia alguna.

—Voy a salir al mundo, madre Mabel —afirmo, y me dirijo a la puerta—. Hace tiempo que mi vida debería haber comenzado.

43

—¿Estás segura? —pregunta Harper mientras guardo el resto de mis pertenencias.

No es mucho. Un puñado de ropa y calzado: zapatillas para la misa, botas para el trabajo. Mi diario, mi posesión más preciada, cada palabra de dolor, vergüenza y miedo. El pequeño cesto que contiene los bálsamos de mi madre. Y, por último, el Texto, con las páginas gastadas. Aún puedo aprender mucho de sus enseñanzas.

—Sí, estoy segura.

Mi mochila, que descansa a los pies de mi catre, está solo medio llena. Verla me entristece. He vivido aquí diez años, pero hay poco que me pertenezca.

—¿Y no tienes miedo?

Me giro hacia Harper. Con los brazos cruzados, está apoyada en el alféizar. El verde manantial que es Carterhaugh está enmarcado a su espalda. La he malinterpretado. Ahora lo veo.

—Sí, tengo miedo. —La idea de cruzar los portones de Thornbrook para no volver jamás me acelera el pulso—. Pero el miedo me recuerda que aún me quedan kilómetros por recorrer en este viaje.

—¿Hasta Kilkare?

Tuerzo la boca y me pongo una mano sobre el esternón.

—No, sobre este viaje.

Quizá esta travesía me ayude a aceptar que me abandonaron. Puede que el dolor de perder a mi madre siempre me acompañe, pero eso no significa que yo no pueda crecer y minimizarlo. No significa que fuera culpa mía.

Harper frunce el ceño, dubitativa. Una expresión que conozco bien.

—Siempre supe que había algo extraño en ti.

Reprimo una sonrisa. No sería una despedida en condiciones sin alguna pulla no solicitada por parte de Harper.

—Te escribiré —digo, y me afianzo la mochila a la espalda una vez que el Texto está guardado a buen recaudo en su interior—. Y siempre puedes venir a visitarme una vez que encuentre alojamiento permanente.

Ella vacila y luego parece tomar una decisión.

—Esto no será lo mismo sin ti.

—Harper —la chincho en un intento de relajar el ambiente—, ¿estás diciendo que me vas a echar de menos?

Ella sorbe por la nariz.

—No he dicho tal cosa.

Por la ventana abierta veo a la madre Mabel, que cruza los terrenos exteriores hacia la iglesia. Con las manos dentro de las voluminosas mangas de la túnica, se desliza como un fantasma por la hierba. Harper se fija en mi mirada y pregunta:

—¿Qué piensa la madre Mabel de tu partida?

Mi corazón aún no se ha curado de su traición. Está hecho pedazos que me infligen dolor cada vez que inspiro. Me duele. Me duelen todas esas mentiras, todos esos sueños que no se hicieron realidad.

Me he planteado contarle a Harper todo lo que ha hecho la madre Mabel, pero a pesar del comportamiento cuestionable de la abadesa, esta ama profundamente Thornbrook. Se preocupa por sus protegidas. Se sacrifica por nuestra fe. Sangra por ella. Thornbrook necesita a la madre Mabel del mismo modo que una planta necesita la luz del sol.

—Está decepcionada —admito—. Tenía puestas muchas esperanzas en mí.

Unos ojos bien abiertos y azules buscan los míos.

—¿Has roto tus votos?

¿Los he roto? ¿O acaso lo único que he hecho ha sido seguir lo que dictaba mi corazón? La pena me pesa sobre los hombros, pero carraspeo e inspiro hondo para estabilizarme. Ni siquiera he cruzado la puerta y ya quiero arrebujarme bajo una manta, hacerme una bola y esperar al siguiente amanecer. La Harper que conozco ahora no es la Harper que conocí en su día. Sea lo que sea lo que le confiese, no saldrá de estos muros.

—Sí, los rompí.

Ella asiente con expresión solemne. Quiero pensar que veo comprensión en ella. Agarro la mochila, me la echo al hombro y me giro hacia Harper. De algún modo, a pesar de vivir como enemigas durante una década, nos separamos como amigas.

—Supongo que esta es la despedida.

Nos contemplamos la una a la otra, no muy seguras de qué hacer. Harper, con su alba blanca y su estola roja eclesiástica, y yo, con mi sencillo vestido gris. Me siento extraña al no tener el cíngulo en la cintura, pero me acostumbraré con el tiempo.

No estoy segura de quién se mueve antes, pero nos abrazamos. Parece muy pequeña entre mis brazos. Pero débil no. Débil, jamás.

—Cuídate —susurra.

Recuerdo las primeras palabras que me dedicó Harper: «Apártate, cerda». Sin embargo, lo que pienso llevarme conmigo es nuestra última interacción. Llego al umbral y Harper me pregunta:

—¿No quieres llevarte el candil?

A mi pesar, contemplo el candil que cuelga de la ventana. Verlo me inquieta. Lo he encendido todas las noches de las últimas semanas; no he sido capaz de reprimir el impulso de hacerlo. No sé por qué.

—Quédatelo —digo, y me apresuro a marcharme.

Después de pasar por las cocinas para llevarme algo de pan y queso, me dirijo al herbario. Algunas manzanas, un puñado de zanahorias, y me podré poner en marcha. Arranco zanahorias del suelo y, en ese momento, siento un hormigueo en la nuca. Mi mano, cerrada sobre las hortalizas, vuela hacia la daga.

Me levanto y giro en redondo hacia el cobertizo. Veo una figura que salta el muro y desaparece de la vista.

Dejo la mochila y corro rauda y veloz por entre los parterres. Salgo en tromba por la puerta lateral que da a los jardines exteriores. Zancadas largas y desesperadas me llevan hasta la entrada principal. La portera me abre la puerta y salgo. Alcanzo a ver el manto esmeralda de un hombre antes de que Carterhaugh engulla su silueta.

Esta vez no se me va a escapar.

Los tacones de mis botas arrancan trozos de tierra y guijarros mientras avanzo ladera abajo. Corro entre raíces traicioneras y terreno húmedo. Es un fantasma, un parpadeo de luz y sombra. Avanza a zancadas de piernas largas por entre los espesos helechos.

—¡Espera!

Me veo obligada a saltar otro árbol caído. Tengo que verle la cara. Tengo que enterarme de cómo se llama. Tengo que preguntarle por qué.

Pero es demasiado rápido. Tiene pies de mercurio, andares impulsados por el mismísimo viento. Mis piernas plomizas golpetean la tierra, me arde el pecho, pero la distancia entre los dos no hace sino crecer.

No obstante, no dejo de correr. Carterhaugh se abre ante mí. La luz del sol atraviesa el dosel de hojas y salpica el suelo repleto de musgo. Irrumpo en un pequeño claro, con la respiración alterada y la tela del vestido empapada de sudor y pegada a la piel. Ahí está el hombre, iluminado por el rocío y el sol, con las manos en los bolsillos. Me mira acercarme a trompicones, cada vez más despacio.

Mi corazón cansado empieza a tronar con energía renovada. Bajo ese manto que le llega a las rodillas, el desconocido lleva una camisola gris y sencillos pantalones marrones. Es el hombre más encantador sobre el que yo haya posado jamás la vista. Tiene una belleza imposible, cálida como la primavera.

Sus ojos son verdes.

Le clavo la mirada. Es poco educado, lo sé, pero no puedo evitarlo. Recuerdo las entradas de mi diario. Recuerdo las noches sin dormir, una mirada como gemas cortadas que destellaban tras mis ojos.

Y hoy soy valiente.

—Me has estado siguiendo —digo con la barbilla bien alta—. ¿Por qué?

Algo sobrevuela su expresión, pero se desvanece en el espacio entre dos alientos.

—¿Sabes quién soy? —pregunta. La voz del hombre posee un timbre que no me esperaba. Su melodiosa y suave resonancia me recuerda al canturreo de un pájaro.

—No. —Doy un paso al frente, con miedo a que eche a correr entre los matorrales—. ¿Debería saber quién eres?

Él traga saliva. ¿Señal de tristeza o de culpabilidad?

—Supongo que no.

Tiene un no sé qué… que me resulta familiar. ¿Es posible que nos hayamos visto en el mercado? Kilkare es la aldea más grande de Carterhaugh, y muchos viajan desde los diferentes asentamientos para comprar mercancías allí.

—¿Nos conocemos? —balbuceo.

Él me estudia durante un momento incómodamente largo. Es como si estuviese desnuda ante él, desprovista de ropa y de piel, incapaz de soportar la intensidad de su escrutinio.

—Me recuerdas a una mujer a la que conocí hace tiempo.

Se me hace un nudo en el estómago. No debe de ser el hombre de ojos verdes de mi diario. Me siento muy tonta y muy decepcionada, pero, aun así, me intriga.

—¿Cómo era esa mujer?

Me acerco otro paso. No debería. Es un desconocido, y yo, una mujer sola en medio del bosque. Esa boca tan bonita esboza una media sonrisa. La luz se refleja momentáneamente en sus ojos.

—Maravillosa.

—¿Y eso?

El hombre se balancea sobre los talones, un movimiento que le desplaza los rizos.

—¿Por dónde empezar? Me enseñó lo que es el perdón. Me enseñó a escuchar cuando lo que yo quería hacer era hablar. Comprendía, quizá mejor que nadie, que la vida es un viaje. Pero, sobre todo, me enseñó a abrir mi corazón y a abrazar un amor más profundo del que he experimentado en siglos.

Parpadeo ante esa frase inesperada.

—¿Siglos? —Se me escapa una risita—. Años, querrás decir. A menos que seas inmortal.

Por la razón que sea, parece ridículamente contento al oír esta última frase. Luego su rostro se altera y toda esa claridad se atenúa.

—Tienes la misma risa que ella.

Habla con una voz agradable, pienso. Ni demasiado áspera ni demasiado grave.

—Por eso me seguías, ¿no? —susurro—. Porque te recuerdo a esa mujer.

—Perdón por asustarte. No era mi intención.

—No me has asustado.

Que piense que me ha asustado me entristece por razones a las que no sé ni ponerles nombre. Su mirada se posa sobre mis manos vacías. Dice:

—Me he dado cuenta antes de que llevabas mochila. ¿Te vas de viaje?

—Me estoy mudando.

Él parpadea, confuso.

—No comprendo. ¿Se llevan la abadía a otra parte?

—No, la abadía no. Me mudo yo. Me marcho de Thornbrook.

Bajo esta luz moteada, el hombre se acerca un poco. Una sombra cubre en parte sus ojos.

—¿Vas a darle la espalda a tu fe?

La mera idea me sacude como una dolencia física.

—No. —El Padre está siempre presente en mi vida. Siempre lo estará. Pero la fe no es un molde en el que esté obligada a encajar.

Tiene la forma del corazón de cada persona—. Me interesa explorar qué forma adopta la fe más allá de los muros de una abadía.

La madre Mabel afirma que estoy cometiendo un error, que soy una obtusa. Resulta que no sabe nada de mí ni de mis habilidades.

—¿Tienes miedo?

Qué raro que este desconocido me haga una pregunta tan personal. Aun así, le respondo lo mismo que le dije a Harper:

—Mucho, sí.

Su expresión se suaviza.

—Hace falta valor para recorrer una senda nueva. Si decides seguir por este camino, creo que acabarás en un lugar mejor.

Su confianza me tranquiliza, por raro que parezca. Esbozo una ligera sonrisa y se hace el silencio entre los dos. No estoy segura de qué decir. No puedo explicar la atracción que me lleva hacia él.

—Bueno —dice el hombre—, no quiero entretenerte.

Nuestras miradas se cruzan y no se apartan. Se me dispara el pulso, porque no quiero marcharme. Conozco a este hombre. Es imposible que no lo conozca. ¿Por qué si no iba a sentir el impulso de permanecer en su presencia? Sin embargo, la realidad es que no sé nada de él. No somos más que dos personas cuyos caminos se cruzan, cuyos viajes han coincidido brevemente.

—Claro. —Me obligo a retroceder un paso y me acerco al borde del claro, por más que me duela—. Que tengas buena suerte.

Traga saliva. Parece que va a hablar, pero al final se limita a mover la cabeza a modo de despedida. Le doy la espalda, dominada por las náuseas. He de regresar a Thornbrook a por mis suministros.

—Brielle.

Me detengo en pleno movimiento. El hombre me contempla con lágrimas en los ojos. Como respuesta, se me hace un nudo en la garganta. No comprendo esta tristeza, este profundo pesar.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Eso da igual —dice con palabras estranguladas, frágiles—. Toma. —Se mete la mano en el bolsillo y saca una esfera de cristal,

un alba perfectamente encapsulada—. Para esas noches oscuras en las que la necesites.

Acepto la esfera, la sostengo en una mano, como sumida en un trance. Conozco este objeto. Conozco las sensaciones contradictorias que me provoca —cristal frío, latido cálido— y conozco la curva que encaja a la perfección en mi mano. Conozco su impoluto beso rosado. Conozco el ruido que hace al chocar contra la piedra, como un tornillo contra una ventana. Conozco su peso tranquilizador en mi bolsillo. Y ahora mismo conozco la sensación que experimento: hasta este momento no me había dado cuenta de lo mucho que lo he echado de menos.

Mis ojos se alzan hacia el hombre que tengo ante mí. Es hermoso. La curva de su mejilla se extiende hasta la mandíbula afilada con barba de varios días, que desciende hasta la piel más oscura de su cuello, bronceada por el sol. Esa mirada y esa boca hechas para reír.

—Céfiro —susurro, pues no puede ser nadie más.

Las lágrimas le corren libres por el rostro.

—Te acuerdas.

¿Cómo no recordarlo? Nuestro primer encuentro en Carterhaugh. El Viento del Oeste, inconsciente. Su presencia sin invitación en mi dormitorio. Mi visita a Willow. Nuestro beso en la cañada. Cada recuerdo desenterrado me provoca un calor creciente que me sube por la garganta y se agolpa tras mis ojos. Yo lo acojo de buen grado. Hay alivio en rendirse a esta sensación, hay alivio en saber que no estaba loca, que lo he encontrado. He encontrado a Aquel que Trae la Primavera.

—Te he echado de menos —susurra Céfiro.

Caigo de rodillas. Lloro tanto que se me corta la respiración. Me cubro el rostro con las manos. Todo salió horriblemente mal. El diezmo. ¿Cómo he podido olvidarlo? Esa batalla final. La muerte del Rey Orquídea. La legendaria Meirlach, que me atravesó el pecho como una brillante estrella de plata.

Me llevo la mano al pecho. Una angustia renovada me recorre por entero. Estoy en el presente y en el pasado, aquí y allí. Soy un

cuerpo desmadejado en el suelo. Soy una mujer rota, de rodillas. Estoy cubierta de sangre, inmóvil.

Céfiro se arrodilla junto a mí y me rodea con sus brazos. Después de tanto tiempo, sigue oliendo a tierra húmeda, a ramos de trébol, a madreselva. Mis lágrimas no tienen fin. Ninguno de los dos habla durante un largo rato.

—¿Cómo es posible? —susurro—. ¿Cómo? ¿Cómo puede ser que estés aquí, que estés vivo? Mi alma salió de mi cuerpo, vi el pacto que hicisteis. Tu vida a cambio de la mía.

—Se cumplió el trato —explica Céfiro—. El diezmo me despojó de mi inmortalidad. Ya no soy un dios.

La conmoción me golpea y se derrama hasta formar un pozo de profunda tristeza. Podría haber sido libre. Y ahora es mortal, carece de poder.

—Dime que no es verdad.

—No puedo —dice él en tono quedo.

—Céfiro.

—¿Por qué te sacrificaste por mí, Brielle? —murmura—. ¿Por qué?

Como si no lo supiera.

—No tenía alternativa. —Un grito repentino me sale de dentro. Me estoy ahogando, las lágrimas emborronan su silueta.

—¡Sí que la tenías! Esa espada tenía que atravesarme a mí.

—¡No! —Lloro aún más y me hundo en las tinieblas—. Te habría matado.

Por el Padre, no quiero volver a experimentar esta impotencia jamás.

—Brielle —Céfiro se echa hacia atrás y me atrapa las manos. Se las lleva a la boca, anegada de lágrimas—, cuando te vi interponerte en el camino de la espada…

Se le quiebra la voz, y los sonidos bruscos y desgarrados de su pesar me rompen por dentro.

—Lo volvería a hacer —digo—. No me arrepiento. —Aquel que Trae la Primavera, que tanto ama sus vientos. Aprieto sus dedos con los míos—. Sé lo que significa el poder para ti.

Él parece algo desconcertado. Ahora comprendo que solo he conocido al Céfiro que fue: un prisionero. Aquí, en cambio, hay arrodillado un hombre libre. Jamás he visto sus hombros tan libres de carga.

—¿Y qué significa el poder para mí, querida?

Una cálida brisa alza los cabellos que me caen por la cara y empieza a despertar a Carterhaugh de su modorra. Control, libertad… Céfiro se había aferrado con todas sus fuerzas a ambos.

—Lo significa todo.

—Brielle —qué tierno es mi nombre en su boca—, fui un inmortal increíblemente poderoso. Fui un dios. Y estaba solo.

Una emoción nueva me hace un nudo en la garganta. Su herida en mi herida. Si pudiese aliviarle el dolor, lo haría. Lo comprendo, de verdad que sí, pero…

—Mejor estar solo que estar muerto.

—Te confieso que no lo veo igual. —Entreabro los labios y lo contemplo, con los ojos desorbitados—. Cuando te vi interponerte en el camino de esa espada —dice Céfiro despacio—, mi corazón se detuvo. Supe lo que llevaba semanas negándome: que mi búsqueda de libertad se había vuelto secundaria. Que ahora lo que buscaba era un hogar, y ese hogar eres tú.

Saber que nuestros corazones están conectados me provoca el más profundo alivio. No tengo palabras para negar su afirmación, pues él también es mi hogar.

—¿Por qué dices cosas tan encantadoras? —lloro—. Eso no está bien.

Jamás he oído nada tan devastador como su risa, que tiene un calor y una adoración que me ablandan las rodillas.

—¿Prefieres que mienta?

—¿Seguro que esto es lo que quieres? —digo entre hipidos—. Tu poder…

Su boca cubre la mía y silencia por completo mis protestas.

—El poder no significa nada para mí. Tú, la mujer a la que amo con todo mi corazón, lo eres todo.

—Pero… —No sería capaz de mentirme. Lo sé—. ¿Estás seguro?

—Jamás he estado tan seguro de nada. —Acuna mi rostro entre sus manos y me enjuga las lágrimas saladas con sus pulgares—. Estaba solo en el mundo, sin fe, pero tú, con esa creencia tan terca y esa convicción tan irritante, trajiste la luz a mi existencia gris. La fuerza de tu corazón, la resiliencia de tu espíritu… Mi querida Brielle, jamás he conocido a nadie como tú.

No sabía que Céfiro me veía como alguien fuerte. Tampoco me había dado cuenta de lo mucho que deseaba que me viese así. ¿Cómo voy a resistirme a un hombre que consigue que me flojeen las rodillas? ¿Cómo puedo resistir la atracción de mi propio corazón? No es posible.

—Céfiro —susurro—, yo también te quiero.

No estoy segura de quién se pone primero en movimiento. Mis brazos le rodean el cuello. Los suyos se cierran sobre mis lumbares y me atraen hacia él. Su boca, la mía. El profundo y abrumador beso de quienes se reúnen. Nuestras bocas juguetean, él atrae la mía entre sus dientes y la chupa con fuerza. Un gemido ronco, hambriento, sale de mi garganta.

Al final soy yo quien se aparta primero. Alzo una mano hacia su mejilla calentada por el sol. Toda mi vida me he preguntado qué era lo que me faltaba. Era esto, aquí, ahora.

Mi corazón es un pajarillo que está listo para abrir las alas.

—Te elijo a ti, Céfiro del Oeste. Te elijo todos los días.

Él apoya la frente contra la mía.

—Y yo te elijo a ti, Brielle de Thornbrook, mientras tenga aliento en los pulmones.

Carterhaugh brilla este día. El Viento del Oeste no es más que un hombre. Un maravilloso hombre mortal con una vida tan larga como la mía. Tenemos el día de hoy, el de mañana, y el siguiente, y el siguiente.

Imaginad cuántas cosas veremos.

EPÍLOGO

En el que el Viento del Oeste intenta planear una pedida

Céfiro lo había planeado todo: las margaritas blancas, las tartaletas de frambuesa, el río iluminado por el sol, los votos.

Cada pieza del puzle había sido hábilmente dispuesta. El plan se desarrollaría sin problema alguno. A fin de cuentas, pedir en matrimonio a la mujer a la que uno ama no es moco de pavo.

Céfiro se preguntó cómo iría el día. Salió del pequeño cobertizo que compartía con Brielle y echó a andar hacia el pueblo. Se había puesto los pantalones entallados, el manto verde y una camisola blanca recién lavada. Por desgracia, desprovisto de sus poderes y con el nuevo peso de su piel mortal, cuando llegó a la plaza mayor de Kilkare ya estaba sudando. Había amanecido hacía poco, pero ya había cola ante la floristería.

Esperó impacientemente para hacer su pedido. Cuando llegó al mostrador, le pidió a Lionel que le apartase un ramo de margaritas, que iría a recoger al final de la jornada. El gruñón de Lionel asintió y apuntó el pedido en un trozo de pergamino.

—Tenemos mucho lío, pero no debería haber problema.

Céfiro se detuvo un instante.

—Son para una ocasión especial —explicó—. Si no me puedes garantizar que las tendrás al final de la jornada, mejor me las llevo ahora.

Era preferible cargar con el ramo que no tener ramo alguno.

—No habrá problema —le aseguró Lionel—. Por otro lado, si fueran rosas… —Se encogió de hombros con aire desabrido—. Te las apartaré para luego. Me las pagas cuando las recojas.

Céfiro consiguió salir de la tienda con dignidad, sin tropezarse en el umbral. Le temblaban las piernas por la tensión de aquel día, la necesidad de que fuese absolutamente perfecto.

Después fue a ver al sastre. Esquivó un par de carromatos desvencijados y a otro par de perros sueltos por la vía principal y llegó a la tienda, pero se la encontró cerrada, con las ventanas echadas. Había un trozo de pergamino clavado en la puerta.

ME HE IDO DE VIAJE. VOLVERÉ DENTRO DE UNA SEMANA.

Céfiro contempló la letra redondeada y oscura.

—Mierda.

Nada de manto, pues. No era un infortunio enorme, pero no había esperado aquel revés. Nervioso, siguió con su lista. Aún había mucho que hacer. Iba a pasarse el día yendo a tiendas, carromatos y puestos para comprar todos los suministros necesarios.

Lo siguiente eran las velas. Sin embargo, al mercader que las vendía se le habían acabado.

Céfiro había conseguido hacerse con una botella de vino bueno, aunque acabó hecha pedazos contra el suelo cuando un perro abandonado chocó contra él en la plaza del pueblo.

Bueno. No pasa nada. Lo siguiente en la lista: un nuevo diario de cuero. Pero Brielle era muy tiquismiquis con los diarios. Prefería el cuero marrón, y el mercader solo tenía diarios encuadernados en cuero negro. Céfiro se fue de la tienda con las manos vacías.

El día tocaba ya a su fin. Céfiro regresó a la floristería a recoger su pedido. Por el camino pasó junto a la puerta de la iglesia. Sus curvas puertas de roble estaban abiertas, y al otro lado se veía el interior, repleto de bancadas y con enormes vitrales.

Mudarse a Kilkare le había resultado difícil a Brielle. Los primeros meses había llorado casi todas las noches. Coleccionaba diarios como si fuesen tesoros y llenaba las páginas con sus pensamientos más íntimos, con las dificultades de redefinir su fe. Céfiro se sentía

inútil en esos momentos, pero se mantuvo a su lado y le ofreció todo el consuelo que pudo. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era su amor.

Con el tiempo se acostumbraron a la vida en la aldea, a asistir a misa cada Día Sagrado. Se había corrido la noticia de su llegada: una herrera con gran talento para hacer dagas y cuchillos. Tras seis meses trabajando con su antiguo mentor, Brielle pudo abrir su propia forja. La nube gris de tristeza se disipó. Hasta Harper venía de visita a veces.

Aunque la relación de Brielle con la abadesa tal vez nunca volviera a ser la misma, la mujer había hecho todo lo posible para asegurarse de que la abadía sobrevivía al Rey Orquídea. Desde su muerte, el pueblo albo había decidido colectivamente regalar los terrenos de Thornbrook a la abadía para empezar a arreglar la relación entre los dos pueblos, los dos reinos. Céfiro, que a menudo hacía las veces de mediador entre Infra y Thornbrook, disfrutó viendo cómo se recuperaba Infra. Su fuente de poder se recuperó poco a poco, ahora que ya no había nadie que la consumiese. Por lo tanto, el diezmo fue suprimido.

Cuando Céfiro llegó a la floristería, el día ya casi tocaba a su fin. Se acercó a la carrera al mostrador.

—Vengo a recoger las margaritas que pedí esta mañana, Lionel.

—Buen día, Céfiro. —El hombre carraspeó—. Las margaritas…, sí… —Miró por encima del hombro y repasó la escasa mercancía que le quedaba—. Me temo que se han vendido.

Esa palabra, «vendido», se le clavó a Céfiro en la piel como una piedra afilada.

—No lo dirás en serio. —Manos vacías y promesas incumplidas. ¿Eso era lo único que podía aportar?—. Me dijiste que ibas a apartar un ramo —susurró, aunque acabó bufando—: Me lo aseguraste.

El florista apretó los labios.

—Te pido perdón. Hoy se ha dado desacostumbradamente bien el negocio, y no tenía garantía alguna de que fueses a volver.

—¡Pero si te dije que iba a volver! —Y, de todos modos, era cliente habitual. Brielle y él solían comprar flores allí cada pocas

semanas.

—Como te he dicho, se han vendido. Quizá deberías intentarlo otra vez la semana que viene.

Céfiro apretó los dientes.

—La pedida de mano es hoy —gruñó.

Giró en redondo y salió, furioso. Parpadeó varias veces bajo el sol de la tarde. El pánico le palpitaba en las sienes. Podía arreglarlo. Podía crear flores de la nieve y helechos de la lluvia. O al menos antes podía, mejor dicho. Ya no tenía poderes, era solo un hombre. Mundano.

Pero se mantenía resuelto en su decisión. Prefería cien veces aquella vida con Brielle que la anterior. Aun así, notaba un vacío donde antes estaba su poder. Con un suspiro, se pasó las manos por la cara. Necesitaba un momento para reorganizar los fragmentos dispersos de su plan. Nada de manto y nada de flores. Bien. Eso dejaba pendientes las tartaletas. Esperaba que no se hubiesen acabado.

Por suerte, aún quedaban. Una docena de tartaletas de frambuesa, el postre favorito de Brielle. Llenaban una pequeña caja, masa de hojaldre bajo un glaseado blanco. El día empezaba a mejorar.

El taller de Brielle estaba encaramado en un recodo del río Twee. Era una estructura solitaria de un solo ambiente. De la chimenea salía una gruesa columna de humo negro. Céfiro había albergado la esperanza de llevarla hasta el río, pero en realidad la pedida debería tener lugar dentro de esas cuatro paredes, pues representaban la forja de dos vidas.

La puerta trasera estaba abierta, una boca caliente y espectral ribeteada de dientes de fuego. Por la forja resonaba el tañido del martillo contra el metal.

En el interior, la oscuridad eructaba llamas. Desde el lugar que ocupaba junto al dintel, Céfiro contempló trabajar a Brielle. Se había recogido el pelo rojo en una coleta de la que escapaban un par de rizos. Una película de sudor le cubría los brazos desnudos, sus músculos bien marcados bajo las cintas del grueso mandil de lienzo.

Céfiro esperó hasta que Brielle bajó el martillo y luego entró. De inmediato lo rodeó el calor. Empezó a sudar.

—¿Tienes hambre?

Brielle giró en redondo y esbozó una sonrisa radiante.

—Hola, amor mío.

Aquellas palabras cariñosas siempre conseguían encogerle el corazón. Unos ojos oscuros como la tierra, las mejillas redondeadas, las trenzas escarlata, la curva de su suave boca rosada. Jamás había conocido a nadie más hermoso, ni en cuerpo ni en alma.

—¿Qué? —Ella se tocó el lateral del cuello manchado de hollín, avergonzada—. ¿Por qué me miras así?

Céfiro sintió el impulso de Brielle de retraerse y le puso una mano en la curva de la espalda. Luego la deslizó hasta agarrarle bien el trasero. Los ojos de ella se desorbitaron.

—¡Céfiro! —Le dio un golpecito y él se echó a reír—. ¡Qué inapropiado!

Dios, cómo la adoraba.

—Ah, ¿sí? —Le dio un suave apretón en el trasero y ella se ruborizó.

Desde luego, aún había mucha distancia entre los dos. La apretó contra sí, aplastó su boca contra la de ella y deslizó la lengua dentro. Fuego y sal; a eso sabía su herrera.

Brielle fue la primera en apartarse.

—Tienes buen aspecto —dijo, con un tironcito al cuello de su camisa—. ¿Celebramos algo?

—Te celebramos a ti.

Ella entreabrió los labios y tragó saliva, ruborizada. Resopló.

—Siempre dices cosas preciosas.

A cada latido que daba su corazón, Céfiro se iba poniendo más y más nervioso.

—Es que es verdad.

Nada de flores, nada de velas, nada de vino, pero…

—Toma —dijo, y le tendió la cajita de tartaletas a Brielle. Quizá era lo menos elegante que había hecho en su vida. En toda su vida.

Ella bajó la vista y frunció el ceño.

—Esto…

La atención de Céfiro descendió hasta la cajita que sostenía entre las manos sudadas. Aquellos postres fríos se habían derretido con el calor de la forja y ahora nadaban en charcos poco apetecibles de glaseado blanco.

—Supongo que no me he dado cuenta de que tenían que mantenerse en frío —dijo en tono rígido, contemplando aquella triste y pastosa amalgama.

Se estaba yendo a la mierda. Todo se estaba yendo a la mierda por completo.

—Estoy segura de que tienen un sabor delicioso —le aseguró ella. Sacó una tartaleta derretida de la caja y se la llevó a la boca. Le goteaba el glaseado por los dedos, pero se los lamió hasta dejarlos limpios—. ¡Están muy buenas!

Con un gran suspiro, Céfiro dejó las tartaletas sobre la mesa de trabajo.

—Olvídate de las tartaletas. —Le acarició los rizos húmedos con una mano temblorosa.

—¿Estás enfermo? —Brielle tendió una mano hacia él—. Estás sudando bastante.

Pues sí, se le pegaba la camisola a la espalda empapada y tenía sendos charcos de sudor en las axilas.

Maldita sea. Se iba a desmayar.

Los ojos de Brielle se desorbitaron y se abalanzó para agarrarlo del brazo antes de que a él le cedieran las rodillas.

—Ven, siéntate. —Lo llevó hasta una silla—. ¿Es por algo que has comido? ¿Voy a buscar a un sanador?

—Estoy bien —consiguió decir. Aunque si vomitaba mientras proclamaba su amor, jamás se perdonaría a sí mismo—. Tengo que decirte algo.

A ella se le arrugó el rostro.

—Parece serio.

—Lo es.

Brielle acercó una silla a la de él y tomó asiento, con clara preocupación.

—Pues hablémoslo —dijo a las claras. Ambos eran un equipo en todos los sentidos posibles.

Céfiro se restregó las palmas sudorosas en los pantalones e intentó mantener algo de claridad mental. ¿Por qué le resultaba tan difícil de repente? Sentía la cabeza inundada.

—Te quiero. —La oleada de emoción convirtió sus palabras en un sonido roto e ininteligible. Se sintió tan verde como un recluta, torpe, desubicado—. Quería…, necesitaba… decírtelo. Te quiero. Te quiero a ti, solo a ti. —Por los dioses, estaba sudando como un cerdo—. Adoro esta vida que hemos construido. Adoro nuestro hogar. Adoro ir a misa contigo y… nuestro hogar. —Eso ya lo había dicho, ¿no?—. Y cuando digo «hogar», no me refiero a la cabaña…, aunque la cabaña me encanta, claro. Me refiero a ti.

En esos primeros meses, Céfiro había puesto en duda su propia valía, pues la posibilidad de que te quieran lleva siempre implícita la posibilidad de que no te quieran. Sin embargo, después de un año y un día, se sentía seguro en su relación. Le había entregado a Brielle su corazón, y ella lo había protegido desde entonces.

Una sonrisa suavizó las facciones de Brielle.

—Y yo te quiero a ti.

Acunó el rostro de Céfiro con sus manos tiznadas y acercó sus labios a los de él, con ternura. Céfiro se quedó en blanco, con la mente dispersa. La agarró de la nuca y apretó la boca contra la suya, hambriento. Cuando se separaron, a Brielle se le habían salido un par de mechones de la trenza, y su piel de porcelana había adquirido el color rosado del amanecer.

«Tiene que ser aquí y tiene que ser ahora.»

—Brielle…

—¿Te quieres casar conmigo?

Aquel calor abrasador le había derretido la mente. No lo había dicho en voz alta, ¿verdad?

Carraspeó.

—¿Te importa repetir lo que has dicho?

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Quieres casarte conmigo y seguir construyendo una vida a mi lado?

Céfiro parpadeó y negó con la cabeza, aturdido. Pero ya no podía pararse. Le salió una risa ronca del pecho, liberado de toda la tensión que le había constreñido el cuerpo hasta que se derrumbó sobre la silla. Brielle esbozó media sonrisa. Oh, lo había sabido. Ella lo había sabido todo el tiempo. Qué pícara.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó—. ¿Cómo sabías que iba a pedírtelo?

—Últimamente estás muy reservado. —Tamborileó con un dedo sobre la baqueteada mesa de trabajo, intentando reprimir una sonrisa—. Y puede que lo hayas dicho en voz alta hace una semana, mientras dormías. Murmuraste algo sobre hacer la pedida más grandiosa de todos los tiempos.

Por fin, Brielle sonrió.

Él se llevó las manos al rostro y soltó un gemido. Se había saboteado a sí mismo sin siquiera darse cuenta.

—¿Y bien? —preguntó Brielle en tono vacilante.

—Y bien ¿qué?

Ella lo miró a los ojos con una timidez que Céfiro había llegado a adorar.

—No has respondido a la pregunta.

Como si hubiera alguna duda al respecto.

—Sí, Brielle. Quiero casarme contigo. Y amarte, y hacer todo lo que esté en mis manos para hacerte feliz durante el resto de nuestras vidas.

Céfiro se puso de pie y la envolvió en un abrazo. Aquella mujer había robado su corrupto corazón. Lo único que quería era envejecer junto a ella, día tras día, hasta que los dos no fuesen más que huesos en la tierra.

—Es una promesa que pretendo mantener.

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido una bestia muy complicada de domar, pero era de esperar tratándose de la historia de Céfiro. Quiero darles las gracias a quienes me han ayudado a pavimentar el camino hasta el producto final, porque no podría haberlo hecho sola.

Muchas gracias a Anthea, Charlotte y Lizzie por vuestra increíble guía editorial a la hora de ayudarme a darle forma a esta historia para convertirla en la esmeralda más brillante de todas. Me emociona trabajar con unas editoras tan maravillosas, capaces de ver el alcance de esta historia y de ayudarme a pulirla hasta convertirse en lo que es hoy en día. Gracias a las brillantes mentes del departamento de publicidad y marketing de Simon & Schuster UK y Simon & Schuster Australia. Sois increíbles en muchísimos aspectos, y os doy las gracias por vuestro trabajo. Muchas gracias a Laurie, Sarah y Kelly. Gracias a Amy y Ben por llevar el libro y la serie a muchos territorios e idiomas por todo el mundo. Gracias al equipo de producción, sobre todo a Kiara, y a todos los que han ayudado a colocar la serie de *Los Cuatro Vientos* en el mapa. Mi más sincero agradecimiento a todos.

Mi más sincera gratitud a todo el equipo de Saga Press por su trabajo a la hora de llevar esta historia a Norteamérica. Gracias a Jéla, Karintha, Shauneice y Savannah por sus increíbles esfuerzos.

Gracias a Lisa y Kaycee por leer los primeros borradores y darme consejos fantásticos. Gracias a Kourtney, la primera de mis editoras. Tu visión fue muy valiosa a la hora de ayudarme a darle forma a esta historia. Te agradezco cada sugerencia que me hiciste, ya fuese grande o pequeña. Y mucho amor a mi familia por su apoyo.

Gracias a K. D. Ritchie por esa cubierta hermosísima. ¡Creo que me gusta más que la de *El Viento del Norte!*

Como siempre, gracias a Jon. Gracias por permitirme vivir un auténtico romance de cuento de hadas. Doy gracias a diario por poder escribir estas historias, pero agradezco aún más poder compartir mis victorias contigo. Te quiero.

Y por último, gracias a mis lectores y lectoras. No puedo expresar cuánto os agradezco que hayáis elegido la serie de *Los Cuatro Vientos.* Gracias a vosotros y vosotras consigo vivir mi sueño a diario. Desde lo más hondo de mi corazón, gracias por acompañarme en este viaje.

Si queréis conocer la historia de Wren y Bóreas, podéis leer *El Viento del Norte,* el primer libro de la serie *Los Cuatro Vientos.*

SOBRE LA AUTORA

Alexandria Warwick es autora de la serie *Los Cuatro Vientos* y la serie *North.* Violinista clásica de formación, pasa buena parte de su tiempo tocando en orquestas. Vive en Florida.

Título original: *The West Wind*

Publicado mediante acuerdo con Simon & Schuster (Australia) Pty Limited Suite 19 a, Level1, Building C, 450 Miller Street (PO Box 448), Cammeray, NSW 2062 A Paramount Company, e International Editors & Yáñez' Co Literary Agency, of Còrsega 288, 1er 2 a, 08008 Barcelona España.

Mapa de Robert Lazzaretti

Edición en formato digital: junio de 2025

Copyright del texto © 2025 by Alexandria Warwick
© De la traducción: Jesús Jiménez Cañada, 2025
© Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025
Valentín Beato, 21
28037, Madrid

ISBN ebook: 978-84-19988-67-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Descubre aquí el reino de Faeris:

Table of Contents

Parte 1. Devota
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22

Parte 2. Infiel
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30

31
32
33
34
35
36
37
38
Parte 3. Bendita
39
40
41
42
43
Epílogo. En el que el Viento del Oeste intenta planear una pedida
Agradecimientos
Sobre la autora
Créditos